Rebelde en el paraíso Yanqui.

La vida de Emma Goldman, una anarquista rusa

Richard Drinnon

Traductoras Dora y Aida Cymbler

Drinnon, Richard, Rebelde en el paraíso yanqui. [Traducción directa de Dora y Aída Cymbler].

Buenos Aires, Editorial Proyección [1965]

Colección Signo libertario.

423 páginas [en el original]

Primera edición cibernética, agosto de 2012. Captura y diseño, Omar Cortés.[1]

Redigitalización de la página Antorcha.net: Piratea y Difunde.

Anti Copyright.

[1] Este texto fue extraído de la versión transcrita de Omar Cortés http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/rebelde/indice.html

INDICE

Presentación de Omar Cortés **5**
Prefacio de Richard Drinnon **10**
Abreviaturas **13**
PARTE I: LA JOVEN REBELDE **14**
Capítulo primero Niñez en el ghetto 15
Capítulo segundo San Petersburgo 21
Capítulo tercero Rochester: flor del edén 28
Capítulo cuarto ¿Por qué radical? 35
PARTE II: *HIJA DE LOS SUEÑOS* **48**
Capítulo quinto Sueños 49
Capítulo sexto Homestead: En el principio fue la acción 61
Capítulo séptimo Una persona perniciosa y de mala índole 83
Capítulo octavo De regreso a la Isla de Blackwell 93
Capítulo noveno El asesinato de McKinley 101
Capítulo décimo Los medios y los sueños 114
PARTE III: *REVOLUCIONARIA ANARQUISTA* **123**
Capítulo undécimo Espantajo nacional 124
Capítulo duodécimo Madre Tierra 136
Capítulo decimotercero El congreso anarquista de Ámsterdam 145
Capítulo decimocuarto El caso Kersner 158
Capítulo decimoquinto Libertad sin cadenas 170
PARTE IV: LA NUEVA MUJER **201**
Capítulo decimosexto El camino del infierno 202
Capítulo decimoséptimo Difusora de las artes 215
Capítulo decimoctavo Iniciadora del movimiento pro limitación de la natalidad 229
PARTE V: LA ROJA MÁS PELIGROSA **240**
Capítulo decimonono ¡Muni! ¡Muni! El caso Mooney, 1916 241
Capítulo vigésimo 1917 253
Capítulo vigesimoprimero Los Estados Unidos contra Goldman-Berkman 261
Capítulo vigesimosegundo Las pesadas puertas en prisión 275
Capítulo vigesimotercero Emma Goldman y otros 59 999 rojos 282

Capítulo vigesimocuarto Más allá de la estatua de la libertad 294
Capítulo vigesimoquinto La conformidad racionalizada 306
PARTE VI: *EXILIO* 312
Capítulo vigesimosexto Matushka Russiia 313
Capítulo vigesimoséptimo El mito bolchevique 325
Capítulo vigesimoctavo Una extraña en todas partes 345
Capítulo vigésimo nono La acallada voz 359
Capítulo trigésimo El regreso de la hija pródiga 374
Capítulo trigésimo primero Ningún lugar donde descansar la cabeza 384
Capítulo trigésimo segundo España: la cima de la montaña 404
Capítulo trigésimo tercero Hasta el último aliento 418
Apéndice 422

Presentación de Omar Cortés

La obra que ahora colocamos en los estantes de nuestra Biblioteca Virtual Antorcha, corresponde al excelente ensayo escrito a finales de la década de 1950 por Richard Drinnon, que fue publicado por primera vez en idioma inglés por la Universidad de Chicago, en el año de 1961 bajo el título Rebel in paradise. Cuatro años más tarde, este ensayo sería traducido al español por Dora y Aida Cymbler para ser publicado, en Argentina, por la Editorial Proyección, durante el año de 1965, bajo el título Rebelde en el paraíso yanqui, y ahora, cuarenta y siete años después, decidimos elaborar la presente edición virtual para colocarla en los estantes de nuestra Biblioteca Virtual Antorcha, bajo el título: Rebelde en el paraíso yanqui. La vida de Emma Goldman, una anarquista rusa. Obvia el señalar que la razón del título que escogimos, pretende precisar al posible lector o consultante de la obra, cuál es el quid de la misma.

Definitivamente este excelente ensayo nos lleva prácticamente de la mano señalándonos de manera minuciosa tanto las actividades como el desarrollo mismo del personaje central. En efecto, Emma Goldman (27/VI/1869 - 14/V/1940) se nos presenta desde todos los ángulos posibles. Como mujer, como rusa, como judía, como anarquista, como enfermera, como profesionista, como periodista, en fin, todas las facetas de su vida son abordadas por Richard Drinnon. Igualmente la recreación que se realiza del medio en el que Emma desarrollaría sus actividades es particularmente interesante.

En efecto, por ejemplo, a todos los que por una u otra causa nos interesa el desarrollo histórico de Ricardo Flores Magón y demás miembros del Partido Liberal Mexicano durante su estadía en los Estados Unidos de Norteamérica, tenemos en el presente ensayo una inapreciable fuente de información en cuanto a la recreación que Drinnon hace de los Estados Unidos de Norteamérica durante las dos primeras décadas del siglo XX.

El efecto que para el desarrollo del movimiento libertario norteamericano tuvo la ejecución, el 11 de noviembre de 1877, de los ahora conocidos como mártires de Chicago, así como el fortísimo impacto que el atentado en contra de la vida del

presidente norteamericano William McKinley realizado el 6 de septiembre de 1901, por León Czolgosz, tuvo para con las clases dirigentes, mismas que ni tardas ni perezosas iniciaron una auténtica cruzada contra el anarquismo que atraería terribles consecuencias para aquel aún incipiente y endeble movimiento, marcan dos momentos cruciales en el devenir del anarquismo en Norteamérica.

Toda esa atmósfera es maravillosamente captada por la pluma de Drinnon trasportándonos a esa época.

Igualmente, personajes ligados directamente con Ricardo Flores Magón y otros miembros del Partido Liberal Mexicano, como es el caso de Harry Weinberguer, quien fuera el abogado defensor de Ricardo, emergen en este ensayo al encontrarse estrechamente ligados a las luchas políticas en las que se inmiscuyó Emma Goldman.

También la atmósfera generada ante la irrupción de lo que en su momento se denominó como amenaza roja, es puntualmente retratada por Drinnon, al igual que los sentimientos patrioteros belicistas fomentados por ciertos sectores de las clases dirigentes y de sus consecuencias para con todo movimiento que activamente oponíase a la denominada Primera Guerra Mundial, es maravillosamente expuesto en el ensayo.

La vida de Emma Goldman transcurriría bajo un verdadero diluvio de experiencias interesantísimas. Tocole ser testigo presencial del despegue industrial de Norteamérica, enfrentando fortísimas crisis económicas y sus consecuentes respuestas populares manifiestas en luchas sociales a través de diversos frentes. La rabia y las actitudes revanchistas que conllevaron no pocos grados de violencia, constituyeron, en la juventud de Emma, cosas de todos los días. Incluso, su compañero y amigo de toda la vida, Alexander Berkman llevaría a cabo un absurdo y fallido atentado en contra de un potentado de la industria.

En el terreno ideológico, su actividad como agitadora, oradora en mítines, activista en concentraciones públicas y manifestaciones, al igual que como conferencista y periodista con su vocero Mother Earth, daríanle un gran renombre. Emma la roja, como la bautizara la prensa sensacionalista de aquellos años, conformose en símbolo de acción, de rebeldía, de insumisión. Su accionar en el movimiento

anarquista conllevole a participar en el ahora famosísimo Congreso Anarquista Internacional celebrado en Ámsterdam, Holanda durante el año de 1907, donde tendría la oportunidad de convivir, intercambiar opiniones y experiencias, al mismo tiempo que debatir con la crema y nata de la intelectualidad libertaria de principios del siglo XX.

En el marco teórico, Emma Goldman se situaría, con sus obvias diferencias, dentro de la vertiente del denominado dandismo ácrata, corriente en la que descollaban afamados intelectuales como fue el caso del escritor, poeta y dramaturgo británico, Oscar Wilde y su tendencia hacia el comunismo-individualista. La diferencia, quizá más importante de Emma para con esta corriente del pensamiento libertario, estribó en su inclinación por el activismo, actitud que la alejaba del anarquismo filosófico contemplativo propio del dandismo.

Vendrían después tiempos bravos, tiempos de agudización de contradicciones en el seno de Norteamérica, lo que conllevaría a las clases dirigentes a crear el mito de la amenaza roja, de la inminencia de una revolución socializante que daría al traste con el capitalismo imperante. Los grandes rotativos de la prensa de aquellos años no midieron consecuencias al desatar una auténtica campaña de pánico, teniendo principalmente como centro de sus ataques y advertencias al anarquismo, y como objetivo supremo, su aniquilación completa por todos los medios posibles.

Como víctima de aquella espantosa campaña, Emma Goldman terminaría siendo expulsada de los Estados Unidos de Norteamérica, teniendo que trasladarse a su natal Rusia, país que por aquel entonces experimentaba los destellos de una revolución social que finalmente sucumbiría ante el embate del centralismo y de la burocracia. Emma Goldman sería testigo presencial del desviacionismo impulsado por los bolcheviques que terminaría estrangulando a la revolución.

Finalmente habría de abandonar su tierra natal, terriblemente decepcionada pero con la firme intención de dar a conocer en Occidente el engaño contenido en el mito bolchevique. Su actitud en este punto, atrájole la enemistad de antiguas compañeras y compañeros, e incluso generole el San Benito de traidora y vendida al capitalismo.

No cabe la menor duda de que esa su reacción en contra del desviacionismo bolchevique, terminó opacando su hasta en ese momento, límpida aureola de revolucionaria de primera línea. Sin embargo, años más tarde, cuando el centralismo burocrático soviético pusose a realizar las purgas mediante los patéticos juicios a todo aquel que osase enfrentar la sacrosanta verdad expresada por el Partido, adquiriría nuevamente la respetabilidad perdida entre la intelectualidad que había dádole la espalda por su actitud crítica en contra del mito bolchevique.

Residiendo en Canadá tocole participar en la agitación libertaria en pro de Sacco y Vanzetti, el par de anarquistas italianos injustamente condenados a muerte. Vendrían después tiempos de angustia y desesperación en los que quizá su más notable logro lo sería el haber arrancado el permiso de las autoridades norteamericanas por regresar a los Estados Unidos con una visa de noventa días para realizar una serie de conferencias literarias.

Para 1936, Emma se uniría a los miles y miles de libertarios del mundo entero que se dieron cita en España buscando apoyar la revolución libertaria que allá se iniciaba. Su participación de apoyo fue total, viajo a España, habló en mítines, conferencias, e incluso participó, en la medida de sus posibilidades en las actividades libertarias. Finalmente sería conminada a establecer en Inglaterra un centro de apoyo y difusión de las acciones revolucionarias del movimiento anarquista español, creando, para tal objeto, la aún hoy existente Solidaridad Internacional Antifascista, a la cual se unirían intelectuales británicos de la talla de Herbert Reed y Bertrand Russell.

Las acciones desarrolladas por la Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica generarían grandes polémicas en el seno mismo del movimiento libertario internacional, particularmente su participación en el gobierno, acto fuertemente criticado por unos, pero, igualmente justificado por otros.

Con su enorme bagaje de experiencia, Emma veía que la revolución se diluía tanto por errores propios de la militancia ácrata, al igual que por la carencia de herramientas teóricas que permitieran encauzar las energías revolucionarias dando la correcta solución a los añejos problemas que terminaban entrampando la situación. Percatose pues que teóricamente el anarquismo tenía un conjunto de

carencias que le impedían concretar sus objetivos teniendo que frenar en seco a la mitad del camino. Sin embargo, y no obstante haberse percatado de esa sensible carencia de herramientas teóricas, no pudo encontrar salida a ese problema.

Un año después de la caída de los libertarios en España, en mayo de 1940, Emma Goldman fallecería en Canadá.

El ensayo Rebelde en el paraíso yanqui. La vida de Emma Goldman, una anarquista rusa, contiene todos los elementos necesarios para que cualquier persona en ella interesada, encuentre material en abundancia que enriquecerá sus conocimientos.

Además, como complemento, hemos decidido incluir un apéndice conteniendo tres videos, albergados en el sitio You Tube, que indudablemente enriquecerán aún más toda la información contenida en este ensayo.

Omar Cortés

Prefacio de Richard Drinnon

Escribir -observó el desaparecido Albert Camus- *equivale a elegir*.

El escoger la vida de Emma Goldman como tema de un libro forzosamente equivale a expresar los valores del autor. Es imposible simular siquiera indiferencia ante la pujante personalidad de esta mujer. Por ello debo expresar desde ahora que me inspira simpatía y confianza.

Es indudable que mis inclinaciones radicales contribuyeron a crear esta empatía y comprensión. Como ella misma decía a menudo: *Wenn Du es nicht fühlst, wirst Du es nicht erraten*, (*si no sientes una cosa, nunca podrás descubrir su significado*).

Sin embargo, me tranquiliza el saber que cuando comencé a investigar su vida lo hice can espíritu escéptico, pues tanto su autobiografía como otros relatos de su carrera revelaban una personalidad demasiado extraordinaria como para poder creer seriamente que fuese verdad.

Por otra parte, al igual que los demás, consideraba que su anarquismo era una forma particularmente extraña de locura política. Sólo después de estudiar durante varios meses la vida de Emma me di cuenta de que tal escepticismo obedecía a una sobre estimación de mis conocimientos del mundo y que mi condescendencia era apenas ignorancia convencional.

Emma Goldman fue una mujer verdaderamente notable y de muy altas cualidades personales. Se distinguió como conferenciante y publicista empeñada en difundir las ideas anarquistas; luchó públicamente por la libertad de palabra; trató de llevar el arte al pueblo; fue una gran feminista y precursora de la idea de limitar la natalidad; formuló inteligentes críticas contra el régimen comunista soviético y alentó incansablemente a los revolucionarios de Cataluña durante la guerra civil española. Fue ante todo un ser humano, muchas veces temperamental, otras irrazonable, pero siempre valerosa, compasiva e inteligente.

Se ganó el caluroso apoyo y la amistad de los radicales más famosos de su época y la furiosa oposición y enemistad de muchas personas notables de ese entonces.

J. Edgar Hoover, por ejemplo, advirtió con su peculiar prosa que Emma y su amigo Alexander Berkman eran, *sin duda alguna, dos de los anarquistas más peligrosos*

de este país, y si se les permitiera retornar a la comunidad, ésta se perjudicaría injustamente.

Entre el gran número de norteamericanos que coincidían en condenarla, tal vez haya sido Theodore De Munel, residente de Brooklyn, quien expresó más agudamente sus sentimientos al implorar:

Por amor de Dios, no permitan que Berkman, Goldman y el resto de ese hato de difamadores de nuestros Estados Unidos queden otra vez sin castigo; expúlsenlos del país inmediatamente con todas sus cosas.

Por su parte, John Dewey no compartía esta opinión pues afirmaba que Emma Goldman era *una mujer románticamente idealista y de personalidad muy atractiva*.

Bertrand Russell, otro filósofo, consideraba que *ella y Berkman eran personas muy interesantes y, aunque nunca fui anarquista, simpatizaba mucho con ellos*.

A pesar de que este libro es primordialmente una biografía crítica de la mujer, también se propone investigar el significado y la importancia de dichas oposición y aprobación.

La persona de Emma Goldman representaba para los norteamericanos el arquetipo del rebelde que desafiaba sus convicciones sociales, intelectuales y políticas. Las distintas reacciones que, a través de los años, provocó en el pueblo norteamericano tan notable figura, nos muestran cómo fue evolucionando la capacidad del mismo para aceptar una sociedad libre donde exista realmente la posibilidad de estar en desacuerdo.

Vale decir que éste es un estudio de la *Rebelde* a la par que del *Paraíso* contra el cual se sublevó.

A fin de mantener la unidad y la claridad de la obra, me he concentrado primordialmente en la figura de Emma; los capítulos dedicados a las consideraciones generales son breves y escasos.

Si he logrado mi doble propósito, el tiempo no se habrá engullido la vida sino que la habrá hecho menos bidimensional y más comprensible.

A continuación de este *Prefacio*, dejo constancia de mi agradecimiento a todos los que me han ayudado en mi trabajo de investigación. Mas deseo expresar aquí mi especial gratitud a algunos amigos.

Mulford Q. Sibley fue quien despertó mi interés por Emma Goldman y el anarquismo al comunicarme sus amplios conceptos sobre todas las gamas de las teorías que forman el espectro político. Estoy en deuda con él por el ejemplo que me ha dado con sus enseñanzas, pensamientos y actos.

También Kenneth M. Stampp colaboró incansablemente conmigo dándome aliento y formulando cuidadosas críticas.

Debo recordar además a Warren Olson, quien me ayudó más de lo que se imagina con sus largas conversaciones acerca de temas muy importantes, muchos de los cuales se refieren a problemas que trato en este volumen.

A todos estos amigos les estoy muy agradecido.

Por último mencionaré a Anna María Drinnon, quien hizo todo lo que puede esperarse de la esposa de un escritor y aún mucho más; tampoco puedo olvidar a Donna y a Jan Drinnon, quienes le dieron a su padre ánimo para vencer las dificultades que presenta toda primera obra.

Richard Drinnon

Berkeley, California.

Abreviaturas

Las notas de pie de página insertadas hasta el *Capítulo XXVII* son primordialmente de carácter explicativo. Los lectores interesados en documentarse pueden consultar mi Emma Goldman: A Study in American Radicalism, tesis de doctorado publicada en 1957 en *American Studies* de la Universidad de Minnesota; quien así lo desee, puede obtener ejemplares de este ensayo por intermedio de una biblioteca o en *University Microfilms*, Ann Arbor, Michigan.

A partir del *Capítulo XXVIII* empleo anotaciones más detalladas, pues el citado estudio no incluye documentación referente a las fuentes utilizadas para éste y los siguientes capítulos.

He aquí las abreviaturas empleadas:

EG.: Emma Goldman.
A.B.: Alexander Berkman.
IIHS: Instituto Internacional de Historia Social, Ámsterdam.
BPNY, DEG: Biblioteca Pública de Nueva York, Documentos sobre Emma Goldman.
CL: Colección Labadie, Biblioteca de la Universidad de Michigan, Ann Arbor.
CCW: Colección Conmemorativa Weinberger, Biblioteca de la Universidad de Yale, New Haven.
DJ: Legajos del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, Archivo Nacional, Washington.
SIN: Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos, Legajos del Departamento de Justicia, Archivo Nacional.
DE: Departamento de Estado de los Estados Unidos.

PARTE I: LA JOVEN REBELDE

Capítulo primero

Niñez en el ghetto

El viernes 11 de noviembre de 1877, conocido más tarde como *Viernes Triste*, se ejecutó en Chicago a Albert Parsons, August Spies, Adolf Fischer y George Engel,[2] por su supuesta complicidad en el acto terrorista de Haymarket. Esa misma noche, Emma Goldman y su hermana Helena -esta última llorando quedamente- se dirigieron a la casa de sus padres, donde encontraron gente que hablaba con gran excitación de las ejecuciones.

Una mujer rio:

- ¿Por qué tantos lamentos? Esos hombres eran asesinos. Está bien que los colgaran.

Emma se abalanzó sobre el cuello de la mujer; al ser sujetada, tomó una jarra con agua que estaba sobre la mesa y arrojó su contenido sobre el rostro de la visitante:

- ¡Fuera! -gritó-, ¡fuera de aquí o la mato!

Mientras la aterrorizada mujer se apresuraba a salir, Emma caía al suelo llorando histéricamente. Creyó que la opresión y la injusticia habían quedado atrás, lejos, en Rusia.

2

Emma Goldman, de quien una vez se dijo que había nacido para hacer lo imposible, provenía precisamente de una región desgarrada por tensiones sociales y políticas. Había nacido en la antigua ciudad de Kovno, conocida en la Lituania actual con el nombre de *Kaunas*.

En Kovno, el río Viliya se une al Niemen, el que sigue su curso unas cien millas más hasta desembocar en el Báltico. La sola mención del Báltico evoca la imagen de ejércitos siempre en marcha, de intrigas palaciegas y espías barbudos, de nubes de

[2] Nombres de los revolucionarios anarquistas conocidos mundialmente como los *Mártires de Chicago*. Fueron víctimas de uno de los más monstruosos crímenes judiciales que registra la historia.

suspicacia y hostilidad, y de un pueblo manejado arbitrariamente y empeñado a través de los años en la búsqueda de una paz imposible.

Cuando, en el siglo XVIII, Prusia, Rusia y Austria borraron a Polonia, Kovno pasó, junto con todo lo que restaba de Lituania, a manos de Rusia como parte del botín que le correspondió en el desmembramiento de 1795. Con ello Rusia ganó tierras, el odio de la población y, como si esto fuera poco, el nuevo y complejo problema que representaban los numerosos residentes judíos de la zona.

Los judíos de Polonia habían logrado ubicarse dentro de la economía del país actuando como intermediarios, pero los rusos no quisieron darles un lugar y, al parecer, determinaron que debían vivir del aire si insistían porfiadamente en seguir viviendo.

Como primera medida, Catalina *la Grande* mandó establecer un *cordon sanitaire* alrededor de la zona donde estaban radicados los judíos; el área circundada por este cordón recibió el nombre de *Zona de Residencia*. Se pensaba que, de esta manera, los judíos se verían obligados a permanecer donde estaban, salvándose así el resto de Rusia de la contaminación. Mas dicha medida sólo sirvió para evitar que el problema se extendiera.

Nicolás I decidió terminar con este mal *rusificando* a los extranjeros. Aunque hubo variaciones en la política seguida por los rusos, desde aquel momento imperaron ciertas constantes generales: la mayoría de los judíos quedaron confinados al estrecho territorio de la *Zona de Residencia*; no se les permitía salir de los pueblos y las ciudades donde habían sido registrados; estaban excluidos de la administración pública y de la agricultura; y, finalmente, rara vez se les dejaba trabajar en otra industria que no fuese la del vestido. Todo esto significaba que sólo podían subsistir en pequeños talleres sub marginales de los ghettos de Kovno y otras ciudades que, a su vez, formaban parte del extenso ghetto constituido por la *Zona de Residencia*.

Como bien dijo Nicolás Berdiaev, en el siglo XIX Rusia era un inmenso, ilimitado país de esclavizados campesinos analfabetos, gobernado por una fuerte burocracia que componía una nobleza ociosa y regido por un monarca absoluto de poder casi divino. Aquella Rusia siempre inestable parecía necesitar de los judíos como víctima

expiatoria oficial; ofrecían al zar y a su nobleza un medio para dar salida a las tensiones populares.

Los funcionarios no vacilaron en utilizar el antiguo mito de que los judíos habían matado y negado a Cristo, para fustigar las pasiones de la masa y así evitar que concentrara su atención en la corrupta estructura política y social del país.

Al presentar a los judíos como extranjeros particularmente detestables, se llevaba al pueblo a proyectar agresivamente sobre aquéllos gran parte de la frustración causada por el sistema imperante.

Una de las consecuencias de esta política fue el desmedido aumento de leyes que limitaban el desenvolvimiento de los judíos; otro resultado fue el desencadenamiento de una salvaje violencia manifestada en *pogroms* y en masacres organizadas de aquellos pobres parias.

3

En el año 1868, bajo la pesadísima garra del oso ruso, dos jóvenes judíos establecieron su hogar en Kovno. Aquel matrimonio llevó el sello del fracaso desde el primer día. Taube Bienowitch, la joven y triste novia, provenía de Urberig y era hija de un médico de cierta notoriedad y cultura; anteriormente había estado casada con un hombre llamado Labe Zodokoff. De aquella unión nacieron dos hijas, Lena y Helena. La capacidad de Taube para el amor romántico había muerto con su primer marido.

Cuando, unos meses después del fallecimiento de éste, se convino un nuevo matrimonio para Taube, ésta fue a él sólo obligada por, las circunstancias, sin amor o la esperanza de llegar a sentirlo.

A diferencia de la joven viuda, Abraham Goldman, natural del Kovno, entró en el matrimonio con grandes esperanzas; mas invarIablemente, sus apasionados deseos no encontraron eco en su fría esposa. Sus relaciones se volvieron aún más tirantes cuando Abraham hizo una desgraciada inversión de la herencia de Taube y sus dos hijas, que bien pronto se perdió totalmente.

Fue en aquella época que llegó el primer vástago de la familia Goldman.

Tal el lugar donde nació Emma Goldman y tales los padres que la trajeron al mundo. La niña, nacida el 27 de junio de 1869, no fue bien recibida, considerada ante todo como una nueva desgracia y una constante carga.

Abraham había deseado fervientemente un hijo varón; por eso vio en esa hija un enojoso fracaso que se sumaba a los anteriores. No pudo perdonarle a su primogénita el haber nacido mujer ni siquiera después del nacimiento de otros dos hijos varones, Herman en 1873 y Morris en 1875.

Poco después de la llegada de Emma y de su desastre financiero, Abraham se trasladó con toda la familia a Popelan, pequeño pueblo del Báltico, donde se estableció como mesonero y superintendente de la parada allí establecida por el gobierno. No tardaron en acusar a aquel pequeño funcionario judío de fomentar el vicio de la bebida entre los campesinos. Aunque indudablemente no era suya la responsabilidad, la verdad es que la posada, semejante a un granero, estaba casi siempre llena de empleados administrativos y de campesinos embrutecidos y pendencieros. A despecho de su mala salud y espíritu deprimido, Taube se ocupaba de dirigir a la servidumbre mientras Lena y Helena, hermanastras de Emma, se esforzaban vanamente por mantener cierto orden en aquel caos.

De niña, Emma solía escapar a los campos, en la época en que éstos se cubrían de verde, acompañando a Petrushka, campesino encargado de cuidar las vacas y las ovejas de la familia.

Allí, retozando con el pastorcillo y subyugada por los sones de su flauta, se sentía jubilosamente libre de la odiosa posada y de aquellos padres que siempre la regañaban. A veces, al final de uno de aquellos gloriosos días, Petrushka la llevaba de vuelta a casa sobre sus hombros, repentinamente poníase a trotar, la arrojaba al aire y luego la estrechaba contra sí. El deleite que tal juego deparaba a Emma tenía cierto matiz erótico y es probable que a partir de esta experiencia haya comenzado a asociar el placer sexual inocente con el sentimiento de liberación de las limitaciones culpables creadas por el mundo de las reglas.

Sea como fuere, su tierna relación con Petrushka despertó en ella un afecto por los campesinos rusos que, con el tiempo, adquirió proporciones casi místicas. Por

considerarlos, a través de su cariño, como seres humanos, un día quedó horrorizada al presenciar cómo azotaban a un campesino semidesnudo.

Este primer contacto con la brutalidad oficial la conmovió profundamente: durante muchas noches sus sueños estuvieron poblados de espantosas imágenes de gesticulantes gendarmes, de cuerpos y de látigos que chorreaban sangre.

Poco después de esta perturbadora experiencia, la familia se trasladó a Konigsberg. Taube había enfermado gravemente después del nacimiento de su segundo hijo, en 1875, y Abraham había sufrido un accidente que bastó para hacerle perder su precario puesto en Popelan.

Perseguidos por la desgracia, los Goldman fueron a vivir con los Bienowitch, parientes de Taube relativamente prósperos.

4

Salvo unos pocos meses de instrucción, recibida hacía ya un año, Emma nunca había estudiado. Ahora, con ayuda del rabino de la ciudad, pariente lejano de la familia, Emma entró en una *Realschule*.

El rabino exigió que se le informara mensualmente acerca de los progresos de Emma y de su hermano Herman, pero ésta era una humillación insignificante en comparación con las que le hacían sufrir los maestros.

Excepto uno, todos los maestros eran una calamidad. El instructor de religión, judío alemán, sentía un placer sádico en pegarles sobre las manos con una regla a los alumnos recalcitrantes u obtusos.

En su calidad de cabecilla de los estudiantes suficientemente tontos como para rebelarse contra las crueldades del profesor, Emma era víctima preferida de éste.

Otro, que aprovechaba de su situación para buscar relaciones con sus alumnas, fue despedido cuando Emma opuso violenta resistencia a sus proposiciones. De no haber sido por su maestra de alemán, la muchacha no habría llegado a aprender casi nada.

Típica adicta a las ideas de Moses Mendelssohn, esta maestra deseaba llevar el esclarecimiento europeo al oscuro ghetto. No aceptaba una educación basada

exclusivamente en los ritos y las leyes tradicionales; prefería poner en su altar la literatura y la música alemanas. Emma le inspiraba sincero interés, por lo que trató cuanto pudo de transmitir su entusiasmo a aquella alumna deseosa de aprender.

Se reunían en casa de la maestra para leer obras de E. Marlitt, Berthold Auerbach, Frederic Spielhagen y otros autores alemanes del siglo XIX. Emma pronto comenzó a compartir la veneración de su maestra por la casa real de Alemania y hasta llegó a llorar al saber cómo Napoleón trató a la buena reina Luisa. A través de la familia real alemana, la alumna entró plenamente en el patético mundo de su maestra.

Conmovida y agradecida por el interés y el afecto que le demostraba la mujer, Emma pasaba todos los momentos que podía en su compañía. En una oportunidad asistió con ella a una representación de la ópera *Il Trovatore*. Entonces, la imaginación musical de Emma, despertada interiormente por la flauta de Petrushka, surgió con fuerza y la llevó al éxtasis, haciéndole olvidar la bajeza del mundo que la rodeaba. En esa apasionada historia veía hecho realidad su propio concepto romántico del amor.

Impulsada por el deseo de aprender medicina y de ser útil a la humanidad, Emma estudió heroicamente, con el aliento y apoyo de su amada maestra, para dar el examen de ingreso a un *Gymnasium* alemán.

A pesar del agotamiento visual provocado por el exceso de estudio, logró pasar el difícil trance, lo cual fue una verdadera hazaña por tratarse de una muchacha judía. En el camino hacia la concreción de sus sueños sólo se interponía el certificado de buena conducta que debía darle el profesor de religión. Mas éste se negó rotundamente a otorgárselo; incapaz de perdonarla, aseguraba que Emma no sabía respetar a la autoridad como es debido.

Ya no había razón para que Emma no acompañara a la madre en su viaje a San Petersburgo, donde se reunirían con Abraham.

Éste estaba allí a cargo del almacén de ramos generales perteneciente a un primo. Fue así que, en el frío invierno de 1881, la familia llegó a Rusia tras abrirse paso entre la nieve y cruzar media docena de arroyos. Los soldados de las patrullas, enternecidos por algunos rublos, permitieron magnánimamente a los judíos errantes entrar en la Madre Rusia.

Capítulo segundo

San Petersburgo

Hacia 1880, San Petersburgo era una ciudad de arquitectura extravagante y chabacana. En la ciudad propiamente dicha, los palacios eran patéticas copias de los que se veían en Venecia, Amsterdam y Berlín. A pesar de todo se observaba, al menos, el deseo de lograr la grandiosidad y el panorama presentados por las ciudades que se pretendía imitar.

En el sofocante barrio judío no existía ni siquiera tal pretensión. Estrechas viviendas servían de alojamiento a cerca de veinte mil parias empeñados en angustiosa y dura lucha por ganarse el sustento. Trabajaban en sus pequeñas tiendas y en la industria del vestido o, simplemente, vivían unos de la miseria de los otros.

En la primavera de 1881, cuando Emma Goldman y su madre llegaron al ghetto, éste estaba repleto de judíos que habían afluido hacia ese punto huyendo de las persecuciones. Como bien observó alguien, los refugiados habían llegado con la muerte pisándole literalmente los talones.

Veamos qué sucedía dentro del ghetto. La salvaje ola de violencia había silenciado momentáneamente a quienes argumentaban que el problema judío se solucionaría con la importación del arte y la ciencia occidentales. Los liberales judíos cayeron en profunda desesperación al ver la insensible indiferencia de sus correligionarios rusos, quienes pensaban que el antisemitismo era el comienzo de un despertar popular.

Sin disfrutar casi de su momento de triunfo, los nacionalistas ortodoxos se dedicaron a recordarles a los judíos que no debían apartarse de su religión y cultura, que no debían tratar de mezclarse con otros pueblos.

Algunos izquierdistas políticos quedaron tan consternados ante la propaganda incitadora de *pogroms* de los populistas rusos que formaron su propio movimiento obrero socialista. Sólo unos pocos de la generación joven, aún convencidos de que lo único que podía ayudar a los oprimidos judíos era la solución radical de los problemas sociales generales, continuaron actuando en movimientos surgidos del nihilismo y del populismo rusos.

Fuera del ghetto, los acontecimientos habían llegado a su culminación con el asesinato de Alejandro II. Este hecho y otros ataques contra las autoridades rusas tenían raíces directas en los mbvimientos de la década 1860-70, cuando algunos individuos se levantaron en rebelión intelectual contra el despotismo reinante en el país y la hipocresía social del sistema ruso.

Aunque el nihilismo ha llegado a significar la identificación de un burdo egoísmo con la verdad y la justicia, esta sublevación intelectual representó en aquella época todo lo contrario: fue el iracundo rechazo del grosero egoísmo y del autoritarismo.

Un nihilista -definía Arkady Petróvich en Padres e Hijos, de Turguenev (1862)- es un hombre que no se inclina ante ninguna autoridad, que no rinde pleitesía a ningún principio, por mucho que éste sea reverenciado.

Tales eran los muy inocentes fundamentos del nihilismo ruso. Es indudable que este movimiento contribuyó a preparar el terreno para el populismo que floreció en la década siguiente, cuando jóvenes idealistas rusos trataron de mezclarse con el pueblo guiados por la idea de educarlo y enseñarle el socialismo. Y sólo cuando la persecución y los numerosos arrestos de que se hizo víctima a estos jóvenes obstaculizaron esta pacífica misión, recurrieron al terrorismo como táctica. Siguieron asesinatos e intentos de asesinatos, de manera que cuando Emma y su madre llegaron a San Petersburgo en 1881, Rusia se encontraba virtualmente en estado de guerra civil.

2

La tienda que dirigía Abraham Goldman había cerrado poco antes del arribo de su familia. Taube solicitó a sus hermanos un préstamo de trescientos rublos, con los cuales instaló un pequeño almacén de comestibles. Lena emigró a los Estados Unidos; Helena contribuía al sostén de la familia con su trabajo, cosa que luego hizo también Emma.

Emma estudió durante otros seis meses antes de dedicarse plenamente a trabajar. Pero estos pocos meses bastaron para ponerla en contacto con estudiantes radicales[3] que abrieron ante ella un nuevo mundo de ideas.

[3] A lo largo de este libro la palabra *radical* tiene el típico uso norteamericano. Con ella se designa a personas de ideologías diferentes y contrapuestas, aunque vinculables por lo que se supone su elemento común: el

Ya en Konigsberg había sentido simpatía por los mártires populistas, aunque sin saber realmente cuáles eran los ideales por los que luchaban.

Cuando en 1875, un tío materno fue arrestado por participar en las actividades de uno de los círculos radicales de San Petesburgo, la familia Golman cayó en una abrumadora desesperaclOn, de la que pudo salir cuando Taube corrió a la capital para rogarle al jefe de la policía imperial que no enviara a su hermano al exilio en Siberia.

Aunque humillante, su gestión tuvo buen éxito. Emma comenzó a mostrarse cada vez más escéptica respecto a las afirmaciones de su madre de que aquellos funcionarios eran bondadosos y humanos; se inclinó más bien a aceptar las ideas de su maestra, quien aseguraba que eran bestias salvajes que azotaban a los campesinos y torturaban a los idealistas encarcelados. Sólo cuando entró en contacto con los estudiantes radicales de San Petersburgo, supo Emma qué buscaban los populistas y se despertó su admiración por quienes no vacilaban en arriesgar su vida para lograr tan generosos fines.

Durante los primeros meses en San Petersburgo también consiguió ejemplares de Padres e Hijos, de Turguenev, El Precipicio, de Iván Goncharov (1869) y ¿Qué Hacer?, de Nikolai Chernishevski (1863).

Las dos primeras novelas la impresionaron muoCho, a pesar de que Goncharov caricaturizaba abiertamente a los nihilistas. Pero la novela de Chernishevski, inferior desde el punto de vista literario, hizo un impacto tan profundo en Emma que esta modelo conscientemente gran parte de su vida a imagen de Vera Pavlovna, heroína de ¿Qué Hacer?

En dicha novela, Vera Pavlovna se convierte al nihilismo, y con ello despierta a una nueva vida de fácil camaradería sexual, libre indagación intelectual y trabajo cooperativo. Rechaza con horror la idea avarienta y típicamente filistea de su madre de venderla como valioso objeto sexual. En cambio, prefiere vivir en libre camaradería con un estudiante de medicina sin recursos que la había rescatado de la muerte intelectual y de la prostitución legal planeada por su madre. Vera también

---

extremismo, ya sea intelectual o militante. A veces hemos sustituido aquel término por *revolucionario, anarquista,* etc., para aclarar más algunas frases. (Nota de las traductoras)

instala un taller de costura en cooperativa para asegurarse una independencia completa; además, se propone seguir avanzando y estudiar seriamente medicina. Sin duda más interesada en la distribución equitativa de los bienes que en el mejoramiento de la producción, Vera ansía un mundo ideal en el que los productores se asocien para actuar libre y conjuntamente, sin las restricciones de una burocracia política.

Estas ideas constituyeron el embrión del posterior anarquismo de Emma Goldman. Pero en aquel momento, la heroína de Chernishevski tuvo una influencia mucho más importante: fortaleció la determinación de Emma de vivir su propia vida[4].

3

Las ideas independientes de Emma eran muy peligrosas. Para la comunidad judía una niña adolescente significaba poco más que un bien inmueble y, prácticamente, se la consideraba propiedad del padre. Cualquiera fuese la situación de la muchacha judía dentro de la vida familiar, su status formal era, en esencia, el mismo que ocupara antaño, cuando se la ponía en la misma categoría que un buey, un asno u otra propiedad privada.

Cuando, haciendo uso de sus derechos paternos, Abraham Goldman convino un matrimonio para Emma al cumplir ésta quince años, la hija se opuso osadamente. La reacción del padre fue clásica:

Yo protesté, me resistí -recuerda Ernma-, le pedí que me dejara continuar mis estudios. Furioso, arrojó mi gramática francesa al fuego mientras gritaba: *¡Las mujeres no deben estudiar demasiado! Una chica judía sólo tiene que saber preparar gefüllte fisch[5], hacer fideos bien finos y darle al marido muchos hijos*. Yo no hacía caso de sus planes; quería estudiar, conocer la vida, viajar. Además, estaba resüelta a casarme únicamente por amor[6].

Para Abraham el amor romántico era una aberración; para Emma constituía una de las fuerzas capitales de la vida.

---

[4] Cuando Emma Goldman decidió escribir su autobiografía -nuestra principal fuente de información en cuanto a los primeros años de su vida-, eligió el título más apropiado: Living My Life (Vivir Mi Vida), (Nueva York, Alfred A. Knopf, Inc., 1931).

[5] Pescado relleno. (T.)

[6] (4) Op. cit., p. 12.

Este conflicto entre padre e hija sólo era parte de una batalla más importante que sostenían continuamente. Es indudable que Abraham se consideraba agraviado. Nunca pudo sobreponerse a la desilusión que le produjo el que su primogénito fuera mujer. A esto se añadían sus repetidos fracasos económicos que habían frqstrado todos sus planes y acrecentado su encono y agresividad contra los miembros de su familia.

A decir verdad, la peregrinación del primer patriarca Abraham por la Mesopotamia en busca de sustento, no fue más desesperada ni imperiosa que la de Abraham Goldman a través de la Rusia zarista: jefe de un pequeño clan de peregrinos perdidos en territorio enemigo, cayó pronto en el hábito de considerar a sus hijos, y en cierto modo a su propia mujer, como miembros de una patrulla sometida a la férrea disciplina de una situación de emergencia. Por consiguiente, era difícil que se mostrara paciente con la rebelde Emma.

Si este hombre hubiese tenido la capacidad intelectual para reconocer los fundamentos del antisemitismo reinante en Rusia, si hubiese sabido ver cuáles eran las fuerzas que se cernían sobre el *ghetto*, habría podido ser más paciente y aceptar sus reveses económicos de mejor talante. Desgraciadamente, nunca reveló verdadera capacidad para comprender racionalmente su situación; en cambio, reaccionó con sentimientos y actitudes típicas de la baja clase media, exagerada economía, desconfianza respecto a las nuevas ideas y una envidia por los triunfadores oculta tras una supuesta indignación moral.

Cualquiera fuera el origen de sus tensiones internas -algunas, como luego sugiriera Emma, pueden haber sido resultado de su incompatibilidad sexual con Taube-, el hecho es que Abraham se puso a la tarea de limar a fuerza de golpes las aristas del rudo carácter de aquella hija que no había deseado.

Para colmo, Emma nunca pudo mostrar la sumisión y la dócil sonrisa que habrían desviado la ira paterna. De tal manera, el conflicto entre ambos amenazaba hacerse total.

El padre la azotaba, la obligaba a quedarse de pie en un rincón durante horas o a caminar de un lado a otro con un vaso desbordante de agua en las manos, propinándole un azote por cada gota derramada.

En una oportunidad, la azotaina fue tan terrible que los gritos de Emma impulsáron a su hermano Morris a morder una pierna al padre. Otra vez, enfurecido porque la hiia había recibido notas bajas en conducta, Abraham la atacó a golpes de puño; temiendo que la lastimara seriamente, Helena acudió en ayuda de Emma, pero Abraham siguió golpeándola y sólo se detuvo cuando, exhausto, cayó al suelo inconsciente.

A pesar de todo, Emma guardaba sentimientos ambivalentes hacia el padre: lo quería por sus cualidades positivas y su energía; pero, al mismo tiempo, le temía por aquellos irracionales ataques de furia.

Taube podía haber brindado consuelo y refugio a la muchacha, pero esta mujer nunca mostró ternura hacia sus hijos, salvo hacia Morris, el menor. Aunque tampoco se llevaba bien con Abraham, con quien sostenía riñas histéricas, nunca se permitió proteger a Emma, limitándose a pedirle al esposo que le impusiera castigos menos severos.

De las dos hermanastras mayores, una se mostraba también activamente hostil hacia Emma. Lena le reprochaba el ser la hija del hombre que, en un fracasado comercio de Kovno, había perdido la herencia que recibieron ella y Helena. Esta última era una notable excepción dentro de la familia. En efecto, protegía a Emma siempre que podía y le dio mucho del amor que la madre le negaba. Aunque se entendían muy bien, Helena era muy distinta; si bien compartía con la hermana la idea de que Abraham era un hombre rudo y un autócrata excesivamente riguroso, no osaba demostrar una franca rebeldía.

Emma compadecía a su querida Helena por su espíritu pusilánime. Ella, en cambio, era capaz de hacerle frente al padre sin temor, y por ello le declaró abiertamente la guerra. Desbarató todos sus intentos de concertar un matrimonio, luchó por su derecho a escoger por sí misma sus lecturas y, finalmente, logró liberarse completamente de él.

En 1885, Helena se dispuso a reunirse con Lena en los Estados Unidos y ofreció pagar el pasaje de Emma.

Con el alejamiento de Helena, nada quedaba dentro de la familia, y poco fuera de ella, que atara a Emma a Rusia. Pocos meses después de establecerse en San

Petersburgo, se había visto obligada a dejar los estudios para dedicarse enteramente a la tarea de tejer chales en su casa. Pero este trabajo le afectó la vista y tuvo que emplearse en una fábrica de guantes, propiedad de un primo.

En la época en que Helena le propuso emigrar, Emma trabajaba en un taller de corsés de la Arcada de la Ermita, situada en el centro de San Petersburgo. Imposibilitada de seguir estudiando y forzada a cumplir una cansadora, rutinaria y deprimente tarea, pensó que la vida le resultaría insoportable sin la hermana. Mas quedaba por librar la batalla final, pues Abraham no estaba dispuesto a permitir que Emma se marchara. Se mostró inconmovible hasta que la hija se jugó la última carta: amenazó con arrojarse al Neva. Sólo así consiguió que el padre le diera, a regañadientes, el deseado consentimiento.

Hacia fines de diciembre de 1885, Emma y Helena partieron de San Petersburgo hacia Hamburgo, donde tomaron pasajes en el Elbe que se dirigía a América.

Capítulo tercero
Rochester: flor del edén

América, América la libre, asilo de los oprimidos y derrotados, de los famélicos y harapientos de todo el mundo: desde las laderas de las tibias colinas sicilianas hasta las fábricas de las frías orillas del Neva ruso, todos soñaban con una misma cosa: la tierra de Colón, la Goldene Medine, la Tierra Prometida, la dorada, gloriosa América libre.

A los ojos de los individuos de conciencia política, la situación en el Viejo Continente había llegado a un punto en que las cosas ya no tenían remedio; pero en América un hombre podía ser hombre, no necesitaba luchar por el centavo o vivir miserablemente, no tenía que hacer siempre reverencias y agachar el lomo.

Por feliz coincidencia, el reconocimiento formal de este sueño por parte de Europa arribó al nuevo continente el mismo año que Emma y Helena: la *Liberté éclairant le monde* de Bartholdi desembarcó en la Isla de Bedloe a tiempo para que, al entrar el Elbe en Castle Garden, las hermanas vieran, recortada contra el contorno de Nueva York, la silueta del grandioso tributo de Europa. De tal manera, el símbolo más grande e imponente de la libertad americana llegó a aquellas tierras virtualmente al mismo tiempo que la muchachita que algún día sería uno de los paladines más enérgicos y activos de la libertad.

2

Emma Y su hermana sintieron gran emoción al avistar Nueva York, pues esperaban encontrar allí el soñado paraíso. Ellas también pensaban que hallarían un lugar en el generoso corazón del nuevo país.

Huían de la crueldad paterna y de la falta de comprensión, de la autocracia zarista y de los *pogroms* rusos, y habían puesto sus esperanzas en aquellos Estados Unidos de América.

Su primer contacto con el nuevo mundo les significó una verdadera desilusión. Cuando Castle Garden era un centro elegante, se reunía allí un público ansioso de

oír la clara voz del soprano de Jenny Lind; pero las dos hermanas sólo oyeron la confusa mezcla de voces de enojados funcionarios, hombres desesperados y mujeres histéricas.

Grande fue su desasosiego al comprobar que los funcionarios se comportaban de modo muy similar al de los funcionarios de la Rusia de Alejandro o de la Alemania de Bismarck. Despedidos los inmigrantes del barco cual si se tratara de ganado, las hermanas quedaron sobrecogidas ante la hostilidad y rudeza de los guardias, y especialmente ante la falta de consideración que mostraban hacia las mujeres encinta y los niños.

Asustadas, sólo atinaron a huir hacia Rochester, donde se encontraba Lena.

La hermana se mostró encantada de verlas, a pesar de que llegaban en mal momento. Atravesaban por una situación muy difícil, pues el marido no ganaba más que doce dólares semanales trabajando duramente en una hojalatería. Por tal motivo, sólo podía ofrecerles albergue. Al poco tiempo, Helena consiguió un empleo en el que se ocupaba de retocar negativos de fotografías.

Emma entró en Garson, Meyer y Compañía, donde cosía levitas, trabajaba diez horas y media por día y recibía dos dólares con cincuenta centavos semanales.

Emma había ansiado trabajar para Leopold Garson, presidente de la Unión de Sociedades Filantrópicas Judías de Rochester y propietario de una fábrica modelo, que tenía fama de ser un gran filántropo.

Ese empleo fue otra gran desilusión para Emma pues nuevamente la realidad no respondió a sus esperanzas. Si bien la fábrica de Rochester tenía mejor iluminación y era más espaciosa que el taller de corsés de San Petersburgo, también el ritmo de trabajo era más acelerado y los obreros estaban sometidos a una disciplina mucho más estricta.

En San Petersburgo resultaba menos pesada la tarea ya que los obreros podían hablar y cantar, lo cual no estaba permitido en la fábrica modelo de Garson. Emma siempre recordaba que ni siquiera podían ir al excusado sin pedir permiso. Más tarde -único comentario de este tenor que encontramos en sus cartas-, le relató a

un amigo que Garson no sólo *explotaba a los obreros, sino que también buscaba los placeres que las jóvenes esclavas de su fábrica podían proporcionarle. Cuando no cedían, las echaba*.

El problema inmediato que se le presentó a Emma fue la escasez de recursos, pues su entrada era muy exigua. Pagaba a Lena un dólar y cincuenta centavos en concepto de pensión, y gastaba sesenta centavos en los viajes; de tal manera, sólo le restaban cuarenta centavos por semana para ropa, diversiones, libros y gastos varios.

Cuando Lena tuvo un hijo, Emma consideró que debía contribuir con más para el mantenimiento de la casa. Decidió pedirle un aumento a Garson. Cuando la hicieron pasar a la lujosa oficina del industrial, Emma quedó fascinada ante un florero repleto de rosas *American Beauty*. Tiempo atrás había admirado aquellas flores en una florería pero, para su desesperación, comprobó que el dinero que le quedaba de su salario semanal no alcanzaba ni siquiera para comprar una. Garson la sacó de su arrobamiento al preguntarle con brusquedad qué deseaba. La obrera trató de hacerle comprender su problema, añadiendo que no ganaba lo suficiente para adquirir de vez en cuando un libro o pagar una entrada de veinticinco centavos para el teatro. Garson le replicó llanamente que esos gustos eran algo extravagantes, que sus demás *jornaleros* estaban contentos y que si ella no lo estaba se fuese a buscar trabajo en otro lugar. Emma encontró preferible esta última alternativa.

Su experiencia con Garson le permitió descubrir las tensiones que existían dentro de la comunidad judía de Rochester. Observó que los judíos alemanes daban la bienvenida a los judíos rusos porque éstos constituían una mano de obra barata para sus talleres de ropería. Le indignó comprobar el mal disimulado desprecio que sentían los judíos alemanes por sus hermanos del Este, a quienes consideraban recién venidos de un país semi bárbaro del que no salían preparados para gozar de una igualdad de derechos.

Muchos eran los judíos rusos que se percataban de que los alemanes habían logrado dominar la importante industria del vestido de Rochester merced a la explotación de que los hacían víctimas.

En este caso coincidían la línea divisoria de clases y el origen nacional. Cuando Emma llegó a Rochester, había ambiente de revuelta: los rusos trataban de organizarse en la Knights of Labor[7], en tanto que los alemanes se unían en la *Cámara de Comercio* y en agrupaciones de empresarios. Naturalmente, Emma simpatizaba con sus compatriotas, y sus críticas contra los judíos alemanes capitalistas y el capitalismo en general fueron en aumento.

Encontró ubicación en la fábrica de un tal Rubenstein, donde las condiciones de trabajo eran más tolerables. Rubenstein no trataba con tan férrea dureza a sus obreros y, además, le pagaba a Emma cuatro dólares por semana.

3

En aquella época, Emma conoció a Jacob Kersner, joven judío ruso que también amaba la lectura y la danza. Ansiosa de tener amigos en aquella ciudad extraña, Emma se alegró mucho de poder tratar con ese joven que hablaba ruso -su inglés era aún imperfecto-, se mostraba indiferente al dinero y le había propuesto salir juntos para disipar la soledad que ambos sentían.

Después de cortejarla durante cuatro meses, Jacob le propuso matrimonio; de mala gana, Emma consintió en comprometerse. Abraham y Taube, que habían seguido a sus hijas a América, se sintieron muy complacidos ante la perspectiva de que su tempestuosa Emma sentara cabeza y formara un hogar.

Con el fin de ayudar a los Goldman, Kersner fue a vivir como pensionista a la casa de éstos. La falta de intimidad y la proximidad de Kersner eran motivo de constante enojo para Emma.

A pesar de su empuje y sus grandes ambiciones, decidió finalmente aceptar lo que le parecía inevitable. A diferencia de la Vera Pavlovna de Chernishevski, aceptó unirse legalmente y cumplir la debida ceremonia.

[7] La Noble Orden de los Caballeros del Trabajo fue un gremio de obreros del vestido formado en Filadelfia en 1869, del cual surgió la organización del mismo nombre que trató de agrupar a todos los trabajadores de los EE. UU. Sin distingas de ninguna clase. (Nota de las traductoras)

Emma y Jacob se casaron en febrero de 1887 según los ritos judíos. En su noche de bodas, Emma descubrió que el marido era impotente.

Mientras yacía junto a Kersner, profundamente azorada, recordaba sus experiencias eróticas pasadas. Rememoró su relación con Petrushka en Popelan; también la brutalidad de la madre cuando, al aparecerle la menstruación, le explicó con acritud que esos períodos eran necesarios para proteger a las muchachas de las *desgracias*. Por último, vino a su memoria la relación que tuvo con un joven empleado de un hotel de San Petersburgo, quien logró llevarla con engaños a un cuarto del hotel y la inició rudamente en la vida sexual. Helena la había seguido hasta el hotel y Emma pudo escuchar, llena de terror y sentimientos de culpa, cómo la hermana preguntaba por ella. Después de esa primera experiencia sexual seria, Emma confesará:

Siempre me sentía entre dos fuegos en la presencia de hombres. Me atraían fuertemente, pero este sentimiento estaba siempre acompañado de otro de repulsión violenta. No soportaba que me tocaran[8].

Tales los pensamientos que acudían a su mente mientras Kersner dormía.

Con el matrimonio, la vida de Kersner entró en una pendiente. Aunque, a instancias de Emma, se sometió a un tratamiento médico, no logró ninguna mejoría. Todo su interés por los libros y las ideas se esfumó. Pese a haber terminado sus estudios en el Gymnasium de Odesa, en Rochester pronto adoptó las costumbres de otros obreros. Adquirió una afición desmedida por los juegos de cartas, vicio que le hizo a Emma muy difícil sostener su hogar.

El marido se mostraba terriblemente celoso, quizá por su propia falta de virilidad. En tanto que su personalidad entraba en una suerte de proceso de desintegración, la de Emma sufría ciertos cambios que los separaban cada vez más.

El interés de Emma por el caso de los hombres acusados de los actos terroristas de Haymarket dio a su radicalismo en formación mayor amplitud y profundidad.

[8] Living My Life, p. 23.

Como ya relatamos, el día de la ejecución de Parsons, Spies y sus camaradas, Emma atacó funosamente a una mujer que hizo mofa de la simpatía que se mostraba por los mártires de Chicago. Atraída cada vez más por la causa que aquellos hombres representaban, encontraba la vida con Kersner día tras día más insoportable y carente de sentido.

Poco tiempo después, se separó de él. Los divorció el mismo hombre que, hacía menos de un año, había realizado la ceremonia de casamiento.

Inmediatamente después de dejar a Kersner, Emma se dirigió a New Haven donde entró en otra fábrica de corsés. Allí trabó conocimiento con un grupo de jóvenes rusos que dedicaban el día al trabajo y las noches al estudio y análisis de las ideas socialistas y anarquistas. Las interminables discusiones y las ocasionales reuniones, en las cuales a veces hablaban disertantes de Nueva, York, le dieron a Emma la impresión de que aquélla era su primera experiencia importante en América.

Sin embargo, pocos meses después retornó a Rochester, algo enferma y quizá nostálgica.

Pronto Kersner fue a buscarla y le rogó seriamente que volviera a su lado. Hasta amenazó con envenenarse si no lo hacía.

Asustada ante tal perspectiva, Emma accedió a entrar por segunda vez en un matrimonio igualmente destinado al fracaso. Pero esta vez se propuso tener mayor independencia económica, para lo cual estudió secretamente el oficio de modista.

Durante tres meses, día tras día, se esforzó inútilmente por convencer a Kersner de que cada uno debía seguir su camino. Por fin, tras una violenta discusión, lo abandonó para siempre y se fue a vivir temporariamente con Helena.

De todos los miembros de la familia, Helena había sido la única que estuvo de parte de Emma durante su largo suplicio. Lena compartía con los viejos Goldman la idea de que Emma no debió divorciarse y de que era su deber volver a casarse con Kersner. El divorcio definitivo de Emma disgustó tanto a Abraham y a Taube que le prohibieron volver a entrar en su casa. Para ellos era un axioma que la mujer tenía

que vivir con un hombre por el resto de su vida, cualesquiera fueran los problemas que se le presentaran.

En una violenta escena familiar, Abraham la acusó de ser una *disoluta* que siempre había traído desgracia a la familia. Exasperada, Emma reprochó al padre la desgraciada juventud que le había hecho pasar y lo responsabilizó de su situación. Y si se había salvado de convertirse en ramera, le gritó frenética, no fue por su dedicación sino gracias al amor y a la devoción de Helena. Así terminó un conflicto mantenido durante dos décadas.

A los ojos del resto de la comunidad judía de Rochester, Emma se convirtió en una *meshumed y radikalke*[9], o una apóstata y, cosa igualmente terrible, en una desvergonzada mujer que había osado emanciparse.

La desaprobación que despertó su actitud llegó a la hostilidad activa, ya que los vecinos le hacían demostraciones de desprecio cuando la encontraban en la calle.

Ya preparada para luchar por sus ideales, consideró que no tenía sentido librar su batalla en Rochester. Con la ayuda de Helena, partió hacia Nueva York el 15 de agosto de 1889. Tenía entonces definidas ideas radicales y se alejaba en busca de su peculiar destino.

[9] Renegada y radical. (Nota de las traductoras).

Capítulo cuarto

¿Por qué radical?

Cuando, en 1932, se publicó Living My Life en Inglaterra, el Times de Londres encontró que la obra contenía un interesante desarrollo psicológico:

Emma Goldman relata una historia digna de una novela romántica, pero al mismo tiempo nos revela una personalidad que merecería ser objeto de un profundo estudio psicológico.

No corresponde aquí efectuar tal estudió; en cambio consideramos adecuado interpolar algunas consideraciones de índole especulativa. ¿Por qué se rebeló Emma contra la autoridad paterna? ¿Por qué la impresionó tanto la lucha de los radicales rusos contra la autocracia zarista? ¿Por qué la conmovió tan profundamente la ejecución de los mártires de Chicago? ¿Por qué, en fin, prefirió ser rebelde antes que cómplice?

2

La misma Emma trató de responder a estas preguntas.

Al escribir su autobiografía, se vio obligada a analizar sistemáticamente el porqué de los actos de su vida. Explicaba a su amiga Evelyn Scott que no podía aceptar la teoría de que todos los sucesos de su vida eran producto de su propia iniciativa ni tampoco que había sido un muñeco gobernado por las circunstancias.

Pensaba que *las circunstancias destrozan por lo general nuestras vidas, destruyen muchas de nuestras buenas intenciones, paralizan nuestras energías y nos obligan a hacer todo lo contrario de lo que tan intensamente deseamos. También creo que cuando uno tiene suficiente fuerza de carácter y perseverancia es capaz de vencer a las circunstancias*.

Consideraba que en su obra debía dilucidar cuál era la influencia que había tenido el medio sobre su formación y en qué medida su personalidad había actuado sobre su medio.

Entusiasmada por el enfoque caracterológico que Emma se proponía dar a su autobiografía, la señorita Scott, sensible novelista, natural de Tennessee, le envió rápidamente su respuesta:

El ir y venir de influencias, la acción de la época sobre la formación del hombre, la personalidad del hombre que obliga a su época a ampliar su conciencia, son exactamente los puntos que yo también tomaría.

Pero cuando Emma trata de explicar su radicalismo no llega siempre a dominar el complejo problema de la interacción de las influencias.

En una ocasión dejó atónitos a los miembros del Club de la Ciudad de Rochester al informarles que aquella ciudad y América la habían hecho anarquista; afirmó que su primer contacto con el capitalismo norteamericano, especialmente la injusticia cometida por éste al ejecutar a los anarquistas de Chicago, fue el factor que la impulsó hacia el radicalismo. Aquí asegura, entonces, que el medio tuvo una importancia decisiva. Más, en otra oportunidad, hizo la siguiente declaración a un periodista:

Actúo así porque no puedo ver ni aceptar la injusticia sin protestar. Tengo que gritar, no puedo evitarlo, así como no podría dejar de gritar si me estuviera ahogando. Soy anarquista por naturaleza, así nací.

En una conferencia sobre Mary Wollstonecraft[10], expresó la idea de que *Mary nació rebelde, no llegó a serlo por influencia de tal o cual factor particular de su ambiente*. Según estas opiniones, pues, la predisposición innata era lo más importante.

Contradicciones aparte, es indudable que la interpretación que hizo Emma de su propio radicalismo no se atuvo a su fructífero concepto de la interacción de la personalidad y el medio; en último análisis, dio preponderancia a los factores innatos. Como escribió a otro amigo:

Ninguna prédica puede cambiar lo que existe dentro del hombre. Es posible que haga surgir los rasgos humanos que tienden hacia la libertad o contra ella, pero no puede crear nada en un espíritu estéril.

El medio sólo *actúa sobre la personalidad como el rocío y el sol sobre las plantas*.

3

Por irónica coincidencia, sus explicaciones son similares a las de sus críticos, quienes también postulan que Emma era así *por naturaleza*.

[10] Primera esposa de William Godwin, una de cuyas hijas, Mary, se casó con el poeta Shelley. (Ver H. N. Brailsford, Shelley, Godwin y su círculo, México, Fondo de Cultura Económica.) (Nota de las traductoras).

Teodoro Roosevelt fue sólo la persona más famosa entre las muchas que la consideraban una *loca, una pervertida mental y moral*, una mujer *desequilibrada*. En su primer mensaje al Congreso, Roosevelt se refirió directamente a ella, aunque sin nombrarla. En esa oportunidad atacó furiosamente a Emma y a los de su clase calificándolos de *simples criminales, los más peligrosos*, y aseguró con su famosa energía que aquellos individuos no eran *de ningún modo ni en ningún sentido producto de las condiciones sociales. En todo caso, lo son tanto como un salteador de caminos es producto del hecho de que un hombre indefenso lleve una bolsa de dinero*.

Pero Roosevelt no llegó a mostrar, como lo hizo Emma, cuáles eran las condiciones, descartadas las sociales, que inclinaban a un individuo hacia el anarquismo.

¿Puede decirse que el radicalismo de Emma fue mera consecuencia de su naturaleza? Indudablemente no se debió al funcionamiento de sus glándulas, no adoptó las ideas anarquistas porque tuviera un tipo de fisonomía particular o una estructura corporal definida.

Un concepto seudocientífico afirma que *los agitadores fanáticos son siempre personas flacas*, pero a los dieciocho años Emma era una mujer que medía menos de un metro y medio y pesaba unos cincuenta y cinco kilos. No obstante, sería erróneo restar toda importancia a su herencia biológica. Una muchacha de escasas energías -con deficiencia tiroidea, digámoslo habría podido hacer frente a las exigencias de un padre autocrático, vencer las circunstancias desfavorables, buscar en libros o donde fuera diferentes perspectivas, y luego servir sin desmayos a la causa que había hecho suya.

Es innegable que tenía un notable caudal de energía. Como bien dijo un redactor del Evening Sun de Baltimore, Emma Goldman poseía probablemente *más vitalidad, valor y audacia que ninguna otra mujer en la historia de América*.

Todo hace pensar que era de robusta constitución física. Más también aquí debemos ser cautelosos, pues hemos de recordar que su salud le trajo muchas veces grandes trastornos. Tuvo que volver a la fábrica de corsés de New Haven a causa de su mala salud; más tarde, en 1893, comenzó a perder peso y quedó tan débil que ni siquiera podía caminar por la habitación. Cuando regresó a Rochester,

a causa de Helena, descubrieron que estaba enferma de tuberculosis. Mientras se hacían proyectos para enviarla a un sanatorio, donde debía pasar el invierno, sintió el impulso de volver a Nueva York y retomar sus actividades; sin notificarle a nadie su cambio de plan, salió de Rochester antes de que el médico o la hermana tuvieran tiempo de disuadirla. Al parecer, ese férreo deseo de dedicarse enteramente a su vocación la ayudó a vencer la tuberculosis. También sufría fuertes calambres en la época menstrual, y su malestar durante esos períodos llegó a tal punto que un especialista le recomendó operarse; le aseguró que si no lo hacía, nunca se vería libre de los dolores.

En realidad, estuvo a punto de llegar a la hipocondría. Cuando se ocupaba de la autobiografía de Emma, Alexander Berkman escribió en su diario:

Al leer algunas partes de sus memorias no puedo menos que reírme... en voz alta. Nunca pierde una oportunidad, venga al caso o no, de decir cuán *terriblemente mal* se sentía, qué horrible dolor de cabeza la torturaba, cómo sufría su alma. Recién... tuve que eliminar una página y media donde relata cómo le dolían los dedos de los pies. *Los pies eran mi mayor sufrimiento. El dedo pequeño del pie izquierdo estaba doblado encima del que le sigue*, etc.

Pero esta hipotética hipocondría sólo puede explicar parcialmente sus males físicos, entre los que se contaron, en diferentes momentos de su vida, una tuberculosis, várices, tendencia a perder el equilibrio y, sin saberlo ella, quizá diabetes.[11]

Todos estos detalles nos sugieren que sus energías naturales y las que le comunicaba su fervoroso deseo de servir a sus ideales se entrelazaban y complementaban hasta tal punto que nada puede saberse a ciencia cierta acerca de sus dotes físicas.

Por, el momento sólo cabe presumir que heredó una robusta constitución y una reserva de energías relativamente grande.

Si hay algo de lo que no podemos dudar es de su inteligencia innata. Salvo su mala conducta, fue una excelente alumna.; así lo demuestra la hazaña que realizó al pasar los exámenes de ingreso al *Gymnasium*. Además, tanto amigos como

[11] Después de la muerte de Emma Goldman, uno de sus amigos escribió: *Descubrieron que E. tenía diabetes. Ella nunca lo supo*.

enemigos coincidían en reconocerle una gran inteligencia. El juez federal Mayer, testigo extremadamente hostil que participó en el juicio al que fueron sometidos en 1917 Emma y Berkman, se lamentó de que *la extraordinaria capacidad demostrada por los dos acusados no haya sido puesta al servicio de la ley y del orden. El poder magnético de uno de los acusados (Emma Goldman) habría sido de gran utilidad para concretar reformas por medios legítimos*...

Otro conservador poco amistoso, el fiscal Francis Caffey, afirmó que *Emma Goldman es una mujer de gran capacidad y magnetismo personal; su poder de persuasión es tal que la convierte en un verdadero peligro*...

Por último, citemos al inspector Thomasl J. Tunney, de la policía de Nueva York, quien la consideraba *una mujer muy capaz e inteligente, una excelente oradora*.

Ahora bien, es probable que estos funcionarios se inclinaran a exagerar las cualidades intelectuales de Emma para dar mayor fuerza a su argumento de que era una persona peligrosa; pero, puesto que sus opiniones concuerdan con las de muchos otros, cabe presumir que tuvo altas dotes intelectuales innatas.

Ciertos estudios experimentales del socio psicología han señalado que existe una relación general entre inteligencia y radicalismo. En el caso de Emma, su inteligencia la hizo más sensible a las corrientes intelectuales avanzadas que se desarrollaban en torno de ella; la predispuso a realizar experimentos, a abrir nuevos senderos guiada por el deseo de resolver los sempiternos problemas del hombre; le impidió contentarse con la contradictoria y confusa mezcla de actitudes propias del hombre medio. Sentía la necesidad de encontrar una visión coherente del mundo; por eso la atrajo el anarquismo, que trata precisamente de hallar la integración.

4

En sus intentos por comprender el origen de su propio radicalismo, Emma Goldman subestimó sin duda la influencia de la familia. Es probable que cierto grado de rivalidad sexual no reconocida existente entre Emma y la madre haya contribuido a distanciarlas. Cuando Taube le respondió tan brutalmente al inquirirle la hija sobre su primer período menstrual, el abismo que las separaba se hizo aún más profundo. Puede ser que Emma haya asociado la conducta de la madre con su sentido de

posesión del marido, pero sería más acertado pensar que la hija se percató de que la madre había utilizado su autoridad para conferir un matiz de culpa a una inocente inquietud biológica.

Es probable que su reacción contra la madre creara en Emma una disposición a identificarse, en la edad madura, con el niño que se rebela contra el progenitor que lo reprime y a oponerse a la moralidad convencional que tiende a presentar el sexo como una fuerza del mal.

Su vínculo con Abraham fue más decisivo. No cabe ninguna duda de que el padre la atraía sexualmente. Su actitud hacia él era fundamentalmente ambivalente:

Mi padre era un hombre animoso y lleno de vitalidad. Lo amaba, aunque al mismo tiempo le temía. Quería que él me amara, pero nunca supe cómo llegar a su corazón. Su dureza sólo servía para ponerme más en contra de él.

La conducta autócrata de Abraham despertó odio en la hija; aun así, durante años, persistió también aquella atracción amorosa y el deseo de complacerle.

Esta ambivalencia pasó también a su actitud hacia los demás hombres. Después de su relación adolescente con el empleado del hotel de San Petersburgo, se debatía entre la atracción que ejercían sobre ella los hombres y la repugnancia que le inspiraba la idea del contacto físico con ellos. Cuando, con el transcurrir del tiempo, llegó a vencer este sentimiento de repulsión, no dejó, sin embargo, que ningún hombre dirigiera su vida; no se había librado de la autoridad de Abraham simplemente para someterse a la de otro individuo. Por consiguiente, cabe presumir que parte de su reacción general ante los hombres, como ante toda forma de autoridad, la familia, Dios y, quizá, hasta los capitalistas en su calidad de figuras de autoridad, tuviera sus raíces en la temprana relación conflictiva con el padre.

Vemos entonces que el juego de fuerzas sexuales que se entrelazaban en la familia Goldman significó mucho en la vida de Emma.

Alexander Berkman, quien mantuvo íntima relación con ella durante cuarenta años, le recordó con agudeza:

El sexo ha cumplido un papel muy importante en tu vida y el libro habría sido incompleto si no hubiese mostrado esta faceta.

A lo cual Emma replicó que siempre había opinado que el sexo es una fuerza dominante.

En efecto, asistió a conferencias pronunciadas por Freud en Viena en 1895, y en sus memorias dio lugar preponderante a sus primeras experiencias sexuales; sin embargo, y con razón, no podía admitir la simple explicación de que todas las fuerzas que actuaban en ella se reducían a pura sexualidad.

Por ejemplo, el autor de teatro Laurence Stallings escribió una vez que la vida de Emma se prestaba para un *estudio perfecto*: quien fuera capaz de un análisis profundo podría demostrar que el subconsciente de esta mujer dominaba completamente a su ego externo, y establecer que la fuerza sexual fue motor de *todos los actos de su larga y combativa vida de matices teatrales*.

Más, en último término, la energía sexual está en cierto modo ligada a la totalidad de las acciones de todos los individuos, de manera que el estudio. Mencionado por Stallings deformaría la realidad si quisiera probar que en todo momento el *subconsciente dominaba por completo* los actos de Emma.

Los hechos tienden más bien a demostrar lo que Emma confesó en una carta a la novelista inglesa Ethel Mannin:

Puedo asegurarle una cosa: para mí, la lucha por mantener mi propia individualidad y libertad fue siempre más importante que las relaciones amorosas más apasionadas.

Si bien exageró al afirmar que su esfuerzo por lograr una independencia estuvo siempre por encima de todo, es verdad que así fue en ciertos momentos decisivos de su vida.

Resulta comprensible que rechazara la idea de que toda su personalidad se reducía a una fuerza sexual y se esforzara por ubicar el sexo en el lugar que había ocupado verdaderamente dentro de su personalidad. También se justifica que no pudiera aceptar que la influencia de su familia se reducía a una simple y abstracta interacción de fuerzas sexuales. Aunque debe reconocerse que las últimas no carecían de importancia, es incuestionable que sólo formaban parte de un complejo de fuerzas que obstaculizaban su camino hacia el logro de cierto grado de autonomía. Tanto Abraham como Taube trataron de doblegar la voluntad de su hija,

de actuar como agentes sociales de represión. Emma se rebeló contra estos intentos porque deseaba una libertad interior que le brindara la posibilidad de evolucionar. Por ser una muchacha inteligente se sentía cada vez más atraída por el mundo de las ideas, por el universo de los símbolos. Y para poder desarrollarse tenía que encontrar algún significado en este simbólico universo de la lengua, el arte, los mitos y la religión[12].

5

Es curioso que en la interpretación que hizo de su radicalismo Emma Goldman no alcanzara a reconocer la importancia de este mundo simbólico y de su llegada a él como miembro del pueblo judío. ¿Qué habría sucedido -preguntó una vez el Times de Londres- si Emma no hubiese sido judía, si no hubiese nacido dentro de un grupo que ha sufrido siempre de claustrofobia espiritual? Como bien se dice, formular una pregunta es casi contestarla. Su vida habría sido muy diferente.

En rigor, nació en el límite de dos culturas; la judía y la rusa, la del *ghetto* y la del mundo externo. Hacia 1869, la pared que dividía ambas culturas comenzaba a desmoronarse. Forzosamente, tuvo que percatarse de que fuera de los estrechos muros del *ghetto* existía otro universo. Por no vivir plenamente en ninguno de los dos mundos se vio obligada a abrirse camino en aquellas dos culturas antagónicas. De por sí, esta experiencia le sirvió para llegar a una perspectiva más amplia y para adquirir el hábito de hurgar hasta la raíz de los problemas, actitud que, casualmente, es una de las definiciones del radicalismo. Inevitablemente, arribó a la conclusión de que los valores establecidos son cosa arbitraria, no fijada por Dios sino por los hombres, no universal sino personal. Si bien esta posición marginal no la condujo a la serenidad y, probablemente, contribuyera a sus síntomas neurasténicos, es innegable que también la ayudó a desarrollar su conciencia y la hizo apartarse de todo patrón establecido.

Los valores que Emma escogería para regir su futuro debían ser, casi ineludiblemente, los seleccionados a través del tamiz del radicalismo.

En virtud de su nacimiento, Emma Goldman se convirtió en heredera de una gran tradición ética que siempre enalteció los derechos del hombre y la justicia social.

[12] Ver Ernst Cassirer, An Essay on Man, Garden City, N. Y., Doubleday y Co., Inc., 1953.

Como escribió Ahad Ha'am, el judaísmo profético exaltó la justicia absoluta y mostró una marcada intolerancia hacia el mal en todas sus formas[13].

Aunque el judaísmo profético fue eclipsado por el sacerdotal, el primero siguió actuando como elemento de tensión. Es así que a pesar de que Emma despreciaba gentilmente a los rabinos por ver en ellos un patético símbolo de la autoridad rusa, no dejaba de ser parte del *Pueblo de la Biblia*; la tradición profética y la literatura popular de la Biblia, su magnífica fantasía y sus tonantes relatos de renunciación y heroísmo hicieron inevitablemente impacto en la sensible e inteligente pequeña del *ghetto*.

Soñaba con llegar a ser una mano vengadora como la de Judith: le cortaría la cabeza a los malvados y recorrería las calles sosteniéndola en alto para que todos la vieran y se tranquilizaran.

¿Quién puede dudar de que los profetas hayan susurrado al oído de Emma tan cautivante mensaje a través de los siglos? Tal vez la mejor definición del tema central de su vida esté dado por la escrutadora y angustiosa pregunta de Jeremías: *¿Por qué florece el camino de los perversos?*

Y las muchas respuestas que Emma halló a este interrogante estuvieron cargadas de toda la pasión de la sentencia de Amós: *Oye mi palabra, oh rebaño de Bashan*. Ella también pronunciaría sentencia *contra ti hasta el fin de los días*.

6

Como se sabe, no es ésta la primera vez que se sugiere que los radicales modernos han heredado mucho de los profetas. Si bien Ernest Renan pudo haber pecado de exagerada simplificación al afirmar que los profetas fueron los precursores de Saint Simon y de otros radicales, es incuestionable que no estaba totalmente errado.

El punto de vista postulado por Renan nos ayuda a comprender por qué el nihilismo -la novela de Chernishevski, en especial- hizo tan profunda impresión en Emma: ella y los revolucionarios rusos bebían de una misma tradición.

Además, el nihilismo de Chernishevski encerraba un atractivo especial para Emma porque, entre otras cosas, prometía autonomía individual, libertad sexual y un camino por donde encauzar las energías dedicadas a salvar el abismo entre el

[13] Ver su ensayo clásico: Sacerdote y Profeta, Contemporary Jewish Record, VIII (abril, 1945), 234 ff.

corrupto orden imperante y la justicia social. Emma absorbió las ideas de Chemishevski como las arenas del desierto el agua de la lluvia.

Al igual que Vera, la protagonista de la obra, deseaba organizar un taller de costura en cooperativa; como ella, quiso estudiar medicina, y efectivamente, entre 1895 y 1896 estudió enfermería y obstetricia en Viena, y en 1899 hizo un esfuerzo serio, aunque de corta duración, por entrar en la escuela de medicina para doctorarse en esa ciencia.

Daba, como Vera, gran importancia a la intimidad física y mental, razón por la cual siempre le fue indispensable tener habitación privada. Pero el aspecto más importante de la influencia de Vera es el hecho de que su recelo contra el Estado y la clase dominantes, su condenación del lujo y su ideal de lograr la libre asociación de productores impresionaron profundamente a Emma y la prepararon para el anarquismo.

7

Ciertas fuerzas históricas generales actuaron también, aunque no como factor primordial, para encaminar a Emma hacia el radicalismo.

La política seguida por el zarismo contra los judíos ayudó a conformar su vida no sólo por intermedio de los fracasos económicos de Abraham sino también a través de la opresión que aquélla implicaba. La vigorosa represión de toda forma de disensión, aun las más leves, aumentó su disgusto por la autoridad y el Estado. Es probable que una experiencia tan traumática como el azotamiento público del pobre campesino de Popelan haya contribuido a hacer de Emma una persona rebelde. ¿No es lógico presumir que la persecución de los judíos y de los herejes políticos haya despertado en Emma cierta empatía y desarrollado su sensibilidad ante el dolor de sus semejantes?

Más fue en América donde su rebeldía floreció plenamente. La injusticia que significó la tragedia de Haymarket le produjo una impresión indescriptible. Además, el gran abismo que había entre la imagen paradisíaca que se pintaba de América y la triste realidad que la golpeó al entrar a trabajar en la fábrica de Garson era verdaderamente intolerable y exigía una acción.

Ya no podía ver a aquel país como la tierra de las oportunidades económicas. Percibió claramente que la sociedad norteamericana tendía a ser una comunidad cerrada de individuos de origen anglosajón y protestante.

Tanto ella como otros *inmigrantes recién venidos* encontraron los caminos de la vida económica llenos de obstáculos; además, se les dificultaba el proceso de asimilación. ¿Cómo podía sacar partido de la libertad y de las oportunidades económicas, reflexionaba, con sólo un miserable salario del que, al fin de la semana, no le restaba ni siquiera lo suficiente como para comprarse un libro o una entrada para el teatro? Fue entonces cuando abandonó definitivamente la quimera del oro fácil y se convirtió en implacable enemiga del sistema económico que creaba semejante discrepancia entre el valor individual y la remuneración social.

Desde ese momento, su meta fue una nueva sociedad en la que existiera una estrecha correspondencia entre mérito, esfuerzo y recompensa. El anarquismo era, según se convenció, él camino que conduciría a tal sistema social.

8

Vemos entonces que en el radicalismo de Emma Goldman intervinieron más factores de los que reveló su propia interpretación, asaz ingenua, por cierto. En rigor, todo indica que esta mujer nació dotada de un caudal de energía relativamente grande; y con un nivel de inteligencia bastante elevado. Más esto es todo lo que puede decirse en apoyo del argumento de que Emma era rebelde de nacimiento. En realidad, el problema la tenía tan preocupada y perpleja que buscó refugio en la oscura idea de que había *nacido así*.

Esto trae a nuestra memoria el caso similar de H. G. Wells, quien, incapaz de encontrar una explicación de su personalidad, optó por atribuirla a la composición de sus tejidos cerebrales.

Toda explicación del anarquismo de Emma debe fundarse en una conjunción conceptual -especie de puente de unión- de los factores psicológicos y sociológicos que intervienen en su formación. De tal manera, no sólo es importante el que tuviera energías e inteligencia innatas sino también el que naciera en un pueblo cuya tradición religiosa daba lugar prominente a la justicia absoluta y a las satisfacciones simbólicas, herencia que se entrelazó sutilmente con sus dotes congénitas.

Luego, en la mitad del puente encontramos las relaciones de poder existentes dentro de la familia Goldman. Las mismas comprendían, por un lado, los impulsos sexuales innatos y, por el otro, los valores y las costumbres de las sociedades judía y rusa. La atracción y la rivalidad sexual de Abraham y de Taube, respectivamente, y, de modo más general, su posición de autoridad dentro de la familia, fueron factores decisivos para convertir a la hija en campo fértil para el radicalismo.

Por medio de la opresión y de un trato desconsiderado procuraron contener las fuerzas que empujaban a Emma hacia el desarrollo intelectual y la autonomía. Por otra parte, el estar en la frontera de dos culturas le permitió a la muchacha percatarse de que muchas reglas son arbitrarias y se las acepta sin pensar en su significado.

El abismo que había entre la imagen ideal de América y la triste realidad fortaleció su rebeldía en desarrollo.

Ciertas experiencias particulares, por ejemplo el castigo del campesino ruso, su matrimonio con Kersner y el suceso de Haymarket, así como los acontecimientos históricos generales -la persecución zarista de los judíos, la explotación de que se hacía víctima a los inmigrantes en Norteamérica, etc. fueron todos factores que empujaron a Emma hacia el anarquismo.

Veamos ahora qué le atrajo del nihilismo y del anarquismo.

Estas doctrinas prometían transformar rápidamente lo que es en lo que debería ser: se derribarían las jerarquías autoritarias para reemplazarlas por una sociedad de hombres libres e iguales; se garantizaría la independencia individual; la recompensa guardaría proporción con los méritos; los restrictivos lazos familiares darían lugar a un vínculo más universal. Semejante solución sistemática de todas sus dificultades tiene que haberla seducido de modo irresistible. Es así que Emma se había convertido al radicalismo por la acción conjunta de los factores que la empujaron hacia el mismo y de la atracción que ejercieron sobre ella las ideas anarquistas.

Por consiguiente, su radicalismo fue producto de una constelación única de fuerzas. Pero se trató de algo más que de un *producto*, pues, de haberlo querido, Emma podría haber actuado de distinta manera en los momentos decisivos.

Hemos desmenuzado y analizado la personalidad de nuestra rebelde, mas su personalidad total es muy superior a la simple suma de las partes.

Superior a la suma de sus partes, así lo reconoció Emma a pesar de no saber definir con claridad el origen de su radicalismo.

Hacia el final de su vida escribió las siguientes líneas que parecen tomadas de una página de Nicolás Berdiaev:

La individualidad puede describirse como la conciencia que tiene el individuo de lo que es y de cómo vive. Es inherente a todo ser humano y se va desarrollando con él... El individuo no es meramente resultado de los factores hereditarios y ambientales, de las causas y los efectos. Es eso y mucho más, muchas otras cosas. No se puede definir al hombre viviente; él constituye la fuente de toda vida y de todo valor, y no simplemente una parte de esto o de aquello. Es una totalidad, una totalidad cambiante, en evolución, aunque siempre constante[14].

Había confusión, sí, pero también percepción. El individuo es más que un objeto, argumentaba, también es sujeto. Aplicado a su propia personalidad, este concepto significaba que, en buena medida, fue radical por elección.

[14] Emma Goldman, El lugar del Individuo dentro de la Sociedad, Chicago: Free Society Forum, sin fecha (Biblioteca del Congreso, 1940), p. 3. Berdiaev habría dicho *personalidad* en lugar de *individualidad*.

PARTE II: *HIJA DE LOS SUEÑOS*

Capítulo quinto
Sueños

Naturalmente, la joven radical no quiso someterse a la familia, y partió de Rochester hacia la ciudad de Nueva York. Arribó allí la calurosa mañana del domingo 15 de agosto de 1889, sola y decidida a iniciar su lucha en pro del mejoramiento del mundo. Descendió del ferryboat de Weehawken llena de excitación y feliz por haber dejado tras de sí su desagradable pasado y oscuro origen.

¿Qué le reservaba el futuro? ¿Llegarían los poderosos a saber de su existencia? ¿Le prestaría oídos la gente o morirían rápidamente tan elevadas ilusiones al ahogarse sus chispas en el mar de la indiferencia de los espectadores?

A despecho del calor, la ciudad le pareció fría. Dejó su máquina de coser en el depósito de equipajes de la calle Cuarenta y Dos Oeste; esa máquina sería la piedra angular del taller cooperativo que planeaba establecer para llegar a la independencia económica.

Sólo llevaba consigo una pequeña maleta donde guardaba algunas ropas y cinco dólares, todos los bienes materiales que había podido reunir en sus veinte años de vida.

Después de caminar durante tres horas, cansada y con los pies destrozados, se dirigió a la casa de fotografías de sus tíos, situada en Bowery. No se le escapó que su inesperada visita fue una desagradable sorpresa para sus familiares y que la invitaban a quedarse con ellos por sentirse obligados a hacerlo. Decidió irse inmediatamente.

Antes de que el día terminara había encontrado el café de Sachs, ubicado en la calle Suffolk, centro de reunión de los radicales del East Side. Cuando torrentes de palabras en ruso y en idisch acariciaron sus oídos se sintió más cómoda, como si finalmente hubiese llegado a su hogar.

Pronto sus nuevos amigos encontraron un lugar donde ubicarla. En la velada le presentaron a Alexander Berkman, joven anarquista que le impresionó como

persona muy estudiosa, quien la invitó a asistir en su compañía a una conferencia que Johann Most pronunciaba esa noche.

¡Qué jornada gloriosa! ¡Tener la oportunidad de oír al incomparable Most pocas horas después de haber comenzado una nueva vida)!

2

En Rochester, Emma había leído las terribles invectivas lanzadas por Most contra las ejecuciones de Haymarket; su periódico Freiheit le había parecido un grito de sana rebeldía en medio de una selva de crueldad. Mas al ver su rostro, hasta entonces desconocido para ella, recibió una triste impresión: era una cara deforme y de expresión desagradable. Aquella sensación desapareció, empero, tan pronto como comenzó a hablar, pues la palabra lo transformaba en figura de pujante poder. Emma nunca había oído ideas tan claras y conceptos tan inteligentes. Casi hipnotizada por Most, lo aceptó ansiosamente como maestro e ídolo.

Pocas semanas después de su llegada a Nueva York, Emma ya salía con el viejo rebelde cubierto de cicatrices y leía los libros que éste le recomendaba. Con esta amistad se le abrieron las puertas del mundo de la música, la literatura y el teatro.

Una noche, en un café donde entraron después de haber oído Carmen juntos, Emma le describió el estado de embeleso que le había producido la primera ópera que escuchó. Terminado el relato de su experiencia de Konigsberg, Most le confesó, pensativo, que nunca había oído una descripción más dramática de las emociones de una niña, agregando de inmediato que Emma tenía un gran talento y llegaría a ser una excelente oradora. Prometió ayudarla para que pudiera reemplazarlo cuando él ya no estuviera.

A medida que su amistad con Most se hacía más profunda, Emma se iba dando cuenta de la importancia de las apreciaciones de éste acerca de su facilidad de palabra. A través de sus conversaciones y de las anécdotas que le relataba, supo de la niñez desgraciada del amigo, se enteró de que las condiciones adversas y una mal atendida infección de la mandíbula habían obstaculizado el florecimiento de su talento histriónico y de sus condiciones innatas para la oratoria.

Mientras le escuchaba hablar, comprendió que la deformación facial producida por la afección juvenil le había impedido cumplir su deseo de ser actor; sólo podría haber actuado como payaso.

En lugar de dedicarse a las tablas, entró como aprendiz de encuadernación; llegó a convertirse en una figura verdaderamente trágica, en una criatura de Andreiev, a quien todos abofeteaban: no querían aceptarlo en ningún trabajo por temor de que su rostro ahuyentara a los clientes; las muchachas y las mujeres rechazaban con repugnancia sus atenciones y, finalmente, la prensa, en especial la norteamericana, utilizaba la cara barbuda de Most, coronada por una mata de pelo, como modelo para la caricatura del anarquista que lleva una bomba bajo el brazo.

Vivía atormentado por su rostro deforme, por el recuerdo de su nacimiento ilegitimo y por su triste vida familiar; varias veces estuvo a punto de suicidarse, pero el socialismo lo salvó de caer en el estado de vagancia e inutilidad hacia el cual lo estaba llevando su encono patológico contra los demás.

Most relató a su embelesada protegida cómo fue adquiriendo el poder de magnetizar a su público obrero y cómo distintos gobiernos habían reconocido su labor honrándole con la prisión. Con cierto orgullo, le contó que había sido elegido para ocupar una banca en el Reichstag de Berlín en 1874 y que en 1878, cuando en Alemania se levantó una violenta ola de reacción, tuvo que huir a Inglaterra. Recordó con enojo que en dicho país creó un semanario radical sin previo permiso de los dirigentes socialistas de Alemania, quienes en 1880 lo expulsaron del partido por su imprudencia y rebeldía. Finalmente describió, con cierta jactancia, su llegada triunfal a los Estados Unidos en 1882, cuando el movimiento socialista estaba destrozado por disensiones internas. Muchas de las disputas de entonces tuvieron su origen en sucesos de la década anterior.

En efecto, hacia 1872 había en los Estados Unidos aproximadamente cinco mil obreros socialistas que pertenecían a la Primera Internacional. Ese mismo año, asustado por la creciente influencia de Bakunin, Marx depositó inesperadamente la central de la Internacional en el regazo de los atónitos y aislados socialistas alemanes de Nueva York. Pero los radicales que habían emigrado a América

tampoco coincidían plenamente, y pronto comenzaron disputas similares a las que los separaban en Europa.

De los dos campos principales, los partidarios de Lassalle ponían toda su fe en la acción política pues consideraban que la *férrea ley de salarios* hacía inútil toda actividad gremial; por su parte, los marxistas sostenían que la acción política debía ir a la par de la acción económica de los gremios obreros.

Tales desacuerdos fundamentales apresuraron la prematura muerte de la moribunda Primera Internacional (Asociación Internacional de Trabajadores), que se disolvió en 1876[15].

A despecho de tanta guerra de palabras, los radicales creyeron que había llegado el momento de entrar en acción. Los capitanes de la industria, fanáticamente empeñados en conquistar inmensos imperios económicos, significaban un peligro del que sólo las personas de escasa visión no llegaban a percatarse.

En los campos carboníferos de Pensilvania; los Molly Maguires reaccionaron cometiendo crímenes y robos; parecían imbuidos de un fuego revolucionario. Por otra parte, las grandes huelgas ferroviarias de 1877, que comenzaron en Virginia del Oeste y se extendieron luego a Maryland, Pensilvania, Nueva York y varios otros Estados, eran prueba contundente de que crecía el descontento y la militancia entre las filas obreras. En un momento dado, pareció que los socialistas llegarían a unir fuerzas con los sindicalistas y los radicales del país, muchos de los cuales eran *greenbackers*[16], en la lucha por imponer reformas fundamentales.

---

[15] Se refiere a la rama marxista de la Primera Internacional. En el Quinto Congreso de esta organización, celebrado en La Haya en septiembre de 1872, se produjo la escisión. En este congreso los adictos a Marx aprobaron su propuesta de trasladar la secretaría a Nueva York, y a partir de este momento la actividad de esta rama languidece. El sector antiautoritario y federalista de la A.I.T. desplegó gran actividad en los años siguientes, realizando congresos en 1873 (Ginebra), 1874 (Bruselas), 1876 (Berna), y el noveno y último congreso general en 1877 (Verviers). (Nota de las traductoras)

[16] A fines del siglo pasado reinaba gran tirantez entre el Este y el Oeste de los Estados Unidos. Los colonos del Oeste debían dinero a los banqueros del Este y necesitaban una inflación para poder saldar su deuda sin arruinarse. En otros tiempos, la moneda se basaba en el oro y la plata, cuyo valor guardaba una proporción de uno a dieciséis. En un momento dado, la plata desapareció y sólo se acuñaron monedas de oro; finalmente, con el descubrimiento de grandes minas de plata, este metal se abarató de modo notable, y de allí que los granjeros solicitaran el uso de la plata en la antigua proporción, lo cual crearía la deseada inflación. El problema de la moneda significó una lucha, a muerte empeñada por agrarios, pequeños comerciantes y otros,

Sin embargo, pocos se mostraron capaces de renunciar a los placeres de las reyertas intestinas; por consiguiente, la batalla entre los socialistas *políticos* y los *económicos* siguió su curso en el seno del partido de los trabajadores y luego en el Socialista Obrero, Después de apoyar la candidatura a la presidencia del *greenbacker* James B. Weaver, en 1880, los socialistas, de los cuales restaban unos quince mil, volvieron a dividir sus filas. El ala izquierda se afilió a la Asociación Internacional de Trabajadores, la primitiva Internacional Negra de Bakunin[17].

Fue entonces cuando Most hizo su entrada en escena. En poco tiempo, se puso a la cabeza de las dispersas fuerzas izquierdistas y, casi por sí solo, logró que la fracción del partido Socialista Obrero uniera sus fuerzas a los otros grupos anarquistas.

Con la colaboración de Albert Parsons y de August Spies redactó el Manifiesto de Pittsburgh, declaración de principios que, por raro milagro, todos los grupos encontraron aceptable.

De tal manera, hacia mediados de la década 1880 a 1890, es decir pocos años después de su llegada, había en los Estados Unidos ochenta organizaciones que agrupaban a siete mil anarquistas; solamente en Chicago se contaban alrededor de dos mil de ellos. Además, algunos dirigentes tales como Parsons estaban estrechamente vinculados con distintos gremios locales.

Este florecimiento del anarquismo fue en buena medida resultado de la enérgica actividad de Most quien, pese a todo su vigor, poco pudo hacer contra la ola anti anarquista que, en 1886, tras la tragedia de Haymarket, se levantó en todo el país.

---

contra los grandes industriales y capitalistas. En efecto, si se mantenía un patrón basado en el oro de los bancos privados, se provocaría una deflación que favorecería a los trusts en perjuicio del pueblo. Los *greenbackers* (miembros del Greenback Party) proponían suprimir toda moneda bancaria y dejar en circulación el papel moneda ya emitido (cuyo dorso estaba impreso en verde, de allí el nombre del partido); además, pedían que el gobierno federal emitiera papel moneda directamente y con su propio respaldo para lograr la inflación nacional que beneficiaría a los deudores. (Nota de las traductoras)

[17] Esa ala izquierda de los socialistas podía participar de la tendencia antiautoritaria que actuó en el seno de la Primera Internacional, pero no afiliarse, pues en 1880 había desaparecido la organización mundial (la rama marxista con asiento en Nueva York en 1876; la rama federalista con asiento en Europa en 1878/79. (Nota de las traductoras)

El relato que hizo Most de los altibajos sufridos por el movimiento anarquista dejó entrever a Emma que, cuando ella ingresaba en sus filas, el mismo se hallaba en seria decadencia.

Hechizada por las historias de héroes y villanos, de sublimes actos de renunciación y heroísmo, y de despreciables gestos egoístas y cobardes que le relatara su ídolo, la muchacha se hizo la firme promesa de ayudarlo a recuperar el terreno perdido y a conquistar nuevas posiciones.

3

Seis meses después de la llegada de Emma Goldman a Nueva York, y fiel a su promesa de convertirla en buena oradora, Most la envió en una gira por Rochester, Búfalo y Cleveland. Llevaba la misión de hacer comprender a los obreros la inutilidad de su lucha por lograr una jornada de trabajo de ocho horas. Most le explicó que aunque se consiguiera una reducción de las horas de trabajo, ello no reportaría gran beneficio pues así se distraería la atención de las masas del verdadero problema, es decir la lucha contra el capitalismo.

Emma encontró contundente este argumento y lo expuso en sus conferencias. Pero en Cleveland, un obrero de cabellos blancos le preguntó qué podían hacer los hombres de su edad, puesto que no llegarían a vivir tanto como para ver concretada la sociedad anarquista. ¿Por qué habían de trabajar dos horas más por día durante el resto de sus vidas?

Estas preguntas le hicieron ver claramente cuán falso era el punto de vista de Most y, peor aún, advertir que ella misma se hallaba en una posición todavía más falsa pues sólo repetía las enseñanzas de su maestro sin haberlas analizado antes.

Decidida a pensar por sí misma, cuando llegó a Nueva York le comunicó a Most la experiencia vivida y la impresión que le dejó la misma.

En un rapto de enojo, su ídolo le advirtió que no la aceptaría a su lado si no pensaba como él. *Quien no está conmigo, está en contra de mí*, gritó. Emma deseaba fervientemente estar con él, más no con esas condiciones; no se alistaría en su regimiento del ejército anarquista.

Este incidente le habría hecho descubrir una irónica realidad: el hombre que había elegido como ídolo, el hombre que se presentaba como ejemplo popular del radical que arroja bombas, era sólo equívocamente anarquista. En rigor, durante, los años en que actuó en el Reichstag de Berlín, Most no demostró que consideraba inútil toda acción política; en aquel entonces sostenía que era erróneo utilizar medios violentos mientras el socialismo sólo fuera aceptado por una minoría y que los mismos serían innecesarios cuando la mayoría estuviera ya de parte del socialismo.

Sólo cuando Bismarck eliminó totalmente los derechos civiles y Most perdió su banca en el Reichstag cambiaron sus puntos de vista. Todo señala que se había vuelto anarquista fundamentalmente porque no podía ser un prusiano socialdemócrata.

Sea como fuere, el hecho es que su comportamiento autocrático chocaba notablemente con la nueva doctrina que había adoptado.

Anarquista a su pesar, Most no aportó nada a la doctrina. El famoso Manifiesto de Pittsburg (1883), del cual fue principal autor, no era más que una repetición de las ideas de Miguel Bakunin, el anarco comunista ruso.

En su manifiesto Most declaraba en primer lugar -obsérvese que el orden era muy significativo- que debía *destruirse por cualquier medio el orden social existente*; en segundo término postulaba la necesidad de organizar la producción según los cánones del cooperativismo y, en tercer lugar, pedía el *libre intercambio de productos equivalentes por y entre organizaciones productoras no lucrativas, sin mediación del comercio*.

Su ideario político incluía federalismo, cooperativas de producción y, por sobre todo, una guerra de guerrillas en el campo social y económico.

El programa de Most, su *feroz llamado a la batalla contra el enemigo*, satisfacía el sentimiento de rechazo que despertaba en Emma la corrupta sociedad en que vivía, pero poco y nada ofrecía a su profundo anhelo de una sociedad más humana.

Llena de desaliento y tristeza ante la arrogante actitud de Most y disgustada por su instigación al odio y a la destrucción, comenzó a inclinarse hacia las ideas voceadas

por *Die Autonomie*, semanario anarquista alemán que publicaba Joseph Peukert, rival y enemigo de Most.

A despecho de las advertencias de Most en contra del periódico, Emma pronto se convenció de que los conceptos de libertad individual e independencia de grupos que encontraba en la publicación eran precisamente los mismos que, en su opinión, debían constituir el fundamento del anarquismo.

De tal manera llegó a su fin la estrecha relación entre Emma y Most.

Sin embargo, Emma nunca dejó de admirar a Most, pues éste, a pesar de su violenta incitación al exterminio del *burgeois vermin* y de sus conceptos acerca del arte de la *Revolutionaire Kriegswissenschaft*, tenía algo que ofrecerle a su antigua protegida: el ejemplo de un hombre que no se dejó doblegar por la prisión, el ridículo y la calumnia.

Most era prueba viviente de que la individualidad humana es indestructible, ya que cada encierro en prisión sólo servía para azuzar su espíritu de desafío.

La imagen de tan vehemente rebeldía que se inflamaba aún más frente a la ira concentrada del poder estatal, cautivó siempre la imaginación de Emma y despertó su más sincera admiración[18]. De todos modos seguía creyendo que había sido afortunada al conocer a ese vigoroso hombre de lucha.

4

Felizmente, el verdadero maestro de Emma Goldman fue Pedro Kropotkin, quien, como podrá comprenderse, era el mejor ejemplo para una mujer como Emma.

Príncipe ruso, poseedor de una de las mentes más privilegiadas del siglo XIX, geógrafo de primera fila que prefirió dedicar su vida a la teoría anarquista y a los movimientos sociales revolucionarios, Kropotkin tocó las fibras más íntimas de Emma. Sus artículos publicados en Die Autonomie y demás escritos produjeron en

[18] Quizá la figura de Most atrajo también la imaginación de Henry Jemes, quien lo habría utilizado como modelo para el misterioso *Hoffendahl* de su obra Princess Casamassima (1886).

ella la impresión de encontrarse ante la obra de un pensador benevolente, compasivo y de firmes principios.

A diferencia de Most, Kropotkin ofrecía algo más que una mística de la violencia.

A diferencia de Benjamín Tucker y de otros norteamericanos de ideas anarquistas e individualista (4), Kropotkin ofrecía algo más que una árida preocupación por lograr la más amplia difusión del *laissez faire*[19].

[19] Tucker llegó al extremo de increpar a William Graham y Sumner por no abogar con suficiente firmeza y constancia en pro del *laissez faire*. Si bien coincidía con otros anarquistas en su crítica del Estado, la iglesia y la sociedad, Tucker se distinguía de los anarco comunistas por creer que, al abolirse el Estado e implantarse la libre asociación -con reuniones en la consagrada plaza del mercado-, los males sociales quedarían borrados. Aferrado a la institución de la propiedad privada, consideraba que el permitir que los bancos obren libremente serviría como palanca para derribar los monopolios y así restablecer la competencia. Ver en su obra *Instead of a Book* (Nueva York, Benjamín Tucker, 1893). Otros anarquistas norteamericanos de tendencia individualista, tales como Josiah Warren, Lysander Spooner, Stephen Pearl Andrews y Joseph Lábadie, sustentaban una posición similar. Al familiarizarse con el inglés norteamericano, Emma Goldman fue entrando en contacto con el ambiente libertario de los Estados Unidos, pero nunca trabajó estrechamente con los anarquistas individualistas. Conoció a Tucker, quien no le impresionó como *gran personalidad*. Con el correr del tiempo, fue absorbiendo ideas de otras figuras de los Estados Unidos: Emerson, Whitman y, especialmente, Thoreau. Contrariamente a lo que piensan quienes no han analizado esta materia, existía una tradición liberal norteamericana que se entrelazaba mágicamente con la teoría anarquista. Esta tradición se remontaba a Roger Wilhams y John Woolman, quienes postularon que el hombre debe desarrollar su conciencia y su espíritu; al recelo mostrado por la población colonial frente al poder gubernamental arbitrario y a las ideas negativas sobre el Estado que los radicales quisieron dejar en la Constitución a través de *la Declaración de Derechos*; al comunitarismo que floreció en 1830 y 184O y a los abolicionistas que abogaban por la eliminación del Estado. Vemos entonces que, si bien el contenido o la forma de los sueños de Emma tenían un origen primordialmente ruso, estos sueños pudieron enraizar en el hospitalario suelo de una tradición norteamericana.
El común de la gente ignora que la tradición anarquista mundial tiene gloriosos antecedentes que datan de siglos atrás. En Oriente, por ejemplo, Chuang Tse, continuador de Lao Tse, loaba hace dos mil años *los tiempos en que prevalecían los instintos naturales, los hombres actuaban con calma y contemplaban las cosas con juicio*. En Occidente tenemos el ejemplo de Zenón (griego contemporáneo de Chuang Tse), quien oponía conceptos anarquistas al Estado omnímodo de Platón. Ovidio añoraba la época en la que *todos serían leales por voluntad propia y actuarían con rectitud*. Encontramos algo más que simples huellas de anarquismo en las ideas de otros pensadores, desde los profetas hebreos hasta los jefes de la Reforma. La primera declaración sistemática de los principios anarquistas apareció en la obra Enquiry concerning Political Justice (1793) (en castellano Investigación acerca de la Justicia Política, Buenos Aires, Tupac, 1945), de William Godwin. Entre las figuras notables de la tradición anarquista mencionaremos a Pierre Joseph Proudhon, autor de la obra *What is property*? (1840) (en castellano ¿Qué es la propiedad?, Buenos Aires, Americalee, 1946), en la cual previene que no debe confundirse la anarquía teórica con el caos, advertencia que hasta ahora no ha encontrado el eco que merece; a Max Stirner, el individualista alemán que sostenía que la conciencia individual lo es todo, y a Miguel Bakunin, el rebelde ruso y gran antagonista de Marx. Los conceptos de Bakunin dieron a sus obras un brillo casi enceguecedor, pero desgraciadamente las mismas se veían malogradas por su carácter episódico y diluido. Como bien dijo Kropotkin, Bakunin influyó sobre quienes lo siguieron por sobre todo con su *poderoso, ardiente e irresistible entusiasmo revolucionario*, que encendió la imaginación de los hombres e hizo del anarquismo una fuerza de peso en Francia, Italia y España. Con Kropotkin, el anarquismo llegó a su expresión teórica más plena y perfecta.

Aparte de predicar la comunidad de bienes, tipo de organización que mejor se prestaba para la solución de los problemas de nuestra era industrial, Kropotkin le hablaba a Emma desde una tradición rusa -dentro de la cual Chernishevski era una figura de significación- que ya formaba parte de su ser. Toda la vida de Emma parecía haber sido un proceso destinado a prepararla para recibir las enseñanzas de Kropotkin; de inmediato se convenció de que este hombre era el *pensador y teórico más claro* del anarquismo.

Es incuestionable que Kropotkin presentaba sus teorías con desusada claridad, sobre todo si se tiene en cuenta la riqueza de su pensamiento y la amplitud del campo que abarcaba.

Profundo estudioso de la biología, Kropotkin partió de una teoría de la evolución que ponía el acento en la cooperación y no en la competencia. Cuando se obstaculizan los procesos normales de evolución de la vida individual y social, argumentaba, se produce después de cierto tiempo una inevitable explosión de energías que podemos llamar *evolución acelerada* o revolución. Así, en Paroles d'un Révolté (en castellano Palabras de un rebelde) (1885) sostiene que las revoluciones son necesarias para romper la inercia de los ignorantes y vencer el egoísmo de los poderosos.

Las revoluciones sociales permiten que la vida social evolucione desde las formas de organización inferiores hacia las superiores. Si bien Kropotkin detestaba personalmente la violencia, la consideraba un ineludible concomitante de los cambios sociales significativos.

Una de las misiones principales de los anarquistas es la de contribuir a dar carácter constructivo a los conflictos, canalizándolos hacia problemas definidos y orientándolos hacia *las amplias ideas que inspiran al hombre por la grandiosidad del horizonte que le dejan entrever*.

Al describir a los hombres y a las instituciones que tratan de impedir el desarrollo individual y social, cayó necesariamente en la crítica del nacionalismo y del

capitalismo. Como dijo más tarde en su Mutual Aid (en castellano El apoyo mutuo) (1902), en la antigua Grecia y en las ciudades medievales el crecimiento vital de la sociedad se vio detenido por la acción del Estado, el que, *en interés de las minorías, se apoderó de todas las funciones judiciales, económicas y administrativas que la comunidad de cada población ya había ejercido en beneficio de todos*.

Contrariando la organización social natural, el Estado reprimió la espontaneidad individual y paralizó la evolución de la sociedad.

Esta línea de razonamiento lo llevó a la conclusión de que la propiedad privada, protegida por el Estado, y la autoridad religiosa, que santificaba la opresión estatal y la explotación, económica, negaban el principio de la ayuda mutua y perpetuaban el gobierno de los pocos.

Los nuevos gobernantes se apropiaron de los beneficios derivados del esfuerzo conjunto de las generaciones presentes y pasadas.

Kropotkin esbozó las líneas generales de la sociedad libre del futuro con fuertes pinceladas. Sostenía que tal sociedad se concretaría en el momento el que las represivas instituciones de la propiedad privada, la iglesia y, especialmente, el Estado no sean ya un obstáculo.

La voluntad individual será el fundamento del nuevo orden; todos actuarán de común acuerdo, por voluntad propia y no por obligación. Los hombres tendrán la libertad de tomar lo que necesiten de un fondo común de bienes, sin ningún límite. Además, esta sociedad no será una pesadilla utilitaria y mecánica sino que, por el contrario, en ella se fomentarán las actividades intelectuales y artísticas, y todo aquello que tienda a la elevación moral. Tal como resumió el propio Kropotkin:

Esta sociedad se compondrá de multitud de asociaciones que formarán confederaciones para cumplir las tareas que requieran un esfuerzo conjunto: federaciones gremiales para la producción de toda suerte de artículos: agrícolas, industriales, intelectuales, artísticos; comunas de consumo encargadas de la provisión de viviendas, gas, alimentos, atención sanitaria, etc.; federaciones de comunas entre sí y federaciones de comunas con las organizaciones gremiales; y,

por último, grupos más grandes que abarquen la totalidad del país o aun varios países, compuestos por hombres que presten su colaboración para satisfacer las necesidades económicas, intelectuales, artísticas y morales no limitadas a un territorio dado[20].

Tal era, en suma, el orden con que soñaba Kropotkin y que Emma Goldman fue convirtiendo gradualmente en su propio *sueño*.

Tal la utopía que con ciertos cambios y la añadidura de algunos toques personales. Emma transformó en la pasión de su vida, en el objetivo al que dedicó sus asombrosas energías.

[20] Memoirs of a Revolutionist, Boston, Houghton Mifflin, Co., 1899, p. 398. (En castellano, Memorias de un revolucionario, Buenos Aires, Tupac, 1943.).

Capítulo sexto

Homestead: En el principio fue la acción

Al poco tiempo de llegar a Nueva York Emma tuvo que buscar un empleo, pues hasta los sueños más nobles necesitan el complemento del pan.

Insatisfecha con el fatigoso trabajo que cumpliera durante algunas semanas en una fábrica de corsés, alquiló una habitación en el *East Side*, montó allí su máquina, de coser y comenzó a trabajar por contrato para un taller de chalecos de seda situado en las cercanías.

Con este viejo sistema de producción se liberó de la tensión y de la irritante disciplina de la fábrica, a la par que ganaba tanto como antes. Por otra parte, disponía de más tiempo para dedicarse a su verdadera vocación.

Cuando su fama como conferenciante se extendió, los círculos avanzados comenzaron a reconocerla. En el Congreso Anarquista de 1890 fue designada miembro del *Consejo Ejecutivo*, pero pronto se retiró por serias disidencias con el resto del *Consejo* respecto al problema de la *centralización alemana*.

Cuando Joseph Barondess, representante de los trabajadores de la costura, acudió a ella para solicitarle que prestara su ayuda al nuevo gremio de la industria del vestido a fin de llevar adelante la huelga iniciada por el mismo, Emma supo convencer a docenas de muchachas para que se plegaran al movimiento sindical. Ya entonces sus días eran una serie continua de reuniones y conflictos.

Una de las figuras más estimulantes de su nueva vida era Alexander Berkman, el joven anarquista que conoció el día de su llegada a la ciudad.

2

El menor de cuatro hijos, Berkman nació en Vilna, Rusia, en noviembre de 1870. Su formación fue muy similar a la de Emma, pero a diferencia de ésta, creció en un medio relativamente acomodado.

Joseph Schmidt Berkman, a quien el hijo caracterizaría luego como *mi burgués padre*, era un próspero comerciante que vendía botines al por mayor.

Su *aristocrática* madre, Yetta Berkman, provenía de la aún más floreciente familia Natansohn.

En su calidad de judíos pudientes, no estaban sujetos a las mismas restricciones que los pobres y se trasladaron a San Petersburgo cuando Alexander tenía ocho o nueve años.

Las condiciones imperantes en la capital favorecieron la evolución de Berkman hacia un radicalismo intelectual convirtiéndolo en aquel tipo de radical ruso que, según definición de Berdiaev, *se especializaba en revoluciones*.

Un día, mientras estaba en clase, se oyó explotar una bomba; el alumnado no tardó en enterarse de que acababan de asesinar al zar Alejandro II. Berkman, quien ya poseía cierto grado de conciencia política, sintió la imperiosa necesidad de llegar a una interpretación ideológica de los acontecimientos.

En rigor, había comenzado desde joven a prepararse para lo que, con el tiempo, se convertiría en su especialidad. Mucho más tarde, en las notas que redactó para un proyecto de autobiografía, Berkman hizo algunas curiosas observaciones acerca de aquel período de su temprana adolescencia:

Contacto con estudiantes me inicia en nihilismo. Asociaciones secretas y libros prohibidos.

De baja estatura, tez oscura y vivo carácter, Berkman se habría sentido atraído por los libros prohibidos, las ideas prohibidas, los ideales prohibidos. Del mismo modo que Emma eligió a Vera Pavlovna como modelo supremo, Berkman quiso imitar a Rachmetov, el personaje más extraño de la galería de Chernishevski.

Rachmetov lo abandonó todo -hogar, novia, niños, seguridad- para servir a su ideal. Berkman trató de educarse para ser como él mismo dijo, un *titán de la revolución*.

Desde niño se preparó para cumplir el noble destino de morir por una causa sublime:

Vaya, la vida de un verdadero revolucionario -exclamó apasionadamente- no tiene otro fin que el de sacrificarse en aras del Pueblo bien amado: ése es el único sentido de su vida.

Por cierto que Berkman se consideraba capaz de sobrepasar a Rachmetov en celo y denuedo revolucionarios.

A pesar de mi gran admiración por Chernishevski, quien influyó tan poderosamente en la juventud rusa de mi tiempo, no puedo ocultar el aguijón del resentimiento que siento por un aspecto de su Rachmetov. No comprendo por qué el autor de ¿Qué

hacer? lleva a su personaje a infligirse indescriptibles torturas voluntarias a fin de prepararse para los momentos difíciles que le reservaría el futuro. Lo considero un signo de debilidad. ¿Acaso un verdadero revolucionario necesita prepararse, templar sus nervios y fortalecer su cuerpo? Esta descripción del revolucionario como mera arcilla humana es para mí casi un insulto personal[21].

La juventud de Berkman fue muy turbulenta a consecuencia de su inflexible determinación. En el *Gymnasium* se lo tenía por alumno brillante pero demasiado rebelde. Finalmente lo expulsaron por haber escrito un mordaz artículo titulado No hay Dios.

Más tarde, furioso porque las autoridades rusas n9 admitieron a su hermano Max en la universidad por su origen judío, decidió emigrar. Los hermanos se separaron en Hamburgo, Max para cumplir sus planes de estudiar en Alemania y Alexander para buscar un pasaje de tercera clase en un barco con destino a los Estados Unidos. Arribó a Nueva York durante la gran tormenta de nieve del invierno de 1888.

3

Tanto por su formación como por su temperamento, Alexander Berkman y Emma Goldman tenían mucho en común.

Desde la noche misma en que trabaron conocimiento se sintieron mutuamente atraídos. Emma pronto descubrió que también Berkman había quedado muy consternado ante la tragedia de Haymarket y que se había desanimado al comprobar cuán grande era el abismo que existía entre la América de sus sueños y la cruda realidad.

En interminables conversaciones intercambiaban ideas y se comunicaban su entusiasmo. En una oportunidad, Berkman afirmó que Ling, el mártir de Haymarket, tuvo razón cuando dijo: *Si nos atacan con cañones, contestaremos con dinamita*. Emma aprobó esta idea de todo corazón.

Fue por eso que, cierto día, exasperada por las caricaturas de Most que publicaba la prensa, le preguntó a Berkman si, en su opinión, no habría que *hacer volar, con todos los periodistas dentro, las oficinas de uno de esos inmundos periódicos*. Afortunadamente, Berkman no consideraba que el periodismo necesitara una

[21] *Prison Memoirs of an Anarchist*, New York, Mother Earth Publishing Assoc., 1912, p. 9.

lección de esta clase pues, a su parecer, la prensa sólo era *un agente asalariado del capitalismo*. Había que ir a la raíz del problema.

La fuerza de Berkman y su absoluta dedicación a una causa subyugaron a Emma, quien encontraba sublimes dichas cualidades. Siguiendo la tradición de los revolucionarios rusos, unieron sus vidas por voluntad propia y no por los lazos de la ley. Además, Emma tampoco habría podido entrar nuevamente en un matrimonio convencional, pues todavía recordaba con claridad los horrores de su vida conyugal. Emma y Berkman formaron, con otros dos jóvenes anarquistas, una pequeña comunidad y alquilaron un piso de cuatro habitaciones situado en la calle Cuarenta y Dos. Como verdaderos camaradas, lo compartían todo. Emma se ocupaba de los quehaceres de la casa y cosía chalecos de seda; su amiga, Helen Minkin, seguía trabajando en una fábrica de corsés; Berkman, que primero había entrado como empaquetador en una camisería, estaba ahora empleado en una fábrica de cigarros; Fedia, cuarto miembro del grupo, pintaba cuadros y trataba de venderlos por su cuenta.

Los gastos que significaba la compra de pinturas y telas para Fedia desequilibraban muchas veces las finanzas del grupo, pero ninguno pensó nunca en quejarse por ello. Cuando el pintor lograba vender uno de sus cuadros, celebraba la ocasión llevándole a Emma un gran ramo de flores o algún otro obsequio.

Esta liberalidad era el único motivo serio de dificultades entre los camaradas, pues el equilibrado Berkman se disgustaba grandemente ante tales extravagancias cuando tantas personas se encontraban sin trabajo y el movimiento anarquista estaba tan necesitado de dinero. Fedia prefería no responder a los ataques de Berkman, y se limitaba a encogerse de hombros y a decir sonriendo que era un fanático desprovisto de sentido de la belleza.

En sus memorias, Berkman y Emma ocultaron la identidad de su amigo bajo el nombre de *Fedia*, pues éste llegó a ganar renombre en todo el país como dibujante comercial. La elección del seudónimo puede ser significativa. En efecto, en la obra El cadáver viviente (1911) de Tolstoi, hay un personaje llamado *Fedia* que llega a tomar conciencia de los males de la sociedad pero, por debilidad, deja de lado sus convicciones y se lanza a una vida de vagancia con un grupo de gitanos.

Sin duda, Berkman consideraba que su primo y mejor amigo tenía algo de sibarita y era tan indeciso como el *Fedia* de Tolstoi. Emma compartía la opinión de Berkman, pero al mismo tiempo, le atraían la delicadeza y el amor por lo bello que mostraba *Fedia*.

¿Es posible, se preguntaba, amar a dos hombres a la vez? Cuando le comunicó a Berkman sus sentimientos, quedó asombrada ante la *belleza* de su respuesta: *Creo que tiene libertad de amar*, le dijo, y añadió que era consciente de su tendencia a ser un individuo absorbente, inclinación que odiaba tanto como sus otras características personales resultantes de una formación burguesa. Ni siquiera el monstruo de los celos, generalmente invencible, pudo destruir su comunidad de ideales.

Los camaradas vivían un momento de entusiasmo supremo. Sin vacilar, hicieron seriamente un pacto por el que se comprometían a *dedicarnos a la causa cumpliendo alguna acción importante y sublime, a morir juntos si fuera necesario o a seguir viviendo para luchar en pro del ideal por el cual quizá deberá sacrificar su vida cualquiera de nosotros*.

Decidieron que tal vez Berkman serviría mejor a la causa volviendo a Rusia y retomando sus actividades revolucionarias en aquel país.

A fin de prepararse, Emma y Berkman se mudaron a New Haven, donde, el segundo comenzó a aprender el trabajo de imprenta. Con gran alegría de su parte, Emma pudo poner en práctica su antiguo sueño de establecer un taller de costura en cooperativa. Aunque' la aventura tuvo buen principio, acabó inesperadamente cuando uno de los miembros de la cooperativa sufrió una hemorragia pulmonar y se le envió a un sanatorio.

Luego, en el invierno de 1891, Emma se fue a vivir a Springfield, en Massachusetts, donde *Fedia* había conseguido trabajo en una casa de fotografías. Poco después de su llegada, instalaron su propio estudio en Worcester e invitaron a Berkman a reunirse con ellos.

Desgraciadamente, cundió en el vecindario una epidemia de temor a la cámara fotográfica; los clientes eran tan escasos que, descorazonados, los tres camaradas se dispusieron a retornar a Nueva York cuando se enteraron de que en Rusia se

estaban cometiendo nuevas atrocidades.

Esta noticia los azuzó en su esfuerzo por reunir fondos para volver a la triste patria; el trío abandonó el estudio fotográfico y le solicitó un préstamo de ciento cincuenta dólares al arrendador para abrir una confitería.

El establecimiento se hizo muy popular gracias al delicioso café, los sabrosos sándwiches y otros platos especiales que preparaba Emma. Nuestros empresarios estaban peligrosamente próximos a lograr el ansiado triunfo económico cuando les llegó la nueva de que la fábrica de la Carnegie Steel Company, Ltd., de Homestead, Pensilvania, había cerrado sus puertas a los trabajadores.

Siguieron de cerca el curso de la lucha de Homestead y creyeron, erróneamente, que había llegado el momento del *despertar de los obreros de América, el esperado día de su resurrección*.

Una tarde, Emma leyó en el diario de un cliente que la compañía había expulsado a los obreros de las casas que aquélla les arrendaba y que Henry Clay Frick, presidente del establecimiento, había amenazado con hacer venir a la policía privada de Pinkerton. Inmediatamente, los tres decidieron que era en Homestead y no en Rusia donde se los necesitaba. Cerraron su comercio definitivamente, y Emma y Berkman partieron hacia Nueva York con las ganancias del día.

Ya en Nueva York, Berkman redactó un explosivo llamado que llevaba por título: ¡Obreros, Despertad!

Estaban buscando quien tradujera el llamamiento del alemán al inglés cuando recibieron atónitos la noticia de que el 6 de julio de 1892 se había entablado una batalla entre los trabajadores de Homestead y los policías de Pinkerton.

La sucesión de acontecimientos que culminaron en esta batalla tenía que conmover profundamente a hombres de ideas como las de nuestros amigos.

La Asociación de Obreros del Hierro y del Acero, gremio fundamentalmente conservador integrado por obreros especializados, tenía con Carnegie un contrato que expiraba en junio de 1892. Aparentemente, aquella disputa entre los obreros y la compañía era muy simple. La escala de salarios se basaba en el precio de venta de los lingotes de acero; la empresa manifestó que era necesario reducir el escalafón de salarios porque se había producido una baja en el precio de los

lingotes y el establecimiento había incorporado nuevas maquinarias.

Frick propuso una escala que significaba una disminución promedio del dieciocho por ciento.

Ambas partes estaban aún en negociaciones cuando Frick anunció de modo repentino que se suspendían definitivamente las reuniones. Resultó entonces evidente, que el verdadero problema en juego era la existencia del propio sindicato. Decidido a destruirlo, Frick mandó un telegrama a Robert A. Pinkerton solicitando el envío de trescientos guardias para poder reiniciar las actividades del establecimiento el 6 de julio.

Los guardias debían llegar en barcazas, de donde desembarcarían para defender la fábrica parapetándose detrás de la empalizada de madera de cinco kilómetros de largo -formidable barricada coronada de alambres de púa y acribillada de troneras- que Frick había hecho construir.

Pero cuando en la madrugada del 6 de julio hicieron su entrada los hombres de Pinkerton, los obreros estaban preparados para recibirlos; se entabló entonces una lucha en la cual murieron tres guardias y diez trabajadores. El hecho de que los obreros hicieran retroceder finalmente a los policías de Pinkerton no disminuyó en nada la furia que el suceso despertó en Berkman, Emma y otros rebeldes. Se había recurrido a asesinos mercenarios para matar a obreros.

Todo indicaba que había llegado el momento de entrar en acción.

Ya no es tiempo para palabras -observó Berkman-. Los obreros de todo el país se han hecho eco del desafío lanzado por los hombres de Homestead. Los trabajadores del acero se unieron valientemente para defenderse; los asesinos de Pinkerton fueron arrojados de la ciudad. Pero la sangre de las víctimas inmoladas al dios de la riqueza a orillas del Monongahela[22], clama con fuerza. Es el llamado del Pueblo. ¡Ah, el Pueblo! Ese algo grande y misterioso, y, sin embargo, tan cercano y real...

No podían desoír este llamado. Emma acordó con Berkman que aquel era el momento psicológico para realizar un *attentat*.

Berkman resolvió atentar contra Henry Clay Frick, el responsable de la batalla de

[22] Río que pasa por Homestead.

Homestead.

El trabajo afiebrado de toda una semana se perdió en la hora decisiva: falló la bomba de tiempo que Berkman preparara siguiendo las instrucciones que figuraban en la obra Science of Revolutionary Warfare (Ciencia de la Guerra Revolucionaria), de Most. Años más tarde, Emma recordaba aquella extraña semana con cierta incredulidad:

Sasha experimentaba durante la noche, cuando todos dormían. Mientras él trabajaba, yo vigilaba. Vivía en un constante temor por la vida de Sasha, los amigos que estaban con nosotros, los niños, y el resto de los inquilinos de la casa. ¿Qué ocurriría si algo salía mal? ¿Pero acaso el fin no justificaba los medios? Nuestro fin era la sagrada causa de los oprimidos y explotados... ¿Qué importaba que murieran unos pocos? La mayoría podría alcanzar la libertad y vivir en un mundo hermoso y lleno de comodidades[23].

Afortunadamente, aquel artefacto mortal no llegó a explotar, ya porque las instrucciones de Most eran incorrectas, ya por error de Berkman o, según creyó éste, por la *dinamita húmeda*.

Era imperativo cambiar de planes. Emma quedó muy desilusionada al saber que no podría acompañar a Berkman a Pittsburgh pues sólo les quedaban quince dólares después de su fracasado experimento con la bomba, dinero que apenas alcanzaba para pagar un pasaje y del que sólo restaría Un dólar para los gastos del primer día. Emma fue a despedir a Berkman a la estación; quedaba a su cargo la difícil tarea de reunir fondos para comprar un traje nuevo, que le daría a Berkman el aspecto necesario para lograr acceso a la oficina de Frick, y un revólver con el cual mataría al amo del acero.

Se sentían cual personajes de una novela rusa. Como si quisiera mantener esta ilusión, Emma siguió el ejemplo de Soma Marmeladov, personaje de la obra Crimen y Castigo (1866), de Dostbievski.

Sonia se había hecho prostituta para proveer al sustento de su familia. Emma consideró que ella no podía hacer menos por Berkman: él daba su vida; ella debía, aunque más no fuese, dar su cuerpo.

[23] *Living My Life,* p. 88.

Guiada por esta idea, la noche del sábado 16 de julio de 1892, Emma se cubrió con algunas galas baratas y se unió a la procesión de muchachas que se ofrecían en la calle Catorce. El incidente terminó de modo peculiar: a despecho de sus firmes intenciones, rechazó las proposiciones de varios hombres que se mostraron interesados. Horas más tarde, casi terminada la noche, seguía aún recorriendo las calles y se sentía cada vez más disgustada ante su falta de decisión. Hizo un último intento, pero esa vez le tocó en suerte un hombre mayor que la llevó a tomar cerveza y luego le obsequió diez dólares aconsejándole que no se dedicara a aquella profesión. Saltaba a la vista que era novata y que le faltaba *garra*.

Después de pagar los zapatos de tacones altos y la ropa interior fina, sólo le quedaron cinco dólares. Pero debía reunir más; como último recurso, le envió un telegrama a Helena diciéndole que estaba enferma y necesitaba quince dólares. Le dolía engañar a su querida Helena, quien también era pobre y precisaba el dinero; le pareció que estaba cometiendo un acto *criminal*. Mas el fin supremo que significaba la liberación del *Pueblo* restaba trascendencia a su *delito*.

4

Al igual que la mayoría de los hombres de cierta notoriedad, Henry Clay Frick era una expresión de su tiempo y algo más: un ejemplo clásico del capitalista industrial que alcanzó preeminencia en el último tercio del siglo XIX.

En aquella época, todos los problemas inherentes a la rápida industrialización y urbanización del país, y los derivados de la terminación formal de la frontera del Oeste parecieron aunarse para transformar a los capitanes de la industria en figuras de proporciones colosales.

Hacia el filo de 1890, los capitanes de la industria y los grandes financistas pasaron a dominar definidamente la economía y, en extraordinaria medida, la sociedad misma.

Un olimpo de banqueros, diría Henry Adams, fue ejerciendo un poder *cada vez más despótico sobre el imperio de las ranas de Esopo. Ya nadie podía croar, salvo para votar por el Rey Contubernio o -a falta de cigüeñas-, por Grover Cleveland*[24]*, pero*

[24] Grover Cleveland: Presidente de los Estados Unidos durante dos períodos, 1885-89 y 1893-97. Recurrió a los banqueros para resolver la crisis económica por lo cual se lo acusó de servir a los intereses de Wall Stret. (Nota de las traductoras).

nunca se sabía con certeza dónde acechaba el Rey Banquero.

Tomemos, por ejemplo, el símbolo supremo de la época: el trust. El trust del whisky, el trust del petróleo, el trust del azúcar y multitud de otros trusts engullían a todas las ranitas.

En 1892 se formó la Carnegie Steel Company, Ltd., con un capital de 25.000.000 de dólares, empresa que, bajo la hábil dirección de Frick creció hasta tal punto que, al cabo de nueve años, esa suma se había multiplicado varias veces.

Luego, Morgan y sus socios fundaron la United States Steel Corporation con un supuesto capital de 1.402.847.000 dólares. Trust a un tiempo horizontal y vertical, la United States Steel era al parecer el tipo de corporación que la Ley Anti-Trust Sherman[25] prohibía explícitamente.

Sin embargo, mucho más tarde, la Corte Suprema sostuvo que la Ley Sherman no se aplicaba a este trust de trusts.

El crecimiento de los grandes monopolios industriales corría parejo con el de las megalópolis. Estos inmensos centros industriales y financieros, donde la corrupción alcanzaba cúspides frenéticas, se afanaban desvergonzadamente por engrandecerse, por conquistar poder y riquezas.

Chicago, por ejemplo, extendió su *imperialismo urbano* por todo el valle del Misisipí y llegó a influir sobre ciudades tan alejadas como San Francisco.

Y también estaba el Oeste, agotado, se decía, cual los búfalos y las palomas viajeras.

Después de haber eludido sus problemas durante tres siglos, los norteamericanos se vieron repentinamente enfrentados a la aterradora posibilidad de que todas las vías de huida quedaran cerradas.

Como expresó tan acertadamente Alfred Kazin, *el espíritu se ensombrecía ante el cuadro de una frontera cerrada, de una economía de corporaciones, de un proletariado urbano oprimido y rebelde*. Y al decir que estas perspectivas ensombrecían el espíritu, Kazin describió con justeza el ánimo del momento pues, finalmente, los norteamericanos comenzaban a percatarse de las consecuencias de

[25] Esta ley sólo sirvió para favorecer a los trusts y perjudicar a los obreros, a quienes se les negó el derecho a la huelga por falsa interpretación de sus términos. (Nota de las traductoras).

la impresionante concentración de poder, tal como el detentado por Carnegie y Frick, que se estaba produciendo en una América que volvía sobre sus pasos. Pero los esfuerzos por poner freno a los modernos césares tuvieron algo de ópera bufa.

En aquellos vertiginosos años, los populistas[26] y los partidarios de Bryan[27], creyeron por un momento que la *plata libre* era la llave que abriría la puerta de oro. Pero aun cuando William Jennings Bryan hubiera ganado aquella disputadísima elección de 1896, no existía la menor posibilidad de que *Rey Banquero* y *Barón Ladrón* pudieran ser refrenados, para cambiar la figura, con una brida de plata.

Tampoco la Ley Sherman ofrecía muchas esperanzas, especialmente desde que perdiera vitalidad a causa de la decisión tomada por la Corte en el caso Knight, cuando se declaró que la misma no se aplicaba a los trusts industriales sino a los que tendían a dominar el comercio.

Por otra parte, se utilizó la ley para acallar las manifestaciones de protesta del ejército de Coxey así como contra Gene Debs y su Gremio Ferroviario.

El impuesto a la renta, que la Corte Suprema declaró inconstitucional, fue otra de las armas favoritas de los populistas y sus amigos.

Durante un tiempo -antes de que buena parte de la frustración y del idealismo paralizado se canalizaran hacia la guerra española[28], conflicto que comenzó con miras idealistas y terminó por llenar ambiciones imperialistas, muchos pensaron que se acercaban serios conflictos de clase.

El poder estaba tan mal distribuido que una octava parte de las familias que habitaban el país tenía en su poder las siete octavas partes de la riqueza nacional, pero la restante porción de la población resolvió hacer valer sus derechos.

Chicago, la ciudad de la Costa de Oro y de la Jungla, ofrecía la mejor ilustración de tal estado de cosas. En esta urbe se levantaban dos monumentos relacionados con la tragedia de Haymarket, que simbolizaban la creciente desesperación del pueblo

[26] *Populistas* o Partido Popular, formado en 1892 por los granjeros y deudores del Oeste que luchaban contra el imperialismo económico del Este. (Nota de las traductoras).

[27] Joven político demócrata, varias veces candidato a la presidencia; decía defender al pueblo contra Wall Street. (Nota de las traductoras).

[28] Se refiere a la guerra iniciada por EE. UU. Pretextando el hundimiento del acorazado Maine en el puerto de La Habana y que terminó con la derrota de España en Cuba.

y la creciente hostilidad entre clases.

Poco después de las ejecuciones de 1887, los radicales norteamericanos erigieron una imponente estatua sobre la tumba de los mártires sepultados en el apartado cementerio de Waldheim. La efigie de la Justicia, erguida, rebelde, compasiva, miraba tristemente al mundo que asesinaba a los hombres que luchaban por la libertad, la misma libertad que ella representaba.

Ningún radical de la época podía mirar la estatua sin experimentar la dolorosa esperanza de que la frase de August Spies, inscripta sobre la base del monumento, fuera realmente profética:

Llegará el día -predijo Spies-, en que nuestras voces serán más poderosas que las que hoy lográis ahogar.

En la plaza de Haymarket, las fuerzas del capitalismo, las leyes y el orden imperante habían levantado un monumento que simbolizaba todo lo contrario de la idea de Spies. Representaba a un policía, la cabeza cubierta con su casco, la cara adornada por los flotantes bigotes que se acostumbraba llevar entonces, una gran cachiporra colgando ostensiblemente sobre su flanco.

La ciudad de Chicago dedicó esa estatua, que no era por cierto una figura autoritaria y varonil, *a quienes la defendieron en el motín del 4 de mayo de 1886*.

Con tranquilizadora firmeza, el policía, el brazo en alto, conminaba a los radicales a cesar sus actividades:

En nombre del pueblo de Illinois, ordeno paz[29].

Esta estatua daba a los amigos del orden establecido una bienvenida sensación de seguridad, poder y confianza.

Tal la época de conflictos violentos y grandes cambios, de la cual Frick era una

[29] Según se cuenta entre los radicales, esta estatua fue derribada de su pedestal por un tranvía que descarriló el 11 de noviembre de 1927, día en que se cumplían cuarenta años de las ejecuciones. Mas allí no terminó su grotesca historia pues luego la trasladaron al Union Park, situado en la esquina de Ogden y Washington, donde todavía se la puede ver. Desde allí, el representante de la ley parece esforzarse en vano por evitar que la estatua del alcalde Carter H. Harrison, que se levanta enfrente, proclame desafiante que *el genio es pura audacia*... Por lo demás, el policía que sirvió de modelo fue Thomas Birmingham, el *espécimen más hermoso y perfecto del Departamento de Policía de Chicago* y uno de los *héroes* de los tumultos de 1886. Durante la Feria Mundial de 1893, se dispensó gran atención a la egregia figura del agente. Tanta popularidad embriagó a Birmingham, quien poco tiempo después cayó en la *intemperancia* y fue destituido del cuerpo; murió en el hospital del Condado de Cook en 1912, sumido en la pobreza.

figura sumamente representativa. Mas aquel período debía sus características en parte al hecho de que Frick viviera en él y le imprimiera su sello.

Henry Clay Frick nació en 1849 en el Condado de Westmoreland, en Pensilvania; era la cuarta generación norteamericana de una familia que descendía por la línea materna de inmigrantes provenientes del Palatinado. El abuelo fue un piadoso menonita que fundó la destilería del whisky Old Overholt. Frick trabajó en la pequeña granja del padre hasta 1863, año en que pasó a la tienda de un tío. En esta nueva tarea demostró profundo interés por la contaduría y todo el amor por las artes que cabía en su espíritu se manifestó en su adornada caligrafía.

Si hubo alguien llamado a la vida comercial ése fue, sin duda, Frick. El comercio se transformó en el centro de su vida; para lograr su meta no podía perder el tiempo -la ociosidad era el mayor de los pecados- en conversaciones sin objeto, haciendo vida social o en la contemplación inactiva.

Hacia 1860, época en que llevaba la contabilidad del establecimiento del abuelo, su vida transcurría de la siguiente manera: se levantaba a las siete de la mañana, iba a pie hasta la destilería, trabajaba de ocho a seis de la tarde, luego se dirigía a la escuela de comercio nocturna donde estudiaba teneduría de libros y operaciones bancarias hasta las nueve y treinta; finalmente se dirigía a la casa, acostándose en seguida.

Tenía pocas relaciones sociales y no era lector demasiado asiduo. Sus libros favoritos eran los Pensamientos de Marco Aurelio, las Memorias de Cellini, la Autobiografía de Franklin y, en años posteriores, la obra de William George Jordan titulada Self Control: lts Kinship and Its Majesty.

Tras la muerte del abuelo, acaecida en 1870, entró en el comercio del coque, para lo cual solicitó dinero en préstamo del padre, de la propiedad de la madre, y de algunos granjeros de la vecindad.

Llegó a consolidar sus ganancias trabajando con la energía de un poseído. De acuerdo a su biógrafo Henry George, una noche de 1879 Frick revisó sus cuentas y comprobó que, merced a la habilísima administración de lo que su biógrafo denominó *incremento no ganado*, había *alcanzado su primer millón*, el primero de muchos otros que le seguirían.

George cuenta, no sin orgullo, que Frick volvió a revisar sus cuentas y a verificar sus cálculos, luego encendió un habano de cinco centavos y salió de la oficina para dirigirse, con su andar mesurado e impasible, a su habitación de la Washabaugh House, que se encontraba en la misma manzana.

Es muy probable que su sueño haya sido siempre muy tranquilo, pues, aparentemente, jamás puso en duda la naturaleza su profesión ni trató de comprender las ideas hechas que había internalizado en su niñez.

Nunca mostró la inseguridad interna de Carnegie ni sintió la necesidad de argumentar estridentemente en favor de especiosas *leyes* de acumulación y competencia como hiciera éste en su Gospel of Wealth (Evangelio de la riqueza).

Para Frick, en el universo reinaba la competencia como orden natural que no exigía justificación alguna. Tampoco encontraba necesario, como Carnegie, expresar falsas simpatías por los derechos de los obreros a organizarse. Frick estuvo siempre abiertamente de parte del patrón, actitud que no le avergonzaba, y no tenía reparos en tomar otros hombres para reemplazar a los que porfiadamente ponían en tela de juicio su prerrogativa de administrar sus propiedades como le pareciera conveniente.

Cuando, en 1889, entró como administrador de Homestead y presidente de la Compañía de Aceros Carnegie, el poder avasallador y la monstruosa disciplina del establecimiento encontraron en él su expresión final y más plena.

Después de la batalla del 6 de julio de 1892, Frick demostró que era casi tan inflexible como sus lingotes de acero.

5

Los choques del 6 de julio despertaron gran preocupación en todo el territorio de los Estados Unidos. Como es natural, los radicales fueron quienes condenaron más duramente el suceso.

En una reunión en masa del Partido Socialista Obrero, por ejemplo, se adoptó una resolución propuesta por Daniel De León y Lucien Saniel, por la que se pedía que *H. C. Frick, Robert y William Pinkerton sean ejecutados por asesinos*.

Y fueron estos acontecimientos, desde luego, los que despertaron enorme furia en Emma Goldman y Alexander Berkman e impulsaron al último a embarcarse en un

tren para Pittsburgo.

Una antigua leyenda rabínica prometía que, si la justicia reinara en el mundo judío aunque más no fuera por un solo instante, el Mesías haría su aparición sobre la Tierra. Quizá Berkman se consideró por lo menos un apóstol del Mesías de la revolución cuando se propuso hacer brillar la justicia en Pittsburgo por *un fugaz instante*.

Por su parte, Frick se sentía absolutamente seguro de estar en lo justo, de que su oposición a los gremios era una actitud sancionada por la propia estructura del Universo: el derecho del hombre a hacer lo que le plazca con su propiedad es el axioma más eterno de todos los que rigen, nuestra vida.

Fue así que el sábado 23 de julio de 1892, a las 13.55, se encontraron en la oficina de Frick, instalada en el edificio del Pittsburgh Chronicle Telegraph, dos de los hombres más decididos y opuestos de aquella época.

Para lograr que lo admitieran en el despacho del magnate, Berkman se presentó como *Simón Bachman*, jefe de una inexistente agencia dedicada a romper huelgas. Frick estaba en conferencia con el vicepresidente John Leishman cuando Berkman entró apresuradamente tras hacer a un lado a la ordenanza negro. Conozcamos el relato del propio Berkman:

Fr..., empiezo. La mirada de terror que aparece en su rostro me deja sin habla; es el temor que le despierta la conciencia de estar en presencia de la muerte. *Ha comprendido*, es la idea que cruza mi mente. Con un rápido movimiento saco el revólver. Mientras levanto el arma, lo veo aferrarse con ambas manos al brazo del sillón y tratar de levantarse. Apunto a la cabeza. *Quizá use armadura*, reflexiono. Mientras aprieto el gatillo, desvía rápidamente la cara con una mirada de horror. Se produce un fogonazo y la habitación, de techo alto, reverbera como si hubiera explotado una bomba. Oigo un grito agudo y penetrante, veo a Frick caer sobre sus rodillas, la cabeza apoyada contra el brazo del sillón. Me siento tranquilo y dueño, de mí mismo, atento a todo movimiento del hombre. Está tirado, cuan largo es, debajo del gran sillón; no se mueve ni emite sonido alguno. *¿Estará muerto?*, me pregunto. Debo asegurarme[30].

[30] *Prison Memoirs,* pp. 33-34.

Frick no había muerto. Mientras luchaba con Leishman, Berkman disparó otras dos veces sobre su víctima antes de que un carpintero, que estaba trabajando en el edificio, lo derribara, de un martillazo. Pero aun en el suelo, Berkman oyó nuevamente, la voz de Frick:

¿No está muerto... Me arrastro hacia el lugar de donde provienen los sonidos, llevando conmigo a los hombres que forcejean para contenerme. Tengo que tomar la daga qué guardo en el bolsillo... ¡Aquí está! La hundo varias veces en las piernas del hombre que se encuentra cerca de la ventana. Oigo como Frick grita de dolor -se oyen infinidad de gritos y golpes-, me tiran de los brazos y me los retuercen, me levantan en vilo del suelo.

Luego, según la crónica del Times de Nueva York, aunque hubo un conato de linchar a *Bachman* allí mismo, éste no demostró amilanarse o sentir miedo. Se dice que Frick, todavía consciente, pidió que no se lastimara a Berkman; la ley tomaría el asunto en sus manos.

Debe reconocerse que ambos hombres se comportaron con valentía. Frick pronto pudo volver a su trabajo, después de una cortísima convalecencia de las múltiples heridas que recibió: dos de bala y dos de cuchillo. Frick no perdió la cabeza; no se dedicó a recorrer el país clamando por el exterminio de todos los radicales[31].

6

Berkman tenía la intención de suicidarse después de cumplir su cometido. No deseaba escapar, sólo quería vivir el tiempo necesario para exponerle *al pueblo los motivos y propósitos de mi acto*. Por eso llevaba escondida una cápsula llena de fulminato de mercurio que proyectaba tomar después de finalizado su juicio.

Mas la tarde siguiente del día en que atacara a Frick lo descubrieron *mascando* la cápsula, la que le fue arrancada de la boca por la fuerza. Al parecer no se sentía capaz de esperar hasta el momento de explicar su acción.

Durante el proceso tuvo muy poca oportunidad de presentar sus razones. La fecha en que se abriría la causa se mantuvo en secreto hasta la misma mañana en que lo

[31] La encomiable reacción de Frick no alcanzó la altura de la actitud que mostrara en circunstancias similares Voltairine De Cleyre. Esta anarquista de Filadelfia no quiso que se juzgara a un hombre que intentó asesinarla disparándole tres tiros. Llegó hasta el extremo de publicar en la prensa anarquista un llamamiento en defensa de su atacante.

condujeron a la corte.

Lo que es más grotesco aún, el jurado ya estaba instalado cuando Berkman entró en la sala presidida por el juez McClung.

Acorde con sus principios, declinó toda defensa legal aduciendo que no creía en *las leyes hechas por los hombres* y que un *attentat* pudiera *medirse con la estrecha vara de la legalidad*.

Su proceso fue pura formalidad. Se presentaron seis demandas contra Berkman: una por intento de asesinato en la persona de Frick; otra similar por su supuesto ataque contra Leishman; tres por entrar otras tantas veces en las oficinas de la Compañía Carnegie con propósitos criminales, y una por portación ilegal de armas. El acusado alegó que los cargos menores estaban todos incluid9s en el principal, referente al ataque contra Frick, posición que más tarde la mayoría de los abogados reconocieron como válida; además sostuvo que sólo había visitado el edificio de la Compañía Carnegie en una oportunidad.

La Corte desestimó estas objeciones. Lelshman testificó que Berkman había tratado de matarlo; otros testigos declararon que el reo había estado tres veces en el despacho de Frick; éste también prestó testimonio, tras lo cual el proceso quedó virtualmente terminado.

Sólo faltaba que Berkman leyera su defensa, y la Corte designó un intérprete que tradujera el alegato. Horrorizado, Berkman descubrió que el tal intérprete era un anciano ciego que traducía vacilante y literalmente sus palabras del alemán.

Cuando hubo leído una tercera parte de su discurso, el juez ordenó que se pusiera fin a aquella patética escena y dio por finalizado el juicio.

Berkman fue condenado a cumplir veintiún años de prisión en la Western Penitenciar y un año en la Allegheny Workhouse.

Aquella vez la justicia no fue ciega. No se le avisó a Berkman en qué fecha se abriría el proceso para evitar que se preparara; no se le dio ninguna oportunidad -hecho que puede haber sido de imp9rtancia capital- de examinar a los jurados suplentes.

Más significativo aún; los múltiples cargos presentados contra él tenían simplemente el propósito de burlar la ley que imponía una prisión máxima de siete años para el delito cometido por Berkman. Desgraciadamente, al no presentar el reo

recusaciones formales, le fue imposible apelar a las cortes más altas. Además, todo probaba que Leishman había mentido cuando atestiguó que el acusado trató de matarlo, pues cada uno de los movimientos de éste estuvo dirigido contra Frick. Siguiendo esta lógica, cabe inferir que si en la oficina de Frick no hubieran estado dos hombres sino una docena, se le habrían hecho doce cargos por intento de asesinato contra cada uno de ellos. Por otra parte, Berkman sostuvo que él era el único responsable de su acto, pero los mismos testigos que juraron que el acusado había entrado en el edificio del Chronicle Telegraph en tres oportunidades declararon también que lo habían visto allí en compañía de Carl Nold y Henry Bauer, dos anarquistas de Pittsburgo.

En base a este testimonio se entabló luego juicio contra Nold y Bauer, a despecho de que este último, adicto a Most, era en realidad hostil a Berkman, a quien creía un espía, y por lo tanto difícilmente se habría prestado a seguirlo en aquella desesperada aventura.

Pese a que se los declaró culpables, es muy probable que Nold y Bauer no hayan estado complicados. A todo esto se añade un detalle interesante: el proceso se llevó a cabo a un ritmo indecorosamente acelerado, ya que la Corte no buscaba imponer duradera justicia sino tomar rápida venganza.

Quizá la Compañía Carnegie influyó para acelerar el procedimiento.

Berkman sostuvo siempre que Reed y Knox, abogados de Carnegie, fueron quienes en realidad dirigieron la acusación utilizando al fiscal meramente como figura. Este último se sintió obligado a informar al jurado de que no estaba al servicio de ningún individuo o corporación, tal vez porque su situación le pareció demasiado evidente. 7

Pero Berkman era indudablemente culpable de intento de asesinato en la persona de Frick. Su acto obedeció a fines de propaganda y tenía el propósito de terminar con Frick, mas no logró ninguno de estos dos objetivos.

El magnate siguió viviendo y su oposición a los obreros se hizo aún más inflexible, si ello era posible.

Tiempo después, Berkman tuvo una experiencia que le demostró cuán profundamente se habían equivocado él y Emma al juzgar a los obreros de

Homestead.

En un emotivo pasaje de su *Prison Memoirs*, Berkman relata cómo trató de explicarle su acto a Jack Tinford, trabajador de Homestead que se encontraba en prisión aguardando que lo procesaran por haber arrojado dinamita contra las barcazas de Pinkerton.

En voz baja, Tinford le dijo que era una pena que no hubiera logrado matar a Frick. *Asunto de negocios, ¿no?*, le preguntó el obrero. Cuando Berkman quiso aclararle, Tinford le replicó con enojo que los hombres de Homestead habían considerado bienvenida a la milicia y no querían saber nada con los anarquistas, que Berkman no debía haber intervenido y que, con su acción, sólo había perjudicado a los obreros del acero. Tinford prefería el asesinato por motivos comprensibles, por un *asunto de negocios*. Y ésta fue, naturalmente, la reacción general de los obreros de todo el país. Up miliciano de Pensilvania, W. L. Iams, propuso que se vivara tres veces al hombre que había disparado contra Frick, iniciativa que le valió el castigo de ser colgado de los pulgares y luego expulsado con deshonra pública de la milicia (lo que significaba la pérdida de los derechos civiles).

Pero, en general, la reacción ante el acto de Berkman fue de asombrosa incredulidad o de suspicacia; para los norteamericanos era imposible creer que aquel hombre no actuara guiado por intereses personales.

Cuatro años más tarde, por ejemplo, John McLuckie, dirigente de Homestead, le confesó a Emma que tanto él como sus compañeros creyeron que Berkman no había tenido realmente la intención de matar a Frick, y que su único fin era ganar simpatías para el amo del acero. Pensaron también que Berkman había sido puesto en libertad, sin que nadie lo supiera, poco después de cerrada la causa.

Los historiadores han considerado siempre que el acto cometido por Berkman quebró la espina dorsal del movimiento de los obreros del acero, pues sólo logró hacerle perder las simpatías de la población y traerle gloria a Frick, juicio éste que no soporta un análisis profundo.

En realidad, el *lockout* pudo imponerse gracias a la intervención de la milicia. Además, como bien señalara Henry David, la acción de Berkman fue objeto de repudio general y hasta algunos periódicos demostraron fehacientemente que el

atentado había sido obra de un hombre que nada tenía que ver con la lucha obrera. (Berkman aseguraba que, de haber muerto Frick, Carnegie se habría apresurado a llegar a un acuerdo con los trabajadores, tesis sumamente interesante pero que, por su índole, no pudo pasar de simple conjetura).

Mientras tanto, en Nueva York, Emma y *Fedia* habían decidido hacer volar el edificio de la Corte del Condado de Allegheny si Berkman era condenado a muerte. Afortunadamente, no tuvieron que poner en práctica su idea, aunque *Fedia* resolvió terminar la obra de Berkman.

Sin embargo, según cuenta él mismo, poco después de su llegada a Pittsburg tuvo que salir apresuradamente de la ciudad cuando *por alguna misteriosa razón se supo que estaba allí*. Entonces pasó prudentemente cierto tiempo en Detroit; a medida que se afirmaba su reputación como dibujante comercial, se iba alejando del movimiento anarquista.

De todos modos era muy improbable que fuera capaz de realizar una hazaña como la de Berkman.

El *attentat* causó la ruptura definitiva entre Emma Goldman y Johann Most, y condujo a uno de los capítulos más lamentables de la historia del anarquismo.

Ya hemos dicho que existía cierta hostilidad entre Most y sus dos antiguos seguidores, pues éstos habían criticado su conducta dictatorial. Además, había entre Berkman y Most una situación de celos respecto a Emma que nada tenía que ver con el anarquismo. Por ende, cuando Emma y Berkman se unieron al círculo Autonomie, grupo centrado alrededor de Joseph Peukert, rival y enemigo de Most, este último juró no tener más relaciones con aquéllos.

Pero todavía faltaba lo peor. En la época en que Berkman cometió su *attentat*, Most acababa de salir de la prisión donde había cumplido una nueva condena de un año por un discurso pronunciado a raíz de la ejecución de los mártires de Chicago.

En una conferencia que dio inmediatamente después del acto de Berkman, Most presentó la hipótesis de que el atentado contra la vida de Frick era un engaño de los periódicos y Berkman, un chiflado o, quizá, hasta un hombre pagado por Frick para ganarse la simpatía de la gente.

Se comprende que Emma quedara horrorizada ante semejante ataque contra

Berkman. Most parecía haber cambiado totalmente de opinión en cuanto a la oportunidad de los actos terroristas. Después de pasar una década ensalzando el valor supremo del *attentat* y en momentos en que todos se unían para condenar a Berkman, Most llegó a la conclusión de que había sobreestimado la importancia del terrorismo: éste era impracticable en un país donde el movimiento revolucionario aún no estaba maduro.

Si bien su razonamiento era acertado, aunque tardío, el hecho de que adoptara esa nueva posición en aquel momento nos hace pensar que la misma obedecía en parte a su temor de volver a la prisión (terminaba de cumplir su noveno año de cárcel), que no era producto de una sobria reflexión sobre las tácticas revolucionarias.

En todo caso, su aparente oportunismo y sus injustas insinuaciones contra Berkman enfurecieron a Emma. Most había unido su voz al coro de la burguesía que clamaba contra Berkman.

Emma lo desafió a que probara sus acusaciones y lo tildó de cobarde y traidor. Most no replicó. En la siguiente conferencia de Most, nuevamente le exigió que demostrara la verdad de sus insinuaciones.

El conferenciante se limitó a decir algo entre dientes. Emma alcanzó a oír las palabras *mujer histérica* y, sin tardanza, tomó un látigo que escondía debajo de su capa gris, se puso de un salto frente al atónito Most y le pegó repetidas veces en la cara y en la cabeza; por último, rompió el látigo sobre sus rodillas y arrojó los trozos sobre el castigado conferenciante.

Actuó con tal rapidez que todo había terminado antes de que alguien pudiera intervenir.

Y así, con esta triste nota de violencia personal, se cerró el episodio de la hazaña de Berkman. Aquel muchacho de veintidós años debía cumplir una condena de tantos años como los que había vivido; nadie creía que saldría con vida de la prisión.

Frick, en cambio, estaba más firme que nunca. Emma había castigado con un látigo a su antiguo maestro e ídolo, lo cual ahondó todavía más la escisión entre las dispersas fuerzas anarquistas.

Cuando en 1906 falleció Most, Emma y Berkman se convirtieron en las figuras centrales del anarquismo norteamericano. Para entonces, empero, poco quedaba

ya del movimiento.

Aunque el acto de Berkman resultó de consecuencias desastrosas tuvo la virtud de afirmar a Emma definitivamente en su inflexible oposición al mundo burgués. Sólo la falta de fondos le había impedido acompañar a su camarada a Pittsburgo, pero le había mandado el dinero para el revólver y, por lo tanto, su complicidad era incuestionable aunque no hubiera sido probada públicamente. Sentía que una mitad de su ser estaba en la Western Penitenciar, con un traje a rayas. De modo que tenía muy valederas razones para tratar de dar un sentido a la hazaña de Berkman, para llevar adelante la lucha contra el presente e intentar traer al mundo *un instante de justicia*.

Capítulo séptimo

Una persona perniciosa y de mala índole

Un año después de que Berkman fuera recluido en la penitenciaría, Emma estaba en prisión aguardando que se abriera su propio proceso.

Nellie Bly, del World, que tenía buen olfato para los temas interesantes, se dirigió a *The Tombs* para visitarla.

Emma gozaba ya de una reputación tal que Nellie esperaba encontrarse con una criatura grande y huesuda, de cabellos cortos y en bombachones, una bandera roja en una mano y una antorcha encendida en la otra; ambos pies en continuo movimiento y el grito de ¡A matar! siempre en los labios.

Pero, como expresó Nellie con una de sus acostumbradas hipérboles, se le *cortó la respiración de sorpresa* cuando vio a la terrible amenaza anarquista, pues el supuesto monstruo era una modesta muchacha de un metro cincuenta que, aparentemente, no pasaba de los cincuenta y cinco kilos, *de insolente nariz respingada y ojos de un gris azulado, muy expresivos, que me miraban inquisitivamente detrás de unos lentes de armazón de carey*. Llegó a la conclusión de que Emma era en realidad muy atractiva, con su cabello castaño claro que *le caía libremente sobre la frente, sus labios carnosos, dientes blancos y fuertes, su voz suave y agradable, de gracioso acento*.

La apariencia de Emma y su forma inteligente de exponer sus ideas impresionaron tan profundamente a Nellie -quien, naturalmente, pensaba en el tema interesante que le brindaba Emma-, que publicó en el World un artículo muy favorable con el que desafió a sus lectores al decir que la *pequeña anarquista* era una moderna *Juana de Arco*.

2

El año que transcurrió entre el juicio de Berkman y el de Emma se caracterizó por una sostenida actividad.

La policía hizo una incursión a su domicilio con el propósito de encontrar pruebas de su complicidad en el intento de asesinato realizado por Berkman. Al no hallar

nada hostigaron al propietario de la casa donde vivía Emma hasta obligarlo a desalojarla.

Como nadie quería alquilarle una habitación se fue a vivir con la abuela, mas no pudo permanecer allí por mucho tiempo. Cuando se quedó nuevamente en la calle, pasaba las noches dormitando en los tranvías -muy incómoda por cierto-, en los que viajaba hasta las primeras horas de la mañana. Por último, la admitieron sin hacerle preguntas sobre su pasado en una casa situada en la calle Cuatro, cerca de la Tercera Avenida. Sólo después se dio cuenta de que estaba alojada en un prostíbulo, pero como las muchachas se desvivían por atenderla, decidió permanecer allí hasta que se le acabara el dinero. Afortunadamente, pronto encontró alojamiento permanente en la *República Bohemia*, lugar donde se albergaban los inmigrantes checos revolucionarios.

Siguiendo a Most, casi todos los anarquistas alemanes y judíos repudiaron el acto de Berkman. Pero Emma no se amilanó y, con la ayuda de unos pocos radicales del East Side y algunos norteamericanos, entre los que se distinguía Dyer D. Lum, se lanzó a una campaña tendiente a lograr que se conmutara la pena impuesta a su compañero.

Durante todo el invierno, trabajó incansablemente para obtener lo que deseaba, hasta que, al llegar la primavera, cayó enferma y los médicos le aconsejaron que se marchara de Nueva York.

En Rochester, un especialista de pulmones descubrió que tenía principio de tuberculosis; Helena y el médico planeaban enviar a Emma a un sanatorio, durante el invierno.

Pero su sentido del deber no le permitió a Emma aceptar tan extenso período de inactividad. Era en 1893, el año del gran pánico y comienzo de cuatro duros años de depresión económica.

Durante el verano la situación empeoró: hubo cerca de ocho mil quiebras y unas cuatro millones de personas quedaron sin empleo.

La huelga de obreros del vestido que se declaró en Nueva York fue sólo uno de los tantos movimientos laborales que se produjeron en el agitado territorio de los Estados Unidos.

A los ojos de Emma, en esos momentos el capitalismo mostraba nuevamente sus contradicciones intrínsecas; consideró que tenía el deber de retornar a Nueva York para ayudar a los huelguistas y colaborar en la organización de los desocupados. Aunque todavía enferma, partió de Rochester dejándoles a Helena y al médico sendas notas donde les explicaba su conducta.

Al retomar de lleno sus actividades, Emma experimentó una extraordinaria mejoría. Organizó los primeros grupos de muchachas judías e italianas del sindicato del vestido y se dedicó ininterrumpidamente a pronunciar conferencias, asistir a reuniones de comisiones y a reunir alimentos para los necesitados.

También colaboró con Joseph Barondess, dirigente obrero radical, en la organización de mítines populares en Union Square. Obtuvieron permiso para realizar un acto el 21 de agosto. Declararon que éste tenía el propósito de *buscar la manera de ubicar a los desocupados en establecimientos locales, estatales y públicos*.

Aquel lunes por la mañana se cita en Union Square una multitud de tres a cuatro mil personas furiosas y amargadas, la mayoría de ellas sin trabajo. Estaban sumamente indignadas ante la poca disposición de la legislatura estatal para hacer algo en favor de quienes carecían de techo y alimentos. Emma comprendió inmediatamente cuál era el estado de ánimo del público.

Como le sucedía muchas veces en tales momentos de crisis, habló con ardor profético, aparentemente poseída por sincera y encendida indignación y simpatía; en dichas ocasiones estaba tan inspirada -tan llena de energía extrahumana- que elevaba a la audiencia casi hasta sus alturas de sentimiento y conciencia.

En síntesis, su discurso era una advertencia contra el Estado y los políticos obreristas; señalaba a los desocupados que debían desconfiar de ellos y los incitaba a levantarse y exigir lo que les correspondía por derecho; habrían de comenzar por pedir pan, evidentemente la primera necesidad que deben llenar los hambrientos. Sus palabras fueron saludadas con una ovación; incontables manos se agitaban con entusiasmo manos que le parecieron *las batientes alas de blancos pájaros*.

3

En las primeras horas de la mañana siguiente partió hacia Filadelfia a fin de continuar allí su obra en favor de los desocupados.

Varios días más tarde, cuando entraba en el Buffalo Hall para hablar ante unas trescientas personas, fue arrestada por la policía. Un desafortunado anarquista llamado Albert H. Anson entró presuroso al recinto y gritó: *¡Han detenido a Emma Goldman, Levantémonos!*, lo cual le valió ser luego acusado de incitar a la rebelión y encarcelado. Algunas personas del público corrieron hacia Emma, pero los policías desenfundaron sus armas y las obligaron a retroceder. Un camarada alemán logró acercarse a ella y extenderle su billetera, en el deseo de ofrecerle una ayuda económica, más a él también se le arrestó prontamente por tratar de arrancar a Emma de manos de la fuerza pública.

Cuando llegaron los papeles de extradición, el sargento Charles Jacobs escoltó a la agitadora anarquista de vuelta a Nueva York. Según Emma, el policía se mostró muy amistoso durante el viaje. Le comunicó que el jefe de policía se proponía retirar los cargos contra ella y ofrecerle una suma de dinero si colaboraba' con la autoridad manteniéndola informada de las actividades de los radicales de Nueva York. Ante semejante insinuación de que se convirtiera en confidente de la policía -y a sueldo, para peor- reaccionó sin tardanza arrojando a la cara de su acompañante el contenido de un vaso de agua helada.

A la mañana siguiente compareció ante Thomas F. Byrnes, superintendente de la policía. Naturalmente, estaba enterado de que Emma había respondido en forma negativa a su intento de soborno. Se dirigió a ella con furia: *¡Vaya tonta! -tronó-; merece que la encierren por varios años!* Cuando Byrnes terminó su diatriba, Emma le dijo que se encargaría de hacer saber a todo el país hasta dónde llegaba la corrupción del jefe de policía de Nueva York. Éste levantó una silla en ademán de atacarla, pero se contuvo y ordenó que la condujeran de vuelta a su celda.

Por cierto que Byrnes no se abstenía de cometer actos brutales. Aunque no gozaba de la espeluznante reputación de uno de sus Inspectores, *Cachiporra* Williams, se sabía que *maltrataba a los delincuentes*.

En aquella época, el joven Lincoln Steffens, periodista del Post de Nueva York, que tenía a su cargo la zona de la calle Mulberry, se pasaba las mañanas observando

con interés a los *cabezas rotas* -los obreristas y radicales golpeados sin piedad- que entraban y salían de las oficinas de Byrnes. Y es probable que éste último, cuyas relaciones con el mundo del hampa eran tan estrechas que conocía el radio de acción de cada uno de los ladronzuelos o carteristas de Nueva York, deseara establecer, por intermedio de Emma, un contacto más directo con el mundo de los radicales.

El jefe de *la mejor* de Nueva York renunció al año siguiente, durante la investigación de Lexow: se probó que el cuerpo dirigido por Byrnes recibía mensualmente dinero, en calidad de soborno, de las dueñas de burdeles, los jugadores profesionales, los propietarios de cantinas y que, además, percibía un tanto por ciento de las ganancias de los carteristas, los pistoleros y las prostitutas.

Tal el departamento de policía que estaba decidido a *pescar* a Emma Goldman.

4

Se presentaron tres cargos contra Emma, todos por pronunciar discursos que incitaban a la violencia.

La acusación formal aducía participación en reuniones ilegales y se fijó una fianza de 2.000 dólares.

Un simpatizante abonó la fianza. Emma debía entonces decidir si ella misma se encargaría de su defensa.

Al principio pensó hacerlo, ya que después de todo no creía en la ley ni en los abogados; pero sus amigos la instaron a buscar ayuda de un profesional. Por su parte, Berkman escribió que, aunque seguía pensando que un anarquista no debía tener abogado, creía que Emma podría hacerse oír mejor en la corte si su derecho a la palabra estuviese protegido.

El asunto quedó definido cuando el ex alcalde A. Oakey Hall ofreció prestar sus servicios sin cargo alguno.

Extraño defensor para Emma. Este señor Hall había sido alcalde de Tweed hacia 1860; durante su gestión, ayudó a su jefe político a terminar con el soborno municipal que alcanzaba proporciones increíbles. En la década de 1890 Hall se encontraba ya fuera de actividad, aunque mirando con ojos golosos las candidaturas

de Tammany; tenía la esperanza de que el caso de Emma le sirviera para entrar nuevamente en la palestra.

A pesar de que (confesión que le hiciera a Emma) admitía ciertas ideas liberales y estaba en contra de la policía y de sus corruptos métodos, no era, ni con mucho, *un gran jurista*, como generosamente lo calificó Emma.

Aparentemente, se juzgaba a Emma por los conceptos expresados en el discurso pronunciado durante la reunión de Union Square. El testigo principal de la acusación era el detective Jacobs. Este reconoció que no era taquígrafo, pero sostuvo que había podido tomar una versión literal de la parte de la alocución dicha en alemán.

Por cierto que Emma había exhortado al pueblo a la violencia y a la insurrección:

Pero sólo con inútiles palabras -citaba Jacobs-, lograréis muy poco. Debéis tener coraje. Queréis pan, pero ¿quién os lo dará? Nadie. Nadie os lo dará. Si lo deseáis, debéis tomarlo. Si no lo obtenéis cuando lo pedís, no vaciléis en tomarlo por la fuerza.

Ahora bien, es muy improbable que Emma se expresara así. En primer lugar, esa sintaxis incisiva no era propia de su estilo, oral o escrito; bien podría haber sucedido que, al llegar al punto culminante de su discurso, hubiera pronunciado una serie de oraciones breves y cortantes, pero jamás semejante serie de oraciones.

Aunque Emma caía muchas veces en contradicciones, es sumamente difícil que haya cometido Una tan manifiesta en cortísimo lapso:

Queréis pan, pero, ¿quién os lo dará? Nadie... Si no lo obtenéis cuando lo pedís, no vaciléis en tomarlo por la fuerza.

Además, era virtualmente imposible que Jacobs, incapaz de escribir en taquigrafía, pudiera tomar nota literal de las palabras de Emma desde una plataforma repleta de gente y en medio de una ruidosa multitud.

No prejuzgamos al pensar que Jacobs mintió cuando, en un interrogatorio, le dijo a Hall que el oír esas cosas de *naturaleza incendiaria* no le produjo *ningún placer*.

En efecto, si él y Byrnes planeaban obligar a Emma a convertirse en su espía, cabe suponer que sintiera gran satisfacción al ver que ésta incitaba al pueblo a la rebeldía o que, por lo menos, su discurso pudiera tildarse de llamado a la sublevación. Lo

cierto es que Jacobs y Byrnes, especialmente después de haberse negado Emma a actuar para ellos, tenían gran interés en que fuera condenada.

Por su parte, Emma contaba con argumentos igualmente fuertes en contra de las acusaciones de la policía. Declaró que todo lo dicho por Jacobs era falso. Hizo la aclaración de que acostumbraba a preparar sus discursos de antemano para luego aprendérselos de memoria. Tras leer el texto original que memorizó para aquella ocasión, afirmó que las palabras tomadas y falseadas por Jacobs eran en realidad éstas:

No, trabajadores, debéis proteger lo que os pertenece, lo que vosotros mismos habéis producido y, en primer lugar, debéis tomar vuestro pan, procuraros pan para llenar vuestras necesidades del momento. Trabajadores, debéis exigir lo que os pertenece. Id hasta donde habitan los ricos, presentaos ante los palacios de quienes os dominan... y hacedles temblar.

Desgraciadamente, también es muy probable que éstas no fueran literalmente las palabras que pronunció en su discurso. Quizá, influida por la tensión y la amargura que dominaban a la muchedumbre, no se atuvo exactamente al texto memorizado. Además, el testimonio que prestó durante el interrogatorio hace poner en duda su veracidad, habitualmente irreprochable.

Cuando se le inquirió acerca del atentado cometido por Berkman, respondió que no lo aprobaba aunque simpatizaba con su compañero y admiraba su valentía. Al contestar de esta suerte, sólo refirmaba su declaración del año anterior: que no había sido cómplice en el intento de asesinato de Frick.

Más como sabemos que Emma había colaborado directamente con Berkman, su negativa nos obliga a dudar del resto de su testimonio. En aquella época Emma creía que el fin justifica los medios: con tal de poder seguir luchando por concretar sus ideales, es probable que haya considerado aceptable todo medio que evitara la injusticia capitalista.

Tras oír los testimonios, y convencido de que las declaraciones de Jacobs respondían a la verdad, el jurado declaró culpable a Emma; pero es de reconocer que estaba predispuesto en su contra, aun antes de que se le presentara algún elemento de juicio.

La mayor parte de los hombres designados como jurados suplentes admitieron que el hecho de ser la acusada anarquista y atea, habría influido sobre su dictamen. Durante el interrogatorio, el fiscal de distrito McIntyre casi no tocó el tema del discurso sino que insistió en las preguntas referentes a la ideología política y religiosa de la acusada.

P. - ¿Cree usted en un Ser Supremo, señora Goldman?

R. - No, señor, no creo.

P. - ¿Hay en el mundo algún gobierno cuyas leyes apruebe usted?

R. - No, señor, pues todas están en contra del pueblo.

P. - Y si no le gustan nuestras leyes, ¿por qué no abandona este país?

R. - ¿Adónde podría ir? En toda la Tierra las leyes están en contra de los pobres; además, me dicen que no puedo ir al cielo ni tampoco me interesa ir allá.

De tal manera, McIntyre procuró hacer entrar en juego los prejuicios del jurado (a la manera establecida por Miletos dos mil años atrás, en el juicio contra Sócrates), creó confusión presentando testimonios que no guardaban relación con lo que se trataba y sólo apelaban a los prejuicios y, en general, contribuyó a que el jurado no supiera juzgar el caso imparcialmente.

Como bien señaló el Times de Nueva York en uno de sus artículos de fondo, el solo hecho de que Emma no creyera en Dios y en la ley inclinaría al jurado a encontrada culpable:

Es fácil ver cuánto influirá esto para que se la condene.

Las observaciones que formuló el juez Randolph B. Martine al jurado son otra prueba de que se juzgaba a Emma por sus opiniones. De mala gana, el magistrado reconoció que la acusada era *una mujer de inteligencia superior al término medio*. No sabía qué *había aprovechado de su educación*, pero resultaba evidente que no *cree en nuestras leyes*.

En opinión de Martine, quienes creen en la ley -y tengo la satisfacción, de decir que la mayoría de nuestro pueblo sí cree-, no pueden aceptar en esta comunidad a semejante persona... Considero que usted y sus doctrinas son peligrosas.

Tras este ataque frontal contra las creencias e ideas de Emma, no quedaba duda de que al juez poco le importaban los actos de la acusada. No podemos menos que

preguntamos si este jurista esperaría encontrarse con Un anarquista que creyera en las leyes y que le interesaban hasta tal punto como cosa de su propiedad; tanto él como el jurado mostraban hacia los agitadores la actitud popular que Finley Peter Dunne parodió magníficamente. Los agitadores *nunca tienen que agitarse* -se mofaba el señor Dooley-, y ellos y la policía deberían ser *los Mejores Amigos*.

Comprobamos, pues, que el eje del proceso de Emma no fue precisamente el que hubiera o no aconsejado a la multitud reunida en Union Square que tomara el pan *por la fuerza*[32]. Para la prensa, el jurado y el juez, el discurso pronunciado por Emma era menos importante que sus ideas.

En cualquier época la policía no habría tenido dificultad alguna para fabricar un proceso contra un anarquista, pero aquel año de 1893, cuando el gobernador John Peter Altgeld indultó a los restantes mártires de Haymarket, era especialmente propicio pues existía intenso encono contra toda persona que pensara como Emma. Siendo así las cosas, era imposible que absolvieran sus ideas: sus creencias iban más allá de lo que podía comprender la corte.

5

El epílogo fue un año de cárcel en la Isla de Blackwell.

Allí la pusieron casi inmediatamente al frente del taller de costura. Al principio, las otras mujeres se mantenían apartadas de Emma pues se les había advertido que no creía en Dios ni en el gobierno. Pero cuando se negó firmemente a obligarlas a trabajar más, ganó enorme popularidad. Se dio cuenta de que *estas pobres criaturas*

[32] Es cierto que el problema principal no fue lo que había dicho realmente, pero, de todos modos, es muy improbable que en aquella oportunidad incitara al pueblo a una insurrección inmediata que habría resultado inútil y suicida. Durante toda su carrera como oradora, se condujo con considerable sentido de la responsabilidad, ignorando muchas veces las provocaciones de la policía o previniendo a su público sobre aquéllas. Dadas sus ideas sobre la revolución social, sabía que ésta no podía comenzar simplemente por iniciativa de un orador de Nueva York. Es más probable que en su discurso de Union Square se haya limitado a urgir a sus oyentes a que irguieran la cabeza, se prepararan para la llegada inevitable de la futura revolución social, se organizaran y adoptaran el pensamiento anarquista y, finalmente, que marcharan en demostración a lo largo de la Quinta Avenida hasta conseguir pan. Quizá sus palabras de entonces obedecieron a una idea similar a la que, veinte años más tarde, intentó poner en práctica Frank Tannenbaum. En el invierno de 1913-14, época de depresión, Tannenbaum organizó una marcha de desocupados que se dirigieron a la iglesia de Santa Alfonsina para solicitar casa y alimento. Aquél visitaba frecuentemente la *Escuela Ferrer*, donde Emma desarrollaba gran actividad, y cabe suponer, tal como sugirió el Times de Nueva York, que Emma fue la inspiradora de aquella demostración.

estaban tan sedientas de bondad que la menor muestra de benevolencia aparecía como un rayo de Sol en su limitado horizonte. Desde entonces, muchas veces venían a contarme sus promesas...

Al poco tiempo, por considerarse que no era suficientemente estricta en la dirección del taller, le asignaron una nueva tarea ¡la de enfermera de la prisión.

Hasta los funcionarios quedaron impresionados ante la ternura con que cuidaba a los enfermos. Según un artículo exageradamente sentimental publicado por el Herald de Nueva York, las autoridades se sorprendieron grandemente al ver cómo esta *mujer que incitaba a la violencia*, caminaba *entre aquellos catres, levantando a los pacientes con gran dulzura y vigilando sus pobres rostros pálidos con una tierna sonrisa*.

Para el personal de la cárcel *Emma Goldman ¡era una anomalía, pero les gustaba tal como la veían*. En realidad, los funcionarios estaban equivocados: sus actos e ideas no eran anómalos, sino de una sola pieza.

Capítulo octavo

De regreso a la Isla de Blackwell

Cuando, en agosto de 1894, Emma Goldman volvió, ya libre, de la Isla de Blackwell, fue saludada por una entusiasta comisión de recepción.

En el *Thalia Theater* del Bowery se realizó en su honor un acto al cual concurrió una verdadera multitud, y más de cien personas quedaron fuera por falta de espacio. Retornaba convertida en figura famosa o infame, según fueran las ideas políticas y sociales de quien la juzgara.

La cantina de Justus Schwab, situada en el número 51 de la calle Primera, era en aquella época el lugar donde, según palabras de Emma, *se reunían todos*. Todos los radicales, se comprende.

Para la prensa, aquél era el *cuartel central de la infamia internacional*. Siempre en busca de artículos sensacionales, Nellie Bly fue a visitar el local de Schwab y quedó muy sorprendida al ver que hombres y mujeres entraban por la misma puerta. Después de bajar tres escalones, se encontró frente a un alto mostrador, *inocente de vasos* y, peor aún, *sin almuerzo gratis*.

Detrás del mostrador había aproximadamente una docena de copas, pero las mismas quedaban casi ocultas tras pilas de libros, los que sumarían unos seiscientos.

¡Extraña cantina, en verdad!

Como si esto fuera poco, había allí una pizarra donde sus asombrados ojos leyeron algunos pensamientos sorprendentes:

En las colinas de Nueva Jersey, donde nadie oye, resonará la libre palabra.

El esplendoroso Sol se eleva para saludar a una raza de esclavos; y,

Arrestad a toda enagua que ponga en peligro el bienestar de la República.

Acorde con sus sentimientos de desprecio por los temerosos burgueses que habían encerrado a Emma durante un año, Schwab dio a las *enaguas* una calurosa bienvenida. Emma ocupó con verdadero placer su lugar en aquel círculo donde reinaba el buen humor y se discutía con ardor.

Eran asiduos del local no sólo otros anarquistas sino también varios hombres de letras tales como Ambrose Bierce, James Huneker, Sadakichi Hartmann y John Swinton.

La amistad de estos notables liberales norteamericanos tuvo una influencia especialmente importante en la evolución de Emma. Mientras estaba en la prisión, recibió un ejemplar dedicado de The Life of Albert Brisbane, enviado por el hijo de éste con una nota de saludo. La lectura de esta biografía la hizo penetrar en el mundo del radicalismo norteamericano de 1840.

Ya fuera de la cárcel, fue invitada a comer por John Swinton, ex redactor de los artículos de fondo del Times de Nueva York y más tarde editor del Sun de la misma ciudad, quien tenía ciertos antecedentes radicales -había apoyado el movimiento abolicionista y defendido a Walt Whitman- y era, además, amigo de los exiliados políticos que buscaban asilo en los Estados Unidos.

Sus conversaciones con Swinton y otros norteamericanos le permitieron conocer algo de las fuertes tensiones anticapitalistas que existían en el país; de tal manera, llegó a una posición que prácticamente ningún radical extranjero se mostró capaz de tomar: dejó de lado su superficial idea de que aquélla era una nación sin idealistas y resolvió dedicarse a hacer propaganda entre los naturales del país.

Gran parte de la significación que tuvo Emma dentro de la vida norteamericana es, indudablemente, producto de esta determinación. En efecto, si se hubiera contentado con hacer propaganda en alemán e idisch dentro del hermético círculo de los grupos de habla extranjera, habría sido una figura de interés histórico pasajero.

En aquella época conoció a Lillian Wald, Lavina Dock y otras personas que trabajaban en los centros de asistencia social y se ocupaban, de los problemas de los necesitados del East Side. Aunque sentía admiración por estos idealistas sinceros, *capaces de actos nobles y generosos*, se mostraba escéptica en cuanto a los resultados de su obra. ¿De qué les servía a los pobres que les enseñaran a comer con tenedor, se preguntaba, *si no tienen alimento?*

En su concepto, la tarea educativa de estos centros llegaría a crear, sin quererlo, cierto *snobismo entre la misma gente que trataban de ayudar*. Por su parte, aunque

sólo más tarde conocería bien a Emma, Lillian Wald no se interesó en el anarquismo de aquélla y en sus críticas fundamentales del orden social imperante. Al igual que la mayoría de los liberales norteamericanos, Lillian Wald prefería enfocar los problemas pragmáticamente y por partes.

Muy acertada es la aseveración de su biógrafo:

En aquella época no se dedicaba demasiado a analizar el problema. Las doctrinas en sí no le interesaban; sólo le importaba la gente.

A pesar de sus diferencias con Lillian Wald y otros liberales, Emma llegó a conocerlos bastante y a respetar sus ideas.

También trabó conocimiento con algunos de los dirigentes del movimiento en pro del impuesto único y aprendió a apreciar su jeffersoniano ahínco en defender la libertad de palabra.

Cuando preparaba una apelación en favor de Berkman conoció, entre otros, a Ernest Crosby, quien la impresionó con su comprensiva actitud de simpatía hacia un hombre con quien no podía estar de acuerdo por cuanto era tolstoiano y repudiaba la violencia. En años posteriores, cuando luchaba por la libertad de palabra, Emma recibió gran apoyo de este grupo.

Fue así como, gradual pero efectivamente, salió de su reducido núcleo para entrar en la vida norteamericana.

2

Entre las personas con quienes se relacionó durante su campaña para lograr una conmutación de la pena de Berkman se encontraba Edward Brady, austríaco que había pasado diez años en prisión por distribuir literatura anarquista.

Éste era el individuo más culto que Emma había conocido hasta entonces, pues no se limitaba, como Most, a los temas sociales y políticos. Bajo la guía de Brady, comenzó a leer a los clásicos de la literatura: Goethe, Shakespeare, Rousseau, Voltaire. Cuando hubo aprendido a leer en francés, se dedicaron a Molilke, Racine y Corneille. Al tiempo que su amistad con Brady evolucionaba hacia un *dulce compañerismo*, Emma ampliaba su campo intelectual.

A pesar de que le preocupaba la trágica situación de Berkman -y Brady sabía perfectamente que el mismo ocupaba los pensamientos de Emma la mayor parte del tiempo-, su amistad *maduró hasta convertirse en amor*.

Durante los siete años siguientes, la vida privada de Emma estuvo ligada a la de Brady.

Aunque se amaban profundamente, estaban en continuo conflicto, pues Brady no aprobaba la actividad permanente de Emma en favor del anarquismo. Consideraba que esa vida no era natural para una mujer. Con una actitud que Emma encontraba típica de un patriarca alemán, la deseaba toda para sí, quería tenerla cerca para prodigarle protección, amor y cuidados. Pero a Emma le disgustaba que la trataran como a una *propiedad*.

Brady le había pedido que dejara las conferencias y se convirtiera en su esposa para darle un hijo: tenía el convencimiento de que el movimiento la atraía simplemente por insatisfacción de sus impulsos maternos. Trató de obligarla a elegir entre su obra y su amor; mas Emma no aceptó tal imposición y, finalmente, se separaron.

3

La experiencia que reunió en el hospital de la prisión la capacitó para desempeñarse luego como enfermera práctica. El, doctor White, médico de la cárcel, le dio un empleo en su consultorio privado, y su amigo, el doctor Julius Hoffman, le recomendaba pacientes. También tenía un puesto en el Hospital Beth-Israel, trabajo que en esa época daba muy pocas satisfacciones por cierto: exigían muchas horas, la paga era miserable y, para colmo, trataban a las enfermeras sin título como si fueran sirvientas. Se dio cuenta de que para conseguir un buen empleo, le era necesario un título. A instancias de Brady partió de Nueva York en agosto de 1895 con destino a Viena, donde estudiaría obstetricia y enfermería en la Allgemeines Krankenhaus.

En camino a Austria, desembarcó en Gran Bretaña para realizar una gira por Inglaterra y Escocia y pronunciar conferencias. Aprendió a replicar a las burlonas preguntas del público de Hyde Park y conoció a varias figuras del movimiento libertario tales como las nietas de Dante Gabriel Rossetti, Olivia y Helena (que en

esos momentos dirigían la publicación The Torch), su amado maestro Pedro Kropotkin, el ya legendario Errico Malatesta y Louise Michel, la famosa *Vierge Rouge* de la Comuna de París.

Llegó a Viena al primero de octubre y se inscribió en la escuela como *señora de Brady*. Prudentemente, se dedicó sólo a sus estudios sin pretender en ningún momento desarrollar alguna actividad en oposición al Imperio de los Habsburgo. Los cursos de obstetricia, enfermedades infantiles y materias anexas eran dictados por profesionales muy capaces, entre los cuales se encontraba un joven llamado Sigmund Freud.

Al terminar el año rindió dos exámenes y recibió dos diplomas, uno de obstetricia y otro de enfermería.

Cuando retornó a Nueva York en el otoño de 1896, pudo considerarse satisfecha de los resultados de su viaje al exterior. Su inquieta mente y su gran energía la habían hecho avanzar bastante en el camino hacia una meta largamente acariciada: la práctica de una profesión dentro del campo de la medicina. Además, había podido participar de la vida cultural de Viena: oyó El Anillo de los Nibelungos de Wagner y vio a la incomparable Eleonora Duse en el papel protagónico de la obra Heimat de Hermann Sudermann. Y lo que es más importante aún, leyó a Nietzsche, a Ibsen y a otros autores que estaban creando la *nueva literatura*.

Gracias a las lecturas que ella misma seleccionaba, se convirtió en autodidacta, aunque la falta de una sistemática educación formal la perjudicaría en ciertos aspectos durante el resto de su vida.

Emma sólo tenía oportunidad de trabajar como partera entre los inmigrantes más pobres del East Side: las que tenían algunos recursos preferían, al igual que sus hermanas norteamericanas, los servicios de un médico. Diez dólares era lo máximo que podía cobrar por parto, aunque a menudo se le pagaba mucho menos.

Quedó aterrada al descubrir la pobreza y la desesperanza en que vivían sus pacientes, pues su ocupación le permitía observar bien de cerca a los trabajadores cuya situación había sido para ella más bien un concepto abstracto. Le impresionó particularmente la desesperada lucha de las esposas de los pobres obreros por

evitar los embarazos frecuentes. Sufría profundamente por sentirse impotente para auxiliar a estas desgraciadas criaturas.

Gracias a su trabajo, Emma pudo conocer hechos sumamente interesantes. Una Nochebuena, memorable para ella, el doctor Hoffman la llamó para que fuera a atender a una enferma morfinómana. Emma no tardó en descubrir que su paciente, la señora Spenser, dirigía una casa pública. Para su sorpresa, se enteró de que el sargento Jacobs, uno de los principales responsables de su encarcelamiento en 1893, era el amante de la señora Spenser y que el ex fiscal auxiliar de distrito, McIntyre, visitaba regularmente el establecimiento *de primera categoría* de esta señora, quien también le relató que las muchachas preferían *a cualquiera antes qué a ese asqueroso*.

Con gran satisfacción, Emma recordó que había sido McIntyre quien advirtió seriamente al jurado que si se le dejaba en libertad, sería como *levantar la bandera de la anarquía y hacerla flamear sobre las ruinas de la ley y del orden*; llevado por su oratoria, McIntyre había dicho también que Emma era uno de esos *extranjeros capaces de clavarle un cuchillo a cualquiera o hacer volar media ciudad con bombas de dinamita*. ¡Y pensar que este pilar de la ley y del orden -reflexionó Emma- era el hombre a quien nadie quería en el burdel de la señora Spenser!

4

En 1899, sus amigos Herman Miller, presidente de la Brewing Company de Cleveland, y Carl Stone, hombre de buena posición, le ofrecieron a Emma su generoso apoyo financiero a fin de que pudiera seguir su ansiada carrera médica.

Ambos se comprometieron a ayudarla hasta que se recibiera. Miller le compró algunas ropas y le dio 500 dólares para el pasaje y los primeros meses de estada en el extranjero.

Por ese entonces era ya una figura pública y el olímpico Times de Nueva York informó de su partida en el St. Louis como acontecimiento de importancia.

En viaje a Suiza, volvió a detenerse en Inglaterra, donde habló en el *Athenaeum Hall* de Londres y en el East End.

A pesar de los esfuerzos de Kropotkin por disuadirla, decidió realizar actos en contra de la guerra de los boers. Los jingoístas amenazaron desbaratar la reunión que

proyectaba efectuar en *South Place Institute*, pero Emma hizo frente a la oposición y logró llevar adelante su mitin con muy buen éxito.

En Londres conoció a Hippolyte Havel, revolucionario checo emigrado. Juntos visitaron varias veces la zona de Whitechapel y otros distritos del East End de Londres, donde observaron con horror la irremediable miseria en que vivían aquellas desesperanzadas criaturas, a quienes consideraban víctimas del capitalismo inglés.

Este compartido sentimiento de simpatía por los indigentes creó un lazo entre ambos. Ya separada definitivamente de Brady, Emma comenzó a sentir que el amor volvía a reclamarla. Cuando partió hacia París, iba acompañada de Havel.

Unas semanas más tarde recibió una carta de Carl Stone, en la que éste le recordaba que su asignación le había sido dada para que estudiara medicina; Stone la conminó a elegir entre su trabajo de propaganda y su nuevo amor y sus estudios. En la misiva, su benefactor le decía:

Sólo me interesa E.G. mujer; sus ideas no significan nada para mí. Sírvase escoger.

A lo cual respondió la interesada:

E.G. mujer y sus ideas son una sola cosa. No está para diversión de advenedizos, ni tampoco permitirá que nadie mande sobre su vida. Guárdese su dinero.

Cuando se enteró de que Miller también había desistido de la empresa de financiarle los estudios, Emma no tuvo más remedio que abandonar sus proyectos. Si hubiese deseado profundamente doctorarse en medicina, habría dejado para más adelante su lucha en favor del anarquismo.

La reacción de aquellos dos amigos que habían deseado ayudarla era muy comprensible. Pero, por otro lado, Emma seguramente no creyó que tendría que posponer sus ideas y su vida personal cuando aceptó su colaboración. Por ello es igualmente comprensible que rechazara el intento de Stone y de Miller de gobernar su vida por el solo hecho de otorgarle una subvención.

Durante su estada en París, Víctor Dave, anarquista francés amigo suyo, la llevó a una reunión secreta del Congreso Neomalthusiano donde le presentaron a Paul Robin, a Madeleine Verne y a los Drysdale.

Emma acudió allí deseosa de conocer los diferentes medios tendientes a evitar la preñez y los métodos que se podían aplicar para limitar la natalidad. Pensaba en sus desesperadas pacientes del East Side.

También tenía intención de asistir al Congreso Anarquista, más a último momento las autoridades francesas lo prohibieron.

Concurrió a algunas reuniones secretas efectuadas en casas privadas pero, dadas las circunstancias, sólo se pudieron considerar brevemente los problemas más apremiantes.

Al finalizar estas reuniones subrepticias, retornó a los Estados Unidos; desembarcó en Nueva York el 7 de diciembre de 1900.

Capítulo noveno

El asesinato de McKinley

El 6 de setiembre de 1901, el presidente William McKinley ofreció una recepción en el *Templo de la Música* -situado, como triste presagio, junto a la *Corte de las Lilas*-, de la *Exposición Panamericana de Búffalo*. León Czolgosz, joven norteamericano de ascendencia polaca, había venido a Búffalo, aprovechando quizá la baja tarifa de los trenes para la Exposición.

Aquella tarde Czolgosz se ubicó entre las personas que hacían fila para estrecharle la mano al presidente. Cuando llegó junto a éste levantó la mano derecha, aparentemente vendada, y le disparó dos balazos que le dieron en el pecho y en el estómago.

Los soldados y los policías del servicio secreto derribaron a golpes a Czolgosz, quien pensó que lo matarían inmediatamente.

Después que disparé -dijo más tarde-, creí que me liquidarían allí mismo.

Cuando se le preguntó qué motivos había tenido, replicó: *Cumplí con mi deber*.

Ocho días más tarde, moría McKinley.

2

Meses atrás, Emma había dado una conferencia en el *Franklin Liberal Club* de Cleveland. En la misma declaró que el Estado no debería existir y que el anarquismo es el único camino hacia la libertad; mas también atacó el erróneo concepto popular de que anarquismo es sinónimo de terrorismo y violencia general. Aclaró que, personalmente, no creía en la violencia, añadiendo que, en todo caso, el anarquismo no tenía por qué ir ligado necesariamente a aquélla.

Durante el intervalo, un joven le solicitó que le recomendara alguna lectura adecuada. Emma ya no lo olvidó; aquel *expresivo rostro* quedó grabado en su memoria.

Varias semanas más tarde, cuando estaba por marcharse de la casa de Abe Isaak, editor de The Free Society, periódico anarquista de Chicago, se le anunció un visitante; al verlo, reconoció al joven de rostro expresivo, quien se presentó con el nombre de Nieman.

Durante el viaje en tren, en el cual acompañó a Emma, le relató que había sido miembro de un centro socialista de Cleveland, pero que disgustado ante la falta de inquietudes de sus compañeros, deseaba ahora conocer a los anarquistas.

En la estación, Emma fue recibida por varios amigos, entre ellos Havel, a quien solicitó que pusiera a Nieman en contacto con algunos compañeros.

Tras la partida de Emma, varios anarquistas de Chicago comenzaron a sospechar del joven, quien demostraba no saber nada sobre el anarquismo y, sin embargo, no se cansaba de inquirir acerca de las sociedades secretas y de hablar de actos terroristas.

Entonces llegó una carta de los anarquistas de Cleveland en la cual éstos prevenían a sus camaradas de Chicago en contra de Nieman y les informaban que éste era un nombre falso.

En su edición del 19 de setiembre, es decir cinco días antes del atentado, el periódico The Free Society publicó una nota en la cual advertía que entre las filas de los anarquistas se había infiltrado otro agente provocador.

De este modo Nieman, mejor dicho Czolgosz, quedaba señalado como espía.

Emma, que a la sazón se encontraba en Rochester, se disgustó al conocer esta acusación sin fundamento e hizo llegar una vehemente protesta a Isaak.

Nunca descartó por completo la posibilidad de que aquella injusta acusación del The Free Society hubiera espoleado al joven a cometer el asesinato como prueba de su lealtad.

El 6 se setiembre, Emma se hallaba en St. Louis. Un amigo le advirtió que la prensa la relacionaría con el atentado, idea que provocó su risa. Más al día siguiente quedó muy sorprendida cuando leyó los siguientes títulos:

EL ASESINO DEL PRESIDENTE McKINLEY ES UN ANARQUISTA. CONFIESA HABER SIDO INCITADO POR EMMA GOLDMAN, A QUIEN SE BUSCA.

Al enterarse de que la policía de Chicago tendría detenidos a nueve de sus amigos hasta que la encontraran, decidió volver inmediatamente a dicha ciudad.

Cuando llegó allí, sus amistades lograron convencerla de que se mantuviera oculta por lo menos hasta recibir la recompensa de 5.000 dólares que ofrecía el Tribune

de Chicago por una entrevista exclusiva, suma que le serviría para financiar su defensa.

Se refugió en casa de J. Norris, un amigo de buena posición que habitaba en un vecindario elegante. Pero el 10 de setiembre, antes de que pudiera concretarse la entrevista, la policía irrumpió en el cuarto de Emma en busca de la amenaza anarquista.

Nuestra amiga se hizo rápidamente cargo de la situación y simuló ser una criada sueca que apenas sabía hablar; engañados, los agentes estaban a punto de salir cuando descubrieron una lapicera que llevaba su nombre. Así se entregó Emma Goldman, alias *Lena Larson*.

3

Después del examen judicial de Emma, el alcalde Carter Harrison comentó:

Creo que es exactamente lo que dice ser: una anarquista de fila. Sin duda se trata de una mujer muy capaz, y aunque tuviera alguna relación con un hecho de esta naturaleza, creo que es demasiado inteligente como para dejarse atrapar.

A pesar de estas dudas de Harrison, los funcionarios de Chicago decidieron que Emma debía estar complicada con el crimen de Czolgosz, de un modo u otro.

La policía la sometió al torturante *tercer grado*, pero ni siquiera acosándola con insistentes interrogatorios durante varios días lograron encontrar el menor indicio de complicidad.

Por su parte, la policía de Búffalo trabajaba febrilmente en Nueva York para conseguir que el criminal declarara que Emma había tenido alguna relación con su delito. Pero, aun después de terribles horas de agotador interrogatorio, Czolgosz se mantuvo firme.

En su primera declaración afirmó:

Le dije al agente que disparé contra el presidente porque era mi deber. Actué por cuenta propia.

En cuanto a Emma:

Una mujer que vi en el Club de Cleveland era Emma Goldman. Dijo que no creía en el voto ni en el gobierno. Dijo que todo gobierno era una tiranía. Dijo que creía en el

anarquismo. Yo soy anarquista. Para mí el anarquismo significa auto gobierno. Aquélla fue la única vez que vi a Emma Goldman.

En una declaración que, según consta, hizo a las 22.20 hrs. de aquella noche (6 de setiembre), dio respuestas más explícitas a varias preguntas capciosas de este tenor.

P.- ¿Juró o se comprometió alguna vez a matar a alguien? Lo hizo, ¿verdad? Levante la cabeza y hable, ¿no es cierto que lo hizo?

R.- No, señor.

P.- ¿Cuál es la última persona a quien oyó hablar (contra los gobernantes)?

R.- Emma Goldman.

P.- ¿Le oyó decir que sería bueno que todos los gobernantes desaparecieran de la faz de la tierra?

R.- No, no dijo eso.

P.- ¿Qué dijo? ¿Qué dijo del presidente?

R.- Dice... no mencionó para nada a los presidentes; habló del gobierno.

P.- ¿Qué dijo?

R.- Dijo que no creía en el Estado.

P.- Y que todos los que apoyan al gobierno deberían ser destruidos, ¿dijo que pensaba así?

R.- No dijo que deberían ser destruidos.

P.- Usted quería ayudarla en su obra y pensó que ésta era la mejor manera de hacerlo, eso es lo que pensó, ¿verdad? Y si fue otra su idea, díganos cuál fue.

R.- Ella no me dijo que lo hiciera.

En una declaración que prestó a las 18 hrs. del 7 de setiembre, Czolgosz admitió que también había visto a Emma en Chicago, pero aseguró que ésta no le había dirigido la palabra pues *todas las mujeres hablaban al mismo tiempo*.

Salvo algunas contradicciones sin importancia, las declaraciones de Czolgosz coincidieron substancialmente con las de Emma.

Sin tardanza comenzaron a tergiversar las palabras de Czolgosz, y así se ha seguido haciendo desde entonces. Es digno de recordarse que tras los torturantes interrogatorios a que lo sometieron los agentes furiosamente empeñados en

descubrir algún indicio, por endeble que fuera, de que existía alguna vinculación entre él y Emma, Czolgosz siguió sosteniendo con firmeza que había actuado por cuenta propia y no por órdenes de otra persona.

La policía revolvió cielo y tierra para encontrar alguna pista.

A principios de ese año, Emma había pasado unas vacaciones en Buffalo invitada por su amigo el doctor Kaplan.

Hattie Lang, la mujer que había dado alojamiento a Emma en Búffalo, fue también arrastrada hasta el puesto policial para prestar una declaración jurada. Dijo que Emma había llegado un sábado por la tarde, hacia mediados de julio. En una oportunidad, su pensionista había ido con los doctores Kaplan y Saylin a visitar la Exposición; de vuelta temprano, *vio la iluminación*..., mas no se trataba del resplandor de una inspiración demoníaca sino, indudablemente, de la *Torre de la Luz*, maravilla posedisoniana que consistía en una torre de ciento veinte metros de altura cubierta con treinta y cinco mil lámparas eléctricas encendidas. Y para mortificación de sus interrogadores, eso fue lo más siniestro que pudo contarles Hattie Lang.

En Rochester, la familia Goldman se vio sometida a interrogatorios policiales y a la persecución popular.

Stella Cominsky, una adolescente sobrina de Emma, fue interrogada despiadadamente durante dos días, pero en ningún momento dejó de afirmar que su *Tante* era inocente.

En la escuela, los sobrinos de Emma fueron también escarnecidos por las burlas de los compañeros, que llamaban a su tía una *asesina*.

Pero el padre de Emma sufrió más que nadie. Abraham Goldman perdió muchos de los clientes de su pequeña mueblería, fue relegado por sus vecinos y hasta excomulgado de su sinagoga.

Aunque las autoridades de Búffalo no pudieron encontrar prueba alguna de la complicidad de Emma, no se dieron por vencidas. El superintendente de policía William S. Bull, opinaba que Czolgosz *era anarquista y que todos sus actos habían sido guiados por otros*, teoría que sostuvo incansablemente.

Después de presenciar el interrogatorio de Czolgosz, afirmó que era patente que el muchacho estaba enamorado de Emma Goldman. Bull envió al agente Mathew J. O'Loughlin a Cleveland para que averiguara el pasado de Czolgosz. El investigador presentó un informe según el cual el criminal *se hizo partidario de Emma Golman, a quien acompañaba en sus viajes o seguía. Fue a DetrOlt, donde permaneció durante un tiempo luego viajó a Chicago y posiblemente a otros lugares*.

Recordemos que Czolgosz había reconocido que el 7 de setiembre vio a Emma en Chicago, de modo que O'Loughlin no aportó nada realmente nuevo, salvo la equívoca información de que el joven se habría trasladado a Chicago con Emma y convertido en *partidario* de ésta.

George E. Corner, jefe de la policía de Cleveland que vigilaba de cerca el movimiento de los radicales de aquella ciudad, se acercó mucho más a la verdad cuando confesó que le había sido imposible descubrir conexión alguna entre Czolgosz y los anarquistas.

Aunque en ningún momento se dejó de hacer esfuerzos por lograr que el criminal modificara sus declaraciones, éste jamás se desdijo.

En camino a la Penitenciaría de Auburn, terminado su proceso, volvió a afirmar:

Conocí a Emma Goldman y a otros en Chicago. Oí a Emma Goldman cuando habló en Cleveland. Ninguna de estas personas me dijo que debía matar. Nadie me lo ordenó. Todo lo hice solo.

Las autoridades de Auburn continuaron los interrogatorios tendientes a demostrar que Emma estaba implicada en el crimen.

Revelando gran desprecio por la verdad, el superintendente Collins le preguntó a Czolgosz:

¿Sabe que Emma Goldman dice que usted es un idiota, un inútil y que le pidió la limosna de algunas monedas?

No me importa lo que ella diga-, replicó cansadamente el prisionero-. Ella no me ordenó que hiciera esto.

A pesar de que *no hubo pruebas contra Emma Goldman*, como informó el Times de Nueva York (13 de setiembre), el fiscal de distrito del Condado de Erie, Thomas Penney, propuso la extradición de Emma, iniciativa que no tuvo éxito.

Afirmaba que había *bastantes pruebas como para darle derecho a llevar a la señora Goldman a Buffalo e iniciar juicio contra ésta por conspiración para asesinar al presidente*.

Mas como, en realidad, no contaba con los elementos suficientes, no pudo presentarse ante la corte superior, entonces en sesiones, para obtener una acusación formal.

Pese a este fracaso, no cejó en su empeño y solicitó la extradición de Emma partiendo del absurdo de que dicha acción legal no era requisito indispensable. Al parecer, Penney pensaba que si conseguía llevar a Emma a Buffalo, podría iniciarle proceso y crearse así, probablemente, un futuro político.

Este fiscal es el responsable de que se hayan mantenido en secreto las partes de la confesión de Czolgosz que demuestran la total inocencia de Emma.

¿Por qué no pudo Penney lograr la extradición de Emma?

No encontramos explicación material de su fracaso. En opinión de Emma, fue O'Neill, jefe de la policía de Chicago, quien influyó para que los funcionarios de Illinois exigieran la presentación de pruebas directas. Un amigo de Emma, periodista del Tribune de Chicago, le informó que O'Neill estaba en conflicto con varios de sus capitanes, a quienes quería encarcelar por perjurio y soborno. Le disgustaba enormemente que trataran de desembarazarse de su difícil situación cubriéndose de gloria con la detención de Emma.

Después de interrogarla y convencerse de que era inocente, O'Neill puso todo su empeño para que se levantaran los cargos contra ella. Sea como fuere, el hecho es que no pudieron conseguir la extradición y Emma fue puesta en libertad después de quince días de arresto.

Durante su permanencia en la cárcel un policía le propinó tal golpe en la boca que le arrancó un diente.

4

La salvaje histeria que se desató en el país en setiembre de 1901, hace aún más sorprendente el que se haya dejado a Emma en libertad.

No sólo sus parientes habían sido objeto de persecución. Johann Most habría terminado en la silla eléctrica si se hubiese quedado en Búffalo, donde trabajó desde

1897 hasta 1899. Fue arrestado por reimprimir Der Mord (El Asesinato), artículo escrito medio siglo atrás por el republicano alemán Karl Heinzen.

Aunque sólo había llegado a venderse un ejemplar del Freiheit donde se reproducía dicho ensayo (aclaremos que lo adquirió un policía el mismo día del asesinato de McKinley), Most fue sometido a juicio y condenado a otro año en la Isla de Blackwell.La noche del atentado, un joven orador concentró gran número de personas en la calle 125 de Nueva York y pronunció un discurso en el que atacaba violentamente a los anarquistas y proponía que se les aplicara el *Método de Carolina del Sur*; invitó a sus oyentes a seguirle hasta Paterson, plaza fuerte de los anarquistas, para que lo ayudaran a *empezar la matanza* y a quemar el lugar hasta que nada quedara en pie.

Cándidamente, el Times de Nueva York reconocía:

En esos momentos había algunos policías cerca, pero no hicieron esfuerzo alguno por detener a aquel hombre y evitar que pidiera voluntarios.

En Nueva York una multitud ataco a un supuesto anarquista, y en Nuevo México arrestaron a un anarquista que tocaba el violín en una cantina.

Al alcalde de Marietta, población de Ohio, casi lo mataron por expresar que aprobaba el asesinato.

En Chicago, William Randolph Hearst, cuyos periódicos habían criticado acerbamente a McKinley antes del crimen, tenía siempre en su escritorio un revólver al alcance de la mano.

Episodios como éstos se repetían en todo el país.

Es natural que el asesinato del jefe de Estado indignara al pueblo y lo moviera a una furia irreflexiva.

El ofuscado Czolgosz había cometido una atrocidad que constituía un verdadero golpe para todos aquellos que se preocupaban por su sistema político. Además, *un atentado contra el rey -como certeramente dijo Thomas Erskine-, equivale a parricidio contra el Estado, y el jurado, los testigos y hasta los jueces son los hijos de la víctima*[33].

[33] Citado por Robert J. Donovan en The Assassins, Nueva York, Harper & Bros., 1955, p. 105.

Las personas que consideraban al rey, o al presidente en este caso, como símbolo del padre-Estado no podían menos que enfurecerse al ver derribar dicho símbolo. Pero la orgía de ira nacional y la consiguiente persecución de sujetos inocentes fue mucho más allá de lo predecible.

¿De dónde provenía esa ola de locura de fines de estío? Muy importante fue el hecho de que Czolgosz se calificara de anarquista; en aquella época, la prensa presentaba a los anarquistas s como diabólicas figuras extrahumanas desprovistas del más mínimo toque de humanidad. Y ya que no eran humanos, merecían que la furia del pueblo se descargara sobre ellos.

Pero si comparamos la reacción pública ante el asesinato de Garfield con el que provocó el de McKinley, descubriremos un hecho quizá más trascendente: se había abatido la cabeza de los Estados Unidos en un momento en que el nacionalismo avanzaba arrolladoramente y el país estaba a punto de dar el gran paso que lo convertiría en potencia industrial e imperialista[34], como se lamentó Louis E. McComas, representante de Maryland, ante el senado:

Esta tragedia ha sobrevenido cuando nuestra República se ubicaba en primera fila entre las potencias internacionales y cuando comenzábamos a concretar nuestra ilimitada grandeza[35].

---

[34] La comparación con el asesinato de Garfield es más pertinente por diversas razones, que el parangón con la muerte de Lincoln. McKinley y Garfield gozaban aproximadamente de igual grado de popularidad; se asemejaban más en cuanto a capacidad y obras realizadas. A Charles Guiteau, el asesino de Garfield, se le hizo un proceso notablemente imparcial durante el cual hasta le fue permitido arengar a la corte. Aunque el sentimiento popular no era en modo alguno favorable al autor del crimen, nunca alcanzó las alturas de la increíble animosidad que se desencadenó contra Czolgosz y todo aquél que, aun erróneamente, se suponía ligado al asesino. Es cierto que un guardia disparó contra Guiteau a través de la puerta de su celda y que un borracho lo atacó a tiros cuando salía de la corte. Pero cientos de personas se pusieron de parte del asesino, y éste recibió muchas cartas y telegramas de adhesión. Uno de los despachos telegráficos, por ejemplo, estaba firmado por *un Grupo de Admiradores*; en él se lo alentaba afirmando que *todo Boston simpatiza con usted. Debería ser presidente*. (Citado por Donovan, The Assassins, pp. 54-55). Casi nadie simpatizaba con Czolgosz; nadie lo propuso para la presidencia.

[35] En nuestra historia encontramos muchas otras expresiones de esta obsesiva *religión del nacionalismo*, como podría llamársele. Hacia fines del siglo XIX, un amplio sector de la población aceptó gustosamente la doctrina de que los Estados Unidos llegarían a ser superpotencia. Veamos algunos ejemplos. Henry Watterson predijo que el país estaba *destinado a ejercer su dominio sobre los actos de la humanidad y a influir sobre el futuro del mundo como ninguna otra nación lo hizo en el curso de la historia, ni siquiera el propio Imperio Romano*. Por su parte, el senador Albert Beveridge proclamó modestamente que *el pueblo norteamericano ha sido elegido por Dios para conducir al mundo a su regeneración final*. En opinión de Josiah Strong, era *manifiesto* que el *destino* de los hombres estaba en manos de *los anglosajones*, y añadió que *los Estados Unidos se convertirían en patria de esta raza, en asiento principal de su poder, en gran centro de su influencia*. De modo

Todo aquel o aquello que se interpusiera en el camino de la patria hacia su ilimitada grandeza debía ser derribado, abolido, destruido totalmente. Esto es, de modo literal, lo que le sucedió al extraviado Czolgosz: después de hacer pasar una corriente de 1.700 voltios por su cuerpo, se apresuraron a quitarle la tapa de los sesos a fin de comprobar si estaba realmente loco y luego, al bajar su cadáver a la tumba, le vertieron una damajuana de ácido sulfúrico.

En vista de todo esto, resulta aún más admirable la actitud de Emma hacia el asesino. Los amigos le advirtieron que sus expresiones de simpatía eran sumamente peligrosas. Clarence Darrow le envió un abogado de su estudio para prevenirle que, si persistía en su posición, se la acusaría de complicidad en el crimen.

Nada logró influir sobre los sentimientos de Emma, que nunca dejó de ver en Czolgosz al *pobre desdichado a quien todos negaron y abandonaron*.

La histeria popular, por grande que haya sido, no pudo hacerla cambiar de opinión. En el transcurso de su vida, plena de momentos dramáticos, Emma mostró muchas veces un valor excepcional. Mas su negativa a unirse al rebaño en el clamor contra Czolgosz la acercó a lo sublime: mientras estaba en la prisión de Chicago, en inminente peligro de ser condenada a largos años de cárcel o a algo peor, puso de manifiesto un desapego realmente impresionante al repetir sus expresiones de simpatía por el infortunado asesino. Hasta los periodistas, siempre escépticos en cuanto a la existencia de un verdadero idealismo, quedaron sinceramente perplejos al enterarse de que Emma se había ofrecido para cuidar a McKinley, a pesar de que estaba de parte de Czolgosz. En vano trató de explicar su solicitud para con ambos protagonistas de la tragedia. Pero hubo una persona que fue capaz de comprender su humana compasión.

Desde el encierro, Berkman le envió la siguiente carta de aprobación:

---

paradójico, Alfred Thayer Mahan llegó a afirmar que los todopoderosos norteamericanos eran más débiles que el sino que debían cumplir pues *quiéranlo o no, deben ahora comenzar a mirar hacia afuera*. También Henry Cabot Lodge adoptó el punto de vista del destino de la raza, pues aseguraba que debíamos obedecer el mandato de *nuestra sangre* y ocupar nuevos mercados; con profundísimo fatalismo clamó: *la suerte ha fijado nuestra política, no podemos cambiarla; el comercio del mundo debe ser nuestro y lo será* ... Si reunimos cinco, cincuenta o quinientas de estas declaraciones, veremos que la suma dará siempre el mismo resultado: la *religión del nacionalismo*, la doctrina de que a Estados Unidos le está asignada una grandeza sin límites.

Tu comportamiento ha sido espléndido, querida; me emocionó especialmente tu declaración de que estarías dispuesta a atender al herido, en caso de que necesitara de tus servicios, pero considerabas que el pobre muchacho, condenado y abandonado por todos, precisaba y merecía tus simpatías y ayuda en mayor medida que el presidente. Más que tus cartas, estas afirmaciones tuyas me han dejado ver de modo contundente el gran cambio que los años de madurez han ido obrando en nosotros. Sí, en nosotros... pues mi corazón se ha hecho eco de tus nobles sentimientos. ¡Cuán imposible habría sido que semejante pensamiento pasara por nuestra mente hace apenas una década! Lo habríamos considerado una traición al espíritu de la revolución.

Y añadía que *a los treinta años, uno no es tan despiadado, fanático y parcial como a los veinte*.

Por cierto que, con su actitud hacia McKinley y Czolgosz, Emma demostró mayor sabiduría y compasión que la que evidenció diez años atrás cuando le propuso a Berkman hacer volar la oficina de un periódico.

A pesar de que los amigos le advirtieron que hacerlo era una locura, cuando salió en libertad Emma retornó a Nueva York.

Todos estaban seguros de que la enviarían a Búffalo para procesarla. ¡Pero Emma consideraba inconcebible que se dejara a Czolgosz abandonado a su triste suerte, sin que se hiciera el más mínimo esfuerzo por ayudarlo.

En Nueva York nadie quiso darle alojamiento; finalmente tuvo que compartir la habitación con una joven prostituta, la cual, con la bondad que a veces muestran las muchachas de su profesión hacia las personas que se encuentran en dificultades o sin recursos, le cedió el cuarto a Emma y se mudó a la casa de una amiga.

Cuando Emma comenzó su campaña para organizar actos en pro de Czolgosz, su viejo amigo Brady le comunicó llanamente que nadie le cedería un local en Nueva York y que ella era la única persona dispuesta a hablar en favor de aquel hombre.

Emma le replicó que, si bien no esperaba loas para su iniciativa, suponía que habría algunos radicales capaces de sentir simpatía por el desdichado. Estaba equivocada; no podía hacerse absolutamente nada por él. Impotente, debía mantenerse a un lado y presenciar cómo lo arrastrarían a la cámara de la muerte.

Con razón, impugnaba el juicio hecho a Czolgosz.

En efecto, la causa se celebró el 23 y el 24 de septiembre, pocos días después de la muerte de McKinley. El tribunal designó a Loran L. Lewis y a Roberto C. Titus, ex magistrados de la Corte Suprema de Nueva York, para la defensa. Estos *dos jueces jubilados y aparentemente satisfechos de sí mismos*, como lo describió el doctor Allan McLane Hamilton, no hicieron el menor simulacro de defensa de aquel indeseable cliente. No hubo ningún intento de reunir a un jurado cuyos integrantes mostraran un mínimo de desprejuicio.

En su informe sobre el proceso, el doctor Carlos F. Mac Donald, notable alienista de Nueva York, hizo la observación de que *el jurado daba la inequívoca impresión de que cada uno de sus miembros iba mentalmente dispuesto a condenar al acusado. Si Czolgosz hubiera asesinado a un ciudadano común, y no al presidente, es seguro que la defensa no habría aceptado a ninguno de los integrantes de aquel jurado; y en lugar de reunir a un jurado en el breve lapso de una hora y media, esta tarea habría llevado probablemente varios días*.

Durante el proceso, Lewis y Titus parecieron sentirse obligados a colaborar con el fiscal. El primero pronunció lacrimosas palabras de disculpa por tener que actuar como defensor del asesino de *nuestro bien amado* presidente, *uno de los hombres más nobles que Dios haya puesto sobre la Tierra... (cuya) muerte constituye el golpe más terrible que yo haya sufrido en muchos años*. Tal el discurso de la *defensa*.

Después de enjuiciar a Czolgosz durante cinco horas y media el jurado se retiró a deliberar; tardó exactamente treinta y cuatro minutos *-para guardar las apariencias-* en reaparecer con el veredicto que todos esperaban.

Tal como lo expresó el Times dé Nueva York, sin intencionada ironía, *tardaron un tiempo extraordinariamente breve para lo que se acostumbra en nuestro sistema de justicia*.

Aunque el Times afirmó que el juicio fue un procedimiento *digno* y lo ensalzó como *Proceso Modelo*, no cabían dudas de que aquélla había sido una *parodia de justicia*, según las palabras del doctor Hamilton.

Probablemente también haya sido una monstruosa aberración de la justicia, pues había pruebas, que se mantuvieron ocultas, en apoyo de la hipótesis de que Czolgosz era un insano.

En opinión del doctor Hamilton, quien asistió a la causa, el acusado *sufría evidentemente una alteración mental*.

Después del juicio, dos famosos alienistas, Walter Channing y L. Vernon Briggs, realizaron un concienzudo estudio de la vida de Czolgosz y, a diferencia de los médicos de la acusación y de la *defensa*, que no intentaron investigar el pasado del asesino, llegaron a la conclusión de que el joven era un insano.

En su opinión, habría sido víctima de una demencia precoz y sufría dos alucinaciones: el considerarse anarquista y el creer que era su deber ultimar al presidente.

Si tomamos en cuenta el dictamen de estos especialistas, es incuestionable que Emma exageró la fortaleza de carácter y la avidez intelectual de Czolgosz. Quizá no se trataba, como creía Emma, de un joven extraviado que se había encaminado hacia el anarquismo, sino más bien de un hombre que necesitaba tratamiento psiquiátrico y que halló en el anarquismo un pretexto para justificar su acto.

En rigor de verdad, Emma tendía a defender al demente asesino a consecuencia de una reacción exagerada frente al espíritu de venganza popular y por recordar que también ella había planeado un asesinato con Berkman.

Durante el Congreso Anarquista de 1907, no censuró a Baginsky, su compañero de delegación, cuando éste expuso la ridícula idea de que el atentado realizado por Czolgosz había *asestado un golpe a la lucha de clases*.

Por otra parte, tanto ella como Berkman opinaban que el joven no debía haber cometido el asesinato. Es indudable que su corazón se sintió tocado por el hecho de que aquel pobre muchacho quedara solo, y fuera negado y vituperado por todos.

Treinta y seis años más tarde, en una Barcelona destrozada por la guerra, recordó el aniversario de la ejecución de aquel *pobre muchacho desamparado, León Czolgosz*.

Capítulo décimo

Los medios y los sueños

Hacia 1929. Theodore Dreiser estaba escribiendo su Gallery of Women y, puesto que deseaba incluir a Emma en esta galería por ser una figura que tenía un pasado *increíblemente dramático y colorido*, le solicitó que le escribiera algunos incidentes cardinales de su vida. En una de sus misivas a Dreiser, al referirse a la violencia, Emma dice:

Nunca en mi vida induje a nadie a realizar actos de violencia. La única vez que participé conscientemente en uno de estos actos fue cuando colaboré con Berkman. Y debido a su insistencia, no ocupé mi lugar a su lado. Cuando lea mis memorias comprenderá por qué, y cuánto dólar y arrepentimiento me costó el no compartir su suerte. Pero es totalmente absurdo afirmar que yo haya instigado a alguien a la violencia.

He aquí un exacto resumen del nexo que hubo entre Emma y los actos terroristas. Todo señala de modo concluyente que Czolgosz no actuó a las instancias de Emma. Y a pesar del veredicto es probable, aunque en este caso las pruebas no sean tan contundentes, que en Union Square no haya exhortado al público a la insurrección y al desorden.

Después de la tragedia de McKinley se intentó en diversas oportunidades culparla de ciertos actos: la colocación de una bomba en el edificio del Times de Los Ángeles en octubre de 1910, la explosión ocurrida en un edificio de departamentos de la Avenida Lexington de Nueva York en julio de 1914, y la explosión que se produjo en julio de 1916 en San Francisco. Mas Emma no tuyo ninguna responsabilidad en estos incidentes. Por lo tanto, y según ella misma le escribió a Dreiser, la única vez que participó en un acto violento fue en el atentado contra la vida de Frick. Este suceso le impuso la necesidad de resolver el complicado problema que le presentaba la relación entre los medios utilizados para alcanzar los fines y los sueños que fijan dicha meta.

2

Un buen abogado en lo criminal podría haber encontrado muchos argumentos en disculpa del acto de Berkman y la complicidad de Emma.

En primer lugar, actuaron impulsados por motivos menos utilitarios que los que guiaban las vidas de Carnegie y Frick. No buscaban, como éstos, gran riqueza y poder personal. Hasta donde el hombre es capaz de obedecer a fines puros y libres de egoísmo, puede decirse que los de Emma y Berkman fueron idealistas y desinteresados.

En segundo término, Carnegie y Frick eran verdaderos representantes de un poder irresponsable que, tarde o temprano, tenía que ser obligado a hacerse cargo de su responsabilidad. En Frick, cuyo mejor marco era indudablemente la humosa Pittsburgh, veían el símbolo de la América industrial, urbana, del período posterior a la caducación de la frontera.

Para ellos, Frick era la encarnación del monopolio y del capitalismo, con su dura y argumentada indiferencia ante los razonables deseos y esperanzas de sus obreros; representaba el poder capitalista concentrado que no debía responder ante ninguna institución estatal o ningún grupo externo.

Cuando Frick obtuvo la Guardia Nacional para defender su posición en Homestead, Emma y Berkman vieron confirmada su convicción anarquista de que el magnate y los demás capitalistas dominaban también las instituciones del Estado.

Arriesgando su vida, decidieron hacer algo como contribución a la lucha tendiente a liberar al deificado Pueblo de las garras de este poder libre de responsabilidades. Además, aquél fue un período en el que muchas disputas se dirimían por la fuerza. *Una época de Barones* -como escribió Charles Beard-, *en la que la fuerza física era parte habitual de los procedimientos de las altas finanzas*.

Las mismas personas que se horrorizaban ante los Molly Maguires o ante actos esporádicos de violencia, tales como el de Berkman, no se conmovían al enterarse de los frecuentes desmanes cometidos por el ejército rompehuelgas de Pinkerton. Frick asestó el primer golpe en 1892.

También podríamos presentar un aceptable argumento de índole filosófica: la violencia individual se justifica por lo menos tanto como la violencia nacional organizada que se conoce con el nombre de guerra.

Todos estamos encerrados en gran medida dentro de nuestra propia conciencia; todos, querámoslo o no, nos encontramos en lo que Ralph Barton Perry denominara años atrás *La Categoría Egocéntrica*. Las implicaciones de esta categoría son dignas de discusión, y por cierto que el debate que han sostenido siempre sobre el tema idealistas y realistas ha constituido una preocupación fundamental de la filosofía. Pero puede asegurarse que este dilema hace difícil, si no imposible, demostrar cabalmente que es falsa la tesis anarquista de que el individuo -el yo- es la realidad básica, y el Estado, una mera abstracción. Desde este punto de vista, cabe argüir que se justifica más el uso de la violencia por parte de un individuo para lograr sus fines personales que su participación en los movimientos de fuerza en gran escala desatados por entes abstractos tales como el Estado, el cual se compone de colectividades de personas que niegan la individualidad.

Desde este ángulo filosófico, el acto de Berkman tiene mayor justificativo ético que la famosa carga de Theodore Roosevelt en la sierra de San Juan (en cuya cima, según informó triunfalmente, mató a un español con sus propias manos, *como a una liebre*).

Asimismo, tiene cierta validez el argumento de Emma y de Berkman de que *la fuerza engendra la fuerza*, o dicho más exactamente, la violencia engendra la violencia.

Sólo una mente cerrada a la discusión franca del problema de la violencia se negaría a reconocer que existe un elemento de verdad en esta afirmación de Berkman:

La bomba es el eco de vuestros cañones ejercitados contra nuestros hermanos que sufren hambre; es el clamor de los huelguistas heridos... la bomba es el fantasma de vuestros crímenes pasados.

¿Se construyen los barcos de guerra para cumplir *fines educativos*? ¿Es el ejército una *escuela dominical*? ¿Constituye el cadalso un *símbolo de hermandad*?

Son algunas de las preguntas formuladas por Berkman y cuya respuesta sólo puede ser negativa, con lo cual se admite automáticamente que la violencia en gran escala ejercida por el Estado abre el camino a la violencia individual y, por comparación, la hace aparecer insignificante.

Hoy en día el símbolo de la violencia no es la pequeña bomba del anarquista sino el horroroso monstruo del hidrógeno del Estado.

El problema resulta aún más complejo si entramos a analizar la usual actitud ambivalente de la gran mayoría del pueblo hacia la violencia. Esta actitud puede describirse de modo muy simple: la violencia estatal, defensiva naturalmente, es sacrosanta; la violencia individual es asesinato.

Ahora bien, los terroristas rusos, Emma y Berkman entre ellos, no creían que ninguna forma de violencia fuera sagrada, sino que, por el contrario, llegó a la conclusión de que se trata de algo *necesario e inexcusable*, para decirlo con las palabras de Albert Camus.

Este concepto cala mucho más hondo que el enfoque adoptado por la generalidad. Las mentes mediocres -escribió Camus-, enfrentadas a este terrible problema, procuran protegerse ignorando uno de los términos del dilema. En nombre de los principios formales, se contentan con afirmar que toda violencia directa es inexcusable y justificar aquella forma difusa de violencia que se practica en la escala de la historia mundial[36].

Sin embargo, no se trata simplemente de la *mediocridad mental*; en efecto, quienes están interesados en mantener el orden presente tienen razones personales imperiosas para creer en las ideas que postulan. Con aguda mordacidad, John Dewey aduce que toda esa gente *que vitupera el uso de cualquier forma de violencia, está siempre dispuesta a recurrir ella misma a la violencia. Se opone fundamentalmente a todo cambio en la institución económica existente y para mantenerla acude a la fuerza que esta misma institución pone en sus manos. No le es menester abogar en favor del uso de la fuerza, sólo tiene que emplearla*.

De tal manera, la mayoría de quienes condenaron la acción de Berkman cometían ellos mismos actos de violencia o aprobaban las medidas de fuerza. Ejemplo externo, que viene al caso mencionar aquí, fue el sanguinario ofrecimiento hecho por el senador Joseph R. Hawley después de la muerte de McKinley:

Aborrezco profundamente la anarquía y daría mil dólares por poder disparar sobre un anarquista[37].

---

[36] *The Rebel*, Londres, Hamish Hamilton, 1954, p. 140.

[37] La publicación Nation afirmó que si el pulso de Hawley era tan firme como su mente, a cualquier anarquista le resultaría muy fácil ganarse mil dólares. Digamos de paso que Voltairine de Cleyre se ofreció como blanco para que el senador disparara contra ella, con la condición de que primero le permitiera hablarle durante unos

Pero sería una limitación de nuestra parte contentarnos con los argumentos *tu quoque* de un abogado defensor. A los idealistas, que tienen miras superiores, debemos juzgarlos más estrictamente que a las personas que se conforman con el mundo tal como es.

Hemos presentado todos estos justificativos a fin de tomar una perspectiva y comprender mejor el problema, pero el hecho es que, pese a todo lo que se diga, el acto de Berkman resulta inexcusable, pues se trata de un caso de idealismo equivocado que lindó con la insensatez.

Emma y su compañero cometieron el desatino de querer aplicar directamente las tácticas revolucionarias rusas a los problemas norteamericanos. Cualesquiera sean las razones que justificarían semejante procedimiento en Rusia, el intento de asesinato estaba completamente fuera de lugar en un país donde ambos tenían considerable oportunidad de expandir sus ideas por medio de la persuasión. Obraron llevados por dos conceptos erróneos. En primer lugar, el creer que en los Estados Unidos existía una opresión similar a la de Rusia, ejemplo de su incapacidad general común entre los anarquistas- para distinguir los diferentes grados de despotismo ejercido por los distintos Estados.

Su segundo error, ligado al primero, fue su casi completa falta de conocimiento del pueblo norteamericano, lo que les impidió prever cuál sería la reacción del mismo frente al atentado.

Aún impregnados del espíritu ruso, representaron su papel en la tragedia en un idioma revolucionario absolutamente extraño a los oídos del pueblo norteamericano. El compañero de prisión de Berkman, Jack Tinford, y otros obreros de Homestead no concebían que pudiera haber otro motivo que no fueran *asuntos de negocios*. Al aplicar equivocadamente una táctica sospechosa en un medio donde imperaban condiciones diferentes, Emma y Berkman no se percataron de que casi nadie en aquel país podía comprender cuáles eran las razones de su conducta.

Además, fue siempre desacertado suponer que tales actos de violencia servirían para concretar cambios sociales benéficos. Si, como sostenían Emma y Berkman,

---

minutos a fin de explicarle en qué consiste el anarquismo. Pero Hawley, sea porque temía que lo convirtieran, sea porque tenía miedo de fallar, no aceptó el ofrecimiento.

la fuerza estaba en manos de la clase capitalista, ello era razón de más para buscar los cambios radicales por medios pacíficos.

La idea de que únicamente la violencia podía preparar el camino hacia una nueva sociedad sólo trajo apareadas (en el Occidente) consecuencias cada vez más desastrosas a medida que se acercaba el siglo XX.

Los adelantos técnicos y la concentración del poder hicieron de esta táctica de barricadas una práctica tan anticuada como el transporte a lomo de mula.

Pero el error más triste en que cayeron Emma y Berkman no es precisamente esta falta de conocimiento de la realidad, sino su presunción de que el fin justifica los medios.

Esta convicción impulsó a Emma a mentir y engañar a su querida hermana Helena; la llevó, junto con Berkman, a preparar una bomba de tiempo casera en una casa de inquilinato atestada de gente pobre, poniendo en peligro la vida de aquellos inocentes; y les hizo creer que, con eliminar a un ser humano, apresurarían la llegada del día de la libertad y de la hermandad entre los hombres. La plenitud de la vida se alcanzaría mediante la destrucción de vidas.

El hecho de que Emma sólo participó una vez en un acto de violencia es indicio de que pronto superó su concepto de que el fin justifica los medios. Años más tarde, criticaba severamente su posición anterior. Arthur Leonard Ross, su abogado, le aconsejó que no relatara en su autobiografía que había llegado a ofrecerse como prostituta a fin de financiar un revólver para Berkman. Acertadamente, le señaló que de esa manera dejaba establecida su complicidad *pro confeso* y le advirtió:

El burgués presidente de un país burgués puede ver en esta historia el impulso humano de un corazón juvenil tanto como yo avanzo a distinguir el Vesubio desde la ventana de mi oficina.

Emma se negó a omitir el episodio por varios motivos:

La principal razón es el hecho de que mi complicidad en el acto de Berkman y nuestra relación ha sido el *leitmotiv* de los cuarenta años siguientes de mi vida. En realidad, constituye el eje de mi historia. Usted está equivocado si piensa que mi desesperada conducta obedeció únicamente *a los impulsos humanos de un coraz6n juvenil*... Fue mi devota y religiosa creencia de que el fin justifica cualquier

medio. Mi ideal, entonces, era la hermandad entre los hombres. Conservo intacto este ideal, pero he cambiado en un aspecto: me he dado cuenta de que un gran objetivo no justifica cualquier medio.

También llegó a arrepentirse de haber castigado a Most con un látigo, como lo demuestra el que tratara de reconciliarse con él antes de su fallecimiento, producido en 1906.

Mucho más tarde le escribía a Max Nettlau, historiador anarquista:

Admito que nada que hubiera hecho Most o cualquier otro después de 1892 me habrían inducido a castigarlo. Por cierto que muchas veces lamenté haber atacado al hombre que fue mi maestro y mi ídolo durante tantos años.

En fin, con el correr del tiempo, trastrocaría casi totalmente su posición frente a la violencia como medio. En una carta a Berkman, en 1928, declaraba que desearía poder adoptar la posición de Tolstoi o de Gandhi:

Me gustaría mucho. Considero que la violencia, cualquiera sea su forma, nunca ha tenido resultados constructivos y probablemente no los tendrá.

Pero le era imposible plegarse totalmente a las ideas de Tolstoi porque no podía abandonar su antigua convicción de que todo cambio es siempre violento.

3

Su concepto de que la violencia es inevitable derivaba de la teoría evolucionista de Kropotkin.

Como se recordará, éste afirmaba que la violencia acompaña tan indefectiblemente los grandes cambios sociales como la noche sigue al día. Al parecer, Emma nunca se percató de que, al adoptar este punto de vista, se entregaba a una forma de historicismo que repudiaba en otros campos.

En efecto, en lo concerniente a la violencia, sostenía que todo lo que fue válido en el pasado, lo será también en el futuro. Contradiciendo el resto de sus formulaciones teóricas, rechazaba la posibilidad de que los métodos tendientes a lograr los cambios sociales podrían también sufrir modificaciones radicales. Asimismo, se enredó en la maleza de un determinismo cultural y social. En general, creía que el individuo podía actuar bajo su propia responsabilidad, que estaba capacitado, por ejemplo, para ser menos esclavo. Pero cuando se trataba de actos de violencia

argüía que los individuos que entraban en el juego estaban atrapados firmemente en una red de fuerzas que, por último, los llevaban a desatarse en forma violenta.

En tanto que nunca alcanzó a resolver estas contradicciones de su pensamiento, encontró en cambio la manera de explicar la conducta de hombres como Czolgosz: se trata de naturalezas hipersensibles que ceden al ser sometidas a una fuerte presión; los individuos de mayor vigor estarían más capacitados para soportar dicha presión y aun ejercer su propia voluntad.

La indignación popular que se levantó contra Emma se debió en gran parte a que ésta postulaba la teoría de que la violencia es un mal inevitable y a que expresaba su simpatía por los individuos exageradamente sensibles. Si despertó tal animosidad no fue porque ella en persona cometiera actos de violencia, sino porque se negó a plegarse al coro de quienes condenaban la violencia individual.

Aunque a partir de 1892 nunca más tuve conexión directa con un acto de violencia -apuntó-, siempre me he puesto de parte de quienes los realizaban. Durante toda mi vida he tratado de mantenerme apartada de quienes clamaban: ¡crucificadlo! Aun cuando no aplaudiera la conducta de esos hombres, comprendía cuáles eran los motivos que los habían impulsado a la violencia.

Para las autoridades y para el común de la gente, tal actitud parecía prueba concluyente de que Emma instigaba a la violencia.

Los esfuerzos de esta mujer por entender la razón de estos actos y la benevolencia que mostraba hacia quienes recurrían a la fuerza podían ser, ante los ojos de la mayor parte de los norteamericanos, a lo sumo una señal de obstinada irresponsabilidad. Semejante espíritu de comprensión y de simpatía fue siempre rara flor: muchos se apresuran a unirse a los perros de caza cuando se les presenta la oportunidad, pero pocos se inclinan a socorrer a la liebre.

4

Por paradójico que parezca, en aquel año de 1892, precisamente cuando llegaban a la negación extrema de sí mismos e intentaban su propia destrucción, Emma y Berkman crearon para sí un valor duradero. Su disposición a sacrificarse en aras de la confraternidad humana probó concluyentemente que su ideal era para ellos un imperativo y revestía importancia suprema dentro de sus vidas.

No sin razón, el *attentat* de 1892 se convirtió en el *leitmotiv* del resto de sus días. Incuestionablemente, ambos opinaban que la violencia era *inevitable e inexcusable*. Berkman podía haber planeado el atentado de manera que lograra escapar sin ser descubierto y así quedar impune. Más fue a Pittsburgo con la intención de suicidarse después de explicar las razones de su conducta.

Emma también consideraba imperdonable tal acto y durante toda su vida se sintió culpable por no haber compartido la suerte de su camarada. Ya que, como ambos pensaban, la violencia resultaba inevitable, lo menos que podían hacer era entregar sus vidas a cambio de la que ellos tomaban.

En este sentido se negaron a poner sus ideas por encima de la vida humana y afirmaron el valor supremo de la misma.

Vendrían luego otros hombres que esgrimirían el ideal de la fraternidad pero se contentarían con glorificar sus ideas mostrando desprecio por la vida humana: son los que asesinarían amparados en la oscuridad o en los campos de concentración[38].

Al realizar un intento de asesinato en cumplimiento de sus ideales, aunque sin llegar a valorarlos más que la vida humana, Emma y Berkman pusieron la propia vida al servicio de su idea. Sin embargo, cometieron un error fundamental: aun cuando estuvieran dispuestos a pagar tal crimen con su vida, éste no tenía justificativo alguno. Los medios deben corresponderse con los fines, especialmente cuando la meta perseguida es el gran sueño de concretar la hermandad entre los hombres.

[38] También podríamos comparar el comportamiento de Emma y Berkman con la acción del piloto que al apretar un botón borra muchas vidas y cuyo único deseo es el de retornar ileso a su campo. (A la mayoría de los hombres que luchan en la guerra los sostiene la esperanza de que será el contrincante quien muera.) Ciertos conceptos abstractos, tales como *la defensa de la patria, el país, su forma de vida*, etc., se colocan por encima del valor de la vida humana.

PARTE III: *REVOLUCIONARIA ANARQUISTA*

Capítulo undécimo

Espantajo nacional

Durante todo este tiempo, la prensa se había cebado en la figura de Emma Goldman, quien fue víctima de la incorregible inclinación del periodismo norteamericano a todo lo sensacional y de su casi instintivo odio por lo que signifique disidencia.

De la primera página de los periódicos surgían los efluvios de una suerte de supe bruja llamada Emma Goldman, que hacían desaparecer la compostura y el apetito de los burgueses que leían el diario mientras se desayunaban.

Nadie puede acusar a los periodistas de haberse dejado detener por la verdad. Dos ejemplos serán más que suficientes.

En 1892, el World de Nueva York informaba trémulamente a sus lectores que se había descubierto una *cueva de anarquistas* en el número 340 de la Quinta Avenida. Sin embargo, hubo un detalle sorprendente: en las habitaciones no se encontraron indicios de que Emma Goldman y Alexander Berman, *anarquistas de la peor calaña*, habitaran la casa, *excepto la falta de limpieza que allí se observaba*.

Si el periodista hubiese querido tomarse el trabajo de hacer algunas averiguaciones o, mejor aún, si hubiese tratado de ser verídico, habría podido resolver el enigma: Emma no se había refugiado en esa guarida; en rigor, jamás vivió en la Quinta Avenida y era una mujer casi compulsivamente limpia y prolija.

Por su parte, en 1897, el Journal de Detroit publicó una declaración explosiva: *Una Bomba de Dinamita y Una Muerte*, dice Emma Goldman, *Valen por Diez Años de Discursos y Prédicas*... y así seguía la retahíla.

Por cierto que los periódicos no se mostraban muy recatados, como puede apreciarse, pero tras la muerte de McKinley perdieron totalmente los estribos.

Nadie habría podido descubrir jamás semejanza alguna entre la vilipendiada figura que pintaban los diarios y la verdadera Emma Goldman.

Si uno fuera a juzgar por los diarios, se la imaginaría como una mujer ignorante, vulgar, una vieja chillona, con una bomba en la diestra y una botella de vitriolo en la izquierda.

Escribió William Marion Reedy.

¿Cómo es ella, entonces? Todo lo contrario de lo que dicen los periódicos.

Bastarán nuevamente otros dos ejemplos tomados de crónicas tan llenas de detalles que parecían anotaciones de una especie de diario público.

En su número del 14 de septiembre de 1901, el World de Nueva York afirmaba que Emma Goldman *es una rusa fea y llena de arrugas*. Si pudiera, *mataría a todos los gobernantes*; ella fue *la inspiradora del asesinato de McKinley*. Preparaba complots en secreto con *asesinos que elige de su cuerpo de anarquistas*. Y para asegurarse de que sus lectores estuvieran bien al tanto de la verdad, repetía: *Participó en más de una conspiración criminal*.

El 16 de septiembre de 1901, el Journal de Nueva York informaba que se había descubierto que aquella mujer de espíritu asesino y manos tintas en sangre lo hacía todo por el zar.

Un conocido ruso de Washington" comunicó que había visto un documento secreto por el cual podía demostrarse fehacientemente que Emma Goldman era un agente a sueldo del zar.

A Pulitzer o a Hearst no les importaba en absoluto que Emma nada tuviera que ver con el asesinato ni que fuera agente del zar tanto como Theodore Roosevelt era espía español.

Alguien podría aducir que publicaban estos infundios simplemente porque pertenecían a la *prensa amarilla*.

John Dewey, por ejemplo, afirmó que:

La reputación de Emma Goldman como mujer peligrosa fue creada enteramente por la acción conjunta de la prensa amarilla y una actuación equivocada de la policía. Es una mujer románticamente idealista y de personalidad muy atractiva.

Sin embargo, la línea de conducta seguida por el Times de Nueva York, *una de las honras de la civilización norteamericana*, era muy similar a la adoptada por el Journal de Nueva York.

En sus crónicas, el Times presentó a Emma Goldman como *perversa extranjera*, mujer paranoica, degenerada, una criatura *apartada del grueso de la humanidad*,

jefe del *Ejército de la Canalla* y cabeza de una tribu de *especímenes de cabellos revueltos*.

Pero los historiadores de la trayectoria del Times aseguran que hacia 1901 el periódico se había enmendado. Afirman que sus crónicas sobre el asesinato de McKinley fueron una maravilla del periodismo moderno:

Los relatos se atenían estrictamente a los hechos, a la verdad desnuda; los artículos de fondo eran sobrios.

En rigor, el Times sólo se estaba preparando para lanzar sus desmedidos y caprichosos ataques.

En efecto, el 7 de septiembre publicó una confesión de Czolgosz:

Dice que las conferencias y los escritos de Emma Goldman lo indujeron a concluir que la presente forma de gobierno de nuestro país es absolutamente desacertada y a creer que la mejor manera de acabar con ella era eliminando al presidente.

Esta grosera deformación de conceptos fue seguida por un malicioso artículo intitulado La Preceptora del Asesino, en el cual se habían reunido toda clase de errores, tales como el citar a Kersner con otro nombre y adelantar en seis años la fecha de llegada de Emma Goldman a los Estados Unidos. Mas luego, tras anunciar a gritos en grandes titulares que Czolgosz era discípulo de Emma, en el número del 13 de septiembre aparecieron en la segunda columna de la segunda página unas modestas líneas en las que se informaba que las autoridades *no tienen pruebas contra Emma Goldman*.

El 25 de septiembre, al final de la sexta columna de la segunda página, se dedicaban unos diez renglones a la noticia de que Emma había sido puesta en libertad por falta de evidencias. Cuando se trataba de publicar falsas acusaciones de complicidad, el diario les destinaba columnas monumentales en la primera página; en cambio, cuando había que reconocer que estos cargos eran infundados, la crónica le dedicaba unas pocas palabras en alguna sección perdida donde nadie las vería.

Resulta, pues, que la invención de ese monstruo mítico que se presenció al público norteamericano fue obra de todos los grandes periódicos de la época. La caricatura que ocupaba tres columnas de la primera página del World, en su número del 17 de

agosto de 1897, es la mejor representación de la imagen que se había creado de este anticristo femenino.

El dibujo mostraba a una criatura infrahumana, *la roja Emma*, que lanzaba fuego por los ojos y cuya expresión hacía honor a su fama de mujer vampiro presta a matar nuevamente para beber la sangre de su víctima y cebarse en su cadáver. Se había convertido en la quintaesencia de las fuerzas del Averno, de todo lo tenebroso que existe en el mundo. Ya no la presentaban como a una chiflada, una excéntrica o una idealista de mirada centelleante; ni siquiera como una amenaza local. En una época de nacionalismo creciente, había pasado a ser enemiga de la nación.

2

El nombre de Emma Goldman se rodeó de tal halo de terror que su sola mención bastaba para asustar a los niños.

En 1901 Margaret Leech (que posteriormente se dedicó a escribir con más detalle sobre McKinley) se alojaba en el Palatine Hotel de Newburgh, Nueva York. Ésta, que entonces era una niña de siete años, dio expresión poética a su reacción temerosa:

¡Oh! Cuánto siento
Que nuestro Presidente haya muerto;
Todos están tristes.
Así lo dijo mi padre.
Y ese horrible hombre que lo mató
Está encerrado en su celda.
Me alegro de que Emma Goldman
No se aloje en este hotel[39].

El autor teatral S. N. Behrman recuerda que cuando era niño *los padres usaban el nombre de Emma Goldman como los ingleses el de Napoleón en aquellas primeras décadas del siglo XIX, vale decir, para asustar y amonestar a sus hijos*.

[39] Esta poesía de la señorita Leech figuró en la crítica sobre su obra *In the Days of McKinley* (Nueva York, Harper & Bros., 1959), publicada por el Times de Nueva York en su número del 1° de noviembre de 1959. Ahora que ya tiene suficiente edad como para observar las cosas desde un punto de vista más equilibrado, la señorita Leech caracteriza a Emma Goldman como *líder anarquista de la chusma*. Según parece, se ha propuesto demostrar con su ejemplo personal que los odios de tribu pueden mantenerse durante muchos años.

¿Qué más natural, entonces, que estos padres decidieran desterrarla a alguna remota isla rocosa donde viviera hasta el fin de sus días como Napoleón? Y esto es prácticamente lo que sucedió.

En un artículo publicado por la North American Review, el senador Burrows, representante de Michigan, deploraba que Emma Goldman no hubiera sido deportada *mucho antes de que tuviera oportunidad de convencer al asesino de McKinley de que ultimar a un presidente es un sagrado deber*.

El asistente de fiscal James Beck declaró ante la *Asociación de Abogados* del Estado de Nueva York que *el presidente nunca habría sido asesinado si se hubiera deportado, como pudo hacerse, a las mujeres (sic) Goldman diez años atrás ... pues fue Emma Goldman, según el propio Czolgosz, quien lo impulsó a realizar el acto fatal*.

En aquellos violentos días del Nuevo Imperialismo, los legisladores se mostraban cada vez más partidarios de implantar una suerte de *Isla del Diablo* donde confinar a tales personas indeseables.

El senador Hear, de Massachusetts, propuso a sus colegas enviar a todos los anarquistas a una *isla que les sirviera de paraíso*. Por su parte, el senador Vest, de Missouri, presentó ante la Comisión Judicial una moción por la que urgía al cuerpo a estudiar la conveniencia y necesidad de reformar la Constitución a fin de establecer una colonia penal para los anarquistas *en alguna isla adecuada*.

Pero también estaban quienes favorecían el uso de métodos más rápidos y drásticos. Alguno dio la idea de que *se colgara* a todos los anarquistas; el senador Hawley, como se recordará, ofreció desfachatadamente la suma de 1.000 dólares por el gusto de *disparar sobre un anarquista* aunque sólo fuera una vez.

En los círculos más altos de la política nacional existía una preocupación igualmente profunda y patriótica. El ex-presidente Grover Cleveland declaró:

Salta a la vista... que detrás de este sangriento acto del asesino se esconden horribles rostros y figuras que no debemos pasar por alto. Si queremos libramos de nuevos ataques contra nuestra paz y seguridad, es preciso que, con resolución y valor, tomemos por el cuello al monstruo de la anarquía.

En su primer mensaje al Congreso, el presidente Theodore Roosevelt sancionó que Czolgosz:

Era anarquista confeso, inflamado por las enseñanzas de anarquistas reconocidos y, probablemente, también por las temerarias expresiones de quienes, desde la tribuna pública o desde la prensa, apelan a las oscuras fuerzas de la malignidad y la codicia, la envidia y el negro odio. En cuanto a los anarquistas, *no deben preocuparnos ni una pizca más que los criminales comunes*.

Robert A. Pinkerton, genio policial de su época, afirmaba que era necesario establecer una colonia penal en una isla y dejar de lado todos los *escrúpulos tontos* en la lucha contra *el mal que debe atacarse con mano fuerte y con las armas del buen sentido*.

Una de las maneras de localizar fácilmente el foco de perversión era la creación de una policía secreta nacional bien entrenada y de mayor envergadura. Tras recordar a sus lectores que los Molly Maguires habían podido ser llevados ante la justicia gracias a la labor de James McParland, Pinkerton aseguraba que si hubiesen tenido *un hombre como ése en el asunto, éste habría podido presentar hace ya varios años ciertas informaciones sobre Goldman y los demás predicadores del anarquismo, inspiradores de Czolgosz, que los habrían puesto en manos de la ley*.

Cuando, por último, los legisladores tomaron medidas contra Emma y otros anarquistas al promulgar un Decreto para la reglamentación de la Inmigración de Extranjeros a los Estados Unidos (32 Ordenanzas 1213) en 1903, fundaron su definición del anarquismo en el Decreto sobre la Anarquía (Artículo XIV del Código Penal) aprobado en Nueva York en 1902.

La ley neoyorquina definía como *anarquía criminal* a la doctrina que proclamaba la necesidad de derrocar el gobierno organizado por medio de la fuerza, la violencia, el asesinato de funcionarios públicos u otros medios ilegales. (De tal manera, el abogar por la *anarquía crimina*, se convirtió en delito pasible de una pena de hasta diez años de prisión, o de una multa máxima de cinco mil dólares, aunque también podían imponerse ambos castigos a la vez.)

Esta definición del anarquismo fue incluida casi literalmente en la ley nacional de inmigración y quedó como base de todas las posteriores iniciativas legislativas

tendientes a excluir o deportar a todo individuo de opiniones inconvenientes. Credo y asociación fueron los dos funestos. Conceptos que constituyeron la dudosa herencia dejada por esta ordenanza.

El párrafo 34 refleja la categoría o por lo menos la mentalidad de los congresales que aprobaron el decreto; en dicho párrafo se especificaba que *dentro de los límites del edificio del Capitolio de los Estados Unidos no se venderán licores de ninguna especie*. Quizá no sea tan difícil desentrañar cuál es la relación que puede existir entre esta disposición y la reglamentación de la entrada de inmigrantes. Más adviértase lo disparatado de la nueva ley:

- Czolgosz fue condenado por un tribunal neoyorquino en base a las normas jurídicas existentes. Después de electrocutado, se vertió ácido sulfúrico sobre su cuerpo; ninguna ley, dirigida contra el anarquismo o cualquier otra actividad, podía imponer una pena mayor. Sin embargo, reinaba una furia tan frenética que se tenía la necesidad de hacer algo más.

- Czolgosz, repetimos, probablemente no era anarquista. Quizá sufría una afección mental (como, por ejemplo, John Schrank, quien hirió de un balazo a Theodore Roosevelt en 1912).

- Aun cuando Czolgosz hubiese sido anarquista, no habrían podido deportarlo, pues era nativo de los Estados Unidos. Contrariamente a los deseos de Beck, Pinkerton y otros, las leyes federales no contemplaban la posibilidad de deportar a los ciudadanos del país.

Tal vez no sea ocioso reiterar que Emma Goldman no *inspiró* al asesino de McKinley. La única vez que Czolgosz la oyó hablar fue precisamente en una conferencia donde afirmó que el anarquismo no debe ir necesariamente unido a la violencia.

- Y aunque la ley hubiese estado en vigor en 1886, no habría servido para impedir la entrada de Emma, pues entonces ésta aún no se había plegado al movimiento anarquista. Tampoco se habría podido aplicar en su caso en el año 1894 ya que, por el momento al menos, era ciudadana norteamericana en virtud de su matrimonio con Jacob Kersner, quien era ciudadano naturalizado.

En suma, el Congreso aprobó una ley destinada en parte a evitar la repetición de atentados como el que causara la muerte de McKinley, pero que no era aplicable a ninguno de los supuestos responsables de ese acto[40].

Este decreto fue la primera medida sería tomada por el gobierno contra Emma Goldman y su causa. Por cierto que no se trataba de una ley ocultamente destinada a la imposición de proscripciones civiles ni tampoco fue Emma el único motivo de su promulgación. Pero se consideraba a ésta responsable de la muerte de McKinley y tal idea equivocada, que para quienes la sustentaban era la más pura verdad, evidentemente impulsó a los legisladores a promulgar la ley.

3

La prensa y el gobierno, que disponían de fuerzas avasalladoras, eran adversarios a quienes nadie podía hacer frente por sí solo. Emma Goldman pudo haber abandonado el campo sin mancha para su honor y sin que nadie tuviera razón para poner en tela de juicio su valor. Pero, sin duda, ella habría continuado animosamente su batalla contra aquel temible enemigo si no se hubiera sentido traicionada por sus propios compañeros. Cayó en la más profunda desesperación al comprobar que ninguno de sus camaradas fue capaz de unirse a ella para protestar contra el simulacro de proceso que se le hacía a Czolgosz. ¿Hasta qué punto valía el movimiento radical -reflexionaba-, si al llegar el momento de la primera prueba difícil sus amigos radicales de otrora corrían a esconderse? Sintió la necesidad imperiosa de mantenerse apartada durante un tiempo para recuperar la confianza en sí misma y en su causa.

Indicio de su estado de ánimo en esos tristes días es el hecho de que decidiera trabajar de noche. Atendía a italianas y judíos indigentes, labor que le permitía ganarse el pan al mismo tiempo que hacer una vida casi totalmente solitaria. Después de mucho andar -nadie quería alquilarle el par de habitaciones que

[40] El decreto contra el anarquismo promulgado en Nueva York tuvo también una curiosa historia. En enero de 1907, se arrestó a Emma y a Berkman según lo dispuesto por esta ley, pero el proceso se pospuso repetidas veces hasta que, finalmente, se retiraron los cargos. El decreto daba a la policía de la ciudad el poder de perseguir a los propietarios de los locales que Emma solicitaba para dictar sus conferencias sobre el teatro, la limitación de la natalidad o el anarquismo, pero no la autorizaba a más. La ley se aplicó verdaderamente sólo después de diecisiete años de aprobada, cuando se inició el juicio contra Benjamm Gitlow por publicar y poner en circulación el famoso Manifiesto Izquierdista. Mas, en realidad, Gitlow no era anarquista, sino ¡comunista!

precisaba, aun cuando se presentara bajo nombre figurado- cori siguió un techo en el corazón del ghetto. Todas las mañanas volvía exhausta, tras una larga noche de trabajo, a su departamento del quinto piso de una atestada casa de inquilinato de la calle Market. Entregaba al sueño la mayor parte de las horas que todo el mundo dedica a desarrollar sus actividades. Su círculo de amigos fue empequeñeciéndose y evitaba las reuniones que antaño constituyeron el eje de su vida.

Pero no podía seguir así indefinidamente. Cualesquiera fueran sus motivos, ¿no se había llamado a silencio en momentos en que las fuerzas de la represión adquirían mayor violencia? ¿Habían sido sus razones -se preguntaba- tan puras como ella misma había querido creer? No había sido capaz de soportar por sí sola el repudio de que se va hacia objeto.

Como si volviera a la vida, emergió de las sombras de su retiro voluntario y se lanzó con toda energía a colaborar con los mineros de la antracita en la lucha que iniciaron en el año 1902. Una gira sumamente agotadora y difícil hizo reflorecer su espíritu combativo.

Cuando, en 1903, se promulgó la ley destinada a excluir y deportar a los anarquistas extranjeros, tuvo el triste placer de ver cómo, finalmente, los liberales tomaban conciencia del peligro que encerraba la reacción. Aunque pensaba que, de haber actuado en el momento oportuno, se habría podido evitar aquel decreto, creía de todos modos que el tardío resurgimiento del apoyo a la causa libertaria era muy bien venido.

Una de las consecuencias de este cambio de atmósfera fue que Emma dejó de ser considerada una paria por las principales tribunas públicas. El *Manhattan Liberal Club*, la *Brooklyn Philosophical Society* y el *Sunrise Club* volvieron a invitarla para dictar conferencias.

Tras renovar viejas amistades, entró nuevamente en contacto con los radicales y los liberales norteamericanos.

4

El amplio apoyo con que contó a partir de ese momento le sirvió de mucho, pues pronto se le presentaría la oportunidad de impugnar la nueva ley. Siete meses después de que la misma entrara en vigencia, llegó a los Estados Unidos John Turner, conocido anarquista y dirigente gremial de Inglaterra. Emma y sus amigos hicieron los arreglos necesarios para la gira de conferencias del visitante.

Diez días después de su llegada, mientras pronunciaba su primera disertación en el *Murray Hill Lyceum* de Nueva York, fueron en busca de él unos funcionarios del Departamento de Inmigración. El Outlook publicó una información sobre el incidente:

Cuando arrestaron al orador anarquista, el público se mostró dispuesto a rescatarlo por la fuerza, amenazando con provocar un gran desorden; pero Emma Goldman, la dirigente anarquista, saltó al escenario y logró dominar a sus adictos.

También consiguió detener la premura de los funcionarios por deportar a Turner.

Si bien no creía que la Corte Suprema declararía inconstitucional aquella ley, tenía la esperanza de llevar adelante una lucha que, al mismo tiempo, sería una excelente propaganda.

Se puso a trabajar con ahínco en la formación de una *Liga Pro Libertad de Palabra* de carácter permanente. En esta tarea actuó con el nombre supuesto de E. G. Smith, para no ahuyentar del movimiento a los liberales medrosos que todavía se asustaban de su nombre verdadero, pero se daba a conocer a todos aquellos a quienes sus ideas no atemorizaban.

Integraron la *Liga* Peter E. Burroughs, Benjamín R. Tucker, H. Gaylord Wilshire, E. B. Foote (h.), Theodore Schroeder, Charles B. Spahr y muchos otros eminentes liberales.

Hugh O. Pentecost, a quien nombraron asesor legal del grupo, presentó inmediatamente recurso de *hábeas corpus* en favor de Turner. Al no retirarse la orden de deportación, apelaron a la Corte Suprema. Turner, que tenía licencia de su sindicato, mostró un magnífico espíritu de colaboración y aceptó quedarse para continuar la lucha, aunque ello significara varios meses de inactividad en la Isla de Ellis.

A fin de cubrir parte de los gastos de la apelación, Emma reunió alrededor de 1.700 dólares, que entregó a la *Liga*. Solicitaron a Clarence Darrow y a Edgard Lee Masters que representaran a Turner ante la Corte Suprema.

La defensa esgrimió dos argumentos principales:

En primer lugar, Darrow y Masters negaron que el acusado fuera un anarquista que respondía a la definición de la ley de 1903. Sostuvieron que no abogaba por el anarquismo, sino que era un anarquista filosófico *que tenía por ideal político la abolición del Estado*.

En segundo término, arguyeron que la ley era definidamente inconstitucional, pues iba en contra de las disposiciones estipuladas en la *Primera Enmienda*, al coartar la libertad de palabra oral y escrita.

El juez Fuller recalcó ante la Corte (Turner contra Williams, 194 U.S.A. 279) (1904) que el Congreso tiene poderes ilimitados para excluir a los extranjeros y deportar a todos aquellos que entraran al país violando las leyes vigentes. Aun los *individuos que sólo son filósofos políticos* podían rechazarse si *el Congreso opinaba que la aplicación general de las ideas de tales filósofos es tan peligrosa para el bienestar público que los extranjeros que las sostienen y difunden no serían bienvenidos a formar parte de la población, sea de modo temporario o permanente, sea su número grande o pequeño*.

En cuanto a la *Declaración de Derechos*, la misma no es válida para los extranjeros que solicitan ser admitidos en el país:

Aquellos a quienes no se acepta, no pueden reclamar como propios los derechos imperantes que son privilegio de los ciudadanos de un país con el cual nada tienen en común.

Según las afirmaciones de Fuller, resultaría que los derechos del extranjero como individuo son nulos cuando median razones de Estado: mientras el Estado perdure, *no se le puede restringir el poder que le permita preservarse*.

Al tomar esta decisión, los Estados Unidos renegaron formalmente de toda pretensión de ser un país que recibía con los brazos abiertos a los perseguidos políticos de otras naciones.

En una de sus cartas a Emma, Pedro Kropotkin señalaba con amargura que la acción de la sociedad burguesa contra Turner mostraba que ésta *arroja por la borda sus hipócritas libertades, las hace añicos, en cuanto se ve frente a personas que utilizan dicha libertad para combatir a esa execrable sociedad*.

Estas palabras expresaban con exactitud los puntos de vista de Emma. Aunque consideraba que la campaña en favor de Turner había tenido cierto valor propagandístico, no dejó de enfurecerse al conocer el predecible resultado de la causa. Admitiendo que el gobierno había ganado la primera batalla, Emma reunió todas sus fuerzas para iniciar una larga lucha.

Capítulo duodécimo

Madre Tierra

En el verano de 1905, un año después de terminado el caso de Turner, Emma Goldman y su sobrina Stella Cominsky se fueron a pasar una temporada al aire libre en una isla de la Bahía de Pelham, cerca de Nueva York, donde levantaron una tienda.

Mientras estaban allí, se enteraron de que Paul Orleneff y Alla Nazimova, el talentoso actor ruso y su primera actriz, se encontraban en Nueva York imposibilitados de actuar por falta de medios. Emma los invitó, junto con su compañía, a que se reunieran con ellas bajo las estrellas.

Pronto surgió entre el actor y su huésped una estrecha amistad. Convencida de que el artista ruso estaba dotado de genio, Emma lo ayudó a establecerse y comenzó a servirle de intérprete. Más tarde, a pedido de él mismo, se convirtió en su administradora. Aquel invierno lo acompañó en una gira, viajando con el nombre de señorita E. G. Smith.

Suponemos que cumplió su papel con gran elegancia, pues un atónito periodista de Chicago, enterado de la impostura, apuntó que, a juzgar por su notable refinamiento en las reuniones sociales, se la podría haber tomado por hija de una familia noble rusa venida a menos.

El agradecido Orleneff quiso retribuirle a Emma la gran ayuda que le había prestado. Recordó que alguna vez ésta expresó el deseo de publicar una revista. El actor se ofreció entonces a dar una función especial para reunir los fondos con que se iniciaría la aventura. Más la lluvia torrencial que cayó la noche del estreno y las dificultades que tuvo Orleneff con sus acreedores redujeron las entradas a una mínima fracción de lo esperado. Emma no se arredró, y con sólo 250 dólares como capital, puso en marcha sus planes.

La nueva publicación llevaría el nombre de The Open Road (El Camino Libre), tomado del título del poema Song of the Open Road de Walt Whitman, poeta preferido de los radicales norteamericanos.

¡Allons! -invitaba Whitman-, quienquiera que seas, ¡viaja conmigo!

Con igual espíritu, la revista invitaría a colaborar con ella a los jóvenes idealistas de las artes y las letras, a aquellos que respiren libremente sólo en el espacio sin límites. Desgraciadamente, el camino libre pasaba por un espacio muy limitado: el editor de una publicación del Colorado que llevaba aquel mismo nombre amenazó con demandar a Emma por no respetar los derechos de autor.

Abandonó entonces su primera idea y se propuso buscar algún otro nombre que expresara adecuadamente sus propósitos.

Un día, mientras daba un paseo en un coche abierto -aunque era febrero había asomos de primavera en el aire- vio resaltar puntos verdes sobre los oscuros campos, imagen que trajo a su mente la idea de la vida que germina en el seno de la Madre Tierra. ¡Eso era! Ya le había encontrado nombre a la revista.

Así, en el rojo mes de marzo de 1906 apareció el primer número de Mother Earth (Madre Tierra), que constaba de sesenta y cuatro páginas.

2

Muy acertada estuvo Emma al decir que el título sonaba en mis oídos como una vieja melodía olvidada. El nombre Mother Earth era el mejor que podía haber elegido para su publicación mensual.

Este par de palabras indicaba el origen del pensamiento de Emma, así como sus ideales económicos y sociales. La melodía olvidada conducía directamente a Chernishevski y a Kropotkin, por un lado, y a Jefferson, por el otro. Indirectamente venía de Locke y de más lejos aún, del autor del Salmo 115, donde se afirma que la tierra pertenece a los hijos del hombre.

En Mother Earth Emma mostraba que su principal preocupación económica era precisamente lograr que la tierra volviera a ser, según palabras de Jefferson, bien común que el hombre debe trabajar para ganarse el sustento.

El bien escogido título invocaba también a la antigua diosa madre de la fertilidad para que sirviera de silencioso testigo de la pureza y la inocencia original de los impulsos procreadores y diera testimonio de la necesidad de llegar a la libertad de las relaciones sexuales. El nombre sugería su propósito de combatir el obsceno enfoque del sexo que acostumbraban hacer hombres como Anthony Comstock,

curiosas criaturas que dedicaban su vida a intervenir con la fuerza pública en la vida privada de otros.

Emma y sus amigos se esforzaron al máximo para que el primer número fuera un suceso. Max Baginsky contribuyó con un ensayo intitulado Sin gobierno, examen teórico de los fundamentos del anarquismo escrito en términos no especializados. Harry Kelly presentó una crónica sobre Las elecciones británicas y los partidos obreros. Internacionalista dedicó un artículo al Atavismo nacional, en el que atacaba el nacionalismo, refiriéndose en particular a la cuestión judía y al sionismo. Seguía una breve información acerca del arresto de Charles Moyer, Bill Haywood y G. A. Pettibone, acusados del asesinato de Steunenberg, ex gobernador de Idaho, y se hacía un llamamiento para que se tomaran las medidas necesarias a fin de evitar otro asesinato legal como el de 1887. Emma también contribuyó con un acertado trabajo sobre La tragedia de la emancipación de la mujer.

Completaban estos artículos un ataque inicial contra el Comstockerismo, por John Coryell; un imaginativo diálogo de Edwin Bjorkman; la traducción de un poema de Máximo Gorki realizada por Alice Stone Blackwell y un juicio crítico sobre las Cartas, de Henrik Ibsen.

No le faltaban a Emma motivos para estar orgullosa de su hijo pues, en términos generales, encerraba notables méritos.

Los números subsiguientes siguieron el patrón establecido por el primero hasta octubre de 1906, cuando se sacó una edición especial dedicada a reconsiderar de modo sistemático el caso de León Czolgosz. La iniciativa de Emma provocó tanto disgusto que algunos decidieron retirarle su apoyo. No obstante, Mother Earth siguió existiendo y mantuvo su vida independiente.

3

Mientras tanto, Alexander Berkman salía por fin en libertad. Durante catorce años había esperado Emma ese día con desesperada impaciencia. Al llegar el momento, se vio invadida por el temor. ¿Podrían retomar, aunque fuera en parte, aquella vida en común que había terminado en julio de 1892?

Mientras Berkman caminaba hacia ella, Emma quedó paralizada por el terror y la piedad. Los ingeniosos y sostenidos esfuerzos que realizaron los funcionarios de la

cárcel para vencer su voluntad y quebrar su salud, los meses y años de confinamiento solitario, la agonía de presenciar cómo otros enloquecían o desfallecían de resultas del torturador encierro y de injustos castigos, eran todas experiencias que habían dejado su huella en aquel organismo joven que, un día, hacía ya una eternidad, partió desafiante, casi jubiloso, hacia Pittsburgo.

Su rostro presentaba una lechosa palidez propia de la vida en prisión, gruesos lentes cubrían sus ojos, un sombrero demasiado grande no alcanzaba a ocultar la vergüenza de su cabeza recién rasurada, un traje que le sentaba mal servía únicamente para hacer resaltar aún más su marcha insegura.

Emma sólo atinó a ponerle en las manos las flores que le había traído y a darle un beso. Aunque torrentes de palabras pugnaban por brotar de sus corazones, no pudieron decirse nada.

Me pongo las flores contra la cara -escribió luego Berkman-, y mecánicamente mordisqueo los pétalos.

En forma desesperada Emma trató de atravesar la pared que los separaba, pues indudablemente Berkman había sido su gran amor. Pronto tuvo que admitir que su deseo de retornar a la antigua relación era inútil. Los largos días y las aún más largas noches de la monótona vida en prisión habían levantado entre ambos ciertas barreras que Emma nunca podría derribar por completo.

Ella le era tan extraña como el primer carruaje sin caballos que vio pasar. Muchos de sus amigos se habían dispersado o habían fallecido; pero en eso no estribaba todo, pues hasta Emma no era ya su pequeño marinero. Se sintió profundamente desilusionado:

... mi compañera de aquellos días de estremecimiento ante la proximidad de la Revolución Social, se ha convertido en una mujer de mundo. Mentalmente ha madurado, pero ahora le interesan muchos otros aspectos de la actividad humana, lo cual va en contra de la vieja tradición revolucionaria que nos inspiraba cada día y daba color a todos los actos de nuestra vida con la percepción directa del gran cambio que esperábamos en cualquier momento. Desapruebo instintivamente muchas cosas aunque no pueda precisar o analizar nada en especial. Advierto que en el círculo que la rodea hay un elemento foráneo, y me siento extraño entre sus

amistades. Su casa está llena de amigos y admiradores que la han convertido en una suerte de salón social. Hablan sobre arte y literatura; analizan la ciencia y filosofan sobre la inarmonía de la vida. Pero los gemidos que se levantan desde las mazmorras no encuentran eco aquí. La Muchacha es, entre todos, quien tiene mayor espíritu revolucionario; pero hasta ella se ha contagiado del ambiente de aislamiento intelectual, falsa tolerancia y perpetuo pesimismo. Cuando más tomo conciencia del abismo que se ha abierto entre la Muchacha y yo, tanto más difícil me resulta esta situación. Creo que nunca podremos salvarlo, y que es imposible recuperar aquella nota íntima que embelleció nuestra antigua camaradería .

Tal vez, de haber tenido la oportunidad, Berkman habría podido superar ese sentimiento de separación. Por el contrario, con su exagerada ternura, Emma lo colocó en posición tal que le imposibilitaba encontrar su camino de vuelta a la libertad: la casa era de Emma, los amigos también, el trabajo era de ella. Sin percatarse del terrible momento por el que atravesaba Berkman, Emma lo abrumó con su protección. Siempre la Gran Madre, se equivocó al exagerar sus atenciones maternales.

Como luego reconocerá, cometió el habitual error de presumir que sólo ella sabía qué era mejor para su muchacho.

Berkman no pudo soportar tal estado de cosas.

En todo esto -apuntó-, siento la conmiserativa tolerancia que se muestra hacia un niño enfermo.

Todo lo que Emma hacía por él no servía más que para acrecentar la distancia que los separaba. Con gran dolor, Emma observaba los esfuerzos del compañero por levantarse nuevamente sólo para caer vencido por el cambio de actitud de sus camaradas, el recuerdo de los horrores que viviera en la cárcel y su sentimiento de inutilidad. Estuvo a punto de suicidarse varias veces, y por último cayó gravemente enfermo; Emma sólo atinó a llevarlo a su casa, donde lo atendió con dedicación hasta su restablecimiento.

La situación parecía insoluble hasta que, una noche, arrestaron a Emma por violación de la Ley de Anarquía Criminal de Nueva York. Irritado ante la brutalidad de la policía, Berkman vio por fin que aún tenía una misión que cumplir.

Cuando su espíritu comenzaba a hundirse otra vez en la desesperación, Emma le ofreció la dirección de Mother Earth con la idea de que tal vez este trabajo le ayudaría a reencontrarse a sí mismo. Así Emma también dispondría de más tiempo para realizar una gira en busca de fondos destinados a su publicación, siempre escasa de recursos. Las buenas intenciones de Emma tuvieron resultado positivo pues, a partir de ese momento, Berkman comenzó a recuperarse verdaderamente.
4

Con su trabajo como director de la revista, puesto que ocupó desde 1908 hasta 1915, Berkman contribuyó substancialmente al éxito logrado por la misma. Ya un escritor de fuerza, siguió evolucionando hacia un estilo simple y lúcido, relativamente libre de los clisés revolucionarios, gracias a lo cual la publicación mensual de Emma no estuvo cargada de la ampulosa retórica y de la jerga seudocientífica que plagaba otras revistas radicales.

A través de los años, Mother Earth cumplió un importante papel dentro del movimiento radical norteamericano. Sirvió como centro de reunión de individuos aislados, a quienes daba la oportunidad de difundir sus ideas y opiniones y les brindaba un apoyo en los momentos de dificultad. Su influencia se hizo sentir más allá del círculo inmediato de sus lectores, cuyo número fue de tres mil quinientos hasta diez mil, en un momento dado.

C. E. Scott Wood, distinguido poeta y abogado, afirmó acertadamente que, con sus campañas en favor de las víctimas de Lawrence, Paterson, Calumet, Ludlow, en favor de Arturo Giovannitti y Joe Ettor, Matthew Schmidt y David Caplan, Becky Edelson y Margaret Sanger, Mother Earth era cual tábano que aguijonea al mamut. Es muy probable que la revista haya impulsado a los liberales a aceptar conceptos más radicales en lo referente a ciertos problemas de los derechos civiles. Además (aspecto no menos trascendente por cierto), hacía resonar una nota radical en la animada discusión sobre el tema del día: la relación entre los sexos.

Mother Earth también tuvo cierta importancia en la difusión de las artes. En sus páginas aparecían con frecuencia traducciones o reimpresiones de antiguas traducciones de obras de Tolstoi, Dostoievski, Gorki; reproducía trozos de Thoreau, Whitman y Emerson; publicaba relatos de Floyd Dell, Ben Hecht, Sadakichi

Hartmann, Maxwell Bodenheim y poemas de Scott Wood, Lola Ridge, Arturo Giovannitti, Bayard Boyesen y Joaquín Miller. Incluía estudios y juicios críticos sobre las obras que se publicaban en el momento. Por último, en oportunidades, la carátula de la revista reproducía un dibujo de algún artista de mérito. Una de las cubiertas más notables (correspondiente al número de diciembre de 1907) fue realizada a pedido de Emma por el pintor francés Grandjuan. Se trataba de una figura majestuosa cuyo rostro mostraba una expresión de suprema satisfacción; tenía la cabeza cubierta con un sombrero de copa sobre el cual aparecía el rótulo Capitalismo, para el caso de que algún tonto no se diera cuenta a quién representaba. Dicha efigie se levantaba frente a una Madre Tierra encadenada y sostenía en sus manos un revólver y un papel donde se leía la palabra Ley, con los cuales mantenía a raya a los trabajadores de manos callosas. Los dibujos de Robert Minor, amigo de Berkman, dotado de extraordinario talento para hacer mordaces caricaturas radicales, tenían distinto carácter.

Tal vez su mejor contribución para Mother Earth (Minor también dibujaba para The Masses) fue la que apareció en la edición de mayo de 1915; la caricatura mostraba a un Billy Sunday de boca muy grande y movimientos flexibles, bailando un tango con un desesperadísimo Jesús a quien había sacado de la cruz para este dudoso propósito.

Sin embargo, pese a todos sus méritos, Mother Earth no llegó a cumplir el papel de vanguardia que había querido darle Emma. Poco o nada hizo la publicación para alentar nuevas formas literarias. En ella no se dio cabida a todas las corrientes experimentales de la literatura, tales como el imaginismo, el simbolismo y el futurismo, que revolotearon por las páginas de la Little Review de Margaret Anderson. Lo que es más importante aún, ningún escritor o poeta joven de significación logró que Mother Earth hiciera conocer sus obras al público.

Tal vez la revista adolecía principalmente de una falta de sentido del humor. Aunque a veces publicaba brillantes trozos satíricos escritos por Scott Wood y artículos de mordaz sarcasmo salidos de la pluma del director o del editor, lo cierto es que, quien la leía no podía dejar de sentirse agobiado por la profunda seriedad rusa que emanaba de sus páginas.

Parecían no poder reírse de sí mismos o de sus contrarios; la causa era demasiado sagrada y los problemas terriblemente graves como para sonreír siquiera.

Emma y Berkman nunca alcanzaron las alturas de sátira, jovialidad e impertinencia de los editores de The Masses (ni tampoco, es de reconocer, descendieron a la irresponsabilidad o las travesuras de estos últimos).

Por ejemplo, el número de julio de 1913 de The Masses llevaba en la tapa un dibujo realizado por John Sloan cuyo título era Volviendo del Trabajo. En él se veía a seis jocosas prostitutas que se paseaban garbosamente por la calle; semejante carátula era inconcebible en Mother Earth.

La prostitución -habrían argumentado Emma y Berkman- constituía un problema que merecía tratarse de modo más solemne, y grave, pues las mujeres que la practicaban eran vidas destrozadas por males sociales profundos.

De tal manera, Mother Earth no tenía gran atractivo para los risueños rebeldes agrupados en torno de la vieja The Masses.

Hasta George Bellows, recuerda Max Eastman, que amenazó varias veces dejarnos para irse al periódico de Emma Goldman... nunca pudo cumplir su amenaza.

Es probable que, a pesar de que su pensamiento y su arte estaban generosamente empapados de la doctrina anarquista, a Bellows le chocara la falta de humor de la publicación, humor, que bien pudo haber sido la condición necesaria para que se llegara a una verdadera fusión de la rebelión social con la artística.

Plenamente consciente de los defectos de su revista, Emma trató en diversas oportunidades de justificarlos. Arguyó, por ejemplo, que una buena cantidad de escritores radicales se habían alejado al disgustarse por la publicación de un número dedicado al análisis de Czolgosz y su acto. Pero cabe añadir que, mucho tiempo después, la situación no había variado. Entonces sugirió que las debilidades del periódico se debían, en parte, a la escasez de espíritus osados y, en parte, a que no siempre las personas valientes saben escribir, pero la principal razón era el hecho de que los valerosos que saben escribir están obligados a ganarse el pan con la pluma.

Su argumento tenía cierta validez, pues quien colaboraba con Mother Earth no recibía ninguna retribución monetaria y en cambio arriesgaba su profesión. Pero

quedaba en pie una verdad: las demás publicaciones literarias radicales tampoco disponían de fondos, y sin embargo contaban con el apoyo activo de escritores y pintores. Aunque The Masses era una publicación reconocidamente revolucionaria, los artistas no vacilaban en prestar su colaboración.

Estimamos que la relativa falta de importancia literaria y artística de Mother Earth se debió a su director y editor.

En efecto, Berkman se interesaba casi exclusivamente en las luchas políticas y económicas, a saber: huelgas, demostraciones, el problema de los presos políticos, etc.; era natural que la revista reflejara sus inclinaciones. Aunque Emma perseguía otros propósitos, las cuestiones políticas y sociales constituían también su principal preocupación. Por consiguiente, era inevitable que los platos principales del menú de Mother Earth fueran artículos sobre política, economía y problemas sociales, en tanto que reservaba la literatura, la poesía y los dibujos como postre. Para que una pequeña publicación dedicada al movimiento artístico y literario lograra plenamente su objetivo, necesitaba tener a su frente a una persona como Margaret Anderson, para quien la poesía era una verdadera religión.

Por todo esto, y contrariamente a los deseos de Emma Goldman, su publicación hizo bien poco para alentar a los jóvenes que luchan por abrir nuevos caminos en las distintas actividades artísticas de los Estados Unidos. Pero no es ocioso agregar que habría sido mucho pretender que Mother Earth fuera todo aquello a lo que podían aspirar los radicales, y que no es poco ser un distinguido tábano.

Capítulo decimotercero

El congreso anarquista de Ámsterdam

En la primavera de 1907 un grupo de organizaciones anarquistas le solicitó a Emma que hiciera las veces de delegada de las mismas ante el congreso anarquista que se reuniría en Ámsterdam ese verano.

Tras dejar Mother Earth bajo la eficaz dirección de Alexander Berkman, Emma partió en agosto hacia Holanda, acompañada de Max Baginsky, el otro delegado norteamericano.

No se le escapó lo irónico de que una monarquía como Holanda permitiera la celebración de un cónclave anarquista público en tanto que la policía de Chicago, en una democracia como los Estados Unidos, había impedido la realización de un congreso análogo en 1893 y, a su vez, la policía de París había frustrado los planes anarquistas de reunirse en asamblea en la Francia republicana de 1900.

Ello hizo aumentar su respeto por los holandeses. Durante los pocos días que tuvieron libres antes de la llegada de los restantes delegados, los dos representantes norteamericanos se dedicaron a visitar la vieja Ámsterdam.

Recorrieron los sinuosos canales, hurgaron entre las mercancías expuestas en los mercados, paseos durante los cuales tuvieron que andar esquivando el agua sucia que arrojaban las increíblemente hacendosas amas de casa de la ciudad.

2

Emma Goldman fue al Congreso de Ámsterdam con ideas políticas mucho más maduras y coherentes que las sustentadas por la entusiasta joven que se había unido a los anarquistas de Nueva York hacía ya casi dos décadas.

Cuando, alrededor de 1897, el director del Labor Leader le pidió que definiera su posición, dio una displicente e inapropiada respuesta:

En realidad, soy demasiado anarquista -replicó pomposamente-, para elaborar un programa destinado a los miembros de esta sociedad; en verdad no me interesan los pequeños detalles, sólo deseo libertad, una libertad perfecta y sin restricciones para mí y para los demás...

Pero luego tuvo que darse cuenta de que un simple gesto de la mano no bastaba para eliminar los pequeños detalles, y que el ideal de una libertad perfecta no constituía una filosofía política.

Hacia 1907 dominaba la teoría anarquista y su lengua adoptiva lo suficiente como para expresar con vigor sus puntos de vista en conferencias y ensayos.

Por lo general, en sus arrolladoras críticas contra el capitalismo, la iglesia cristiana y el nacionalismo, Emma se limitaba a repetir, con sus propias palabras, los conceptos de Kropotkin. Argumentaba, por ejemplo, que en una época en la cual existe la posibilidad de abundancia para todos, la propiedad privada es un cruel anacronismo que condena a la mayoría de los hombres a vivir como esclavos asalariados, a venderse y a someterse al juicio de un amo. Más importante aún, la propiedad privada convierte al hombre en mera parte de una máquina, con menos voluntad y decisión que su amo de acero y de hierro. Se despoja al hombre no sólo del producto de su trabajo sino de la facultad de la libre iniciativa, de la originalidad, y se le hace perder el interés por sus tareas, y el deseo de crear y trabajar.

El cristianismo, sostenía, es una superstición que constituye uno de los puntales más fuertes del capitalismo. Explotando la medrosa ignorancia del individuo, la iglesia absorbe energías morales que podrían encauzarse hacia el esfuerzo rebelde por mejorar la condición humana en este mundo. Creía, como Stirner y Nietzsche, que el cristianismo se presta admirablemente para infundir el espíritu de esclavitud en el hombre. Pero reservaba sus más feroces ataques para el Estado, al que consideraba causa primordial de las dificultades del hombre moderno. El Estado es, simplemente, la explotación organizada, la fuerza y el crimen organizados. Por atraer las pasiones más ciegas de la humanidad, el Estado es el centro de convergencia de los males paralelos que constituyen el patriotismo y el militarismo. Al referirse al mismo fenómeno que William Graham Sumner denominará etnocentrismo, afirmó que el patriotismo:

Parte del supuesto de que nuestro globo está dividido en pequeñas porciones, rodeada cada una de ellas por un cerco de hierro. Aquellos que han tenido la fortuna de nacer en una zona particular se consideran mejores, más nobles, más grandes, más inteligentes que los seres humanos que habitan en el resto del orbe. Por lo

tanto, es deber de todos los que viven en ese lugar elegido luchar, matar y morir en el intento de imponer su superioridad sobre todos los demás. Cuando el Estado se adueña de estas oscuras pasiones, se expande por la nación el espíritu militar, que es lo más despiadado, inhumano y brutal que existe.

Al igual que Tolstoi, aseveraba que el soldado es un asesino profesional que no mata por el gusto de hacerlo, como el salvaje, o impulsado por la pasión, como el maniático homicida, sino en su calidad de obediente instrumento de sus superiores militares.

Por ende, es el Estado y no el anarquismo el que destruye verdaderamente la personalidad y promueve el desorden. Quienes condenan la supuesta violencia del anarquismo son las mismas personas que se deleitarían ante la posibilidad de que los Estados Unidos pronto estuvieran en condiciones de arrojar bombas de dinamita desde máquinas voladoras sobre sus enemigos indefensos, visión premonitoria si se tiene en cuenta que Emma escribió esto varios años antes de la Primera Guerra Mundial .

Por lo visto, la propiedad, la iglesia y el Estado eran, a los ojos de Emma, los males principales de la humanidad. Con sólo imaginar cómo sería una sociedad en la que no existieran estas instituciones, podríamos darnos una idea de cuál era el mundo del futuro con el que soñaba Emma.

Según afirmaba, con la introducción del comunismo total desaparecería el poder que el monopolio de la riqueza confiere a la minoría sobre la mayoría. Cada uno tomaría de los bienes comunes todo lo que necesitara; la mayor parte de los hombres se sentirían felices de contribuir al bienestar de todos según sus posibilidades; aun cuando hubiera unos pocos cuya enfermedad mental se manifestara en forma de pereza, la sociedad libre podría darse el lujo de dejarlos soñar bajo la sombra de un árbol.

En todo caso, los perjuicios de la coacción pesarían mucho más que sus posibles ventajas económicas. Además, en una sociedad libre el trabajador dejaría de ser un diente del inmenso engranaje de la producción.

Con palabras que recuerdan los conceptos de Marx sobre el individuo no fragmentado (el pescador-cazador- pastor-crítico), escribió:

Por lo tanto, la personalidad perfecta sólo es posible en una sociedad donde el hombre tenga el derecho de elegir el modo y las condiciones de trabajo, y sea libre de trabajar o no. Así, el fabricar una mesa, el construir una casa o el labrar la tierra será, para quien lo haga, lo mismo que el pintar para el artista o un nuevo descubrimiento para el hombre de ciencia, es decir el resultado de la inspiración, de un intenso anhelo y del profundo interés en el trabajo como fuerza creadora.

De igual modo, una vez que el individuo adulto abomine de la pesadilla de los dioses, la iglesia no podrá explotar los temores del hombre e imponerle obediencia y sumisión:

Los individuos libres de una sociedad anarquista serán ateos, pues el ateísmo es el concepto que opone un mundo real, que brinda la posibilidad de liberación, expansión y belleza, al mundo irreal que, con sus espíritus, oráculos y vil contentamiento, ha mantenido a la humanidad en desesperanzada degradación.

Para terminar, el mundo anarquista del futuro es, por definición, una sociedad donde no existe el Estado. Merced a ello se tendrá sobre la tierra la oportunidad y la espontaneidad tan necesarias para que el hombre evolucione y alcance su total florecimiento. Los individuos libres formarán grupos que, a su vez, se federarán en otros mayores. El resultado final será, según las palabras de Emma, un orden social basado en la libre agrupación de los individuos con el propósito de producir una verdadera riqueza social; un orden que garantizará a todo ser humano el libre acceso a la tierra y el pleno goce de la vida de acuerdo a los deseos, gustos e inclinaciones de cada uno.

Mas el esfuerzo por llevar a la práctica esta sociedad ideal, ¿no conducirá a la revolución?

Por cierto que sí -replicaba enfáticamente-; nunca ha sobrevenido un cambio social verdadero sin que mediara una revolución... La revolución no es más que el pensamiento puesto en acción.

Aunque después del Congreso Anarquista de 1907 se vio obligada a concentrar más su atención en las huelgas generales y en otras tácticas sindicalistas, no abandonó la convicción de que estos movimientos sólo eran preliminares y que la

revolución social propiamente dicha resultaba indispensable para establecer el anarquismo.

La revolución, explosión catastrófica de las energías de la evolución reprimidas durante demasiado tiempo, o, mejor aún, enceguecedor choque entre el pasado y el futuro, era capaz de cambiar de la noche a la mañana la personalidad de pueblos enteros. Las viejas ideas caerían instantáneamente y sobre sus ruinas se erigiría el anarquismo.

3

Tales las ideas que Emma llevó consigo al Congreso Anarquista de Ámsterdam. Aunque presentó los argumentos con palabras propias, los conceptos que expresó coincidían en esencia con los de Kropotkin. Sin embargo, desde el mismo momento en que se iniciaron las sesiones, Emma se opuso a las ideas de su viejo maestro en lo referente a la organización.

Amédée Dunois, delegado suizo, pronunció el discurso de apertura. Sostuvo que el anarquismo era federalista antes que individualista. Atacó el individualismo de Henrik Ibsen, afirmando que las ideas egocéntricas expresadas por el Dr. Stockmann en El Enemigo del Pueblo eran opuestas al anarquismo.

Convencida de que el Dr. Stockmann estaba en lo cierto acerca de la importancia capital del individuo que actúa con valor moral, Emma sintió la necesidad de discutir la posición de Dunois.

Con el apoyo de Baginsky arguyó que si bien era cierto que el anarquismo postulaba el federalismo y la organización, también era verdad que favorecía el individualismo. Que no se creyera, continuó, que estaba en contra de toda forma de organización como tal; simplemente se oponía a algunas: el Estado, que es una institución arbitraria arteramente impuesta a las masas; el presente orden industrial, que constituye una incesante piratería; el ejército, que es sólo un cruel instrumento de las fuerzas ciegas; la escuela pública, que es un verdadero cuartel donde se siembra el espíritu de sumisión en la mente humana. Por otra parte:

La organización, tal como la entendemos... es algo distinto. Se basa principalmente en la libertad. Es el agrupamiento natural y voluntario de las energías para el logro de fines que beneficien a la humanidad, que den sentido, valor y belleza a la vida.

Es la armonía del crecimiento orgánico lo que produce la variedad de formas y colores, el todo que admiramos en la flor. De modo análogo, la actividad organizada de los seres humanos libres, dotados de espíritu de solidaridad, llevará a la perfección de la armonía social que llamamos anarquismo. En realidad, únicamente el anarquismo permite el establecimiento de una organización no autoritaria de los intereses comunes, ya que elimina el antagonismo entre individuos y clases.

Por lo antedicho, no basta el orden social sin Estado; es preciso que primero se regenere el individuo, que renazca en un sentido secular. Ninguna organización que constituya un desarrollo armónico, orgánico, será resultado de la combinación de entidades nulas; debe estar compuesta por individualidades inteligentes y conscientes. Entonces la opinión pública dejará de ser tiránica, pues la sociedad estará integrada por personas libertarias que respetarán el derecho de los demás a ser distintos.

Aunque el Congreso aceptó los argumentos presentados por Emma en apoyo de su tesis de que la acción individual es tan necesaria como la colectiva, Errico Malatesta, el destacado y venerable anarquista italiano, observó con buen juicio que si el Dr. Stockmann hubiese tenido que estar en una fábrica, habría descendido de su orgulloso pedestal.

Emma y Baginsky replicaron que el anarquismo no es Kropotkin o Ibsen, sino ambos a la vez:

En tanto que Kropotkin ha especificado las condiciones sociales que conducen a la revolución colectiva, Ibsen ha retratado con mano maestra los efectos psicológicos que culminan en la sublevación de un espíritu humano, la sublevación de la individualidad.

Emma terminó diciendo que es imperioso unir los motivos externos, físicos, con los internos, psicológicos, que nos llevan a rebelarnos contra las instituciones existentes.

Es incuestionable que Emma veía, y con claridad, la raíz del problema. Se trataba del antiguo enigma acerca del individuo y la sociedad.

En todos los casos -escribió Kropotkin-, la sociabilidad es la mayor ventaja en la lucha por la vida .

No, replicó el Dr. Stockmann de Ibsen, el hombre más fuerte del mundo es aquél que está totalmente solo .

Contra todas las reglas de la lógica, Emma creía que ambos hombres estaban en lo cierto. Tenía tan clara conciencia como Ibsen de la tragedia del individuo moderno y de la organización en masa; y temía tanto como Kropotkin al individuo obsesionado por el poder y carente de responsabilidad social.

Atrapada entre ambas posiciones, trató de fusionarlas en una síntesis superior que postulaba el comunismo individualista.

De esta fusión surgió una forma peculiar de elitismo que anunciaba el advenimiento de individuos dotados de tan grande poder de voluntad que podrían escapar a la fatal tentación del poder autoritario. Esta élite anarquista impulsaría a los demás a rebelarse, a poner en juego sus propias fuerzas y a negarse a aceptar el mando de otros individuos, inclusive otros anarquistas.

Dicho de otra manera, trató de encontrar en su pensamiento un lugar para los héroes. Estos titanes, a diferencia de los de Nietzsche o Carlyle, se distinguirían por sus esfuerzos en pro de la justicia social y por su renunciamiento al poder: animarían a todos los hombres a convertirse en héroes.

Por partir de tal idea, Emma pudo recurrir a Emerson en apoyo de sus argumentos; recordó que el filósofo había reconocido la inmadurez y docilidad de las masas y la necesidad de diferenciarlas para hacer surgir de ellas a cada uno de los individuos que las componen.

Los conceptos vertidos por Emma en el Congreso Anarquista constituyen su mayor contribución personal a la teoría anarquista.

Indiscutiblemente, no arribó a una solución clara y definitiva del formidable problema cuya complejidad había desconcertado a mentes superiores a la suya. El pensamiento de Emma revoloteaba sin cesar entre lo que, figuradamente, podríamos llamar el polo de la élite y el polo popular.

Afortunadamente, el resultado no fue una incurable confusión sino una perspectiva cargada de fructífera tensión.

4

Según se aprecia en el pequeño volumen Congres Anarchiste tenu a Ámsterdam, Aout 1907 (1908), la convención anarquista no cayó en modo alguno en la tumultuosa incoherencia que había predicho la prensa hostil. Pero dicha memoria también revela que, durante las primeras sesiones, los delegados debieron enfrentar un problema asaz irónico. Emma Goldman apoyó la proposición de F. Domela Niewenhuis, iniciador del movimiento holandés y prominente ex teólogo protestante, de que los anarquistas asistieran como grupo a una reunión del Congreso Anti-Militarista (L'Association Internationale Anti-Militariste Congres) que se celebraría inmediatamente después de finalizadas las sesiones de la convención anarquista.

A este propósito, Emma leyó una moción preparada por ella y R. Friedberg, delegado alemán. En las actas leemos este pasaje: F. Niewenhuis pide que se vote la proposición Friedberg-Goldman.

Después de votar (par tete), la proposición Malatesta obtiene 38 votos; la proposición Friedberg, 33.

La proposición Malatesta es, pues, adoptada.

Días después, se suscitó un debate sobre el voto.

Georges Thonar señaló la manifiesta contradicción comprendida en el contar cabezas y admitió haber participado en el procedimiento a pesar de ser contrario a toda votación. Malatesta no consideraba que el votar fuera incompatible con las ideas anarquistas. Pierre Monatte trató de establecer una distinción en cuanto al significado del sufragio y afirmó que éste no representaba una contradicción cuando no se ceñía al sistema parlamentario; manifestó que era una lástima que algunas personas no supieran distinguir entre el espíritu antiparlamentario y la práctica de levantar la mano para dar a conocer la opinión personal. Por su parte, Christian Cornelissen sostuvo que la votación sólo era censurable cuando por la misma se obligaba a la minoría a acatar una decisión de la mayoría.

R. de Marmande opinó convincentemente que, de todos modos, el voto era indispensable, pues sin él no se podría conocer el parecer de quienes participaban en la discusión.

Más tarde Emma pidió que se sometiera a votación otra propuesta, pero Malatesta no quiso iniciar nuevamente la controversia e insistió en que una declaración de principios bastaría.

Comprobamos, entonces, que en la práctica Emma actuaba como demócrata individualista. Sus actos eran cual notas aclaratorias de la observación formulada por Bernard Shaw más de una década atrás. El anarquismo es simplemente la mayor plenitud que puede alcanzar la democracia.

Indudablemente existían verdaderas diferencias entre la teoría democrática común, que acepta el gobierno por la mayoría, cuyo predominio mitiga, con limitaciones y contrapesos, y el anarquismo, en el cual prevalece el individuo restringido por la responsabilidad social.

Más nos ahorraremos una selva de confusiones si reconocemos que Emma era simplemente demócrata-federalista extrema.

Se diferenciaba de las democráticas ortodoxas por tomar como punto de partida su propia conciencia; sus contemporáneos liberales (George Creel y Louis F. Past, entre otros) se fundaban principalmente en el Estado mayoritario (tal como lo demostraran, sin lugar a dudas, al rechazar o repudiar a quienes se negaran, por razones morales, a participar en la Primera Guerra Mundial).

5

El congreso le confirió a Emma Goldman el honor de designarla presidenta de la sesión vespertina de la jornada de clausura (31 de agosto de 1907).

En la oportunidad, Emma solicitó a Malatesta que pronunciara unas palabras para dar por terminada la convención.

En su discurso, Malatesta declaró que el congreso había tenido resultados positivos, pese a la pobreza del movimiento y a las dificultades derivadas de la diversidad de idiomas y nacionalidades.

Con un sentimiento de satisfacción, los camaradas anarquistas cantaron L'Internationale como broche final del congreso. La propia Emma se retiró muy complacida, pues, aparte de haber conocido a algunos de los más notables anarquistas del mundo y haber renovado su amistad con otros, tuvo la oportunidad de expresar sus ideas políticas en su forma más desarrollada.

Ahora bien, al igual que todas las perspectivas políticas, la de Emma tenía sus puntos débiles. Equivocadamente, hacía suya la presunción de Marx de que en el sistema capitalista los pobres estaban destinados a multiplicarse y a hundirse cada vez más en la indigencia. Su tosco ateísmo era prácticamente una repetición de los conceptos de Chernishevski y de Bakunin, quienes se habían dejado influir totalmente por el positivismo y los libros de divulgación científica de su época. Cuando criticaba al Estado, Emma daba simplemente por sentado que éste siempre representaba la injusticia, que en realidad nunca respondía a las presiones populares y, lo que es más extraordinario aún, que era igual en todas partes.

En términos generales, no supo definir con precisión cuáles debían ser los medios para concretar su sociedad ideal. Aunque le preocupaba el problema de los fines y los medios, y personalmente le disgustaba la violencia, no por ello dejaba de creer que la verdadera transformación social sólo podría realizarse mediante una revolución que, inevitablemente, implicaría violencia.

Por otra parte, en base a razones bien fundadas, se manifestó contraria a un sistema de relaciones de la propiedad en el cual la extirpación de la pobreza no estaba en proporción directa con el progreso técnico. Al censurar las consecuencias psicológicas del moderno capitalismo industrial, se ubicó dentro de la gran tradición de John Ruskin, William Morris, Kropotkin y Thoreau, todos los cuales condenaron un sistema que deshumanizaba al hombre y lo convertía en mero apéndice de la máquina.

Si bien exageraba sus críticas contra la iglesia, estaba en lo cierto cuando apuntaba que en muchos casos ésta sólo era un brazo del Estado, que la moralidad predicada por la iglesia la determinaban los grupos económicos dominantes, y cuando sostenía que el individuo que obedece incondicionalmente a una deidad extraterrena pierde su singularidad.

No puede negarse fundamento a su idea de que quien se somete a un padre celestial traslada fácilmente este sometimiento a los padres terrenos, a los humanos capitalistas, en su calidad de figuras paternas, y a la patria.

Al definir sus puntos de vista sobre el orden social, Emma superó algunos de los ingenuos conceptos de Kropotkin, enceguecido por su ilimitada fe en el pueblo; supo

ver que la opinión pública puede llegar a convertirse en una tiranía y que existe el peligro de que la sociedad acorrale al individuo.

A pesar de que era miope cuando se trataba de distinguir entre sí a los diferentes gobiernos existentes, no se le escapaba que el Estado nacional, cualquiera sea su nombre o locación, presenta el problema del poder en su forma más amenazadora. Advirtió que, por su misma naturaleza, el Estado debe cuidar celosamente su seguridad sin importársele de la libertad del individuo ni respetarlo; que necesariamente se cimienta en la coerción y que, por su carácter, es naturalmente proclive a la burocracia.

En suma, observó que el Estado moderno tiende notablemente a moldear la vida a su propia imagen. Entonces comienza a adquirir primacía la organización administrativa, y el individuo libre, que también es un ciudadano, queda reemplazado por el empleado nacional, quien, a su vez, y dentro de límites que se van estrechando cada vez más, es asimismo un individuo; la disensión se convierte en deslealtad.

Debemos llegar a la conclusión de que, en algunos aspectos capitales, el anarquismo de Emma Goldman podía salir airoso de una comparación con las teorías políticas que competían con la suya en aquel tiempo. Iron Heel (El talón de hierro) de Jack London (1907), es uno de los pocos indicios de que los demás radicales o liberales advertían confusamente los peligros que encerraba el Estado y la posibilidad de que, al concentrarse el poder económico y el político en unas mismas manos, se desembocara en el gobierno de una élite administrativa.

Desgraciadamente, El Talón de Hierro sólo intrigaba a Jack London, no lo alarmaba. Con toda seguridad quedaban aún algunos jeffersonianos para quienes el Estado era una institución potencialmente perjudicial, que recordaban que el pueblo debe mantenerse siempre alerta a fin de reconocer a la ambición en todas sus formas y estar listo para vencerla con el poder que tiene naturalmente en sus manos. Había entre ellos quienes, como Henry George, se inclinaban a creer que mediante la magia social se transformaría al Estado en un afable alguacil que se limitaría a la tarea de cobrar los impuestos. Pero la mayoría, los populistas, luego progresistas,

todos se arrojaban en los brazos del Estado, entidad más o menos omnímoda y presumiblemente bondadosa.

De modo exagerado, aunque también sintomático, la obra Looking Backward de Edward Bellamy (1888), reveló la peculiar ceguera que afectaba a todos los que rendían culto al Estado: el autor consideraba bienvenido al Estado totalitario siempre que el mismo fuera socialista y se caracterizara por la falta de competencia.

Al parecer, sus compatriotas no se consternaron ante la predicción de Bellamy de que un día existirían ejércitos reclutados por la industria, pues Looking Backward ejerció una extraordinaria influencia que se tradujo no sólo en la formación de los clubes nacionalistas de corta vida, sino también en el movimiento del evangelio social, en el populismo y en el socialismo.

Los sucesos de los años posteriores a 1888 hacen que el lector moderno no pueda comprender por qué el trabajo de Bellamy atrajo tanto la atención pública. La horrible imagen del año 1984 que pinta George Orwell tiene mucho más sentido que la paradisíaca visión del año 2000 presentada por Bellamy.

La acogida dispensada por los contemporáneos de Emma a la obra de Bellamy atestigua la extraordinaria agudeza de aquélla, pues fue una de las pocas personas que iniciaron la lucha contra el omnímodo Estado.

De allí que las críticas de Emma llegaran a la raíz de algunos de los problemas más urgentes del mundo moderno. Advirtió que sería más fácil encauzar el poder social separándolo en unidades de menores proporciones y haciendo recaer sobre las personas directamente interesadas la responsabilidad de tomar las decisiones. De esta manera, las organizaciones serían resultado de un desarrollo orgánico, funcional, el todo que admiramos en la flor. Se dio cuenta de que era necesario establecer una distinción entre las organizaciones abstractas relativamente inflexibles, tales como el Estado, y las organizaciones más adaptables, elementales, cual son las comunidades.

Muchos años más tarde, Karl Mannheim, sociólogo alemán, expresaría este punto de vista en términos modernos:

Esta filosofía (el anarquismo) tiene aún la misión de enseñar a la humanidad una y otra vez que los patrones de organización son múltiples y que los más orgánicos no

necesitan ni deben quedar supeditados a una organización rígida. Las fuerzas naturales que surgen en el proceso de auto adaptación dentro de grupos pequeños le dan al hombre más sabiduría que cualquier pensamiento abstracto, razón por la cual dichas agrupaciones pueden cumplir, en el plan general, una misión mucho más importante de lo que nos figuramos.

Desde el punto de vista de la tradición liberal que prevalece en Occidente, el anarquismo por el cual luchaba Emma es quizá superior en el aspecto ético a cualquier otra teoría política: ninguna apela en tan alto grado a la responsabilidad individual y a la autoexpresión inteligente del hombre.

La esencia del pensamiento político evolucionado que Emma expuso en Ámsterdam constituía, a pesar de sus flaquezas prácticas, una teoría bien fundada. Gracias a ella, Emma Goldman pronto pudo comprender un hecho que relativamente pocas personas advierten: que la libertad individual responsable es la piedra de toque de suprema importancia dentro del mundo moderno.

Capítulo decimocuarto

El caso Kersner

Al finalizar el congreso, Emma se dirigió a París, donde pasó unos agradables días en compañía de Stella Cominsky.

Ambas reían al imaginar cómo reaccionaría el cónsul norteamericano si se enterara de que tenía a su servicio a la devota sobrina de Emma Goldman. Kropotkin vivía muy cerca del hotel de Emma, situado en el Boulevard Saint Michel.

Para ella, ese hombre, con su *amplia y hermosa* personalidad, nunca dejó de ser un ejemplo. Quedó muy impresionada al conocer la intensa actividad desplegada por los dirigentes de la Confédération du Travail; la entusiasmaron especialmente la labor periodística que cumplían en su excelente periódico obrero y los cursos nocturnos que dictaban para instruir a los trabajadores sobre los intrincados detalles del complejo proceso industrial. Pero sobre todo le llamó la atención la escuela anarquista de Sébastien Faure, donde se preparaba verdaderamente a los niños para ser hombres libres.

Poco antes de marcharse de París, se encontró con su viejo amigo el escultor Jo Davidson, a quien, con todo lo que restaba de su ménage, ayudó a amueblar su nuevo estudio.

La estada en Londres fue mucho menos placentera. A su llegada leyó en los periódicos la noticia de que el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos había decidido vedarle la entrada a la notoria Emma Goldman. La nueva no le despertó gran preocupación, pues suponía que su matrimonio con Jacob Kersner le aseguraba la ciudadanía norteamericana. Sin embargo, las cartas que recibió de varios abogados de su amistad eran alarmantes: todo indicaba que en Washington estaban firmemente resueltos a impedir que volviera a los Estados Unidos[41].

[41] Hacia ya varios años que los funcionarios de inmigración mostraban una peculiar responsabilidad respecto de Emma Goldman. En 1901, Powderly, entonces comisionado de inmigración, declaró que consideraba conveniente la promulgación de una ley que la pusiera *bajo la fuerte mano de la justicia*. Desde luego, al hablar de mano, Powderly pensaba en la suya propia, pero ni siquiera el *Decreto de Exclusión de los Anarquistas* en vigencia desde 1903 le brindó al Departamento de Inmigración la oportunidad de deportar a Emma.

Al salir del *Holborn Town Hall* de Londres, donde acababa de pronunciar una disertación, observó que la seguían algunos policías, presumiblemente de *Scotland Yard*. Fue inútil todo lo que hizo para librarse de aquella indeseable escolta.

Pero en las primeras horas de la mañana siguiente, Rudolf Rocker, dirigente alemán de los anarquistas judíos de la ciudad, consiguió hacerla entrar subrepticiamente en la casa de un camarada casi desconocido, situada en las afueras de Londres.

Después de tres días de reclusión salió para Liverpool, donde se embarcó hacia Montreal; desde Canadá retornó tranquilamente a Nueva York en un pullman.

Los burlados funcionarios de inmigración reaccionaron inmediatamente. El comisionado Sargent anunció desde Washington que, sin demora, se tomarían las providencias necesarias para arrestarla con vistas a su posterior deportación.

Antes de que pudieran llevar a la práctica su amenaza, Emma cruzó temerariamente la frontera para dar varias conferencias en el Canadá. Las esferas oficiales demostraron gran interés en el caso de Emma, pues John E. Jones, cónsul norteamericano en Winnipeg, informó al Departamento de Estado que Emma había salido inesperadamente de la ciudad por la tarde del 6 de abril de 1908, *en un esfuerzo por evadirse de las autoridades de inmigración*.

Le interceptaron el paso en la frontera y luego la hicieron comparecer ante una junta de investigación especial. En esta escaramuza, el triunfo fue de Emma: demostró que tenía ya veinte años de residencia en los Estados Unidos, razón por la cual no se le podía aplicar la ley de 1903, que sólo se refería a los extranjeros con tres o menos años de residencia en el país. Además, presentó una copia de los documentos que atestiguaban la ciudadanía de su ex esposo para demostrar que era ciudadana norteamericana por matrimonio.

Grandemente desilusionados, y muy a disgusto, sus inquisidores le dieron el permiso para entrar en Noyes, Minnesota.

Pese a todo, el Herald de Nueva York (9 de abril de 1908) reproducía un amenazador anuncio semioficial según el cual el Departamento de Comercio y Trabajo deseaba desterrar a Emma Goldman y se estaban *tomando las medidas necesarias para determinar cuál es su ciudadanía*.

Sin hacer caso de los rumores que tronaban desde Washington, Emma siguió planeando una extensa gira por Australia, pues había decidido aceptar la invitación que se le formulara el año anterior. Pensaba aprovechar el viaje para pronunciar conferencias en diversas ciudades ubicadas a lo largo de su camino hacia la costa occidental.

Afortunadamente, las dificultades que tuvo con la policía de San Francisco, que le negó el derecho a hablar, la demoraron lo suficiente para que alcanzara a recibir un telegrama de su hermana Helena, donde ésta le informaba que se le había retirado la ciudadanía a Jacob Kersner.

Emma canceló inmediatamente su viaje al percatarse de que si abandonaba el país. Jamás podría volver a entrar en él.

Era evidente que se habían tomado *medidas* para determinar cuál era su ciudadanía. ¿En qué consistieron tales medidas?

2

Después de haber sufrido dos derrotas en pocos meses, la burocracia del Servicio de Inmigración inició furiosamente una amplia campaña en contra de Emma Goldman. Ya que, estrictamente hablando, su status de ese momento no permitía que se la excluyera o deportara en base a lo dispuesto por la ley de 1903, tenían que buscar la solución por otro camino.

Una ley de desnaturalización promulgada en 1906 les brindó la oportunidad deseada. Este decreto (34 Estatutos 601) estipulaba que podía retirarse la ciudadanía a las personas que cometieran fraude o algún acto ilegal. Como desgraciadamente Emma era ciudadana por adopción, quedaba la esperanza de prolongar la existencia de algún acto ilegal que justificara su desnaturalización. Tal vez su antiguo esposo había conseguido los documentos por medios ilegales.

Los funcionarios se lanzaron a una intensa investigación a pesar de que Kersner había obtenido la ciudadanía hacia casi un cuarto de siglo y nada se sabía de él.

Las autoridades federales designaron al fiscal especial P. S. Chambers, de Pittsburgo, y al inspector de naturalización Abraham Zamosh, para que estudiaran el caso.

El informe que estos señores sometieron en marzo de 1908 al fiscal general Bonaparte, puso en manos del gobierno un arma que le serviría como base para su acción posterior.

Una de las informaciones que Chambers y Zamosh mencionaban incidentalmente dio lugar a discusiones ministeriales de las cuales surgió la primera investigación realizada en nuestros tiempos sobre la lealtad de un ciudadano.

Se descubrió que Stélla Cominsky, sobrina de Emma, trabajaba como estenógrafa en el consulado norteamericano de París. Con toda la gravedad del caso, se afirmó que el descubrimiento era muy importante:

Nuestras averiguaciones hicieron llegar a la conclusión de que dicha muchacha tomó este empleo con el propósito de reunir datos secretos para ayudar a los anarquistas. Ella misma es anarquista declarada, discípula y ferviente admiradora de Emma Goldman. El empleo fue conseguido merced a las influencias de Emma Goldman (!), quien la acompañó personalmente a París el año pasado.

El 24 de marzo, cinco días después de recibir el informe, Bonaparte se lo envió al secretario de Estado Elihu Root, solicitándole que investigara la verdad de estos hechos *sobre los cuales llamé su atención en la reunión de gabinete*.

Sin tardanza, Root envió una nota de advertencia a Frank Mason, cónsul general en París, pidiéndole que hiciera las averiguaciones pertinentes.

El 30 de marzo de 1908, Mason remitió un telegrama en el que respondía: *historia de que Goldman tenía influencia, completamente absurda*.

Más tarde añadió que Stella Cominsky había sido tomada como encargada de archivo por recomendación de la directora del *American Women's Club*, *una señora norteamericana protestante del tipo más ortodoxo y la persona de quien menos podría sospecharse cobije, brinde protección o ayuda a los anarquistas*. Aunque la señorita Cominsky no manejaba correspondencia ni despachos, y Mason dudaba que tuviera intenciones subversivas, la semilla de la duda prendió en su mente: *Claro que los padres de esta mujer son europeos de origen y pertenecen a la raza de la cual han salido muchos anarquistas*.

De todos modos, el cónsul general se negó a creer que no fuera una *joven de antecedentes y carácter honorables*, pese a lo cual aceptó galantemente la renuncia

de Stella cuando ésta decidió volver a los Estados Unidos junto con sus amigos Hutchins y Neith Hapgood[42].

Vemos entonces que Chambers y Zamosh no eran informantes dignos de fe, pues Stella Cominsky no trabajaba como taquígrafa sino como encargada de archivo en el consulado. Naturalmente, Emma no intervino en la obtención de dicho empleo, ya que su sobrina lo consiguió por intermedio de la directora del *Women's Club*, a quien la presentara Arthur Bullard, también norteamericano. Tampoco había acompañado a su tía a París; en efecto, hacía un mes que estaba en esa ciudad cuando Emma arribó a la misma proveniente de Ámsterdam. Por último, su puesto no le permitía llegar a las *informaciones secretas* aun cuando ésa hubiera sido la intención de Emma.

Además de esta inesperada historia de espionaje, Chambers y Zamosh encontraron lo que buscaban. Comprobaron que, efectivamente, Emma había contraído matrimonio con Kersner en la primavera de 1887, y que a fines de 1888 o principios de 1889 se habían divorciado. Pero también hallaron al padre de Kersner, quien se mostró muy dispuesto a *colaborar*: les confesó que el hijo se había hecho ciudadano poco tiempo después de establecerse en el país, presionado por personas interesadas en contar con un voto más para Cleveland.

Al día siguiente de recibir este informe, el fiscal general Bonaparte ordenó a Chambers y a Zamosh que abrieran una investigación sobre *la ciudadanía de Emma Goldman, tal como lo desean el Departamento de Comercio y Trabajo y el que presido*. Traducido, esto significaba que debían preparar un proceso tendiente a privar de su ciudadanía a Kersner y, por consecuencia, a Emma[43].

3

Cuando preparaba el juicio contra Kersner, Chambers se encontró frente a un problema fundamental. Preocupado, consultó al fiscal general Bonaparte: ¿Significaba la desnaturalización del esposo *ipso facto* la de la mujer?

---

[42] Tal como escribe la señora Stella Cominsky Ballantine, *¡de qué diferente manera trataría hoy un asunto semejante un miembro del Departamento de Estado!*

[43] Para comprender este procedimiento, es necesario recordar que un decreto federal de 1885 (Estatutos Revisados, párrafo 1994), confería automáticamente la ciudadanía a toda mujer que contrajera matrimonio con un ciudadano, siempre que llenara los requisitos necesarios. Dicha ley estuvo en vigencia hasta 1922.

En este caso particular al gobierno le interesa especialmente el cónyuge, motivo por el cual este punto es el más importante en la solución de nuestro problema.

Si se le retiraba la ciudadanía a Kersner para hallarse luego con que, *por no estar incluida en el litigio Emma Goldman no queda afectada por el mismo, se perdería el objetivo perseguido por la causa*.

Chambers solicitó urgentemente el debido asesoramiento jurídico. Bonaparte encargó al asistente de fiscal William K. Harr que redactara un memorándum sobre el punto en discusión.

Tras estudiar el asunto, Harr llegó a las siguientes conclusiones: Si bien el principio fundamental de la leyes *no privar a nadie de los derechos de propiedad sin previo aviso y sin brindarle la oportunidad de hacerse oír*, el presente caso *salta de lo común*, pues si se cancelaba la ciudadanía de Kersner, sólo se podría poner en tela de juicio el estado legal de Emma Goldman siempre y cuando la misma saliera del país.

Harr tenía la certeza de que bastarían algunas decisiones de la Corte Suprema para dar carácter definitivo a cualquier medida que tomaran las autoridades de inmigración, *a menos que se produzca un abuso de autoridad. El hecho de que tales decisiones sean injustas no da motivo a la intervención de las cortes*.

En términos generales, decía Harr, el caso se apartaba hasta tal punto de lo común que se podían pasar por alto los derechos fundamentales de Emma sin ningún temor.

Además, era una buena estrategia: *Si se incluyera a Emma Goldman en el litigio y se le retirara la ciudadanía al cónyuge, aquélla se pondría en guardia y no volvería a salir del país. Por esta razón, considero aconsejable dejarla fuera del pleito*.

Tranquilizado, Bonaparte solicitó también el parecer de Oscar B. Strélus. Secretario del Departamento de Comercio y Trabajo. Después de estudiar el problema, Straus opinó que no se debía *incluir como parte interesada a Emma Goldman en el citado proceso*.

Dudo de que este camino sea el más adecuado, señalaría de modo demasiado obvio que el verdadero propósito del procedimiento no es el de vindicar la ley de naturalización sino el de alcanzar a determinada persona a quien se desea privar

de un asilo que actualmente se le dispensa en su calidad de esposa de un ciudadano del país[44].

Convencido entonces de que las apariencias, ya que no la justicia, lo favorecerían, Bonaparte informó a Chambers que no creía *necesario o conveniente* incluir a Emma Goldman como parte interesada en el juicio.

4

La causa fue apenas una formalidad, pues nadie se presentó a responder a las acusaciones del gobierno. Chambers publicó una nota en los periódicos de Rochester para notificar a Kersner de su situación. Compton, alguacil de justicia del distrito oeste de Nueva York, informó que le había sido imposible *localizar al acusado en mi distrito*. De tal manera, por lo menos públicamente, el gobierno declaró no conocer el paradero de Kersner. A Emma Goldman, el verdadero reo, no se le dio aviso de las actuaciones judiciales.

Los documentos presentados eran muy simples. En su pedido de ciudadanía, fechado el 18 de octubre de 1884, Kersner afirmó haber nacido en Belgrado, Servía, en abril del año 1863. Declaró bajo juramento haber inmigrado en los Estados Unidos en 1879.

Simón Goldstein y Samuel Cohen, ambos de Rochester, atestiguaron que Kersner había cumplido cinco años de residencia en el país.

El Estado presentó dos argumentos: primero en 1884; Kersner no tenía veintiún años, sino dieciséis, y segundo; en aquel entonces el acusado no tenía cinco años de residencia, sino sólo tres.

Como primer testigo, Chambers hizo comparecer a Abraham Kersner, padre de Jacob. Al inquirírsele cuándo había nacido su hijo, Abraham replicó que en 1865 o 1866, *supongo*. También atestiguó que su hijo había llegado a los Estados Unidos en 1882. Luego se llamó a Simón Goldstein, uno de los testigos presentados por Kersner en 1884. Se le preguntó en qué mes había firmado la declaración original, a lo cual respondió cortésmente: *Debe de haber sido cerca de las elecciones*.

[44] Subrayado por el autor. Una de las menores ironías de todo este asunto es el hecho de que el propio Straus era inmigrante, y el primer judío que ocupaba un cargo ministerial.

Declaró que en esa época era patrón de Kersner y que lo había conocido antes de su matrimonio con Emma Goldman.

Todo lo antedicho demostraba, sin lugar a dudas la gravedad del caso, y Chambers quiso dejar bien claro que esa Emma Goldman con quien Kersner había contraído matrimonio era precisamente aquélla conocida por todos:

Cuando digo Emma Goldman, me refiero a la mujer reconocida públicamente como uno de los jefes anarquistas de este país.

Goldstein confirmó que, en efecto, se trataba de esa misma Emma Goldman.

El juez John R. Hazel intervino para hacerle a Goldstein algunas preguntas acerca de la esposa del acusado, aunque, desde luego, la misma no tenía absolutamente nada que ver con *el fraude y el perjurio* cometidos por Jacob Kersner en su solicitud de ciudadanía.

El juez Hazel dictaminó que Jacob Kersner no tenía derecho a la ciudadanía por haber nacido en 1865 y llegado a los Estados Unidos en 1882.

Triunfante, Chambers informó del veredicto al fiscal general y le recordó, innecesariamente, que *éste es el proceso que iniciamos con el propósito de privar a Emma Goldman de su derecho a la ciudadanía por ser la esposa (sic) de Kersner*. 5

Al enterarse de la decisión, Emma concluyó que probablemente el gobierno había pagado para obtener testimonios falsos.

Tuvieron que haber engañado, intimidado, amenazado, asustado y, quizá, sobornado a algunas personas de Rochester.

Sabía que hubo perjurio, escribió más tarde, porque Kersner *hacía ya más de cinco años que vivía en los Estados Unidos cuando se hizo ciudadano y superaba la edad requerida*.

Ciertas *investigaciones* que realizó por su cuenta, la convencieron de que las autoridades federales no habían actuado de buena fe.

Años más tarde, Lena Cominsky, hermana de Emma, informó a un periodista del Post Express de Rochester (28 de octubre de 1919) que la ceremonia del casamiento de Emma con Kersner se había realizado en su casa, en noviembre de

1886, y que en aquel tiempo el novio tendría *unos veintiséis o veintisiete años* y había residido en los Estados Unidos desde *1879, aproximadamente*.

Estas afirmaciones diferían notablemente de los testimonios que se presentaron ante la corte del distrito, pero el juez Hazel aceptó substancialmente el informe de la acusación.

Sin embargo, su decisión fue objetable. En primer lugar, la forma equívoca en que Chambers trató el cargo de espionaje contra Stella Cominsky permitía pensar que un hombre capaz de hacer tanta alharaca en torno de un infundio no habría vacilado en recurrir a la coerción o al soborno. En segundo término, el padre de Kersner declaró que *suponía* que su hijo había nacido en 1865 o 1866. Pero debemos recordar que Abraham Kersner, como tantas personas de su generación y religión, estaba acostumbrado a calcular el tiempo según el calendario judío. Es muy probable. Entonces, que sólo tuviera una idea muy vaga de cuál era la fecha del nacimiento de su hijo según el calendario gregoriano; por lo tanto, su testimonio, forzado o no, en cuanto al año del nacimiento de Jacob, carecía de validez. En tercer lugar, resultaba sospechoso el hecho de que nadie mencionara el nombre del barco en el cual el acusado llegó al país.

En efecto, si bien es cierto que las listas de los pasajeros de tercera clase distaban mucho de ser exactas en aquellos días, de todos modos era sumamente extraño que no se hiciera ninguna referencia al nombre del barco y a la fecha de su supuesto arribo en 1882.

En cuarto término, cabe preguntarse por qué Samuel Cohen, el segundo testigo de 1884, también citado por Chambers, no fue llamado a declarar el mismo día que Simón Goldstein.

Y para finalizar, ¿por qué se mostró este último tan dispuesto a admitir que había cometido perjurio al prestar falso testimonio en 1884?

Aunque los tribunales no suelen examinar tales autos colateralmente, salvo cuando media una apelación, la ausencia del presunto acusado bien podría haber impulsado al juez Hazel a averiguar cuál era la razón por la que el testigo confesó de *motu proprio* haber cometido perjurio.

Por otra parte, es probable que Goldstein mintiera en 1884, pues la fecha inscripta en la solicitud de Kersner, 18 de octubre de 1884, era sospechosamente cercana a las elecciones presidenciales de noviembre de ese año, y sabemos que en muchas oportunidades los políticos han tratado de hacer ciudadanos a la mayor cantidad de extranjeros, sin fijarse demasiado en las formalidades del caso, a fin de que puedan votar por ellos en las elecciones.

Jacob Kersner nunca demostró poseer la integridad, que le habría ayudado a oponer resistencia a tal presión. Además, la propia Emma escribió en una oportunidad que Kersner había llegado a Norteamérica en 1881.

Puesto que no había ninguna prueba absoluta que demostrara lo contrario, es probable que los hechos admitidos por el juez Hazel fueran más o menos exactos. Pero no es esto lo que importa, sino el que no se estableciera más allá de una duda razonable la verdad de tales datos; de ahí que pueda afirmarse que todo el procedimiento adoleció de una gran falta de seriedad.

En el proceso no intervino ningún representante del acusado que objetara la introducción de elementos extraños, tales como la relación existente entre el presunto reo y Emma Goldman, que recusara el proceder del magistrado por darle éste tanta importancia a un detalle totalmente ajeno al caso y que interrogara a los testigos.

Si el gobierno se hubiese esforzado seriamente por encontrar y hacer comparecer a Kersner, éste habría contado con un defensor cuya actuación podía haber convertido en un verdadero proceso aquel simulacro de procedimiento legal.

Más, ¿cuál era el paradero del ausente acusado?

En lo que se refiere a la comunidad de Rochester, nadie lo había vuelto a ver desde 1890, cuando desapareció *como si se lo hubiera tragado la tierra*.

Emma estaba convencida de que *nadie sabía dónde se encontraba, ni siquiera sus padres. Simplemente, se esfumo*.

En 1909, el alguacil Compton informó que le había resultado imposible hallar a Kersner, mas probablemente no buscara demasiado. Según declaró más tarde el señor John S. Markell, ex superintendente de la penitenciaría de Onondaga, Syracuse, Nueva York, *Jacob Kersner estaba allí cumpliendo una condena cuando*

entré a ocupar mi cargo el 1° de enero de 1895, y permaneció en la cárcel hasta e1 18 de septiembre de 1895 ...

Kersner había sido condenado a un año y medio de prisión en Onondaga por robo en gran escala cometido en Syracuse. Otra crónica aparecida en el World de Nueva York el 11 de octubre de 1898, tres años después de que Kersner saliera en libertad, informaba que *Jacob Kerstner (sic), socialista, esposo de Emma Goldman, fue enviado a la cárcel de Auburn por tres años, acusado de robo en gran escala*.

El World añadía que, probablemente, cuando terminara de cumplir aquella condena, se lo volvería a encarcelar por dar un cheque sin fondos como pago de la fianza por la libertad del hermano, también recluido en la penitenciaría.

Comprobamos que las actividades de Kersner habían tenido bastante publicidad, de manera que, si bien era difícil que Emma y los miembros de la comunidad de Rochester tuvieran noticias de su carrera, resulta inconcebible que Chambers y Compton no pudieran hallarlo, ya que contaban con los archivos judiciales, los de las cárceles y hasta de los periódicos.

Quedan, pues, dos opciones: los funcionarios no sabían realmente dónde se encontraba Kersner, o sí conocían su paradero.

En el primer caso, el despojarlo de la ciudadanía era un acto grotesco, por no decir algo peor, pues ello equivalía a privar a un hombre muerto de una ciudadanía no existente.

En el segundo caso, la acción del gobierno resultaba aún más reprochable, puesto que le quitaba la ciudadanía a un hombre que ya había perdido el derecho de votar, sin brindarle la oportunidad de defenderse.

Los antecedentes de Kersner y la amenaza de nuevos juicios por sus actividades delictuosas antes mencionadas, habrían bastado para inclinar al esposo de Emma a ceder a toda proposición o plan que las autoridades hubieran hecho. En rigor de verdad, es probable que se supiera dónde se encontraba Kersner.

Como veremos luego, éste se estableció en Chicago bajo el nombre supuesto de Jacob *Lewis*. Una vez que Chambers y Zamosh presentaron su primer informe, terminado en marzo de 1908, Bonaparte ordenó al segundo de los nombrados que se dirigiera a Chicago *para estudiar la situación legal de Emma Goldman*.

¿Con qué motivo iba a enviar a este señor a Chicago si no hubieran sabido él y Chambers que Kersner se había dirigido a dicha ciudad?

Es ésta una pregunta sin respuesta; sin embargo, creemos interesante recordar que J. Edgar Hoover no tuvo dificultades para localizar a Kersner en 1919, año en que volvió a plantearse el problema.

En todo caso, el verdadero propósito perseguido por las autoridades era el de retirarle la ciudadanía a Emma Goldman. (Este procedimiento oficial muestra a las claras que el decreto sobre desnaturalización fue empleado como arma política). A la interesada no se le envió ninguna comunicación escrita ni se le notificó de su situación a través de la prensa. Los funcionarios del gabinete decidieron, con toda conciencia y malicia, privarla de sus derechos sin incluirla como parte interesada en el juicio.

Es. Muy triste observar cómo Kersner gozó de mayor protección constitucional cuando se lo juzgó por un delito que cuando se lo despojó de la ciudadanía.

Si se hubiera enjuiciado a Emma, la verdadera acusada, por robo o falsificación, se habrían respetado más sus derechos y se le habrían dado mayores garantías constitucionales que en aquel procedimiento por el cual se trataba de quitarle la ciudadanía, hecho mucho más grave en varios sentidos, y en el que no contó con ninguna protección.

Al lograr el propósito de despojar a Jacob Kersner de su ciudadanía, las autoridades obtuvieron un triunfo decisivo, ya que no justo.

A partir de aquel momento sólo restaba esperar que Emma se aventurara a salir nuevamente del país, lo cual brindaría la oportunidad de negarle la readmisión. O bien, en caso de que esto no se produjera, aguardar la promulgación de alguna ley que posibilitara la deportación de la anarquista, cosa que sucedió finalmente.

Capítulo decimoquinto
Libertad sin cadenas

Una vez finalizado el juicio contra Kersner, se produjo una tregua en la guerra contra Emma, ya que los funcionarios aguardaban vigilantes a que se arriesgara a marcharse al extranjero. Pero Emma frustró sus planes negándose a ser tan indiscreta y optando, en cambio, por entregarse a diversas causas: con extraordinaria energía se dedicó a reunir las dispersas fuerzas del anarquismo, a mantener a flote Mother Earth y a pronunciar conferencias sobre el anarquismo, la literatura, el papel de la mujer en la sociedad y, más tarde, la limitación de la natalidad.

Quizá la lucha más trascendental de todas las empeñadas por Emma en esos años fue la batalla por hacer valer la libertad de palabra en todas las comunidades del país, desde Boston hasta Los Ángeles.

Libertad sin cadenas>, por usar una expresión suya, sería el título más adecuado para designar el grandioso drama en el que actuó sin desmayos durante este período.

Desde 1897 realizaba giras por el país, una vez en busca de fondos para un radical encarcelado, otra para defender una causa justa. Cuando la policía trataba de impedir que Emma hablara, casi invariablemente se producía un combate en defensa de la libertad de palabra.

El drama se desenvolvía con una simplicidad casi clásica: Emma llegaba a la ciudad con la intención de pronunciar sus conferencias. La policía censuraba o procuraba censurar los conceptos de la disertación. Acto seguido, un número imponente de radicales, liberales y, a veces, hasta conservadores ¡que creían al pie de la letra en la Primera Enmienda, unían sus voces para protestar contra la intervención de la policía y su pretensión de determinar qué era lo que debía oír el pueblo.

En algunas ocasiones, quienes apoyaban a Emma reunían fuerzas para luchar contra la represión policial y, cuando era necesario, ayudarla en los procedimientos legales que se entablaban contra ella.

Hutchins Hapgood, por ejemplo, relata en sus memorias que organizó un acto en Indianápolis para que Emma hablara. Seguro de contar con un público de varios cientos de personas, concurrió a la oficina del alcalde Charles Brookwalter, antiguo sindicalista, a fin de averiguar si tenía algún reparo que oponer. El alcalde le informó que mientras no se cobrara entrada, Emma tenía todo el derecho de pronunciar una conferencia. Sin embargo, el jefe de policía vedó prácticamente la reunión, y *fue interesante ver partir los autos de las personas adineradas y elegantes* que habían concurrido con el deseo de escuchar a Emma, placer del que se vieron privadas por sus servidores, los policías.

Hapgood observó que estos actos de represión eran siempre seguidos por las protestas de los *ciudadanos bien intencionados* que creían en la libertad de palabra. 2

Si echamos una rápida ojeada a los números del Inter-Ocean de Chicago aparecidos desde marzo hasta abril de 1908, tendremos otra visión general de cómo se desarrollaban comúnmente los acontecimientos:

5 de marzo, Emma Goldman llega a la ciudad;

7 de marzo, habla en público;

8 de marzo, se producen choques con la policía durante la reunión;

9 de marzo, los anarquistas van con Emma Goldman a visitar el cementerio de Waldheim;

16 de marzo, la policía saca a la *reina roja* a la rastra del salón donde se efectuaba el mitin;

20 de marzo, en un sermón, el rabino Hirsch defiende el anarquismo;

24 de marzo, William Dudley Foulke escribe una carta al editor, El Derecho a la Libertad de Palabra;

31 de marzo, eminentes ciudadanos prestan ayuda a Emma Goldman -se unen al movimiento en pro de la libertad de expresión-, quien comparece ante la corte para defender su derecho a hablar;

5 de abril, Emma Goldman escribe un artículo de dos páginas sobre las actividades de la policía y la *conspiración* para limitar la libertad de palabra.

Emma había llegado a Chicago poco después de un supuesto atentado contra la vida del jefe de policía Shippy, acto del que se acusaba a un oscuro joven llamado Lazarus Averbuch.

Enardecida por los acontecimientos, la policía se mostró firmemente decidida a impedir que Emma ocupara la tribuna pública. Los amigos le aconsejaron que abandonara la ciudad pero, como era fácil suponer, ella se negó a hacerlo. Luego se encontró con que la policía había aterrorizado hasta tal punto a los dueños de los locales que ninguno quiso arrendarle el suyo.

Ante esta situación, Ben L. Reitman, excéntrico médico de Chicago que gozaba de la equívoca reputación de ser el *rey de los vagabundos*, le ofreció la tienda vacía que utilizaba para congregar hombres desocupados o errantes. Según le comunicó a Emma, la policía le había informado que, si la oradora encontraba un lugar donde hablar, nadie se lo prohibiría. Emma aceptó el reto; pero cuando Reitman y sus vagabundos estaban entregados a la tarea de limpiar y preparar el local para el mitin, recibieron la visita de algunos inspectores de edificación e incendios, quienes dictaminaron que las condiciones de aquel salón improvisado no permitían que en el mismo se reunieran más de nueve personas a la vez.

Emma recurrió a un ardid. Por intermedio de sus amigos, organizó una velada social y musical que se realizaría en el *Working Men's Hall*, cuidando de que su nombre no apareciera en los anuncios. Se proponía eludir a la policía, presentarse por sorpresa y pronunciar su vedado discurso.

Reitman era el único extraño que conocía sus planes y, sin tardanza, informó secretamente a un periodista que Emma tenía la intención de hablar en aquella reunión. Advertida de antemano, la policía se abalanzó sobre la plataforma cuando Emma se puso de pie para iniciar su disertación. Uno de los agentes, el capitán Mahoney, arrastró literalmente a Emma hacia una salida. Temerosa de que hubiera derramamiento de sangre, la detenida previno a sus adictos contra la provocación de la policía y les rogó que se retiraran pacíficamente. De tal manera, con su sangre fría y rapidez de pensamiento, evitó sin duda que se produjera un grave choque[45].

[45] *Inter-Ocean de Chicago, 17 de marzo de 1908. El sentido de responsabilidad que mostraba Emma en tales situaciones críticas basta para refutar la aseveración de que era juguete de sus emociones o la acusación policial de que exhortaba sin miramientos a descabellados actos de violencia. En otras ocasiones (por ejemplo*

Tan arbitraria conducta de la policía disgustó profundamente a personas de ideas independientes y hasta provocó la protesta de algunos periódicos.

El rabino Hirsch, eminente líder judío, fustigó la estupidez oficial de intentar suprimir las ideas por medios violentos. William Dudley Foulke, conocido republicano, envió una contundente carta a la prensa, en la cual declaraba que debían eliminarse la malicia y la intervención oficiales. Otros se unieron a los gritos de protesta. Como consecuencia, se formó una filial de la Liga Pro Libertad de Palabra con el propósito de evitar la repetición de hechos de esta naturaleza.

Cuando Emma volvió a Chicago (en 1910), la policía le aseguró que se le permitiría hablar sin interferencias. No deseaba otro movimiento de la opinión pública que le diera tanta publicidad a la conferenciante anarquista.

La situación imperante apareció bien resumida en un artículo del Sunday Tribune de Detroit (5 de abril de 1908), donde se afirmaba que la policía estaba haciendo del anarquismo un *coco para meter miedo a la gente* y saltaba a la vista que, si algún peligro representaban los oradores incendiarios, éste era con toda seguridad resultado de la *furiosa arremetida de los batallones policiales*.

3

Fue durante este episodio que Ben L. Reitman entró en la vida de Emma.

Margaret Anderson, que ganara fama con su Little Review, comentó, muy poco amablemente, que *el fantástico doctor Ben Reitman... no era tan terrible si uno dejaba a un lado todos sus conceptos acerca de cómo debe actuar un ser humano y cuál debe ser su aspecto*. A decir verdad, las fotografías de Reitman no lo mostraban tan espeluznante como se decía, sino más bien como un hombre de orgulloso porte. Según Emma, era alto, su cabeza estaba bien formada y cubierta por una mata de oscuros cabellos ensortijados que, desgraciadamente, y al igual que sus uñas, se mantenían a salvo del agua y del jabón. Sin embargo, Emma se sintió atraída por Reitman. Éste despertó en ella una pasión que le hizo olvidar sus bien fundadas sospechas de que había sido él quien informó a la policía sobre la

en 1903, cuando convenció al público de que no tratara de rescatar a John Turner), la prensa hostil reconoció que, gracias a su actitud, no se habían desatado serios actos de violencia.

reunión que planeaba realizar. Echaron a un lado todas las barreras internas y la *reina roja* se unió al *rey de los vagabundos* en el amor y el trabajo.

Con noble gesto propio de la realeza, Reitman renunció a su trono en aras del amor. Sus antiguos súbditos, reunidos en solemne asamblea, declararon con cierto convencionalismo que, por haberse comportado su rey *en forma indigna de un miembro del partido de los vagabundos* y *haberse ido tras Emma Goldman, la reina anarquista*, consideraban que ya no le debían lealtad e informaban al público que quedaba destituido.

Por ser personas de tan puras costumbres, los vagabundos de Reitman respetaban todas las reglas de la vida social, hasta tal punto que les resultó imposible aceptar que su jefe fuera consorte de la notoria Emma Goldman.

El pasado de Reitman no había sido menos extraño que la gente a quien frecuentaba cuando Emma lo conoció. Por más que buscara en su memoria, no recordaba un solo momento de su vida en el que no hubiera tenido alguna relación con parias sociales, borrachos, rufianes, prostitutas, mendigos y fulleros.

Nació en St. Paul, Minnesota, en 1879; contaba apenas unos pocos años cuando su padre, vendedor ambulante, abandonó a la familia. A la edad de ocho años comenzó a hacer mandados para las prostitutas que habitaban en el barrio bajo ubicado cerca del Polk Street Depot de Chicago. A los once años se fugó de lo que pasaba por ser su hogar, y sus continuos viajes sin rumbo fijo lo llevaron prácticamente a recorrer el mundo.

Siempre guardó dentro de sí el resentimiento que el apodo de *judío Ben*, endilgado despectivamente por sus compañeros de juegos de Chicago, había despertado en él. Por eso, a los diecisiete años, aprovechó la ocasión que se le brindara en una misión del Bowery para convertirse formalmente en cristiano bautista.

En 1899 entró como conserje en la policlínica de Chicago, donde se le presentó la oportunidad de su vida: algunos médicos se interesaron por él y lo ayudaron a dar el extraordinario salto que significó el ingresar en la carrera médica con una exigua instrucción equivalente al cuarto grado.

Luego, como él mismo expresó, *sin saber cómo, pasé por la escuela de medicina y aprobé los exámenes*.

Como compañero y administrador, Reitman hizo pasar muchos momentos difíciles a Emma. Ésta no podía dejar de reaccionar ante el modo de pensar y la frivolidad de este hombre.

Tomemos, por ejemplo, un párrafo característico de Following the Monkey, su autobiografía inédita.

Acusado por la señora F. J. McBain-Evans de haber impulsado a su hijo a llevar una vida de vagabundo y de ser, por consiguiente, responsable de la muerte de éste, Reitman escribió:

La publicidad que se dio al asunto atrajo la atención de los periódicos extranjeros. Les parecí una figura interesante cuando se enteraron de que, si no hubiera conocido a Emma Goldman y no se hubiera desencadenado una guerra mundial, yo podría haber llegado a ser rey de Serbia (Reitman había planeado trasladar a tres mil vagabundos a Serbia para asediar Belgrado).

Durante las giras, el mujeriego Reitman andaba siempre a la caza de romances de una noche. En una reunión *conocí a la nieta de Brigham Young (no aclara cuál) y casi entablo una relación amorosa con ella*.

En Everett, Washington, se enredó con una *joven alta, de aspecto teosófico*. Pero había en él cosas más graves, como por ejemplo su equívoca honestidad y sus conexiones con el mundo nocturno.

Durante la primera gira que realizaron juntos, en 1908, Reitman tomó secretamente parte del dinero reunido con la venta de entradas y de literatura, a fin de pagar sus deudas y enviarle dinero a la madre. Luego, en Spokane, un amigo suyo apodado el *Delicado Dan* le entregó seis portamonedas con un total de setenta dólares que había tomado inocentemente de los bolsillos del público asistente a la conferencia de Emma.

Escrupulosamente honrada en materia de dinero, esta última se puso furiosa cuando se enteró del incidente. Aunque tomó las providencias necesarias para evitar qua tales episodios volvieran a repetirse, nunca logró hacerle comprender a Reitman cuán ridículo era que aceptara tranquilamente dinero robado a las personas que venían a oírla hablar sobre una sociedad más justa.

Cuando volvieron a Nueva York, en el círculo de amigos de Emma se criticó mucho a Reitman. Les desagradaban profundamente los actos irresponsables de éste y encontraban risible que dictara clases de religión los domingos en la oficina de Emma. Aunque esta última defendía el derecho de Reitman a la libertad de expresión, pese a que no estaba en modo alguno de acuerdo con él, otros anarquistas se burlaron al ver a *Jesús en el santuario de una atea*. (Años más tarde, Reitman alcanzó la cúspide de lo absurdo cuando invitó a un grupo de personas que habían concurrido a una conferencia atea de Emma sobre El Fracaso del Cristianismo a orar con él para pedirle a Dios que *ayude a los pobres trabajadores*). Berkman, al igual que los demás, se resistía a creer que Emma pudiera amar a un hombre tan extraño a su mundo.

Nada pudo hacerle cambiar de idea respecto de él: a su juicio, aquel individuo no pertenecía de corazón al movimiento anarquista ni era un rebelde, y carecía de sentimientos sociales. Aceptaba que les traía beneficios monetarios, pero lo consideraba *perjudicial en el aspecto moral*.

A tales críticas Emma replicaba: *Mi vagabundo aprenderá*.

Reconocía que sus amigos tenían razón, pero no podía dejar de amar a Reitman. Como escribió más tarde, en dos semanas lo conoció *tal cual era*.

Detestaba su inclinación al sensacionalismo, a la ampulosidad y a la fanfarronería y su promiscuidad, en la que demostraba una absoluta falta de selección; pese a todo, había en Ben algo grandioso, primitivo y espontáneo, que resultaba terriblemente encantador.

En realidad, Reitman no era más que un niño grande a quien Emma puso bajo su ala. Él la llamaba su *mamita de ojos azules*, y ella muchas veces lo trataba como si fuera un pequeño.

Además, en su calidad de hijo del abismo, de paria social despreciado y rechazado por las personas respetables, despertaba la simpatía de Emma. Ésta les recordaba, a Berkman y a otros, qué siempre habían hablado de ayudar a los delincuentes y a los proscriptos de la sociedad, *pero cuando os encontráis con una de estas criaturas, os apartáis de ella con un gesto de desprecio... y la empujáis de nuevo al precipicio*.

Su amigo Hutchins Hapgood demostró comprender los sentimientos de Emma al escribirle que le conmovía ver cómo, infaliblemente *usted siempre mostró una simpatía espontánea por los postergados. Quizá el ejemplo más notable de ello fue su actitud hacia Ben. Él era, simbólicamente al menos, el hombre postergado, y me imagino que el sentirlo así fue más que la pasión lo que la llevó a amarlo*.

Aunque, en muchos aspectos, la vida con Reitman significó un verdadero suplicio, este hombre colaboró activamente con Emma en su lucha por la libertad de palabra y en su obra general.

Antes de que Ben asumiera las funciones de administrador, cada vez que Emma llegaba a una ciudad debía buscar la colaboración de amigos que habitaban en la misma para encontrar sala, hacer la debida publicidad y conseguir alojamiento, todo lo cual implicaba una inseguridad que desapareció cuando Reitman se convirtió en su *representante*.

Su exhibicionismo y su olfato para hallar los aspectos dramáticos dignos de resaltar, permitían a Ben realizar la publicidad de las conferencias de Emma con el mucho mejor resultado que el logrado mediante la propaganda seria dirigida a las personas fieles a la idea.

Índice del buen éxito que obtuvo el sensacionalismo de Reitman es el notable aumento de público verificado en 1909, es decir, al año siguiente de que empezaran a trabajar juntos.

4

En el número de Mother Earth aparecido en enero de 1909, Emma afirmaba con exaltación que era maravilloso *oponerse a un mundo de estupidez, pereza mental y cobardía moral*.

Tal vez fuera maravilloso, pero el concepto que añadía luego era más profético de lo que ella misma suponía: *Al mundo le disgusta tomar conciencia de sí mismo*.

La parte norteamericana de este mundo aborrecía tanto el tomar conciencia de sí misma que en un solo mes, mayo, le impidió hablar en once lugares diferentes.

No caben dudas de que 1909 fue el año de la lucha por la libertad de palabra.

La cosa comenzó de modo explosivo. En enero Emma llegó a San Francisco e hizo su primera presentación, de una serie que incluía ocho conferencias y dos debates.

Cuando ella y Reitman se dirigían al local donde pronunciaría su segunda disertación, fueron arrestados por *conspirar e incitar a la revuelta, amenazar con hacer uso indebido de fuerza y violencia, y alterar la paz pública*.

Vista la gravedad de los delitos, se fijó una fianza de 16.000 dólares para cada uno. Varios días después se dejaron a un lado los cargos antedichos, que fueron reemplazados por otros menos serios: *Se los acusó de efectuar reuniones ilegales, postular la abolición de todo gobierno organizado por innecesario, y predicar la doctrina anarquista*.

Durante el juicio, el fiscal sólo pudo presentar el testimonio de un policía, quien afirmó, que Emma había hecho la siguiente declaración incendiaria: *Los jueces y la policía se llevan vuestro dinero, eso es todo lo que hacen por vosotros*.

No recordaba ningún otro punto peligroso de su discurso, que duró dos horas; además, tuvo que reconocer que el público se había comportado con toda cordura. Entonces, el fiscal de distrito Ward hizo algunas referencias, que nada tenían Que ver con el caso, a los Industrial Workers of the World[46], y habló de camisas y corbatas rojas.

Tras el grotesco alegato del fiscal, el juez no tuvo más remedio que solicitarle al jurado que absolviera a los reos.

El 31 de enero se realizó una *recepción monstruo* a la que concurrieron dos mil personas que llenaron la sala más grande de la ciudad, en una imponente manifestación de apoyo a la libertad de palabra; la policía actuó en esa oportunidad sólo como espectador pasivo.

Poco tiempo después, en el extremo opuesto del país, el jefe de policía de New Haven, Henry Cowles, adoptó un procedimiento inverso al acostumbrado: permitió que Emma entrara en la sala, pero prohibió que los demás lo hicieran.

Al parecer, consideraba que de esta manera no tocaba su derecho a la palabra, más olvidaba que así privaba a Emma del derecho de comunicarles sus pensamientos a quienes deseaban oírla y, a su vez, a éstos del derecho a escucharla.

Cuando la prensa publicó comentarios sumamente adversos acerca de su acción, el jefe Cowles le escribió al fiscal general George Wickersham una carta de queja.

[46] *I. W. W.: Trabajadores Industriales del Mundo. (Nota de las traductoras).*

¿No existía ninguna ley general, promulgada después de la *muerte de nuestro llorado Presidente MeKinley*, que sirviera para impedir que Emma Goldman hablara?

Las razones que presentó para justificar su procedimiento, efectuado sin siquiera saber si había alguna ley en su apoyo, pusieron al descubierto una actitud muy común en la esfera policial. Le había negado la entrada al público *porque la conferenciante es una persona indeseable, a quien la gente buena y respetable de esta ciudad no quiere oír, cualquiera sea el tema que trate*. Además, en su omnisapiencia, Cowles había decidido que Emma era culpable del asesinato de McKinley: *Creo firmemente que ella fue la causante del asesinato del Presiente McKinley*. El fiscal general se vio obligado a responderle al frustrado Cowles que no había ninguna ley federal que sancionara su posición.

Un domingo de mayo, Emma se disponía a dar una conferencia intitulada Henrik Ibsen, Iniciador del Teatro Moderno, tercera de una serie que debía pronunciar en Lexington Hall.

Cuando comenzaba a hablar sobre *Henrik Ibsen*, el sargento del escuadrón anti anarquista saltó sobre la plataforma gritando: *Usted se aparta del tema; si lo hace otra vez, suspenderé el acto*.

En vano trató Emma de convencerlo de que no se *apartaba* del tema, ya que para el docto representante de *La Mejor de Nueva York* no existía relación alguna entre el teatro e Ibsen.

Puesto que Emma no podía hablar sobre este autor sin nombrarlo cada tanto, el policía interpretó que lo estaban desafiando abiertamente y, excitado además por la actitud burlona del público, resolvió cortar por lo sano. Repentinamente, resonó una voz que ordenaba el inmediato desalojo de la sala; los policías arrancaban a la gente sus asientos y si alguien protestaba lo hacían callar a garrotazos.

Con su decidida acción, los guardianes del orden salvaron al público de tener que oír más conceptos acerca, de Ibsen.

Según una crónica publicada por el Times de Nueva York al día siguiente (24 de mayo), se le impidió a un *público indignado* escuchar la conferencia de Emma sobre teatro.

En rigor, *indignado* era un adjetivo insuficiente: los asistentes se pusieron furiosos y, a diferencia de lo sucedido en otros casos similares, esta ira tuvo sus consecuencias.

Entre los norteamericanos nativos que habían acudido deseosos de saber algo sobre Ibsen, se encontraba, por ejemplo, Milton Rathbun, viuda de un destacado comerciante de Nueva York. Esta mujer hizo oír su voz airada, lo mismo que otros ciudadanos notables que no vacilaron en declarar públicamente que se consideraban víctimas de un ultraje.

Arden Freeman, miembro del *Mayflower Club* e hijo de Joel Freeman, tesorero éste durante largo tiempo de la Standard Oil Company, se hizo vocero de este clamor de protestas.

Arden Freeman, que era socialista, pertenecía a la Orden de Cincinnati, lo mismo que el general Bingham, comisionado de policía. En una carta dirigida a la prensa, Freeman recordó que, acompañado por un *alto funcionario de la New York Life Insurance Company y un abogado de Nueva York, hombre de gran riqueza y elevada posición social, había oído el año anterior una conferencia de Emma Goldman sobre teatro*:

Opino que la señora Goldman trató el tema de modo admirable. Lo hizo con inteligencia, claridad y brillo; considero que, en lo que se refiere a Ibsen y a los autores rusos, su disertación fue superior a las conferencias que recientemente he oído pronunciar sobre el mismo tema a un profesor de la Universidad de Columbia.

La segunda vez que oyó a hablar a Emma, se encontraba en compañía de un abogado que era socio de un senador republicano, y de la esposa de un ex senador demócrata; fue en esa oportunidad cuando la policía dispersó la reunión por la fuerza:

La mayoría de los presentes eran norteamericanos por cuya sangre corría el amor por la libertad de palabra y de reunión. Probablemente, aquélla fue la primera vez que sufrieron el embate de la arbitrariedad...

Confesaba que desde aquel momento humillante, le había sido *imposible tomar alimento*.

Profundamente indignado, Freeman hizo los trámites necesarios para que Emma hablara en el *English's Hall* de su pueblo natal de East Orange, Nueva Jersey. En esa oportunidad, la policía impidió que se realizara el acto y provocó un incidente comparado luego por Freeman, de modo bastante pintoresco, con la *Tertulia del Té de Boston*[47]:

Una veintena de mozos de Orange, disfrazados de policías, hombres con ropas civiles y detectives del Condado, defendieron el cuartel general de los ingleses en East Orange y obligaron a los norteamericanos a retroceder hasta un establo. Esta fue la famosa Tertulia del *Establo de Orange*.

La Tertulia del Establo se efectuó en la caballeriza de la propiedad de Freeman, ubicada en la parte más selecta de la aristocrática East Orange. Devolviendo bien por mal, Freeman invitó a la policía a entrar. Casi mil espectadores quedaron afuera por falta de espacio. Una dama de la sociedad, al ver la confusión reinante, propuso que los policías invitados dispersaran a la gente que se agolpaba fuera a fin de que Emma pudiera iniciar su disertación.

La conferenciante rechazó la propuesta declarando con énfasis que *en un minuto, la policía crearía más confusión de la que podría detener en cinco años*.

En medio de las consiguientes risas y aplausos, añadió, según un periodista:

Aquí estamos bien protegidos, mirando al jefe de policía.

- Es porque la conocemos-, dijo este último.

No lo crea -replicó la señora Goldman entre las carcajadas del público-, porque si me conociera, sabría qué sé cuidarme sola. Estoy aquí para protegeros de vosotros mismos.

La multitud prorrumpió en estruendosas carcajadas y aplausos.

Finalmente, Emma pronunció su conferencia, que concluyó con palabras de agradecimiento hacia sus amistosos enemigos, la policía y la prensa.

- Si la verdad dependiera de Emma Goldman, no valdría la pena, pero depende de la justicia y de la libertad humana. Estoy agradecida, profundamente agradecida, a la policía y a los periódicos por actuar de manera tal que impulsan a la gente a

[47] En 1773, una partida de habitantes de la entonces colonia inglesa, disfrazados de indios, abordaron barcos británicos atracados en Boston y arrojaron al mar su cargamento de té. La Boston Tea Party fue una protesta contra la política impositiva de la metrópoli. (Nota de las traductoras).

pensar mil veces más de lo que yo por mí misma podría lograr-. A estas palabras siguió un sincero aplauso.

Tales protestas contra la censura ejercida por la policía encontraron por último expresión pública en un mitin realizado en *Cooper Union*, donde se reunieron cerca de dos mil personas. El acto fue auspiciado por la Comisión Pro Libertad de Palabra, al que pertenecían, entre otros, Louis F. Post, C. E. Scott Wood, Eugene V. Debs, Clarence Darrow, William English, Anna Strunsky Walling, B. O. Flower, William Marion Reedy, J. G. Phelps y Rose Pastor Stokes.

En la reunión estuvieron representadas todas las ideas radicales y liberales: John S. Crosby, otrora ayudante de Henry George, levantó la bandera del impuesto único y censuró la inconsciente opinión pública que permitía que la fuerza policial reprimiera las libertades civiles. Gilbert E. Roe habló en nombre de los liberales. El ex diputado Robert Backrer pronunció vehementes conceptos populistas contra los grandes privilegios. Voltairine de Cleyre representó a los anarquistas con un inteligente discurso en el que afirmó que *la libertad de palabra nada significa si no incluye también la libertad de decir aún aquello que no nos gusta que se nos diga*.

Entre las muchas cartas de protesta y promesas de apoyo, la enviada por Eugene V. Debbs, manifestaba la idea justa: en nombre de los socialistas, afirmaba que Emma Goldman tenía derecho a ser oída:

Si no tiene ese derecho... tampoco lo tenemos nosotros; y si toleramos que silencien su voz, también la nuestra debería ser acallada.

Hasta algunos diarios, que habían aprobado a la policía cuando impidió los actos en los que Emma congregaba a los radicales inmigrantes, demostraron su indignación ante el episodio de *Lexington Hall*.

En un artículo de fondo, el Evening Sun de Nueva York informaba con enojo a la policía que en los Estados Unidos existía la libertad de palabra y le explicaba su significado: el pueblo vivía bajo una Constitución y no bajo *la imaginaria y sumaria jurisdicción de ridículos policías ignorantes y analfabetos*.

El resultado de tanto revuelo fue que cuando Emma trató nuevamente de hablar sobre Ibsen, doscientas cincuenta personas pudieron oír, sin que nadie las molestara, su *terrible disertación*.

El alcalde McClellan destituyó al general Bingham y nombró a un nuevo comisionado de policía. Pero lo más importante de todo es que estos hechos impulsaron a una cantidad de ciudadanos a unirse para formar la Liga Pro Libertad de Palabra. Con el propósito de proteger preciosos derechos civiles de la población. Así se sucedían las batallas. En el otoño de 1909, Emma pudo hablar en Providence, pero le fue imposible reunir dinero. En Boston, a pesar de que la policía se esforzó por asustar a los propietarios de locales para que no le arrendaran ninguno, la conferenciante anarquista logró finalmente que le alquilaran una sala donde pudo hablar.

No tuvo tanta suerte en Malden, pues allí sólo consiguió un edificio a medio construir. Cuando quiso hablar en Lynn, arrendó una sala a un funcionario de un sindicato, quien, a último momento, le informó que la misma no estaba disponible; sin desmayar, Emma buscó otro recinto. En Worcester, el jefe de policía le prohibió *terminantemente* hablar en público; pero la situación quedó salvada gracias a una figura emersoniana, el párroco de la iglesia episcopal, Eliot White, quien ofreció a Emma su casa para que pronunciara su disertación.

Vemos, pues, que la llegada de Emma provocaba siempre una gran tormenta que parecía amenazar sobre el horizonte por doquier. Cansado de la situación, el periódico Republican de Springfield (Massachusetts) preguntó con impaciencia: *¿Es necesario que nuestro país esté en perpetua histeria a causa de Emma Goldman y Alexander Berkman?*

Por el momento, la respuesta era afirmativa. Los norteamericanos no estaban dispuestos a aceptar que alguien pusiera en tela de juicio sus adoradas creencias; y por su parte, los censuradores que provocaban su histeria, Emma y Berkman, no tenían la menor intención de callarse la boca.

5

Por el contrario, el año 1910 fue uno de los más fructíferos para Emma. En una sola gira visitó treinta y siete ciudades y veinticinco Estados, habiendo pronunciado ciento veinte conferencias ante numerosos públicos y vendido, con ayuda de Reitman, diez mil libros, sin contar otros cinco mil que se obsequiaron.

Les quedaron más de 4.000 dólares netos, de los 25.000 que reunieron en concepto de entradas, más de 1.000 dólares con la venta de libros y 300 dólares con las suscripciones a Mother Earth. Pero, por sobre todo, Emma libró felizmente cinco batallas en pro de la libertad de palabra.

Fue durante aquella gira que Emma hizo su entrada en Madison. Su sola presencia bastó para desencadenar una serie de sucesos que conmovieron a la Universidad de Wisconsin.

Debía hablar la noche del 26 de enero de 1910. Llegó aquel mismo día, varias horas antes de la fijada para la conferencia; conversó con estudiantes y profesores, cuyo evidente entusiasmo le produjo gran placer. Aceptó gustosamente la invitación que le formuló un grupo de estudiantes para que pronunciara, esa misma tarde, una conferencia en el salón de la *Asociación de Jóvenes Cristianos* de la universidad. Por la noche recibió una agradable sorpresa, pues concurrieron al acto gran cantidad de estudiantes y un grupo de profesores.

A la mañana siguiente, visitó las instalaciones a invitación del profesor E. A. Ross, conocido sociólogo. Abandonó Madison convencida de que su estada había sido excepcionalmente pacífica; no se imaginaba m remotamente hasta qué punto se equivocaba.

Antes de que Emma llegara a Madison, un estudiante se presentó ante el profesor Ross para informarle que alguien destrozaba los carteles donde se anunciaban las conferencias de Emma. Luego, Ross interrumpió su clase de sociología elemental (la que, por rara ironía, trataba sobre la evolución del Estado desde el régimen de fuerza hasta el tendiente al beneficio público) para intercalar estas observaciones:

Me han dicho que una señora de Madison se ha dedicado a arrancar los carteles que anuncian la conferencia de la señora Goldman. Ahora bien, nada tengo que ver con el anarquismo filosófico, pero sí creo en el principio de la libertad de palabra. Por ésta y ninguna otra razón quiero recordarles que la señora Goldman hablará esta noche a las veinte horas en el *Knights of Pythias Hall*.

En la mañana siguiente, como ya sabemos, llevó a Emma a visitar la casa de estudios para *mostrarle sus bellezas*. De inmediato, los periódicos del Estado reaccionaron con estrepitosa violencia.

El Democrat de Madison y el State Journal de Wisconsin pedían a gritos el académico cuero cabelludo de Ross.

El Free Press de Milwaukee opinaba que el comportamiento del profesor al querer *agasajar a Emma* sólo merecía las más *severas críticas*.

El Daily Free Press de Beloit hizo inconscientemente mofa de su propio nombre al atacar la libertad académica y publicar una versión falsa de la confesión de Czolgosz, en la cual se hacía aparecer a Emma como cómplice directa en el asesinato de McKinley.

Algunos periódicos se contentaron con describir el incidente como *una tormenta en un vaso de agua*, pero la actitud de una gran mayoría apareció resumida en las furiosas palabras del Democrat de Madison:

Y por qué no habría de consternarse nuestra sociedad civilizada al ver que una vocinglera anarquista confesa como Emma Goldman es anunciada formalmente por un profesor de la universidad a los alumnos de dos de sus clases, cuando varios profesores y muchos estudiantes le dan la bienvenida sin que nadie alce su voz de protesta frente a semejante proceder que ha despertado la indignación del pueblo.

Evidentemente, el hecho de que un profesor de una universidad estatal diera a Emma una cálida bienvenida, era como si un sacerdote anunciara la visita del diablo y luego, con gesto hospitalario, llevara al Príncipe Negro a recorrer su parroquia.

El presidente Charles R. Van Hise, dirigente académico de los progresistas, se apresuró a reconvenir a Ross por las *dificultades* que le había acarreado a la universidad:

Creo que debería haberse percatado de que al menos algunas personas tomarían su acto de anunciar a la conferenciante como signo de que usted simpatiza con sus ideas; con sólo recordar los antecedentes de la señora Goldman debería haber previsto que su comportamiento *despertaría la indignación popular* ... Confío que en el futuro se cuidará mucho en asuntos tan delicados como éste, que pueden dar lugar a falsas interpretaciones respecto de la posición y enseñanza de la universidad sobre materias que tocan directamente al sentimiento público.

En una patética respuesta, Ross capituló totalmente:

Estoy del todo de acuerdo con usted en que, por las razones que enumera, fue impropio de mi parte anunciar la conferencia de la señora Goldman. Puede tener la absoluta seguridad de que no volveré a cometer un error de esta naturaleza.

Tan abyecta disculpa y completa sumisión no fueron óbice para que los regentes de la universidad pensaran en expulsarlo. Pero después de una amplia investigación se limitaron a suspenderlo, tras hacerle llegar una nota de profunda reprobación por su falta de criterio.

De tal manera se aplicaron sanciones disciplinarias contra un distinguido erudito, humillándoselo públicamente por un acto que no era más que un gesto amistoso hacia Emma Goldman y la libertad de palabra. Una gran universidad tembló de miedo ante el clamor público provocado por la presencia de una anarquista. Quiera que no, su visita había obligado a la Universidad de Wisconsin a demostrar qué entendía por libertad académica; el resultado fue muy triste, tanto por lo que toca al comportamiento de los jefes de la casa de estudios como en lo que concierne al sometimiento del profesor Ross.

Afortunadamente, el episodio dejó también un saldo positivo, pues, como sucede muchas veces, los estudiantes acudieron en defensa de la libertad cuando nadie quiso hacerlo.

El alumnado de 1910 inició entonces una lucha contra los conservadores regentes, que concluyó al cabo de cinco años con una considerable victoria para aquéllos. El *incidente Goldman* quedó oficialmente cerrado con la colocación de una placa sobre la fachada de uno de los salones del establecimiento. Su texto encerraba una censura contra los que mostraron su cobardía frente al clamor público:

Cualesquiera sean las limitaciones que traban la búsqueda de la verdad en otras partes, creemos que la gran Universidad del Estado de Wisconsin nunca debe dejar de fomentar el espíritu de indagación y análisis, incansable y valiente, que es condición necesaria para llegar a aquélla.

Ningún otro pensamiento habría expresado de modo más exacto las ideas que Emma representaba; ella misma podría haberlo escrito.

Su visita a Madison, pues, tuvo verdadera significación por haber desencadenado la serie de acontecimientos que culminaron con esta reafirmación de la libertad académica.

6

Durante esta misma gira de 1910, los suscriptores de Mother Earth le hicieron saber a Emma que no habían recibido el número de enero. Sin pérdida de tiempo, le envió un telegrama a Berkman para que averiguara qué había sucedido.

Un funcionario del correo de Nueva York le informó a Berkman que se había retenido aquel número por existir una demanda de Anthony Comstock.

Cuando, tras mucho esfuerzo, Berkman logró que el formidable perseguidor de la inmoralidad lo recibiera, éste negó haber presentado tal demanda, pero admitió que no se había dejado entrar en circulación a la revista.

A solicitud de Comstock, Berkman lo acompañó a la oficina del fiscal del distrito. Allí, éste leyó cuidadosamente las partes supuestamente objetables -a Comstock le chocó especialmente un artículo bastante académico de Emma sobre la prostitución- y les informó que no encontraba nada ilícito en la publicación.

Según afirma Berkman, Comstock le prometió hacer los trámites necesarios para que se permitiera circular ese número. Sin embargo, al día siguiente publicó una declaración en la cual negaba que el correo hubiera retenido la revista. Cuando un periodista del Times de Nueva York le inquirió por teléfono sobre el asunto, Comstock aseguró, iracundo, que la acusación era *una maquinación de Emma Goldman (sic) para atraer la atención pública sobre su revista. No he presentado ninguna demanda contra la misma ni tampoco el correo la ha retenido*.

Al leer estas declaraciones, Berkman le telefoneó a su adversario: *Pero señor Comstock, usted sabe que todo eso es mentira*... Por toda respuesta oyó un ruido seco. El censor había colgado el tubo.

Disgustados por la conducta de Comstock al poner obstáculos a la libre circulación de la revista y por su falsedad, Emma Goldman y un grupo de amigos decidieron concurrir a un acto que se realizó en el *Labor Temple*, en noviembre de 1910, donde el anciano debía pronunciar una conferencia.

Los llevaba la intención de hacerle preguntas capciosas que lo pusieran en ridículo. La crónica publicada por un periódico nos muestra que el pobre Comstock se las vio realmente en figurillas.

Entre otras cosas le inquirieron: *¿No es la jazmoñería la principal causa de la inmoralidad?* A lo cual respondió, de mala fe: *Esta pregunta es demasiado absurda como para contestarla*.

Una joven preguntó: *¿Cómo son los libros obscenos?* El experto en indecencias trató de salir del aprieto diciendo: *Resultaría imposible. Sería tan vergonzoso para mí como para cualquiera describir en público cómo son*.

Bueno, al menos podría decir si creía conveniente que los niños leyeran la Biblia. Comstock se negó a *oír semejantes observaciones acerca de la palabra de Dios*. ¿Llevaría a los escolares a visitar la Galería Metropolitana de Arte? Desconcertado, vaciló para luego confesar que no lb sabía. Emma le preguntó cómo pudo mantener su mente limpia y pura después de haber estado leyendo literatura obscena durante cuarenta años. El disertante consideraba que un representante de Dios podía hacerlo *si no pierde el dominio de su voluntad y obedece siempre las leyes de Dios y la moral*. Añadió que, a su parecer, no cometía ningún delito al usar un nombre ficticio para atrapar a los pecadores. *¡La pureza es verdad!*, tronó Emma. La cara de Comstock estaba ya roja de desesperación; por eso el orador se sintió aliviado cuando una mujer del público exigió que se le dejara finalizar su disertación.

Emma se retiró, preguntándose asombrada: *¿Cómo es posible que una nación supuestamente democrática ponga tanto poder en manos de una persona tan limitada y de tan corta inteligencia?*

Anthony Comstock y Emma Goldman eran dos polos opuestos de la *Asociación para la Lucha contra el Vicio, institución apoyada. Por el Estado de Nueva York-, Comstock acechaba por doquier en busca de Trampas para Jóvenes, como expresara en el título de uno de sus curiosos libros (1883).*

Este anciano, que parecía haber nacido viejo a pesar de su estrecho vínculo con la Asociación Cristiana de Jóvenes, ponía su pesada mano no sólo sobre las manifestaciones pornográficas sino también sobre el arte y la literatura.

Es así que, en una oportunidad, se refirió a Bernard Shaw como este irlandés que comercia con las obscenidades. En suma, Comstock creía por sobre todo en la represión, y Emma, en la expresión.

Cuando Emma Goldman y un grupo de liberales y radicales se reunieron en el estudio de George Bellows a los fines de formar una sociedad dedicada a combatir el comstockerismo, salió a luz la oposición fundamental que existía entre los dos puntos de vista antes enunciados. En sus memorias, George Hellman, marchand de la Quinta Avenida, recordó este intercambio de ideas entre Bellows y Emma.

Si un policía detiene a un hombre que camina desnudo por la Quinta Avenida, ¿sería eso un acto de censura?

¿Está tratando de reducir esto al absurdo?, replicó la señora Goldman, algo irritada. Pero mi respuesta es que, en efecto, se trataría de un acto de censura. Si el hombre quiere ir desnudo, nadie tiene derecho a prohibírselo.

¡Bravo!, exclamó Bellows; a veces tengo ganas de andar así cuando hace mucho calor.

En su casa de Sumit, Nueva Jersey, Anthony Comstock debe de haber sentido turbarse su sueño.

7

Los padres de familia de las ciudades que visitaba Emma Goldman se sentían algo más que turbados cuando aquélla llegaba a la localidad para poner en escena su Libertad sin Cadenas. Tal sucedió especialmente hacia 1912 en San Diego, cuando en dicha población reinaba un estado de alerta y terror contra los Industrial Workers of the World (I. W. W.).

Con su modo dramático, los representantes de la perseguida organización recorrían el país en son de protesta contra una ordenanza que prohibía hablar en lugares públicos. Cuando algunos de ellos llegaron a San Diego, arrojándose prácticamente en los brazos de los carceleros de la ciudad, las autoridades y los ciudadanos del lugar los echaron a garrotazos de las calles o les infligieron castigos aún peores.

Este episodio fue uno de los más encarnizados y violentos en su larga batalla en defensa de la libertad de palabra.

Como había hecho en otras ocasiones -estos combates seguían siempre un patrón ya establecido-, Emma unió inmediatamente fuerzas con los sindicalistas radicales. En sus mítines reunió fondos para estos últimos y colaboró en la organización de un centro destinado a ayudar a las víctimas de aquella escaramuza, centro que se estableció en la sede del I. W. W. de Los Ángeles.

Sin arredrarse ante el evidente peligro, siguió adelante con sus planes de pronunciar una conferencia en San Diego el 14 de mayo. Eligió hablar sobre El Enemigo del Pueblo de Ibsen, por considerarlo el tema más adecuado.

En la estación de San Diego aguardó a Emma y a su administrador una multitud que se había congregado allí para demostrarles a las claras que su presencia era indeseable. Por fortuna, ambos lograron escabullirse sin ser vistos, aunque, cuando ya estaban fuera de la estación, alguien los descubrió y comenzaron a perseguirlos. Más tarde, un piquete mantuvo estricta vigilancia en torno al U. S. Grant Hotel donde Emma y Reitman se alojaban. Al poco rato de trasladarse secretamente a otras habitaciones, situadas en el piso más alto del hotel, a instancias del asustado gerente del mismo, se les anunció que el alcalde y el jefe de policía los esperaban en el salón de entrada.

Cuando ambos hubieron bajado, se le solicitó a Emma que pasara a una habitación donde la aguardaba el alcalde para conversar con ella; a Reitman lo dejaron afuera. Por juzgar que la preocupación que mostraba el alcalde respecto de su seguridad era pura hipocresía, Emma rechazó despectivamente la proposición de abandonar la ciudad.

Terminado el diálogo, fue a reunirse con Reitman, pero no lo encontró. Tras unas terribles horas de espera, llegó a la conclusión de que no tenía salida. Su compañero había desaparecido, y los amigos a quienes había encargado la misión de arreglar todo lo necesario para su conferencia estaban vigilados y les era imposible ayudarla. Sin embargo, George Edwards, anarquista en el arte que creía en la libertad de palabra, le ofreció valientemente la sala de conciertos del conservatorio de música que dirigía. Emma nunca pudo llegar a dicha sala y, mucho menos, a hacer la debida publicidad para el acto.

Tras esta vana lucha, en las primeras horas del día siguiente tomó un tren para Los Ángeles, rodeada siempre por el piquete de vigilancia que corría por la plataforma y lanzaba invectivas contra el personal del tren que le impedía abordarlo.

Al anochecer de aquel día, Reitman apareció en Los Ángeles en un estado verdaderamente lastimoso. Mientras Emma conferenciaba con aquel astuto alcalde, unos hombres armados habían obligado a su infortunado amigo a acompañarlos hasta un lugar situado a unas veinte millas de San Diego. Allí lo cubrieron de alquitrán y, en lugar de plumas, le echaron artemisa. Podríamos arrancarte las entrañas -recordaba que le habían dicho-, pero le prometimos al jefe de policía que no te mataríamos.

Y cumplieron su palabra, pues le hicieron todo menos matarlo: lo golpearon brutalmente, un delicado comerciante trató de introducirle un palo en el recto, otro le retorció los testículos y alguien le escribió sobre las nalgas las letras I. W. W. con un cigarrillo encendido.

Esta penosa ceremonia concluyó con una nota patriótica cuando lo obligaron a besar la bandera y a cantar el himno nacional; una vez terminado el acto, se le permitió salir arrastrándose y apenas cubierto con su ropa interior.

San Diego se convirtió en una obsesión para Reitman; con bravuconería insistía en volver allí.

Si bien aquella derrota había sido muy enojosa para Emma, consideraba que dicha ciudad sólo era una más entre las tantas donde se negaba la libertad de palabra. Emma tenía por regla volver a un sitio donde no la habían dejado hablar hasta que en el mismo se restableciera el derecho a la palabra. Pero entonces consintió en retornar de inmediato, principalmente por complacer los insistentes deseos de Reitman y en la confianza de que así éste lograría librarse de la obsesión.

De tal manera, el segundo acto del drama comenzó en mayo de 1913, casi un año después de la representación del primero.

En esa oportunidad fueron recibidos por cuatro policías y Francis Bierman, periodista del Union de San Diego.

Reitman y Emma sospechaban que éste era responsable de gran parte de la oposición violenta que debieron soportar. Esta vez los llevaron directamente al

departamento de policía. Cual si respondiera al conjuro de un misterioso mago, el piquete apareció frente a la cárcel lanzando gritos de insulto y haciendo sonar silbatos. El paternal jefe de policía Wilson prometió a Emma y a Reitman brindarles su protección para que dejaran la ciudad, siempre que lo hicieran sin causar dificultades.

Emma rechazó con decisión este ofrecimiento hasta que resultó evidente que Reitman se había dado totalmente por vencido; entonces se sintió obligada a aceptar. Pero afuera ya se había reunido una amenazante multitud.

Con gesto melodramático, Wilson ordenó a los manifestantes que no avanzaran:

Los prisioneros se encuentran bajo la protección de la Ley. Exijo que se respete la ley. ¡Atrás!

El ruido de las cámaras fotográficas y el aullido de sirenas sirvieron de fondo a la segunda retirada de Emma.

El Union de San Diego (21 de mayo de 1913) anunciaba burlonamente:

LA CIUDAD HACE UNA PURGA DE ANARQUISTAS. ECHA A GOLDMAN Y A SU COMPAÑERO.

Pero en caracteres más pequeños también podía leerse la promesa de Emma: Volveré.

Mientras tanto, después de que la ciudad tratara tan rudamente a Emma y a Reitman en su visita de 1912, un pequeño grupo de habitantes se había reunido para formar el Foro Libre que tenía como presidente a un ministro bautista, A. Lyle de Jarnette; entre sus miembros principales se contaba George Edwards, del conservatorio de música. Pronto esta sociedad agrupó a varios cientos de personas. Por último, merced a las gestiones de Edwards, se acordó realizar un acto en el que Emma pronunciaría una conferencia.

Edwards, acompañado de otros miembros del Foro Libre, visitó al alcalde y al jefe de policía a fin de inquirirles si en esta oportunidad la policía se pondría verdaderamente de parte de la ley y del orden o actuaría simplemente como mensajera de los piquetes de vigilancia.

Las autoridades aseguraron que no impedirían la realización del mitin. Sin dejarse influir por el timorato Reitman y fortalecida por el apoyo del firme Berkman; nuestra

amiga invadió nuevamente San Diego, y por fin pudo pronunciar su conferencia sobre El Enemigo del Pueblo.

Fiel a su promesa, había vuelto.

Aquello fue un gran triunfo para el Foro Libre y para la señora Goldman -observó jubilosamente Edwards-.

Algunos sufrieron consecuencias financieras y sociales, pero de la conflagración ha surgido la salvación intelectual no sólo de los mártires sino también de todos los habitantes de la ciudad, una suerte de verdadera expiación en la cual no es necesario tener fe para poder gozar de sus frutos.

8

Antes de que se desatara la Primera Guerra Mundial, los residentes de diversas ciudades, desde el sur de California hasta Massachusetts, recibieron los inconmensurables beneficios de tal salvación intelectual.

Para decirlo de modo más simple, la lucha de Emma en pro de la libertad de palabra logró buen éxito en muchísimos lugares, de resultas de lo cual se produjo un cambio en el patrón de vida de buen número de individuos residentes en dichas comunidades.

El ex pastor bautista A. Lyle de Jarnette y el músico George Edwards, ambos de San Diego, California; el párroco episcopal Eliot White, de Worcester, 'Massachusetts; el sodalista aristócrata Arden Freeman, de East Orange, New Jersey; el joven Ben Capes, quien, en compañía de otros cuatro muchachos armados de piedras y hondas, se presentó dispuesto a disputarle a Emma el derecho a hablar en St. Louis y luego se convirtió en su entusiasta admirador, son algunas de las muchas personas que, tras asistir a la representación del drama de Emma, decidieron plegarse de modo casi irrevocable a la trascendente lucha por una libertad de expresión sin cadenas.

A partir de ese momento, sus conciudadanos los mirarán de otro modo y también ellos se verían desde otro ángulo.

Citaremos a continuación cuatro ejemplos que bastarán para ilustrar el caso de gran cantidad de individuos.

1. En Anaconda, Lewis J. Duncan, pastor de la iglesia unitaria, presidió valientemente uno de los actos efectuados por Emma en Butte. Y hasta llegó a invitarla a hablar desde su púlpito.

En una carta escrita por este pastor a un amigo, con fecha 20 de junio de 1908, se aprecia claramente qué significó tan intrépido apoyo a la batalla por la libertad de palabra que se libra en torno "de Emma Goldman, según sus propias palabras.

Tras amable guerra que G.A.R. (Grand Army of the Republic), se logró una victoria parcial:

Conseguimos que la señora Goldman hablara, pese al boicot de la prensa y del público, y a la influencia de las corporaciones comerciales que impulsan a la mayoría -excepto a los espíritus más valientes- a no asistir a las reuniones donde Emma Goldman actúa como oradora y que obliga a ésta a conformarse con salones pequeños y oscuros. Mi lucha ha alejado a mucha gente de mi iglesia y me ha hecho perder importantes contribuciones monetarias. Hasta qué punto tales pérdidas quedarán compensadas por la afluencia de trabajadores es algo que está por verse. No tengo grandes esperanzas. Estos hombres temen perder su empleo y quienes no tienen miedo están tan empobrecidos tras cinco meses de clausura de las minas y por las condiciones irregulares de trabajo que existen desde que aquéllas reabrieron, que poco pueden darle a un pobre predicador para su sostén, salvo su buena voluntad.

Es muy probable que Duncan se ganara simpatías con su conducta porque, poco después, resultó electo alcalde de Butte. Sin embargo, fue finalmente eliminado de la vida pública por la presión de grupos disgustados contra él, en parte por el apoyo que dispensara a Emma.

Aunque se vio forzado a realizar tareas domésticas para amigos a fin de ganarse la vida, nunca se lamentó de su proceder y declaró, sin mostrar el menor arrepentimiento, que no podía haber hecho otra cosa.

2. Una noche de la primavera de 1908, cuando Emma hubo terminado una conferencia sobre El Patriotismo pronunciada en el pabellón Walton de San Francisco, un soldado se deslizó entre la multitud para estrecharle la mano. Éste fue el punto de partida del caso Buwalda.

El soldado raso William Buwalda, con una irreprochable foja de servicios de quince años, había concurrido a la reunión con el único propósito de practicar taquigrafía. Convencido de que la oradora era una chiflada, se había limitado a tomar nota de sus palabras, hasta que, poco a poco, los conceptos y el modo de expresarlos cautivaron su imaginación y despertaron su interés.

Aún bajo los efectos de esa suerte de hechizo, al término de la conferencia el soldado se adelantó impulsivamente para saludar a Emma.

De regreso al cuartel fue seguido por varios policías que lo arrestaron.

Cuando, durante el consejo de guerra, los oficiales le preguntaron qué había hecho Emma para impulsarlo a cometer tan grave delito, replicó sencillamente que le había hecho pensar.

Los atónitos militares lo condenaron a cinco años de trabajos forzados. Su comandante en jefe, el general Funston, le aclaró que había tenido la suerte de no ser condenado a quince años, pues el suyo fue un grave delito militar, infinitamente peor que la deserción.

Lo que siguió no fue menos interesante. Emma organizó sin tardanza una comisión que se encargaría de defender a Buwalda.

Diez meses más tarde, el presidente Roosevelt firmaba su indulto.

Al salir en libertad, el ex soldado ingresó en las filas anarquistas y fue detenido junto con Emma cuando, más tarde, luchaban en San Francisco por defender la libertad de palabra. La policía le recriminó que se hubiera unido a aquella gente, a lo cual Buwalda replicó que él podía asociarse con quien le diera la gana.

Es difícil imaginar un cambio más completo en la vida y las ideas de un individuo.

3. Agnus Ingles consideraba que había nacido al mundo intelectual el día en que oyó hablar a Emma. Su pasado le pareció, a partir de ese momento, una existencia de fantasía: enseñanza privada, buena situación económica, y empeño en realizar una precaria obra social como la que suelen practicar quienes viven así. Ahora se daba cuenta de que todos sus esfuerzos como asistente social en la Franklin Hull-House de Chicago y en la Franklin Stettlement House de Detroit no fueron más que una obra de bien.

Abandonó totalmente este tipo de actividades para dedicarse a lograr que en Ann Arbor se les diera a los radicales la oportunidad de hacerse oír; censuró severamente a su querida Universidad de Michigan cuando las autoridades de la misma no permitieron que Emma pronunciara allí una serie de conferencias.

Además, por pertenecer a una familia adinerada -su hermano era un industrial millonario- contaba con una fortuna personal que siempre puso generosamente a disposición de Emma. Su libreta de cheques es mudo testimonio de su gran devoción y espíritu de sacrificio; y también nos muestra de dónde provenían parte de los fondos con los que Emma solventaba sus campañas.

Sin embargo, pese a su devoción por ella, Agnus Ingles no podía discernir con claridad cuál era la influencia que ejercía su heroína sobre su personalidad:

Es la persona más extraordinaria que haya conocido en mi vida. Pero no me dio la libertad. Me libré de las cosas a las que estaba atada antaño, sólo para encadenarme al movimiento, el cual se convirtió para mí en una verdadera religión que me entusiasmaba mucho más que la iglesia. Sentía que debía dar hasta el último centavo que tuviera. Emma posee un magnetismo que arrastra. Hay algo, empero, que me parece cierto. Estas grandes personalidades siguen su camino sin ver las pequeñeces que la gente común con la que tratan advierte y procura solucionar.

Hablaba así una eterna insatisfecha que no podía sentirse atada, aunque fuera por propia voluntad, a ningún movimiento. Pero Emma tenía un modo de dar por sentado que, así como ella entregaba todas sus horas a la causa, los demás también debían estar dispuestos a sacrificarse por ella.

Esta manera de tomar la generosidad de los otros como cosa natural puede, empero, producir desagrado, y esto es precisamente lo que le sucedía a la señorita Ingles, sentimiento por otra parte bastante justificado.

Además, sus observaciones señalan la aparición del problema del liderazgo en los círculos anarquistas, círculos integrados por individuos que no están dispuestos a aceptar el gobierno de nadie.

Si bien Emma supo evitar la mayoría de las dificultades que se presentan en un movimiento político sectario -adoración del líder, formulación de un credo

rígidamente definido, castigo o expulsión de quienes se desvían de la línea fijada-, le fue imposible salvarse de caer cada tanto en actitudes que recuerdan al jefe de secta, el cual exige completa sumisión a quienes le siguen[48].

En fin, la reacción de la sensible Agnus Ingles nos revela que no todo eran rosas para quienes apoyaban a Emma en su lucha por la libertad de palabra y la concreción de otros fines.

4. En 1911, era jefe del Departamento de Libertad Provisional de St. Louis un joven llamado Roger Baldwin, de cuya pureza de ideas políticas y sociales no podía dudarse ya que, estando en Harvard, se había negado a oír una conferencia de Jack London por considerar que el socialismo del novelista era tonto y peligroso. De allí que, cuando una amiga le sugirió que la acompañara a una de las reuniones en las que Emma actuaría como oradora, se negó rotundamente: No pienso acercarme a esa loca. Sin embargo, cedió a las instancias de la amiga cuando ésta hizo algunas observaciones poco halagüeñas acerca de la estrechez mental de los egresados de Harvard.

Dejemos que Baldwin mismo nos relate su asombrosa experiencia:

Emma hablaba ante una sala colmada de un barrio bajo de la ciudad. El público estaba integrado por personas de la clase obrera, aquéllas con las que Emma se sentía a sus anchas. En cuanto abrió la boca, quedé electrizado. Era una gran oradora, apasionada, intelectual e ingeniosa. Nunca había oído semejantes ataques directos contra los fundamentos de la sociedad. Me hice revolucionario, aunque seguí trabajando en pro de reformas prácticas.

Poco después, Baldwin se declaraba anarquista filosófico y reconocía como maestros a Thoreau, Kropotkin y Emma Goldman.

---

[48] *Esto se debió en parte al hecho de que un buen número de anarquistas no se esforzaron lo suficiente por obtener la libertad que Emma les instaba a buscar, y prefirieron apoyarse en ella y en el credo que habían adoptado. En las notas que inscribe en su diario el 5 de noviembre de 1911, John Sloan expresa ideas muy claras y exactas al respecto: Emma Goldman, dice, tiene una fuerza y un valor formidables. Es una gran mujer; no cabe ninguna duda. Nada hay de criticable en ella... pero sus seguidores, lo mismo que muchos socialistas y otros adictos a una idea, son individuos para quienes todo lo que afirma en su credo es una verdad inamovible... Y mientras bailan al compás que les marcan, esbozan una sonrisa de triunfo ante cualquiera de las perogrulladas de la propaganda, como diciendo: ¡ah! ¿No es ésa una verdad aplastante? Igual que los socialistas, ya lo creo.*

Puso de manifiesto el profundo cambio que se había operado en él al hacer las gestiones necesarias ante el aristocrático Women's Wednesday Club para que Emma pronunciara una conferencia en el mismo, al ocuparse de arreglar otras reuniones y al darle toda la ayuda y el aliento que estaban a su alcance, especialmente después de que comenzó a participar activamente en la lucha por los derechos civiles.

En prosecución de su obra, organizó el National Civil Liberties Bureau, de tan destacada actuación durante la alarma roja de 1919-20, que luego se convirtió en el American Civil Liberties Union.

Durante ese período, así como en años posteriores, no perdía oportunidad de expresar su agradecimiento a Emma por el impulso intelectual y moral que diera a su vida.

En una de las cartas que le escribió, decía:

Usted será siempre uno de los grandes ejemplos para mí, pues me hizo ver cuál es el verdadero significado de la libertad.

Mayor conciencia del significado de la libertad: esto es precisamente y sin ninguna duda lo que Emma Goldman dio a Agnus Ingles, a Duncan, a Buwalda, a Baldwin y a muchos otros, razón por la cual su lucha por la libertad de palabra adquiere una trascendencia que no debe subestimarse.

Si en toda su carrera sólo hubiese cumplido la obra de encaminar a Baldwin por un nuevo sendero, su papel como la mujer que impulsó al hombre cuyos esfuerzos llevaron a la creación de la American Civil Liberties Uníon habría significado, por sí solo, un notable triunfo en su batalla por la libertad de expresión.

9

Innecesario es aclarar que hizo algo más que esto. No sólo influyó sobre otros socialistas, los partidarios del impuesto único, los miembros del I. W. W., los predicadores del evangelio social y los liberales, sino que también ayudó a construir un puente que uniese a los radicales inmigrantes con los de Estados Unidos y la tradición liberal.

Se comprende que, por ser uno de los oradores más convincentes de la época y quizá la mujer que alcanzó las más altas cúspides de la oratoria en la historia

norteamericana, su público no se limitara a las personas que frecuentaban los círculos anarquistas[49].

Por cuanto sus ideas constituían sólo en parte una lógica prolongación de la doctrina de la Reforma de que cada creyente es un sacerdote y de la tradición liberal clásica que ensalzaba la libertad individual y no confiaba en el Estado, es natural que los liberales y los radicales de otras escuelas llegaran a apoyar los puntos de vista de Emma aun cuando no hubiese modo de que los aceptaran.

Recordemos que, en 1903, dio el impulso inicial para la organización de la Free Speech League, entre cuyos miembros permanentes se contaban muchos liberales y radicales de notoriedad. La liga ayudó a Emma en varios combates en favor de la libertad de expresión, y ella, a su vez, se ocupó de establecer filiales en puntos distantes del país.

En cierto modo, la Free Speech League fue la verdadera madrina intelectual de la American Civil Liberties Union.

Con el apoyo de tantos norteamericanos bien intencionados, Emma Goldman pudo hacer más que ninguna otra persona de su tiempo por detener la arbitrariedad policial en general y evitar que la fuerza pública hiciera víctima de malos tratos a los radicales extranjeros, en particular.

Su patética lucha contra la ciega intolerancia de hombres como el general Bingham y el jefe Wilson despertó la conciencia de muchos individuos y hasta incitó a algunos periódicos a protestar contra la autocracia y la violencia policiales. Gracias a esta reacción, al filo de 1910 ya no era tan fácil para los guardianes del orden arrestar a los radicales inmigrantes en razón de principios generales, caprichosa explicación que alguna vez dieron confidencialmente al World de Nueva York (28 de enero de 1903) para justificar sus actos.

---

[49] *Gran parte de su poder de convicción como oradora provenía de su carisma, concepto que tomamos de Max Weber y aplicamos aquí a la fuerza magnética con que influía sobre el ánimo de sus oyentes, a quienes hacía sentir que estaba dotada de extraordinarias prendas físicas y espirituales, que, era capaz de experimentar compasión por sus semejantes y de comprender profundamente los problemas humanos. Si bien puede admitirse que ese poder era indefinido, tanto los críticos hostiles como los favorables atestiguaron una y otra vez su existencia, pues repetidamente se ha hecho mención de su gran dominio del público, de su capacidad para subyugarlo, o de, su don de electrizarlo con la palabra.*

Por otra parte, en tanto que los rebeldes extranjeros se beneficiaban directamente con los esfuerzos de Emma en su favor, el resto del país también ganaba indirectamente por cuanto, en definitiva, la irresponsabilidad de la conducta policial amenazaba además, la libertad de todos los habitantes del país.

Otro hecho importante es que, con su ejemplo, Emma despertó el valor de los hombres sensibles pero cautelosos que no se atrevían a decir lo que pensaban.

Su firme decisión de imponer el respeto por la libertad de palabra hizo erguir la cabeza a los liberales, cuya debilidad de carácter los llevaba a caer fácilmente en una inadmisible contemporización hasta en terrenos tan peligrosos como el de la censura y la represión.

Floyd Dell describió acertadamente el papel cumplido por Emma cuando, en 1912, declaró:

Llena una legítima función social; la de sostener ante nuestros ojos el ideal de la libertad. Tiene derecho a fustigarnos por nuestra cobardía moral, a plantar en nuestro espíritu la semilla del remordimiento por habernos sometido tan mansamente a la brutalidad de la sociedad presente.

Vemos entonces que Emma fue una figura invalorable para los liberales por brindarles un verdadero ejemplo y una causa que defender.

>Jamás organización alguna ha librado batallas tan extraordinarias como las que realizó Emma Goldman en pro de la libertad de palabra en los Estados Unidos, fue la conclusión a la que llegó Roger Baldwin (1931).

Tal vez haya sido así. De una cosa estamos seguros: las incontables representaciones del drama Libertad Sin Cadenas que Emma Goldman llevó por el territorio de los Estados Unidos tuvieron alguna significación para todos aquellos que no creían que el fin justifica los medios.

PARTE IV: LA NUEVA MUJER

Capítulo decimosexto

El camino del infierno

En aquellos primeros años del siglo xx, los espíritus bullían y murmuraban como los cables telegráficos que, dos generaciones atrás, Thoreau encontrara tan poéticamente sugestivos.

El aire estaba lleno de júbilo, rebeldía y renacimiento. Reinaba un ambiente de fiesta cuyo centro era Washington Square. Aquella época fue hija espiritual de la tumultuosa y rebelde década de 1840, que Emerson describió tan exactamente; como entonces, *el período se caracterizó por un despertar del espíritu*. A decir verdad, muchas veces el murmullo que levantaban los espíritus que comenzaban a tomar conciencia de sí mismos se acercaba más a la cacofonía que a una sinfonía, pero había algo extraordinario: el nacimiento de un nuevo modo de pensar y de sentir. Era como si muchos norteamericanos miraran por la ventana hacia afuera y sintieran el gozo que despierta en el ánimo la primera alegre mañana de primavera. ¡Qué hermoso era despertar y sentirse vivir!

La renovación llegó hasta la vida política o, por lo menos, así querían hacerlo creer algunos. Theodore Roosevelt, el explosivo y contundente ex primer mandatario, cuyo heroísmo verbal lograba hacer olvidar que, en el fondo, no era más que un oportunista, inundó la tribuna pública con un *nuevo nacionalismo*.

Las personas poco advertidas pestañearon de asombro al oír que los *malhechores adinerados* aún acechaban con intención de apoderarse de la tierra, por cuanto estaban convencidos de que el *Gran Destructor de Trusts* los había eliminado totalmente años atrás.

Deslumbrados por las acrobacias oratorias de Roosevelt y quizá también por sus despliegues dentales, algunos asistentes sociales, reformadores, liberales y hasta un grupo de radicales abandonaron a *La Follette*[50] para embarcarse en el

[50] Senador que encabezó a los republicanos que se pronunciaron contra la política del presidente Taft, formando la *Liga Republicana Progresista*. (Nota de las traductoras).

movimiento más increíble que se recuerde: la campaña presidencial del *Bull Moose*, de 1912[51].

La Convención Progresista se jactó de contar con una gran novedad: la participación de dieciocho delegados del sexo femenino, cuya presencia era elocuente testimonio de la importancia política que iba adquiriendo la inquieta mujer norteamericana.

Jane Addams, de Hull-House, la mujer más admirada de su tiempo, pronunció un discurso muy significativo. Esta pacifista se unió al militarista Roosevelt, llevada por la intención de promover *reformas sociales*. Más adelante bien podría haber admitido como William Allen White: *Roosevelt me picó y enloquecí*.

También los demócratas desplegaban furiosa actividad. *Si no es demasiado costoso, con gusto compraré una ametralladora para ayudar a la revolución (mexicana)* prometió Frank P. Walsh en 1911, cuando Emma le solicitó una contribución.

Dadas las circunstancias creo, desde luego, en el poder de la fuerza bruta tanto como en el de la educación. A veces la educación es demasiado lenta.

Walsh, destacado liberal y fiscal de la ciudad de Kansas -que encabezaría la Comisión de Relaciones Industriales creada por Wilson y actuaría como su representante liberal en Nueva York-, reveló en esta carta hasta qué punto era desesperadamente ingenua la fe que los hombres de su época ponían en el progreso: las ametralladoras y la educación conducían a los mismos y elevados fines, las primeras quizá más rápidamente que la segunda. Si bien el jefe de Walsh no pensaba en ese entonces enviar armas a los revolucionarios mexicanos, tenía, en cambio, y como es natural, la misma devota fe en el progreso. Aun cuando Wilson escribiera en 1911 que *las fuerzas de la codicia y las fuerzas de la justicia y la humanidad están a punto de entablar un combate en el que los hombres pondrán toda su vida*, en realidad no temía demasiado por el tan preciado progreso. Las

[51] Disgustado porque la Convención Republicana no lo eligió candidato a presidente, Theodore Roosevelt creó el Partido Progresista o *Bull Moose* que, naturalmente, lo presentó para las elecciones de 1912. *Olvidando* el evangelio del imperialismo, Roosevelt se lanzó a predicar la necesidad de introducir reformas progresistas en el orden interno. (Nota de las traductoras).

fuerzas de la codicia estaban a punto de encontrar su alma mater en la *Nueva Libertad* de Thomas Woodrow Wilson.

El pobre Taft, que no podía ofrecer nada más nuevo que una política medianamente vigorosa contra los trusts, fue abandonado por los votantes ansiosos de entrar en una era de novedades, en la época de la *Nueva Libertad* o, aunque más no fuera, del *Nuevo Nacionalismo*.

El año 1912 fue también aquel en el que Eugene V. Debs, el candidato socialista que podría haber sido el único que realmente trajera algo nuevo bajo el Sol, recibió novecientos mil votos, cantidad extraordinaria si se piensa que entonces las mujeres no participaban en los comicios.

Pero los *nuevos* políticos eran, en su mayor parte, sólo el coro que cantaba la música de fondo. Aquélla fue también la época de la *Nueva Poesía*, de la revista publicada por Harriet Monroe en Chicago, y de la Little Review de Margaret Anderson, que luego emigró a Nueva York.

El *Nuevo Teatro* comenzaba a abrirse camino con las representaciones de los Actores de Washington Square y las obras de Eugenio O'Neill.

La *Nueva Pintura* se inauguró oficialmente con el Armory Show de 1913, y le señaló al estupefacto público que el arte norteamericano había alcanzado una dimensión extraña y diferente.

La *Nueva Arquitectura* tomaba extraordinario impulso: Frank Lloyd Wright ya había realizado doscientos proyectos y levantado edificios que constituían protestas increíblemente originales contra el *montón de híbridos estilos* de la época pasada.

La aparición en 1912 de The New Realism, trabajo escrito por varios autores, marcó el nacimiento de nuevos conceptos filosóficos.

Por último, la *Nueva Historia* encontró monumental fundamento en la obra de Charles Beard, An Economic Interpretation of the Constitution of the United States.

En suma, los hombres de la época adquirieron la conciencia de que habían llegado a un punto decisivo de su evolución y entraban en una nueva senda estética e intelectual.

La quintaesencia de todos los movimientos de renovación, fue el de la *Nueva Mujer*. En su forma extrema, la agitación feminista amenazaba obligar a la autoridad

masculina a ceder iguales derechos a la mujer en todos los campos: moral, estético y económico.

La joven Margaret Sanger, por ejemplo, osó reclamar en su Woman Rebel, revista de corta vida, el derecho de su sexo no sólo a tener hijos sin haberse casado sino a ser madres solteras perezosas. Aconsejaba a sus hermanas que miraran al mundo de frente, demostrándoles a los demás que nada les importaba lo que pensaran.

En Nueva York -donde el murmullo alcanzaba su máxima intensidad- encontramos tres archi símbolos de la *Nueva Mujer*. Isadora Duncan, envuelta en sus flotantes vestidos y entregada a una suerte de creación vivificante, con sus danzas de vitalidad y espontaneidad casi mágicas, se ganó la profunda admiración de las jóvenes rebeldes, cuyos padres habían fruncido el ceño ante toda forma de baile. Otro centro de interés era el famoso salón de Mabel Dodge, quien recibía a toda clase de personas en el número 23 de la Quinta Avenida, exactamente frente al hotel Brevoort. Nada era demasiado nuevo para la señora Dodge.

Calculadamente enigmática, vestida de blanco y cubierta a veces con una gasa de color esmeralda, permanecía de pie en la puerta de su casa y, como en secreto, saludaba a amantes, amigos, conocidos y extraños que concurrían a sus *veladas* para hablar sobre Freud y el pos freudianos, el bergsonismo, el futurismo, el anarquismo, el sindicalismo, el socialismo. Con justicia, recordaba más tarde que *florecía un nuevo espíritu que nos unió a todos*; por doquier *se levantaron las barreras y se estrechaban la mano personas que nunca habían estado en contacto*. En rigor, se estrecharon la mano personas que más hubiera valido que nunca se frecuentaran, tal como ilustra una anécdota que figura en Peter Whiffle (1922) de Carl Van Vechten: una anciana dama ultra respetable hizo algunas observaciones sobre las pinturas modernas que Mabel Dodge tenía en la casa, comparándolas desfavorablemente con los viejos maestros de la colección de Henry Clay Frick. Tanto ella como su majestuoso marido casi caen redondos cuando Van Vechten les respondió irreverentemente que no había visto la colección de Frick pero que, a modo de compensación, podía presentarles al hombre que había atentado contra la vida del magnate.

Por fortuna, la mayor parte de los que concurrían al salón no chocaban tan violentamente como los protagonistas de este episodio. Una de las veladas más famosas fue la dedicada a un debate informal sobre la acción directa; en la discusión intervinieron dos bandos: los que apoyaban la acción directa -Emma, Berkman, Big Haywood- y quienes estaban en contra de la misma, William English Walling, Walter Lippmann y otros socialistas.

El otro arquetipo de la *Nueva Mujer* era, desde luego, Emma Goldman.

La oficina de Mother Earth, ubicada en el 210 de la calle 13 Este, tenía más de *hogar para perros extraviados* que de salón social -como bien la definió Hutchins Hapgood-, aunque no por ello dejaba de ser uno de los centros de la agitación feminista y del pensamiento vivo.

Mabel Dodge, cuya casa eclipsara en algunos aspectos a aquella bullente oficina, concurrió en compañía de Hapkood a esta última para hacerle una visita a Emma.

Estaba muy inquieta y pareció bastante sorprendida de no encontrar a los anarquistas bebiendo ponches de nitroglicerina:

Sabía que era partidaria de matar cuando era necesario -escribió ingenuamente-, pero me hallé en una atmósfera tan cálida y alegre, con una mesa hogareña preparada para la cena, y Emma en persona, con modos maternos y familiares, sirviendo a todos generosos platos de carne asada ... ¡con papas fritas! Desde el momento en que entré, me miró con los ojos de una maestra de escuela severa pero cariñosa, y estoy segura de que eso era ella en esencia...

Los ratos de esparcimiento que rara vez se permitía el cuerpo de redactores de Mother Earth contrastaban placenteramente con la profunda seriedad general que emanaba de las páginas de la revista.

Varias veces por año dejaban las preocupaciones a un lado para entregarse a los *bailes de Mother Earth*, momentos de solaz que hacían vislumbrar cómo serían tal vez las horas de ocio de la época posrevolucionaria.

En la crónica aparecida en el Eveniong Post el 24 de febrero de 1912, el periodista demuestra a las claras haber disfrutado enormemente su misión de escribir un artículo sobre uno de dichos *bailes*.

Describió los refrigerios que se veían sobre mesas cargadas de *un humeante samovar ruso, tortas, pasteles, emparedados, frutas*; el aspecto de Emma mientras se afanaba *de un lado a otro cubierta con un largo delantal de cocina a cuadros, algo rolliza, y sonriendo alegremente a los muchos amigos reunidos en torno de su mesa*; las animadas danzas y las canciones de contenido social que se entonaron aquella noche, entre las cuales descolló *¡Oh, cuánto quiero a mi patrón!*

Una de las tertulias más famosas organizadas por Emma fue la *Gran Fiesta Roja*, celebrada en marzo de 1915 con motivo de cumplirse los diez años de vida de Mother Earth. Se extendió una cordial invitación, a todas las personas de *roja sangre revolucionaria* capaces de olvidar por un momento la guerra y *las necedades y los crímenes* cometidos por los radicales europeos contra el internacionalismo. Aceptaron la invitación alrededor de ochocientos individuos que representaban *todas las profesiones, desde dramaturgos, pintores, compositores, poetas, actores y hasta basureros*. Carlo Tresca, el anarquista ítalo-americano, se contó entre los concurrentes. Recordaba que Emma había aparecido vestida de monja y tratado en vano de ejecutar un vals llamado el *Resbalón del Anarquista*. Semejante ligereza y falta de decoro producía inimaginable consternación en los ciudadanos amantes de lo tradicional.

2

No debe creerse que el público necesitaba leer la descripción de las fiestas de los rojos para convencerse de que Emma Goldman era una desfachatada criminal y una mujer de moral relajada. Hacía ya años que leían relatos tan chocantes como los que la presentaban en una *taberna*, sentada a una misma mesa con varios hombres, la silla echada hacia atrás, leyendo un libro. En una época en la cual las mujeres aún fumaban a escondidas en gabinetes o baños, Emma osaba hacerlo en público, lo que constituía una violación tan tremenda de las buenas costumbres que muchas veces la expulsaron de restaurantes[52].

[52] Los tiempos cambian. En 1904 detuvieron a una mujer por fumar en la Quinta Avenida; en 1929, los ferrocarriles levantaron la disposición que prohibía a las mujeres exhibir sus cigarrillos en los coches comedores. En 1934, un periodista del Sun de Nueva York, que acompañó a Emma durante un viaje en tren desde Toronto hasta Rochester, observó que ella era la única mujer de las que estaban allí que no fumaba: hacía mucho que había dejado el hábito por suponer, no sin razón, que a causa del mismo podía terminar en la cárcel y así verse, de todos modos, inevitablemente privada del cigarrillo.

También lastimaba la sensibilidad de las personas convencionales cuando hablaba en público de cosas tan innombrables como los criminales corsés con refuerzo de acero, que aún servían de tortura a las mujeres.

En una ocasión, por ejemplo, una dama se desmayó durante una conferencia que Emma pronunciaba ante el *Manhattan Liberal Club*, la cual versaba sobre la Tragedia de la Emancipación de la Mujer. Ante el asombro de los oyentes, observó que el incidente era muy ilustrativo:

Esta señora nos da un ejemplo de la emancipación de la mujer. Si llevara ropas más sueltas, no se habría desmayado.

Este comportamiento libre de inhibiciones bastó por sí solo para ganarle una irremisible condenación, sin la menor esperanza de salvación social.

Cuando el público la oyó atacar también la estructura tradicional de la familia y abogar por el *amor libre*, su horror no conoció límites. Emma Goldman era una demoníaca Eva moderna, aliada a la serpiente; así la veían todos aquellos para quienes la carne representaba el mal, todos aquellos -y su número no debe subestimarse- que vacilaban extraña y trágicamente entre considerar a la mujer como un ángel o como un demonio, como la fuerza de la luz o la fuerza de la oscuridad, como madre o como amante, como el camino de Dios que conduce a la salvación o el del Diablo que lleva al pecado.

A los ojos de dicha gente, *esa mujer* llegó a convertirse en una suerte de manantial de impurezas.

Por otra parte, muchas de las personas para quienes la carne no encerraba ningún terror la consideraban una fuente de pureza en medio de una marisma de lasciva hipocresía.

Ahora bien, ¿qué entendía Emma por *amor libre*? Evidentemente, no pensaba en la tempestuosa falta de amor que caracterizó la relación de Abraham y Taube Goldman, ni tampoco en algo similar a su propio sofocante matrimonio con el impotente Kersner. Por el contrario, para Emma el amor libre significaba la mutua atracción, esencialmente personal, de dos seres humanos responsables. Significaba el tierno y apasionado sentimiento que tuvo por Berkman, Brady, Reitman, Milx Baginsky, Hippolyte Havel; sentimiento que nacía de una sinceridad

interna apartada no tanto de la moralidad convencional como de toda mera conformidad externa.

Paradójicamente, visto su número, sus relaciones amorosas se basaron principalmente en duraderos cimientos de ternura y mutua estima. Con la sola excepción de Most, quien se mantuvo inflexible en su decisión de no perdonarla pese a los esfuerzos de Emma por reconciliarse, todos sus asuntos amorosos terminaron amigablemente, y no con una lluvia de degradantes reproches y recriminaciones.

Brady, por ejemplo, siguió siendo muy buen amigo de Emma hasta su muerte; lo mismo sucedió con Havel y Baginsky. Hasta Reitman, de quien Emma se separó en 1917 debido a su equívoca posición respecto de la guerra, siguió considerando los diez años que vivió con ella como los más *gloriosos* de su vida[53].

Aunque a Emma le fue imposible concretar su deseo de reanudar su antigua relación con Berkman cuando éste salió de la cárcel, ambos siguieron trabajando en estrecha colaboración. Mantuvieron su amistad durante casi medio siglo, a través de revoluciones, de la guerra y la paz, de la salud y la enfermedad, del acuerdo y la disensión.

En su amor con los hombres con quienes se relacionó, había algo más que una pizca de sentimientos maternales. Puesto que sus impulsos maternales nunca pudieron fructificar -cómo y por qué es algo que analizaremos más tarde-, parecería que parte de sus anhelos de tener un hijo se hubieran volcado sobre los hombres que pasaron por su vida.

Ésta es una de las razones por las que muchos otros amigos, además de Reitman, quedaron impresionados ante su espíritu maternal.

Para mencionar sólo unos pocos, recordaremos que Kate Richards O'Hare, aguda observadora, llegó a la conclusión de que Emma era primordialmente *la tierna madre cósmica*; que a Leonard Abbott le parecía *maternal y compasiva*; que Art Young la encontraba *de apariencia y modos más maternales que destructivos*; y

[53] Cuando, décadas más tarde, falleció Emma, alguien le oyó decir a Reitman: *Se han llevado a mi salvadora y no sé dónde descansa su cuerpo... ella me dio un alma*. Si bien esta expresión de dolor tenía todos los matices de su acostumbrado exhibicionismo, no dejaba de ser sincera.

que Roger Baldwin quedó asombrado por *la cálida ternura de una madre que se ocultaba debajo del desafiante e inflexible exterior que mostraba al mundo*.

Nadie puede dudar de que su vida sexual, como bien expresó Waldo Frank, fue la *respuesta de un corazón maternal antes que la de un cuerpo sensual*. La propia Emma rechazaba enfáticamente la idea de que amor y sexo son sinónimos. Años más tarde, en una carta al escritor Frank Harris, expone vigorosamente su posición:

Bueno, querido Frank, cuando leí tu primer volumen (de My Lile and Laves), me di cuenta de inmediato hasta qué punto es imposible ser totalmente franco respecto de las experiencias sexuales, y además serlo con arte y convicción. Créeme, no es porque tenga ideas puritanas o me interese en lo más mínimo la censura de los demás. Estas impresiones respecto de los hechos del sexo derivan de mi idea de que lo meramente físico no es suficiente para comunicar el tremendo efecto que tiene sobre las emociones y las sensaciones humanas... Considero que la acción de las relaciones sexuales es psicológica y no puede describirse en términos puramente físicos.

A decir verdad, enfocaba el amor desde un punto de vista totalmente idealista. Sin embargo, su negativa a separar definitivamente su yo público de su yo privado, su absoluta franqueza y su profundo desprecio por quienes están completamente hundidos en el lodazal de la costumbre despertaban un horror culpable en el corazón de muchos individuos, muchos que tenían un yo público que hablaba en voz alta para aparentar ante los demás algo que no eran, y un yo privado que hablaba en voz baja al oído de un o una amante; muchos que estimaban necesario mantener todo lo desusado en la clandestinidad, y que se aferraban a la tradición hasta cuando se trataba de seleccionar sus vicios.

Detrás de quienes, llenos de virtuosa indignación, condenaban a Emma, se escondían simuladores de esos que se solazan con los cuentos indecentes.

También hubo episodios absurdos. Así, sucedió que en un hotel de Reno la presencia de aquella mujer que practicaba el *amor libre* provocó las escandalizadas protestas de las divorciadas que se alojaban allí. O también recordamos al cervecero de Cincinnati que golpeó a la puerta de la habitación de Emma en horas avanzadas de la noche exigiendo que lo dejara entrar; cuando Emma saltó de la

cama gritando que despertaría a todo el hotel, el hombre le imploró que le permitiera retirarse en silencio:

¡Por favor! ¡Se lo ruego! No haga escenas. Soy casado, tengo hijos grandes. Pensé que usted creía en el amor libre.

Así interpretaban este cervecero y otros el llamamiento que hacía Emma para que se optara por la riqueza creadora de un amor libre de coerciones legales, intereses económicos y obligaciones sociales, es decir, como exhortaciones a practicar una suerte de *amor desenfrenado*.

3

Durante años Emma Goldman respondió al fuego de los conservadores con sus conferencias plagadas de corrosivas críticas contra la institución del matrimonio. Luego reunió todas estas disertaciones (a las que agregó otras) y, tras darles forma de ensayo, las publicó en 1911 con el título de Anarchism and Other Essays. En esta obra puede apreciarse que sus ideas se alimentaban en la misma tradición de hostilidad hacia el matrimonio convencional que había inspirado a los socialistas utópicos, los anabaptistas, las primeras sectas heréticas cristianas y, hasta cierto punto, a Platón y otros pensadores griegos, todos los cuales rechazaron de una u otra manera el exclusivismo de una institución ligada primordialmente a la propiedad privada.

En opinión de Emma, el perjuicio fundamental del matrimonio era crear en el hombre (y en la propia esposa) la idea de que la mujer es un objeto, una cosa.

Era evidente que, en la situación imperante entonces, *se educa a la mujer como objeto sexual*. Por ser su cuerpo un capital que puede explotarse y utilizarse, ella toma como medida de su buen éxito la magnitud de la renta del marido. Se les enseña a las muchachas sólo esta pregunta: *¿Sabe ganarse la vida? ... Ellas no sueñan con la luna y los besos, con risas y lágrimas, sino con las visitas a las tiendas y con los escaparates llenos de gangas*.

La mujer que se casa por conveniencia y la prostituta están en un mismo nivel: ambas subordinan la relación sexual a los intereses materiales[54].

[54] En realidad consideraba superior a la prostituta, pues hacía suyo el concepto de Havelock Ellis de que *si comparamos a la prostituta con la mujer que se casa por dinero, esta última es la más ruin de las dos. Se le*

La mujer, sentenciaba Emma, es un ser libre en potencia que al casarse pasa a depender del marido para siempre. Hasta su supuesta ciudadela, el hogar, es la casa del hombre, dentro de la cual transcurren sus días *año tras año, hasta que su vida misma y sus relaciones humanas se vuelven tan chatas, estrechas y descoloridas como el ambiente circundante*. Semejante dependencia impide necesariamente el desarrollo de una personalidad libre.

En su calidad de transacción comercial, el matrimonio da también lugar a los celos. Emma establecía una neta distinción entre este degradante fenómeno y la angustia que despierta el amor perdido. Argumentaba que si bien la muerte del amor es virtualmente inevitable, los celos no lo son; presentó evidencias antropológicas tomadas de los escritos de Lewis Henry Morgan y Eliseo Reclus para demostrar que este sentimiento no es innato, sino más bien resultado de la intolerancia y del sentido de propiedad. El orgullo masculino se siente herido cuando ve que *hay otros gallos en el gallinero*; en cambio, los celos femeninos son producto del temor de perder el sostén económico, y de una mezquina envidia por quienes se ganan los favores del hombre que las mantiene. En último análisis, concluía, el matrimonio constituye el fundamento de los celos, pues se basa en la posesión de la mujer como artículo u objeto.

No excluía la probabilidad de que algunos matrimonios estuvieran unidos por el amor y de que, en ciertos casos, éste no muere con la vida matrimonial; pero, sostenía Emma, si el amor perdura lo hace *a pesar del matrimonio y no gracias a él*. Y después de todo, preguntaba, ¿es acaso posible ejercer coerción sobre el amor, *que desafía todas las leyes*?; *¿cómo puede esta fuerza avasalladora ser sinónimo de esa cizaña, engendro de la iglesia y del Estado, que se llama matrimonio?*

La pregunta era retórica: el amor legítimo es, en su opinión, el absurdo final.

4

En repetidas ocasiones, Emma Goldman afirmó que la tragedia del impulso de la mujer hacia la emancipación estaba simbolizada en la devota fe que aquélla

paga menos, y da mucho más en cambio en forma de trabajo y cuidados; además, está absolutamente atada a su amo. La prostituta jamás cede a otro los derechos sobre su persona...

depositaba en el sufragio universal, pues nada señalaba más claramente que el movimiento feminista se perdía en cosas puramente externas.

Asombraba a su público femenino cuando decía que el sufragio universal era el moderno fetiche: *Vida, felicidad, alegría, libertad, independencia, todo eso y mucho más, surgirá por arte de magia del sufragio*.

A modo de respuesta a sus hermanas, que esperaban milagros del voto, les pidió simplemente que observaran qué estaba sucediendo en los cuatro Estados donde entonces sufragaban las mujeres. ¿Era allí *más pura* la política? En rigor de verdad, afirmó, el anti igualitarismo, la oposición a los obreros (existente desde la época de Susan B. Anthony) y el puritanismo de los votantes contribuían a aumentar aún más la podredumbre moral de la vida política.

En su concepto, la vacuidad interna y la estrechez de miras tenían sus raíces en la reacción exagerada de la mujer moderna, deseosa de librarse de su tradicional papel sexual.

A la manera de Whitman, observó que *el gran movimiento tendiente a la verdadera emancipación no ha encontrado una gran raza de mujeres capaces de mirar francamente, sin trabas, a la libertad. Los conceptos limitados y puritanos de éstas desterraron al hombre de su mundo emocional por considerarlo un ser perturbador y de naturaleza dudosa. No se debía tolerar al hombre de ningún modo, salvo quizá como padre de un hijo, pues difícilmente pudiera tenerse un hijo sin un padre*.

De tal manera, Emma Goldman adoptó públicamente una posición opuesta a la de Charlotte Perkins Gilman, Ida Tarbell, Jane Addams y otras dirigentes del movimiento feminista.

En opinión de Emma, estas mujeres equivocaban su enfoque por dar demasiada importancia al erróneo concepto de que *sólo se requería una independencia de las tiranías externas; en cambio, consideraban que las tiranías internas -mucho más dañinas para la vida y la evolución-, las convenciones éticas y sociales, podían dejarse libradas a sí mismas ... error que las favoreció enormemente*.

Coincidía con estas feministas en no aceptar que a la mujer se le asignara el papel de mero artículo sexual, pero disentía en cuanto a cuál debía ser la respuesta de la *Nueva Mujer* ante el problema del sexo. Muchas de las dirigentes del movimiento

feminista se unían a la señora Gilman -cuya importante obra Women and Economics (1899) Emma había leído evidentemente- para deplorar la conducta de algunas mujeres *demasiado sexuales*, postular el valor intrínseco de la castidad y sostener que *los excesos sexuales han puesto en peligro la vida de la raza*.

Emma creía, por el contrario, que la *tragedia de la mujer que se sostiene por sí sola o goza de libertad económica no reside en el exceso de experiencias sino en la escasez de las mismas*. En fin, no atacaba únicamente la fijación de la *Nueva Mujer* en la panacea del sufragio sino también su inclinación al asexualismo, su tendencia a convertirse en *vestales obligadas*.

5

Estos puntos de vista sobre el matrimonio, el derecho al voto y el sexo produjeron en las mujeres una reacción que podríamos definir como de fascinada repulsión. Les repugnaba su idea de que podían escapar sin peligro del sagrado amparo del matrimonio; les enojaba que pusiera en tela de juicio la conveniencia del voto y les chocaba que se declarara francamente partidaria de una vida sexual plena para la mujer. Pese a todo, la insatisfacción por la suerte que les tocaba dejaba el camino abierto a la duda: quizá estuviera en lo cierto, por lo menos en parte.

Un crítico *socialista* del antiguo Life advirtió esta incertidumbre cuando afirmó que Anarchism and Other Essays *debería ser leído por todas las mujeres consideradas respetables y adoptado como libro de texto por los clubes femeninos de todo el país*. No sabía si todas estarían de acuerdo con Emma Goldman, pero creía que sus escritos les ayudarían a ver las cosas desde un nuevo ángulo, pues *exalta algunos de los rasgos más nobles de la naturaleza humana*.

Y, efectivamente, la *Nueva Mujer*, que en gran número se afilió a la *Federación General de Clubes Femeninos* (la cual pronto contó con más de un millón de miembros) leía el libro de Emma y concurría temerosa a oír sus conferencias, intimidada por su propia osadía. Salía conmovida y, muchas veces, convencida de que sus temores eran justificados: Emma la había hecho pensar.

Capítulo decimoséptimo

Difusora de las artes

Personalidad tan dramática como la de Sara Bernhardt o Eleonora Duse, probablemente Emma Goldman se habría sentido atraída por las tablas si en aquel momento el teatro no se hubiera encontrado en estado de fermentación e innovación[55].

De todos modos, existía incuestionablemente un nexo entre la lucha de la mujer por lograr iguales derechos y el *Nuevo Teatro* ligado a las revolucionarias obras de Henrik Ibsen.

Allá por 1890, durante su permanencia en Viena, Emma leyó fervorosamente los trabajos de este autor, que constituyeron para ella una verdadera revelación: en ellos encontró el arte y la rebelión social fusionados en un todo simétrico, un fuerte apoyo a la mujer que rechazaba el papel de muñequita y la vida de total dependencia, y, tan importante como lo demás, un vigoroso alegato en defensa del individuo contrapuesto a la masa.

Arrastrada por el entusiasmo, se dedicó a leer frenéticamente las obras de Ibsen, Strindberg, Sudermann, Hauptmann, Brieux, Shaw, Galsworthy, Yeats, Chejov, Gorki y Andreiev, que pronto conoció a fondo.

Tras su retorno a Nueva York, se unió a un grupo de artistas y actores a quienes ayudó en la creación de la *Progressive Stage Society* (*Sociedad de Teatro Progresista*), precursora del movimiento teatral independiente.

Todas las semanas la sociedad ponía en escena obras extranjeras, pero la relativa falta de interés del público de Nueva York no le permitió seguir con el experimento por mucho tiempo. Luego, en 1905 y 1906, Emma administró la compañía *Orleneff*, época durante la cual conoció a varias personalidades del teatro, entre otros a Ethel

[55] Las dramáticas vicisitudes de la vida de Emma -su participación en el intento de asesinato de Frick, su continua lucha por la libertad de palabra, su incansable batallar contra las fuerzas de la represión y la tiranía- confieren a su figura contornos casi teatrales, Es indudable que su carrera toda está llena de dramatismo, En una oportunidad, por ejemplo, la desaparecida Nazimova le confesó al autor S. N. Behrman: *Me gustaría hacer una obra sobre Emma Goldman y representar el papel de ésta*.

y John Barrymore, Arthur Hornblow, Minnie Maddern y Harrisbn Grey Fiske. Más tarde trabó amistad y trabajó con Maurice Browne, quien en 1912 fundó el *Chicago Little Theater*, y con varios miembros del grupo *Provincetown Players*.

Ya en 1897 había comenzado a dar conferencias sobre el *Nuevo Teatro*. La primera vez habló sobre las obras de Shaw frente a un puñado de mineros y en un lugar ubicado en la profundidad de la tierra. El comprobar que ese público comprendía sus conceptos la alentó a dedicarse cada vez más a escribir sobre el teatro. Estaba convencida de que el análisis de las obras modernas le servía para difundir sus ideas radicales.

Cuando los anarquistas la censuraron por pronunciar conferencias sobre teatro intelectual ante intelectuales de la clase media, replicó con enojo:

El esfuerzo creador que pinta la vida valientemente, con seriedad y sin temor, puede llegar a ser más peligroso para la presente estructura social que la estridente arenga de un orador de plaza.

No sabemos cuál fue la influencia que sobre la estructura de la sociedad ejercieron sus conferencias, pero lo cierto es que contribuyeron a preparar un público para los nuevos iconoclastas.

Los trabajos de George Bernard Shaw se popularizaron en los Estados Unidos principalmente a través de las disertaciones de Emma Goldman, declaró Rebecca West. Es probable que haya exagerado, pues otros, en particular el productor Arnóld Dayly, hicieron tal vez más que Emma para difundir la obra de Shaw en este país.

El hecho es que Emma Goldman fue una de las primeras personas que supo apreciar los valores del autor irlandés, y que hacía ya seis años se dedicaba a hablar sobre sus obras cuando Dayly estrenó Cándida en 1903 e inició el furor, por el gran dramaturgo.

La viva pluma de Margaret Anderson nos proporciona una idea de cuál era la impresión que causaban las conferencias de Emma acerca del teatro sobre un escucha bien dispuesto e inteligente.

Margaret Anderson, que se hizo anarquista después de oír a Emma una sola vez, asistió a una serie de disertaciones pronunciadas por ésta en 1914 en el *Fine Arts Building* de Chicago. Se sintió en cierta medida desilusionada, pues tuvo que llegar

a la conclusión de que algunas charlas adolecían de un serio defecto: les faltaba interés.

Emma había separado las obras que analizaría en nueve grupos, según su nacionalidad, es decir que ciertas noches le tocaba analizar tres o cuatro dramas a la vez:

Con semejante procedimiento, en la hora de tiempo que duró la disertación sólo alcanzó a relatar la trama de cada obra y señalar su valor social. Y es de reconocer que lo hizo bien. Contrariamente a lo que afirman sus enemigos, sabe discriminar entre bueno y malo y se muestra capaz de una crítica constructiva: capta la intención del autor y no desfigura el sentido ni hace interpretaciones erróneas guiadas por el deseo de decir algo inteligente y de su propia cosecha... Pero eso no basta tratándose de Emma Goldman. Cuando no llega a establecer una conexión entre su conferencia sobre el teatro y sus reacciones personales -función específica de la disertante- falta la esencia de su personalidad y, por ende, el fuego necesario.

Indiscutiblemente, una cosa era esbozar o resumir el tema de una obra ante un grupo de mineros para que éstos la comprendieran, y otra muy diferente analizar, desde un punto de vista crítico, la estructura de un drama y ubicarlo dentro de la historia del teatro con palabras y conceptos tales que impresionaran las mentes cultivadas.

2

Poco después de 1910, un joven taquígrafo de nombre Paul Munter siguió las conferencias sobre teatro que Emma pronunciaba en el *Berkeley Theater* de Nueva York. Al finalizar la serie de disertaciones, que se prolongó durante seis semanas, le obsequió una prolija copia a máquina de las mismas, presente que fue a la vez muestra de estimación y prueba de su capacidad para seguir el rápido ritmo de Emma. Berkman comenzó a trabajar sobre la copia de Munter; se hizo cargo de la revisión y compilación del trabajo, ya que Emma tenía gran facilidad para hablar y escribir, pero su escritura era casi ilegible y su ortografía, horrorosa. Fue así que, poco después, salió a luz el segundo libro de Emma, que llevó por título The Social Significance of the Modern Drama (1914), publicado en Boston por Richard G. Badger.

En el prólogo, Emma aclaraba que no era su propósito utilizar los altos exponentes del arte como medio de propaganda, pues era enemiga de la limitación, del encerrarse en la jerga radical que sólo sabe de *podridos plutócratas, determinismo económico, conciencia de clase*, y otras expresiones por el estilo:

Puesto que el arte tiene un lenguaje propio, un lenguaje que abraza toda la gama de las emociones humanas, muchas, veces resulta incomprensible para aquellos cuyos oídos están ensordecidos por el estrépito de las frases estereotipadas.

Pero Emma cayó desde tan elevada cima a un cenagal de teorías estéticas cuando añadió que el arte es *primordialmente el reflejo, el espejo de la vida. El artista es parte de la vida y, por lo tanto, no puede apartarse de los sucesos y hechos que desfilan ante sus ojos, los cuales quedan impresos en su visión emotiva e intelectual*.

Para ella, entonces, el arte es mimesis. Pero, ¿por qué estaba dispuesta a aceptar que el arte era un reflejo y no una cosa en sí? Por cierto que Venus en persona era más hermosa que la distorsionada y fría imagen de su cuerpo reflejada en un lago montañoso.

Emma advertía que su pensamiento no era claro en lo que respecta a este punto, pues reconoció que *quizá aquellos que aprendieron las grandes verdades de la lucha social en la escuela de la vida, no necesitan el mensaje del teatro*. Este último era sencillamente el Departamento de Difusión de la Gran Escuela de la Vida.

En el fondo de su teoría de que el arte es imitación se escondía un ingenuo supuesto, frecuente en todos los críticos radicales de la época, acerca de la *vida* o la *realidad*: en una sociedad capitalista, la realidad es una masa de fealdad y horror que puede derribarse de un Kolpe. Si una cantidad suficiente de artistas hubieran tropezado con esta masa y la hubiera descripto con realismo, la revolución social no estaría lejos. Tan simple era todo. Y después de la revolución, una vez abolidas las clases, no habría verdadera necesidad del arte, por cuanto la vida misma sería de por sí una cumbre de belleza y felicidad que depararía una satisfacción total.

En rigor, aunque no quería aceptarlo, mostraba signos bastante evidentes de hostilidad hacia el arte como cosa en sí. Dejaba entrever algo más que un atisbo de temor ante la posibilidad de que el arte sólo sirviera para desviar las fuerzas latentes

de rebelión social hacia una *mera* actividad estética. El arte debía ponerse al servicio de la sociedad y ser fiel reflejo de la vida.

El mundo será suficientemente hermoso cuando se transforme en un lugar suficientemente bueno. ¿Hay algo más feo que las diferencias injustas, que los privilegios de los pocos en contraste con la miseria de los muchos? Si deseamos embellecer la vida, debemos comenzar por donde corresponde.

Estas son palabras de la revolucionaria princesa Casamassima, de Henry James, no las de Emma. Pero los conceptos de ésta apuntaban en igual sentido.

Puesto que estas ideas se apartaban de la línea de pensamiento de Emma, es bastante curioso que las adoptara.

Formalmente, su teoría se acerca a un realismo mecánico y a un objetivismo totalitario que reduce el papel del artista al de escriba de una imperiosa realidad. En cambio, el resto de su pensamiento nos habla de un arte orgánico y de un subjetivismo creador en el que el artista espontáneo triunfa por sobre las asfixiantes fuerzas de una realidad demasiado estrecha; la expresión literaria lógica de esta forma de arte sería la poesía lírica.

En suma, las ideas de Emma implicaban en general el concepto de que el arte no sólo debe reflejar sino también iluminar.

Quizá una de las razones que expliquen esta discrepancia es el hecho de que estuviera aún bajo el influjo de Chernishevski, quien desaprobaba el arte tradicional por considerarlo un *fútil entretenimiento*. Además, estaba influida por otros radicales de su tiempo, quienes sostenían que el arte debe ser un instrumento. Pero ante todo, esta inconsistencia sería resultado de la tensión que creaba en el pensamiento de Emma su fe en la humanidad como totalidad y en una suerte de peculiar élite.

Sus ideas estéticas descansaban en la confianza que tenía en el poder regenerador de las masas. Alguna vez se lamentó:

Los intelectuales de América no han descubierto aun su relación con los obreros... Parecería que creyeran que son ellos y no los trabajadores quienes crean la cultura. Pero éste es un error funesto. Sólo cuando las fuerzas intelectuales de Europa hicieron causa común con las masas en lucha, cuando se acercaron a los estratos profundos de la sociedad, y sólo entonces, dieron al mundo una verdadera cultura.

Por otro lado, se unía a Ibsen en oponer el individuo a la masa. Así se manifestaba la tensión fundamenta1 de referencia.

3

Ningún otro crítico dejó a un lado su teoría estética formal en la práctica de su oficio en tan grande medida como lo hizo Emma.

Las páginas de su Social Significance of the Modern Drama, no instan a los autores teatrales a hacer caso de pomposos pronunciamientos que les ordenan no apartarse del realismo revolucionario. Muy por el contrario, al igual que Whitman era capaz de aceptarlo todo sin temor de contradecirse.

Románticos, realistas y naturalistas eran todo buen trigo para su molino.

Comentaba con igual benevolencia y comprensión la romántica y poética Chantecler de Edmond Rostand y la prosa naturalista de La Señorita Julia de Strindberg; hablaba con tanto entusiasmo de la realista Los Tejedores de Hauptmann como de su simbólica La Campana Sumergida.

Por cierto que se negaba directamente a clasificar por categorías a sus artistas:

La vida es ya bastante compleja como para darle a cada uno el lugar que le corresponde en su gran trama.

Por lo tanto, en la práctica reconocía el derecho del autor a elegir, según su idiosincrasia, el tema y el modo de tratarlo.

Más de acuerdo con el resto de sus conceptos anarquistas, no pretendía indicarle al individuo qué debía decir o cómo debía hacerlo. En realidad, como crítico, se limitaba a comunicar sus impresiones ubicadas en una posición con miras a lo social.

Pese a que en la práctica superaba notablemente su posición teórica, su método adolecía de profundas fallas desde el punto de vista de la crítica teatral seria. Tal como lo señalará Margaret Anderson al referirse a sus conferencias, en el libro Emma ¡trató de abarcar demasiado. En poco más de trescientas páginas quiso analizar el teatro moderno de Noruega, Suecia, Alemania, Francia, Inglaterra, Irlanda y Rusia, tomando, en total, treinta y dos obras de diecinueve autores.

Aturdido por este vertiginoso y calidoscópico paseo a través de los grandes nombres del teatro moderno, el lector advertido se percataba de que el libro carecía de unidad

interna, tenía la sensación de que, al quitarle las tapas, sus capítulos saldrían volando en todas las direcciones, cual bolitas de vidrio caídas del bolsillo de un niño. Estos ensayos revelaron sin lugar a dudas que Emma era capaz de adentrarse en una obra y desentrañar su significado.

La profunda preocupación de Emma por los problemas sociales infundía vida a sus resúmenes y descripciones de temas. Sus estudios adquirían un aire curiosamente moderno merced a la profunda atención que dispensaba a la obra en sí y a su exégesis del texto, aunque, naturalmente, carecía de la preparación literaria que le habría permitido extraer las sutilezas y los conceptos implícitos del contenido. Pero, a fin de cuentas, su método se reducía prácticamente a una búsqueda de homilías. A modo de ilustración, consideraremos su análisis de cuatro obras de tesis de Ibsen. En opinión de Emma, el tema de Los Pilares de la Sociedad mostraba el efecto desintegrante de la *mentira social*, del *sentido del deber* y del *provincialismo*.

Tras realizar una reseña rápida y exacta de la trama, acusaba al cónsul Bernick de ser un marido dictatorial y patriarcal, falsamente cristiano, que ponía en peligro la vida de sus semejantes al enviar al mar a su barco India en pésimas condiciones de navegación. A su parecer, el mensaje de Ibsen era bien claro: aquella nave simbolizaba a una sociedad sin remedio; la Verdad y la Libertad eran los verdaderos pilares sobre los cuales se construiría la nueva sociedad.

Sostenía que El Enemigo del Pueblo era la profesión de fe de Ibsen en el hombre que está solo y la manifestación de su desagrado por la *compacta mayoría, la maldita y cerrada mayoría liberal*.

Al hablar de Casa de Muñecas y de Espectros, explicaba que en esas obras Ibsen ataca *la mentira de la institución matrimonial*, y demostraba claramente su sincero apoyo a estos conceptos del dramaturgo.

En el comportamiento de dos de sus personajes más memorables encontramos la médula del pensamiento del gran noruego: uno de ellos es Nora Helmer, que se negó a ser tratada como una muñeca por su honorable marido, que. *La amaba pero también la ahogaba con su torpe protección*; y el otro es la señora Alving, quien, por respetar el sagrado voto del matrimonio, aceptó trágicamente seguir viviendo con un hombre depravado.

Es evidente que, al terminar su ensayo recalcando que Ibsen *ha hecho sonar el clarín anunciando un nuevo amanecer y el nacimiento de una nueva raza*, Emma esperaba comunicar a sus contemporáneos el mensaje que advertía en el dramaturgo.

Desgraciadamente, ella creía *claro como el agua* el significado de todas las obras de Ibsen, lo cual era, sencillamente otra de sus limitaciones.

Como bien se sabe, este autor presenta formidables obstáculos a quien se proponga comprenderlo a fondo.

¿Qué idea lo guiaba, por ejemplo, cuando escribió El Pato Salvaje? ¿Se burlaba de sus propios ideales, tal como afirmó James. I Huneker? ¿Se preguntaba, acaso, si el decir la verdad valía realmente la pena, como opinaba Georg Brandes? ¿Llegaba a la desesperada conclusión de que si la vida no podía conciliarse con la verdad era preferible la muerte, como consideraba Williám Archer? ¿O estaba en lo cierto Bernard Shaw cuando dijo que trataba de evitar que sus discípulos olvidaran que los hombres carentes de fuerza para sostener la verdad necesitaban ilusiones?

Es significativo que Emma no incluyera El Pato Salvaje en su libro. Esta obra no contenía un mensaje inspirador como sucedía con Casa de Muñecas o Espectros, y suscitaba dudas acerca de la posición exacta de Ibsen respecto de la *Mentira Social*. Incuestionablemente, la misma no era tan clara como Emma pensaba.

En El Enemigo del Pueblo, el doctor Stockmann vive feliz en su hogar, y en El Pato Salvaje se vislumbra que el futuro matrimonio entre el viejo *roué* de Werle y la señora Sorby será muy dichoso.

Impaciente por lograr su objetivo a toda costa, Emma pasaba por alto ambigüedades y complejidades; sólo buscaba lo absoluto y olvidaba las deducciones esclarecedoras.

4

Después del *Nuevo Teatro*, la manifestación literaria que más interesó a Emma Goldman fue la poesía de Walt Whitman.

En su concepto, el *gran Walt* era indiscutiblemente *el más universal, cosmopolita y humano de los escritores norteamericanos*.

En sus conferencias sobre Whitman, corregidas y pronunciadas repetidamente a través de varias décadas, trató de demostrar que el poeta era merecedor de tan grandes alabanzas.

Su estrecha amistad con Horacio Traubel le significó una gran ayuda en el estudio de esta admirada figura, pues gracias a los recuerdos personales de aquél y a la biografía que escribió sobre Whitman, Emma pudo comprenderlo mejor. Sus disertaciones revelaron también que había leído muchos otros estudios sobre el poeta y que conocía a fondo sus Hojas de Hierba (1855).

Emma sostenía que una de las claves de la poesía de Whitman residía en el hecho de que el patriarcal poeta *nunca vio una universidad por dentro... (esto) fue una suerte porque le ayudó a conservar su originalidad e independencia de pensamiento. Era un gran lector, y en sus horas de ocio aprendió más sobre la gente, el mundo y la naturaleza que la mayoría de los hombres que recibieron la así llamada educación superior*. De allí que Whitman pudiera mantener la *inagotable fuerza de la espontaneidad* que lo convirtió en un *indomable proscripto* en comparación con los poetas académicos.

Más tarde, demostrando gran penetración, Emma llegó a la conclusión de que otro factor importante lo constituía la *bisexualidad* de Whitman:

Cuanto más leía y estudiaba al bardo, *tanto más claramente veo que era su diferenciación sexual lo que enriquecía su naturaleza y, por ende, su conocimiento y comprensión de las complejidades humanas. La idea de compañerismo universal sustentada por Walt Whitman estaba condicionada por su magnética respuesta a su propio sexo. Del mismo modo, su extraordinaria sensibilidad para todo lo referente a la naturaleza femenina se debía a que en él mismo existía considerable femineidad. Todo esto se combinaba... para dar forma su grandeza de poeta y rebelde, y no necesita defensa o disculpa alguna*[56].

Tras analizar al hombre -pues compartía la idea de Whitman de que quien tocara las Hojas tocaba al hombre- pasó a examinar su poesía.

Su obra, decía, acercaba *jubilosamente al individuo al universo*.

[56] Gay Allen, moderno estudioso de Whitman, ofrece persuasivas pruebas que, en términos generales, demuestran cuánto se acercó Emma a la verdad en sus conceptos sobre la vida y la obra de su ídolo. Véase, de Allen, Solitary Singer, Nueva York, Macmillan Co., 1955, pp. 187, 211, 218, 421-25 y, especialmente, 424.

El gran Walt ve al ser humano de modo similar a como lo ve el anarquismo: todos y cada uno igualmente relacionados con la vida, entrelazados en la sociedad y, no obstante, una profundidad independiente.

La rebelión y la iconoclasia del bardo lo identificaron *con los factores de liberación de la vida*. Pero Emma lo honraba sobre todo por sus versos acerca de la *franca y sin embargo sana desnudez de la naturaleza*.

La tradición mundana, que tanto paraliza la vida, casi reprimió la gran poesía de Whitman:

Por sus Hojas de Hierba un canto a la belleza y a la pureza del sexo, del cuerpo humano libre de los harapos y andrajos de la hipocresía, los profesores, los tíos y las tías exigían que se les informara si el autor no es un sujeto peligroso e inmoral.

Gran mérito de Whitman fue liberar los sentidos de un puritanismo que *ultraja todo lo que contribuye a la salud, la belleza y el modo natural de vida*.

Emma estaba convencida de que nunca se había escrito un poema comparable a Los Hijos de Adán; Una Mujer me espera y Una Hora de Locura y Gozo le ganaron a Whitmah un *lugar entre los inmortales*.

A diferencia de ciertas conferencias suyas sobre el teatro, estos estudios acerca de Whitman estaban llenos de interés y de profundos conceptos. Pero, aquí también, su deseo de utilizar a Whitman para fundamentar algunas de sus ideas favoritas la llevó a considerar superficialmente serios problemas de su poesía y hasta a omitirlos por completo.

Vale decir que empleaba a Whitman con fines de propaganda en el sentido de que sólo tomaba de su poesía aquellas partes que le resultaban útiles.

En una oportunidad, mientras preparaba una de sus disertaciones, le escribió a un amigo que, en su opinión, el poeta mostraba up optimismo *enfermizo*:

Todo está bien, todo va bien, el tirano y el rebelde, el esclavo y el amo, todo está bien en el universo. Entonces, sólo cabe preguntarse por qué luchar si existe una fuerza que lo ordena y arregla todo. Y también me pregunto por qué el propio Whitman trató de hacer algo o se enfureció tanto al encontrarse cara a cara con una injusticia.

Estas críticas indican que conocía al menos parcialmente algunos de los excesos de Whitman, su tendencia al histrionismo y la vanidad que rezumaba gran parte de su obra de *poeta oficial* de la democracia.

Con toda seguridad, y aunque no lo dijera, Emma se daba cuenta de que en su poesía había una vena de tosco nacionalismo.

Pero sus dudas e interrogantes personales nunca encontraron expresión en sus conferencias; al igual que la poesía política de Whitman, sus ensayos estaban viciados por la represión de la duda y la tensión.

5

Vemos entonces que, pese a su profundo interés y poder de captación, Emma Goldman dejó entrever en sus conferencias sobre el teatro y la poesía que ciertos aspectos de dichas manifestaciones escapaban a su comprensión.

Esto sucedía en menor medida en lo que atañe a la música y la escultura. Como la mayoría de los judíos rusos, tenía un gusto casi innato por la música, que afloró en su temprana niñez cuando quedaba embelesada al oír el plañidero canto de la flauta de Petrushka, y luego se expresó en su entusiasmo por la música de Wagner y Beethoven, sus compositores favoritos.

También se inclinaba más a aceptar la escultura en sí, tal como se aprecia en sus comentarios sobre la obra de Rodin, Meunier, Jacob Epstein (quien años atrás visitó su casa de Nueva York) y Jo Davidson, amigo cuyos trabajos admiró muchas veces, aunque otras tantas desaprobó por el tema que representaban[57].

Pero, en general, Emma cometió el pecado de exigirles a los artistas el cumplimiento de ciertos requisitos que nada tienen que ver con el arte.

Tras oír su conferencia sobre El Arte y la Revolución, John Sloan inscribió en su diario:

Estuvo bien, pero por momentos demandaba del artista demasiada conciencia social. Por ejemplo, afirmó que si un gran pintor (esto es, revolucionario) hace el retrato de una dama adinerada, debe mostrarla como un parásito cubierto de

[57] Digamos, de paso, que Davidson fue el autor de la impresionante placa que se encuentra sobre la lápida de la tumba de Emma en el cementerio de Walheim, situado en las afueras de Chicago.

diamantes... pero eso es demasiado, sobrepasa los límites del arte, el cual es simplemente la verdad tal como la siente el pintor[58].

Resulta, pues, que los parásitos sociales deben aparecer cubiertos de diamantes, y los capitalistas, como cerdos relucientes. ¡Por cierto que Emma iba demasiado lejos!

A despecho de todas estas fallas, es menester reconocerle, el gran mérito de haber desplegado tan importante actividad también en el campo artístico.

Supo evitar la estrechez mental de muchos otros radicales que todo lo ven a través del cristal de lo económico y realizó un impresionante esfuerzo por definir la posición anarquista en todos los terrenos significativos de la vida.

Se requería una energía sobrehumana para luchar en favor de la libertad de palabra en San Diego y en otros puntos del país, y al mismo tiempo contribuir de modo capital al desarrollo de la conciencia estética.

Hasta la enérgica Margaret Anderson tenía que dedicarse casi exclusivamente a la edición de su Little Review y a la recolección de fondos para subvencionar la publicación del número siguiente.

Para llegar a ser crítico de primera categoría -lo cual creemos habría sido posible, visto su vigor mental y su maravillosa intuición para lo dramático-, Emma habría tenido que volcar la mayor parte de sus fuerzas en la prosecución de este fin. Pero esto habría significado una disminución de su actividad en otros terrenos: no habría podido ser tan extraordinaria defensora de la libertad de expresión, ni madre de los que sufrían hambre y frío, ni tan notable rebelde.

No era, ni con mucho, una *excelente estudiosa del teatro*, como una vez afirmó demasiado generosamente el Times de Nueva York, sino una ensayista que escribía trabajos aceptables y la primera persona que se ocupó sistemáticamente

[58] Debo mi reconocimiento al señor Joseph J. Kwiat por haberme permitido la reproducción de ésta y de otra cita del diario de Sloan, incluida en un capítulo anterior. El artista Robert Henri, amigo y mentor de Sloan, era anarquista y se consideraba discípulo de Emma Goldman. En una oportunidad le pintó un retrato -desaparecido luego misteriosamente- que Emma desaprobó, cosa irónica, porque no se le parecía demasiado. Es justo añadir que en años posteriores Emma resolvió algunas de las contradicciones encerradas en sus ideas sobre el arte. Llegó a admitir que éste es algo más que un espejo de la vida; así nos lo demuestran los conceptos reproducidos en el número del 28 de febrero de 1935 del Gazette de Montreal: *El arte es, en parte, una rebelión contra la realidad de sus deseos insatisfechos*. Tardíamente advirtió que el arte y la crítica social tienen un mismo origen, y ambos se preocupan de las nuevas formas de ver.

de la significación social del teatro moderno, tema que luego profundizaron Ramsden Balmorth y Eric Bentley, entre otros.

Tuvo el mérito extraordinario de señalar a los buenos autores -se contó entre los primeros que reconocieron la importancia de Shaw y O'Neill-, aunque a veces erraba sus gustos, como cuando aseguró que el artificioso Bret Harte era el *escritor más humano de los Estados Unidos*.

A través de Mother Earth, brindó a sus lectores algunos ejemplos de buena poesía, reimpresiones de valiosas manifestaciones literarias y análisis críticos sobre diversos autores.

Contribuyó a crear un público para los literatos y artistas rebeldes de su época (e invirtiendo los términos, también cumplió un papel decisivo al introducir a la gente de letras en el mundo de las ideas radicales).

Mediante sus conferencias contagiaba a sus oyentes algo de su sincero entusiasmo por creadores tales como Ibsen y Whitman. Una culta señora dijo no ha mucho:

Le debo a Emma todo lo que soy. ¿Se imagina qué impresión produjo en una muchacha del East Side, de diecisiete años, que nada sabía de la vida cultural? Me hizo conocer a Strindberg, Shaw e Ibsen. Solía atravesar la ciudad para oír las conferencias que pronunciaba los domingos por la noche y que versaban sobre literatura, limitación de la natalidad y el problema femenino.

Un ex estudiante de Rhodes que preparaba en Yale su doctorado en literatura norteamericana le escribió a Emma diciéndole que se estremecía sólo de pensar cómo habría sido él si hubiera empezado a estudiar antes de recibir un *hálito de humanismo a través de mi contacto con usted*.

Un joven hombre de ciencia consideraba, por su parte, que estaba en deuda con Emma, y así lo reconoció en una carta:

Usted me hizo ver la literatura, la poesía y la historia como cosas vivas. Desde que la oí ya no tuve sólo interés en cultivarme egoístamente o en hacerme rico.

Como ejemplo final, consignaremos que el escritor Henry Miller señaló su encuentro con Emma, acaecido en San Diego, como *el más importante de mi existencia. Abrió ante mis ojos todo el mundo de la cultura europea y dio nuevo impulso y orientación a mi vida*.

Todos estos tributos, amén de muchos otros, indican que Emma fue talentosa maestra y extraordinaria difusora de las artes. También sirven para corroborar la siguiente afirmación de Van Wyck Brooks, crítico e historiador de la literatura norteamericana:

Nadie hizo más que la ruso-norteamericana Emma Goldman por divulgar las nuevas ideas de la Europa literaria que tanto influyeron sobre los jóvenes del Occidente y otras partes del mundo, por lo menos las ideas de los dramaturgos del continente y de Inglaterra...[59]

[59] The Confident Years, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1952, p.375.

Capítulo decimoctavo

Iniciadora del movimiento pro limitación de la natalidad

Cuando Nora Helmer cerró tras sí la puerta de su casa de muñecas, como acertadamente observara Emma Goldman, la heroína de Ibsen abrió la gran rebelión femenina contra la dominación masculina.

Indiscutiblemente, la industrialización y la urbanización crearon condiciones favorables para la lucha de la mujer, por cuanto el Estado, la escuela y la fábrica pasaron a hacerse cargo de muchas de las funciones hasta entonces cumplidas por la familia tradicional. Esto no quita que la liberación de la mujer se lograra gracias a su empeño.

En los líricos años que precedieron a la *Primera Guerra Mundial* ya había avanzado considerablemente en su camino. No hacía mucho, los hombres argüían que no debía permitirse a las mujeres seguir estudios superiores, puesto que en un curso de botánica, pongamos por caso, el profesor tenía que referirse a los órganos sexuales de las plantas, de manera que las estudiantes que oyeran esos conceptos quedarían automáticamente señaladas como indignas de relacionarse con sus hermanas respetables.

Pero ya en 1913 el doctor A. A. Brill, uno de los primeros norteamericanos que siguieron la escuela de Freud, pudo pronunciar una conferencia sobre La Masturbación ante las damas de la *Child Study Association*. La antigua santurronería sexual había comenzado a perder terreno. Pese a los denodados esfuerzos de Comstock y sus sucesores, el panorama comenzó a cambiar: el desnudo pasó a ser cosa común en las artes, las novelas tomaban de modo cada vez más franco la relación entre los sexos, en las obras de tesis se atacaba abiertamente el papel tradicional de la mujer, y hasta se impusieron ideas feministas postuladas por extremistas tales como Emma Goldman e Isadora Duncan.

Aunque la gran mayoría de las mujeres norteamericanas seguía zurciendo medias y preparando la comida, lo hacían, por así decirlo, con un ojo puesto en la puerta por donde Nora había escapado.

Los individuos conservadores e intransigentes en el campo social, como lo era Theodore Roosevelt, encontraban escandalosa la conducta de la mujer moderna. Ésta respetaba tan poco el sagrado amparo del matrimonio, que se inclinaba cada vez más a buscar su libertad; es así que, en 1914, el número de divorcios ascendió a cien mil.

Lo que era peor aún, las mujeres habían permitido que se redujera el promedio de nacimientos, especialmente en las familias de alta posición social y económica.

Protestando airadamente contra el *suicidio de la raza* del que era culpable, T. R. se puso a la cabeza de las fuerzas que se lanzaron vanamente a impedirles huir de la cocina y, preciso es decirlo, del dormitorio[60].

2

En concepto de Emma Goldman y de muchas de sus hermanas, la maternidad voluntaria era un paso decisivo en la emancipación femenina.

La mujer ya no quiere participar en la producción de una raza de seres humanos enfermizos, débiles, decrépitos y desdichados -declaraba una y otra vez en sus conferencias-. Desea tener menos hijos, pero en mejores condiciones, engendrarlos y criarlos con amor y por libre elección, no por obligación, como lo impone el matrimonio.

En una conferencia sobre una obra de Brieux (disertación que subtituló Porqué los Pobres No Deben Tener Hijos) se declaró partidaria de *dar a la mujer los medios para prevenir la concepción de hijos que no desea ni amará, de darle libertad y fortaleza para elegir al padre de su hijo y decidir cuántas criaturas traerá al mundo y en qué condiciones*.

Desde el principio de su carrera, Emma defendió el derecho de la mujer a considerar la concepción como una elección personal. Cuando un examen médico al que fue sometida en 1890 reveló que tenía la matriz invertida, lo cual le produciría siempre dolores y le impediría tener hijos, se negó a hacerse operar aduciendo que no quería agregar otro niño a los miles de criaturas miserables que andaban por el mundo. En

[60] T. R. advirtió que si cada matrimonio no tenía cuatro hijos, término medio, *la raza* disminuiría su número. Éste era el *suicidio de la raza* que tanto lo asustaba.

cambio, daría su amor a todos los niños y a un ideal que les prometía la libertad en la cual podrían desarrollarse plenamente.

Desde el comienzo, pues, practicó una suerte de forma personal de limitación de la natalidad. En años posteriores, se acrecentó su interés por el problema. Cuando trabajaba como partera y enfermera en el East Side, tenía que rechazar muy a su pesar los desgarradores pedidos de aborto formulados por las madres involuntarias; debía hacerlo porque sabía cuáles eran las consecuencias de las malas operaciones y no conocía ningún método efectivo para prevenir el embarazo.

Por fin, como ya vimos, en 1900 asistió a una conferencia neomalthusiana internacional en París, gracias a los buenos oficios de su amigo Victor Dave.

En la oportunidad, escuchó de buen grado todos los argumentos presentados en favor de la limitación de la familia y observó demostraciones en las que se enseñaron técnicas anticoncepcionales.

Al término de la conferencia recibió instrucciones impresas que le serían útiles para su futuro trabajo.

A su retorno, comenzó a ocuparse del tema en sus conferencias y ensayos. Colaboró estrechamente con Moses Harman, habiendo lanzado un ofrecimiento de suscripción conjunta para Mother Earth y el American Journal of Eugenics, que dirigía aquél.

Luego, en 1910, publicó un estudio de la personalidad de Harman en el que lo proclamaba iniciador del movimiento de libre maternidad en los Estados Unidos. Sin embargo, como consideraba que la limitación de la familia era simplemente una de las facetas de su misión; no quería arriesgarse a ser encarcelada por hablar en público sobre los métodos contraconceptivos, razón por la cual se constreñía a proporcionar información sólo cuando así se lo requerían privadamente.

Más tarde, en 1914, se inició causa judicial contra Margaret Sanger por la publicación de Woman Rebel; después se arrestó al esposo de la señora Sanger por vender, durante la ausencia de ésta, su folleto Family Limitatíon (La Limitación de la Familia) a un agente de Comstock.

Entonces Emma decidió que había llegado el momento en el que *tenía que dejar de hablar sobre este tema o bien hacerle justicia práctica. Me pareció que debía compartir con ellos las consecuencias de la lucha por la limitación de la natalidad*.

3

El 28 de marzo de 1915, Emma habló ante seiscientas personas reunidas en una de las comidas quincenales que solía celebrar el *Sunrise Club*.

Ante aquel público integrado por médicos, abogados, artistas, comerciantes, policías de Comstock y liberales de ambos sexos, explicó las razones y el origen del movimiento pro *Limitación de la Familia* y luego describió de modo franco el uso de diversos métodos anticoncepcionales.

Estaba tan segura de que su primera conferencia sobre la contra concepción le significaría un arresto, que fue al club provista de un libro que pensaba leer en la cárcel.

Contrariamente a lo esperado, nada de esto sucedió hasta agosto, cuando ella y Reitman llegaron en gira a Portland, Oregón.

Se los acusó de hacer circular *literatura de carácter ilegal*; el tribunal municipal los encontró culpables y le impuso una multa de cien dólares a cada uno.

Scott Wood, poeta y abogado amigo de ambos que residía en Portland, acudió en su ayuda y presentó una apelación ante la corte del distrito. El juez de distrito William Gatens desechó el veredicto anterior por falta de pruebas, observando en la ocasión:

La desgracia de este país es que aún existe demasiada mojigatería... Nos choca que se hable en público de muchas cosas que conocemos muy bien en secreto, pero no tenemos el valor de levantarnos y admitirlo ...

Agradablemente sorprendida, Emma siguió adelante tratando de alentar a los radicales pueblerinos a promover la limitación de la familia.

En su camino hacia el Este, pronunció conferencias sobre La Limitación de la Natalidad o El Derecho de los Hijos a No Nacer en las principales ciudades.

El público se mostraba muy interesado y atento, especialmente cuando se componía de hombres.

Las mujeres -le escribió Emma a un amigo-, son imposibles, se ríen tontamente y a escondidas, simulando sobresalto, y ponen en situación tan incómoda a los hombres presentes en la sala que los obligan a actuar como necios. A decir verdad, hablar sobre la limitación de la natalidad ante muchas mujeres es un martirio.

En abril de 1915, Margaret Sanger se quejó a Emma y a los lectores de Mother Earth de no haber recibido de sus amigos radicales la cooperación que esperaba de ellos; solicitaba urgentemente que se le hicieran llegar fondos para seguir adelante con su lucha.

En una nota, Emma le aseguró:

Mother Earth y todas las personas relacionadas con la publicación nunca han vacilado ni vacilarán en ponerse del lado de nuestra valiente amiga, Margaret H. Sanger.

Fiel a su palabra, Emma reunió 40 dólares en Chicago, 20 en St. Louis y diferentes sumas en otras ciudades, dinero que envió a la señora Sanger.

4

Emma fue finalmente arrestada en Nueva York el 11 de febrero de 1916, a causa de una conferencia *sobre una cuestión médica* que pronunció en el *New Star Casino*.

Inmediatamente después de su detención se realizó un acto de protesta en el *Carnegie Hall*, al cual asistieron, según un periodista, cuatro policías estenógrafos, una gran cantidad de agentes vestidos de civil y varios miles de admiradores de Emma Goldman.

Aquel arresto llevó a su culminación el creciente apoyo público a la limitación de la natalidad: Leonard Abbott, viejo amigo de Emma y editor asociado de >Current Literature, fue quien presidió la asamblea, en tanto que los doctores William J. Robinson y A. L. Goldwater se encargaron de atacar la injusta medida tomada contra Emma, pronunciándose en favor de la contra concepción.

Bolton Hall, abogado y partidario del impuesto único, y Theodore Schroeder, conocido abogado de la *Free Speech League*, analizaron los aspectos legales de la limitación de la natalidad; por su parte, John Reed y Anna Strunsky Walling levantaron también su voz de protesta contra el arresto de Emma.

Durante la reunión se leyó una carta enviada por Margaret Sanger en la que manifestaba su apoyo a los fines de la asamblea.

Tras varias audiencias, se fijó el día 20 de abril para la iniciación del juicio.

La noche anterior, Ann Sloan y varios amigos de Emma dieron una cena en su honor en el *Brevoort Hotel*. También en esta oportunidad se contó con la presencia de distinguidos representantes del mundo artístico y profesional: J Goldwater y otros médicos; Henri, Bellows, Sloan, Minor, Boardman, Robinson y otros artistas; John Cowper Powys, el escritor inglés, y Alexander Harvey, editor de Current Literature.

Durante la comida, la señora Rose Pastor Stokes, esposa de J. G. Phelps Stokes, millonario industrial y propietario de ferrocarriles, distribuyó entre la concurrencia folletos con información sobre las técnicas contraconceptivas.

Al inquirirle un periodista del Times de Nueva York por qué desafiaba así a la ley, replicó que *simplemente quería hacer lo mismo que Emma Goldman*.

El hecho de que la policía no detuviera a la señora Pastor Stokes impulsó a Max Eastman a escribir en The Masses que aquélla tenía por norma el *dejar en libertad a quien sea, pero a Emma Goldman castigarla siempre*.

El proceso tuvo más de espectáculo que de procedimiento judicial. Un periodista observó que cientos de personas asistieron al mismo *como si fueran a ver una obra de teatro en la cual Emma Goldman representaba el papel protagónico*.

Las veintenas de artistas, intelectuales y radicales que presenciaron la justa entre Emma y las fuerzas de la represión no se vieron decepcionadas. La acusada pronunció un apasionado alegato en favor de la limitación de la natalidad, en el cual incluía estadísticas acerca de la elevada proporción de nacimientos entre la gente pobre y referencias a su experiencia personal como, enfermera en trágicos casos que atendió en el East Side. Terminó con una cita tomada de la obra Justice de John Galsworthy {que se estaba representando en Broadway): *Su Señoría, detrás de todo delito hay vida, una vida palpitante*.

Naturalmente, Su Señoría la declaró culpable y le dio a elegir entre pagar una multa de cien dólares o pasar quince días en presidio. Entre vivas y aplausos de los espectadores, la acusada escogió esto último.

Por primera vez en más de una década, volvió a la cárcel para pasar una merecida temporada de descanso.

Cuando salió del *Queens Country Jail*, fue saludada con otra gran reunión en el *Carnegie Hall*, la que esta vez se anunció como *Acto Pro Limitación de la Natalidad en Honor de Emma Goldman en Libertad*.

Durante aquel verano, Emma estuvo ocupada con el caso de Tom Mooney, pese a lo cual siguió hablando sobre los métodos preventivos.

En octubre la detuvieron nuevamente en Nueva York por distribuir información sobre la contra concepción, pero en esa oportunidad la encontraron inocente, en parte porque lo era en realidad y en parte porque contó con la defensa de un hábil abogado, Henry Weinberger, enérgico partidario del impuesto único.

Tiempo atrás había advertido a sus seguidores que la reducción de los nacimientos sólo era una *pequeña fase* de su programa total. Ahora, a principios de 1917, dirigía su atención hacia otros problemas por creer, con justicia, que ya había cumplido con creces su parte en la campaña.

Había divulgado ideas sobre la limitación de la natalidad de uno a otro extremo del país, había ayudado a organizar grupos encargados de hacer la propaganda y había atraído la atención pública hacia la causa merced a sus detenciones. Se sentía satisfecha de dejar la dirección del movimiento en manos de quienes consideraban la paternidad voluntaria como una panacea para todos los males sociales.

5

Entre las personas que atribuían importancia capital a la limitación de la natalidad sobresalía especialmente Margaret Sanger. Esta mujer también había sido enfermera y sufrido enormemente al conocer los problemas de las madres involuntarias, cuando trabajaba en el mismo barrio pobre de inmigrantes donde Emma había actuado unos diez años atrás. Socialista de izquierda, estaba en estrecho contacto con los anarquistas salidos de las oficinas de Mother Earth. Hutchines Hapgood recordaba:

Conocí a Margaret Sanger... en Provincetown, en 1913; era una mujer muy hermosa; en aquella época cultivaba la amistad de Emma Goldman y otros

anarquistas, quienes le hicieron conocer las nuevas ideas sobre la limitación de la natalidad.

La señora Sanger viajó al exterior aquel mismo año para ampliar sus conocimientos sobre el tema; durante su estada en el extranjero solicitó la ayuda del viejo anarquista Víctor Dave, entre otros.

A su retorno, publicó The Woman Rebel, aventura de periodismo personal que seguía las líneas de Mother Earth.

Es indiscutible que Emma ejerció gran influencia sobre la señora Sanger.

Como recalcó un estudioso del movimiento:

Margaret Sanger tomó mucho de Emma Goldman y de los anarquistas en lo que se refiere a la terminología y a la teoría reformatoria que caracterizó a The Woman Rebelen rigor de verdad, el primer número de dicha publicación incluía un extracto del ensayo de Emma sobre El Amor y el Matrimonio, en el cual postulaba el derecho de la mujer a no tener hijos, si así lo deseaba, puesto que no era una máquina.

Al iniciarse acción judicial en su contra por el número de abril de 1914 de su revista, la señora Sanger escapó a Europa.

Mientras estuvo ausente, se distribuyó entre el público su folleto La Limitación de la Familia (1914), impreso secretamente por el anarquista Bill Shattoff.

Cuando volvió a los Estados Unidos, recibió el apoyo de Emma y otros radicales. Para la época en que el gobierno desistió de la acción legal contra ella, la señora Sanger ya se dedicaba enteramente a la causa que había abrazado. Finalmente, desesperada ya de obtener un respaldo valedero de las *esposas de los esclavos asalariados*, como las llamaba, se dirigió *a las mujeres adineradas e inteligentes* en busca de ayuda.

Con gran habilidad, encauzó el movimiento hacia respetables canales conservadores, afirmando que era necesario lograr una legislación que autorizara a los médicos, y exclusivamente a ellos, a instruir acerca de la contra concepción. A partir de entonces, su nombre se convirtió en sinónimo de la lucha por la limitación de los nacimientos.

En sus crónicas sobre aquellos heroicos años, la señora Sanger ignoró o restó toda importancia al papel cumplido por Emma. En My Fight for Birth Control, publicado

en 1931, la señora Sanger no menciona las actividades de Emma, lo cual vuelve confusos algunos pasajes, como, por ejemplo, aquél donde se refiere al arresto de Bolton Hall, Ida Rauh y Jesse Ashley, sin aclarar que fueron detenidos por distribuir el folleto de Emma intitulado Why and How the Poor Should Not Have Many Children (Cómo y por qué los pobres no deben tener muchos hijos), o que la propia Emma había caído también en la redada.

En su autobiografía (1938), cuenta que existía un ávido interés por dicha cuestión en aquellos años de 1916, y se refiere al problema concomitante: el evitar que las personas *atolondradas* y demasiado emotivas se dejaran llevar por personas de intenciones equívocas.

En un capítulo que lleva el sugestivo título de Atended a Mi Causa, consigna que:

Emma Goldman y su administrador, Ben Reitman, lanzaron tardíamente una campaña en favor de la limitación de la natalidad, mas no con el propósito de imponerla sino con el de utilizar estratégicamente para su propio programa anarquista el valor publicitario que el tema había logrado.

Para Margaret Sanger, la limitación de la natalidad era el *pivote de la civilización*, como intituló en 1923 uno de sus libros. Al igual que los progresistas de su época, tenía necesidad de una fórmula mágica, de algo así como una contraparte en el campo de la contra concepción, de la famosa combinación de iniciativa-referéndum-voto-secreto-elección -directa-de-senadores[61].

Naturalmente, le molestaba que Emma Goldman se negara a considerar la limitación de la natalidad como una panacea universal; y también era lógico que deseara hacer olvidar el origen radical del movimiento una vez que comenzó a buscar principalmente el apoyo de las *mujeres adineradas e inteligentes*.

Tampoco resulta extraño, dada su dedicación unilateral a *mi causa*, que se inclinara a pasar por alto la contribución de otras figuras importantes, tales como Emma Goldman, Mary Ware Dennett, distinguida liberal, William J. Robinson, uno de los primeros médicos interesados en el asunto, o de precursores como Moses Harman.

[61] Todos puntos capitales de la plataforma progresista (Nota de las traductoras).

El hecho es que, por comprensible que sea su conducta, las omisiones cometidas por la señora Sanger quitan, innecesariamente, méritos a su aporte a la campaña en favor de la paternidad planeada.

6

Por muy diversas razones, Emma Goldman fue, pues, una de las figuras femeninas más importantes de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial.

Contribuyó a desarraigar los peores aspectos de la mojigatería y la beatería que se prolongaban desde la era victoriana. Al atacar vigorosamente la tradición que hacía un objeto de la mujer, ayudó a ampliar el campo de acción de ésta.

También criticó efectivamente a las mujeres que tomaban como fetiche un problema único, tal como el sufragio universal o la limitación de la natalidad. Sus ideas eran provocativas, pero en la práctica Emma actuaba mucho menos desenfrenadamente de lo que se pensaba en general, pues primero y ante todo era una figura materna, no una libertina. Puede decirse, en suma, que *la revolución de la moral social* que se verificó en aquellos años se debió en gran parte a los esfuerzos de Emma.

No tardó en llegar el reconocimiento del papel trascendental cumplido por Emma en bien de la causa feminista, aunque muchos pronto se inclinaron a olvidarlo. En 1922, el periódico Nation, por ejemplo, quiso incluir su nombre en la lista de las doce mujeres más extraordinarias del momento:

Emma Goldman es una gran mujer y una buena norteamericana, a pesar de que no estamos de acuerdo con ella en casi ningún punto y de que la comisión de asuntos internos la ha borrado de la nómina de socios de este restringido club que se llama los Estados Unidos. Como publicista, sobrepasa notablemente a Ida Tarbell.

Una década más tarde, John Haynes Holmes puso el nombre de Emma junto a los de las mujeres más prominentes del mundo, entre quienes se encontraban Jane Addams, Annie Besant, Margaret Sanger, Mme. Curie y Helen Keller.

Hubo dos escritoras inglesas que la juzgaron una de las figuras femeninas más destacadas de la época. Margaret Goldsmith la eligió como una de las *Severz Women against the World*) Siete *Mujeres Contra el Mundo*) (1935), y la novelista Ethel Mannin dedicó su Women and the Revolution (Las Mujeres y la Revolución)

(1939) a Emma, *porque ha consagrado toda su vida a la causa de la revolución y porque es usted la más grande revolucionaria de nuestros días*.

Sin embargo, la mayoría de sus contemporáneos no la hicieron objeto de tan altas loas. Sus adversarios del gobierno, en especial, distaban mucho de considerarla merecedora de alabanza. A sus ojos, ella era simplemente *la Roja más peligrosa que andaba por esos mundos*.

PARTE V: LA ROJA MÁS PELIGROSA

Capítulo decimonono
¡Muni! ¡Muni! El caso Mooney, 1916

Durante casi una década después de que se le retiró la ciudadanía a Kersner en 1908, la lucha entre Emma Goldman y el gobierno se mantuvo en una tregua. Su empecinada negativa a viajar al extranjero había atado las manos a sus enemigos, quienes debían limitarse a tener metódicamente al día su expediente. Pero, en dos ocasiones, las esperanzas de los funcionarios se avivaron momentáneamente: quizá, pensaron, podría demostrarse judicialmente que estaba complicada en algún acto de violencia o, por lo menos, que había abogado por medidas de fuerza.

Cuando Emma rehusó volverse contra los hermanos McNamara, que confesaron haber dinamitado el Times de los Angeles en 1910, sus enemigos creyeron que esta actitud podía darles base para incriminarla. Pero la negativa de Emma a unirse a los que condenaban a los terroristas partía de su convicción de que este trágico incidente era sólo una nueva manifestación del principio de que la violencia del patrón inevitablemente engendra la violencia de los obreros. No se pudo hacer nada para ligarla directamente a los McNamara, gremialistas militantes pero católicos y conservadores en esencia, cuyo único antecedente radical era pertenecer a la American Federation of Labor. Emma sólo tuvo conexión indirecta con el asunto a través de su amistad con Matthew Schmidt y David Caplan, ambos acusados como los McNamara.

Cuando Schmidt salió de su escondite en 1914, Emma lo invitó a una reunión en su departamento, a la que concurrirían Lincoln Steffens, Hutchins Hapgood, Berkman y otros. Un tal Donald Vose, a quien Emma había admitido en su casa por tener amistad con la madre, entró cuando todos conversaban. Emma le presentó a Schmidt. Pocos días después, este último fue arrestado y Emma se enteró entonces de que Vose era agente a sueldo del detective William J. Burns y tenía la misión de espiarla a fin de localizar a Schmidt.

Mortificada por haber brindado hospitalidad a un informante de la policía, escribió una diatriba contra El Execrable Donald Vose, que apareció en el número de enero

de 1916 de Mother Earth. Más tarde, el fiscal general Mitchell Palmer esgrimiría este artículo para fundamentar su acusación de que Emma había sido cómplice en el acto terrorista de Los Ángeles.

En cambio, no le faltaba razón a Palmer para afirmar que la edición de julio de 1914 de Mother Earth era prueba de que Emma abogaba por la violencia.

Dicho número de la revista estaba dedicado *a nuestros mártires muertos*, Arthur Caron, Charles Berg y Carl Hanson.

Estos tres compañeros habían perdido la vida en una explosión producida el 4 de julio en un atestado inquilinato de la Avenida Lexington, en Nueva York. No se sabía con certidumbre, y probablemente nunca se sabrá, si alguien había colocado una bomba en el departamento perteneciente a Louise Berger, miembro del grupo de Mother Earth, o si los tres hombres que se encontraban allí fueron destrozados por la explosión prematura de una bomba que estaban preparando para su lucha contra los Rockefeller[62].

Emma se encontraba en plena gira por el Oeste cuando recibió el número de julio de la publicación. Al verlo se sintió desmayar: *Estaba lleno de palabrería sobre violencia y dinamita*.

Hubo un artículo que despertó particularmente su ira. Lo firmaba Charles Robert Plunkett, escritor que nunca había oído nombrar, quien afirmaba salvajemente:

En cuanto a mí, soy partidario de la violencia. No sólo de la defensiva sino también de la ofensiva.

En concepto de Plunkett, la dinamita era la mejor respuesta para todos:

Tienen rifles, tienen cañones, tienen soldados, tienen disciplina, tienen ejército... y nosotros tenemos dinamita. Para la opresión, para la tiranía, para las cárceles, los garrotes, las armas y los barcos, sólo hay una respuesta: ¡dinamita!

Deseando casi que Plunkett hubiera sido consumido por sus propias palabras incendiarias, Emma sintió ganas de tirar al fuego aquel maldito número de la revista. Pero la misma estaba ya en manos de sus suscriptores, y su desazón no disminuyó por el hecho de que fuese Berkman, encargado de la publicación durante sus

[62] La explosión ocurrió poco después dé la masacre de Ludlow, en Colorado, del *desfile en señal de duelo* de Upton Sinclair -en el cual participó Caron-, efectuado frente a las oficinas de Rockefeller situadas en Broadway 26, y de la batalla por la libertad de palabra librada en Tarrytown, donde residía Rockefeller.

períodos de ausencia, el responsable directo de la inclusión de material tan explosivo.

En su calidad de editora de Mother Earth, era ella quien formalmente respondía por lo que allí se publicara. Además, cualesquiera fueran las presiones a que se la sometiese, jamás trataría ella de hacer recaer la responsabilidad sobre los hombros de su viejo amigo.

Pese a todo, los intentos de los funcionarios federales por ligarla públicamente a estallidos de violencia fallaron debido a la falta de pruebas contundentes. Por último, como si su frustración hubiera terminado por transformarse en una ironía del destino, las sorprendidas autoridades federales se encontraron en el mismo bando con Emma y Berkman en la lucha por evitar que el gaviero de California cumpliera su propósito de ejecutar a Tom Mooney.

2

EL 22 de julio de 1916 estalló una bomba durante un desfile militar que se efectuaba en San Francisco. Murieron ocho personas y cuarenta resultaron heridas. El detective Martín Swanson, contratado por capitalistas interesados en los servicios públicos de la ciudad, ayudó a endilgar el crimen a Thomas J. Mooney, un *elemento perturbador*, como se lo calificó en las disputas laborales de la zona de la Bahía, y a Warren Billings, dirigente obrero de segunda categoría.

El fiscal de distrito Charles Fickert, que se había negado a procesar por soborno al presidente de los Ferrocarriles Unidos, estaba más que deseoso de enjuiciar a Mooney, enemigo de dicha empresa ferroviaria.

Mooney y Billings fueron detenidos, sin orden de prisión, el 26 de julio. (Dos días antes, los miembros de una *Comisión Pro Orden y Respeto de las Leyes* habían reunido 400.000 dólares destinados a librar a la comunidad de los *elementos anarquistas*.) El detective *privado* Swanson tomó a su cargo la investigación y dirigió la acción de las dependencias públicas encargadas de hacer valer las leyes. Swanson también hizo saber que se proponía *pescar* a Alexander Berkman; según palabras de un testigo, juró que Berkman sería colgado junto con Mooney.

Quiso la casualidad que Berkman y Emma Goldman se encontraran en San Francisco en aquellos días. El primero había ido al Oeste con el fin de publicar Blast, semanario obrero radical que también pensaba dirigir.

Por su parte, Emma tenía dispuesto pronunciar una serie de conferencias. Una de ellas, titulada Los Preparativos de Guerra, sería pronunciada el 20 de julio, pero cuando se enteró de que aquella misma noche se iba a realizar otro acto donde el orador hablaría en contra de los preparativos militares, decidió diferir su charla para el veintidós.

Esta postergación fue sumamente afortunada, pues si hubiera ofrecido su disertación antes del desgraciado desfile, es casi seguro que la habrían acusado de ser responsable de la tragedia.

El hecho es que, dadas las circunstancias, Emma y Berkman estaban en peligro. Seis días después de la explosión, la policía le anticipó al Examiner de San Francisco (28 de julio) que en la casa de Edward S. Noland, arrestado con Mooney y Billings, se había hallado correspondencia que demostraba que aquél estaba *identificado* con las actividades de Emma Goldman.

Esta falsa información era débil índice de la profunda duplicidad de la policía y de los fantásticos extremos a los que podía llegar en su vehemente deseo de establecer un nexo entre Emma y el acto terrorista; más tarde se supo que dicha correspondencia se refería exclusivamente a la visita que hacía Emma a San Francisco con el propósito de pronunciar algunas conferencias ¡sobre arte!

El fiscal de distrito Fickert también anunció que veía *la mano de Berkman en este atentado* y estaba considerando la posibilidad *de poner bajo custodia a todos los rojos de cierta notabilidad* que se encontraran en San Francisco.

Indiscutiblemente, algo se preparaba.

Para empeorar las cosas, los liberales y los sindicalistas, todavía afectados por la confesión de los McNamara, estaban dispuestos a dejar a Mooney y a Billings al cuidado de Swanson, Fickert y la *Comisión Pro Orden y Respeto de las Leyes*.

Así como en 1910 diera por sentado que los McNamara eran inocentes, ahora, en su casi totalidad, la izquierda aceptaba sin discusión la culpabilidad de Mooney y de Billings. Hasta Fremont Older, que siempre había sido firme defensor de las

libertades civiles, olvidó por un momento sus ideales cuando exclamó: *¡Que lo cuelguen a ese hijo de mala madre!* [63]frase que expresa gráficamente el sentir popular respecto de Mooney.

Emma y Berkman fueron virtualmente los únicos radicales que se mostraron dispuestos a hablar en favor de los acusados. Aun cuando hubieran creído que éstos eran culpables, habrían tratado de que gozaran de los beneficios de una adecuada defensa.

Berkman, que conocía bien a ambos hombres, estaba convencido de su inocencia, y por ello él y Emma se puso inmediatamente a la tarea de brindarles toda la ayuda que pudiera.

Para empezar, Berkman combatió desde las columnas de su Blast la histeria que amenazaba con aniquilar a los acusados y, tal vez, a otros. Logró que su amigo Bob Minar se trasladara a San Francisco para dedicar a la causa su considerable talento artístico.

Pronto se hizo sentir el reconocimiento oficial del impacto producido por la revista, ya que la policía se presentó en las oficinas con un permiso de allanamiento; los representantes del orden se apoderaron de gran cantidad de documentos, listas de suscriptores y otros materiales, por los cuales no dieron recibo alguno. Tampoco dejaron constancia oficial de dicho permiso hasta que se vieron obligados a hacerlo durante el proceso de Mooney.

Berkman, Emma, Minar y M. Eleanor Fitzgerald, compañera de Berkman, organizaron la primera *Comisión de Defensa de Mooney y Billings*.

Después de semanas de infructuosos esfuerzos y de trabajar constantemente contra la negligente contemporización de los liberales, aquella comisión logró encender una chispa de interés entre los radicales y sindicalistas del Oeste.

Mientras tanto, Berkman le pidió a Emma que buscara a algún profesional capaz y destacado que tomara la defensa de Mooney. De mala gana, Emma interrumpió sus vacaciones en Provincetown, donde había ido a pasar un mes de descanso, para

[63] Older pronto recobró el equilibrio y trabajó desinteresadamente para lograr la libertad de Mooney. En una carta fechada en 1931 le decía a Emma que durante quince años había estado *haciendo penitencia* por su ceguera inicial en el caso Mooney.

hablar personalmente con su amigo Frank P. Walsh, que entonces estaba a la cabeza del cuartel central de la campaña de Wilson en Nueva York.

Walsh se mostró interesado y bien dispuesto, pero en aquellos momentos deseaba por sobre todo trabajar para el hombre que había evitado la entrada del país en la guerra. Declinó apenado el pedido de la amiga y aprovechó la oportunidad para señalarle que era deber de toda persona liberal y amante de la paz reelegir a Woodrow Wilson[64].

Lo que Emma no pudo hacer, Berkman lo logró. Firmemente decidido a obtener los servicios de un abogado competente, atravesó el país despertando interés por el caso en los gremios de las ciudades por donde pasó.' Al llegar a Nueva York, fue a ver a W. Bourke Cockran, conocido y cotizado abogado de Tammany y orador del Partido Demócrata.

La elocuente descripción que le hizo Berkman de la conspiración que se tramaba contra Mooney le impresionó tanto que ofreció hacerse cargo de la defensa sin recibir remuneración.

Mientras estuvo en el Este, Berkman también consiguió que los sindicatos radicales y judíos comenzaran a ocuparse del caso Mooney y le brindaran su apoyo.

De tal manera, y con la ayuda de Emma, Berkman inició una campaña de alcances nacionales en favor de Mooney.

Cuando, años más tarde, los comunistas tomaron en sus manos la defensa de este último, escribieron una historia de la lucha donde, adrede, no se menciona siquiera la extraordinaria tarea cumplida por Berkman.

Mooney le escribió a su benefactor una carta de disculpas en la cual afirmaba que el relato hecho por los comunistas contemporáneos no le *hace justicia a usted y a su camarada... eso se debe a que ellos (los comunistas) los odian a ambos*... Pese a todo lo que digan estos historiadores bien catalogados que desean cambiar el pasado, es indudable que Berkman cumplió un papel capital en dicho proceso. Fue principalmente gracias a su incansable actividad que Mooney pudo gozar de una defensa legal y competente, que se reunieran fondos y que se obtuviera cierto

[64] Es justo consignar que Walsh también dedicó luego generosamente su tiempo y su talento a ayudar al encarcelado Mooney. Pero cuando lo hizo habían sucedido dos cosas: 1) Wilson se había convertido en el pacifista presidente de guerra, y 2) Mooney había salvado la vida a duras penas pero perdido su libertad.

apoyo de los radicales, liberales y obreros, apoyo tanto más valioso si se recuerda que *en aquellos días -como escribió agradecido Mooney-, las cosas eran muy difíciles*.

3

Desafortunadamente, todo esto no bastó. El 7 de febrero de 1917, Mooney fue declarado culpable y condenado a morir en la horca. Poco importaba que el veredicto se basara en testimonios patentemente falsos y que fuera producto de una evidente persecución oficial; después de todo, los 400.000 dólares reunidos por la *Comisión Pro Orden y Respeto de las Leyes* constituían de por sí elocuente testimonio.

Mooney debía morir.

Desde ese momento, Fickert tenía las manos libres para proceder contra otros *rojos*. En su *Informe sobre la Población del Estado de California*, que presentó ante la *Comisión de Intervención de los Estados Unidos*, aseguró lisa y llanamente que era irrefutable la complicidad de Emma Goldman en el acto terrorista por cuanto *Emma Goldman, la cabeza de los anarquistas de los Estados Unidos* estaba de visita en San Francisco; *no puede dudarse de que Mooney y sus compañeros, además de tener razones de índole general para desear interrumpir el desfile militar, se sintieran más ansiosos aún de hacerlo para demostrarle a su jefe y adalid cuán valientes y osados eran sus partidarios de San Francisco*.

Por otra parte, era *bien conocida* la íntima amistad que ligaba a Emma con Berkman, y *hemos demostrado que Thomas J. Mooney y Alexander Berkman trabajaban en estrecha colaboración en lo que se refiere a las actividades anarquistas*.

Quizá Fickert tenía conciencia de que semejantes elementos de juicio difícilmente habrían convencido siquiera a una turba capaz de linchar al objeto de su furia. Pero no era esto lo que buscaba, sino utilizar el nombre de Emma Goldman para fundamentar sus cargos contra Israel Weinberg, otro acusado.

Durante el juicio, se le formularon a éste las siguientes preguntas:

P. - ¿Conoce usted a Emma Goldman?

R. - Sí, señor, la he visto.

P. - ¿Recibió cartas de ella?

R. - No recibí ninguna carta de Emma Goldman.

P. - ¿No conoce usted una carta que Emma Goldman le escribió al señor Noland, en la que le decía que estaría en la ciudad para esta época?

R. - No.

Como bien observó la *Comisión Norteamericana para el Cumplimiento y Aplicación de las Leyes*, *este interrogatorio demuestra mala fe porque sabemos que en ese entonces se había despertado la ira popular contra las ideas de avanzada, especialmente contra las doctrinas de Emma Goldman y Alexander Berkman*.

En cambio, Fickert estaba más firmemente decidido a procesar a Berkman.

Durante el juicio de Mooney, comenzó a dejar *deslizar* informaciones a la prensa:

1) El Chronicle de San Francisco publicó el 1° de enero de 1917 la siguiente noticia: La oficina del Blast, dijo Fickert, es el lugar donde se fraguó el complot.

2) Chronicle, enero 7: el segundo fiscal de distrito Cunha afirmó que trataría de demostrar que Berkman y Fitzgerald conspiraron en 1914 para hacer volar la casa de John D. Rockefeller en Tarrytown.

3) Chronicle, 8 de enero: Fickert acusó a Berkman de sobornar a un miembro de la Comisión de Relaciones Industriales para que modificara su informe.

4) Chronicle, 10 de enero: Fickert denunció a Berkman como el verdadero poder que se oculta detrás de la defensa. El fiscal de distrito hizo circular todos estos infundios en momentos en que se estaba formando el jurado de Mooney.

En julio del mismo año, ya condenado Mooney, Fickert logró que se iniciara juicio público contra Berkman por asesinato.

Afortunadamente, éste se encontraba recluido en *The Tombs*, de Nueva York, aguardando que se presentara una apelación por el fallo de culpabilidad dictado contra él y Emma por conspiración para entorpecer el enrolamiento.

Dada la atmósfera reinante en San Francisco, Emma se percató inmediatamente de que la entrega de Berkman significaría una muerte casi segura. Sin pérdida de tiempo, ella y M. Eleanor Fitzgerald organizaron una comisión de publicidad con el fin de frustrar los planes de Fickert.

Emma y sus colaboradores obtuvieron el apoyo de los Gremios Hebreos Unidos, la Unión de Trabajadores del Vestido, el Sindicato de Peleteros, el de

Encuadernadores y otros. Gracias a sus esfuerzos, afluyó al Departamento de Justicia gran cantidad de peticiones contra el traslado.

Luego la comisión se preparó para enviar una gran delegación de dirigentes obreros a Albany, que presentaría sus protestas ante el gobernador Whitman y exigiría que no se trasladara a Berkman a California.

Cuando esta delegación llegó ante el gobernador, en el mes de octubre, éste les aseguró que estudiaría el caso a fondo antes de tomar medida alguna. Es cierto que el apoyo popular dispensado a Berkman tuvo su importancia, pero habría sido la influencia de Washington lo que, en última instancia, determinó la decisión del gobernador.

Tiempo después, Berkman escribió que Wilson intervino personalmente en el asunto, enviando al coronel House a Albany.

No sabemos si la información de Berkman era correcta, pero es muy probable que House se haya comunicado de una manera u otra con Whitman ya que, indudablemente, el gobierno estaba interesado en el caso Mooney tal como lo revelara un memorándum confidencial mandado por dicho coronel a Wilson apenas unas semanas antes.

El hecho es que, finalmente, Whitman se negó a obrar hasta no haber leído las actas del jurado que procesó a Berkman.

Fickert quedó estupefacto ante tan inesperado giro de los sucesos. Para cubrir su retirada, anunció que por el momento *dejaría a un lado el asunto Berkman*. Se comprende que no sintiera deseos de hacerle llegar a Whitman las actas del jurado, pues las mismas mostraban que el fiscal de San Francisco no tenía más razones que sus desmesuradas ansias de venganza. Pero aunque hubiese decidido continuar su tarea, a pesar de todos los inconvenientes, se habría visto detenido por la acción del fiscal de Nueva York, quien solicitó que no se dejara salir a Berkman del Este mientras el tribunal competente no hubiera dado su fallo en el procedimiento federal que se seguía contra el mismo.

4

Para consternación de Fickert y otras autoridades de California, el caso Mooney adquirió dimensiones de escándalo internacional. Es así que la Comisión de

Intervención, creada en buena parte debido a las protestas internacionales, informó a Wilson en enero de 1918:

Sabemos concretamente que la atención pública se concentró en la situación reinante en el Este debido a los actos de protesta realizados en Rusia contra la condena de Mooney. De Rusia y los Estados del Oeste, este clamor se extendió a todo el mundo...

Es realmente fascinador seguir el hilo de estos sucesos.

Por extraña coincidencia, Lincoln Steffens conversaba un día con el embajador David Francis en la embajada norteamericana de Petrogrado cuando, asombrados, oyeron fuera una multitud que coreaba un nombre. Se acercaron a la puerta del edificio y allí Francis quedó petrificado al oír el repetido grito de *¡Muni! ¡Muni!*. Un periodista que se hallaba presente adivinó por fin que aquellos rusos protestaban porque se había condenado a Mooney allá en California, a medio mundo de distancia.

Según Steffens, la multitud se tranquilizó cuando el embajador le aseguró que informaría a su gobierno sobre el asunto.

Tales demostraciones, que se produjeron varias veces en Petrogrado y Kronstadt en 1917 y a principios de 1918, eran una respuesta a los mensajes enviados a Rusia por Berkman y Emma Goldman.

Éstos habían encargado a algunos refugiados que volvían a la patria la tarea de incitar a los trabajadores rusos a realizar demostraciones contra la conspiración de California. Pese a la censura de tiempos de guerra, también lograron enviar por cablegrama instrucciones directas a sus camaradas rusos. De tal manera, cuando Fickert propuso la extradición de Berkman, Emma y la comisión mandaron un telegrama que decía: *Tío enfermo de misma enfermedad que Tom. Comunicar a amigos*.

Este cable logró burlar la censura y fue así que, a partir de ese momento, los manifestantes Vocearon el nombre de Berkman junto con el de Mooney.

Desde luego, el presidente Wilson se enteró de dichas protestas a través del embajador Francis. Para asegurarse de que el primer magistrado se percatara claramente de la importancia de tales manifestaciones, Berkman le sugirió a Emma

que enviara a Ed Morgan, miembro del I. W. W. y amigo de ambos, a Washington para que tratara de aumentar el interés por el caso. Emma asintió, aunque no creía que un solo hombre pudiera hacer demasiado.

Estaba muy equivocada. Morgan logró maravillas; llenó los diarios favoritos de Wilson con excitantes noticias acerca de las demostraciones y luego despertó las simpatías de funcionarios influyentes al dar a conocer interesantes detalles sobre lo hecho por Fickert, Swanson y compañía.

Esta campaña publicitaria estaba tomando gran impulso cuando Wilson propuso que se investigara a fondo aquel penoso asunto; designó entonces a la *Comisión de Intervención de los Estados Unidos* para que realizara la debida indagación.

Las conclusiones presentadas por dicha comisión impulsaron a Wilson a solicitarle al gobernador William D. Stephens, de California, el 22 de enero de 1918, que se postergara la ejecución de Mooney por lo menos hasta después de ventilada la causa que se le seguía por otros cargos.

El texto del telegrama enviado por Wilson decía así:

Le ruego respetuosa, pero encarecidamente que así lo haga, por cuanto este caso ha adquirido importancia internacional...

Para ese entonces, los marineros de Kronstadt realizaron otra manifestación en masa frente a la embajada norteamericana de Petrogrado. Por boca de su intérprete, Louise Berger, amiga íntima, de Berkman y Emma, los marinos anunciaron que estaban decididos a tomar a Francis como rehén hasta que se dejara en libertad a Mooney, Berkman y los demás acusados.

En presencia de los manifestantes, Francis cablegrafió a Washington y prometió hacer todo lo que estuviera en sus manos para lograr la libertad de aquellos hombres.

Poco tiempo después (27 de marzo), Wilson hizo llegar un telegrama al gobernador Stephens expresando su esperanza de que se conmutaría la pena a Mooney, pues este paso tendría *un saludable efecto sobre ciertos asuntos internacionales*.

Pero Stephens no cedía. Luego (4 de junio), el presidente hizo una apelación final para conseguir la conmutación de la sentencia:

No me atrevería a volver a llamar su atención sobre el caso -le manifestaba Wilson a Stephens-, si no supiera cuán grande es la trascendencia internacional del mismo. Recién cuando una segunda investigación federal sacó a luz otras graves irregularidades de Fickert, accedió Stephens a} as demandas de Wilson.

En una declaración dada a conocer el 28 de noviembre, Stephens afirmaba con enojo que Berkman era responsable de la agitación internacional que se había levantado en torno del caso Mooney:

... La propaganda en favor que se llevó adelante siguiendo los planes de Berkman ha sido tan efectiva que se extendió a todo el mundo.

A regañadientes, protestando, cual si le arrebataran dolosamente la libra de carne que le debían, Stephens firmó la disposición por la que se conmutaba la pena impuesta a Mooney. Más la cobardía, la crueldad y la estupidez oficiales mantendrían a éste detrás de las rejas durante otros veintiún años. De todos modos, aquellos que anhelaban su muerte no tuvieron el placer de ver cumplido su deseo.

El gobernador Stephens tenía razón en algo: fue Berkman, con la ayuda de Emma, el principal responsable de los movimientos internacionales de protesta que evitaron la ejecución de Mooney. Un cuarto de siglo atrás, Berkman y Emma Goldman -impulsados por un idealismo mal interpretado- estuvieron a punto de quitarle la vida a Frick; ahora -llevados por un idealismo bien entendido- ayudaron a salvar la de Mooney. Sumando él debe y el haber, el balance muestra un definido saldo en favor de Emma y Berkman.

Capítulo vigésimo
1917

Muchas veces se ha relatado cómo un día el pueblo norteamericano eligió para la presidencia al hombre que lo había *mantenido fuera de la guerra* y cómo, unos meses después, este mismo hombre prometía usar *la Fuerza, la Fuerza al máximo, la Fuerza sin restricciones ni límites*.

El mensaje de guerra pronunciado por Wilson ante el Congreso el 2 de abril de 1917 hacía mofa de Frank P. Walsh, amigo de Emma, y de los demás liberales, pacifistas y radicales que habían trabajado con todas sus energías para evitar que el *militarista* Charles Evans Hughes entrara en la Casa Blanca.

Aunque Wilson hizo intervenir al pueblo norteamericano en aquella terrible conflagración so pretexto de una noble *Cruzada por la Democracia*, la espantosa carnicería mostraba a las claras que se trataba de un desastroso militarismo.

Revolcándose día tras día en el espeso fango de las interminables trincheras, abriéndose paso desesperadamente a través de las marañas de alambres de púa, los hombres se mataban entre sí con fusiles, ametralladoras, artillería, gases venenosos.

Aquellos que no quedaban tirados en los campos de batalla, kilómetros cubiertos de cadáveres hinchados y malolientes, terminaban en las ambulancias, en los hospitales de campaña y, muchas veces, en los prados de amapolas.

Ni siquiera los sobrevivientes salían ilesos: a la primera etapa de exaltación moral siguió la desilusión de hombres cuyo espíritu quedó mortalmente herido.

Es triste reconocerlo, pero los más conspicuos adalides de tan inenarrable y vana masacre fueron progresistas.

Años atrás, en su importante obra sobre The Promise of American Life (La Promesa de la Vida Norteamericana) (1909), Herbert Croly había admitido francamente que la guerra es un *instrumento justificable* de la política nacional. Postulaba con entusiasmo la conveniencia de un Estado lamentablemente similar al que luego

estableció Mussolini. Croly creía en el axioma de que la primera obligación del hombre era para con el Estado, y no para consigo mismo:

El individuo debe tener tantas oportunidades, tanta libertad y responsabilidad como sea necesario para que cumpla adecuadamente su deber.

¿Quién podía decidir cuál era el grado de libertad requerido por el ser humano? El Estado, naturalmente.

Siguiendo esta línea de razonamiento, la plataforma presentada por el partido progresista en 1916 incluía el servicio militar obligatorio.

En vísperas de la guerra, Croly, entonces miembro del influyente grupo *New Republic*, declaró públicamente que *la nación norteamericana necesita el incentivo de una seria aventura moral*[65]. Pocos sabían mejor que Wilson hasta qué punto era seria la aventura moral en la que se embarcó el país en aquella tensa primavera de 1917.

La larga noche anterior al día en que pronunció su mensaje ante el Congreso, el presidente veló junto a los restos de su *Nueva Libertad*. En una oportunidad, le hizo a Frank Cobb, del World de Nueva York, esta profética observación:

Lleve usted este pueblo a la guerra y verá cómo pronto olvida que alguna vez existió algo llamado tolerancia. La lucha exige que seamos brutales y despiadados, y el espíritu de crueldad penetrará hasta las fibras más íntimas de nuestra vida nacional, infectando el Congreso, los tribunales, al policía de ronda, al hombre de la calle.

Wilson debería haber añadido a esta lista el poder ejecutivo, las dependencias, instituciones y oficinas nacionales, pues como expresó tan claramente en su discurso del día de la bandera, el 14 de junio de 1917, *guay del hombre o del grupo de hombres que trate de interponerse en nuestro camino en este día de extrema resolución*[66]. Guay de ellos, por cierto.

---

[65] Hacia 1920, Croly modificó, arrepentido, sus puntos de vista, pasando a abogar por la *redención del individuo* como principio fundamental. Pero ya era un poco tarde, aunque tal vez no tanto.

[66] Poco después, el fiscal general Gregory rogó a Dios que tuviera piedad de aquellos que se oponían a la guerra, *pues nada pueden esperar de un pueblo ultrajado y de un gobierno vengador*. Al parecer, el deseo de evitar la implantación de un Estado policial era interpretado como una falta de patriotismo. En el verano de 1917, Theodore Roosevelt exigió *una lealtad, una bandera, una lengua*, e instó a tomar *vigorosas medidas policiales contra los oradores que predicaban una velada traición en las esquinas de las calles y por doquier*. El 15 de agosto de 1917, Elihu Root advirtió a los miembros del *Union League Club* de Nueva York que *por las calles de esta ciudad andan hombres a quienes mañana mismo, al amanecer, deberíamos fusilar por traidores*.

La entrada de los Estados Unidos en el conflicto bélico tuvo una consecuencia que nunca dejaremos de lamentar: apagó el fuego intelectual y artístico que había comenzado a brillar con el siglo. Wilson -el Wilson de los primeros tiempos- había visto con claridad cuán desastroso podía ser este paso, pues en una oportunidad afirmó que el mismo constituiría una calamidad mundial.

Sólo unos pocos fueron capaces de mantener tal convicción cuando el virus de la guerra trajo la epidemia bélica. Uno de los que no claudicaron fue Randolph Bourne, otrora progresista, que nunca cejó en la búsqueda de la tan mentada promesa de América.

Bourne expresó su repudio por el irremediablemente turbio pasado progresista cuando lanzó esta advertencia desesperada: *La guerra es el pilar del Estado*.

Wilson, jefe supremo de la Guerra del Pueblo, veía en el Estado al órgano de la libertad; Bourne levantó el velo que cubría el rostro de este *gran amigo de los progresistas*, pero no vio nada de eso:

El Estado está íntimamente ligado a la guerra, por cuanto es la Organización de la comunidad cuando la misma actúa de modo político, y actuar de modo político hacia un grupo rival ha significado siempre una sola cosa: guerra.

2

También Emma Goldman siguió considerando una gran calamidad la entrada de los Estados Unidos en la conflagración.

A principios de 1917, dejó de ocuparse de la limitación de la natalidad para dedicar la mayor parte de su tiempo a bregar en contra de la guerra. En marzo informó a los *Promotores de la Manía Bélica*:

Por mi parte, me propongo hablar en contra de la guerra en tanto tenga voz, desde ahora y mientras dure la guerra.

Apenas habían llegado estas declaraciones a manos de los suscriptores de Mother Earth, cuando los Estados Unidas declararon formalmente la guerra a Alemania.

En concepto de Emma y sus amigos, la iniciativa de Wilson de imponer la conscripción militar era la máxima afrenta que podía hacerse a la conciencia

Ver Horace C. Peterson y Gilbert Fite, Opponent's of' War, Madison, University of Wisconsin Press, 1957, en varias partes.

individual. Aquella práctica significaba una increíble regimentación del individuo por parte del Estado. Le era imposible comprender cómo los liberales pedían, en un momento dado, condenar el militarismo prusiano y, en otro, proponer una leva militar.

En colaboración con Berkman, Fitzgerald y Leonard Abbott, organizó a principios de mayo la *Liga de No Conscripción*.

En su calidad de mujer no sujeta al reclutamiento y como anarquista fiel a la idea de que todos deben seguir los dictados de su propia conciencia, consideraba que no le correspondía aconsejar a los hombres que se negaran a entrar en el servicio militar; en cambio, estaba decidida a dar su apoyo a los que osaran hacerlo.

La *Liga de No Conscripción* tenía como fin primordial proteger a quienes se rehusaban a ingresar en el ejército. Como primer paso, la liga organizó un acto de protesta que se realizó el 18 de mayo en el Harlem River Casino.

Bajo el ojo vigilante de cien agentes de policía, unas ocho mil personas oyeron a Leonard Abbott, Harry Weinberger, Louis Fraina, Berkman y Emma Goldman hablar contra el servicio militar obligatorio. Entre el público se encontraban algunos miembros de las fuerzas armadas que trataron de interrumpir los discursos; uno de ellos se comportó de modo tan censurable que los concurrentes amenazaron con expulsarlo, pero Emma insistió en que se le diera la oportunidad de decir lo que pensaba. Confundido ante este giro de las cosas, el militar sólo atinó a murmurar algo acerca del *dinero alemán*; y luego emprendió la retirada con sus compañeros.

Aunque Emma aseguró a los presentes que aquella reunión no había sido pagada con dinero del káiser, al día siguiente el Times de Nueva York informaba escépticamente que *entre el público hubo muchos alemanes* y destacaba la presencia de dos taquígrafos de la policía que tomaron nota de cada una de las palabras pronunciadas en ese *borrascoso acto en contra de la conscripción*.

Es indudable que la liga se convirtió en el centro vital de la resistencia al reclutamiento. Durante las cuatro semanas que siguieron al mitin del Harlem River Casino, la misma desplegó una frenética actividad. Se formaron filiales en otras ciudades. Olas de jóvenes entraban y salían de la oficina de Emma, adonde acudían

en busca de consejo. En un lapso increíblemente corto, la liga hizo circular cien mil manifiestos contra el servicio militar obligatorio.

En el siguiente acto importante organizado por la liga, y que se realizó el 4 de junio en el *Hunt's Point Palace*, se suscitó una situación que, gracias a la rapidez mental y al valor de Emma, no terminó en tragedia.

Los soldados y marineros, presentes hicieron llover lámparas eléctricas sobre la plataforma. Cuando un militar propuso que invadieran el proscenio, casi se produjo un tumulto. Emma corrió a la tarima y advirtió al público que aquellos representantes de las fuerzas armadas habían sido enviados de propósito y estaban coaligados con la policía. Logró tranquilizar a los presentes y hacerlos salir en orden sin que ocurriera ninguna desgracia.

Era innegable que aquél había sido un momento muy difícil: dentro del salón se encontraban cerca de cinco mil personas y fuera de él por lo menos otras quince mil, ubicadas en el Southern Boulevard y la calle 163, a los que se sumaban unos cuantos batallones de policías y refuerzos policiales que aguardaban apostados en las cercanías.

El comportamiento de Emma en la ocasión dio motivo a que Leonard Abbott afirmara que el modo en que ella y Berkman *hicieron frente al furor guerrero de 1917 fue la manifestación más conmovedora de puro coraje físico que yo haya visto*.

En la última reunión, celebrada el 14 de junio en Forward Hall, el recinto estaba repleto y se observó en la concurrencia un vivo interés por el problema de la resistencia a la conscripción obligatoria. Pero al terminar el acto la policía procedió a detener a todos los jóvenes que no llevaban libreta de enrolamiento.

Al darse cuenta de que las autoridades utilizaban sus mítines para atrapar a los muchachos no empadronados, Emma y Berkman decidieron dedicarse principalmente a la propaganda escrita. Pero ya no había tiempo para demostraciones contra la guerra y el reclutamiento.

3

Las garras de una férrea represión se preparaban para aplastar toda forma de disidencia.

Después del primer gran mitin contra la conscripción, el fiscal de los Estados Unidos, S. Snowden Marshall, de Nueva York, recomendó al fiscal general tratar sumariamente a todos los que se oponían al servicio militar obligatorio:

Estimo que si hacemos despliegue de fuerza en el primer momento, el mismo tendrá un efecto saludable sobre todos aquellos que piensan resistirse...

El alguacil federal Thomas McCarthy, que compartía totalmente este parecer, informó el 12 de junio al Times de Nueva York:

Arrestaré a la tal Goldman si organiza más actos.

A decir verdad, el arrebatado entusiasmo de McCarthy casi arruina los planes de las autoridades, que estaban preparando un proceso contra Emma y Berkman y necesitaban el relato taquigráfico de varias reuniones.

Los funcionarios de Washington reprendieron a Mc Carthy y lo conminaron a ser paciente. El incontenible alguacil no tuvo que esperar mucho ya que, el 15 de junio, recibió la orden de arrestar a los anarquistas.

Subió corriendo las escaleras que conducían a las oficinas de Mother Earth y Blast -Berkman había trasladado su revista de San Francisco a Nueva York-, y ya arriba, casi sin aliento, les comunicó a Emma y a Berkman que estaban detenidos. Sin demora, la primera exigió que le mostrara la orden de prisión, a lo cual McCarthy replicó con brusquedad que la misma no era necesaria. Es muy probable que el buen alguacil tuviera en su poder aquella orden, pero nos parece difícil que contara también con un permiso para realizar un inaudito registro y secuestro de las pertenencias de sus víctimas.

Con la colaboración de los siete lugartenientes que lo acompañaban, revolvió todo, dejando las oficinas literalmente patas arriba; arrojaron al suelo correspondencia, libros, folletos y otros objetos personales hasta formar una gran pila. En la requisa, Emma perdió manuscritos, los textos de sus conferencias, las listas de suscriptores y la correspondencia archivada. Terminada la tarea, los representantes del orden partieron en un *coche lleno de materiales*, como expresó con satisfacción el Times de Nueva York (16 de junio); el hallazgo que más les alegró fue un *magnífico archivo* con una detallada nómina de *rojos*, la cual simplificaría enormemente el trabajo del servicio secreto.

Entre los artículos secuestrados no figuraba la Cuarta Enmienda[67].

Emma apenas tuvo tiempo de cambiarse y tomar un libro -eligió El Artista Adolescente, de Joyce, por considerado adecuado alimento espiritual para la prisión- antes de que el impetuoso alguacil los llevara a ella y Berkman a gran velocidad por las atestadas calles de Nueva York hasta el Federal Building.

Cuando Emma le reprochó suavemente que faltaba a las reglas de tránsito poniendo en peligro la vida de los demás, McCarthy se limitó a responderle con impaciencia: *Represento al gobierno de los Estados Unidos*.

No fue casualidad que llegara al Federal Building después de las horas de trabajo; como bien supuso Emma, se le envió a *The Tombs* para que pasaran allí la noche.

A la mañana siguiente comparecieron ante el comisionado de los Estados Unidos Samuel W. Hitchcock. En base a estatutos, promulgados durante la guerra civil y a una disposición del Decreto de Reclutamiento del 18 de mayo de 1917, se los acusaba de *conspirar para inducir a las personas a no empadronarse*.

El segundo fiscal, Harold A. Content, pidió que se fijaran fianzas elevadas, solicitud que el comisionado complació, estipulando la suma de 25.000 dólares por cada uno de los detenidos. En vano protestó Harry Weinberger, abogado de éstos, contra tan desorbitada fianza.

Weinberger y Fitzgerald lanzaron entonces una campaña para reunir los 50.000 dólares necesarios. Los amigos de Nueva York donaron sumas considerables. Agnes Inglis envió un telegrama desde Detroit prometiendo remitir 5.000 dólares en cuanto pudiera; sin embargo, se le presentaron dificultades pues, cuando trató de hacer efectivos algunos bonos de la libertad, su banquero, insistió en saber si aquel dinero sería empleado *en bien del país y para fines constructivos*.

Helena, la hermana de Emma, cuyo hijo pronto se alistaría en el ejército, mandó una contribución respetable. Pero la mayor parte del dinero provino de pequeños aportes que llegaban desde todos los puntos del país.

Para el 21 de junio, día en que se presentó la acusación formal contra Emma y Berkman ante una corte constituida por un jurado y el juez Julius Mayer,

[67] Enmienda a la Constitución por la cual se protege al individuo contra injustificados arrestos, allanamientos y secuestros de la propiedad. (Nota de las traductoras)

Se habían reunido 25.000 dólares en efectivo. Nuevamente solicitó Weinberger, sin resultado, que se redujera la fianza. Dejó constancia de que la *National Surety Compan*y no había querido dar fianza sobre 120.000 dólares en títulos y de que el segundo fiscal Content se había rehusado a tomar como garantía bienes raíces situados en BrookyIn.

Tras declarar que nada le importaba sobre las actividades de las compañías de fianza, el juez Mayer confirmó que se mantenía la suma fijada originariamente. Puesto que Berkman no quiso que se pagara primero por su libertad, se depositó el efectivo como fianza para Emma.

Recién el 25 de junio, vale decir dos días antes del anunciado para el proceso, consiguieron la suma que necesitaba Berkman.

Ahora bien, es indiscutible que la fianza exigida era excesiva desde todo punto de vista. Si bien es probable que la Octava Enmienda [68] no protegiera técnicamente a Emma por cuanto, al perder Kersner la ciudadanía, aquélla había quedado convertida en extranjera, ello no quita que la suma requerida fuera exorbitante.

Salta a la vista que los funcionarios se propusieron fijar una cantidad tan elevada que ninguno de los dos acusados pudiera salir en libertad bajo fianza. La certeza de que a los acusados les sería virtualmente imposible reunir tan enorme suma y la probabilidad de que, una cantidad mucho más pequeña hubiese garantizado de todos modos su comparecencia, no influyeron para que las autoridades se inclinaran a actuar con limpieza.

De tal manera, la guerra entre Emma y el gobierno se enmarañó con la gran guerra destinada *a salvar al mundo para la democracia*.

Emma no tenía ninguna esperanza en cuanto al resultado del juicio: el 26 de junio le escribió a Agnes Inglis que, en su opinión, ella y Berkman estaban *prácticamente condenados*. Tal el estado de ánimo con que entró en la sala del tribunal al día siguiente, precisamente el mismo en que cumplía cuarenta y ocho años de edad.

[68] Enmienda por la cual se prohíbe imponer fianzas desmesuradas. (Nota de las traductoras)

Capítulo vigesimoprimero

Los Estados Unidos contra Goldman-Berkman

El procedimiento judicial comenzó con una nota de incongruencia. Emma arguyó que, habiendo sido Berkman y ella encarcelados sólo pocos días antes del proceso y habiendo sufrido el primero una dolorosa lesión en la pierna, era imperioso que se postergara la causa.

El juez Mayer denegó esta moción.

Acto seguido, Emma le informó que los acusados rehusaban seguir tomando parte en el proceso. Sorprendido, Mayer decidió en represalia que el tribunal designase un abogado defensor.

Al percatarse de que inevitablemente debían participar de alguna manera, Emma y Berkman optaron por defenderse solos.

Harry Weinberger los asesoró en lo atinente a los aspectos legales de la defensa.

Cuando los asistentes al juicio volvieron a la sala del tribunal después del receso del mediodía, tuvieron oportunidad de presenciar el curioso espectáculo de una escaramuza legal entre los dos anarquistas principales del país y el fiscal Content secundado por el juez Mayer.

Según Margaret Anderson, los reos *eran encantadores. E. G. parecía más una grave predicadora que una fogosa revolucionaria; su modo de actuar fue muy efectivo. Berkman se mostró incontrolablemente temperamental. Provocó hasta tal punto al juez que muchas veces le hizo perder la calma, pero lo enfrentó de hombre a hombre de una manera que a éste parecía complacerle más que la cuidada cordura de E. G.*

Llevó tres días formar el jurado. Los dos acusados sometieron a cada uno de los candidatos a un amplio interrogatorio destinado a poner de relieve alguno de los problemas sociales generales incluidos en el proceso.

- ¿Cree usted en la libertad de palabra -preguntaba Berkman a los posibles jurados?
- ¿Cree usted en el derecho a criticar las leyes?
- ¿Cree usted que la mayoría tiene siempre razón?

Y Emma, a su vez, les inquirió si sus ideas sobre la limitación de la natalidad, el matrimonio y la educación sexual de los jóvenes los predispondrían en contra de ella.

Finalmente, el jurado quedó integrado por un perfumista como presidente, un joyero, un florista, el vicepresidente de una firma comercial, un vendedor de bienes raíces, dos empleados, dos contratistas, una secretaria y otras dos personas de ocupación desconocida.

Evidentemente, predominaban los representantes de los intereses comerciales y administrativos; los nombres de los jurados indicaban que la mayoría era de origen anglosajón. No había entre ellos ningún artista o estibador, intelectual o gremialista. Aparte del hecho de que estas personas podían también dejarse arrastrar por la ola de nacionalismo que barría el país, sus antecedentes señalaban que se trataba de individuos en quienes se había inculcado hostilidad hacia la causa representada por Berkman y Emma.

Por lo visto, los acusados sólo podían esperar que hubiera en el jurado algún individuo independiente con el valor necesario para oponerse a sus compañeros, alguien como aquel jurado que participó en el posterior proceso a los editores de The Masses, el cual informó a sus colegas que defendería a los reos *hasta el día del juicio final*.

El día 2 de julio, el asistente de fiscal Content inició la acusación. Su alegato se componía principalmente de cargos que no tenían absolutamente nada que ver con el delito por el cual se juzgaba a Emma ya Berkman.

Trató de demostrar:

1) que habían malversado fondos de la *Liga de No Conscripción*.

2) que habían aceptado dinero alemán para solventar sus actividades,

3) que en el acto realizado el 18 de mayo en el Harlem River Casino habían incitado a la violencia, y;

4) que habían conspirado para impedir el enrolamiento de los jóvenes.

Content no pudo probar que Emma y Berkman eran seudo idealistas que habían hecho un comercio de sus actividades ideológicas. Al final del proceso, los depósitos bancarios de Emma y Berkman sumaban 746,96 dólares, fortuna realmente exigua

para treinta años de trabajo. El fiscal no siguió con este punto, limitándose a añadir algunas críticas sobre los métodos empleados por Berkman en la rendición de cuentas de las contribuciones y ciertas burdas reflexiones acerca de la honestidad de sus dos contrincantes.

Tampoco tuvo demasiado buen éxito con su segunda línea de ataque. En su número del 29 de junio, el Times de Nueva York informó que Content se proponía indagar a Emma sobre un misterioso depósito bancario de 3.067 dólares que había hecho tres días antes de abrirse la causa; en vista de los rumores de que el movimiento de agitación dirigido por los acusados estaba financiado con dinero alemán, Content anunció que aquel asunto le interesaba sobremanera. Quiso saber de dónde provenía aquella suma. Entonces la defensa llamó a declarar al octogenario James Hallbeck, quien atestiguó que un día, en la oficina de Mother Earth, entregó a Emma un cheque por 3.000 dólares[69].

Hallbeck, propietario de un viñedo en California y anarquista desde las ejecuciones de Haymarket, había nacido en Suecia, no en Alemania. Su testimonio desbarató el propósito de Content de demostrar que Emma y Berkman se habían ensuciado las manos con dinero alemán.

La acusación del fiscal tendía principalmente a probar que los reos habían incitado a la violencia. El testigo clave de Content fue William H. Randolph, taquígrafo de la policía, quien sostuvo obstinadamente que en el mitin del Harlem River Casino Emma había declarado: *Creemos en la violencia y usaremos la violencia*.

Otros testigos de la acusación corroboraron el testimonio de Randolph. Sin embargo, uno de los expertos presentados por Content, un estenógrafo llamado Charles Pickler, informó a la corte que lo dicho por Randolph era *totalmente absurdo*, pues nadie podía creer que éste, capaz de tomar apenas algo más de cien palabras por minuto en condiciones óptimas, hubiera alcanzado a taquigrafiar, de pie sobre una mesa situada a unos seis metros de la tribuna, las palabras que Emma pronunciaba con gran celeridad.

[69] La existencia de este depósito no contradice lo antedicho acerca del estado de la cuenta bancaria de Emma y Berkman al finalizar el proceso, pues esa contribución de 3.000 dólares y otras más pequeñas se destinaron a la financiación de la defensa.

Exasperado por este sorpresivo giro, Content solicitó que se aclarara al jurado que Pickler no era testigo del fiscal sino de la defensa. (Anteriormente había excusado la omisión que hiciera Randolph del nombre del senador La Follette en su versión del discurso de Emma, aduciendo que *La Follette no es un nombre norteamericano*.) Paul Munter, que había tomado copia taquigráfica de las conferencias de Emma sobre teatro, atestiguó que en sus disertaciones ésta decía unas ciento ochenta palabras por minuto. John Reed, Lincoln Steffens, Anna Sloan, Leonard Abbott, Bolton Hall y muchos otros testigos que conocían a la acusada desde hacía años, afirmaron no haberla oído jamás abogar por la violencia. Además, existían otras razones que impulsaban a dudar de la veracidad del testimonio de Randolph:

1) Durante el juicio fue incapaz de seguirla cuando leyó algunos pasajes de su discurso;

2) en el interrogatorio aseguró que él no abrigaba *ningún* prejuicio contra los acusados; y,

3) la frase que atribuía a Emma estaba completamente fuera del espíritu y del estilo de ésta.

Pese a todo, Cantent no perdió la batalla. Realizó una inteligente maniobra: leyó trozos del explosivo número de Lexington (julio de 1914) de Mother Earth. Unos pocos pasajes referentes a la dinamita, escogidos de un artículo fulminante como el de Charles Plunkett, bastaron para convencer al jurado de que, indudablemente, Emma abogaba por la violencia, sin que importara si lo había hecho en un discurso particular.

Después de esto, poco se hizo para demostrar si Emma y Berkman eran verdaderamente culpables de los cargos que habían originado su enjuiciamiento. Randolph afirmó que la primera había dicho: *Daremos nuestro apoyo a los hombres que se nieguen a alistarse y rehúsen pelear*.

La defensa sostuvo que la oradora no se refirió al enrolamiento, sino que simplemente había ofrecido la ayuda de la liga a quienes no quisieran entrar en las fuerzas armadas. Emma y Berkman trataron de establecer una clara distinción entre el servicio militar y el empadronamiento, entre apoyo y consejo, pero sus intentos sólo revelaron una equivocación fundamental. No caben dudas de que ambos

hicieron todo lo que estuvo a su alcance para combatir el servicio militar obligatorio; pero pudieron haber actuado dentro de los límites de la ley, es decir que debían haberse opuesto a la conscripción y no al enrolamiento como tal. Sin embargo, Berkman señaló una verdad cuando afirmó que era ridícula la pretensión legal de acusar de *conspiración* contra el alistamiento a quienes durante treinta años lucharon públicamente contra el militarismo.

Cualesquiera fueran los argumentos en pro y en contra, el veredicto sólo podía ser uno. Para colmo de males, Content y sus hombres no perdieron oportunidad de inflamar los ya encendidos sentimientos del jurado, que no escapaba a la epidemia de nacionalismo agudo.

En todo momento hicieron hincapié en el supuesto de que los acusados eran partidarios de la violencia, aunque seguramente el propio fiscal sabía -como luego dijo el juez Mayerque el testimonio *sobre la incitación a la violencia no era pertinente*.

Por lo menos en dos ocasiones, todos los presentes, salvo los reos, se vieron obligados a ponerse de pie cuando la banda que iba acompañando a unos vendedores de bonos de la libertad hacía resonar en la calle las notas del himno nacional. Expulsaron del recinto a las personas que no quisieron levantarse. Como coronación de todo lo hecho para fomentar los prejuicios del jurado, el alegato final de Content insinuó claramente que en 1901, Emma había expresado que McKinley merecía la muerte.

En cuanto a las palabras finales de Emma Goldman, puede afirmarse que, por momentos, alcanzaron cimas comparables a las del famoso discurso pronunciado por Gene Debs un año más tarde ante el Tribunal Federal de Cleveland.

Al referirse a los hechos de fuerza, ratificó su concepto de que *un acto de violencia política cometido por los de abajo es la culminación de la violencia organizada de los de arriba*. Si los jurados creían que, por defender a quien perpetra un crimen político, ella abogaba por la violencia, del mismo modo podían considerar que Jesús era partidario de la prostitución porque se puso de parte de María Magdalena. Anticipándose a la conmovedora declaración de Debs -*mientras haya un alma en prisión, no seré libre*-, Emma hizo suya la suerte de las víctimas de la sociedad:

Me niego a arrojar piedras sobre el *criminal político*... Estoy de su lado porque sé que lo han empujado a la rebelión, que no le han permitido respirar libremente.

En su definición del patriotismo, Emma confirió estatura genuinamente lírica a tan vapuleado término:

¿Quién es el verdadero patriota? Mejor dicho, ¿cuál es el tipo de patriotismo que representamos? El tipo de patriotismo que representamos es aquél que ama a la patria sin envejecimiento. Vemos al país de la misma manera en que el hombre muy enamorado ve a la mujer adorada; su belleza nos fascina, pero no hasta el punto de no advertir sus defectos. Por eso deseo expresar aquí, en mi nombre y en el de cientos de miles a quienes vosotros vituperáis y consideráis antipatriotas, que amamos esta tierra, amamos sus riquezas, amamos sus montañas y bosques, y amamos sobre todo al pueblo que ha producido esta riqueza y prosperidad, que ha creado tanta belleza; amamos a los soñadores, a los filósofos y a los pensadores que le dan la libertad. Pero todo esto no puede hacernos cerrar los ojos ante los males sociales de América.

No se trataba de un simple floreo de oratoria; eran palabras pronunciadas de corazón.

Impasible, el juez Mayer recordó con severidad que allí no estaban enjuiciando principios políticos, que el proceso no concernía a la libertad de expresión, pues *ningún norteamericano digno de llamarse así puede dejar de creer en la libertad de palabra; pero ésta no significa licencia, no significa aconsejar a los demás que desobedezcan la ley. La libertad de palabra es la expresión franca, libre, plena y ordenada que se le permite en el país a todo hombre o mujer, ciudadano o extranjero, que haga uso de ella dentro de la ley y el orden*...

Con estos conceptos, Mayer se acercó peligrosamente a lo que Lenin denominó *centralismo democrático*. En efecto, el juez afirmó que, antes de convertirse en ley el decreto de enrolamiento, todos tenían derecho a hablar en contra del mismo, pero una vez promulgado, *toda persona que vive bajo este gobierno quedó obligada a obedecer dicha ley. Ello no obsta para que el individuo pueda seguir manifestando libremente su opinión y participando en correctos movimientos públicos tendientes*

a lograr la derogación de la misma. Pero, de todos modos, desde el momento de su promulgación, todos deben obedecer la ley.

Imaginamos que Emma y Berkman habrían deseado preguntar qué sucede cuando la ley prohíbe que se discuta su conveniencia, aun dentro de los cánones *aceptables*.

El jurado tardó exactamente treinta minutos en llegar a un veredicto: los reos eran culpables.

Pese a las protestas de Emma en el sentido de que debía diferirse la sentencia, Mayer les impuso la pena máxima de dos años de prisión y una multa de 10.000, dólares a cada uno. Dijo lamentar *que la extraordinaria capacidad demostrada por ambos acusados no haya sido puesta al servicio de la ley y el orden. El magnetismo personal de uno de ellos (Emma Goldman), podría haber sido de gran utilidad para concretar reformas por medios legítimos*...

Mirando desde la altura de su dignidad a aquellas viles criaturas, el juez recomendó que, al término de su castigo, fuesen deportados: *No tenemos lugar aquí para quienes sostienen que la ley puede desobedecerse a voluntad del individuo*.

2

A la una de la madrugada del día siguiente, 10 de julio de 1917, Berkman estaba en camino a la Penitenciaría Federal de Atlanta mientras Emma se dirigía a la prisión del Estado de Missouri, en la ciudad de Jefferson.

Durante el viaje en tren, Emma encontró tiempo para escribir a un amigo una carta en la cual decía que iba a la cárcel *con la satisfacción de haber permanecido absolutamente fiel a mis ideales*.

Por cierto que hasta sus enemigos tuvieron que admitir que no flaqueó en ningún momento, cuando la mayoría sólo se atreve a oponerse a la guerra en tiempos de paz. Pero Emma no llegó a ser mártir. Apenas había empezado el difícil proceso de adaptación a la rutina de la vida carcelaria cuando le comunicaron que el juez Louis Brandeis había firmado un auto por el cual aceptaba una apelación a la Corte Suprema.

Tres semanas después de su apresurado viaje a Jefferson, se hallaba nuevamente en *The Tombs*, aguardando que se fijara la fianza.

Esta vez el gobierno recurrió prácticamente a la intimidación en su esfuerzo por mantener tras las rejas a sus odiados adversarios. Las autoridades ya habían tomado 20.000 dólares de los 50.000 depositados por la fianza original como pago de la multa impuesta por el tribunal; exigieron también que se dedujera el uno por ciento en concepto de honorarios para los actuarios.

Por último, el fiscal Content comunicó que le interesaría conocer los nombres de quienes habían suministrado la fianza. Ahora bien; a pesar de que los funcionarios habían secuestrado los depósitos bancarios de los acusados y, por lo tanto, sabían perfectamente que ambos carecían de recursos, volvió a fijarse la suma de 25.000 dólares por cada uno.

Content no quiso aceptar bonos de la libertad del propio gobierno y hasta rehusó una propiedad evaluada, según Weinberger, en 250.000 dólares.

Por otra parte, el abogado defensor tuvo que enviar un telegrama al procurador general de los Estados Unidos para dejar constancia de que se había amenazado al propietario que ofreció bienes raíces como fianza. Es también probable que las autoridades hayan ejercido indebida presión sobre las compañías de fianza. Louis F. Post, subsecretario de trabajo del gabinete de Wilson, informó que una de tales empresas de Nueva York *dio a entender que había recibido claras insinuaciones de que el gobierno no vería con buenos ojos la firma de fianzas para rojos extranjeros*. Fue por eso, sin duda, que una compañía adujo *supuestas razones patrióticas* para negarles sus servicios a Emma y Berkman.

Finalmente, cuando Weinberger le entregó a Content 25.000 dólares en efectivo como fianza de Emma, el fiscal dio una respuesta limítrofe con lo ridículo:

No firmaré ningún papel -declaró acaloradamente-, que sirva para poner en libertad a esta mujer ni haré nada que contribuya a sacarla de la cárcel.

Weinberger obtuvo finalmente la libertad de Emma, pese a la oposición de Content[70].

[70] Emma y otros amigos de Berkman prefirieron esperar un tiempo antes de conseguir la libertad de éste, pues temían que lo secuestraran y llevaran a California para ser procesado por su pretendida participación en el caso Mooney.

También en otros campos sufrió reveses el vehemente fiscal. El juez A. N. Hand decretó que el gobierno no tenía derecho a apropiarse de 20.000 dólares propiedad de personas inocentes (es decir las que habían ayudado a Emma y Berkman a pagar la primera fianza), para cobrarse la multa impuesta a los acusados.

En setiembre, el juez Spiegelberg, del Tribunal Municipal del primer distrito de Nueva York, decidió que el alguacil McCarthy no estaba autorizado para embargar la suma de 329,13 dólares que Emma tenía depositada en el banco y ordenó al Produce Exchange Bank de Nueva York, que ya había entregado el dinero al citado funcionario, reembolsar dicha cantidad. Por rara ironía, hasta el gobierno se vio obligado a aceptar sus propios bonos de la libertad en calidad de fianza. Sin embargo, la balanza volvió a inclinarse en favor del Estado cuando la Corte Suprema falló, con la disensión de los jueces Holmes y Brandeis, que el gobierno podía tomar el uno por ciento de la fianza para abonar los honorarios de los actuarios. Siguiendo el parecer de la mayoría, el juez McReynolds dictaminó que no se habían atacado los derechos constitucionales de Emma Goldman y Alexander Berkman, por cuanto ellos mismos habían *solicitado por propia voluntad depositar dinero en manos del escribano, y luego exigieron que se lo intimara a reintegrado*.

La resolución de McReynolds era de una retórica poco persuasiva, por cierto ¡pues no se podía creer que los acusados quisieran depositar voluntariamente la excesiva fianza que se les imponía. Pero, cualquiera haya sido la opinión que merecía a los acusados el razonamiento de McReynolds, el proceder de los funcionarios revelaba patentemente un sistemático esfuerzo oficial por evitar que aquéllos lograran su fianza, castigar a quienes los ayudaron a reunir la desmedida suma exigida y dejar sentado un precedente tal que ya nadie se atreviera a prestar su colaboración en los procesos contra anarquistas.

Al mismo tiempo, el gobierno se empeñaba en mantener encerrados a Emma y Berkman, además de tratar por todos los medios de impedir que el correo hiciera circular sus publicaciones[71].

[71] Ya en 1908, el jefe de correos George von L. Meyer ordenó a algunos de los carteros del Middle West que suministraran el nombre y la dirección de los suscriptores del Mother Earth al Departamento de Justicia. Presumiblemente, el gobierno utilizó esta información para retirar la ciudadanía a muchas personas. Una carta de C. L. James, de Eau Claire, Wisconsin, indica que los anarquistas estaban enterados de las intrigas del

En abril de 1917, el inspector de correos de Nueva York pidió la venia del fiscal de los Estados Unidos para poner en circulación el número de Mother Earth de dicho mes.

El funcionario decidió que aquel ejemplar no era *de índole tal que conviniera iniciar un procedimiento judicial*. Pero no tuvieron ninguna duda en cuanto a la edición de junio, dedicada al problema del enrolamiento, ya que la carátula de la misma representaba un ataúd envuelto en un paño negro sobre el cual aparecía la siguiente inscripción: *In Memoriam - Democracia Norteamericana*.

El procurador de correos llegó a la conclusión de que debía prohibirse la circulación de Mother Earth así como la de Blast, A partir de ese momento, el correo comenzó a tomarse la libertad de confiscar a su arbitrio los escritos de Emma o Berman.

Por alguna misteriosa razón, los funcionarios dejaron pasar el número de julio de Mother Earth, no así el de agosto. El procurador ordenó al jefe de correos de Chicago que *destruyera todos los ejemplares* y, para darle más énfasis a lo dispuesto, aclaró que debía *destruirlos por completo*.

Fue así como murió el *hijo* de Emma, su intento de periodismo personal, durante su decimosegundo año de vida.

En octubre de 1917, con la colaboración de su sobrina Stella Cominsky y M. Eleanor Fitzgerald, inició la publicación del Mother Earth Bulletin, pero en mayo de 1918 el correo se negó a dejarlo circular.

Quizá valga la pena reproducir aquí la carta enviada a su jefe por un funcionario de Nueva York. La misma nos dará una idea de la actitud, si no del nivel cultural, de los empleados de correos:

Está claro que los socialistas agitan en todas las formas (sic) que conocen para difundir la propaganda de paz y contra la guerra, y por eso se le debe negar el uso del correo a la edición de marzo de 1918 de este boletín.

Era obvio que algunos representantes del gobierno sólo se sentirían satisfechos cuando pudieran silenciar totalmente a Emma Goldman. Entre ellos, se destacaba el entusiasta alguacil McCarthy, quien decidió ocuparse especialmente de ella con

---

correo. En su misiva, James le comunicaba a Berkman que el número de Mother Earth que debía estar ya en sus manos, había sido retenido por dicha repartición estatal, la cual se estaba *convirtiendo en un instrumento policial y de chantaje*.

el propósito de evitar que hablara durante los meses en que estaría libre a la espera del resultado de la apelación.

Cuando supo que Emma se presentaría el 11 de septiembre en el teatro Kessler, le informó que haría cerrar las puertas del local a menos que prometiera no pronunciar su disertación. De inmediato, Weinberger protestó por tal pre censura ante el fiscal general Thomas W. Gregory, quien, a su vez, inquirió a William C. Fitts, su asistente y jefe inmediato superior de McCarthy, si le había dado a éste la orden de no molestar a la señora Goldman. Fitts replicó que no lo había hecho:

Creo que el alguacil se está extralimitando, pero si le ordeno dejar hablar a esa señora y ésta hace algo fuera de lo debido, entonces él me dirá: *Ya ve, me mandó que le permitiera hacer lo que quisiera; ahora fíjese en el resultado*. Mi intención es dejar que se arreglen entre ellos.

Al parecer, este funcionario se proponía caricaturizar la mentalidad burocrática.

El fiscal general Gregory rechazó tan ridículo concepto sobre la responsabilidad del Departamento de Justicia y ordenó al alguacil que cesara de tomar medidas anticonstitucionales.

Libre de obstáculos, Emma se puso a trabajar febrilmente para impedir que se condenara a Mooney; además, se lanzó a defender apasionadamente a los bolcheviques y a la revolución de octubre contra lo que entonces consideraba eran calumnias e infundios. No podía perder el tiempo; le quedaban muy pocos días de preciosa libertad.

3

Esta tregua entre Emma y el gobierno fue principalmente mérito de Harry Weinberger, su activo y enérgico abogado.

Nacido en el bajo East Side, Weinberger hizo la carrera de derecho en la Universidad de Nueva York, mientras trabajaba por las noches como taquígrafo. Este pacifista y partidario de Henry George se dedicó especialmente a los pleitos en los que se jugaba la libertad individual o de prensa. Conoció a Emma en 1917, en cuya oportunidad logró que la absolvieran de la segunda serie de cargos presentados contra ella por distribuir información sobre la limitación de la natalidad. Aquel mismo año asesoró legalmente a Emma y Berkman en su batalla contra las

autoridades. Y como en aquella época los procedimientos judiciales eran tan abundantes, suponemos que Weinberger les dedicaría la mayor parte de su tiempo, lo cual presuponía un considerable sacrificio de su parte, ya que apenas le reembolsaban los gastos.

No fue Weinberger el único abogado que ofreció su colaboración. En julio, Clarence Darrow propuso encargarse del asunto, en caso de necesidad. Se mostró dispuesto a revisar cuidadosamente el sumario, a hacer sugerencias y ayudar en la redacción del alegato, si bien prefería que no se mencionara su nombre, pues *ya había tenido demasiado de esto*.

Weinberger aceptó gustosamente el ofrecimiento de Darrow, aunque, de todos modos, fue él quien realizó el trabajo principal.

En el alegato que pronunció ante la Corte Suprema los días 13 y 14 de diciembre, Weinberger señaló que no se habían podido presentar pruebas directas de culpabilidad, en especial por ser la supuesta *conspiración* una actividad desarrollada públicamente por los acusados; además, tampoco se había demostrado que la misma hubiera impulsado a alguien a desobedecer la ley.

Se concentró principalmente en la inconstitucionalidad del decreto de conscripción. Afirmó que el mismo violaba la Enmienda Decimotercera, por la cual se prohíbe la esclavitud o la servidumbre involuntaria; transgredía la Primera Enmienda, en la cual se declara que no se promulgará ninguna ley Que coarte la libertad de palabra, y también faltaba a la prohibición expresa de hacer distingos de religión (porque estipulaba que se eximía del servicio militar sólo a los miembros de determinadas religiones); por último, manifestó que violaba la Quinta Enmienda con su cláusula sobre el derecho al debido proceso legal.

Pero, por valederos que fueran sus argumentos, Weinberger le exigía a la Corte Suprema un imposible, por cuanto el aceptar sus objeciones habría equivalido a oponerse al esfuerzo bélico en que estaba empeñado todo el país.

Tal como dijera Scott Wood unos días antes de que Weinberger presentara su alegato, la única esperanza de éste era exponer sus razones de manera tal *que los jueces tuvieran un motivo para dejar en libertad a Emma y Berkman, sin que ello significara que tildaban de inconstitucional la ley de conscripción*:

Eso nunca lo harán -predijo Wood-, puesto que son seres humanos carentes de educación radical y de simpatía por tales ideas.

Desde luego, Wood no se equivocó. En una decisión general dada a conocer el 7 de enero de 1918, el juez White declaró que el decreto de conscripción era constitucional (Selección de Procesos relacionados con la Ley de Conscripción, 245 U.S. 366). El derecho del Congreso a reclutar tropas se apoyaba en su poder constitucional para declarar 1a guerra y para formar y mantener ejércitos. La autonomía de la conciencia individual nada contaba frente a tal poder: *Un poder estatal que no se puede ejercer más que cuando el ciudadano consiente... no es un poder en el verdadero sentido de la palabra*.

La Corte sostuvo que la idea misma del Estado implicaba una relación recíproca en la cual todo ciudadano tiene la obligación de prestar servicio militar y puede ser compelido a hacerlo.

En el consabido estilo polémico de sus predecesores -*toda la historia demuestra*-, el juez White afirmó que la acusación de que el decreto de conscripción establecía diferencias religiosas *carece hasta tal punto de solidez que no merece siquiera nuestra atención*.

En su concepto, el argumento de Weinberger de que el alistamiento obligatorio violaba la Decimotercera Enmienda, tampoco era demasiado válido:

Finalmente, siéndonos imposible concebir en base a qué teoría puede alguien decir que el Estado impone al ciudadano una servidumbre involuntaria por exigirle que cumpla el supremo y noble deber de contribuir a la defensa de los derechos y del honor de la nación, visto el estado de guerra, declarado por el gran cuerpo representativo del pueblo... debemos llegar a la conclusión de que dicho argumento queda refutado por su propio contenido.

Según propia confesión, White sólo era capaz de concebir la conscripción como un deber noble y supremo (muchos soldados que no necesitaban de teorías ni deseaban participar en la guerra podrían haberle explicado algunas cosas al señor White); el juez terminó cayendo en el recurso retórico del ridículo.

La decisión de la Corte Suprema coincidía con el espíritu de la época, por cuanto en la misma se pedía una afirmación de fe y no razonamientos persuasivos.

Junto con otros casos de conspiración, el de Emma y Berkman fue sometido a ulterior estudio.

El 14 de enero, el juez White volvió a expresar el sentir unánime de la Corte:

Cuando una conspiración tendiente a cometer un delito va seguida de actos hostiles, la misma es punible háyase concretado el fin delictuoso o no.

(Goldman contra Estados Unidos, 245 S.U. 474).

El alto tribunal concluyó:

Tras revisar cuidadosamente todo el sumario, estimamos que la objeción de que no se presentó prueba alguna de culpabilidad ante el jurado carece totalmente de validez.

Cuando dio a conocer la decisión, Emma estaba realizando una gira de conferencias sobre *la nueva esperanza* de Rusia.

Tras su regreso a Nueva York, alcanzó a organizar una *Liga para la Amnistía de Presos Políticos* antes de que la fuerza pública la condujera nuevamente a la cárcel del Estado de Missouri.

Capítulo vigesimosegundo

Las pesadas puertas en prisión

De vuelta en la cárcel de Jefferson -comentó Emma más tarde con gran placer-, mis compañeras me saludaron *como a una hermana perdida*.

Una madre perdida habría sido más exacto, pues era indiscutiblemente una verdadera *Gran Madre* para las infortunadas con quienes le tocó vivir durante los diversos períodos que pasó en prisión.

La empatía y solicitud que mostró para con sus compañeras de desgracia revelan, de modo contundente, cuán sincera y profunda era su compasión hacia sus semejantes. Quienes seguían de cerca su trayectoria se sentían confortados al verla actuar así. El encierro en la cárcel fue la prueba de fuego para ella, pues allí, según palabras de Oscar Wilde que Emma gustaba citar,

Pálida Angustia monta guardia
Frente a la pesada puerta,
y el Carcelero es la Desesperación.

Si su sueño de una sociedad libre no hubiese sido carne en ella, le habría resultado imposible vencer esta desesperación y poner en práctica sus ideales de modo tan esplendente[72].

Diversas razones hacen aún más asombroso el hecho de que encontrara energías y tiempo para dedicar a las demás reclusas.

La extensión de la condena y la probabilidad de ser deportada al término de la misma son factores que debían de pesar sobremanera en su espíritu. Además, la

[72] Para hacer una odiosa comparación no odiosa a la manera de Veblen, recordemos la conducta de Samuel Gompers. El mismo afirmó siempre que había venido a estas playas con el vehemente deseo de ayudar a los desamparados; fue así que hacia 1870 estaba ya dedicado por completo a una labor sindicalista verdaderamente precursora. Pero el único arresto que sufrió en su vida puso a prueba la profundidad de sus intenciones hacia los necesitados. En la primavera de 1879 fue encarcelado por hablar frente a un piquete. Citemos sus propias palabras: *Aquél fue uno de los días más horribles de mi vida; tuve que estar sentado en medio de la suciedad y los bichos, rodeado por hombres cuyos cuerpos y mentes eran tan sucios como su lenguaje. Afortunadamente, esto no pudo influir demasiado sobre mí porque sólo pasé un día allí*. (Samuel Gompers, Seventy Years of Life and Labor, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1925, t. 1, pp. 122-23.)

vida en la prisión era muy dura. Las mujeres tenían que coser chaquetas, ropas de trabajo y tiradores.

En una de sus cartas, escrita poco después de su entrada en la cárcel, Emma describió la rutina: se levantaba a las 5.30 Y limpiaba la celda, luego desayunaba; de 6.30 a 11.30 trabajaba en el taller y, después de una hora de descanso, durante la cual almorzaba, volvía a su labor hasta las 16.30; finalmente cenaba, y leía hasta las 21.

Sólo alcanzaba a hacer la mitad de las cincuenta y cuatro chaquetas que tenía asignadas como *tarea*.

Después de una agobiante semana de tan exigente ritmo, comenzó a sufrir, según le comentó a Weinberger, de fuertes d dolores en la nuca y en la columna vertebral, además de un gran cansancio visual; era muy miope, lo cual la obligaba a doblar mucho la espalda y el cuello para poder ver la costura.

Como si esto fuera poco, Emma. Tenía ya cerca de cuarenta y nueve años y, como dijera lisa y llanamente W. H. Painter, presidente de la Junta de la Prisión del Estado de Missouri, su organismo *estaba experimentando un cambio*.

Se vio obligada a hacer frente a todos los problemas de la menopausia -durante la cual las alteraciones glandulares suelen producir depresión, excitación, alta presión sanguínea y, a veces, un aumento de la sexualidad en condiciones sumamente difíciles.

Pero lo más maravilloso es que fuese capaz de dar tanto de sí a sus compañeras.

Cuando, un año después, Kate Richards O'Hare, amiga y colaboradora de Gene Debs, ingresó a la cárcel para cumplir una condena por faltar a la Ley de Espionaje, encontró a Emma haciendo de madre de las demás reclusas.

Kate O'Hare no pudo dejar de ver la notable diferencia, en favor de Emma por cierto, que existía entre ésta y las asistentes sociales religiosas que descendían a la prisión:

Pero ninguna institución religiosa podrá jamás ganar el corazón de estas mujeres hasta tanto no muestre un inteligente interés por enmendar las terribles injusticias que se cometen aquí y por mejorar las condiciones imperantes que destruyen alma, cuerpo y cerebro. Para estas pobres criaturas, Emma Goldman significa muchísimo

más que todos los sacerdotes, predicadores y organizaciones religiosas del Estado. Nada saben de sus ideas, ni siquiera si el anarquismo es un alimento para el desayuno o un medicamento. Sólo saben que Emma hizo cosas por ellas. Luchó en su favor siempre que las consideró víctimas de una injusticia; les dio de comer cuando tuvieron hambre, las cuidó cuando cayeron enfermas y las animó cuando las vio tristes[73].

La señora O'Hare no expresó estos conceptos como admiradora que así pagaba debido tributo, pues, para su mentalidad socialista, el anarquismo de Emma era una *impracticable fantasía (sic) de mentes enfermas*.

Como bien dijera Emma, si ambas se hubieran *conocido afuera, muy probablemente habríamos discutido con furia y jamás habríamos hecho amistad*.

Sin embargo, en la cárcel se sintieron mutuamente atraídas.

Al parecer, el comportamiento de Emma hacia las reclusas impresionó tan hondamente a la señora O'Hare, que despertó su admiración por ella. Las cartas que escribía desde la prisión estaban llenas de alabanzas acerca del carácter de Emma:

La Emma Goldman que yo conozco no es la propagandista. Es Emma Goldman, la tierna madre cósmica, la mujer inteligente y comprensiva, la hermana devota, la compañera leal... Emma no cree en Jesús; sin embargo, su conducta es de ésas que me hacen comprender el espíritu de Jesús ...

Las dos compartían con sus hermanas los alimentos y *regalitos* que recibían:

En lugar de arrojarme textos anarquistas, Emma da golpecitos en la pared de la celda y me dice: *A moverse, Kate: es hora de dar de comer a los monos; pasa la comida de una a otra*. Creo que sería una bendición que muchos de esos teóricos... fueran a la cárcel...

Después de que Emma saliera en libertad, escribió:

Claro que extrañamos muchísimo a Emma... No hay dos personas que difieran más que ella y yo en su filosofía de la vida y en su reacción ante las condiciones carcelarias, pero debo reconocer que es una mujer cerebral, intelectual, sobre quien

[73] Letters from Kate Richards O'Hare to Her Family: From April 20, 1919 to Mar 27,1920 (St. Louis, 1920). El comportamiento de Emma Goldman en la prisión es comparable al de Gene Debs, a quien, cabe recordar, los reclusos de Atlanta llamaban *el Pequeño Jesús*.

se podría hacer un magnífico estudio psicológico. Yo también considero que el anarquismo sólo es la expresión visible de las heridas que dejan en el espíritu las injusticias sociales y que, por consiguiente, debe ser curado por el psicólogo y no por la policía, los jueces y los carceleros. Pero he de decir que Emma es, por sobre todo, una mujer maternal. El instinto materno es su rasgo dominante; nos cuidó y mimó a Ella (Antolini, otra *política*) y a mí, así como a todas las criaturas encerradas en aquella cárcel, y cuanto más desamparada veía a una compañera, tanto mayor era la ternura que le prodigaba. Sin Emma, Ella y yo nos sentimos como dos niñas cuya madre ha salido de la casa... Pasará un tiempo hasta que me acostumbre a cuidarme sola, hasta tal punto me malcrió.

Kate O'Hare creía haber penetrado hasta las profundidades psicológicas del magnetismo personal de Emma:

Frustrada su maternidad física, volcaba todo su corazón en una maternidad que repartía entre todos los tristes y afligidos, las víctimas de la injusticia y los oprimidos, los hijos del hombre amargados y rebeldes. Tenía razón el alcalde Gilvin cuando dijo que las mujeres recluidas aquí la hacían objeto de una adoración idólatra. Así era. Y ello se debía en gran parte al hecho de que estas criaturas son en su mayoría débiles e incapaces, infantiles y poco desarrolladas, no están maduras y necesitan urgentemente el amparo del amor maternal.

Es cierto que la conducta de Emma hacia sus compañeras surgía de sus sentimientos maternales, tal como advirtió la señora O'Hare, pero también es indiscutible que sus ideas cumplieron un papel importante. Su compasión respecto de aquellas mujeres nacía de la convicción de que *los delincuentes son víctimas de nuestra descabellada organización social*; durante los veinte meses que vivió en Jefferson, no encontró *ninguna a quien pudiera calificarse de depravada, cruel o miserable*.

Cualesquiera fueran los motivos del comportamiento de Emma, el hecho es que ejerció una singular influencia sobre sus compañeras de infortunio. Y éste fue precisamente su gran triunfo: al mantenerse fiel a sus ideales dentro de la cárcel, privó a los funcionarios del gobierno de la satisfacción completa de sus deseos: podían castigar su cuerpo, pero jamás lastimar su espíritu.

Al igual que Thoreau en circunstancias similares, siguió siendo ella misma.

2

Así como la *Roja Emma* era la figura femenina más notable del anarquismo norteamericano, la *Roja Kate* era la socialista más destacada del país.

Nacida en un establecimiento rural de Kansas, la señora O'Hare pertenecía al tipo de radical nativo al estilo de Mary Ellen Lease (*sembrad menos trigo y más alboroto*). Tuvo el honor de ser la primera mujer que presentó su candidatura al Senado de los Estados Unidos cuando el partido socialista la eligió por Kansas en 1910; en la convención socialista de 1916 la propusieron sin buen éxito como candidata a la vicepresidencia. La señora O'Hare se inclinaba a creer que mediante la organización política podía llegar a establecerse sobre la Tierra un paraíso sin clases sociales; por su parte, Emma consideraba que por tales medios sólo podía alcanzarse un infierno jerárquico.

Tanto socialistas como anarquistas esperaban que, al enfrentarse ambas en la cárcel, se produciría un formidable choque -una suerte de lucha ideológica entre amazonas- cuyo estruendo se iría más allá de los límites del Estado de Missouri. Sin embargo, para su gran desilusión, nada de eso ocurrió.

En verdad, sus puntos de vista sobre ciertos problemas no eran tan disímiles como ellas mismas creían, pero, de todos modos, diferían en muchos campos.

Es sobremanera interesante comparar sus opiniones acerca del castigo penal.

Emma habría solucionado el problema carcelario en forma drástica: simplemente, habría ordenado abrir los portones.

Desde luego, si por mí fuera escribió desde su celda-, dejaría en libertad a todos los presos. Sería mejor para la sociedad y más beneficioso (sic) para quienes tienen la misión de cuidarlos. Ahora más que nunca estoy convencida de que, aparte del ultraje que significa encerrar a seres humanos en lugares donde se degradan hasta convertirse en objetos inanimados, existe la atrocidad de condenar (!) a otras personas a ser sus carceleros y guardianes. Hasta los mejores de ellos se van endureciendo y deshumanizando gradualmente, pues de lo contrario pronto perderían el trabajo.

En el peor de los casos, las cárceles eran sitios donde se tortura a los hombres *para hacerlos buenos*. En el mejor de los casos, eran establecimientos donde el individuo sufría un proceso de deshumanización que lo reducía a un simple autómata. Pero siempre constituían *universidades del crimen*, cuyos egresados pronto hacían sentir a la sociedad los resultados de tales escuelas. De tal manera, se establecía un círculo vicioso. Emma no descartaba que pudiera hacerse algo para librar a los presos de la brutalidad de los funcionarios de las cárceles, darles un trabajo remunerativo mientras estuvieran recluidos, y también mayor independencia. Ello no obstante, seguía convencida de que lo primordial *es una renovación de la conciencia social*. Por consiguiente, ponía su fe en una transformación de las ideas sociales:

Sólo una reconstrucción completa de la sociedad librará a la humanidad del cáncer del delito.

Kate O'Hare aceptaba que, *en último análisis*, la solución del problema del crimen y del castigo se encontraría tal vez *en el gran movimiento de justicia social que, eventualmente, terminara con aquellos crímenes de la sociedad que son en tan grande medida responsables de la creación del individuo criminal*[74].

Sin embargo, su mayor preocupación era hallar una salida en el ínterin:

Pero las leyes criminales, los tribunales de justicia y los institutos penales son parte importantísima de nuestra maquinaria social, razón por la cual debemos tratar de mejorar lo que tenemos para que funcione con la menor fricción y pérdidas humanas posibles hasta tanto construyamos la maquinaria del nuevo orden.

Después de que el presidente Wilson conmutó su pena en 1920, Kate se dedicó a escribir cáusticas censuras sobre las condiciones de vida imperantes en la cárcel de Jefferson. La *Welfare League* de Missouri declaró más tarde que esta campaña le había ganado el agradecimiento de todo el país, por cuanto *sus valientes revelaciones acerca de los abusos y la crueldad con que se trata a las mujeres encarceladas fueron sumamente valiosas y contribuyeron a poner fin a una situación intolerable*.

[74] O´Hare, In prision, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1923, p.164.

En su lucha por lograr reformas inmediatas, la señora O'Hare llegó a ocupar el puesto de subdirectora de penología de California; durante su gestión trabajó empeñosamente para hacer del penal de San Quintín un instituto modelo.

Es incuestionable que Kate O'Hare pudo lograr reformas concretas gracias a su concepto de que lo inmediato es tan importante como lo futuro. Si Emma hubiese tenido igual oportunidad, probablemente no habría actuado con tanta eficacia en este terreno. Recordemos, empero, que en 1919 se declaró profundamente interesada en la reforma carcelaria y que, más tarde, supo darle algunos buenos consejos prácticos a la señora O'Hare, quien, con gran generosidad, afirmó que la campaña en pro de las mejoras penales era *tanto obra suya como mía*.

El hecho es que ambas mujeres, cada una desde su posición, cumplieron una función importante en este campo.

La señora O'Hare tuvo papel primordial en la reforma de los institutos carcelarios, mientras que a Emma le cupo la misión de despertar la conciencia social y llamar la atención del pueblo sobre los problemas fundamentales.

Al igual que algunos criminólogos modernos -Ralph Banay, por ejemplo-, Emma consideraba que la prisión sólo es un anacronismo que perpetúa y multiplica el crimen. Se percataba de que un tumor tan maligno exige una seria operación, no simples paliativos; que, dicho más directamente, era menester destruir las cárceles y no remendarlas.

Más el hecho de que le preocuparan principalmente los problemas fundamentales no excluía un interés humano por aliviar en lo posible el presente. La misma Kate O'Hare reconoció:

Las muchachas me quieren a mí también, pero nunca tanto como a Emma Goldman. Para ellas soy la compañera que reparte goma de mascar y pastillas de menta, un diccionario ambulante, un compendio de toda la sabiduría, soy abogado, sacerdote y médico... pero no ocupo ni ocuparé jamás el lugar que tenía Emma en sus corazones.

Capítulo vigesimotercero

Emma Goldman y otros 59 999 rojos

Mientras tanto, arreciaba la campaña oficial contra Emma Goldman.

Pocos días después de su retorno a Jefferson, todos los grandes diarios publicaban en primera plana una sensacional noticia:

En respuesta a las protestas de los elementos radicales contra el encarcelamiento de los cabecillas anarquistas, el fiscal general Gregory publicó cartas que señalan que Alexander Berkman y Emma Goldman colaboraban con el espía alemán y propagandista de la revolución hindú Har Dayal, antes de ser enviado a prisión por faltar a la Ley de Conscripción.

Emma Goldman, ¿espía de los alemanes?

El Departamento de Justicia estimó que podía demostrarse que así era.

En momentos en que el gobierno de Wilson se veía en una situación embarazosa debido a las protestas internacionales por el encarcelamiento de Mooney, Berkman y Emma, un alto funcionario tuvo una brillante idea: si probaban que ambos anarquistas estuvieron en connivencia con los odiados alemanes, cesaría el movimiento radical en su favor.

Este hombre, John Lord O'Brian, ayudante especial del fiscal general, creía recordar que entre los papeles recogidos en el saqueo de la oficina de Mother Earth había una carta que podría serles útil.

Inmediatamente, le escribió al asistente de fiscal John C. Knox, de Nueva York:

... se me ha ocurrido que podría sernos de gran utilidad en este momento para contrarrestar la campaña desencadenada aquí y en Rusia con el fin de despertar simpatías por Emma Goldman entre los elementos bolcheviques. Si la carta contiene, según creo, alguna clara señal de que hay algo con Alemania o, en todo caso, sirviera para ligarla aunque más no fuera indirectamente a las actividades germanas, cae de por sí que dicha carta tendría un valor extraordinario. (*Subrayado por el autor*).

En respuesta, Knox envió a Washington fotocopias de dos cartas en las que *el hindú Har Dayalle solicitaba a Berkman que enviara personas de los Estados Unidos para participar en el movimiento revolucionario de la India*.

Cuatro días después de recibir dichos documentos, el fiscal general Gregory acusó a Emma y a Berkman de *trabajar aparentemente en colaboración con espías germanos en países extranjeros*.

A pedido de Gregory, la Comisión de Información Pública de George Creel transmitió a los periódicos el texto de aquella acusación y les entregó copias de las antedichas cartas.

Creel, antiguo admirador de Emma, parecía empeñado en confirmar con su propio ejemplo lo dicho por él mismo años atrás, a saber, que cuanto publicaba la prensa respecto de Emma era *absolutamente* inexacto.

Berkman en una Red de Espías Alemanes, proclamaban obedientemente los titulares del Times de Nueva York, del 25 de febrero de 1918. Pero el lector que no se dejaba enceguecer por el nacionalismo ni por las jactanciosas protestas de objetividad del diario pudo comprobar, sorprendido, que las cartas del hindú no demostraban en modo alguno que Berkman y Emma formaran parte de una camarilla de espionaje. Antes bien, de ellas se deducía que un hindú llamado Har Dayal había escrito a Berkman para pedirle que mandara *camaradas a Holanda, a fin de colaborar con el movimiento tendiente a producir una revolución en la India* y solicitarle a él o a Emma cartas de presentación para destacados anarquistas europeos.

No existía el menor indicio de que alguno de los acusados hubiera satisfecho el pedido de Dayal, ni siquiera que éste fuera espía alemán.

Muy por el contrario, Dayal era al parecer un nacionalista hindú que trabajaba abiertamente con el gobierno alemán en un esfuerzo por liberar a su patria del yugo inglés. Tal como Emma observó cáusticamente, el hecho de que Berkman recibiera aquellas dos misivas de Dayal no era más notable que si le hubiera enviado una carta Bernard Shaw. Emma recordaba que ambos habían conocido a Dayal, *gran idealista* y tolstoiano, cuando éste desempeñaba funciones docentes en Berkeley, Universidad de California.

Si alguna vez aquel hombre le había formulado tal pedido, ella seguramente se negó porque, a su juicio, *los extranjeros no pueden liberar un país*.

En todo caso, era totalmente absurdo afirmar que ella y Berkman colaboraban con espías del gobierno alemán. Emma le solicitó a Weinberger que informara al fiscal general y a la prensa que era partidaria del derrocamiento del gobierno alemán.

Resulta sobremanera irónico que toda esta historia de espías fuera urdida por John Lord O'Brian, quien actuó como fiscal en los más importantes procesos por espionaje de la época de guerra.

En 1919, O'Brian atacó la histeria popular que condujo a la invención de fantásticos relatos sobre las actividades enemigas dentro de los Estados Unidos; se hablaba de barcos fantasmas que transportaban armas a Alemania, de submarinos enemigos que tocaban la costa norteamericana, de misteriosos aeroplanos que sobrevolaban Kansas. O'Brian informó a sus colegas de la Asociación de Abogados de Nueva York:

No citamos estos ejemplos para restarle importancia al peligro que entrañan las actividades hostiles o para dar a entender que era innecesaria una alerta vigilancia de los movimientos germanos; nuestro deseo es demostrar cuán imposible resulta contener ese género de histeria y de excitación provocados por la guerra y que encontraba expresión en la impaciencia de los tribunales civiles y en las frecuentes críticas contra el gobierno por su supuesta lenidad hacia los enemigos que actúan dentro de nuestro territorio.

Sin embargo, los buques fantasmas y los misteriosos aviones no eran invenciones menos tontas o malignas por sus consecuencias que la historia de espías fabricada por el propio O'Brian. Sin duda, parte de la leña con que se alimentaba el fuego de la histeria de guerra provenía de Washington[75].

La fábula del espionaje demuestra claramente que el gobierno estaba dispuesto a recurrir a cualquier medio en su batalla contra Emma Goldman; no se conformó con quitarle la libertad sino que también trató de desprestigiarla entre los radicales.

[75] Posteriormente, O'Brian pronunció conferencias y escribió artículos sobre el tema sin dar una adecuada explicación del papel que cumplieron él mismo y otros funcionarios en la creación de tal histeria *popular*. Ver su El Gobierno y las Libertades Civiles: De la Primera Guerra Mundial hasta Ahora, incluido en The John Randolph Tucker Lectures, Lexington, University of Virginia Press, 1952.

2

Una vez firmado el armisticio, la acusación de espionaje se marchitó cual flor arrancada de su planta pues ya no valía la pena presentar a ambos enemigos anarquistas como agentes de Alemania.

Se prefirió entonces volver al ataque contra el radicalismo de Emma, por cuanto en esos momentos se iniciaba una intensa investigación oficial de las organizaciones y las ideas disidentes.

Que en aquella época no se regían por la lógica resulta patente, pues para la generalidad no había ninguna diferencia entre el espionaje alemán y las actividades radicales. Un vulgar pragmatismo llevaba a la conclusión de que todo aquel que no se mostrara entusiasmado por la guerra -fuera radical, nacionalista hindú o irlandés- estaba necesariamente de parte de las potencias de Europa Central.

Ahora, vencido el enemigo de afuera, lo más natural era atacar al *enemigo* de adentro, empeñado en obstruir la normalidad.

La Subcomisión Overman de la Comisión Judicial del Senado dio este paso de transición sin dificultad.

Presidida por el senador Lee Slater Overman, de Carolina del Norte, la subcomisión había conseguido ya que su autorización para investigar *El Comercio de Licores y Cervecería y la Propaganda Alemana* incluyera también a profesores universitarios y directores de periódicos.

Como los germanos habían sido derrotados, se pensó que convendría dejar totalmente a un lado a cerveceros y a alemanes, para dedicarse íntegramente a los radicales.

Un testigo le proporcionó al senado una seductora justificación teórica. El senador William H. King, representante de Utah, le preguntó a dicho testigo: *¿Tiene algo que ver el movimiento radical con la propaganda alemana o la investigación de las actividades de los cerveceros?* Como respuesta, Archibald Stevenson, abogado de Nueva York y uno de los expertos en opiniones peligrosas que integraban la Oficina de Investigaciones, afirmó que el anarquismo había sido *importado a los Estados Unidos* desde Alemania y que el *movimiento bolchevique es una ramificación del socialismo revolucionario alemán*.

¡Después de todo, Marx era alemán y Lenin seguía a Marx, por lo cual aquél podía considerarse prácticamente *un instrumento de los alemanes*!

Los senadores no necesitaban argumentos para quedar convencidos; sólo deseaban una excusa para creer una absurda idea.

Resultado de todo esto fue un extraño volumen sobre La Propaganda Bolchevique (1919), plagado de testimonios acerca de las oficinas rusas que postulaban el *amor libre*, del *criminal* ejército rojo, del impacto psicológico que había hecho la *bandera roja* sobre los radicales norteamericanos, etc.

Desde el principio de la indagación se le dio a Emma un lugar preferente, ya que a los ojos del senador Overman y de sus colegas era, indudablemente, la roja máxima.

El inspector Thomas T. Tunney, de la policía de Nueva York, atestiguó que había colaborado en la búsqueda de pruebas para condenar a Emma y Berkman por obstruir la conscripción militar, y que era él quien había encontrado la carta del hindú esgrimida contra ellos.

A continuación, se produjo el siguiente diálogo ilustrativo del tono de la investigación sobre Emma Goldman:

Inspector Tunney. - Es una mujer de unos cuarenta y seis años; una mujer muy capaz e inteligente, y también una buena oradora.

Senador Overman. - Algo sé de ella, naturalmente...

Senador Nelson. - ¿Habla bien inglés?

Tunney. - Lo habla con gran facilidad. Según dicen los periodistas, domina el inglés. Ella y Berkman se defendieron solos en su proceso y lo hicieron muy bien.

Overman (demostrando ya entonces su profundo interés por todo lo relacionado con el *amor libre*). - ¿Es una mujer hermosa?

Tunney. - No, no lo es. Tampoco diría que es muy fea; era bastante, bien parecida cuando joven. Es una mujer muy robusta.

Todo esto era muy interesante, pero dado que Emma Goldman estaba *en lugar seguro*, como dijera eufemísticamente el senador Nelson, la subcomisión abandonó por el momento el estudio de su caso.

La investigación Overman sólo era una pequeña nube negra que surcaba un cielo ya bastante tormentoso: estaba a punto de estallar contra la herejía una tempestad que cubriría todo el país.

Como Emma había predicho en 1917:

Actualmente, el militarismo y la reacción tienen más fuerza que nunca en Europa. La conscripción militar y la censura han destruido todo vestigio de libertad. Por doquier, los gobiernos aprovechan de esta situación para ajustar el lazo militar que ahoga al pueblo... Lo mismo sucederá aquí, en los Estados Unidos, si se deja actuar libremente a las bestias guerreras. Ya la canalla reaccionaria, los propagandistas del jingoísmo y de los preparativos de guerra, todos los beneficiaríos de la explotación, representados por la Asociación de Comerciantes e Industriales, las Cámaras de Comercio, las camarillas armamentistas, etc., proponen toda clase de planes y proyectos para encadenar y amordazar a los obreros, para quitarles la fuerza y dejarlos más impotentes que nunca.

Esta profecía se cumplió en buena parte durante la alarma roja de 1919.

En aquella época se produjo una serie de inquietantes sucesos que crearon el ambiente propicio para dicha campaña.

La revolución rusa de noviembre de 1917; la huelga general de Seattle de principios de 1919, que probablemente inclinó a la subcomisión de Overman a investigar las actividades radicales; los actos terroristas de la primavera de 1919, durante los cuales uno o varios sujetos, cuya identidad permaneció siempre en el misterio, enviaron bombas por correo al fiscal general A. Mitchell Palmer y a otras personas destacadas; la huelga de la policía de Boston, las huelgas del acero y del carbón, todas ocurridas en el otoño de 1919, fueron los acontecimientos que contribuyeron a desencadenar *la alarma roja*.

La figura clave fue el nuevo fiscal general, A. Mitchell Palmer. Muestra viva de la decadencia del liberalismo norteamericano, Palmer era el prototipo del progresista wilsoniano.

En 1912 dirigió la campaña política de Wilson; en 1913 rechazó el puesto de secretario de guerra que aquél le ofrecía, aduciendo que era un *hombre de paz*. Mas continuó su excelente trabajo en la viña del movimiento progresista con tan

buen éxito que muchos lo consideraban el padre del sufragio femenino y de la ley sobre el trabajo de menores. Sin embargo, la guerra parece haber tenido sobre Palmer el mismo efecto devastador que sobre su amo. Acumuló un impresionante odio contra los alemanes y los radicales que, aparentemente, ayudaron y apoyaron al enemigo durante la época de guerra.

Después de entrar en el gabinete, recibió el susto de su vida cuando una bomba estalló frente a su casa en junio de 1919; además, por ser, según todo lo señalaba, el heredero de la *Nueva Libertad* (con toda su vetustez), ambicionaba llegar a la Casa Blanca.

Tal vez Palmer pensó que lanzar una cruzada tendiente a salvar al país del radicalismo era la mejor solución para sus problemas más apremiantes, pues, a la par de asestar un golpe a sus enemigos radicales, le serviría como plataforma para concretar sus sueños políticos.

Si bien esta suposición es admisible será justo aclarar que Palmer pudo haber sido tanto ángel como diablo, al principio por lo menos.

El subsecretario de trabajo, Louis F. Post, cuya posición le permitía conocer las cosas por dentro, creía que el fiscal había sido víctima de *policías que sabían muy bien lo que querían*.

Robert K. Murray, quien escribió la historia de *la alarma roja*, también descubrió ciertas pruebas de que William J. Flynn, jefe de la Oficina de Investigaciones, y J. Edgar Hoover, director del Servicio General de Inteligencia (antirradical), nueva dependencia de aquella oficina, explotaron intencionadamente los temores y las ambiciones de Palmer para acrecentar el poder de la dependencia a su cargo.

También otras organizaciones y otros intereses presionaron a Palmer para que atacara a fondo a los radicales. Naturalmente, aquellos para quienes las actividades obreras y el espionaje eran motivo de preocupación deseaban tal campaña.

Todos los grupos patrióticos -la Liga de Seguridad Nacional, la Sociedad de Defensa, la Federación Cívica Nacional, la Legión Americana- alzaron su voz contra el *falso idealismo*, el *bolcheviquismo de salón* y *el enemigo interno*.

La Legión Americana postulaba la necesidad de deportar a todos los individuos, extranjeros o ciudadanos, que habían tenido la desfachatez de difamar la forma de vida norteamericana.

El general Leonard Wood, antiguo compañero de armas de Theodore Roosevelt, se hizo eco de las palabras de un pastor que solicitó se desterrara a los bolcheviques *en barcos de piedra con velas de plomo, la ira de Dios como brisa y el infierno como puerto*.

El fiscal general no actuaba con toda I la rapidez que estas organizaciones y estos individuos habrían deseado.

Ciertos miembros del congreso también opinaban que la rama ejecutiva debería dedicarse menos a hablar contra *los que piensan mal* y actuar con mayor eficacia.

En el parlamento, Albert Johnson, representante de Washington y presidente de la poderosa Comisión de Inmigración y Naturalización, aceptó como cierta la acusación de que el Departamento de Trabajo simpatizaba con esos agitadores y forajidos, razón por la cual inició un movimiento para impugnar a Post, moción que fracasó.

En aquella época, Weinberger escribió a Emma relatándole que había participado en una junta celebrada en el Departamento de Trabajo con la presencia de Post, John W. Abercrombie, también subsecretario de trabajo, y Anthony Caminetti, comisionado general de inmigración que trabajaba en estrecha colaboración con J. Edgar Hoover[76].

Weinberger informó:

En este departamento reina el pánico, pues la Cámara de Diputados y el Senado lo han estado atacando con furia e insistencia.

Durante la acalorada discusión, en cuyo transcurso *se sentía flotar en el aire el espíritu de Hoover, del Departamento de Justicia*, Post declaró con enojo que en esos momentos se deportaría hasta al mismo Tolstoi, que aquella situación estaba ya fuera de su jurisdicción y correspondía a tribunales y legislaturas hacerse cargo del asunto.

[76] Caminetti, primer ítalo-norteamericano que entrara en el congreso, trató (en sus funciones como comisionado de inmigración) de demostrar que era *ciento por ciento norteamericano*.

Weinberger comentó en voz alta que ese comportamiento le hacía recordar al de Pilatos, cuando éste se lavó las manos.

No se sabe si Post le respondió.

En cuanto a los miembros del senado, Miles Poindexter, de Washington, concentró su artillería sobre el Departamento de Justicia. Se mostraba especialmente interesado en que se terminara con el caso de Emma Goldman:

Señor Presidente... hace poco tiempo salió de la Penitenciaría de Missouri Emma Goldman, conocida anarquista. Se le había ordenado comparecer ante los funcionarios de la inmigración a fin de juzgar definitivamente si es, como se piensa, una extranjera indeseable sujeta a deportación. Esta señora, empero, ha conseguido que se postergara indefinidamente su enjuiciamiento.

Poindexter deseaba saber por qué no se había expulsado del país a aquella mujer y a otros radicales. Su pregunta se concretó formalmente en una resolución, aprobada el 17 de octubre de 1919. Por la cual se solicitaba al fiscal general que informara al senado si había tomado las medidas necesarias *para que se arreste y castigue a las diversas personas... acusadas de haber predicado la anarquía y la sedición, de haber incitado a desafiar a la ley y a la autoridad... y en caso de que así no lo hubiese hecho, explicar por qué; y si lo hizo, aclarar en qué medida*.

Tal decisión equivalía a una moción de censura contra el fiscal general, aunque el senador Poindexter afirmara que la misma no *afectaba* al Departamento de Justicia. 3

El fiscal general Palmer respondió con un extenso y copioso informe intitulado Investigation Activities of the Departament of Justice (1919).

Un rojo hilo de protesta corría por toda la trama de este documento: desgraciadamente, le era imposible aplicar los estatutos generales sobre traición y rebeldía a los agitadores radicales; es cierto que podía invocar el decreto sobre espionaje del 15 de junio de 1917 por el cual se castigaban las I expresiones sediciosas, pero él mismo había declarado que aquél, sólo se refería a las que afectaban el esfuerzo de guerra. Por consiguiente, se veía constreñido al decreto de inmigración del 16 de octubre de 1918, el cual estipulaba que podía excluirse de

desterrarse *en cualquier momento desde su entrada al país* a los extranjeros que demostraban ser anarquistas o no creer en el gobierno organizado.

Por lo tanto, era urgentísimo promulgar una legislación que diera carácter de delito, dentro de los estatutos criminales generales, a la *prédica de la anarquía y la sedición*[77].

Hasta tanto entraran en vigencia las leyes necesarias, Palmer se comprometió a actuar sin descanso con todos los medios a su alcance para combatir a los *60.000 radicales* del país.

En parte por el interés especial que mostraba el senado respecto de Emma Goldman, y quizá en parte por considerarla él mismo la más peligrosa de los 60.000 rojos, Palmer dedicó alrededor de cien páginas -más de la mitad de su informe- a la *Documentación No 6: Emma Goldman*.

J. Edgar Hoover y su Departamento de Inteligencia habían reunido laboriosamente un detallado legajo sobre Emma, basándose en especial en la investigación realizada por Chambers y Zamosh con motivo del proceso por el cual se le retiró la ciudadanía a Jacob Kersner. Hoover y sus colaboradores habían añadido fragmentos tomados del número de julio de 1914 de Mother Earth (aquél en que se hablaba de la explosión de Lexington) a fin de demostrar que abogaba por la violencia, de crónicas periodísticas donde se la acusaba de complicidad en el atentado contra el Times de Los Ángeles, de los documentos relativos al juicio que se realizó contra ella en 1893 por incitar a la revuelta, etcétera.

Pero la parte más lamentable y falsa de la *Documentación N° 6* consistía en la nueva forma en que presentaba la vieja acusación, nunca probada, de que Emma era responsable del asesinato de McKinley.

Aquella supuesta complicidad que en 1901 ningún jurado habría aceptado como cierta, le pareció a Hoover un argumento de suficiente fuerza como para convencer a los sobreexcitados senadores de 1919.

Mediante una inteligente selección y el uso de inadvertidas supresiones, preparó un informe en el cual la confesión de Czolgosz aparecía definidamente condenatoria.

[77] Si bien Palmer no logró el decreto contra la sedición en tiempos de paz, durante el invierno de 1919-20 el Congreso consideró unos setenta proyectos de ley contra los revoltosos. Tal vez éste fue el comentario más ilustrativo sobre la guerra que se había librado para preservar la democracia en el mundo.

Palmer presentó la siguiente versión de las declaraciones del asesino:

P. - Le parece justo matar cuando es necesario, ¿verdad?

R. - Sí, señor. (1)

P. - ¿Habló sobre el tema con alguien, o es algo que leyó y le inspiró tal idea, u otra cosa por el estilo? (2)

R. - Sí, señor.

P. - ¿Fue algo que leyó?

R. - Sí, señor.

P. - ¿Cuál es la última persona a quien oyó hablar sobre el asunto?

R. - Emma Goldman. (3)

P. - ¿Qué dijo entonces o qué le dijo a usted sobre el presidente?

R. - Dice... no mencionó para nada a los presidentes, habló del gobierno.

P. - ¿Qué dijo?

R. - Dijo que no creía en el Estado (4)

P. - ¿Entonces usted empezó a creer que sería bueno que no tuviéramos esta forma de gobierno, verdad?

R. - Sí, señor.

Este diálogo producía una impresión totalmente falsa[78]. Tomemos, uno por uno, los puntos marcados con un número entre paréntesis. Un detenido análisis nos revelará hasta dónde pueden ser engañosos los estudiados cambios hechos por el Departamento de Inteligencia de Hoover:

(1) El lector no sabe que se ha omitido aquí una importante acotación de Czolgosz, quien afirmó que había planeado el asesinato apenas unos días antes de cometerlo, en cuyo caso Emma no pudo haber sido responsable.

(2) Por razones obvias, el Departamento de Justicia eliminó la siguiente pregunta y su respuesta: P. - *¿Juró o se comprometió alguna vez a matar a alguien? Lo hizo, ¿verdad? Levante Ja cabeza y hable, ¿no es cierto que lo hizo?* R. - *No, señor*.

(3) Aquí también suprimieron una parte que es fundamental para comprender la confesión de Czolgosz: P. - *¿Le oyó decir que sería bueno que todos los gobernantes desaparecieran de la faz de la tierra?* R. - *No, no dijo eso*.

[78] El lector puede comparar esta versión con la que reproducimos en el Capítulo IX.

(4) En el texto que sigue a esta respuesta se eliminaron otros dos fragmentos de suma importancia: P. - *Y que todos los que apoyan al gobierno deberían ser destruidos; ¿dijo que pensaba así?* R. - *No dijo que deberían ser destruidos*. P. - *Usted quería ayudarla en su obra y pensó que ésta era la mejor manera de hacerlo; eso es lo que pensó, ¿verdad? Y si fue otra su idea, díganos cuál fue*. R. - *Ella no me dijo que lo hiciera*.

Semejante desfiguración de los documentos nos permite comprender en razón de qué falta de escrúpulos el Departamento de Justicia fue capaz de abusar de su poder durante las incursiones contra radicales, o supuestos radicales, dirigidas por Palmer y Hoover.

Las medidas tomadas en el caso de Emma fueron las que cabía esperar de una dependencia que ordenaba la invasión de domicilios particulares, locales de reunión, centrales obreras, etc.; secuestraba sin motivo los bienes personales de inocentes, detenía sin orden de arresto y encerraba incomunicando; infligía torturas de tercer grado y utilizaba *agents provocateurs*.

Y, sobre todo, su proceder fue digno de funcionarios que no vacilaban en proclamar sin fundamento que el país estaba amenazado por una gran conspiración tramada por Emma Goldman en complicidad con otros 59.999 rojos.

Sin embargo, tras investigar a fondo las pruebas oficiales de la existencia de dicha confabulación, Louis F. Post descubrió azorado que *la cruzada contra los rojos era una estupenda y cruel falsedad*.

Una farsa tragicómica, tal vez, pero sirvió para preparar el escenario en el que se desarrollaría el dramático final del largo pleito entre los Estados Unidos y Goldman-Berkman.

Capítulo vigesimocuarto

Más allá de la estatua de la libertad

Meses antes de que Palmer denunciara públicamente la *Gran Conspiración*, J. Edgar Hoover había puesto manos a la obra para lograr la deseada deportación de Emma Goldman y Alexander Berkman.

El 23 de agosto de 1919, estando la primera' todavía en la cárcel, Hoover presentó un memorándum respecto del caso ante John T. Creighton, asistente especial del fiscal general. Si recordamos que Hoover afirmaba orgullosamente que la Oficina de Investigaciones sólo exponía los hechos -*únicamente la verdad objetiva, sin desfigurar ni añadir nada*-, la conclusión a la cual arribó resulta muy interesante, por decir lo menos.

Emma Goldman y Alexander Berkman son, sin duda, dos de los anarquistas más peligrosos de este país, y si se les permite retornar a la comunidad (sic), ello redundará en perjuicio de la misma.

Fiel a su idea, trabajó sin descanso para evitar aquel perjuicio predicho por él.

Por alguna razón que desconocemos, Hoover temía que si se realizaba en St. Louis la audiencia donde se trataría la deportación de Emma, el veredicto podía no ser el deseado. Por tal motivo aconsejó que el procedimiento se efectuara en Nueva York.

Aunque estos casos correspondían a la jurisdicción del Departamento de Trabajo, Hoover dirigió prácticamente la acción del gobierno contra Emma. Así lo demuestra a las claras el siguiente pasaje de una carta dirigida a Anthony Caminetti por el inspector de Inmigración W. J. Peters:

Hoover considera que este arreglo es el más conveniente y, visto la actitud del tribunal de la jurisdicción de St. Louis, estima que lo mejor es cumplir el procedimiento en Nueva York.

Y así se hizo.

Oficialmente se le informó a Weinberger que la fianza que debería depositarse por cada uno (válida para el período de preparación de la causa) sería de 15.000

dólares. Weinberger volvió a protestar, pero el Departamento de Trabajo se negó a reducir la suma.

Puesto que el secretario de trabajo W. B. Wilson había fijado como fianza para estos casos la cantidad de 1.000 dólares, ¿por qué razón se les exigía a Goldman y a Berkman quince veces más?

Aparentemente, los principales responsables de tal injusticia fueron Hoover y Caminetti, el servil comisionado general de inmigración.

El segundo recomendó que no se redujera la fianza pues, como él mismo expresara, *las autoridades del Departamento de Justicia consideran que, de aceptarse una fianza por estos dos extranjeros, la misma debería ser superior a los 15.000 dólares; sin embargo, transigen en dicha suma a modo de arreglo*.

¡En otras palabras, Hoover, que era quien se ocupaba verdaderamente de los dos casos, habría deseado que se exigiera una fianza mucho mayor![79]

Antes de salir de Atlanta, Berkman ya había sido sometido a una audiencia. J. Edgar Hoover y un inspector de inmigración oyeron las declaraciones de Berkman, en las cuales, pese a los terribles momentos que acababa de atravesar -estuvo en confinamiento. Solitario durante casi ocho meses-, demostró que conservaba su antiguo espíritu.

Cuando afirmó que consideraba su deber hacer todo lo que estuviera a su alcance en bien de la comunidad, le preguntaron: *¿Sin respetar las leyes que la rigen?* Su respuesta fue al fondo del conflicto que mantenían él y Emma con el Estado: *Siguiendo los dictados de mi conciencia*.

Como Berkman declaró abiertamente no creer en el gobierno ni en la violencia, por considerarlos sinónimos, y se proclamó *ciudadano del mundo*, su destierro era cosa prácticamente hecha.

Azuzado por una resolución del senado, el secretario de trabajo Wilson fijó el 16 de noviembre para la audiencia de Emma. Más el Departamento de Justicia y el Congreso lo presionaron tanto que adelantó la fecha para el 27 de octubre.

[79] La respuesta de Caminetti documenta sin lugar a dudas la verdad de lo dicho por Post, quien afirmó que el Departamento de Justicia tenía *indebida influencia* sobre el de Trabajo.

Presidieron la audiencia el inspector de Inmigración A. P. Schell, Hoover y otros funcionarios; Weinberger actuó como abogado de la acusada.

Emma se mostró muy poco dispuesta a facilitar la tarea a sus jueces. Protestó vehementemente contra aquel juicio arbitrario pronunciando estas desafiantes palabras:

Si las presentes actuaciones tienen el propósito de probar que he cometido algún delito, algún acto antisocial o reprochable, protesto por el carácter secreto de este supuesto *proceso* y por los métodos de tercer grado que se emplean. Si no se me acusa, empero, de un delito o acto definido, si -como tengo motivo para creer- esto es puramente una investigación de mis opiniones sociales y políticas, elevo aún con más vigor mi protesta pues este procedimiento es absolutamente tiránico y opuesto a las garantías fundamentales que otorga una verdadera democracia. Todo ser humano tiene el derecho de adoptar las ideas que le son afines sin que ello le signifique la persecución de quienes no piensan como él.

Se negó rotundamente a aclarar si se consideraba ciudadana por la naturalización del padre o por la de Kersner. A despecho de su actitud *poco amigable*, fue puesta en libertad bajo fianza hasta tanto los funcionarios responsables llegaran a una decisión.

2

Pocos días después, Hoover le comunicó a Caminetti que había recibido ciertas informaciones de Nueva York que le hacían pensar en la conveniencia de terminar *cuanto antes* con el caso de Emma Goldman. Es muy probable que Hoover sólo se hubiera enterado de que Emma y Berkman estaban a punto de iniciar una gira de conferencias.

En aquellos momentos en que la cacería de herejes cobraba impulso, el realizar una gira de conferencias equivalía más o menos a salir a dar un paseo en medio de un huracán.

Weinberger y otros amigos les aconsejaron insistentemente que no se lanzaran a tan descabellada empresa. Pero Emma y Berkman, haciendo oídos sordos a aquellos sabios consejos, cumplieron audazmente sus planes.

Juzgaban absolutamente necesario darle a conocer al pueblo la verdad sobre la revolución rusa y las *incursiones de Palmer*; al mismo tiempo se despedirían de muchos viejos amigos.

Para sorpresa de todos, visto el ánimo público del momento, la gira tuvo un éxito resonante. Las sensacionales crónicas de la prensa acerca de la intervención policial y todas las veladas amenazas semioficiales tendientes a lograr que se boicotearan las reuniones, no pudieron impedir que enormes cantidades de personas concurrieran a las conferencias pronunciadas en Chicago y en Detroit.

La cantidad de público que acudió a sus actos significó una manifestación de protesta contra *la alarma roja* a la par que un homenaje a los dos veteranos luchadores que tanto habían hecho por defender causas populares.

Pero el plazo había expirado. El 29 de noviembre, Louis F. Post, antiguo amigo de Emma que terminó administrando *leyes con espíritu de know-nothingism*[80], firmó la orden de deportación.

A manera de tímida protesta, Post aventuró la opinión de que Emma era *una de aquellas personas que no creen en la violencia pero, por prever una resistencia a la aplicación pacífica de la política anarquista, justifican el uso de la fuerza en apoyo de tal política y como defensa contra la fuerza*.

Verdaderamente atribulado, Post, sincero liberal, pensó renunciar pero desistió de la idea en base al siguiente razonamiento:

Me gustara o no, el hecho es que la ley existía. No era yo el encargado de crear leyes, sino de administrar las que ya regían constitucionalmente.

Emma nunca perdonó a Post ni aceptó su excusa de que se había visto obligado por su cargo. No podía menos que comparar la conducta de Post con la de otro amigo, Frederick Hoce, quien prefirió renunciar a su puesto de comisionado de inmigración en la Isla de Ellis antes que ordenar deportaciones que juzgaba injustas.

Pese a todo, no dejó de sentir simpatía por Post, cuyo angustioso intento de auto justificación en Deportations Delirium (1923) y otras observaciones incluidas en su autobiografía inédita señalan claramente que él mismo jamás pudo perdonarse.

[80] Know-nothingism: partido secreto que se oponía a la naturalización de los extranjeros. (Nota de las traductoras)

Sea como fuere, la orden estaba firmada. Weinberger debía presentar a sus clientes ante las autoridades de la Isla de Ellis en horas de la mañana del 5 de diciembre. Emma y Berkman se encontraban en un banquete de despedida, organizado por sus amigos en Chicago, cuando algunos periodistas entraron presurosos en el salón para informarles que Henry Clay Frick acababa de fallecer. ¿Deseaba Berkman hacer algún comentario? *Fue deportado por Dios*, habría comentado secamente el viejo enemigo de Frick, según afirma la leyenda. En cambio, no era en absoluto apócrifo el telegrama enviado secretamente por Caminetti para comunicar que el caso de Emma Goldman estaba *cerrado y la deportación de la extranjera firmada*.

3

Sin embargo, aquel grito de victoria era prematuro. Ambas partes reconocían que la clave de todo el asunto residía en la disputada validez del retiro de la ciudadanía de Jacob A. Kersner. Emma había comenzado los trámites necesarios para apuntalar su situación aún antes de salir de la cárcel.

Estando recluida recibió un ofrecimiento de Sam Sickles, un desconocido deseoso de ayudarla.

Sickles era un ciudadano de *cierta notoriedad* residente en Carruthersville, Missouri; había leído en el Call de Nueva York las cartas enviadas desde su encierro por Kate O'Hare y se sintió tan conmovido que ofreció adoptar a Emma Goldman.

Luego, Harry Kelly, anarquista norteamericano asociado en una época a Kropotkin y viejo amigo de Emma, quiso casarse con ella para que no quedara ninguna duda respecto de la legitimidad de su ciudadanía. Weinberger le aconsejó que rechazara estas dos generosas propuestas.

Tras examinar cuidadosamente la documentación referente al caso Kersner, llegó a la conclusión de que había *una razonable duda en nuestro favor*; convenía entonces retomar el hilo Kersner, por débil que fuera, pues si el gobierno *tratara de cortarlo, esta actitud se tomaría como persecución y no como aplicación de la ley*.

Es así que el desaparecido, quizá falleció Kersner volvió a convertirse en eje del problema. De haber muerto antes de abril de 1909, o de estar vivo y poder probar que no había obtenido la naturalización por medios ilegales, tal vez sería posible darles jaque a los funcionarios del gobierno.

Uno de los sobrinos de Emma inició una investigación por su cuenta. Tras algunas discretas pesquisas en Nueva York descubrió que, probablemente, Kersner estaba escondido para *evitar que lo juzgaran por ciertos delitos cometidos*. El fugitivo había adoptado el nombre supuesto de Jake Lewis.

El sobrino llegó a la conclusión de que, desgraciadamente, no había *posibilidad de establecer su muerte porque los datos que se conocen hasta el 20 de diciembre de 1906 son completos y concluyentes*[81].

Con ayuda de esta información, Weinberger siguió los pasos de Kersner hasta Chicago, donde perdió el rastro debido a un imperdonable error de León Green, miembro de la *Asociación Internacional de Protección a los Empleados de Comercio*. Este señor aseguró no haber encontrado indicio alguno del desaparecido, sea en las oficinas de su supuesto patrón, sea en los archivos de las organizaciones similares a dicha asociación. Lamentablemente, Green no averiguó a fondo ni se preocupó lo suficiente. Más si Weinberger y las otras personas que trabajaban para la defensa de Emma hubiesen contado con más tiempo, quizá una investigación más sistemática les habría permitido reencontrar las huellas de Kersner. Post, empero, se negó a conceder una prórroga.El gobierno tenía grandes ventajas en esta carrera por hallar al desaparecido ex esposo de Emma. Entre 1906 y 1908 ya había gastado una suma considerable -25.000 dólares o más, según el cálculo de la persona que informó a Weinberger- en el esfuerzo por reunir datos acerca de Kersner. Ahora contaba con una dependencia nacional más desarrollada y amplia para realizar la cacería.

El Departamento General de Inteligencia de Hoover logró lo que Green no pudo. El 21 de noviembre, un funcionario de inmigración comunicó por telegrama a Washington:

El señor Hoover anuncia que tiene pruebas de la muerte del esposo de Emma Goldman. Es importante que se haga constar en la audiencia. Recomienda que se reabra el caso para incluir nueva evidencia.

[81] La relativa facilidad con que un particular logró conocer el itinerario de Kersner hasta tan avanzada fecha, sugiere que en 1909 las autoridades bien podrían haber averiguado el paradero del mismo.

Los agentes de Hoover habían reunido una pila de informaciones y documentos probatorios. Presentaron un certificado de defunción según el cual Jacob Lewis, sastre, había fallecido en Chicago el 8 de enero de 1919.

Muchas declaraciones juradas indicaban que el tal Jacob Lewis era en realidad Jacob Kersner.

Barney H. Joseph, quien treinta años atrás, en Rochester, había sido amigo y compañero de trabajo de Kersner, sugirió el motivo por el cual este último habría utilizado un nombre falso: no quería que nadie lo relacionara de ninguna manera con su antigua esposa porque *en los años que siguieron, después de saber de su vida, no podía ni siquiera oírla nombrar; así me lo dio a entender*.

Aunque no debemos descartar esta hipótesis, es más probable que el desafortunado Kersner cambiara de nombre principalmente para salvarse de la justicia. En todo caso, los documentos enviados a Washington eran precisamente lo que el gobierno necesitaba.

Triunfante, Hoover aseguró que los mismos *bastaban para refutar todo alegato de Weinberger basado en la suposición de que el marido de la Emma Goldman murió antes de 1909*.

Dichos documentos llegaron justo a tiempo: el 8 de diciembre, día en que se realizó la audiencia presidida por el juez Mayer.

Weinberger comenzó afirmando que el gobierno no tenía pruebas de que Kersner estuviera vivo cuando se le retiró la ciudadanía; añadió que, aun en ese caso, aquellas actuaciones judiciales no habían privado a Emma de su naturalización. Entonces, el fiscal federal Caffey se limitó a declarar que era un *hecho* (no existía constancia alguna al respecto) que Kersner se encontraba con vida el 18 de enero de 1919. (Se negó a darle al asombrado Weinberger el nombre del lugar donde aquél había muerto).

El juez Mayer dictaminó que Emma Goldman *no fue en ningún momento ciudadana de los Estados Unidos*; y volvió a repetir la opinión que expresara en 1917:

Este tribunal estima que ambos acusados son enemigos de los Estados Unidos de América, de la paz y del bienestar de su pueblo.

Pese a todo, Mayer les concedió el tiempo necesario para presentar una apelación ante la Corte Suprema, Sin demora, Weinberger elevó una petición ante el juez Brandeis. Éste la presentó a consideración de la corte en pleno, la cual denegó la prórroga a Berkman, pero le otorgó a Weinberger una semana para que sometiera su documentación y alegato en favor de Emma.

Ésta, sin embargo, prefirió acompañar a Berkman a Rusia; el 12 de diciembre hizo retirar la apelación. Tenían poco tiempo, los gastos de impresión de los documentos eran demasiado grandes y las posibilidades de obtener un dictamen favorable, demasiado pequeñas.

De haber decidido Emma luchar hasta el final, la Corte Suprema probablemente se habría pronunciado en su contra. De todos modos, los funcionarios del Departamento de Justicia lanzaron un suspiro de alivio, pues aquella apelación les había preocupado.

El procurador general Alex C. King le advirtió a Caffey que no debía proceder con indebida premura ya que la corte estudiaba a fondo todas las actuaciones tenidas por *sumarias*; en opinión del procurador King, *si se presentan objeciones importantes*, el alto cuerpo se vería obligado a conceder una reconsideración del caso, aunque, en último término, su dictamen podría ser adverso a la acusada.

El hilo se había cortado, con lo cual se dio término a la guerra entre Emma y el Estado. El comentario más cómico acerca del fin de la batalla salió de labios del fiscal Francis Caffey.

Tras sostener que en 1909 se había informado a Emma del proceso por el cual se le retiraría la ciudadanía a Kersner, añadió esta tranquilizadora declaración:

En su trato con Emma Goldman, el gobierno ha actuado en todo momento con la más estricta justicia.

4

Ahora sólo restaba sacar del país a Emma Goldman y a *su consorte Berkman*, según palabras de Hoover.

Pero, ¿cómo hacerlo? Se planteaba una situación sumamente delicada, ya que no correspondía arrojarlos a Rusia por cuanto en aquellos momentos los Estados

Unidos no mantenían relaciones diplomáticas con la nueva Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Años más tarde, en 1922, los tribunales se opondrían al envío de extranjeros a un país no reconocido oficialmente. Pero entonces, cuando la furia antirradical alcanzaba su cúspide, este inconveniente no era más que un pequeño obstáculo que sólo sirvió como incentivo para el ingenio oficial.

Tal como dijera el diputado Isaac Siegel, de la Comisión de Inmigración, era necesario recurrir a alguna "*maliciosa maniobra diplomática*. Tenían el propósito de fletar antes de Navidad un barco que llevaría a los indeseables extranjeros *más allá de la estatua de la Libertad, en viaje sin retorno hacia otras tierras*.

El ocupadísimo Hoover eligió un viejo barco de transporte militar, el Buford, comprado a Inglaterra durante la guerra contra España.

El 17 de diciembre, las autoridades anunciaron que ya estaban hechos los preparativos para *expulsar del país a todos los radicales extranjeros que aguardaban su deportación, entre quienes se encontraban los famosos Emma Goldman y Alexander Berkman*.

En total, 249 *anarquistas* serían alejados del paraíso a bordo del Buford.

Para ser más exactos, entre los desterrados sólo había 51 anarquistas; de los restantes, 184 eran personas acusadas de abogar por el derrocamiento violento del gobierno, y 14 eran individuos declarados carga pública o culpable de depravación moral.

El secretario de trabajo Wilson había ordenado, que ningún extranjero casado o padre de familia fuera embarcado en el Buford, pero esta disposición no se respetó en la Isla de Ellis.

De las doce familias que las autoridades admitieron haber separado con estas deportaciones, sólo cinco pudieron volver a reunirse después de un año. Era tan grande la urgencia por salvar a los Estados Unidos de estos despreciables individuos, que a algunos no se les permitió siquiera recoger las ropas suficientes para soportar el crudo invierno.

Aunque el capitán del barco recibió las instrucciones en sobre lacrado, era un secreto a voces que los exilados serían desembarcados en algún punto de Rusia.

El día anterior a la partida, el Rusia Soviética, órgano oficial del gobierno bolchevique, publicó una carta abierta dirigida a Emma Goldman por Ludwig Martens, *embajador* no reconocido ante los Estados Unidos, quien en la misma daba la bienvenida a Emma y a los restantes refugiados.

En aquella carta, empero, se observaba una nota discordante que trae a la memoria los conceptos acerca de la disensión expresados por el juez Mayer al dar por terminado el proceso de 1917.

En efecto, Martens decía:

La Rusia Soviética no persigue a nadie por sus ideas o sus doctrinas políticas y económicas; uno podía decir lo que pensaba, *siempre que no colabore en forma activa con los enemigos de los trabajadores rusos, especialmente en este momento crítico*...

El embajador revolucionario y el juez conservador concordaban en este punto: Emma Goldman, al igual que los demás, tenía, desde luego, libertad de palabra, pero...

Así como este poderoso *pero* constituyó el arma que proscribió a Emma Goldman de los Estados Unidos, su amenazante presencia en el saludo de Martens fue anunciadora de la triste experiencia que le tocaría vivir en Rusia.

Emma estaba muy lejos de imaginar lo que le esperaba cuando, a las 4.15 de la helada mañana del domingo 21 de diciembre, ella y sus compañeros de exilio emprendieron el largo viaje que los llevaría de vuelta a su tierra natal.

Un periodista describió la partida con todo el vuelo literario de que era capaz:

Abrazando sus sacos de mano, sus anticuadas maletas de aspecto extranjero, sus baúles enchapados a la usanza del viejo mundo -adminículos de espantosos colores-, sobretodos, cajas de manzanas y naranjas, los *rojos* entraron en tropel en la amplia y tibia habitación brillantemente iluminada. A sus ojos, se asemejaban a un grupo de inmigrantes que *esperaban en la Gran Estación Central el tren que los llevaría a su lugar de destino en un nuevo país de esperanza*. En cambio, aguardaban una lancha que los conduciría al Buford.

Satisfechos funcionarios estaban allí para despedirlos. Entre ellos se encontraban el diputado Isaac Siegel, de la Comisión de Inmigración de la Cámara; William J.

Flynn, nuevo jefe de la Oficina de Investigaciones, que tenía fama de ser un gran *cazador de anarquistas*, y J. Edgar Hoover, en no poca medida responsable del espectáculo, pues había luchado largamente por lograr que estos pasajeros especiales emprendieran aquel viaje sin retorno y se había encargado de arreglarlo todo para fletarlos sin demora.

Faltaba poco para el día en que se celebraba el nacimiento del Pobre Carpintero, y es de suponer que el espíritu festivo mostrado por las victoriosas autoridades se debía a la proximidad de tan grata fecha.

Fue así que uno de los diputados le gritó a Emma, mientras ésta subía al *arca soviética*: *¡Feliz Navidad, Emma!*, a lo cual ésta respondió apoyando el pulgar contra la nariz, a modo de burla.

Tal es el relato de la anécdota[82]. De cualquier modo, bien podía haber sucedido así, pues la imagen era perfecta: aquella mujercita permaneció de pie un instante, la mirada fija en sus torturadores oficiales, que la observaban desde su lancha, allá abajo, y en las fuerzas de represión del aletargado país que se extendía a sus espaldas; luego, con rápido movimiento, apoyó el pulgar contra la nariz en un gesto de desafío a todos aquellos que hacían la vida más difícil en la América que ella tanto amaba.

Sin duda, dicho cuadro difería notablemente del que presentara su llegada. Ya no era aquella joven de rostro patéticamente ansioso que había desembarcado en Castle Garden treinta y cuatro años atrás; muchas cosas habían sucedido en el ínterin. Como si quisiera ofrecer mudo testimonio, la estatua de la Libertad, que también había arribado al país hacía unas tres décadas, seguía mirando hacia Europa, cuyas *apiñadas masas añoraban respirar un aire de libertad*, pero su antorcha estaba apagada.

El dibujo de la *Partida del Buford* que Boardman Robinson realizó para el Liberator, supo captar magníficamente el sentido profundo de esta escena.

Aquella acerba crítica gráfica representa al viejo barco con su cargamento de herejes pasando plácidamente frente a la Isla de Bedloe, mientras el humo que

[82] Probablemente, la misma se basa en los recuerdos de Hoover, pues figura en el libro semioficial de Don Whitehead intitulado The FBI Story, Nueva York, Random House, 1956, p. 48.

surge de sus chimeneas deja una estela que oscurece el rostro y la parte superior del torso de la Madre de los Exilados.

Naturalmente, en los círculos oficiales la partida de los indeseables produjo una reacción muy distinta. J. Edgar Hoover, por ejemplo, predijo con gran entusiasmo que, a su debido tiempo, se deportarían más rojos en otras *arcas*.

El artículo de fondo publicado el 23 de diciembre por el Times de Nueva York es, quizá, la expresión más exacta del sentimiento conservador:

El Buford nos ha dejado la dulce tristeza de separarnos, por fin, de dos de los anarquistas más perniciosos: Emma Goldman y Alexander Berkman... Bueno, sabemos ahora quiénes son los extranjeros revolucionarios, y estamos decididos a expulsar a estos soldados del desorden.

Pero lo más notable fue la melancólica observación de un abogado del distrito de Columbia: *Se acerca la prohibición y se aleja Emma Goldman; esto se va a poner muy aburrido*.

Capítulo vigesimoquinto
La conformidad racionalizada

Así terminaron las décadas de lucha, los años de difamación y falsedades oficiales, La evidente trapacería del retiro de la ciudadanía de Kersner, la invención de cuentos de espionaje, la arbitrariedad y la venganza encerradas en excesivas fianzas y en allanamientos y secuestros sin razón, constituyeron apenas una parte de tan triste historia.

Al parecer, ningún sentimiento generoso, capaz de impulsar a un acto galante, movió nunca a Chambers, Zamosh, Bonaparte, Harr, Straus, Caffey, Content, Mc Carthy, O'Brien, Palmer, Hoover, o cualquiera de los demás enemigos oficiales de Emma Goldman.

Obsérvese cuán absurdo es el hecho de que un gobierno utilizara, en distintos momentos, sus departamentos de justicia, trabajo y Estado, el correo, sus aprensivos jueces e inquietos legisladores para silenciar a una mujercita insignificante; incuestionablemente, aquí el Estado demostró ser, como lo caracterizó Thoreau, tan *medroso como una mujer sola que teme por su vajilla de plata*.

Emma debería haberse sentido halagada: sus grandes perseguidores delataban un miedo muy poco masculino.

Pero un análisis de los acontecimientos puede llevarnos a algo más que a unas observaciones irónicas y a una justa indignación. La reacción política y social frente a Emma Goldman reveló, me aventuro a decir, un cambio definido en la forma de ataque contra los derechos de Emma en particular y, tal vez, por ser ella para muchos notables símbolos del radicalismo, contra los derechos civiles de otros rebeldes. Nos referimos al paso de lo que podríamos llamar *autoritarismo de pandilla* al *autoritarismo burocrático*.

El autoritarismo de pandilla se reducía al limitado círculo de un grupo de personas residentes en las ciudades visitadas por Emma; era generalmente de naturaleza extralegal o ilegal. Fueron sujetos integrantes de una de estas turbas quienes

atacaron a Reitman en San Diego, le escribieron con fuego en las nalgas, le retorcieron los testículos y trataron de introducirle un palo en el recto.

Era bastante frecuente que tales grupos se apoderaran de algún odiado forastero, lo golpearan, lo cubrieran de alquitrán y de plumas y, finalmente, lo expulsaran violentamente del pueblo amenazándolo con cosas peores si volvía.

Cuando actuaban con suavidad, se limitaban a reprimir la libertad de palabra e impedir los actos de protesta. Cuando se desataban, llegaban a castrar, matar a tiros o ahorcar al objeto de su furia.

Evidentemente, nunca, en sus treinta años de actividad, vivió Emma Goldman en una *dorada época de libertad*. Por cierto que los famosos piquetes de vigilancia eran adversarios temibles, pero Emma se mostró capaz de hacer frente a esta forma de oposición terrorista y, en su momento, aun de vencerla. Recordemos en cuántas ciudades, aparte de San Diego, se le opuso violenta resistencia al principio hasta que, con tesón, Emma logró imponerse.

Por otra parte, el autoritarismo burocrático convirtió la totalidad de los Estados Unidos en territorio prohibido para ella. La gran diferencia entre ambas formas de autoritarismo era la misma que existía entre la furiosa pandilla de San Diego de 1912 y la tranquila, efectiva audiencia realizada en la Isla de Ellis en 1919.

El autoritarismo burocrático actuaba principalmente en la esfera nacional. Aun durante *la alarma roja*, tenía apariencia de legalidad, y llegaría a convertirse en una institución respetable y constitucional. Por regla general, no hacía objeto de malos tratos a los disidentes, ya que se valía de procesos judiciales o, preferentemente, de audiencias administrativas. No obstante, las consecuencias del autoritarismo burocrático -la deportación, por ejemplo- eran muchas veces más penosas que el alquitrán y las plumas.

Por cierto que aquel cambio no fue total ni paulatino. Desde el principio, *la alarma roja* llevó claramente impreso el sello del terrorismo de pandilla, ya que recurrió a arrestos ilegales, torturas brutales, calculada subalimentación, intimidación de oradores y agresión contra los mismos, invasión de domicilio, quema de libros, etc. Sin embargo, no es esto lo más importante, sino el hecho de que todos esos actos estaban dirigidos desde Washington.

Se explotó el reprimido temor colectivo a todo lo que sea diferente y se lo canalizó dentro del marco institucional de las oficinas y dependencias nacionales, en particular las de investigaciones y de inmigración. Dicho de otra manera, Palmer, Hoover, Caminetti y sus subordinados se convirtieron en una suerte de guardia suiza de la religión del nacionalismo.

El curso de la campaña del gobierno muestra que las antedichas fuerzas oficiales de represión estaban empeñadas en una guerra contra los radicales, al menos los extranjeros, ya varios años antes de que se desencadenara *la alarma roja*.

Vista desde este ángulo, la última no fue más que una *ola de histeria*, o un *espasmo de terror*, que se produjo como coronamiento de la Gran Cruzada.

Durante veinte años los funcionarios del gobierno habían estado trabajando para coartar la libertad de acción de Emma Goldman. El decreto de exclusión de los anarquistas y el de desnaturalización, promulgados en 1903 y 1906, respectivamente, atestiguan la existencia de una sostenida campaña contra los radicales extranjeros, pero no fueron el instrumento que habría necesitado el gobierno para deportar a Emma y a todos los extranjeros molestos del país.

Por fin, la guerra mundial brindó a las autoridades su deseada oportunidad: podían aprovechar la angustia popular para tomar medidas conducentes al encarcelamiento y al destierro de Emma Goldman y otros individuos de su condición.

Dado este fundamento institucional, cabe afirmar que *la alarma roja* fue algo más que una de esas esporádicas olas de terror que se producen cada tanto en los Estados Unidos, olas que se encrespan para luego calmarse y volver a su nivel original.

En su ya clásico ensayo sobre la burocracia, Max Weber señaló que el imperioso deseo de *orden y protección (policía) en todos los campos ejerce una permanente influencia que conduce a la burocratización. Un camino continuo lleva desde la resolución de los pleitos entre linajes por la mediación de sacerdotes o de un árbitro, hasta la presente posición del policía como representante de Dios sobre la Tierra*[83].

[83] From Max Weber, recopilado por H. H. Gerth y C. Wright Mills, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co. Ltd., 1947, p. 213.

Y la reacción contra Emma Goldman siguió precisamente tal evolución histórica. Se había pasado de los conflictos directos, personales, con los padres de familia y la policía de las distintas localidades visitadas por Emma, a una grave y constante lucha con *cazadores de anarquistas* profesionales que disponían de un aparato burocrático cada vez más desarrollado.

Este paso de una modalidad a la otra estuvo íntimamente ligado al vertiginoso desarrollo industrial de la época, a la creciente concentración de las fuerzas económicas; al nacimiento de urbes gigantes, a la extensión del dominio estatal a muchas esferas de la actividad económica y social.

Tal proceso evolutivo fue envolviendo al individuo en una red cada vez más organizada (en el sentido de que había una relación precisa entre medios y fines), red que, en el orden nacional, manejaba principalmente la oficina de Investigaciones, convertida en reina y señora del destino de los ciudadanos.

Durante la guerra y después de la misma, esta rama asombrosamente expandida del Departamento de Justicia asumió abierta, ya que no reconocidamente, las funciones de una policía política.

Tal como lo demuestra a las claras el capítulo anterior, dicha oficina cumplió importantísimo papel en la racionalización del conformismo. La eficiencia con que J. Edgar Hoover actuó para lograr el destierro de Emma, en comparación con la escasa habilidad mostrada por P. S. Chambers en el procedimiento mediante el cual se le quitó la ciudadanía a Kersner, fue quizá un índice del perfeccionamiento de los métodos utilizados por el Estado para eliminar la no conformidad.

Pese a que ambas situaciones eran muy diferentes, hallaremos otra prueba de dicha perfección en el hecho de que, hacia 1898, Emma Goldman había podido mantener su posición anarquista y oponerse a la guerra contra España sin que ello implicara grandes riesgos, mientras que, dos décadas después, los mismos *delitos* dieron motivo a su encarcelamiento, al tiempo que la División General de Inteligencia concentraba todas sus fuerzas para lograr la deportación definitiva de aquella enemiga.

Por otra parte, también podía tomarse como señal de la racionalización del conformismo el hecho de que la oficina de Hoover se convirtiera en centro de reunión de datos sobre radical o supuestos radicales.

Probablemente, la biblioteca de Emma y Berkman, secuestrada en 1917, constituyó el punto de partida de la colección de informaciones sobre los radicales, que la División General de Inteligencia fue ampliando con secuestros, contribuciones y hasta compras.

Resultaría especialmente irónico que el archivo del cual se apoderaron en la redacción de Mother Earth hubiera seguido igual destino (en su edición del 16 de junio de 1917 el Times de Nueva York aseguró que aquel archivo anarquista simplificaría la tarea de la policía secreta).

Haya partido de los papeles de Emma o no, la verdad es que Hoover, ex empleado de la Biblioteca del Congreso, se puso a la tarea de reunir tal archivo de radicales cuando fue nombrado jefe de la División General de Inteligencia.

En la época en que Palmer presentó su informe al senado (noviembre de 1919), Hoover contaba con datos acerca de Emma Goldman y otros 59.999 radicales; al año siguiente, anunció que sabía de la existencia de 200.000. De tal manera, se reunieron informaciones, rumores y fantasías acerca de ciudadanos y extranjeros, que un grupo de funcionarios públicos antirradicales utilizarían en contra de aquéllos.

En su guerra contra individuos como Emma Goldman, Hoover contaba con temibles armas: dichos documentos, los agentes que estaban bajo su dirección, y la acción coordinada de la división a su cargo y de las demás oficinas nacionales que se ocupaban del asunto. Por lo tanto, estaba en condiciones de aplastar a los disidentes con la demoledora fuerza del tiempo, la energía y el dinero burocráticamente organizados.

Pero este gran paso hacia la racionalización conformista costó muy caro al país. En su papel de *representante de Dios en la Tierra*, el policía no tenía lugar dentro de una sociedad libre y un orden político democrático. Al elevar a la policía a tan alta posición, los norteamericanos se alejaron de un pasado más libre y, para expresarlo

con referencia al tema de nuestro interés, sancionaron el establecimiento de un aparato político-policial que logró desterrar a Emma Goldman.

PARTE VI: *EXILIO*

Capítulo vigesimosexto

Matushka Russiia

¡Viva, viva, viva! ¡Kerensky derrocado! ¡Dominan los bolcheviques! ¡La tierra volverá al pueblo! ¡Armisticio y paz! Estoy loco de alegría. Tales las expresiones de júbilo que Berkman anotó el 8 de noviembre de 1917 en su diario de prisión.

No recuerdo otro momento tan feliz como éste. En realidad, es el más dichoso de mi vida,.. ¡Cómo me gustaría estar con algunos amigos y brindar con champaña para celebrar esta grande, maravillosa, bendita noticia!

Al poco tiempo, Emma Goldman puso en letras de imprenta La Verdad sobre los Bolcheviques (1918), folleto en el cual apoyaba vigorosamente la *gloriosa obra de los bolcheviques*.

Encendida por el deseo de defender aquella gran esperanza, definió el término bolcheviques como *el sustantivo plural que designa a los revolucionarios representativos de los intereses de los grupos sociales más numerosos*...

Sostenía que esos hombres no estaban llevados por *propósitos imperialistas. Siguen un plan libertario, y quienes comprenden los principios de la libertad no pueden en modo alguno abrigar el deseo de anexarse otros pueblos y países*.

Es evidente que en la época de su deportación, Emma y Berkman estaban decididos a apoyar a Lenin y a los suyos.

En rigor, Emma tenía ciertas reservas que Berkman no compartía plenamente. Desde el Buford, le envió a su sobrina una carta en la cual expresaba su temor de no ser capaz de actuar con los comunistas:

Creo que jamás podría trabajar dentro de los limitados confines del Estado, sea bolchevique o cualquier otro.

Suponía con aprensión que, comparada con los Estados Unidos, Rusia *no será tan linda... Añoro la tierra que tanto me ha hecho sufrir. ¿Acaso no he conocido allí también el amor y la alegría? Y la obra que he realizado poco a poco, con tanta paciencia y penuria, y los amigos que dejo. Pese a todo, tuve grandes riquezas*...

A despecho de esta nostalgia y de sus dudas en cuanto a la posibilidad de trabajar en el Estado comunista, volvió a la madre Rusia en enero de 1920 con el corazón lleno de esperanzas y la firme resolución de colaborar con los bolcheviques:

Finalmente me dirigía a Rusia, y todo lo demás quedaba casi borrado. Volvería a ver con mis propios ojos a *mátushka Russiia*, la tierra liberada de los amos políticos y económicos; al mujik ruso, como se llama a los campesinos, levantado del polvo; al obrero ruso, el moderno Sansón, que con un golpe de sus poderosos brazos derribó los pilares de la sociedad decadente. Pasé como en un trance los veintiocho días de reclusión en nuestra prisión flotante. No tenía casi conciencia de lo que sucedía a mí alrededor.[84]

2

Los dos años siguientes brindaron a Emma y a Berman la extraordinaria oportunidad de observar bien de cerca la Rusia revolucionaria.

Por conocer la lengua, no necesitaban de intérpretes para hablar con la gente del país, desde Lenin hasta los obreros de las fábricas y los campesinos.

Entre enero y julio de 1920 pudieron analizar el curso de los acontecimientos con ciertos rusos de Petrogrado y Moscú. Luego, en momentos en que viajar era una hazaña casi imposible debido a que el sistema de ferrocarriles estaba irremediablemente sobrecargado y desorganizado, realizaron una larga recorrida por Ucrania en su calidad de miembros de una comisión encargada de reunir material histórico para el *Museo de la Revolución de Petrogrado*.

Durante esta misión, que duró cuatro meses, visitaron ciudades tales como Jarkov, Kiev y Odesa, y pequeños pueblos del Sur como Kremenchug y Znamenka, donde Emma y Berkman recogieron no sólo documentos sobre la revolución sino también opiniones de muchos grupos: los comunistas locales, los perseguidos revolucionarios socialistas de izquierda, los dirigentes gremiales, los hostigados miembros de la intelectualidad, los acosados partidarios del anarquista agrario

[84] *My Disillusionment in Russia*, Londres, C. W Daniel Co., 1925, p. 3. La edición norteamericana del mismo título, publicada en 1923 por Doubleday, Page &. Co., está mutilada por omisión de la última parte del texto, equivalente a un tercio del mismo. Más tarde, se editó dicha porción con el título de My Further Disillusionment in Russia (Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1924). La edición inglesa, arriba citada, es completa.

Néstor Majnó, las víctimas de la Cheka que habían estado en los campos de trabajos forzados, los sionistas y otros judíos de poblaciones siempre amenazadas por pogroms.

Las momentáneas victorias logradas por el general Wrangel sobre el ejército rojo les impidieron llegar hasta el Cáucaso; pero en noviembre y diciembre, durante otra expedición para el museo, se internaron en el norte, hasta Arcángel.

La amplitud y profundidad de estas experiencias pronto les permitieron interiorizarse de la vida del pueblo ruso. Lo que vieron los inquietó enormemente.

A los pocos meses de su arribo, Emma descubrió que en el bosque encantado de Rusia rondaba el fantasma del absolutista Estado bolchevique. Las miríadas de papeles que fluían de Moscú ahogaban toda independencia local y toda forma de ayuda mutua. Era necesario contar con un *propusk* o pase para trasladarse a cualquier lugar.

Había treinta y cuatro clases diferentes de raciones, de las cuales las mejores, naturalmente, iban a parar a manos de los miembros activos del partido comunista. En Moscú y otras ciudades, la gente corría frenéticamente sin verse, tan ansiosa de conseguir alimentos y tan asustada de la policía secreta que ni siquiera se detenía a ayudar a los niños y a las mujeres que caían vencidos por la debilidad. Arrogantes comisarios y sus subordinados perdían deliberadamente el tiempo mientras miles de personas perplejas pasaban días y semanas aguardando en corredores y oficinas que alguien las atendiera.

Por doquier observó una mala administración, un favoritismo, una corrupción y un autoritarismo centralizado verdaderamente increíbles.

Aquello era una pesadilla hecha realidad, uno de cuyos aspectos más terribles era la militarización del trabajo, tal como la que existía en el gran molino de Petrogrado, donde

... parecía que hubiera estado de sitio. Había soldados armados por todas partes, hasta dentro de los talleres. Me explicaron que, últimamente, habían desaparecido grandes cantidades de preciosa harina. Los soldados vigilaban a los trabajadores cual si fueran galeotes, y éstos, desde luego, se sentían vejados por tan humillante trato. Ni siquiera osaban hablar. Un joven, que me hizo muy buena impresión, me

expresó sus quejas por las condiciones de trabajo. *Estamos virtualmente prisioneros* -me dijo-; *no podemos dar un paseo sin permiso. Nos hacen trabajar sin descanso durante ocho horas y sólo nos dan diez minutos para tomar nuestra kipyatok* (agua hervida); *y cuando salimos del molino nos revisan*. Pero esta vigilancia tan estricta, ¿no es para evitar los robos de harina? -pregunté. *De ningún modo* -replicó el muchacho-; *los comisarios del molino y los soldados saben muy bien adónde va la harina*. Sugerí que los obreros protestaran contra semejante estado de cosas. *¿Protestar? ¿Ante quién?* -interrogó el joven-. *Dirían que somos especuladores y contrarrevolucionarios y nos meterían en la cárcel*. ¿No les ha dado nada la revolución? -inquirí. *¡Ah, la revolución! Pero eso ya se acabó* -exclamó con amargura.

Al principio, Emma estaba dispuesta a aceptar los argumentos de los comunistas, quienes pretextaban la necesidad de defenderse contra la amenaza exterior. En primer lugar, existía el bloqueo aliado, señalaban Zinoviev, Gorki o Ravich en respuesta a sus preguntas, y también el peligro de Kolchak, Denikin, Yudenicih y otros contrarrevolucionarios, los *traidores* mencheviques y los revolucionarios sociales de derecha.

La fuerte centralización era *absolutamente necesaria*, pues los bolcheviques estaban obviamente obligados a defender la revolución. Sin embargo, Emma no pudo ahuyentar ciertos pensamientos que la acosaban. Quizá parte del mal estuviera dentro de Rusia, no exclusivamente fuera de ella. ¿Por qué no enviaban a la población de Petrogrado, que moría de frío, a los bosques de las afueras en busca de combustible?, le inquirió a Zinoviev. Éste reconoció que tal acción directa disminuiría los sufrimientos del pueblo, pero añadió que obstaculizaría las medidas políticas decisivas, especialmente la concentración de todo el poder en manos del partido comunista.

Tras reflexionar, Emma llegó a la conclusión de que aquél era un precio demasiado alto.

Naturalmente, lo que más perturbaba a Emma era el terror organizado. La primera noche en Petrogrado, Zorin, comunista en cuya casa se alojaba, le aseguró que se había abolido la pena capital y declarada una amnistía política general. Pero en las

noches siguientes, mientras yacía despierta, oyó romperse el pesado silencio de la ciudad por ocasionales disparos. ¿Significaba ello que Zorin le había mentido?

Con gran dolor, descubrió que así era. Supo que las prisiones estaban repletas de anarquistas y de otros hombres que disentían con los bolcheviques; los encerraban por sus ideas, sin previo juicio, y hasta los condenaban a muerte. ¡Y todo esto sucedía en la Rusia revolucionaria!

El novelista Korolenko resumió muy bien el estado de cosas:

Si los gendarmes del zar hubieran tenido no sólo el poder de arrestar sino también el de fusilar, la situación habría sido entonces igual a la presente.

Angustiada, Emma suplicó a Angélica Balabanoff, fervorosa comunista todavía allegada a Lenin, que le diera alguna explicación plausible. Estaba tan desesperada que, al dirigirse a Angélica, prorrumpió en llanto. Esta última comprendió, como dice en sus memorias, que en aquellas lágrimas Emma *descargó toda su desilusión y amarga sorpresa, todo su dolor ante las injusticias que había presenciado y las que sabía se estaban cometiendo. ¡Quinientas personas ejecutadas simultáneamente por un gobierno revolucionario! ¡Una policía secreta que nada tenía que envidiar a la vieja Ojrana! Represión, persecución de honestos revolucionarios, tanta crueldad y tanto sufrimiento innecesarios, y para eso se había hecho la revolución?*[85]

Luchando contra sus propias dudas, Angélica Balabanoff trató de explicarle a Emma que la vida misma era culpable de tanta injusticia: ella es *la roca contra la cual se estrellan las más elevadas esperanzas del hombre. La vida desbarata las mejores intenciones y doblega a los espíritus superiores*.

Prometió a Emma y Berkman conseguirles una entrevista con Lenin, quien todo lo sabía acerca de la vida.

Fiel a su palabra, le envió a Vladimir Illich una nota a la que adjuntaba un ejemplar de The Trial and Speeches of Alexander Berkman and Emma Goldman -1917- (Proceso y Discursos de Alexander Berkman y Emma Goldman).

A los pocos días recibió la réplica:

[85] *My Life as a Rebel*, Nueva York, Harper & Bros., 1938, p. 254.

Querida camarada -escribió-; leí el folleto con inmenso interés (subrayó tres veces la palabra *inmenso*). ¿Quiere usted concertar una entrevista con E. G. y A. B. para la semana próxima y traerlos a verme? Le enviaré un auto[86].

Fue así cómo, un día, se encontraron con el poderoso del Kremlin.

Tras saludarlos con aparente cordialidad, Lenin fijó en ellos su aguda mirada y les espetó una andanada de preguntas: ¿Cuándo podría realizarse la revolución social en América? ¿Era la American Federation of Labor totalmente burguesa? ¿Y el I. W. W. ? Lenin alabó a Emma y Berkman por los discursos que pronunciaron durante su proceso y prometió un brillante futuro en Rusia para los *ideiny* anarquistas -anarquistas de ideas- que quisieran colaborar con el gobierno.

Berkman le interrumpió para inquirir por qué se encarcelaba a los anarquistas.

Esas eran tonterías, aseguró enfáticamente Lenin; ningún anarquista de ideas estaba en prisión; sólo se había encerrado a algunos bandidos y secuaces de Majnó; pero a ningún *ideiny* anarquista.

Emma expresó cierto escepticismo respecto de la distinción establecida por Lenin y le confesó que no se sentía muy dispuesta a trabajar por el Estado soviético mientras sus compañeros se encontraban en la cárcel sólo por sus opiniones.

Lenin la interrumpió para atacar su concepto sentimental de la libertad de palabra: éste era simplemente *una idea burguesa. No puede haber libertad de expresión durante un período revolucionario*. Les aconsejó que iniciaran algún trabajo útil a fin de recuperar su *equilibrio revolucionario*.

3

Cada día que pasaba, a Emma le resultaba más difícil lograr la clase de *equilibrio* sugerida por Lenin, aunque sabía que en ello le iba la vida. No podía aceptar ningún puesto, pues todos le exigían una pérdida total de su independencia. Cuando le propuso a Lenin crear una sociedad rusa pro libertad americana, éste mostró interés pero impuso la condición de que la misma dependiera directamente de la Tercera Internacional.

Lunatharsky, comisario de educación, la invitó a colaborar con él siempre que estuviera dispuesta a dejar de ser un *pájaro libre*.

[86] *Ibid.,* p. 255.

Cuando Petrovski le ofreció el cargo de directora de la Escuela Militar de Enfermeras, Emma estaba ya convencida de que no debía aceptar ninguna tarea que la atara al gobierno.

También Berkman encontró casi imposible adaptarse a las exigencias de Lenin y sus colaboradores.

En una oportunidad, Radek le pidió que realizara una rápida traducción del manuscrito de Lenin titulado El extremismo: enfermedad infantil del comunismo. Después de leerlo, Berkman se dio cuenta de que aquel ensayo era un ataque, deshonesto en su opinión, contra todos sus ideales.

Dejó atónito a Radek cuando se negó a hacer el trabajo, a menos que se le permitiera añadir un prefacio propio.

Después de semejante acto de *lesa majestad*, los dirigentes comunistas comenzaron a mostrarse más fríos.

Pese a todo, Berkman seguía defendiendo a quienes les daban asilo. Reconocía que la burocracia se había vuelto sofocante y que existían mucha desigualdad e injusticia, pero, respondía a las críticas de Emma, creía que Rusia llegaría a vencer estos males cuando se levantara el bloqueo. Lo importante era que la revolución había ido más allá de un mero cambio político, logrando extirpar casi de raíz el sistema capitalista. En vista de tan extraordinaria hazaña, estaba dispuesto a perdonarle sus defectos momentáneos.

En el otoño de 1920 seguía preguntando a sus camaradas anarquistas que censuraban el régimen si tenían algo mejor que proponer:

No se discuten las fallas y los defectos de los bolcheviques -argumentaba-, sino la dictadura en sí. ¿No presupone el triunfo de la revolución la abolición violenta de la burguesía y la imposición de la voluntad del proletariado sobre la sociedad? En suma, ¿una dictadura?[87].

Ya bien avanzado el año 1921, Berkman no había abandonado aún la esperanza de que se establecieran mejores relaciones entre el gobierno soviético y los grupos políticos disidentes.

[87] Berkman, *The Bolshevik Myth*, Nueva York, Boni & Liveright, 1925; pp. 256-57.

La pertinaz defensa de los bolcheviques por parte de Berkman y el creciente disgusto de Emma por los mismos, produjo serias dificultades entre los viejos amigos. Cuando Emma clamaba contra la brutal represión, Berkman le señalaba que no podía juzgarse a la revolución *por unas motitas de polvo*. Años después, en una de sus cartas, Emma le recordaba aquellas tristes discusiones:

Y lo que es más, querido Sash (,) en el fondo de tu corazón sigues siendo el mismo viejo Adán. ¿No te vi acaso en Rusia, cuando reñías encarnizadamente conmigo porque no quería tragarme los justificativos de la revolución? ¿Cuántas veces me arrojaste en la cara que nunca había sido más que una revolucionaria de salón, que el fin justifica los medios, que el individuo no cuenta, etc.?

Berkman sólo pudo responder:

Tu oposición a los bolches me parecía demasiado sentimental, cosa de mujeres. Necesitaba pruebas más convincentes y hasta que no las tuve, no pude cambiar honestamente de actitud.

En rigor de verdad, Berkman tenía más de revolucionario, y Emma, más de rebelde. Él era capaz de aceptar muchas cosas por considerarlas una *necesidad histórica*; ella nunca pudo hacer las paces con tal *necesidad histórica*.

Cuando la revolución adquirió caracteres de opresión, fue más propio del carácter de Emma reaccionar en contra de aquélla y convertirse en hereje.

Tom Bell (viejo anarquista escocés, amigo de toda la vida de Kropotkin, Emma y Berkman) fue directamente al fondo de la cuestión cuando le escribió a Berkman:

Bien sabes, Alec, que siento un gran afecto por ti, lo mismo que por nuestro querido Pedro. Si tuviera que dar sinceramente mi opinión acerca de vuestra conducta durante aquel oscuro período de la vida rusa, diría que no me habría sorprendido demasiado saber que uno de ustedes, o ambos, se hubiese olvidado de la parte anarquista de su anarco comunismo, y dejado extraviar por la parte comunista... ¡Pero Emma! Sus ideas nunca difirieron en modo alguno de las tuyas o de las de Pedro, de eso estoy seguro. Y sin embargo, en ningún momento, en ningún instante, dudé de que, a la larga, por lo menos Emma surgiría inmune, con su instinto seguro y buen sentido fundamental, y que, sin tardanza, iniciaría la lucha.

Sin embargo, también Berkman, aunque no tan firmemente como Emma, demostró ser en esencia un rebelde por cuanto, ya en el momento de elegir, prefirió la herejía a la ortodoxia, aun la *revolucionaria*.

4

Para Berkman y todos aquellos que no estaban totalmente enceguecidos, la hora de la decisión indiferible llegó en marzo de 1921.

Descriptos alguna vez por Trotski como *el orgullo y la gloria de la revolución rusa*, los marineros de Kronstadt habían luchado por los bolcheviques en el levantamiento de octubre que provocó la caída de Kerenski. Tres años más tarde, empero, al producirse una serie de huelgas en Petrogrado, estalló su descontento contra el opresivo régimen bolchevique. Los marineros apoyaron las demandas de los huelguistas, quienes solicitaban mejores raciones de alimento y mayor independencia para sus gremios; también aprovecharon la oportunidad para protestar contra el terror organizado, y exigir libertad de palabra, de prensa y de reunión.

Típicamente, Lenin" Trotski y Zinoviev interpretaron este pedido de mayor libertad como un complot contrarrevolucionario. Rápidamente se movilizaron todas las fuerzas de represión del Estado soviético.

Emma Goldman y Alexander Berkman observaban el giro de los acontecimientos con gran alarma. El 5 de marzo le enviaron una carta a Zinoviev, en la cual declaraban que había llegado el momento de hacerse oír:

Permanecer ahora en silencio es imposible, hasta criminal.

Pedían a los comunistas que crearan una comisión imparcial para arbitrar la disputa e imploraban:

Camaradas bolcheviques, reflexionad antes de que sea demasiado tarde. No juguéis con fuego; estáis a punto de dar un paso muy grave, decisivo.

La respuesta llegó la noche del 7 de marzo, cuando oyeron las descargas de la artillería que atacaba a Kronstadt.

La despiadada carnicería continuó durante diez terribles días con sus correspondientes noches, hasta que Kronstadt se rindió.

Emma y Berkman vagaban impotentes por las calles de Petrogrado o permanecían quietos en el Hotel Internacional, en una agonía de desesperanza.

Las breves observaciones anotadas por Berkman en su diario son suficientemente elocuentes:

Diez días de angustia y de cañoneo. Mi corazón está lleno de desesperación; algo ha muerto dentro de mí. En las calles, la gente parece agobiada de dolor, azorada. Nadie se atreve a hablar. El tronar de pesados cañones hiende el aire.

Los mismos cañones que Trotski envió para derribar a los contrarrevolucionarios *cual si fueran patos* mataron, en cambio, a unos dieciocho mil amigos de la revolución rusa.

Una fotografía tomada en Moscú, poco después de este terrible episodio, nos muestra acabadamente el estado físico y anímico de Emma. Aparece sin sus lentes, a la sazón rotos, mirando fijamente hacia la cámara, los ojos hundidos y rodeados de profundas ojeras. Todo su rostro se ve inusitadamente flaco, hasta macilento, lo cual es en parte explicable, sin duda, por la simple razón de que pasaba hambre. (Ella y Berkman tenían alimentos suficientes para ambos, pero con tantas personas desfallecientes de hambre en torno de ellas Emma comenzaba por preparar la comida para dos y terminaba dándole de comer a una docena. *No necesito decirte -le escribió a un amigo-, que era yo quien se quedaba con hambre, no una vez sino todos los días*). Pero, sobre todo, observamos en la expresión de su cara un sentimiento de horror, un horror insondable que se manifestaba exteriormente en una profunda desesperación y una agobiante angustia.

Más que penurias físicas, su rostro sugiere una conciencia en carne viva, cual una herida abierta.

Inevitablemente. Emma y Berkman reaccionaron de modo violento. Después de la masacre de Kronstadt se negaron a aceptar las raciones alimenticias que les brindaba aquel gobierno cuyas manos estaban tintas en sangre. Se mudaron a una casa modesta de Moscú; vivían como miles de rusos, es decir, recogían ellos mismos la leña, se preparaban la comida y se ocupaban de su ropa.

Frecuentemente. Sus habitaciones estaban llenas de camaradas y amigos que llegaban a todas horas del día y de la noche. El estado de ánimo de sus visitantes

era muy variado: desde el más profundo desaliento hasta la más impetuosa exaltación. Los anarquistas acudían en busca de ayuda, traían noticias de nuevas detenciones, de camaradas que hacían huelga de hambre en una de las cárceles de Moscú, o de otros actos de persecución por parte de los comunistas.

Muy otro era el espíritu de los visitantes provenientes de los Estados Unidos. Big Bill Haywood, en plena fuga de su condena en Leavenworth y de sus adictos norteamericanos, fue a verlos para hablar con entusiasmo acerca del glorioso experimento ruso, de la posibilidad de incitar a la revolución a las masas norteamericanas desde Rusia, y de la necesidad de comprender que el fin justifica los medios.

También florecía el fervor evangélico de antiguos conocidos tales como Bob Minor, Mary Reaton Vorse y William Z. Foster. Por diferentes razones, tanto los anarquistas perseguidos como los entusiastas e ingenuos norteamericanos, contribuían a aumentar la desesperación de Emma y Berkman.

Más la primera no se dejaba abatir y les hacía los mejores honores, prodigándoles su arte culinario y sus fuerzas físicas y morales.

Poco podían hacer ambos camaradas, aparte de su actividad como anfitriones. Trabajaban desganadamente en la creación de un *Museo Pedro Kropotkin* -su gran maestro había muerto en febrero-, por saber a ciencia cierta que tal aventura era una anormalidad grotesca a la vez que un proyecto virtualmente imposible de concretar en un país dominado por el *Leviatán* de Lenin. En el verano de 1921 se dedicaron con todas sus energías a despertar el interés de algunos sindicalistas extranjeros, delegados ante el Congreso de Gremios Revolucionarios, por la suerte de los anarquistas encarcelados.

Si bien lograron ayuda para sacar de la prisión a un par de anarquistas, en realidad eran prácticamente impotentes frente al creciente estado de terror.

La gota de agua que hizo rebasar el vaso fue la ejecución de Fania Baron, su amigo íntimo, y de Lev Chorni, el bien amado poeta. Tras este acto de la Cheka, ya no podían seguir viviendo en la Rusia bolchevique.

Berkman inició negociaciones clandestinas para salir del país. Emma no quiso seguir este camino y solicitó los pasaportes que, para su gran sorpresa, le fueron concedidos.

En diciembre de 1921, Emma Goldman y Alexander Berkman cruzaron la frontera para entrar en Letonia. La inmensidad rusa que dejaban atrás les parecía una tumba que acababa de cerrarse sobre sus ilusiones.

Capítulo vigesimoséptimo

El mito bolchevique

Los dos camaradas arribaron a Riga, Letonia, a principios de diciembre de 1921, junto con Alexander Shapiro, veterano gremialista que también huía de Rusia. Esperaban poder pasar de allí a Alemania, donde se celebraría un congreso anarquista a fines de aquel mes. Tras varios días de irritante demora, se enteraron de que su solicitud de entrada a Alemania había sido rechazada. Su inquietud aumentó cuando el gobierno de Letonia se negó a ampliarles el permiso para permanecer en Riga. Viéndose en situación tan incierta, sin tener donde estar ni adonde ir, Berkman volvió a explorar las posibilidades de entrar subrepticiamente en Alemania. A último momento llegó la noticia de que los compañeros de Estocolmo les habían conseguido una visación sueca.

Mas esta felicidad duró poco. Cuando viajaban hacia Reval, Estonia, la policía secreta letona los hizo descender del tren, los revisó cuidadosamente y los dejó incomunicados durante las fiestas de Navidad; finalmente, fueron puestos en libertad en medio de inútiles disculpas por tan *desgraciado error*.

Por la policía letona y algunos amigos de Berlín supieron más tarde que todas aquellas dificultades habían sido obra de la Cheka. Al parecer, los cínicos bolcheviques habían concedido los pasaportes a los efectos de evitar protestas internacionales, pero, al mismo tiempo, la policía secreta rusa había hecho todo lo que estuvo a su alcance para que dichos pasaportes les fueran de poca utilidad.

Secretamente dirigidos por la Cheka, otros países se encargarían de realizar el trabajo sucio, declarando a los dos oponentes de los bolcheviques personas no gratas.

De cumplirse estos planes, Emma y Berkman se habrían visto obligados a retornar a Rusia, por no tener adonde ir, sin poder contarle al mundo lo que habían visto allí. Esta interpretación era plausible y existían algunas pruebas que la abonaban.

Pero había otros hechos que ni Emma ni sus amigos conocían, hechos que bien podrían hacer pensar que los Estados Unidos habían intervenido para decidir el curso de los acontecimientos.

El comisionado en Riga, un señor de nombre Young, trasmitió a Washington fragmentos del diario de Berkman, copias de sus cartas personales, la descripción de las credenciales que llevaban para el congreso anarquista, listas de nombres y direcciones tomados de las libretas de apuntes de Berkman. Ahora bien, ¿cómo llegó a manos de Young este material robado? ¿Hizo detener a los aborrecidos exilados para este propósito? Es menos probable, aunque no inconcebible, que trabajara en colaboración con los agentes rusos en el deseo de obtener lo que buscaba. Más que seguro recibió, simplemente, dicha información de las complacientes autoridades letonas.

Cualesquiera hayan sido los motivos de su arresto, los dos anarquistas pudieron comprobar cuán largos son los brazos del Estado.

El 3 de enero, Young comunicó al secretario de Estado Hughes que Emma Goldman y Alexander Berkman habían partido hacia Suecia el día anterior.

2

Apenas llegados a Estocolmo, su primer pensamiento fue hacerle conocer al mundo el terror reinante en Rusia. Los periódicos anarquista y anarcosindicalista Arbetaren y Brand publicaron entrevistas donde Emma y Berkman hacían un llamamiento a la humanidad para que socorriera a todos los presos políticos de la Unión Soviética.

Berkman envió algunos artículos al Call de Nueva York, diario socialista, y a otros periódicos radicales. Emma consideraba un deber ineludible llegar al mayor número de lectores no sólo en bien de los detenidos políticos sino también a modo de expiación por haber escrito, durante su estadía en Norteamérica, el tan ingenuo folleto La Verdad Acerca de los Bolcheviques.

Es así que, a los pocos días de entrar en Suecia, le envió por correo a su sobrina Stella Cominsky un artículo donde relataba el martirio de María Spiridonova, la veterana revolucionaria rusa, indicándole que tratara de hacerlo publicar en el Nation o en el New Republic.

Era propio del carácter de Emma dar sus escritos a la prensa liberal sin desear retribución alguna, pero no por ello esta actitud deja de ser loable.

En Riga, y más tarde en Estocolmo, los representantes del World de Nueva York y del Tribune de Chicago le habían ofrecido sumas considerables por tales artículos. Y recordemos que, en aquellos momentos, Emma y Berkman se encontraban virtualmente en la pobreza y sin la menor posibilidad de obtener ingresos (en Rusia le habían robado a Berkman unos 1.600 dólares, de manera que, cuando él y Emma llegaron a Riga, contaban con menos de 700 dólares). Pero Emma se negaba a ayudar a los enemigos de la revolución rusa -establecía una neta distinción entre la revolución y el subsiguiente desgobierno bolchevique-, por lo cual le informó a la sobrina que no estaba dispuesta a aceptar ofertas de la prensa capitalista: *Desde luego, no pienso darles nada*.

Desgraciadamente, los liberales se resistían a publicar el relato de la brutalidad comunista para con los presos políticos.

En cada uno de los periódicos que visitó -Nation, New Republic, Freeman-, Stella Cominsky recibió siempre la misma respuesta: un *¡No, gracias!*, amable pero firme. Emma se encontró con un terrible dilema: si no cedía sus trabajos al World o al Tribune, entonces sólo podría hacer conocer la verdad a un pequeño círculo de revolucionarios. Pero si lo hacía, la acusarían de venderse al enemigo por unas monedas de plata.

Berkman y Shapiro le aconsejaron insistentemente que no aceptara los ofrecimientos de aquellos diarios pues, aseguraban, los trabajadores de todo el mundo desconfiarían de sus afirmaciones al verlas publicadas en la prensa capitalista.

A Emma le dolió que Berkman criticara sus intenciones, aunque reconocía que tenía buena parte de razón; anteriormente, ella misma había censurado a Catalina Breshkovskaia por haber recibido apoyo de personas adineradas para sus conferencias contra los comunistas.

Por otra parte, algunos camaradas, especialmente Errico Malatesta, Max Nattlau y Rudolf Rocker, opinaban que, dadas las circunstancias, era primera obligación de

Emma hacer conocer al mayor número de individuos las experiencias vividas en Rusia.

Contara con la aprobación de sus compañeros o no, Emma sentía la imperiosa necesidad de hablar, aun cuando ello significara el oprobio. Envió un telegrama a Stella Cominsky para comunicarle que aceptaba el ofrecimiento del World de abonarle 300 dólares por cada artículo de una serie de cinco o seis. Por último, dicho periódico publicó, entre fines de marzo y principios de abril de 1922, siete artículos de Emma.

3

Mientras tanto, Emma y Berkman trataban de encontrar un refugio relativamente fijo en algún país.

Cuando comenzaron a aparecer los artículos de ambos, Karl Branting, el primer ministro socialista, les advirtió que no era *conveniente* que publicaran sus trabajos. Evidentemente temía que aquello obstaculizara, sin quererlo, las delicadas gestiones que estaba realizando para lograr el reconocimiento del nuevo régimen ruso.

Con gran valor, el primer ministro desafió los ataques de la prensa opositora y amplió el permiso de los exilados, autorizándoles a permanecer en el país durante un mes; pero también les previno que aquélla era la última concesión.

Los camaradas anarquistas de varios países -Alemania, Francia, Checoslovaquia, Austria- redoblaron sus esfuerzos para lograr la visación de los pasaportes de los dos parias.

Finalmente, Checoslovaquia le otorgó a Emma un permiso de entrada.

Cansado de pedir favores oficiales, Berkman rechazó iracundo los ruegos de Emma en el sentido de que iniciara los trámites a fin de poder acompañarla; prefirió viajar clandestinamente en un barco mercante con destino a Alemania.

Justo antes de que partiera su buque, recibió la visación austríaca, pero nada pudo hacerlo desistir de sus planes, sobre todo porque el ministro del exterior de Austria puso la condición de que firmara una declaración jurada por la cual se comprometía a no desarrollar actividades políticas mientras estuviera en dicho país.

También Emma se negó a firmar tal documento y, con gran pesar, comenzó a planear un viaje subrepticio a Alemania.

Estas gestiones iban muy bien encaminadas pues ya un amigo se había puesto de acuerdo con algunos marineros para que hicieran entrar a Emma secretamente en Dinamarca. Por fortuna, no fue necesario utilizar este medio puesto que, a su retorno a Estocolmo, el cónsul alemán le entregó una visación válida para diez días.

4

Una vez en Berlín, Emma logró fácilmente que ampliaran su plazo de estadía. Se instaló en un pequeño departamento donde emprendió la tarea de reunir los recuerdos de su vida. Su proyecto más ambicioso era un libro acerca de sus experiencias en Rusia. Pero antes de empezar tenía necesidad de unos días de descanso para organizar sus ideas; además, esperaba poder reiniciar una relación amorosa comenzada en Estocolmo.

En dicha ciudad, Emma había entablado una dulce amistad con un joven llamado Arthur Swenson, lo cual era verdaderamente halagüeño para ella pues tenía cincuenta y dos años, en tanto que su amigo apenas contaba treinta.

La inteligencia de Swenson, su fluido inglés -había vivido un tiempo en los Estados Unidos y todavía mostraba orgullosamente el escudo del I.W.W.-, su devoción y apostura -tenía cabellos rubios y ojos azules-, la atrajeron con inmensa fuerza.

Esta intensidad de sentimientos nos hace pensar que, a través de él, Emma esperaba recuperar su propio pasado y así borrar el triste presente.

Cuando Emma partió para Berlín, Swenson le escribió una plañidera carta en la cual decía que la extrañaba tanto que no podía dormir. Emma había cambiado su vida:

Antes de conocerte, yo no vivía. Dudaba de todo y lo condenaba todo. Ahora, el sol brilla radiante y sé que en el mundo hay bondad, no sólo maldad.

La diferencia de edades nada significaba, pues su amor sólo a ella le pertenecía. Su deseo más vehemente era reunirse con su amada en Berlín.

Tras cierta vacilación, Emma lo hizo venir. A la llegada del joven vio cumplido su mayor temor; inmediatamente se dio cuenta de que el ardor de éste se había enfriado.

Siguieron ocho meses de sufrimientos. Al principio trató de recuperar algo de lo perdido para siempre y, luego, de conformarse con la amistad de Swenson; no se decidía a separarse, pues el joven carecía de medios y estaba en dificultades con las autoridades suecas por haber evadido la conscripción militar. Además, cuando Berkman se percató de que el afecto del sueco por Emma había desaparecido, llegó a la conclusión de que esta última se estaba dejando utilizar por el joven, y comenzó a mostrarse muy hostil hacia él.

La situación llegó a un punto insostenible para Emma. Por fin, decidió terminar con aquel penoso episodio, sobre todo cuando Swenson demostró francamente su amor por la joven secretaria de Emma.

En una emotiva carta, le decía que no lo culpaba, *aun cuando mi corazón se resista a aceptar el veredicto de mi mente. Tú tienes treinta años, y yo, cincuenta y dos. Según los cánones aceptados, es natural que tu amor por mí haya muerto. Más bien, es asombroso que naciera. ¿Cómo puede, entonces, ser tu culpa? Una tradición secular ha creado la cruel injusticia que otorga al hombre el privilegio de pedir y recibir amor de una mujer más joven que él, pero no le da el mismo derecho a la mujer*.

Le imploraba que no se alejara de su lado con enfado sino *con la misma tranquilidad de espíritu que sentimos al separarnos de algo muerto, de algo que se ha amado y valorado*.

Swenson evidenció su buena disposición y comprensión: se alejó silenciosamente de la vida de Emma sin que ella volviera a saber nada de él hasta diez años después.

5

Fue durante tan difícil período de su vida que Emma empezó la redacción de su libro.

Tras un lento comienzo, pronto se situó nuevamente en Rusia, reviviendo la marcha de los acontecimientos que habían llegado a su culminación con la masacre de Kronstadt. Como de costumbre, buscó la ayuda de Berkman para el trabajo de corrección y compilación.

En esta oportunidad, una absorbente preocupación por sus propios intereses la llevÓ a abusar de la buena voluntad del amigo. Berkman ya había escrito algunos folletos sobre diversos aspectos del problema ruso, pero proyectaba también preparar un libro sobre El Mito Bolchevique, para el cual le eran indispensables las anotaciones diarias que realizó durante su estadía en Rusia.

Cuando Emma, irreflexivamente, le solicitó acceso a su diario, Berkman experimentó gran desesperación. Después de haber accedido al pedido de Emma, supo que un editor antes interesado en su diario ya no tenía intención de publicarlo. En una carta dirigida a un amigo en octubre de 1922, Berkman comenta:

Sabes, querido Mac, el señor que me había hecho aquel ofrecimiento es el representante local de la editorial que imprimirá el libro de E. Comprenderás hasta qué punto prefiero cumplir con los deberes de la amistad si te digo que he consentido, con gusto y de buen talante, que E. utilizará para su libro todos los datos, el material, los documentos, etc., que yo reuní y traduje. Además, el fuerte de E. es la tribuna pública; no la pluma, como ella misma bien lo sabe. Es por eso que ahora debo dedicar mis horas y mis días por entero a la tarea de corregir y compilar el trabajo de Emma. Y no sólo me falta tiempo para mi propia obra sino que, además, si alguna vez llego a escribir el libro, éste y mi diario contendrán necesariamente los mismos hechos, datos y documentos que el de E., y hasta la redacción será la misma puesto que yo hice las traducciones. Y como su libro saldrá primero, ¿qué interés podría tener el mío si ambos versan sobre el mismo tema? Ni siquiera mi diario interesaría... Es una situación trágica. Desde luego, mi estilo literario es distinto y también, en cierto grado, difieren nuestros puntos de vista. Pero la substancia se la he tenido que dar a ella. Y sin embargo, no podía actuar de otra manera...

Así y todo, el Bolshevik Myth de Berkman se puso en venta en 1925, pocos meses después que el libro de Emma.

Los críticos de discernimiento lo proclamaron superior al de esta última. Pero lo que importa recalcar aquí es que Berkman cumplió con el deber de proporcionar a la amiga los elementos de trabajo que había reunido y traducido para sí, el de abandonar su propia obra para ayudarla a componer su manuscrito y hasta a

escribir su Apéndice Teórico; además, no pudo recibir una suma por adelantado, cosa que sí obtuvo Emma, teniendo en cambio que darles a Boni y Liveright garantías contra cualquier pérdida que les ocasionara la edición del libro.

En otras oportunidades, Emma se había acercado peligrosamente a la explotación al aceptar pruebas semejantes de amistad por parte de Berkman; pero en esta ocasión su conducta mostró cierto grado de insensibilidad moral[88].

Más cuando Doubleday y Page enviaron a Emma ejemplares de su libro, le tocó a ésta desesperarse. El título original, *My Two Years in Russia* (Mis dos años en Rusia), había sido substituido por el de My Disillusionment in Russia (Rusia: Una Desilusión, nombre que consideró absolutamente inapropiado pues implicaba que ella rechazaba la revolución, y no simple y específicamente la tiranía bolchevique, como sucedía en realidad. Y lo que era peor, faltaban los doce últimos capítulos. Envió furiosos telegramas a los editores, quienes, por fin, le respondieron que habían publicado la totalidad del manuscrito remitido por el *McClure Syndicate*; tal vez alguien de dicha agencia literaria había olvidado inadvertidamente incluir la entrega final del manuscrito de Emma el enviar el mismo a la editorial.

Tras recibir las debidas garantías por el costo de impresión, los editores acordaron publicar en volumen separado los capítulos omitidos, con el título de My Further Disillusionment in Russia (Rusia: Más Sobre Una Desilusión).

Pobre consuelo para Emma, pues ya su libro tenía tanto atractivo como un niño nacido muerto.

La respuesta de los críticos literarios constituyó el broche que faltaba. Sólo dos se dieron cuenta de que la edición era incompleta, cosa bien notable, por otra parte. Uno fue el encargado de la sección literaria del Plain Dealer de Cleveland y el otro un bibliotecario de Buffalo.

Sucedió, simplemente, que algunos de los *críticos* leyeron el libro sin cuidado, y otros no lo hicieron del todo.

[88] Años más tarde, tras la muerte de Berkman, Emma leyó la carta arriba citada. Escribió luego sobre el margen una nota firmada con sus iniciales: *Pobre viejo Sasha, tu preocupación era innecesaria. Mito Bolchevique una gran obra*. Al parecer, ni siquiera entonces alcanzó a comprender totalmente en que había consistido la *trágica situación* de Berkman.

En general, los de ideas liberales se contentaron con exponer argumentos *ad hominem* y descartar las pruebas presentadas por Emma. Ejemplo típico de este enfoque fue la crónica escrita por Jerome Davis para el New Republic.

Este señor encontraba natural que Emma y Berkman se opusieran al régimen comunista ya que, en su calidad de anarquistas, no podían aceptar ninguna forma de gobierno sea donde fuere; eso sí, admitía que sus obras encerraban buena cantidad de *sabrosos chismes*,

Muy diferente fue la crítica publicada en el Post de Nueva York por Henry Alsberg, viejo amigo de la autora.

Alsberg admitía la validez general de las acusaciones de Emma, pero censuraba su romanticismo, su incapacidad para reconocer que *es la imperiosa necesidad, la urgencia de preservar, no la revolución sino los restos de la civilización, lo que obligó a los bolcheviques a echar mano de cualquier arma, el terror, la Cheka, la represión de la libertad de palabra y de prensa*...

La reacción de la prensa comunista podía preverse fácilmente. La misma afirmó que el libro era obra de una agente de los reaccionarios, de una *norteamericana mentirosa y sensacionalista*, de una *mentirosa histérica y desvergonzada*.

Los críticos conservadores mostraron en general una actitud de beneplácito, cual si le dieran a Emma una palmadita de aprobación en la espalda, por su oposición a los comunistas.

Hasta el director del Herald Tribune de Nueva York abandonó su inveterada hostilidad hacia Emma y Berkman cuando afirmó que los libros publicados por ambos eran más bien desconcertantes comentarios sobre *la así llamada capacidad de la civilización para utilizar los materiales de que dispone ... ¿Estamos nosotros equivocados en parte? ¿Tienen ellos parte de razón?*

H. L. Mencken puso las cosas en su punto en un artículo intitulado Berkman y Emma Goldman: Sensible Pérdida para los Estados Unidos. Las obras de estos anarquistas, quizá lo mejor publicado hasta entonces sobre el desastre ruso, eran prueba de que sabían *escribir un inglés excelente, simple y brillante*. Mencken terminaba diciendo que el país no contaba con tantos talentos literarios ni críticos honestos como para poder darse el lujo de expulsar a tales valores.

Estoy convencido de que fue un gran error dejar ir a un hombre tan recto y franco, de tan aguda inteligencia; lo mismo puede decirse respecto a la Goldman. Nuestro sistema tiene el defecto de utilizar equivocadamente su material humano, de ahogar el genio en lugar de aprovecharlo[89].

Por haberse publicado el libro en forma incompleta, ningún crítico pudo comentar el apéndice, que consistía en un interesante análisis de las fuerzas escondidas detrás de la revolución rusa y un ensayo de teoría anarquista general sobre las revoluciones.

Con palabras y conceptos por momentos parangonables al análisis publicado hacía poco por George Kennan, Emma y Berkman presentaban convincentes argumentos en apoyo de su tesis de que, al principio, la revolución fue un estallido espontáneo, producto del deseo de libertad, de *las apasionadas ansias de libertad alimentadas por un siglo de agitación revolucionaria entre todas las clases de la sociedad*. Un buen día se terminó con el anacrónico poder de los zares, y en la primera etapa de la nueva era hubo una imperiosa necesidad de "ejercer al máximo el genio creador del pueblo.

Los soviets, las cooperativas, las organizaciones laborales y la intelectualidad eran instrumentos que podían servir para guiar eficientemente al país. Pero el pequeño grupo de bolcheviques tenía planes muy distintos.

Aunque, en principio, Lenin y sus partidarios siguieron la corriente popular proclamando a voz en cuello lemas ultra revolucionarios y permitiendo que las fuerzas populares se manifestaran, pronto comenzaron a ir contra dicha corriente.

Cuando se sintieron bien seguros, cercenaron el poder de los soviets, convirtieron a los gremios obreros en hijos del Estado comunista y destruyeron la autonomía de las cooperativas.

---

[89] En una carta dirigida a Frank Harris, Emma demuestra que el vehemente tributo de Mencken no la envaneció en ningún momento: *Más bien dudo de la sinceridad de Mencken, sobre todo de su entusiasmo respecto de mi estilo. Me inclino a pensar que nos usa a Berkman y a mí como medio para herir la sensibilidad de los norteamericanos en cuanto a su literatura y a su cultura general*. Si bien esta observación no carecía de agudeza, Mencken probó más adelante que no se había interesado por Emma exclusivamente con intención de utilizarla como *medio* o instrumento. En 1930 presentó ante el Departamento de Justicia una petición para que se permitiera el regreso de Emma a los Estados Unidos. También trató de ejercer presión con el mismo fin con intermedio de varios congresistas de su amistad. Cuando vio que todos sus esfuerzos eran inútiles, mostró sincero pesar.

De tal manera, la revolución, que era esencialmente la negación de la autoridad y la centralización, fue encauzada por los bolcheviques hacia canales autoritarios y centralizadores.

El omnímodo Estado se apropió de todo el poder existente al tiempo que, mediante la violencia sistemática, el partido comunista mantenía férreamente al primero bajo sus garras.

Una vez más, el pueblo había sido traicionado; la revolución sólo significó un cambio de amos.

Sin embargo, el principal culpable de aquella traición no fue el puñado de leninistas, sino *el espíritu autoritario y los principios del Estado*, el *gubernamentalismo fanático* del cual también era responsable el pueblo mismo.

Los anarquistas habían fracasado, no supieron despertar la conciencia de las masas y hacerles ver el peligro. Para evitar que las revoluciones terminen en regímenes coercitivos, declaraba Emma, los anarquistas tendrán que dejar a un lado sus actividades con grupos limitados y sus esfuerzos individuales aislados a fin de familiarizar profundamente a todos los hombres con los verdaderos principios libertarios.

Por sobre todo, los anarquistas deben enseñar de modo más efectivo que no hay mayor falacia que la afirmación de que el fin justifica los medios.

Inevitablemente, los medios utilizados se hacen *carne y uña con el propósito perseguido*. Este propósito, o *fin último de todo cambio social, es el de dejar bien establecidos la santidad de la vida humana, la dignidad del hombre, el derecho de todo ser viviente a gozar de libertad y bienestar*.

Tan grandioso objetivo no puede alcanzarse de ningún modo en Rusia o en cualquier otra parte del globo donde se desprecia la vida humana, se practican el engaño, la hipocresía y el asesinato. Creer que tan nobles fines pueden lograrse con tan viles medios, es creer en el mito bolchevique.

6

Se comprende que semejante análisis de los tristes resultados de la revolución rusa provocara gran disgusto entre los comunistas alemanes. Cientos de ellos interrumpieron un gran acto convocado por Emma en Berlín para pedir la liberación

de los presos políticos de Rusia. Tal acción no la molestó demasiado por cuanto suponía que los entusiastas del mito darían muestras de su fanatismo. En cambio, experimentó enorme desaliento cuando las autoridades le advirtieron que no debía seguir criticando públicamente el régimen ruso.

Como le era imposible expresarse abiertamente en Alemania, pensó, con escaso entusiasmo, en la posibilidad de establecerse en Inglaterra. No abrigaba grandes esperanzas, empero, pues dos años atrás Bertrand Russell y el coronel Josiah Wedgwood habían tratado en vano de conseguir que el Ministerio del Interior le concediera asilo. Afortunadamente, la atmósfera política había cambiado, y Frank Harris, que en aquellos momentos se encontraba en Berlín, le aseguró confidencialmente que el asunto se podía arreglar con bastante facilidad.

Harris garantizó al gobierno inglés que Emma *nunca llegaría a ser una carga para las instituciones benéficas del país*, pues, aparte de él, había docenas de personas deseosas de cuidar, cual si fuera la propia hermana, de aquella mujer que había dedicado su vida entera a una *activa cruzada en bien de los desamparados y desposeídos*.

También conquistó el apoyo de George Slocombe, editor del Daily Herald, Georges Lansbury, Hamilton Fife y otros laboristas.

Como resultado de todos estos trámites, el secretario del interior, Arthur Henderson, firmó la visación para Emma en el verano de 1924[90].

El 12 de noviembre de 1924, poco después del arribo de Emma a Inglaterra, Rebeca West organizó una cena en su honor.

Durante la imponente reunión celebrada en Londres, la izquierda inglesa, representada por doscientas cincuenta personas, dio bienvenida formal a la veterana rebelde. Havelock Ellis, Edward Carpenter, H. G. Wells, Lady Warwick, Israel Zangwill y Henry Salt enviaron mensajes de salutación. El coronel Wedgwood,

[90] Berkman quedó en Berlín a fin de presidir la *Comisión Conjunta para la Defensa de los Revolucionarios Presos en Rusia*. Con la ayuda de Isaac Don Levine, Emma y otros, se dedicó también a reunir material para la obra *Letters from Russian Prisons* (Cartas de las Prisiones Rusas), compaginado luego por Roger Baldwin (Nueva York, Albert And Charles Boni, 1925), que aún constituye una importante fuente de información sobre los primeros tiempos de la opresión bolchevique.

la señorita West y Bertrand Russell rindieron sentido homenaje a la carrera idealista de Emma.

Cuando ésta se puso de pie, fue saludada con un sonoro aplauso. No obstante, en cuanto comenzó a atacar vehementemente al gobierno soviético y a censurar el despiadado trato de que hacía objeto a los presos políticos, se oyeron gritos de protesta.

¿Renegaba de su pasado? ¿Se estaba convirtiendo al conservadorismo? Según recuerda Bertrand Russell, cuando Emma concluyó su discurso, *reinaba un silencio profundo que sólo yo osé interrumpir*.

Chocó con similar falta de entusiasmo en los izquierdistas cuando quiso formar una comisión de ayuda a los presos políticos rusos. De los dirigentes laboristas, la mayoría de los cuales se molestaron al observar la similitud existente entre su descripción de los acontecimientos de Rusia y las acusaciones anticomunistas de los tories, únicamente el coronel Wedgwood y la señorita West aceptaron colaborar con ella.

Después de una reunión realizada en la casa de Harold Laski, éste escribió que Emma debía seguir su camino sin esperar apoyo alguno del Partido Laborista; enumeró las razones presentadas por distintos líderes para negar su colaboración. Algunos consideraban que el atacar a los comunistas era una *aventura* en la cual los laboristas *no deben embarcarse de ninguna manera*.

Evidentemente, era poco político dar cualquier paso que favoreciera a la oposición conservadora. Otros opinaban que no convenía actuar hasta tanto se tuvieran pruebas contundentes, tales como las que aportaría el informe de la delegación gremial enviada a la Unión Soviética. Había quienes pensaban que Emma estaba más ansiosa por atacar a los bolcheviques que por *obtener privilegios* (!!) para los presos políticos.

Pero el argumento más interesante fue el presentado por Bertrand Russell, quien se había encontrado con Emma en Rusia y había recorrido Moscú guiado por Berkman.

En una carta dirigida a Emma, Russell le confesó que no podía participar en su obra:

... No sé de ningún otro grupo político capaz de reemplazar convenientemente al gobierno actual de Rusia. Estoy convencido de que cualquier otro partido cometería, por lo menos, iguales atrocidades. Por otra parte, considero que la abolición de toda forma de gobierno no será factible en nuestra época o durante el siglo veinte. Por estas razones, no deseo unirme a un movimiento cuyos fines parecerían señalar la necesidad de un cambio de mandatarios en Rusia. Encuentro muy censurables muchos aspectos de los bolcheviques, pero estimo igualmente reprobables a sus oponentes... Lamento enormemente no poder responder a sus esperanzas, y le aseguro que antes de decidirme he dudado mucho. Pero los puntos de vista que acabo de exponer son, en último término, los únicos posibles para mí.

La posición adoptada por Russell significó una gran desilusión para Emma. Ya le había sugerido que, si no estaba dispuesto a unirse al movimiento podría en cambio formar su propia comisión; en todo caso, le imploró, *no acepte en silencio tan tremendas injusticias*

El respeto que le merecía Russell y el temor de ser importuna llevaron a Emma a interrumpir su correspondencia con el filósofo. Pero en su respuesta a Laski, analizó a fondo los conceptos de Russell, cuyo razonamiento, por irónico que parezca, encontró ilógico.

La idea de que ningún otro grupo políl1co de avanzada estaba capacitado para ocupar el lugar de los bolcheviques le pareció *inconcebible en un hombre de la inteligencia y cultura de Russell*. Y aunque estuviera en lo cierto, ¿que tenía ello que ver con el deseo de justicia política para las víctimas del Estado? Además, por encontrarse todas las demás organizaciones políticas deshechas y sus *adherentes pudriéndose en las cárceles y en los campos de concentración de Rusia, es difícil decir cuál de las agrupaciones tendría mejores títulos que los bolcheviques para ocupar el trono de ese país*.

¿Debía interpretar, entonces, que sobre la base de un argumento sin asidero ni lógica, Russell postulaba que *todos los hombres y las mujeres amantes de la libertad deben quedarse cruzados de brazos mientras los bolcheviques siguen asesinando impunemente*? ¿Habría vacilado Russell en utilizar su pluma y su voz para defender a las víctimas políticas del zar?

Lo que aquí está en juego, a mi entender, son la Dictadura y el Terror que aquélla desata inevitablemente, y no el nombre del grupo particular que ejerce dicha tiranía. En mi concepto, éste es el problema principal al qué se ven enfrentados diversos hombres y mujeres de inclinaciones revolucionarias; no se trata de elegir entre perseguido y perseguidor.

Se preguntaba, por último, si Russell, *al igual que el señor Clifford Allen y muchas buenas personas de los movimientos laborista y socialista, cree que los bolcheviques están realizando un experimento bien orientado*.

Otro hombre muy admirado por Emma tampoco respondió a su confianza. Havelock Ellis se rehusó a censurar públicamente la persecución existente en Rusia. En su carta de respuesta decía benévolamente:

Por cierto que comprendo su actitud respecto de la Rusia actual, aunque es mi parecer personal que esa nación debe seguir su propio camino. Toda nueva situación social está afectada en cierto grado por la anterior; y si una es cruel, la que le sigue no puede ser enteramente buena. Por lo demás, todo edificio social sólo puede construirse con material humano, y puesto que la naturaleza humana es una masa de contradicciones, las mismas se reflejan necesariamente en el funcionamiento práctico del orden social levantado. Estoy seguro de que en cualquier sistema social usted encontraría siempre algo criticable, y al levantar su voz de protesta prestaría un valioso servicio a la humanidad.

Reflexionando quizá que la actitud de *laissez-faire* hacia el terror ruso adoptada por Ellis poco consuelo constituía para los marineros de Kronstadt masacrados y las víctimas encarceladas por los comunistas, Emma se preguntó si era verdad que el pasado tiene que repetirse siempre de modo idéntico.

No podía aceptar que el terror jacobino fuera un fenómeno inevitable en toda revolución, que el hombre no aprendiera nada con la experiencia. Ella misma había aprendido, en esta última revolución, que existía una *impostergable necesidad de educar intensivamente al pueblo para librarlo de las supersticiones y los fetiches tan arraigados en su espíritu*.

Al igual que muchos revolucionarios, creía tontamente que lo principio (sic) es conseguir que el pueblo se levante contra las instituciones opresoras y que lo demás

viene solo. Pero luego aprendí que eso era un falso concepto de Bakunin, quien por lo demás sigue mereciendo mi mayor respeto...

Tras cuidadosa consideración de estos intercambios de ideas entre Emma Goldman y los mejores intelectuales de Inglaterra, debemos llegar a la conclusión de que aquella mujer, virtualmente autodidacta, salió triunfante. Pero se trató de un triunfo meramente intelectual y moral por cuanto -siempre con la honrosa excepción de Rebecca West- todos los radicales y liberales eminentes de Inglaterra fueron declinando uno a uno su invitación a unirse al clamor contra el mito bolchevique.

A diferencia de Russell y Ellis, algunos mostraron a las claras que no deseaban ocuparse del problema. Enuneline Pethick Lawrence, miembro del parlamento, se negó abruptamente a tomar parte en una fútil protesta, aduciendo que su país no estaba afectado:

No quiero oír hablar de atrocidades ni leer descripciones detalladas de las mismas, aunque sé muy bien que se cometen...

Otros simpatizaban con la obra de Emma pero estaban demasiado ocupados en distintas tareas. Henry W. Nevinson, por ejemplo, le deseó *el mayor éxito en sus esfuerzos por hacerles más llevadera la vida a esas pobres víctimas*; mas, añadía, le era imposible integrar su comisión pues el libro que preparaba absorbía todo su tiempo.

En una carta a Berkman, Emma resumía la situación diciendo que no había casi esperanzas de obtener ayuda de los intelectuales ingleses, que estaban *envueltos por el fantasma ruso*; lo trágico del asunto era que *el bolcheviquismo se hizo carne en la gente de ideas avanzadas, quien... no está dispuesta a hacer nada en contra de aquél, y las personas que no sufren los efectos de la ponzoña, pertenecen a la pandilla reaccionaria a la cual jamás me uniría*.

El panorama era verdaderamente desalentador.

7

También los liberales y radicales norteamericanos la desilusionaron grandemente. Aun algunos de aquellos que otrora colaboraron con Emma estaban convencidos de que ésta había traicionado al proletariado internacional.

Rose Pastor Stokes propuso que, por lo menos, se quemara la efigie de Emma a manera de reprobación.

Otro radical la acusó furiosamente de haberse *vendido a la prensa reaccionaria*.

Moissaye J. Olgin, director del Freiheit, aseguró que Emma estaba ofendida *porque en Rusia no se le había dispensado más atención*. Declaró: *Si los comunistas tienen las riendas en sus manos, es porque cuentan con la confianza de todo el pueblo, pero eso es algo que la señora Goldman no supo ver*[91].

Scott Wood consideraba que Emma no había sabido comprender el proceso que se desarrollaba en Rusia.

[91] La acusación de que Emma se había *vendido* carecía de sentido. Ya hemos visto que primero ofreció sus artículos a los periódicos liberales sin cargo alguno y que, al rechazarlos éstos, debió publicarlos en el World. Tampoco tuvo intención de lucrar con el anticomunismo de My Disillusionment. Así, por ejemplo, no quiso que Frank Harris lo utilizara para convencer a las autoridades inglesas de que le visaran el pasaporte. Cuando en 1925 su editor norteamericano le informó sobre el *tardío reconocimiento académico* de su obra, al ser ésta adoptada como libro de consulta por la División de Extensión de la Universidad de Carolina del Norte, Emma escribió a su amigo: *No estoy contenta con el asunto de C. del N. Sé que es por mi posición respecto de Rusia*. Además, en el transcurso de los años, declinó diversos ofrecimientos provenientes de personas de dudosa filiación o rechazó propuestas que estipulaban condiciones inaceptables. Veamos dos ejemplos. En 1924, la revista Colliers ofreció abonarle 400 dólares por un artículo sobre las condiciones e instituciones de los Estados Unidos superiores respecto de las del Viejo Mundo. Emma replicó que, con mucho gusto, señalaría las buenas cualidades del país del Norte, siempre que también pudiera exponer los aspectos censurables. Pero a Colliers no le interesaba un enfoque tan equilibrado. En 1925, la *Britich Women's Guild of Empire* la invitó a pronunciar una conferencia acerca de las condiciones de vida en Rusia. En respuesta, Emma envió una nota a la señora J. D. Campbell, honorable secretaria de la Hermandad, para comunicarle que lamentaba no poder aceptar su invitación pues debía seleccionar cuidadosamente las instituciones que auspiciaban sus charlas: *Ustedes son tan contrarias a la revolución como a los bolcheviques*. Más sutil era la acusación, inspirada por los comunistas, de que Emma y Berkman estaban enconados contra el régimen ruso porque el mismo no les había dado *trabajos fáciles*, según palabras de Bill Haywood. En su *obra Critics and Crusaders* (Nueva York, Henry Holt & Co., Inc., 1948), el señor Charles Madison sacó nuevamente a relucir los viejos argumentos: *Emma y Berkman supusieron inocentemente que la revolución rusa, a pesar de estar dirigida por marxistas extremos, pondría en práctica la utopía libertaria. Además, en su calidad de prominentes revolucionarios norteamericanos, esperaban que se les asignaran puestos importantes. Al comprobar que simplemente se los toleraba... comenzaron a ver las cosas más negras de lo que eran, hasta que, finalmente, ya no fueron capaces de ver nada*. En el deseo de refutar todas estas difamaciones, Angélica Balabanoff, primera secretaria de la Tercera Internacional, introdujo una digresión en su libro My Life As a Rebel para dejar constancia de que Emma y Berkman *se sentían felices de poder contribuir de alguna manera a la construcción de la patria de los trabajadores*, convicción nacida de su contacto directo con ambos durante su estadía en Rusia. Aun después de que comenzaron a desilusionarse, *siguieron trabajando animosamente, sin quejas ni reproches*. Lo único que habrían tenido que hacer Emma y Berkman para gozar de poder y comodidades era renunciar a su sentido de la justicia y la decencia. Particularizando, Emma habría podido ganar altos puestos en tareas de educación, enfermería y, tal vez, propaganda internacional, si se hubiese mostrado dispuesta a prestar obediencia absoluta a Lenin y su partido. Pero prefirió seguir fiel a sus principios. Una de las primeras personas de ideas radicales en declararse anticomunista, fue también una de las pocas que no se pasó por reacción a la derecha. Durante toda esta dura y oscura lucha contra el mito bolchevique, logró mantenerse en su punto céntrico.

Por su parte, Agnes Inglis y Ben Reitman expresaron simpatía por los comunistas y le participaron a Emma su opinión de que las críticas que hacía contra el nuevo orden eran injustas.

Reb Raney, antaño colaboradora de Mother Earth en Nueva York, proclamó a voz en cuello que Emma no se había ganado la admiración de los demás por recibir dinero de la prensa conservadora para atacar a *los hombres que se esforzaban por levantar a Rusia... ¿Quién, sino una mala persona, podría arrojar barro en el camino de un niño que empieza a caminar?*

Más razonable se mostró Agnes Smedley, quien escribió que los años vividos en China le habían enseñado que únicamente los comunistas *ofrecían alguna esperanza para los campesinos*. Le manifestó a Emma que no deseaba volver a verla porque *no quiero guardar un mal recuerdo de usted*.

Los liberales reaccionaron de manera muy similar. El editor B. W. Huebsch le decía en una carta a un amigo que la Emma que él conoció en los Estados Unidos había sido una *figura positiva e interesante*, pero la de entonces, desilusionada porque el gobierno soviético no era anarquista, parecía una *mala copia de sí misma*.

A su regreso de Rusia, John Haynes Holmes informó a un periodista que Emma era *profundamente aborrecida en aquel país por los artículos publicados en el World de Nueva York*. Luego le comunicó a la propia Emma que su posición frente a Rusia le había *chocado terriblemente*.

La correspondencia sostenida durante años entre Emma y Roger Baldwin, su antiguo *protégé*, muestra a las claras cuán formidable era el hechizo bolchevique.

En 1928 Baldwin reconoció que, si bien deploraba los males de Rusia, *no protesto contra ellos como lo hago contra injusticias similares existentes en otros países, y no quiero hacerlo por la simple razón de que así ayudaría a nuestros enemigos comunes: la prensa imperialista y capitalista. Prefería una dictadura proletaria a la capitalista, y en este mundo práctico, uno no tiene más remedio que elegir*.

En 1931 estaba dispuesto a admitir que *en último término, tienes razón. Pero en tratándose de los fines últimos por los que se lucha en la actualidad, no concuerdo contigo en cuanto al camino más conveniente*.

En otra carta manifiesta:

Soy tan pragmático que -con mala gana y vacilación- puedo aceptar el sistema soviético, porque busca una meta muy superior a la del capitalismo, sin abandonar mi idea de que los principios del anarco comunismo son la única solución deseable para la batalla que libra el mundo en pos de su liberación.

Ante estos argumentos, ¿qué podía decir Emma?

Sabía muy bien cuáles eran las circunstancias atenuantes y recordaba perfectamente que ella misma había necesitado varios meses de vida en Rusia para sacudir el hechizo. En las cartas de Baldwin veía claramente reflejada aquella virulenta esquizofrenia moral cuyas víctimas protestaban en forma airada contra la opresión que reinaba en Occidente, mientras guardaban respetuoso silencio ante las injusticias mucho más graves que se cometían en el Este.

En un intercambio de cartas con Freda Kirchwey, del Nation, Emma expresó preocupación ante tal estado de cosas.

En su respuesta, la señorita Kirchwey expuso la posición de los liberales con todo lo grotesco que había en ella, incluyendo las tan repetidas frases hechas acerca de la ineludible necesidad de la revolución y de elegir entre comunismo y fascismo:

Puede ser, como usted dice, que los liberales y los radicales no denuncien las medidas represivas del gobierno soviético. Si no es estrictamente cierto, al menos lo es bastante como para justificar su acusación... Estos grupos reciben con tanto beneplácito y admiración la mayor parte de los fundamentales cambios económicos, sociales y políticos introducidos por la revolución rusa que, necesariamente, una oposición directa como la suya, basada en la política del Estado ruso contra los disidentes políticos, tiene que parecer parcial y no basada en hechos reales. Es como si usted quisiera vaciar la bañera con la criatura dentro del agua ... (Además, en los primeros años de la revolución, la prensa capitalista practicó una crítica tan mal intencionada que periódicos como el Nation se sintieron obligados a contrarrestar tales malignos ataques contra los soviets) ... todos los gobiernos se mantienen mediante la fuerza, y el grado de represión que utilizan varía en razón casi directa con el de estabilidad y seguridad logrado por el grupo que detenta el poder ... (Rusia) por lo menos usa del poder para sostener un sistema que ha abolido en gran parte el dominio del capital privado y trabaja para formar por primera

vez en el mundo moderno una sociedad colectiva ... Juzgo que en estos momentos, en que Europa ha recurrido a la dictadura fascista como medio de opresión, usted ha pecado al menos en un aspecto: ha exagerado desproporcionadamente los males de Rusia.

La respuesta de Emma dio en el corazón del endeble argumento de la señorita Kirchwey:

Su error, lo mismo que el de todas las personas que se han dejado enceguecer por el experimento soviético, es no ver que los métodos empleados por el Estado comunista son inherentes a la dictadura... No puedo compartir su entusiasmo ... (por) la *sociedad colectiva* que el gobierno soviético está tratando de crear. No necesito aclarar cuál es mi posición respecto del capitalismo privado. He luchado contra él durante toda mi vida. Pero estimo que la esclavitud colectiva no es cosa que deba alegrar a nadie, ni tampoco constituye un adelanto en relación con la esclavitud impuesto por la clase capitalista. Se trata, simplemente, de un cambio de amos... Que la prensa burguesa haya tergiversado los hechos acerca de Rusia, y siga haciéndolo, no tiene por qué influir sobre quienes han dedicado su existencia a combatir en pro de las ideas libertarias ... Me parece inaceptable que los liberales perdonen de modo indefectible toda atrocidad cometida en nombre del socialismo; mientras censuran acerbamente la represión de las ideas liberales en su propia patria.

Enemiga de abandonar al individuo a la buena merced de una necesidad histórica abstracta, Emma terminó la discusión con estos conceptos:

A mi entender, querida amiga, la revolución no debe consistir en el continuo exterminio de los oponentes políticos. En una oportunidad, Robert Minor me dijo que la vida humana individual no importa en absoluto. Opino que esta idea es una afrenta a la ética revolucionaria. El individuo es muy importante, no se le debe restar valor ni rebajar a la categoría de mero autómata. Tal mi mayor reproche al Estado comunista.

Capítulo vigesimoctavo

Una extraña en todas partes

Aunque parezca extraño, el único lugar donde Emma Goldman pudo realmente atravesar el muro de indiferencia que se había levantado a su derredor tras su llegada a Inglaterra, fue la Universidad de Oxford. Cuando varios miembros del *American Club* de Oxford la invitaron a hablar ante el grupo, aceptó en seguida.

Si se conmovió al saber que los muchachos norteamericanos deseaban oírla, el recibimiento dispensado a su conferencia la emocionó aún más.

Reproduzcamos los recuerdos del estudiante de Rhodes que la presentó:

Habló durante dos horas, sin notas, dando copiosos detalles; trató magníficamente el tema y despertó un entusiasmo arrebatador en el público con sus jeffersonianos conceptos finales sobre la libertad del espíritu. Lloró emocionada cuando cien muchachos norteamericanos se arremolinaron a su alrededor para saludarla. No vio a otros cien jóvenes ingleses también ansiosos de felicitarla[92].

También Rebecca West, mujer muy brillante y de gran valor moral, dio su cálido apoyo a los puntos de vista de Emma. Pese a sus múltiples ocupaciones, la señorita West encontró tiempo para ayudar a Emma a encontrar un editor y para escribir una larga introducción a la edición inglesa de My Disillusionment in Russia.

Por nuestro propio bien, debemos comprender qué significa la Rusia bolchevique -declaraba-, y no hemos de arredrarnos si el análisis nos conduce a las mismas conclusiones voceadas por el partido conservador respecto de lo poco que hay de admirable y digno de imitación en el gobierno bolchevique.

Para comprender este importante problema era imprescindible leer My Disillusionment, por cuanto *Emma Goldman es una de las personas más extraordinarias del mundo. Es una cumbre de integridad*.

[92] Wright Thomas, en una carta dirigida al autor con fecha 29-3-1956. Samuel Eliot Morison, entonces profesor invitado en Oxford, escribe: *Fue la mejor oradora que he oído en mi vida*. (Carta, 6-2-1957).

Desgraciadamente, los compañeros socialistas de la señorita West, maravillados por los milagros que, según el informe de la delegación de gremios británicos, realizaba el Estado comunista, no quisieron convencerse de lo contrario.

Tras un triunfal acto en el *South Place Institute*, los esfuerzos de Emma por llegar al público en general se vieron sistemáticamente frustrados. No le quedó más remedio que dedicarse a sus conferencias en idisch en el East End de Londres y conformarse con pronunciar esporádicamente alguna en inglés cuando, por milagro, conseguía un local. Pero las salas que le cedían eran cada vez más pequeñas, frías y lúgubres.

Seis meses de dolorosos esfuerzos sólo la condujeron a un callejón sin salida. Todos estos fracasos la afirmaron en su idea de que el clima húmedo y fresco de Inglaterra, que le resultaba más insoportable que los helados inviernos rusos, era menos frío que el carácter de los ingleses.

Hasta los mejores ingleses me dejan paralizada -le decía a Berkman en una carta-. Son tan indiferentes, tan condenadamente egoístas, nada los conmueve. Así me los describió el profesor (Samuel Eliot) Morison: *Traté de enseñarles algo de historia norteamericana a los estudiantes ingleses, pero obtuve los mismos resultados que usted. Si tan solo uno pudiera hacer enojar a los ingleses. El único que lo consiguió fue Samuel Adams, cuando arrojó té en el puerto de Boston... Por cierto que nada en el mundo puede provocar la ira del aristocrático inglés; sólo la destrucción de la propiedad llega a irritarlo*[93].

La entusiasta recepción dispensada a Emma por los mineros de Gales y sus familias fue un bienvenido contraste. Más al comprobar cuánta hambre y pobreza sufrían los trabajadores del carbón, Emma tomó conciencia de que era su deber atacar al sistema culpable de tanta miseria. En sus reflexiones, llegó a la conclusión de que, por dedicarse a censurar la dictadura rusa sin referirse jamás a la opresión económica imperante en Inglaterra, se asemejaba en cierto modo a esos misioneros que solicitan *ayuda para China*, mientras sus compatriotas pasan necesidades. Sin embargo, poco o nada podía hacer ella para solucionar los problemas internos de

[93] EG a AB, 28-5-1925, IIHS, AB.

Inglaterra, por cuanto no era más que una visitante tolerada exclusivamente por su actitud hacia Rusia.

Afortunadamente, un amigo a quien Emma conoció en Escocia hacia 1890 tuvo un noble gesto que le *salvó la vida*.

James Colton, viudo de unos sesenta y cinco años de edad, le propuso matrimonio. Conocido en los campos carboníferos del Sur de Gales como *individuo que no respeta a las personas* -lo cual era una manera de decir que se trataba de un rebelde, Colton se había instruido prácticamente por sí sólo y había adoptado, sin influencias externas, las ideas libertarias. Su propuesta fue una prueba de amistad hacia Emma y un desafío a lo *establecido*.

En una carta dirigida a Berkman, decía:

Vine a Inglaterra para hacer un trabajito importante, eso es lo que me trajo a Londres. Para mí será un recuerdo de cómo dos luchadores frustraron los poderes existentes. Estoy seguro de que usted ya sabe de qué se trata. Tenía un deber de camarada que cumplir, devolver el golpe a nuestro enemigo por la crueldad con que los trató a usted y a Emma, y por eso estoy Agradecido[94].

Emma aceptó el ofrecimiento de Colton con profunda gratitud, pues le brindaba la oportunidad de obtener un pasaporte y otros documentos. Le pagó a Colton el viaje de ida y vuelta a Londres, y le entregó, además, una suma equivalente a la que había perdido por los dos días y medio que no trabajó en la mina.

Poco después de su casamiento, Emma escribió a su *esposo* para expresarle su reconocimiento: había conseguido el pasaporte *merced a su generosidad, fiel camarada. No encuentro palabras para decirle cuánto aprecio su noble solidaridad*[95].

---

[94] Colton a AB, 22-7-1925, IIHS, AB. Colton no había recibido casi educación formal pues tuvo que ganarse la vida desde los ocho años.

[95] EG a Colton, 20-11-1925. Esta carta está en manos del señor J. C. Colton, de Lougher, Glamorganshire, Gales del Sur. En su obra Red Rase: A Novel Based on the Life of Emma Goldman (Londres, Jarrolds, Ltd., sin fecha), Ethel Mannin deja volar su fantasía al relatar este episodio. Una vez terminada la ceremonia, según lo imaginado por la señorita Mannin, la *Roja Emma* se aleja prestamente de *Jim Evans* tras deslizar en su mano un billete de 10 chelines para que *festejara* yendo con uno o dos muchachos al cine. Pero la Emma de la vida real no tuvo semejante actitud desdeñosa hacia Jim Colton, por quien hizo mucho más que darle unas monedas para el cine. En los años posteriores le envió dinero siempre que sus magros recursos se lo permitieron. En 1929, por ejemplo, consiguió reunir un atado de ropa para Colton, quien entonces pasaba por grandes dificultades económicas. Adjuntó una misiva en la cual le aseguraba que era merecedor de la mayor

2

Por ser ya súbdita británica, legalmente al menos, Emma podía tratar de echar raíces en Inglaterra. Tras tantos meses de actividad en pro de los presos políticos de Rusia, se le presentó el apremiante problema de cómo ganarse la vida. Carecía totalmente de seguridad económica, no contaba con ingresos fijos.

Llegó a pensar en la conveniencia de abrir un salón de belleza, pues no conocía en Londres ningún lugar donde se hiciera *lavado, masaje y tratamiento del cuero cabelludo como el que se sabe dan en América*.

Todo su capital, a falta de otro más tangible, era una *fórmula para la cura de la caspa que tiene efectos milagrosos*[96].

Si bien en Nueva York había obtenido buenos resultados con una empresa similar, en aquella época dichos planes no eran más que una medida de su estado de perplejidad.

Mucho más serios fueron sus intentos de ganarse la vida escribiendo.

Cada tanto publicaba artículos en el Westminster Gazette, el Weekly News y el Times de Londres; colaboraba regularmente can Time and Tide. Pero el trabajo como escritora independiente no constituía una verdadera solución. La publicación mencionada en último término le pagaba apenas una guinea por cada una de las columnas a su cargo, suma de la cual abonaba diez chelines a la dactilógrafa. Con este *salario de hambre*, como ella misma lo calificó, depender de su pluma era lo mismo que apoyarse en una paja.

---

simpatía y ayuda: *Sé muy bien cuán extraordinario es su espíritu. Muchas veces aprendemos a apreciar la bondad y a responder a ella en los momentos de necesidad*. (EG a Colton 18-5-1929, también en posesión de J. C. Colton). Nunca perdía oportunidad de manifestar cuán reconocida estaba a aquel hombre. Así, en una carta a Berkman, recordaba que debía su pasaporte a la generosidad del minero: *Jamás podré agradecerle bastante al querido y buen Colton*. (EG a AB, 11-1-1932, IIHS, AB.) Es innecesario añadir que la prensa recibió con júbilo una noticia tan jugosa y se lanzó inmediatamente a fantasear sobre el asunto. El Times de Nueva York (21-11-1926) afirmó que el romance entre Goldman y Colton databa de veinte años atrás: *Armado de una pica de minero, Cupido le abrió camino hasta el corazón de Emma Goldman*. El director del World de Nueva York (22-11-1926) llegó a la conclusión de que Emma debía de haber perdido su aparentemente *inextinguible llama de rebeldía*. Desilusionada y apagado su antiguo ardor, había vuelto la espalda a su pasado: *¿No está claro por qué, finalmente, buscó un solaz tan evidente como el matrimonio?* Tan claro como las turbias aguas del Kast River, podríamos responder.

[96] EG a AB, 11-7-1925, IIHS, AB.

Obstinada en no dejarse vencer por una *vida cercada por los peniques*, Emma volvió a la tribuna pública y a sus conferencias sobre teatro. Pero para llevar a la práctica sus propósitos debía vencer innumerables obstáculos.

Era poco conocida en Inglaterra. Sus compañeros anarquistas, pobres y dispersos, poco podían auxiliarla. Además, hecho de mayor peso, en Inglaterra sólo se podía actuar por intermedio de alguna organización. Una y otra vez se le informó cortésmente que el tipo de trabajo independiente practicado por ella *no se hace en Inglaterra*.

Emma, siempre dispuesta a apartarse de lo establecido, no se arredró. Su oportuno nombramiento como representante en el exterior de la *American Provincetown Playhouse* le permitió entrar en contacto con el movimiento teatral inglés de vanguardia.

Walter Peacock y Bache Matthews, del *Birmingham Repertory Theater*, y Barry V. Jackson, fundador del mismo, recibieron a Emma cordialmente y se ocuparon de interesar a la *British Drama League* por su obra.

Ya introducida en el ambiente, envió cientos de cartas y circulares a las distintas sociedades de aficionados al teatro.

En una de dichas circulares anunciaba:

Puedo disertar sobre cualquiera de los dramaturgos rusos enumerados en la lista adjunta, sobre la vida y obra de Augusto Strindberg, el autor sueco, sobre los expresionistas alemanes, Eugenio O'Neill y sus dramas o los trabajos de la señorita Susana Glaspell.

En Londres organizó un *Círculo para el Estudio del Teatro* y también pronunció algunas conferencias en idisch acerca de la dramaturgia rusa.

Cuando se prohibió la representación de la nueva creación de O'Neill, El Deseo Bajo los Olmos, trató de que la *Liga Teatral* auspiciara un acto público de protesta.

Pese al sistemático fracaso de todos sus esfuerzos, obtuvo algunos resultados positivos: al menos logró que la contratara para pronunciar una conferencia o una serie de ellas durante el otoño y el invierno en las ciudades de Londres, Bristol, Bath, Birmingham, Manchester y Liverpool.

A fin de prepararse, se sumergió en el *mar sin fondo* del *Museo Británico*, el majestuoso puerto donde tantos otros maltrechos exilados habían buscado refugio y sostén intelectual.

Pasó la mayor parte del verano, días enteros, en el *Museo*, leyendo obras en ruso, alemán, idisch e inglés. Este quehacer diario la llevó a descubrir en sí misma una insospechada pasión por la investigación.

No tardó en escribirle a Berkman:

Lo que hago es empaparme bien de lo atinente a cada autor, de todo o casi todo lo que se ha escrito sobre él, sus obras... esto es muy beneficioso para mí, me permite avanzar de modo sistemático y *disciplinado*. Nunca tuve tiempo para estudiar de esta manera. Quizá ahora, en la vejez, aprenda a hacer mejor las cosas.

Estaba decidida a preparar conferencias más profundas y meditadas que las que acostumbraba pronunciar en los Estados Unidos.

En una carta a un amigo, decía:

Tengo que trabajar con doble ahínco para no hacer quedar mal a los amigos norteamericanos e ingleses que responden por mí[97].

En todos los casos, la recepción dispensada a sus conferencias no respondió a sus esperanzas. Especialmente desalentadoras fueron las charlas que organizó por su cuenta en Bristol y Londres pues había esperado demostrar con las mismas qué *se hacía* en Inglaterra.

A despecho del apoyo de Rebecca West, Frank Harris, Barry Jackson y otros, la serie sobre el teatro ruso que pronunció en Londres no atrajo demasiado público. En Manchester, en cambio, hubo lleno total de la sala cuando habló sobre O'Neill, pero se percató de que muy pocos de los presentes comprendieron sus conceptos: ¡Dios mío, qué gente estos ingleses de la clase media! -le escribió a Berkman-; en comparación con ellos, los norteamericanos son la libertad y la viveza personificadas[98].

[97] EG a AB, 23-9-1925, IIHS, AB; EG a Harry Weinberger, 15-5-1925, CCW.

[98] EG a AB, 9-11-1925, IIHS, AB.

Pese a todo, la actividad que pudo ir desarrollando en las sociedades de amigos del teatro y otras agrupaciones la llevaron a pensar que, con el tiempo, tal vez un par de años, lograría una entrada regular con sus conferencias.

También recibió el aliento de C. W. Daniel, su editor inglés, quien demostró gran interés por su obra. Daniel le entregó una copia taquigráfica de sus disertaciones y la instó a recopilarlas para formar un libro.

Emma se alegró mucho de poder apartarse algunos meses de la agobiante rutina. Se estableció en Saint-Tropez, pueblecillo del sur de Francia, donde pronto completó su Vida y Obra de los Grandes Dramaturgos Rusos. Su análisis de los precursores del teatro ruso, y también de Griboiedov, Gogol, Ostrovski, Pisemski, Turgenev, Tolstoi, Chejov, Gorki y Andreiev, mostró, como siempre, que sabía captar el sentido explícito y el espíritu del tema tratado. Las semanas pasadas en el *Museo Británico* y su afinidad con los autores que lucharon con el problema de la creación en su tierra natal, confirieron al estudio una intensidad y una penetración que faltaban en la mayor parte de sus ensayos previos sobre el teatro. Era también obvio que su trabajo se vio grandemente beneficiado por el cambio de concepto acerca del arte. Éste ya no debía ser imitación sino que: *La época ordena al hombre perderse en la colectividad y le exige el sacrificio de su individualidad, de sus sentimientos, de su felicidad personal*.

También impone obediencia y reprueba la meditación, pero *el hombre sigue defendiendo su derecho al pensar ávido, el amor impetuoso, el cariño enternecedor, las pasiones irresponsables y la libertad espiritual que ha conquistado*. Emma ya no consideraba el arte como un simple reflejo de la realidad.

En septiembre de 1926, cuando terminaba la redacción de la obra, Daniel le envió una noticia inquietante. Su casa editorial había sufrido grandes pérdidas a consecuencia de la huelga general de la pasada primavera, motivo por el cual le resultaba imposible publicar el manuscrito de Emma[99].

[99] La obra sobre los grandes dramaturgos rusos (IIHS, EG) nunca fue puesta en letras de imprenta. Pasó de una editorial a otra, rechazada por todas. No obstante, en este ensayo Emma estudiaba mucho más a fondo el problema que en su Significación Social del Teatro Moderno, libro para el cual encontró fácilmente editor en 1913.

Por aquel entonces, un amigo de Nueva York que le había prometido ayuda financiera para una gira de conferencias por el Canadá, envió un telegrama donde le anunciaba que la misma debía ser cancelada. Luego Emma descubrió que dicha anulación respondía al temor de que sus enemigos comunistas la hicieran víctima de algún ataque material. Pero Emma no estaba dispuesta a perder el terreno que tan laboriosamente había logrado ganar. Remitió un llamado a otros conocidos solicitándoles un préstamo para costearse el viaje al Canadá. El dinero llegó a sus manos casi Inmediatamente.

En el otoño de 1926 partió hacia Canadá, mirando con ojos tristes esa Inglaterra donde tantas cosas *no se hacían*.

3

Cuando dictó su primera conferencia en Montreal, los comunistas amenazaron atentar contra ella, lo cual probó que no eran infundados los temores del amigo que no había querido respaldar su gira.

Alarmadas personas de su amistad la instaron a requerir protección policial, pero Emma rechazó con desprecio la idea recordándoles secamente: *Jamás he ido a la policía; fue ella quien a menudo vino por mí*[100].

Siempre que pudo ignoró a sus contrincantes comunistas y, llegada la ocasión, supo replicarles como se merecían.

Pese a los obstáculos, pronunció una serie de conferencias en idisch, habló en inglés en un importante acto en favor de los presos políticos rusos y organizó un grupo femenino permanente cuya misión era reunir fondos para estas víctimas de la opresión comunista.

En Winnipeg también colaboró en la formación de un grupo similar y realizó con buen éxito varias charlas sobre teatro ante diversos públicos. En Edmonton otra vez tuvo que hacer frente a las irónicas y mal intencionadas preguntas de los oyentes comunistas, a pesar de lo cual salió airosa en las disertaciones que pronunció ante casi todos los sectores obreros y liberales de la ciudad.

Pero fue en Toronto donde obtuvo su mayor triunfo. Al principio, sufrió una desilusión. Conocida como la *ciudad de los intelectuales*, Toronto hacía poco honor

[100] Daily Star de Montreal, 29-10-1926.

a su reputación. Es cierto que contaba con *cinco mil estudiantes universitarios*, como dijo en una carta dirigida a un amigo, *pero la vida que se lleva en la universidad está muy apartada de la vida de la población general; es como si esta casa de estudios estuviera situada en Moscú y no en Toronto*.

Las iglesias más importantes poco hacían para fomentar la actividad intelectual:

Católicos y anglicanos tienen a la ciudad asida por el cuello; moldean las costumbres y las opiniones de los habitantes de Toronto. Ningún libro o ninguna conferencia son bienvenidos si no llevan el sello de aprobación de las iglesias. Quizá comprendas mejor la situación cuando te diga que el encargado de la biblioteca pública... declaró: *No, no censuramos los libros, simplemente no los compramos*. Por cierto que de su boca salió una gran verdad[101].

Emma no se arredró y se dedicó con entusiasmo a participar en actos, dictar conferencias y publicar artículos en la prensa.

Si bien complacía a los canadienses diciéndoles que en su país existía más libertad que en Rusia, no dejaba de fustigarlos por su complacencia. Ejemplo ilustrativo de tan censurable actitud era la completa apatía pública frente al arresto y encarcelamiento de Ernest V. Sterry.

Este librepensador, que en una oportunidad vendió folletos para Emma en Nueva York, había sido condenado por blasfemia contra Dios, a quien se refirió como *ese viejo colérico*. En opinión de Emma, Sterry había sido encerrado simplemente por hacer uso de su derecho a la libertad de palabra y de pensamiento.

Gradualmente, merced a sus insistentes reproches por la indiferencia general ante la represión de tan fundamentales derechos civiles, otras personas comenzaron a unir su voz de protesta a la de Emma.

El reverendo W. A. Cameron, eminente bautista ortodoxo, por ejemplo, censuró duramente aquella persecución religiosa por parte de las autoridades civiles.

La condenación de Sterry era, según Cameron, *un retorno a los antiguos días de esclavitud religiosa*[102].

[101] EG a Ben Capes, 27-1-1928, IIHS, EG.

[102] World de Nueva York, 10-4-1927.

Aunque Sterry tuvo que cumplir la sentencia de sesenta días de cárcel, la reacción desatada por Emma hacía suponer que, en el futuro, ya no sería tan fácil cometer injusticias similares.

Se sentía tentada de seguir desafiando a los poderes religiosos pero, le escribió a Berkman, *con esa estúpida ley contra la blasfemia, muy rígida por cierto, uno no sabe en qué momento comete una transgresión. No tengo ninguna gana de ir a la cárcel por el Señor*[103].

Prefirió atacar indirectamente con sus conferencias sobre la limitación de la natalidad. Defendió la procreación planeada, pero se cuidó muy bien de describir los métodos aplicables.

Aclaraba que, previamente, en los Estados Unidos, había analizado las tecnicas por considerarlo una importante protesta social, pero correspondía a cada uno solicitar orientación en una clínica o a su médico particular.

Cuando se levantó el inevitable clamor contra las disertaciones de Emma, el inspector McKinley, de la policía de Toronto, declaró que nada podía hacerse contra ella desde el momento en que no describía los métodos anticoncepcionales.

C. J. Hastings, médico del Ministerio de Salud Pública, tuvo la osadía de afirmar que la conferencia de Emma sobre la limitación de la natalidad contenía un sano espíritu y que le impresionaba favorablemente su enfoque desde el punto de vista de *los derechos de la mujer*[104].

El Star de Toronto, uno de los diarios más importantes de la ciudad, brindó inesperado apoyo a Emma en sus esfuerzos tendientes a despertar el interés público por los problemas de importancia.

Acostumbrada a periodistas poco comprensivos y de mala voluntad, se sorprendió mucho al encontrar a uno, C. R. Reade, del Star, que conocía bien la teoría anarquista y se mostró seriamente dispuesto a secundarla.

Para Emma fue una placentera novedad leer en la prensa comentarios imparciales y hasta admirativos acerca de sus conferencias.

[103] EG a AB, 17-5-1927, IIHS, AB.

[104] Daily Star de Toronto, 28-4-1927.

El 30 de noviembre de 1926, por ejemplo, el Star se refería a una *Brillante Disquisición sobre Ibsen por Emma Goldman* y afirmaba que el conocimiento de las ideas fundamentales del autor noruego y de los mínimos detalles de sus obras hacía de la disertación de Emma *una manifestación superior*. Para este periódico, era ridículo que no se hubiera permitido a la notable conferenciante hablar en la Universidad de Toronto: al parecer, las autoridades temían que cual flautista de Hamelin, Emma arrastrara tras de sí al estudiantado en pleno.

En una entrevista publicada por el Star (18 de diciembre de 1926), se reproducían con generosidad los conceptos vertidos por Emma contra el formalismo académico: En la actualidad, todas las ciencias, las artes, la literatura y la música exhiben el mismo deseo de librarse de los lazos de las fórmulas académicas y limitadoras. Los futuristas, los cubistas, ¿qué han sido sino anarquistas, rebeldes que se levantaron contra la coerción de la tradición que todo lo anquilosa? ¿Por qué existen tantos movimientos ultra revolucionarios en la música? ¿Y el jazz? Sí, el jazz es anarquista, es el espíritu mismo de la juventud, en esencia una rebelión contra las restricciones y las tradiciones caducas.

En un importante artículo intitulado Visitante Anarquista en Toronto, Frederic Griffin informaba a los lectores del Star Weekly (31 de diciembre de 1926) que la ciudad tenía el honor de contar con la visita de la mujer quizá más interesante del mundo, una mujer que había vivido más plenamente, se había sublevado con mayor tenacidad y desinterés, había sufrido más profundamente y pensado con mayor vigor que ninguna otra:

Es difícil conciliar la Emma Goldman que vemos hoy en Canadá, esta señora plácida y experimentada, de actitud filosófica y mente cultivada que, al parecer, no encuentra en estos momentos nada más interesante que pronunciar ante los burgueses que desean oírla académicas conferencias sobre Ibsen, Chéjov y otros gigantes del teatro, con la imagen de la indómita mujer encarcelada en los Estados Unidos por sus ideas incendiarias y, finalmente, expulsada de dicho país por sus revolucionarias enseñanzas.

Al disponer de una tribuna pública para difundir su pensamiento y de semejante publicidad para su obra, Emma pudo estimular el interés público por sus ideas a la

par que descubrir una oculta corriente cultural que *tendía hacia las mejores manifestaciones literarias y artísticas de renovación y hacia una nueva perspectiva social*, según su expresión.

Nunca, le aseguraban sus amigos de la ciudad, había respondido Toronto tan notablemente a las ideas libertarias. ¿No deseaba permanecer allí para seguir con tan buen trabajo? Ellos se ocuparían de mantenerla. Emma decidió quedarse en Toronto todo el año 1927, pero en ningún momento pensó aceptar que los anarquistas pagaran sus cuentas, ya que se trataba en su mayoría de obreros con familia que no estaban en condiciones de hacer semejante sacrificio. Logró sostenerse con las ganancias proporcionadas por sus conferencias sobre el teatro y con los regalos en efectivo que le enviaban parientes y amigos de los Estados Unidos.

Pero a pesar de la afectuosa hospitalidad de Toronto, vivía atormentada por la cercanía de los Estados Unidos y desesperada, por saber que para ella era tan imposible entrar en ese país como viajar a la Luna.

Sin embargo, se encendió una pequeña luz de esperanza: Isaac Don Levine, periodista de su amistad, inició por intermedio de Frank L. Polk, subsecretario de Estado durante el gobierno de Wilson, gestiones tendientes a obtener permiso para un retorno temporario de Emma a los Estados Unidos.

Polk habló con el secretario de Estado Kellogg, quien declaró que en principio no tendría inconveniente en concederle una estada limitada; pero, adujo, aquel problema no le concernía. Ya que entraba en la jurisdicción de las autoridades de migración.

Finalmente, el procurador Davis le informó a Levine que su proyecto era impracticable debido a *la situación de China y los acontecimientos de Haití*[105].

Muy consciente de que siempre mediaría una situación crítica en China o en Timbuctú, Emma pensó seriamente en el recurso de tomar, sin más ni más, el tren que la llevara a Detroit. Sabía que no la dejarían permanecer en el país pero,

[105] Levine a EG, 19-11 y 15-12-1926, IIHS, EG; W. S. Van Valkenburgh a EG, 8-4-1927, IIHS, EG.

reflexionaba, las autoridades se verían forzadas a deportarla por segunda vez, lo cual *volvería a poner en ridículo a los norteamericanos*, según predijo a Berkman[106].

Por último, decidió no realizar aquella maniobra sensacional. Descartó tan descabellado plan pese a que en su pecho seguía ardiendo con igual fuerza el deseo de volver a sus amigos y actividades en los Estados Unidos. Por cierto que éste fue el principal motivo de su viaje al Canadá. Así lo confirma una carta a Berkman:

Quiero que sepas, querido, que nunca podré librarme de los lazos que me atan a (América) y que siempre me sentiré una extraña en todas partes... Esto ha pasado en mi corazón desde que nos echaron, y es la razón por la cual vine al (Canadá)[107].

En agosto de 1927 lamentó más que nunca no encontrarse en los Estados Unidos. Su alejamiento *la torturaba*, escribió Evelyn Scott en una de sus cartas, porque en aquellos momentos, precisamente, el Estado de Massachusetts mostraba la firme decisión de matar a Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, el zapatero y el vendedor de pescado, condenados a causa de prejuicios y en base a endebles pruebas, por el asesinato de un pagador y de un guardián durante un asalto perpetrado en South Braintree[108].

La misma ola de histeria antirradical que había provocado la expatriación de Emma, alcanzó en 1920 a aquellos hombres que serían enviados a la muerte por un crimen que, probablemente, nunca cometieron.

Emma compartía con muchas otras personas la convicción de que no se los condenaba por asesinato, sino por sus ideas anarquistas.

En Toronto, imposibilitada de hacer más, organizó en el *Labor Temple* un acto de protesta contra la determinación de Massachusetts de ejecutar a sus víctimas y reunió dinero para la *Comisión Internacional de Defensa de Sacco y Vanzetti*.

---

[106] EG a AB, 22-12-1926, IIBS, AB.

[107] EG a AB, 23-12-1927, IIHS, AB.

[108] Este es otro de los crímenes judiciales de los EE. UU. Para destruir el movimiento anarquista. Ya ha sido suficientemente probado que los dos revolucionarios no tuvieron ninguna intervención en el hecho utilizado como pretexto. (E.)

Amargada, se decía que, de estar en los Estados Unidos, podía haber desarrollado una labor más efectiva:

Me siento estúpida hablando acerca de problemas teóricos, pronunciando conferencias sobre nada -le confesaba a Berkman en una carta-, en lugar de correr a unir mi voz al clamor contra la inminente carnicería.

Una misiva de Rosa Sacco fue pobre consuelo.

En la misma le informaba a Emma que su esposo y Vanzetti habían hablado de ella con respeto. Emocionada, abrió su corazón a Berkman:

Estoy pasando por la misma agonía de cuarenta años atrás, pero mucho más conscientemente. Entonces tenía toda la vida por delante para defender la causa de las víctimas sacrificadas. Ahora no me queda nada. Veo cuán poco he hecho en cuarenta años de labor si está a punto de cometerse un nuevo crimen mientras el mundo se limita a protestar de palabra[109].

A fines de febrero de 1928, aún hundida en la desesperación por su sentimiento de impotencia, Emma sacó pasaje para Francia. Desde hacía años, varios amigos, entre ellos Howard Young y Theodore Dreiser, la exhortaban a escribir su autobiografía.

Antes de partir de Toronto, Emma se enteró por boca de Peggy Guggenheim que Howard Young había comenzado a reunir fondos que le permitirían iniciar su obra. La señorita Guggenheim puso la contribución inicial de 500 dólares. Cuando Emma salió de Montreal, un grupo de amigos y simpatizantes, encabezado por Edna St. Vincent Millay, había reunido ya 2.500 dólares, suma suficiente para que la vieja luchadora pudiera ponerse a la tarea de escribir una historia de su vida.

[109] EG a AB, 8-8-1927, IIHS, AB; EG a Rosa Sacro, 3-9-1927, IIHS, EG.

Capítulo vigésimo nono
La acallada voz

Emma pensó que el lugar ideal para establecerse sería Saint-Tropez, el pueblecito pesquero donde ya había pasado todo un verano preparando su manuscrito sobre el teatro ruso.

Algunos amigos de Nueva York, entre ellos Arthur Leonard Ross, ahora su abogado, y Mark Dix, uno de sus admiradores adinerados, reunieron algo más de 3.000 dólares, con los cuales adquirieron una modesta casita donde Emma viviría y trabajaría.

Bon Esprit, su nuevo hogar, se levantaba entre los viñedos que cubrían las colinas circundantes del pueblo. Desde sus ventanas, Emma divisaba el azul Mediterráneo, aquel mar solitario, eterno, que se perdía en la distancia, camino al África; también le era dado observar la actividad de los pequeños botes de pesca que surcaban plácidamente las serenas aguas cercanas a la costa.

En este ambiente de paz podría reunir la fuerza interior que necesitaba para revivir sus turbulentos años pasados.

La pérdida de sus archivos particulares (confiscados por el Departamento de Justicia en 1917) le impediría prácticamente escribir con todo detalle y precisión, como habría preferido, pero le quedaban otros recursos. Su vieja amiga Agnes Inglis, encargada de la Colección Labadie de la Universidad de Michigan, podría enviarle gruesos álbumes de recortes, programas y folletos olvidados; otros amigos recorrerían los archivos de los periódicos norteamericanos y le remitirían los resultados de sus investigaciones; asimismo, otros podrían escribirle todo lo que recordaban sobre determinados sucesos en los que habían tomado parte.

Pero todo esto no era suficiente. Felizmente para Emma -y para toda persona interesada en su carrera-, durante sus años errantes había adquirido el hábito de escribir cartas. Recurrió a este medio no sólo para comunicarse con sus conocidos, dispersos por todo el mundo, sino también como una forma de ¡expresarse a sí

misma. Como bien observó en una oportunidad' Max Nettlau, el agudo historiador anarquista, ello le confería un algo de las mujeres de siglos pasados:

En sus cartas, por otra parte magníficamente modernas, es usted por fortuna una mujer del siglo dieciocho. En ellas hace honor al viejo y maravilloso arte que el telégrafo y el teléfono han estrangulado. Estimo que esta práctica resulta muy saludable, pues la reflexiva comunicación por medio de las cartas es un trabajo intelectual de valor intrínseco que la rápida conversación no puede reemplazar...[110]

Gracias a su frecuentación del *viejo arte*, pudo reunir importante material ya que, a su solicitud, quienes guardaban sus misivas le devolvieron cientos de ellas. De tal manera, le fue posible no sólo reconstruir cronológicamente su historia sino también tener una visión directa de sus estados de ánimo y pensamientos del pasado. La enorme pila de cartas que volvieron a sus manos formaba una especie de diario íntimo.

También en esta oportunidad le fue imprescindible la ayuda de Berkman, entonces residente en Niza, población cercana. El amigo la alentó para que iniciara su trabajo y le ofreció corregir y compilar las partes a medida que ella se las entregara. A su vez, él le solicitó consejo para el libro que estaba escribiendo. En una carta le decía: *Por cierto que necesito de tu ayuda más que tú de la mía*[111].

(Su obra fue publicada en 1929 con el título de Now and After: The ABC of Communist Anarchism).

Cuando Berkman le inquirió cuáles eran los pasos que debían tomarse contra los *enemigos activos* de la revolución anarquista, Emma le replicó que tenía la obligación de defender sin reservas *el derecho ilimitado a la libertad de palabra, prensa y reunión. Cualquier otra cosa creará los mismos males que queremos combatir con la revolución*[112].

Por cierto que, de producirse un ataque armado, sería necesario repelerlo por la fuerza de las armas, pero en realidad esto no tiene por qué suceder *aun en el período más crítico de la revolución, si se le brinda a cada miembro de la sociedad la oportunidad de participar en la reconstrucción de la misma* ...

[110] Max Nettlau a EG, 16-2-1929, IIHS, EG.
[111] AB a EG, sin fecha, IIHS, EG.
[112] AB a EG, 25-6-1929, IIHS, EG; EG a AB, 29-6-1928, IIHS, E.G.

En ningún caso, y cualquiera sea el delito, debe recurrirse al encarcelamiento y a la pena capital, totalmente injustificables. Varios días más tarde, no del todo satisfecha con su respuesta a la pregunta de Berkman, volvió sobre el tema en otra carta:

A menos que nos libremos del concepto generalmente aceptado de que la revolución es una erupción violenta destinada a destruir todo lo construido a través de siglos de penosos esfuerzos, no ya de la burguesía sino de la humanidad toda, tendremos que hacernos bolcheviques, aceptar el terror y todo lo que él implica o bien convertirnos al tolstoianismo[113].

Consideraba tan importante este aspecto, que llegaba a la siguiente conclusión:

Insisto, si podemos cambiar en lo concerniente a todos los demás medios de resolver los problemas sociales, también tendremos que aprender a modificar los métodos revolucionarios. Opino que esto puede lograrse. Y si no es así, renegaré de mi fe en la revolución.

De tal manera ayudó Emma a Berkman con su consejo a la par que ordenó sus propios pensamientos a fin de definir los puntos de vista que expresaría en sus memorias acerca de cuestiones capitales, cuales son la libertad, la violencia y el poder.

En todo el transcurso de su libro reaparecía una y otra vez, una idea fundamental: los medios empleados deben estar en armonía con los fines perseguidos. Si bien, como observó en una oportunidad, era tan incapaz de escribir un libro sin el auxilio de Berkman como de ingresar al partido comunista, dudaba de que el amigo quisiera *aceptar mi forma de verlo y mi descripción de su personalidad*[114].

Sus temores se ahondaron cuando Berkman comenzó a trabajar sobre el manuscrito y le expresó enérgicamente la opinión de que lo había pintado demasiado riguroso, demasiado fanático. La tensión entre ambos fue en aumento, tal como puede apreciarse en las notas que aparecen cada tanto en el diario de Berkman:

(30 de enero de 1930) Después de mis correcciones, las páginas de Las Memorias quedan peor que un campo de batalla. En algunas, tacho una mitad y la otra mitad

[113] EG a AB, 3-7-1928, IIHS, EG.

[114] EG a Demi Coleman, 8-1-1930, IIHS, EG.

la cambio palabra por palabra. Espero que nunca más vuelva a escribir un libro. Pero no tendré tanta suerte.

El diario de Berkman registra también la respuesta de Emma a esta actitud:

(25 de abril de 1930) No me importan los cortes, me molestan tus ásperos comentarios. Tú dices que tal o cual punto no tienen nada qué ver con mi vida. ¿No te parece que eso me corresponde a mí decirlo? En una nota anterior me decía: Sé qué difícil es para ti corregir el libro. ¿Te das cuenta cuán difícil es para mí aceptar tu ayuda en este caso? No podías haber elegido mejor símil: el cirujano del ensangrentado cuchillo.

Sin embargo, Berkman tenía que tachar sin consideraciones de ninguna especie, puesto que Emma era uno de esos escritores, como Thomas Wolíe, que se complacen en detalles superfluos.

Pero era igualmente necesario que Emma se resistiera a aceptar los cortes, pues su amigo quería eliminar episodios de los que no podía prescindir si deseaba que su autobiografía fuera un relato sincero y completo de su vida. Aunque tuvieron serios choques, el resultado fue una fructífera colaboración. Terminada la tarea, Berkman le escribió a una amiga común:

El libro es grandioso a mi parecer. Está bien hecho en todos los aspectos. Podían haberse omitido ciertos detalles, pero ya sabes cómo es E. G. Discutió conmigo. Cada uno de los pasajes y de las páginas que quise podar[115].

Poco antes, Emma le decía a su sobrino en una carta:

Sasha se ha portado magníficamente en la corrección.

El lazo que la unía a Berkman se había *hecho indisoluble con su trabajo y mi parte en él, y con los miles de sufrimientos que nos significó*[116].

Tantos más meritorios eran, por lo tanto, la imparcialidad y los generosos juicios críticos de Berkman, reconocía Emma.

Agobiada por diversos males físicos -arco de pie vencido, várices, dificultades visuales- y por una fatiga emocional, Emma tuvo que recurrir a sus últimas reservas para terminar la autobiografía.

[115] AB a M. Eleanor Fitzgerald, 9-2-1932, IIHS, AB.

[116] EG a Saze Commins, 14-7-1931, IIHS, EG.

A principios de 1931, con un gran suspiro de alivio, hizo llegar a Arthur Leonard Ross la siguiente noticia:

Hoy le envió un telegrama para comunicarle la gran nueva de que, por fin, he terminado de extirpar el apéndice de Living My Life; sólo Dios y Jesucristo saben que ninguna operación podría dar tanto trabajo y dolor de cabeza como los que he pasado en estos últimos seis meses[117].

2

Pero se equivocaba; sus dificultades no habían terminado allí.

El editor Alfred A. Knopf se negó rotundamente a vender la obra en dos tomos por menos de 7,50 dólares. Una de las razones que aducía Knopf era el contrato firmado con Emma, por el cual él se comprometía a darle un adelanto de 7.000 dólares y un diez por ciento en concepto de derechos de autor sobre los primeros cinco mil ejemplares, que se convertiría en el quince por ciento en las ediciones futuras[118].

Otro motivo por el que el editor se resistía a fijar el precio en 5 dólares era el temor de que, por encontrar la suma demasiado baja -prácticamente *no es dinero*- los libreros pensaran que el libro no valía gran cosa[119].

Desde el principio, Emma insistió en que su obra no se vendiera por más de 5 dólares.

Deseo fervientemente llegar a la masa de lectores norteamericanos -le escribió a Agnes Inglis-, no tanto por lo que puedo obtener por derechos de autor, sino porque siempre he trabajado para la masa[120].

Más Knopf no cedió y fue así que, cuando a fines de 1931 salió a la calle la autobiografía de Emma, su venta fue, como cabía esperar, muy pobre. En aquel año de profunda depresión económica, publicar una biografía al precio de 7,50 dólares era casi tan absurdamente optimista como tratar de venderles tiaras de diamantes a las costureras.

[117] EG a Ross, 1-1-1931, CL.
[118] Ross a EG, 2-10-1929, IIHS, EG.
[119] Knopf a EG, 23-4-1931, IIHS, EG.
[120] EG a Inglis, 11-4-1930, CL.

La novelista Evelyn Scott comentó acertadamente: *Es una verdadera ironía que justamente tu libro sólo esté al alcance de una minoría acomodada*[121].

El hecho de que Living My Life circulara rápidamente por las bibliotecas de todo el país fue prueba adicional, si es que se necesitaba alguna, de que una edición de precio razonable habría llegado a la mayor parte del público lector.

En la semana que terminó el 16 de enero de 1932, la autobiografía de Emma fue uno de los *libros sobre temas generales* más pedidos en la Biblioteca Pública de Detroit (aunque no uno de los de mayor salida en las librerías de dicha ciudad o en la lista de Brentano, de Nueva York).

En Nueva York, el bibliotecario de la Universidad de Syracuse la incluyó en la nómina de los *libros más importantes del año*.

Los bibliotecarios de Des Moines la recomendaron como una de las mejores obras serias del año[122].

Buena parte de la prensa recibió Living My Life con igual beneplácito. Así lo hicieron, entre otros, el Post de Washington, el Times Dispatch de Richmond, el Times de Nueva York, el Transcript de Boston y el Times de Buffalo.

New Yorker, Saturday Review of Literature y Nation fueron algunas de las revistas que unieron sus voces de encomio.

Gracias a tan elogiosa acogida, el libro se vendió bastante en ciertas zonas. Así, por ejemplo, el Journal de Milwaukee informaba el 31 de octubre de 1931 que Living My Life ocupaba el sexto lugar entre los *bestselZers* locales.

Pero la magnitud de las ventas no daba una verdadera idea de la cantidad de personas que leían el libro, según apuntó Arthur Leonard Ross, pues había buenas razones para suponer que *debido a su alto precio ... el libro ha pasado de unas manos a otras*[123]. Por consiguiente, fue erróneo por parte de Emma dejarse guiar por las estadísticas y llegar a la conclusión de que su obra había sido un fracaso.

[121] Scott a EG, 9-8-1931, IIHS, EG.

[122] News de Detroit, 17-1-1932 Palladium Times, de Oswego, 1-2-1932; Herald Tribune de Nueva York, 29-12-1931.

[123] Rosa a EG, 22-1-1932, IIHS, EG.

En términos generales, los críticos impresionados favorablemente por el libro superaban en una proporción de tres a uno a los que lo encontraron carente de méritos.

En tanto que el Record de Hackensac aseguraba en su edición del 12 de septiembre de 1931 que Living My Life mostraba *estilo trillado y burdo engreimiento*, la mayoría coincidía en que estaba bien escrita: el New Yorker (23 de noviembre de 1931) sostuvo que se trataba de una obra valiosa como documento *e interesante como lectura*; el Evening Sun de Baltimore (14 de noviembre de 1931) elogió el estilo que, pese a tender a lo declamatorio, era también *franco, directo y vivo*; para finalizar, el Herald de Boston (9 de enero de 1932) felicitó a Emma por su excelente inglés y *hasta por la gran calidad literaria que caracteriza al libro*. Los críticos conservadores no tuvieron más remedio que reconocer el valor de la autobiografía. En un artículo que llevaba el infaltable título de Inveterada Revolucionaria, el Time del 9 de noviembre de 1931 sostenía que todos *admiramos a los luchadores de corazón. Ahora que la carrera de Emma Goldman está terminada, podemos añadir una pizca de cariño a nuestra desaprobadora admiración por ella*.

Aunque el Register de Des Moines (10 de enero de 1932) afirmó que el libro no era más que *mil aburridas páginas de fornicación y fanatismo*, otros periódicos, tales como el Star de Tucson (8 de noviembre de 1931) y el News Journal de Murfreesboro (7 de noviembre de 1931), dieron muestras de que su opinión sobre la *Roja Emma* había comenzado a cambiar.

El diario de Tennessee, por ejemplo, reconoció:

Probablemente, el nombre de Emma Goldman no nos inspiraría menosprecio si leyéramos con tranquilidad, objetividad e imparcialidad su nueva autobiografía.

Entre los liberales, la reacci6n fue mucho más compleja. Se registraron crónicas tan opuestas como la de R. L. Duffus, quien publicó en la primera página de la sección bibliográfica del Times de Nueva York (25 de octubre de 1931) una crítica llena de elogiosos conceptos, y la de Lawrence Stallings, que atacó violentamente el libro en el Sun de Nueva York (20 de noviembre de 1931). El encabezamiento del artículo de Stallings anunciaba claramente su naturaleza: *La Vida de Soltera de Emma Goldman y Compañía, o Goldman, Goldman, Goldman über Alles*. Al parecer, el

malicioso crítico no podía perdonarle a Emma su reacción contra Lenin, el hombre de *más profunda sabiduría política del siglo*. Stallings censuraba a aquella *salvaje y lasciva mujer* que no había sido capaz de comprender que *acorralado por incontables amenazas exteriores y rodeado por toda clase de peligros interiores... Lenin se vio obligado a pasar metódica y despiadadamente por encima de las sensibilidades individuales*. A manera de contraste, presentaba a Emma como a una anciana despreciable y reaccionaria que se dedicaba ahora a descansar *en los brazos de su esposo legal*, atender el fuego y guardar de cuando en cuando *alguna monedita de plata para su vejez*.

Por su parte, Waldo Frank publicó en el New Republic (30 de diciembre de 1931) un meditado análisis donde no se complacía en expresiones venenosas y de mal gusto, aunque también llegaba a la conclusión de que la incapacidad de Emma "para entender el proceso ruso es la incapacidad característica de los anarquistas para comprender el mundo y, por consecuencia, para obrar sobre él. Esta historia de la vida de una gran anarquista (hay algo grandioso en esta mujer) constituye la más elocuente defensa del comunismo...,

Freda Kirchwey admitía en el Nation (2 de diciembre de 1931) que, en lo que respecta a resultados objetivos, el libro era la historia de una derrota:

Pero como estudio de logros subjetivos, debemos reconocer que estos volúmenes revelan un gran triunfo personal.

Víctimas del mito bolchevique, Frank y Kirchwey no podían, empero, dejar de admirar sinceramente a Emma como personalidad.

Las críticas inglesas, en términos generales menos agudos y comprensivos que las norteamericanas, confirmaron la impresión de Emma de que entre ella y los británicos existía una incompatibilidad temperamental absolutamente insalvable.

El Dailly Express de Londres (20 de octubre de 1932) incluyó, a manera de crítica, simplemente una lista de los amantes de Emma bajo el título de Vida Amorosa de una Anarquista.

Otros periódicos se refirieron especialmente a sus *placeres amorosos* (Everyman, 2 de octubre de 1932) o a su *crónica y egoísta excitación* (Morning Post de Londres, 25 de octubre de 1932).

El mejor análisis publicado en Inglaterra fue el del crítico del *Suplemento Literario* del Times (27 de octubre de 1932), quien, tras leer el libro, lo dejó a un lado y, con profunda tristeza y desazón, se preguntó: *Más de treinta años de actividad violenta, casi frenética... ¿con qué fin?* Al parecer, el crítico del Times, lo mismo que sus demás colegas, no comprendía que el fin era llevar una vida plena de sentido.

La autobiografía de Emma constituía una obra de arte ante todo porque, en gran medida, su vida misma lo había sido.

Ningún especialista inglés logró calar tan hondo como Ordway Tead, de *Harper and Brothers*:

La historia de su vida es una suerte de antídoto -un fuerte, arrojado y desconcertante antídoto- contra la complacencia personal, la indiferencia social y la introversión espiritual. Cualquiera sea nuestra apreciación final de su influencia y sus valores, lo importante es que nos ha hecho ver que las fuerzas por ella combatidas no han muerto, que siguen aplastando el espíritu humano y que es menester rebelarse contra ellas[124].

3

La responsabilidad que implica toda una vida de lucha contra las fuerzas que ahogan el espíritu humano no era una carga fácil de llevar, especialmente en momentos en que aquéllas habían tomado un ímpetu avasallador. Tras finalizar sus memorias, Emma cayó en un natural estado de abandono que la hizo desear sinceramente el confortante silencio del retiro. No obstante, se lamentaba a Berkman:

La acallada voz que aún pugna en mi interior no será silenciada, esa voz que quiere alzarse contra la miseria y la injusticia que reinan en el mundo. Podría comparar mi estado con el de un ser que sufre una enfermedad incurable. Sabe que no tiene remedio y sin embargo sigue consultando médicos y toda clase de curanderos. Sé

[124] Yale Review, junio de 1932. Otro aspecto digno de destacarse, aunque no tan importante como el arriba mencionado, es el hecho de que Living My Life constituye un valioso documento histórico. Por ello Upton Sinclair le expresó a Emma: *Los historiadores de nuestra época les estarán agradecidos a usted y a Lincoln Steffens*. (Sinclair a EG, 10-11-1931, IIHS, EG.)

que no hay ningún lugar donde pueda o llegue a arraigarme para volver a unir mi destino al de la gente nuestra que sigue luchando por la liberación[125].

Pero acallada, la voz seguía atormentándola, deseosa de resonar nuevamente, y Emma se lanzó una vez más a la mar, como siempre, contra el viento.

En la primavera de 1932 fue directamente al centro de la tormenta, como era de esperar. Inició una gira de conferencias que la llevaría por todas las ciudades principales de Alemania, llegando hasta Copenhague, Oslo y Estocolmo. En la Universidad de Copenhague pronunció palabras que daban la pauta y el propósito de su nuevo viaje. Ante miles de daneses habló sobre La Dictadura: Una Amenaza Mundial, para advertirles contra la *vileza de las dictaduras... que amenazan la felicidad y cultura de las generaciones presentes y futuras*[126].

En una carta que le envió a Berkman desde Berlín, decía traviesamente que *sería muy divertido entrevistar a Hitler. Desde luego, tendría que presentarme con mi respetable nombre escocés, Colton*[127].

En tono más serio añadía que estaba preparando un artículo muy importante; temía, empero, que si *la pandilla de Hitler sube al poder* se acabarían su artículo y su gira. Su certeza de que *Hitler y sus sabuesos avanzan rápidamente* se afirmó cuando dos confiados nazis se le acercaron en la calle y le prometieron torvamente que tendría el mismo fin que Rosa Luxemburgo[128].

Si bien estas promesas no le parecieron simples amenazas, Emma no se alarmó indebidamente. Su mayor preocupación era la miseria existente en Berlín. Así expresó sus impresiones:

Lo que uno ve aquí le hace perder toda esperanza en la humanidad. La falta de valor y de autor respeto de la masa que acepta sin quejarse la horrible burocracia, que forma interminables filas para esperar durante horas, en el frío y la humedad, unos misables (sic) marcos que le dan de limosna. Es un espectáculo horripilante. Me descorazona enormemente, me hace sentir que todos los esfuerzos por

[125] EG a AB, 18-11-1931, IIHS, EG.
[126] Times de Nueva York, 14-2-1932; EG a AB, 15-2-1932, HHS, AB.
[127] EG a AB, 6-3-1932, IIHS, EG.
[128] EG a Beckl, 25-5-1932, CL. En 1919, Rosa Luxemburgo, entonces una frágil anciana, fue atacada cuando la conducían a la cárcel. Murió a consecuencia de los golpes, siendo su cadáver luego arrojado a un río.

despertar a las masas son vanos, que la propia vida de uno es absolutamente inútil[129].

Pero la acallada voz seguía restallando en sus oídos, y aceptó una invitación de la *Deutsche Verband für Geburtenregelung und Sexualhygiene* (*Liga Alemana pro Limitación de la Natalidad e Higiene Sexual*), para volver en marzo de 1933 a fin de realizar una gira de conferencias.

Extraña coincidencia: precisamente en aquel mes de marzo subió Hitler al poder. Berkman percibió la negra reacción que se avecinaba; por ello escribió a Emma para comunicarle sus temores acerca de la gira que ella se proponía hacer:

Me da la impresión de que a partir de este momento se acabaron los actos radicales... Hitler y su pandilla levantaron sin tardanza su mano de hierro y parece ... que eso siempre tiene buen resultado con las masas.

Emma reconocía que era descabellado proyectar reuniones en Alemania, más *si la Reichsverband quiere seguir adelante con sus actividades, yo no puedo abandonarlos, cualesquiera sean las consecuencias para mí*[130].

Pero en Alemania ya no era tiempo para conferencias como las de Emma, quien no tuvo oportunidad de cumplir su palabra.

Aquel funesto mes de marzo Emma permaneció en Inglaterra, donde se dedicó con ahínco a organizar alguna forma de protesta contra la sangrienta dominación nazi.

Para quienes la habían catalogado como anticomunista de profesión, fue una sorpresa oírla hablar contra la dictadura alemana del mismo modo que lo hacía contra la tiranía rusa. Y por cierto que Emma no callaba nada de lo que pensaba. En una carta a Berkman, le decía:

En la conferencia de esta noche arremeteré sin miedo. Les diré a todos lo que pienso de la impasibilidad con que contemplan las atrocidades que se cometen en Alemania. Tal vez logre avergonzarlos hasta el punto de que se sientan obligados a participar en un gran acto de protesta[131].

[129] EG a AB, 9-40-1932, IIHS, AB.
[130] AB a EG, 5.3.1933, IIHS, EG; EG a AB, 8-3-1933, IIHS, AB.
[131] EG a AB, 3-3-1933, IIHS, EG.

Aunque le fue imposible impulsar a los socialistas y a los gremialistas a una protesta organizada, aprovechó la oportunidad para expresarles con toda franqueza cuál era su opinión sobre aquella fría reserva.

Aquel mismo mes ocurrió un incidente bastante divertido, que hizo aún más notable el abismo que existía entre el modo de ver de Emma y el de los ingleses.

El 20 de marzo se celebró en Grosvenor House un *banquete literario* en honor de Emma, con motivo de la aparición en Inglaterra de su obra Living My Life. Muchas fueron las personalidades que le rindieron debido tributo. Entre ellas se encontraban Henry W. Nevinson, Rebecca West -que introdujo una digresión para señalar que Emma, junto con Willa Cather, era una de las mejores cocineras entre las escritoras del momento- y Paul Robeson, quien, a manera de homenaje, entonó dos bellas canciones: A veces me siento como una Paloma Mañanera y Haciendo Rodar la Carreta. Pero antes se habían producido ciertas dificultades. Según las crónicas de los periódicos estadounidenses:

En la comida realizada hoy en Grosvenor House se omitió el tradicional brindis a la salud del rey a fin de no lastimar los sentimientos de la anarquista Emma Goldman, quien amenazó con retirarse si tal brindis se cumplía. En Inglaterra, siempre se bebe a la salud del rey antes de permitir a los presentes que fumen, y de presentar a los oradores[132].

Muchos habrán sido los ingleses que, al igual que el Border Cities Star de Windsor, Canadá (6 de marzo de 1933), consideraron aquello como un *deliberado agravio al rey Jorge*.

Pero, como aludiera Robeson a través de su rico canto de bajo, Emma tenía que seguir *Haciendo Rodar la Carreta* con su manera única y personal.

En noviembre de 1933 estaba nuevamente en Holanda, exhortando a su público a combatir la dictadura. (Naturalmente, no proponía que Holanda u otros países entraran en guerra contra Alemania, pues creía que Hitler era un producto de la primera guerra mundial; en cambio, deseaba que la opinión de todo el orbe se levantara contra los nazis, que los obreros tomaran medidas económicas contra

[132] Times de Nueva York, 2-3-1933; Tribune de Chicago, 2-3-1933.

ellos y que sus oyentes prestaran toda la ayuda que estuviera a su alcance a las personas que luchaban contra Hitler y a las víctimas de la opresión hitlerista).

Pero no pudo llegar muy lejos con su mensaje. En Hilversum, la policía holandesa le informó que se le prohibía referirse a la situación interna del país o criticar a otros gobiernos.

Como respuesta, Emma denunció violentamente la muerte de la libertad que traía apareada el nazismo. Siempre alcanzó las mayores alturas cuando tuvo que hacer frente a esta clase de oposición y, en esos momentos, pareció recuperar su antiguo espíritu de lucha.

Así le informó llena de júbilo a Berkman: *Ya no estoy cansada*[133].

No obstante, en Rotterdam, la policía le impidió pronunciar su disertación sobre la dictadura. No sucedió lo mismo en Ámsterdam, donde los agentes no alcanzaron a evitar que su dinámica visitante hablara durante un triunfal acto celebrado en la *Casa de los Gremios*. En cambio, le dieron caza en Appledorn provistos de una orden de expulsión emanada del ministerio.

Tras recoger sus pertenencias en La Haya, fue conducida en un tren y escoltada hasta la frontera. Emma opinaba que su expulsión se debía a que Holanda *fabrica armas para Alemania. Por eso me echaron después de mi tercera charla sobre la situación alemana*.

En concepto de Berkman, la medida tomada contra Emma significaba una cosa:

Aún eres peligrosa, no cabe ninguna duda. Y ahora, especialmente, los poderes imperantes temen que se hable de la dictadura porque todos desean tenerla[134].

Pero estas afirmaciones no eran enteramente justas, ya que más adelante Holanda también expulsó a otros opositores del régimen nazi, en parte impulsado por su

[133] EG a AB, 20-11-1933, IIHS, AB.

[134] EG a Freda Kirchwey, 14-7-1934, IIHS, EG; AB a EG, 25-11-1933, IIHS, AB. Digamos, de paso, que la policía secreta holandesa seguía con interés los pasos de Emma y de Berkman hacía ya mucho tiempo. Uno de los informes presentados por la misma demuestra que su criterio (como sus torpes deducciones) era muy similar al de sus colegas de los Estados Unidos. El jefe de la tercera sección del Estado Mayor del ejército holandés transmitió a la legación norteamericana un informe sobre las actividades de aquellos dos anarquistas. El documento estaba fechado el 6-2-1922 (SIN 52410/43C; DE 311.6124 K/47). En los Estados Unidos, el jefe de la tercera sección declaró: *Llevaban una vida muy lujosa y recibía grandes cantidades de dinero de los anarquistas*. Emma, oradora inteligente, y Berkman, apelaban *a toda clase de gente* y sabían lanzar ideas *en el momento adecuado*. Este jefe llegó a la conclusión de que se trataba de personas indeseables y peligrosas, a quienes debería prohibírseles la entrada en Holanda, Inglaterra y los Estados Unidos.

temeroso y desesperado deseo de aplacar a aquellos vecinos del Este que se mostraban cada vez más beligerantes. Sí era verdad, en cambio, que los holandeses consideraban a Emma un huésped peligroso.

Cuando Holanda, el único país del continente europeo donde tenía la esperanza de desarrollar una actividad, al menos durante varias semanas por año, le cerró sus puertas, Emma comenzó a proyectar nuevamente una gira por el Canadá y a pensar en la posibilidad de una visita a los Estados Unidos.

El retorno al país que tanto amaba no era ya una quimera, pues Mabel Carver Crouch, conocida liberal que visitó inesperadamente a Emma en su retira de Saint-Tropez, le prometió formar una comisión que trabajaría para lograr su regreso a los Estados Unidos, promesa que cumplió apenas puso pie en su patria. Más Emma no se hacía ilusiones; otros amigos -Isaac Don Levine, Theodore Dreiser, H. L. Mencken- ya se habían estrellado contra el inconmovible muro de las autoridades que se negaban rotundamente a dar permiso de entrada a la aborrecida anarquista. Sin embargo, Mabel Carver Crouch imprimió a la tarea un impulso y un entusiasmo sin precedentes.

Con el respaldo de una comisión compuesta por liberales y radicales -entre quienes se contaban John Dewey, John Haynes Holmes, Sherwood Anderson, Dorothy Canfield Fisher, Sinclair Lewis, Anna Sloan, Harry Elmer Barnes, A. J. Muste, Quincy Howe, Robert Morss Lovett, Dorothy Kenyon y Amos Pinchot- la señora Crouch incitó a Roger Baldwin y a la *American Civil Liberties Union* a entrar en acción.

Pronto Baldwin anunció que la secretaria Perkins estaba dispuesta a dejar volver a Emma sólo en calidad de visitante, siempre y cuando el Departamento de Trabajo y la comisión que auspiciaba su retorno llegaran a un acuerdo en cuanto a la extensión y los propósitos de la gira. Exigía también una lista de los temas que se proponía encarar en las conferencias[135].

Poco después de su arribo a Montreal, producido el 10 de diciembre de 1933, Emma recibió un telegrama de Baldwin en el que le comunicaba que era necesario que autorizara a la comisión a fijar los temas de las conferencias y quiénes las

[135] Baldwin a EG, 4-12-1933, NYPL, EGP.

auspiciarían; agregaba que más tarde le explicaba los motivos de este pedido y aclaraba que podía confiar en el juicio de la comisión de recepción.

De bastante mal grado, Emma dio su permiso; casi inmediatamente se enteró de que el Departamento de Trabajo había estipulado que sólo podía referirse al teatro y a la literatura.

Siguieron entonces complicaciones casi cómicas. Prácticamente sin fondos para irse a otra parte -podría decirse que tampoco le quedaba casi adonde ir-, Emma se rehusó enérgicamente a aceptar el concepto formalista de la señorita Perkins sobre la literatura y no quiso renegar de sus propias teorías acerca de la crítica literaria sólo por lograr que la admitieran en los Estados Unidos.

En su respuesta, le señalaba a Baldwin que toda forma de arte es una expresión de vida, vida que resulta estéril cuando no está fertilizada por ideales y sueños:

Este es mi concepto de la literatura y del teatro, en rigor dé toda manifestación de arte, y por eso no podía comprar la entrada a los Estados Unidos modificando totalmente mi modo de ver las artes. Esto no significa que comparta con mis *amigos*, los comunistas, la idea de que la literatura y el teatro son medios de propaganda. Insisto, empero, en que toda expresión creadora debe tener su razón de ser y su raíz en la trama social y política de la época.

Con esto, Emma daba a entender que no estaba dispuesta a mutilar las obras literarias o teatrales analizándolas fuera de su contexto social ni tampoco deseaba engañar a la comisión con la falsa promesa de atenerse a los límites estipulados.

Baldwin la instó a dar su consentimiento *a título de prueba* en la esperanza de que, una vez en el país, le permitirían referirse al teatro y a la literatura desde el punto de vista que ella quisiera[136].

Con esta condición, Emma decidió aceptar y, por fin, el 1° de febrero de 1934, retornó a la patria por un lapso de noventa días.

[136] En lo referente a este episodio, ver Baldwin a EG, 22-12-1933, 2 y 5-1-1934, NYPL, EGP; EG a Baldwin, 3-1-1934, NYPL, EGP.

Capítulo trigésimo

El regreso de la hija pródiga

Con un banquete celebrado en el *Town Hall Club*, se dio formalmente la bienvenida a Emma Goldman. Sólo consiguieron ubicación trescientas de las ochocientas personas deseosas de participar en el acto, número que de por sí constituía un magnífico tributo en aquellos años de depresión, si se recuerda que el cubierto costaba un dólar con cincuenta centavos.

Leonard Abbott, Roger Baldwin, John Dewey, Henry Alsberg, Harry Kelly y John Haynes Holmes saludaron calurosamente a la exilada y rindieron respetuoso homenaje a la carrera cumplida por ésta.

El periódico Nation informó que los discursos *estuvieron llenos de una exaltación casi religiosa, sentimiento que embargaba también a todos los presentes*[137].

Con melancolía, la agasajada recordó brevemente su viaje en el Buford y a los camaradas deportados junto con ella hacía casi quince años.

Había comenzado el remolino de actividades. Con ciertas dudas, rechazó un ofrecimiento de 2.000 dólares semanales para aparecer en un teatro de variedades. *La verdad es que la oferta era muy tentadora, pues aquí tenemos muy pocas probabilidades de ganarnos la vida*, le confesaba a Berkman en una carta. No obstante, el Daily Worker aseguraba despectivamente que, acabado el dinero que había recibido por sus libros antisoviéticos, *Emma Goldman vino al país a reunir algo de efectivo*[138].

James B. Pond, director de la agencia promotora de conferencias que se ocupaba de la gira de Emma, le había reservado una habitación en el hotel Astor. Cuando descendió del tren en la estación de Pensilvania, Emma se dirigió a pie hasta el hotel respetando la huelga de conductores de taxis que se realizaba en esos momentos. Pero al llegar al Astor, en medio de la confusión de las cámaras cinematográficas, de los periodistas y de sus amigos, no se dio cuenta de que el

[137] Nation, CXXXVIII (21-3-1934), 320.

[138] EG a AB, 6-1-1934, IIHS, AB; Daily Worker, 2-2-1934. Con su inimitable sentido del humor, el Worker descubrió una afinidad entre Emma y los trotskistas.

hotel estaba rodeado por un piquete de huelga. Sin tardanza, sus enemigos la acusaron de haber roto deliberadamente el cordón de huelguistas del hotel.

Los periodistas inquirieron la razón de su conducta. Las críticas fueron en aumento cuando Emma no cambió de hotel en seguida[139]. Luego comenzó un interminable desfile de personas ante su puerta; el teléfono sonaba sin cesar, de la mañana a la noche.

Cansada, Emma le comentó a Evelyn Scott que, si seguía ese tren, en los noventa días no alcanzaría a ver *nada de Nueva York ni del resto del país, ni tampoco a las personas y a los amigos que más quiero*[140].

2

Por cierto que llevaba un ritmo sumamente acelerado.

El 11 de febrero habló desde el púlpito de John Haynes Holmes, en una iglesia comunitaria repleta; durante su disertación dijo que Alemania era un *país dirigido por degenerados*. Esta expresión disgustó al embajador alemán, quien presentó una protesta formal ante el Departamento de Estado. No tardó en llegar la reacción del Ministerio de Trabajo; desde allí se le informó a Emma que podía referirse a problemas políticos siempre y cuando no ofendiera a congresales o legaciones extranjeras[141].

El embajador alemán no era el único que consideraba conveniente silenciar a Emma. Las temibles *Hijas de la Revolución Americana* se negaron a alquilarle el *Constitution Hall* de Washington a Ann Lord, representante personal de Emma y agente de prensa de su gira.

En su crónica sobre la disputa entablada entre la señorita Lord y el administrador de dicho local, el Herald de Washington (17 de febrero de 1934) explicaba a sus lectores quién era la conferenciante:

---

[139] Times de Nueva York, 3-2-1934.

[140] EG a Scott, 24-2-1934, IIHS, EG.

[141] Baldwin a EG, 15-2-1934, IIHS, EG; EG a AB, 19-2-1934, IIHS, AB. Sin arredrarse, Emma siguió utilizando su muy amplia definición del teatro y la literatura en sus conferencias *apolíticas*. Habló sobre El Drama de Europa, en cuya oportunidad, según le escribió a Berkman, *asesté golpes directos contra la amenaza del fascismo y la dictadura, te lo aseguro*. (23-3-1934, IIHS, AB.) También disertó sobre temas tales como La Tragedia Alemana y el Derrumbamiento de la Cultura Alemana.

Con motivo de sus amplias actividades pacifistas durante la primera guerra mundial, Emma Goldman fue desterrada de los Estados Unidos gracias, en gran parte, a los esfuerzos de Edgar Hoover, entonces jefe del Departamento de Justicia.

Naturalmente, el señor Hoover seguía ocupando el mismo puesto, y es seguro que el regreso de Emma, no fue muy de su agrado. Destinó varios agentes a la tarea de vigilarla de cerca. Uno de los informes presentados por tales agente puso una nota cómica en la larga lucha entre el hombre empeñado en imponer la ley y la rebelde reacia a respetarla: el señor Hoover comunicó que *un informe confidencial recibido por este departamento acerca de las actividades comunistas (sic), que hace referencia a un discurso pronunciado por Emma Goldman en Pittsburgh el 11 de abril de 1934*, reveló que dicha anarquista había dictado una conferencia sobre Living My Life, durante la cual habló sobre los años en que vivió en los Estados Unidos, sus experiencias con los fascistas, su convencimiento de que el pueblo de los Estados Unidos era muy afortunado por gozar aún de libertad de palabra, libertad que debía mantener a toda costa.

El relato del agente mostraba a las claras que aquella disertación estaba impregnada de un espíritu jeffersoniano que celebraba la existencia de las libertades civiles y, por consiguiente, nada tenía de reprochable en un país democrático.

Pese a ello, el señor Hoover envió al asistente de fiscal (Joseph B. Keenan) un memorándum confidencial donde aseguraba que el informe *indicaría que las actividades desarrolladas actualmente en este país por Emma Goldman no cumplen las condiciones estipuladas para permitir su permanencia de noventa días en el país*[142].

El memorándum de Hoover estaba fechado el 4 de mayo de 1934. Pero los engranajes de la justicia habían fallado, como podría haber descubierto el señor Hoover si, tras leer sus documentos confidenciales, se hubiera fijado en el calendario o en el periódico de la mañana: Emma Go1dman ya no desarrollaba ninguna actividad *actualmente en este país*.

[142] Hoover, Memorándum al Asistente del Fiscal General Keenan, 4-5-1934, y Keenan a la Secretaria de Trabajo Perkins, 11-5-1934, DJ.133149.

Finalizado el lapso de tres meses, hacía varios días que se encontraba en el Canadá[143].

Dada la profunda preocupación demostrada por la Oficina General de Investigaciones respecto de las *actividades comunistas*, resultaba sobremanera irónico que los propios comunistas desaprobaran las conferencias de Emma.

Al principio, olvidando momentáneamente su desprecio por la desmedida y contrarrevolucionaria ambición material de Emma, los comunistas le hicieron una proposición equivalente a un chantaje: comunicaron secretamente al administrador que no pondrían obstáculos a su gira si aceptaba entregar a la *Liga de Defensa Internacional*, auspiciada por ellos, todo el dinero que reuniera para los presos políticos[144].

Cuando Emma, furiosa, rechazó la propuesta, los comunistas se negaron, en represalia, a publicar su aviso, ya abonado, en el Daily Worker[145], boicotearon sus actos públicos y la atacaron a través de la prensa en general.

Fue así que el State Journal de Madison informó el 27 de marzo de 1934, que los comunistas locales tildaban a Emma de *reaccionaria* decidida a salvar al capitalismo mediante el fascismo.

Para completar el cuadro, el American de Nueva York (7 de abril de 1934), uno de los periódicos de Hearst, presentaba a sus lectores a la *roja Emma* como la *antigua dirigente comunista de los Estados Unidos*.

Pero aparte de los diarios de la cadena de Hearst -algo más dignos de crédito que el Daily Worker- fueron muchos los periódicos que hablaron de Emma con sorprendente honestidad y justicia. Algunos siguieron el ejemplo del Herald Tribune de Nueva York que, en el artículo de fondo del 19 de enero de 1934, anunciaba que

---

[143] El mismo día en que el Jefe del Departamento de Justicia remitía su temeroso memorándum al fiscal, La Presse de Montreal informaba, sin mostrar alarma, que la casi anciana visitante de la ciudad llevaba muy bien sus años: *Elle parait porter tranquillement ses 64 ans*. Había arribado a Montreal el 2 de mayo de 1934 (Star de Montreal). Al día siguiente, el Gazette de aquella urbe publicaba una entrevista allí realizada. El 14-6-1934 llegó a Washington, en forma de telegrama enviado por la oficina de Los Ángeles al Servicio de Inmigración y Naturalización, una advertencia aún más tardía e igualmente inexacta: el agente de la costa occidental informaba que Emma *se dedicaba a incitar a los estibadores en huelga*, según datos suministrados por el fiscal de la zona (SIN 5410/43D). Para ese entonces, hacía ya casi un mes y medio que Emma había salido del país; además, durante su gira por los Estados Unidos, el punto más occidental al cual llegó fue la ciudad de St. Louis.

[144] EG a AB, 7-2-1934, IIHS, AB.

[145] Evening Post de Nueva York, 9-2-1934.

estaba reuniendo todas sus fuerzas para recibir a *nuestra vieja amiga* Emma, pese a cuyo retorno la nación tal vez *podría sobrevivir*.

El Herald de Washington (24 de febrero de 1934), reconocía que su vivo ingenio se había hecho *más ágil con la edad, su lengua sigue tan feroz como siempre, y sabe responder con presteza al fuego cerrado de quince periodistas indiscretos*.

Tras poner en duda que Emma hubiera modificado sus ideas; el Evening Sun de Baltimore (1° de marzo de 1934) apuntaba que, a pesar de todo, era una persona realmente notable porque había sido apaleada por la policía y *enviada al exilio por el gobierno aterrorizado*.

El Daily News de Chicago (22 de marzo de 1934) alababa generosamente su *fino sentido del humor* y sus *agudas muestras de inteligencia*.

Pero el comentario más elogioso figuró en el artículo de fondo del Capital Times de Madison (29 de marzo de 1934).

La inteligencia y energía de Emma Goldman impresionaron profundamente a las cuatrocientas personas que la oyeron en Madison -declaró Ernest L. Meryer-. Golpeada por la vida, toda ella resuma vitalidad y fuerza; ha puesto toda su sangre y su pasión al servicio de la causa revolucionaria que abrazó. Siempre ha sido íntimamente libre. Desde la cárcel o el exilio, sus aladas palabras alcanzaban a sus perseguidores, azuzándolos a salir de su estúpida complacencia y a romper las cadenas del auto satisfacción, más degradantes que la prisión.

Meyer calificó de absurda calumnia la acusación comunista de que Emma se había *vendido*.

Se opone a la aniquilación del espíritu individual, sea Marx o Mussolini quien inspire la masacre...[146]

3

Pese a tan inesperado espaldarazo de una parte de la prensa, la gira fue, en términos generales, un fracaso financiero. James Pond, el administrador de Emma, argüía que la hostilidad pública era culpable de tal desastre.

[146] En una carta dirigida a Emma (22-5-1934, IIHS, EG), Meyer comentaba que, después de su conferencia en Madison, *durante un buen tiempo usted era el tema de conversación en nuestro grupo, y todos conveníamos en que ningún profesor puede comparársele en claridad y fuerza de exposición. Nadie presenta como usted los hechos relacionados con los problemas mundiales de importancia*.

En una carta, le explicaba a la sobrina de la conferenciante:

El mes pasado, los diarios publicaron mil quinientas crónicas periodísticas sobre Emma Goldman, la mayoría decididamente contrarias a ella. En otras palabras, existe en todo el país un sentimiento de hostilidad hacia Emma Goldman[147].

Sin embargo, cierto número de periódicos influyentes mostró simpatía por Emma y, además, una publicidad desfavorable no tenía por qué restarle tanto público a los actos.

Emma consideraba que la principal razón de tan exiguos ingresos monetarios era la mala administración de Pond. Éste llevaba la gira *a lo grande*, como si ella fuera el almirante Byrd, otro de sus clientes[148].

Sus costosas y sensacionales técnicas publicitarias alejaban antes que atraían a las personas que más podían interesarse en las conferencias. Tenía tan poca noción de quién era la conferenciante y cuál su público, que se dirigió a organizaciones tales como la *Legión Americana* y quedó sorprendido al no recibir respuesta.

Arrendaba auditorios y teatros costosos y exageradamente grandes; hasta alquiló arsenales y cuarteles. Emma se lamentó a Berkman:

Pond salta de una ciudad a la otra. Llega a un lugar, echa mano del primer administrador de teatro que encuentra en su camino, le da carta blanca para que pague elevados alquileres, gasta fortunas en publicidad y, en uno o dos días, vuelve a partir con toda celeridad. Algunos de los que me contrataron sabían tanto como el emperador de la China qué hacía yo. Creían que era algo así como una artista de circo, que caminaba sobre la cuerda floja o hacía trucos musicales. Ninguno de ellos es capaz de atraer a la gente interesada en oírme[149].

Por último, en su prisa por llevar la gira *a lo grande* y obtener cuantiosas ganancias, Pond cobraba de cincuenta centavos a dos dólares por entrada, lo cual era una suma exorbitante en aquel año de depresión económica.

El administrador olvidaba que precios bajos significaban, a la larga, públicos más numerosos y, por consecuencia, mayores ingresos, pues Emma atraía

[147] Pond a Stella Cominsky, 10-3-1934, NYPL, EGP. El administrador habría exagerado algo, pues, personalmente, he visto muchos recortes de diarios cuyo texto no era *decididamente contrario a ella*.

[148] James B. Pond a A. L. Ross, 15-1-1934, IIHS, EG.

[149] EG a AB, 23-3-1934, IIHS, AB.

primordialmente a revolucionarios, liberales y obreristas desocupados o de escasos recursos que no podían ni querían abonar cincuenta centavos por una conferencia. En Chicago, Emma tuvo la prueba de que estaba en lo cierto. Sus camaradas de la ciudad hicieron todos los arreglos necesarios para las reuniones; fijaron la entrada en treinta y cinco y cuarenta y cinco centavos. Emma habló ante dos mil personas en el *New Masonic Temple* y ante salas colmadas en el *Mandel Hall*, el *Lincoln Center* y el *Labor Lyceum*[150].

Otros fructíferos actos organizados por amigos suyos en Detroit y Pittsburgh la afirmaron más en su convencimiento de que los elevados precios establecidos por Pond y la mala administración eran la principal causa de su fracaso en otras ciudades.

Aunque se demostró sin lugar a dudas que, mediando una buena organización, las conferencias de Emma atraían público, no es justo achacar exclusivamente a la chapucería de Pond el que aquélla perdiera la *mejor oportunidad* de su vida. También tuvo culpa el cambio operado en el radicalismo norteamericano. Con tristeza, uno de los sobrinos de Emma señaló:

Flotan en el aire nuevas definiciones y nuevos conceptos que barren con los viejos -de diez años atrás- y los relegan al limbo de lo olvidado... En la nueva religión, el trabajador que duda debe ser exterminado. La mente escéptica es considerada contrarrevolucionaria; la obediencia y la ropa de trabajo son los pasaportes necesarios para entrar en la república colectiva[151].

Recordando sus amargas experiencias personales con los escritores radicales y liberales magnetizados por *la revelación religiosa del comunismo*, Evelyn Scott le advirtió a Emma que el vacío que se proponían hacer los comunistas en torno de sus conferencias sería decisivo en ciertos lugares[152].

Y así fue, efectivamente. Emma no quería reconocer esta desagradable verdad, pese a sus años de lucha contra el mito bolchevique, pero el hecho es que hacia

[150] Daily News de Chicago, 21 y 22-3-1934; Anna Otay, Emma G61dman en Chicago, Road to Freedom, junio de 1934, EG a Henry Alsberg, 941934, IIHS, AB.
[151] Saxe Commins a EG, 29-5-1934, IIBS, EG.
[152] Scott a EG, 1.-3-1934, IIHS, EG.

1930, los radicales y liberales norteamericanos consideraban sus ideas, en el mejor de los casos, como pasadas de moda.

En su importante libro Farewell to Reform, publicado en 1932, John Chamberlain dedica a Emma un párrafo representativo de esta actitud.

Mujer de naturaleza esencialmente *pura*, define el anarquismo de manera tal que lo hace aparecer como el más inteligente de los credos, hasta que uno reflexiona y recuerda que los problemas de la organización, de los medios y procedimientos de las instituciones destinadas a aunar el esfuerzo humano quedan relegados al reino deliciosamente indefinido de lo innecesario. Y es cuando se llega a este punto que, inevitablemente, se cae otra vez en los brazos del capitalismo o del socialismo ... El anarquismo pertenece ya al pasado; las personas como Emma Goldman -que sólo ven el átomo y son incapaces de concebir organizaciones tendientes a lograr fines definidos- ya no tienen razón de ser en este mundo colectivo. Si existe un futuro para el anarquismo, es muy lejano, se encuentra mucho más allá del horizonte, aún allende el horizonte comunista, y florecerá cuando el Estado se *marchite* y deje de ser un instrumento de coerción[153].

En un mundo donde los administradores comunistas pronto resolverían todos los *problemas de organización*, Emma estaba tan fuera de lugar como un coche con ruedas de hierro en una ruta pavimentada.

Emma Goldman es un símbolo de la situación mundial, declaró el periódico Nation, un símbolo para radicales y liberales de que *los tanques y los tractores del poder centralizado no pueden arrollar la libertad; ella les ofrece el valor para seguir creyendo en principios que han perdido sentido en ambos frentes de lucha*[154]. Pero sólo un puñado de los viejos rebeldes podía ser capaz de tener la curiosa valentía de creer *en principios que han perdido sentido en ambos frentes de lucha*.

---

[153] Farewell to Reform, Nueva York, Liveright, Inc., 1932, pp. 84-85. Tal como lo sugiere al poner la palabra *marchite* entre comillas, Chamberlain no cree que el Estado llegue alguna vez a caducar; en realidad, opina que el anarquismo tiene tanto porvenir como la astrología.

[154] Emma Goldman, Nation (21-3-1934), 320. Naturalmente, esta opinión no era privativa de los intelectuales norteamericanos. En efecto, Víctor Gollancz, editor inglés, le escribió a Emma (17-3-1933, IIHS, AB), que no estaba interesado en obras anticomunistas: *A mi parecer... dado la situación reinante en el mundo, es vital dar apoyo al presente régimen de la Rusia soviética. He aquí la razón por la cual no deseo publicar ningún libro que implique un ataque*.

No se ofrecían más que dos caminos: fascismo o comunismo. Y Emma rechazaba la alternativa, por cuyo motivo, salvo alguna esporádica alabanza llena de nostalgia y de contradicciones, la joven generación izquierdista ignoraba sus conferencias o bien las censuraba.

Desde Niza, lleno de dolor, Berkman escribió:

No hay manera de contener la marea que empuja a los intelectuales hacia el comunismo. Quizá después de que los bolcheviques dominen en otros países, la gente se dará cuenta de que nosotros teníamos razón, pero me temo que entonces ya será tarde para propagar nuestras ideas, pues los comunistas nos aplastarán igual que lo han hecho en Rusia[155].

La actitud de los intelectuales norteamericanos hacia Emma, así como la resistencia que tuvo que vencer en los círculos radicales y liberales del Canadá para pronunciar sus conferencias en una atmósfera hostil, procomunista, eran persuasiva prueba en apoyo de la profecía de Berkman.

Por doquier veía *jóvenes que no piensan por sí mismos*, que *desean todo servido y hecho*, y *rinden culto a los hombres de mano férrea*[156].

Pero en diciembre de 1934 se inició la gran purga comunista (pronto se realizarían los procesos de Moscú). A consecuencia de ello, algunos no tardaron en liberarse de la engañosa alucinación política que los había enceguecido. Emma creyó llegado el momento en que se produciría el inevitable desencanto que tanto se hacía esperar. Se apresuró a mandarle a Berkman un recorte donde se anunciaba que Horace Kallen, Clifton Fadiman, Carl Van Doren y Suzanne La Follette se habían separado de la *Liga Internacional de Defensa*, dominada por los comunistas:

Tenía que mediar una masacre -acotaba con amargura- para que salieran de su embotamiento respecto de la pandilla comunista[157].

Luego, en enero de 1935, mientras estaba en Mantreal, invitó a tomar el té a John Haynes Holmes, uno de los primeros en pronunciarse contra ella por su prédica anticomunista.

En una carta, Emma comentaba:

[155] AB a EG, 27-7-1934, IIHS, AB.
[156] EG a AB, 15-9-1934, IIHS, AB.
[157] EG a AB, 5-1-1935, IIHS, AB.

Es interesante oír a Holmes decir, *bueno, EG., ha llegado el momento de reconocer que usted y Berkman tenían razón. Fueron los primeros en denunciar las matanzas en Rusia. Ahora todos sabemos que existen, y tenemos que admitirlo*. Ya vez, se necesitó una *purga* para despertar a los Holmes, (Oswald Garrison), Villard y algunos más. El resto sigue indiferente o prefiere justificar el asesinato[158].

Aunque el dios bolchevique no cayó de su trono, la herejía había comenzado a extenderse lentamente. Por fin podía tener la esperanza de que alguna vez reconocerían cuánta razón había en su anti stalinismo. O bien, en un aspecto más positivo, de que no tardarían en tomar conciencia de que la libertad individual era importante para un futuro mucho más cercano que el limitado horizonte comunista de Chamberlain.

[158] EB a AB, 2+1-1935, IIHS, AB.

Capítulo trigésimo primero

Ningún lugar donde descansar la cabeza

Los noventa días de permanencia en los Estados Unidos renovaron viejos e imperiosos interrogantes acerca de su relación con aquel país que tanto amaba.

Admitido que su sueño de adolescente, el de encontrar un nuevo paraíso, había sido demasiado visionario, ¿no existía nada en el presente que diera motivo a esperanzas más modestas? ¿Por qué no cortaba para siempre los lazos que la unían a una tierra donde había sido perseguida por la policía, acosada por las autoridades y brutalmente encerrada en prisión? ¿Cómo se explicaba que sus sentimientos más profundos siguieran aferrados a ese pueblo? En pocas palabras, ¿cuál era la razón de ese desesperado amor no correspondido hacia un país que, además de no devolverle su afecto, persistía en tratarla como a una extranjera eminentemente indeseable?

Años atrás, desde el exterior, había analizado la crisis norteamericana y llegada a la conclusión de que era *el inevitable resultado del derrumbamiento de los valores materiales. América construyó su ilusoria riqueza y la proclamó única deidad digna de adoración (...) a la cual, al desplomarse como un castillo de naipes, no ha dejado nada que la reemplace (,) y ya no queda fuerza interior a la que recurrir ni integridad espiritual para crear nuevos ideales*[159].

Su retorno a los Estados Unidos no le dio motivos para cambiar de parecer acerca del materialismo allí reinante. Más aún, en un artículo para Harper's, señalaba hasta qué punto se había generalizado el espíritu materialista:

En rigor, la vida se ha estandarizado, se ha hecho rutinaria y mecánica como los alimentos envasados y los sermones dominicales. El ciento por ciento traga dócilmente todas las informaciones que le sirven, todas las ideas y creencias fabricadas que le endilgan. Vive de la sabiduría que a través da la radio y de revistas baratas le entregan corporaciones comerciales cuyo único y filantrópico fin es vender lo que sea. Acepta las normas de conducta y los patrones artísticos que le

[159] EG a Stewart Kerr, 2-2-1932, BPNY, DEG.

imponen junto con la propaganda de goma de mascar, pasta dentífrica y pomada de lustrar zapatos[160].

En una de las conferencias que dio en Canadá poco después de finalizada su visita a los Estados Unidos, predijo el *inevitable fracaso* del *Plan de Recuperación Nacional*. El pueblo había cometido un gran error al tomar *a Roosevelt por un nuevo mesías y al sentarse tranquilamente a esperar sus milagros*[161].

Pero también observaba algunos signos auspiciosos. En la misma conferencia alabó a Roosevelt por haber introducido *una nota más liberal* en la vida norteamericana y haber ayudado -sin querer- a despertar al país a una conciencia social más profunda.

Reprochó a Berkman el que condenara sin atenuantes el *New Deal*: si bien era infantil y ya había fracasado, *es representativo del espíritu aventurero de este pueblo; en cualquier otra parte del mundo, habría significado fascismo*.

Deseaba hacer resaltar el hecho de que *el pueblo norteamericano se lanza a la aventura, busca la innovación, el osado experimento, cosa que no hace ningún país europeo, excepto Rusia*[162].

En su artículo del Harper's, rehusaba desesperarse por los muchos males que veía en los Estados Unidos:

Por el contrario, considero que el fresco espíritu norteamericano y las grandes reservas de energía intelectual no aprovechadas hacen de este país una hermosa promesa *para el futuro*.

Para ella, América seguía siendo la tierra de promisión.

2

En el aspecto personal, los pocos días pasados en la patria le hicieron sentir con mayor fuerza la angustia de la expatriación. Ahora, como nunca, se daba cuenta de que el exilio significaba algo más que el forzado abandono del medio familiar y

[160] ¿Valió la Pena Mi Vida?, Harper's Magazine, CLXX (diciembre de 1934), 52-58.
[161] Star, de Toronto, 29-5-1934.
[162] EG a AB, 27-5-1934, IIHS, AB.

querido y del trabajo de casi toda una vida. Significaba también perder el goce directo del amor y la comprensión de parientes y amigos[163].

Para naturalezas menos expansivas que la de Emma, el estar lejos de la patria era cosa difícil de soportar, pero para ella constituía un verdadero tormento.

Su desesperación se alivió brevemente con la visita que le hizo a fines de agosto el doctor Frank G. Heiner. Emma conoció a Heiner, egresado de la Facultad de Osteopatía de Chicago y entonces alumno de sociología del profesor Ernest W. Burgess en la Universidad de la misma ciudad, en ocasión de pronunciar una conferencia en el *Lincoln Center*.

Hacía mucho tiempo que Heiner la admiraba sin conocerla personalmente. En uno de los banquetes celebrados en Chicago en honor de Emma, su ingenio y facilidad de palabra habían llamado la atención de ésta, quien se alegró sobremanera de encontrar a un hombre así pues, como le escribió a Berkman, en todo el territorio de los Estados Unidos *no tenemos a ninguna persona notable que conozca la psicología de los norteamericanos y sepa cómo ganar su confianza. He descubierto en Chicago a alguien realmente excepcional. Por desgracia es ciego, lo ha sido desde que tenía dos meses de edad*[164].

Pese a la desventaja física de Heiner, éste y Emma elaboraron todo un programa tendiente a revivir el anarquismo en el país. Heiner se encargaría de redactar una serie de panfletos que se distribuirían ampliamente entre la población, y también de hablar ante la mayor cantidad posible de organizaciones y grupos. Cuando Emma dejó Chicago, él siguió adelante con los planes que habían hecho juntos. Pero también trató de establecer un nexo más íntimo con ella; convencido de que la *gran ternura espontánea y absorbente, así como la tremenda vitalidad y pasión sexual* de Emma era precisamente lo que siempre había buscado en la mujer, Heiner le confesó que la adoraba y le rogó que iniciaran una relación amorosa. Emma rechazó aquel *ofrecimiento de dulce amor* recordándole que él tenía treinta y seis años, y ella, sesenta y cinco; hasta los camaradas radicales que aceptaban sonrientes la

[163] Emma exploró el significado general de la expatriación en su artículo La Tragedia de los Exilados Políticos, publicado por Nation, CXXXIX (10-1934), 401-2.

[164] EG a AB, 9-4-1934, IIHS, EG. En realidad, Heiner había quedado ciego por accidente cuando tenía seis meses (Sun-Times de Chicago, 5-5-1957).

relación entre un hombre maduro y una mujer mucho más joven, desaprobarían con toda seguridad el caso inverso. Lo que era más importante, tenía la certeza de que las cosas no saldrían bien pues recordaba demasiado vívidamente la penosa experiencia pasada doce años atrás con el joven sueco[165].

Heiner no quiso atender estas objeciones ni los temores de Emma de destruir su matrimonio. En cuanto a la diferencia de edades, le decía en una carta: *Los años no cuentan para mi absoluta necesidad de tenerte a mi lado*.

Mary Heiner, notable mujer que ayudó al esposo a vencer los obstáculos de su desventaja física, no deseaba interponerse en el camino de éste, y le informó a Emma que lo dejaba en libertad para que fuera a Toronto. Recién entonces consintió Emma Que Heiner la visitara. Siguieron dos semanas gloriosas durante las cuales Emma olvidó su exilio para regocijarse en el *mundo de belleza* que Heiner trajo consigo. Para no dejarlo mucho tiempo solo en su prisión de oscuridad, abandonó el artículo que estaba escribiendo para el Harper's y le dedicó cada uno de sus minutos. Años más tarde, Heiner recordaba que los momentos que pasaron juntos *lo fueron todo para mí*:

Ella me estimulaba tanto mental como físicamente... En Toronto, durante nuestras largas horas de conversación, me hacía confidencias, me hablaba de sus esperanzas, temores, ideas, gustos, de los objetos de SU admiración y de su aversión, de lo que le gustaba y le disgustaba, de su vida pasada, de sus amigos y experiencias. Platicar con ella era como leer una docena de libros a la vez. Fuera del movimiento anarquista, que conocía íntimamente, había estado en contacto con las personas más importantes de su época[166].

En un estado igualmente exultante, Emma le escribió a la sobrina:

---

[165] EG a Reiner, 17-4-1934, IIHS, E.G. La mayor parte de la correspondencia de Reiner no lleva fecha, pero es evidente que fue escrita por aquel entonces o en respuesta a cartas posteriores de Emma. Recordemos que el joven sueco, de tan triste memoria, reapareció durante la gira de Emma por los Estados Unidos. Ligado en feliz matrimonio con la ex secretaria de ésta, Arthur Swenson le expresó su afectuosa admiración y el deseo de verla: *Porque, después de todo, querida Emma, eres la persona que me ha dejado más imborrable recuerdo. Cambiaste totalmente mis ideas. Contigo aprendí a ver, comprender y apreciar todo lo bello de la vida que, sin ti, jamás habría advertido... Sólo te pido que me dejes acercar para sentir el magnetismo y los maravillosos e inspiradores efluvios de (tu) personalidad*. (Arthur Swenson a EG, 28-2-1934, IIRS, EG).

[166] Carta que envió al autor el 17-2-1957.

Tengo más fe en la humanidad ahora que he visto cómo Frank, con su indomable voluntad, ha sabido vencer las terribles dificultades de su desventaja física. También ha fortalecido mi creencia de que la libertad es la más alta expresión del hombre. Como verás, querida, Frank y yo coincidimos completamente en nuestras ideas, en nuestro sueño del mundo que deseamos construir, en nuestra necesidad de arte y belleza; con él he llegado a la total realización de mi alma femenina. ¿No es maravilloso que esto haya sucedido a mi edad? ¿Y en este mundo desagradable e indiferente? [167]

Pero el hechizo no podía durar mucho. Heiner regresó a Chicago y Emma tuvo que volver a enfrentarse con la triste realidad de su exilio en un Toronto *vacío*.

Durante el otoño de 1934, renació su esperanza de ser readmitida en los Estados Unidos. Poco tiempo antes, el coronel D. W. MacCormack, comisionado de inmigración, se había mostrado dispuesto a considerar la concesión de un permiso para una estada de seis meses. Sin embargo, cuando Baldwin presentó la solicitud en septiembre, MacCormack se negó a firmarla; la señorita Perkins, su superior, adoptó igual actitud. Baldwin informó por escrito que la secretaria de Trabajo le había dicho durante una conversación telefónica que, personalmente, deseaba el retorno de Emma, pero que no podía arriesgarse a auspiciarlo debido a la huelga general en San Francisco, a los ataques cada vez más violentos contra radicales y extranjeros por parte de los periódicos de Hearst y del Tribune de Chicago, y a la creciente hostilidad pública hacia los extranjeros[168].

La señorita Perkins aconsejó que Emma se quedara en el Canadá hasta que las sesiones del Congreso estuvieran bien avanzadas, pues entonces sería el momento

[167] EG a Stella Cominsky, 9-9-1934, IIHS, EG. Aunque Heiner insistió siempre en volver a su lado, hasta después del regreso a Francia, ella prefirió acabar gradualmente sus relaciones con él. No quería separarlo de la esposa; además, tampoco podía olvidar la disparidad de edades. Después de dos años de esporádica correspondencia, decidió poner fin al asunto. (EG a Frank Heiner, 2-3-1936, IIHS, EG.) Irónico tributo a la fuerza del mito bolchevique es el hecho de que Heiner perdió más tarde su fe en el anarquismo y se pasó a las filas comunistas. *Me horrorizo cada vez que lo recuerdo* -escribió después-. *Entre ellos encontré a algunos hombres extraordinarios, pero la ideología marxista y todos los partidos políticos basados en ella sólo me inspiran desagrado; en cambio, y pese a sus absurdos, el movimiento anarquista me ha dejado un dulce recuerdo*. (Carta dirigida al autor, 27-3-1957). Heiner murió repentinamente de un ataque cardíaco en abril de 1957, atesorando aún el recuerdo de la *belleza espiritual* de Emma.

[168] *Memorándum RNB a Stella Commins (Cominsky) y A. L. Boss*, 26-10-1934. IIHS, AB.

más propicio para reconsiderar su solicitud. Emma decidió permanecer en el Canadá, aunque no abrigaba ninguna esperanza.

¡Qué cobardes son estos seudoliberales! -exclamó-; es ridículo ese temor de que mi presencia tenga algún efecto sobre el Congreso. Es cierto que los diarios de Hearst y el Tribune de Chicago han estado destilando bilis contra los extranjeros. Pero no me engañan con esa excusa de MacCormack (sic) y Perkins. Estoy segura de que en la primavera encontrarán un nuevo pretexto[169].

Sin embargo. El rechazo definitivo de su solicitud fue un gran golpe para Emma. En aquellos momentos estaba muy preocupada porque había recibido la noticia de que el doctor Morris Goldman, su hermano favorito, moría lentamente; su angustia aumentó por el hecho de no disponer de dinero para el viaje de vuelta a Francia: esos largos meses de tediosas conferencias en Toronto y en Montreal apenas le habían dejado unos 60 dólares.

Llegó, desalentada, a dar un paso inusitado: preguntar a la esposa de un director radiofónico de su amistad si conocía a alguien que pudiera hablarle a Roosevelt en su favor.

Es porque me encuentro en un estado de desesperación -explicaba en son de disculpa-; si no, jamás llegaría a la humillación de solicitar a una persona que viese a Roosevelt para que me ayude[170].

Tras el fracaso de esta gestión, Emma no tardo en recuperar su equilibrio y siguió disponiendo todo lo necesario para partir definitivamente de la América del Norte. Un próspero amigo abonó su pasaje en el Ascania, el cual se hizo a la mar el 3 de mayo del 1935.

En una carta donde le anunciaba a Berkman que pronto se reuniría con él, aclaraba con su acostumbrada tozudez que, a despecho de los reveses sufridos, mantenía vivo su vigor: *Estoy fuerte como un toro y conservo una energía inagotable (sic)*[171].

Pero la triste realidad era otra. Su corazón sangraba porque dejaba América.

Así, poco después, le confesaba a Baldwin:

---

[169] EG a AB. 29-10-1934. IIHS, AB.

[170] EG a Mildred Mesirow, 16-2-1935, IIHS, EG.

[171] EG a AB, 174-1935, IIHS, AB.

Es una gran desgracia para una revolucionaria e internacionalista como yo estar arraigada a una tierra. Tal vez se deba a que en la edad madura uno no es tan adaptable como en la juventud. Cualquiera sea la razón, tengo que reconocer mi derrota. Los noventa días que pasé en los Estados Unidos ahuyentaron toda duda al respecto: ahora estoy segura de que, por el resto de mi vida, me sentiré extranjera en cualquier otro país[172].

3

Por extraño capricho de la historia, León Trotski fue vecino de exilio de Emma Goldman y Alexander Berkman.

En 1935, Trotski vivía de incógnito en el pueblecito alpino de Domene, situado a un par de cientos de kilómetros al norte de Saint- Tropez. Aislado de sus amigos y, por primera vez, sin secretarios, deprimido por el reciente suicidio de su hija en Alemania y obsesionado por la persecución stalinista de su familia en Rusia, Trotski dejó a un lado -por un raro momento- sus polémicas y proclamas ideológicas para evaluar sombríamente el tremendo golpe que significa el ser alejado de la patria.

Escribió:

La profundidad y fortaleza del carácter humano están medidas por sus reservas morales. Una persona se revela por completo cuando la apartan de sus condiciones habituales de vida, pues únicamente en esta situación tiene que recurrir a sus reservas[173].

Aunque nunca estuvieron de acuerdo prácticamente en ningún punto con *el carnicero de Kronstadt*, Emma y Berkman, que tenían diez años más de exilio que Trotski, podían haber reconocido de inmediato la verdad de la observación escrita por éste en su diario: indiscutiblemente, la vida fuera de la patria obligaba al individuo a utilizar todas sus reservas morales[174].

---

[172] EG a Baldwin, 19-6-1935, IIHS, AB.

[173] *Trotsky's Diary in Exile* (1935), traducción Elena Zarudnaya (Cambridge, Harvard University Press, 1958, p. 70.

[174] Cuando, estando en Copenhague en 1932, Trotski fue atacado por sus ex camaradas comunistas, tuvo que aceptar protección policial. En la oportunidad, Emma le recalcó sardónicamente a Berkman: *¿Qué me dices de nuestro amigo Trotski? ¡Vaya ironía! Tener que aceptar la... protección de la policía capitalista... La historia les hace increíbles jugarretas a los poderosos... Ayer, carnicero de Kronstadt; hoy, un hombre humilde y vencido*. (EG a AB. 1-12-1932, IIHS, EG.)

De todas las mentiras comunistas, ninguna tan alejada de la verdad como la fantástica historia de que los dos famosos anarquistas vivían fastuosamente en la Riviera francesa con las ganancias que les reportó su traición a la revolución. En realidad, llevaban una existencia llena de pequeñas y grandes dificultades. Su situación económica era muy precaria, todas sus conferencias y artículos no le alcanzaban a Emma para vivir decentemente. *Bon Esprit*, la casita que le obsequiaron, alivió un tanto las cosas. También los regalos que, para sus cumpleaños y otras raras ocasiones, le enviaban amigos y conocidos, la ayudaban a salir del paso. Y si pudo seguir adelante fue sólo gracias al cheque de 30 dólares que, a partir de 1934, le enviaba mensualmente su hermano Morris Goldman.

Pese a que Emma se mostraba deseosa de compartir con él lo poco que tenía, la situación de Berkman era aún más grave. Mientras dirigía la edición del *Bulletin of the Relief Fund* destinado a los presos políticos de Rusia, trataba de mantenerse en Niza mediante traducciones y escribiendo anónimamente para otros. En 1928 tradujo El Prisionero, de Emil Bernhard, obra en cinco actos que fue representada por los *Provincetown Players*. Por recomendación del propio autor, vertió al ruso el Lázaro Río, de Eugenio O'Neill para el Teatro de Arte de Moscú.

En 1935, la revista *Esquire* aceptó su versión inglesa del cuento El Dictador, de Yefim Sosulia. Pero, como es bien sabido, los traductores reciben muy mala paga y Berkman no era una excepción a la regla. Por sus traducciones de obras de Gogol y Ostrovski, editadas en los Estados Unidos por Macaulay en 1927, por ejemplo, le abonaron apenas 150 dólares. Tampoco ganaba mucho con los trabajos que le encargaban. Por la redacción parcial, corrección y compilación de la obra *Between Panics*, de Talbot J. Taylor, donde se daban ocultos pormenores de la trapacería financiera internacional, recibió unos pocos dólares porque los editores consideraron que la publicación de tan osada historia de los engranajes de la Bolsa era empresa demasiado arriesgada. Algo más obtuvo con la preparación preliminar de' la autobiografía de Isadora Duncan. En 1931 logró ciertos ingresos ayudando al

periodista Frank Scully, en colaboración con otros dos, a corregir y completar la biografía de Shaw, iniciada por el moribundo Frank Harris[175].

Todos estos trabajos esporádicos no le alcanzaban para vivir.

En el verano de 1933, Berkman tuvo la idea de comprar algunas carpas y establecer un campamento de vacaciones en Saint-Tropez, cerca de la casa de Emma. Desgraciadamente, también este proyecto falló: sólo consiguieron dos clientes[176].

Entonces. Berkman le propuso abrir un restaurante vegetariano, pero Emma, descorazonada, le replicó que esta nueva idea *también fracasaría como casi todas las cosas que hemos emprendido... Uno debe tener condiciones para los negocios, y ése es un don que nos falta*[177].

Berkman estaba tan desorientado que hizo algo completamente desusado en él: gastó 100 francos en un billete de lotería. Paso fantástico que, como le explicó tímidamente a Emma, había dado para *probar* su suerte[178].

Pero, cuando más la precisamos, la buena suerte no viene.

En marzo de 1934, la situación de Berkman empeoró sensiblemente: *Arruinado y endeudado* -decía en un telegrama que envió desde Niza a un amigo norteamericano-. *Dejo departamento. Necesito urgentemente 75 dólares*[179].

Al mes siguiente recibió, agradecido, 60 dólares que le mandó Emma desde el Canadá, donde realizaba una gira de conferencias. Aquel cheque fue especialmente bienvenido:

Hacía dos semanas Que estaba de brazos cruzados, sin un centavo; algunos días no tenía siquiera lo suficiente para comer o viajar[180].

Si bien era terrible *no tener suficiente para vivir, pero si demasiado para morir*, como en una oportunidad expresó Emma a modo de resumen de su situación, era aún peor estar sujeto a los caprichos de las autoridades de un país extraño. Su

[175] Bernard Shaw fue publicado en 1931 por Simón y Schuster, de Nueva York. Aunque, presumiblemente, el autor fue Harris, Scully. Berkman y otros escribieron la mayor parte del libro; además, el propio Shaw corrigió luego fragmentos del manuscrito y compiló la totalidad del mismo. Al parecer, ningún crítico literario se percató de que Harris era sólo nominalmente el autor.

[176] EG a Ben Capes, 31-7-1933, BPNY, DEG.

[177] EG a AB, 23-9-1933, IIHS, EG.

[178] AB a EG, 16-11-1933, IIHS, AB.

[179] AB a Michael Cohn, 15-3-1935, IIHS, AB.

[180] AB a EG, 7-4-1934, IIHS, EG.

matrimonio con Colton le había brindado un pasaporte británico y cierto grado de protección. No obstante, en marzo de 1930. Encontrándose en *Bon Esprit*, recibió una orden de expulsión fechada el 26 de marzo de 1901 y firmada por Waldeck-Rousseau, el ex primer ministro de Francia muerto hacía ya más de veinticinco años. La policía le dio un plazo de diez días para salir del país.

Tras remover cielo y tierra, y gracias a los servicios del famoso abogado Henri Torres, logró la revocación de aquella vieja orden[181].

Berkman, que sólo contaba con un pasaporte Nansen, otorgado por la Liga de las Naciones a las personas sin ciudadanía, estaba más expuesto que Emma a la arbitrariedad oficial.

El 1° de mayo de 1930 fue arrestado y llevado a la prefectura de Niza, donde le tomaron fotografías y las impresiones digitales; finalmente, lo embarcaron en un tren con destino a Bélgica. En Bruselas también fue detenido con intención de mandarlo de vuelta a Francia. Afortunadamente, luego se le permitió seguir rumbo a Amberes. Con la colaboración de Torres, Emma obtuvo un permiso por el cual se le concedía a Berkman el derecho de permanecer tres meses en Francia. Pero entonces, el cónsul francés en Bruselas se negó terminantemente a firmar la visación.

En una carta dirigida a un amigo, Berkman le relata:

¿Qué podía hacer? Bueno, en Amberes conocí a algunas personas que estaban en el comercio de diamantes, me hice amigo de ellas, etc., y, por último, conseguí cruzar la frontera con su ayuda[182].

Cada vez que se producía un cambio de ministro, llegaba una orden de expulsión. El soborno y los buenos oficios de algunos amigos franceses consiguieron evitar su deportación en noviembre de 1930, además de un permiso de permanencia válido por tres meses y renovable automáticamente. Pero el 28 de junio de 1931 recibió nuevamente orden de salir del país. Berkman comenzó a sospechar que viejos enemigos zaristas o agentes bolcheviques con influencia en la Sureté estaban decididos a quitarle el refugio francés, a pesar de que en 1930 había abandonado el Bulletin of the Reliel Fund. Creyó ver confirmadas sus sospechas cuando

[181] EG a L. Ross, 29-4-1930, IIHS. EG.
[182] AB a Michael Cohn, 6-6-1930, IIHS, AB.

encontró su nombre en un artículo titulado Propagande antimilitariste a Toulon, publicado el 6 de julio de 1931 por Le Petit Marseillais. En realidad, sólo había estado una vez en Tolón, hacía ya varios años, durante menos de una hora.

Más tarde se creyó que era el gobierno de los Estados Unidos el que subrepticiamente trataba de lograr su expulsión.

En una carta a Roger Baldwin, Berkman le comunica:

Hemos sido informados por muy altos funcionarios del Ministerio del Interior que tras el movimiento tendiente a echarme del país se esconde U.S.A.[183].

Un funcionario francés le explicó confidencialmente que se lo perseguía porque el ministerio había recibido la noticia, mejor dicho el infundio, de que Berkman había matado a un hombre en la frontera canadiense; otro le hizo saber que su atentado contra Frick era el principal motivo de la intervención yanqui.

Pese a no coincidir en los detalles, ambos funcionarios por igual afirmaron que la campaña para expulsarlo de Francia era iniciativa del gobierno norteamericano.

Berkman estaba perplejo, no imaginaba cuál podía ser la razón:

Pero, ¿quién puede saber? -le comentaba al escultor Jo Davidson-. Quizá detrás de todo este asunto se oculte algún enemigo personal que mueve los hilos desde el Servicio Secreto de Washington[184].

Quienquiera buscase su extradición, el hecho es que la misma no pudo realizarse en 1931 merced a los renovados esfuerzos del abogado Torres, un diputado bien dispuesto de nombre Pierre Rénaudel y una constelación de escritores e intelectuales, entre los que figuraban Albert Einstein, Thomas Mann, John Dewey, Romain Rolland, Charles Vildrac y Bertrand Russell, todos los cuales presentaron una petición al primer ministro Laval solicitándole permitiera a Berkman permanecer en Francia[185].

A partir de entonces, Berkman pudo vivir tranquilo pues el intento de deportarlo había quedado definitivamente desbaratado.

De todos modos, los gendarmes locales siguieron molestándolo, además, estaba sometido a ciertas ordenanzas discriminatorias respecto de los extranjeros. Durante

[183] AB a Baldwin, 1-10-1931, IIHS, AB.

[184] AB a Davidson, 18-9-1931. IIHS AB.

[185] En IIHS, AB, se encuentran copias de los diversos telegramas y cartas.

años se vio obligado a renovar cada tres meses su permiso de residencia. Cada tanto, lo visitaban representantes de la policía en busca de información y elevadas *propinas*. Le negaron la libreta de trabajo, con la cual habría tenido derecho a practicar alguna labor manual. Por último, cuando en 1935 quiso establecerse en Saint-Tropez durante una ausencia de Emma, no pudo hacerlo por no obtener de la policía el permiso que, acorde a una nueva ley, se le exigía a los extranjeros para trasladarse de un distrito a otro[186].

Berkman se sentía como encarcelado.

4

Aparte de la persecución oficial y de las penurias económicas, hubo otro factor que puso a prueba sus reservas morales.

Nos referimos a Emmy Eckstein, judía alemana que se había convertido en la compañera de Berkman.

Mientras Emma estaba en Canadá en el año 1927, Berkman invitó a esta mujer a reunirse con él en Niza. No deseaba vivir solo y estaba acongojado por el curso que seguían los acontecimientos en Europa, especialmente en Rusia. Necesitaba, evidentemente, la devoción y los cuidados que, según esperaba, le dispensaría aquella joven que había conocido en Berlín cinco años atrás. Tal vez también trataba de recuperar el tiempo perdido en la cárcel: ella tenía treinta años menos que él.

Emmy Eckstein era la compañera menos apropiada para Berkman. Su familia misma constituía una fuente de dificultades.

Berkman la describió así:

Su maldita madre es una histérica que le escribe a Emmy sólo para asustarla y contarle sobre sus enfermedades imaginarias; está siempre haciendo viajes de placer pero se queja de su pobreza... La hermana también es neurasténica, casi loca. Estoy tratando de conseguir que vuelva a Berlín. Es muy molesta. Todas recibieron una desgraciada herencia de su libertino padre, un barón húngaro o algo por el estilo[187].

[186] AB, *Solicitud al Prefecto de Policía*, Ver, 14-3-1935, IIHS, EG.

[187] AB a EG, lunes (enero) de 1928, IIHS, EG.

La propia Emmy Eckstein era una mujer infantil, neurótica y llena de todos los prejuicios propios de los pequeños burgueses que Berkman tanto despreciaba. A manera de exacto resumen de la situación, éste escribió:

Emmy es una chica muy sensible e imaginativa, se deprime fácilmente. Además, es una extraña en nuestras filas y no comparte en absoluto mi modo de pensar. Tiene ideas propias bien definidas, ideas burguesas profundamente arraigadas. Le parece terrible que vivamos juntos sin estar casados, por ejemplo. Dice que lo acepta por el gran amor que me tiene, pero no puede dejar de sentir que está haciendo algo malo. Hay que entender su psicología. Por ser una extraña en nuestras filas, tiene la sensación de que los otros también consideran que lo es, de que hasta la miran como a una intrusa. Y no se equivoca. Además, está el prejuicio instintivo de la mayoría, que no admite la unión de una persona mayor con otra más joven... En total, hay muchas cosas en su contra y, como bien sabes, yo no soy muy paciente.

Como si todo esto no fuera ya suficiente para hacerle salir canas verdes a un abogado especialista en problemas matrimoniales, Berkman añadía que Emmy era *increíblemente celosa, a pesar de que su amor es en verdad excepcional. Basta que yo reciba una carta con letra femenina para que se entristezca. Pero he tratado de ayudarla a vencer estos sentimientos y, al parecer, se está poniendo más razonable*...[188]

Sin embargo, Berkman no confiaba demasiado en este cambio de su compañera.

Al día siguiente, 31 de enero de 1928, describió en su diario una nueva riña:

Me siento como si viviera en una jaula de cristal, observado en cada uno de mis movimientos, siempre vigilado cual un ladrón o un presidiario... A veces hasta pienso en el suicidio. Estoy cansado de vivir así, pero después de su gran amor no quiero el de ninguna otra mujer.

Las siguientes anotaciones de su diario dan testimonio de los tormentos de aquella tempestuosa relación:

(2 de mayo de 1928) Grandes disgustos. La mujer de arriba se quemó un pie. Emmy me pidió que subiera a ver. Pero enseguida gritó *¡No vayas!*, etc.

(15 de noviembre de 1928) Con sus eternas sospechas hizo mal ambiente anoche.

[188] AB a EG. 30-1-1928, IIHS, EG.

Vio sobre mi escritorio una vieja carta de un hombre, escrita en ruso. Le pareció letra de mujer... Me siento ahogado en una atmósfera de sospechas.

(30 de noviembre de 1928) Grandes disgustos. Me repitió lo que el oficial contrarrevolucionario de arriba le dijo una vez. *No hay que apurarse. Los trabajadores tienen que trabajar*. Él tiene razón, me dijo. Su actitud social me choca, es terrible para mí... Veo en ella -más bien en su posición- al enemigo de todo nuestro mundo y de nuestras ideas.

(19 de enero de 1929) Enfermizamente celosa.

(4 de febrero de 1929) Grandes disgustos. Locamente celosa de Lillian, que está en Washington.

(20 de octubre de 1931) Hemos reñido muchísimo con Emmy, casi todos los días.

(7 de agosto de 1932) Fui con Eve y Emmy al Café París. Cuando llegó Eve, me percaté de que no iba a darme el beso de costumbre. Me levanté, la atraje hacia mí y le di un beso. Quería que supiera que en presencia de Emmy puede comportarse conmigo como siempre. Ya he hablado de los celos de Emmy. Bueno, Emmy se puso furiosa e hizo una escena: *No me hables*. Aquella noche fue terrible.

Y así sucesivamente. Aunque Berkman insistía siempre en que nadie debía tocar su diario -en la primera página de los pequeños cuadernos que usaba solía escribir: *No leer esto. Estrictamente personal y privado*, es evidente que Emmy Eckstein no respetó sus deseos, pues el 5 de agosto de 1933 escribió en el *querido librito* una nota donde le pedía perdón a este último por estar en el *mal camino*.

Pocos días después, el 30 de agosto de 1933, disgustado por esta nueva invasión, Berkman decidió abandonar su diario:

La vida se ha vuelto demasiado estúpida. Ya no tiene sentido. Desavenencias con E. G., desavenencias con Emmy. ¿Pueden los seres humanos entenderse realmente?[189].

Desde luego, Emmy Eckstein fue la causa de muchas de las dificultades entre Berkman y Emma.

[189] El diario de Berkman se halla en IIHS, AB. Naturalmente, no todo eran espinas; en algunas oportunidades Berkman también escribió: *Estamos bien con Emmy*, o *hemos tenido paz por bastante tiempo*.

Bastaba que este último recibiera una carta de Emma para que su compañera se enfureciera e iniciara una de sus acostumbradas reyertas. Odiaba y temía a Emma por los cuarenta años de vida que había compartido con Berkman. Como es natural, se sentía apartada de todo lo que era verdaderamente importante para aquellas dos personas mayores que ella. Pero no resulta tan comprensible que reaccionara con semejante violencia ante su inevitable situación.

No perdía oportunidad de mostrar su encono hacia Emma. Durante una disputa especialmente seria producida en 1931, exclamó frenética: *¿Quiere entender de una vez Emma, que soy la mujer de Sasha, o como quiera llamarlo: esposa, novia, querida?*[190].

Después de que Emma le negó por carta sus acusaciones, Emmy escribió a Berkman una histérica nota donde le decía de su amiga: *No quiero volver a ver esos odiosos ojos*.

Consideraba a Emma tan maliciosa que hasta cuando le traía flores, como hacía a veces, *cada flor era como un cuchillo*[191].

Las cartas de Emma contienen la opinión que le merecía Emmy Eckstein. Entre otras cosas, le observó a Berkman que su compañera estaba *obsesionada por su deseo de posesión*, que era víctima *de sus desgraciados celos*.

En una oportunidad, le señaló a Emmy que ella no era *la única que rompió con hogar, familia, amigos, tradición*. Cuando la segunda insistió empecinadamente en ser considerada como esposa de Berkman, Emma la acusó de estar aún atrapada en el pasado" en *los estrechos y sofocantes límites de una vida estéril, carente de interés por lo humano, centrada exclusivamente en la propia familia, los muebles, la bajilla (sic), el perro que uno posee*[192].

Por otra parte, Emma defendía la relación de Berkman con Emmy siempre que algún extraño le preguntaba si aquella unión imposible se había deshecho por fin.

Así, en una oportunidad le escribió a la autora danesa Karen Michaelis:

No, Sasha no ha roto con su amada. ¿Por qué habría de hacerlo? Ella lo ama con locura, aun cuando el suyo sea uno de esos cariños que matan. Pero me inclino a

[190] Emmy Eckstein a EG, 31-5-1931, IIHS, AB.
[191] Emmy Eckstein a AB, sin fecha (octubre de 1931), BPNY, DEG.
[192] EG a Emmy Eckstein, 10-6-1931, IIHS, AB.

pensar que Sasha adora esta devoción, y me alegro de que tenga a alguien que lo quiera tanto[193].

Emma deseaba de todo corazón llevarse bien con la amiga de Berkman, al menos por cariño a éste.

Cuando la mujer más joven pasaba, con su desequilibrio habitual, de la hostilidad a un afecto más bien extravagante -estos cambios ocurrían habitualmente en los períodos en que la rival estaba lejos, en gira- Emma no la desairaba.

En 1934, Emmy le escribió:

Estoy segura de que se sorprendería de ver cuánto he cambiado en mi actitud hacia Sasha. Reconozco que tenía demasiado arraigada la idea de que el hombre debe pertenecer por completo a la esposa. *Mit Hart und Haar*. Pero, si mal no recuerdo, todavía pensaba así la última vez que usted estuvo con nosotros...[194].

Emma le replicó que se alegraba de que ya no creyera que ella trataba de arrebatarle el amor de Berkman.

Más tarde añadió:

Queridísima, me complace que quiera ser mi amiga. No es que alguna vez la haya considerado enemiga mía, pero sí me parecía que usted no me comprendía y que le disgustaba mi amistad con Sasha[195].

Desgraciadamente, poco después del retorno de Emma a Francia, en 1935, una nueva reyerta destrozó la amistad recién nacida.

Es evidente que Emmy Eckstein no fue la única responsable del desacuerdo y la tirantez existentes en este complejo triángulo. En último análisis, Berkman tenía parte de culpa: se dejó fascinar por una persona totalmente extraña a la vida, a las ideas y a los valores que compartía con Emma, y ello los condujo a los tres a tan patética situación. Además, consideraba con cierta razón que Emma también había puesto su grano de arena, que involuntariamente le hacía muy difícil la vida a las mujeres que se acercaban a él:

---

[193] EG a Michaelis, 8-8-1929, IIHS, EG.

[194] Emmy Eckstein a EG, 16-7-1934, IIHS, AB.

[195] EG a Emmy Eckstein, 30-7-1934, IIHS, AB. Lleno de esperanza, Berkman le decía a Emma en una carta: *te sorprendería ver cuánto cariño te ha tomado. Emmy parece haber transferido su amor por la madre... a tu persona*. (AB a EG, 4-11-1934, IIHS, AB).

Dices que siempre me he encontrado entre dos fuegos -le escribió a Emma-. Esto es en parte cierto, porque bien sabes tú misma que has tenido una influencia abrumadora sobre otras mujeres, particularmente las jóvenes e inexperimentadas. Y, en especial, sobre las que han entrado en mi vida. Eres demasiado fuerte para ellas, cosa que captan consciente o inconscientemente...[196].

Verdaderamente atrapado entre dos fuegos, Berkman defendía a una ante la otra.

A Emmy Eckstein, por ejemplo, le reconocía que Emma era franca, *en rigor, demasiado franca sobre todo cuando se trata de sus sentimientos, pues a menudo ofende innecesariamente a los demás, muchas veces sin quererlo, y sin saberlo*. Pero ello no significaba que Emma le tuviera tirria y por eso le advertía que sólo una *mente enfermiza* podía creerlo así[197].

Ante Emma, admitía que Emmy Eckstein se ofendía con facilidad, pero agregaba con tristeza: *Aunque sea inconscientemente, le has amargado la vida. Y, por reflejo, también en gran parte la mía*[198].

Siempre había sido difícil convivir con Emma, pero la tortura del exilio la hizo aún más irascible.

EG. Es tiránica, no deja libertad -le escribió Berkman confidencialmente a una amiga mutua-, tiene una manera especial de hacerte la vida imposible sin decir nada que te dé oportunidad de contestarle como se debe. Una verdadera lástima. Y lo peor es que ella no se da cuenta para nada de su modo de actuar. Sin duda es en muchos aspectos una gran mujer pero vivir cerca de ella resulta simplemente imposible[199].

Berkman decía verdad, pero se equivocaba al pensar que Emma no tenía conciencia de su mal carácter.

En 1934, ésta le escribió a Emmy Eckstein:

Si me he mostrado impaciente y desagradable contigo, querida, fue sólo porque me siento internamente vacía, porque estoy insatisfecha y añoro todo lo que he dejado atrás[200].

---

[196] AB a EG, 30-1-1928, IIHS, EG.
[197] AB a Emmy Eckstein, 16-10-1931, BPNY, DEG.
[198] AB a EG, 29-10-1932, IIHS, EG.
[199] AB a M. Eleanor Fitzgerald, 11-11-1932, IIHS, AB.
[200] EG a Emmy Eckstein, 9-5-1934, IIHS, AB.

En el verano siguiente, después de otro terrible choque, Emma le confesó a Rudolf Rocker que se sentía atrozmente inquieta y que quizá los roces eran *enteramente mi culpa*[201].

5

Pese a todos estos conflictos y presiones, la amistad entre Emma Goldman y Alexander Berkman no daba muestras de debilitarse. Cuando el último cumplió sesenta y cinco años, Emma señaló que uno de los tesoros que había logrado rescatar en su larga lucha era la amistad con él:

No exagero cuando digo que jamás nadie estuvo tan arraigado en mi corazón, tan adentrado en cada una de las fibras de mí ser. Y así hasta el día de hoy. Por mi larga vida han pasado varios hombres, pero tú, queridísimo, eres el único que ha quedado y quedará[202].

Por su parte, Berkman ya había expresado en una carta que su amistad con Emma podía sobrevivir a las ocasionales desavenencias y que, por lo que a él concernía, nada en el mundo lograría separarlos.

En febrero y en marzo de 1936, Berkman tuvo que sufrir dos operaciones de próstata. No quiso que Emma se enterara de la segunda, para no darle motivo de preocupación mientras realizaba una gira de conferencias por Gales del Sur.

Pero en una carta donde especificó *para ser enviada Únicamente si muero*, escribió:

Quiero que sepas que mis pensamientos están contigo y que considero nuestros cuarenta y cinco años de trabajo, camaradería y amistad, como una de las cosas más hermosas y poco frecuentes de esta Tierra. Es con este ánimo que ahora te saludo, querida e inmutable *Marinera*, y deseo que sigas trabajando para llevar luz y comprensión a este trastornado mundo nuestro.

Si él debía morir, ella no tenía que lamentarlo demasiado:

He vivido mi vida y creo sinceramente que cuando uno no tiene salud ni medios, y no puede trabajar por sus ideas, es que le ha llegado el momento de irse[203].

Al parecer, ese momento había llegado. El fracaso financiero de la gira de Emma por los Estados Unidos significaba que *Bon Esprit* tendría que ser puesta en venta,

[201] EG a Rocker, 22-11-1935, IIHS, AB.
[202] EG a AB, 19-11-1935, IIHS, AB.
[203] AB a EG, 23-3-1936, IIHS, AB.

razón por la cual Era escasa la ayuda que podía esperar Berkman de su camarada, tan falta de recursos como él.

Buscó infructuosamente la manera de ganarse la vida, hasta que, por último, no vio otro camino que depender por completo de la generosidad de sus amigos; siempre orgulloso, Berkman se resistía a aceptar esta degradante forma de mantener lo que consideraba una vida ya *inútil*.

Emmy Eckstein estaba gravemente enferma y necesitaba una operación; tenía dilatación y prolapso de estómago, lo cual le provocaba grandes dolores y trastornos digestivos. En cuanto a Berkman, seguía en constante sufrimiento aún meses después de la segunda intervención quirúrgica.

Berkman planeaba tomar un barco de excursión, el Ile-debeauté, para ir a Saint-Tropez con el fin de hacerle una visita inesperada a Emma el 27 de junio de 1936, fecha en que celebraba sus sesenta y siete años de vida. Pero el 24 de junio sufrió una recaída y, con gran pena, tuvo que comunicarle que no podría ir:

Te envío un sincero abrazo. Espero que este cumpleaños te depare algo de alegría y traiga luz a tus días[204].

Pero faltando Berkman, Emma no podía sentirse feliz, y así volcó sus sentimientos en una carta:

Querido mío, a quién sino a tú escribiría yo en este día. Sólo que nada tengo que decirte. No puedo dejar de pensar cuánto tiempo he vivido. ¿Para quién? ¿Para qué? Pero no encuentro la respuesta... (Tu visita) habría sido una gran sorpresa; ¡tú habitación está tan linda, limpia y acogedora![205].

Berkman nunca leyó esta carta.

A la mañana siguiente, a las dos de la madrugada, Emma recibió una llamada telefónica desde Niza por el cual se enteró de que, durante un ataque especialmente grave, Berkman se había disparado un tiro en el costado del cuerpo.

Este hombre sensible y esencialmente intelectual estaba tan lejos de la violencia que ni siquiera supo suicidarse. La bala le perforó el estómago y la parte inferior de

[204] AB a EG, 24-6-1936, IIHS, AB.
[205] EG a AB, 27-6-1936, IIHS, AB.

los pulmones, incrustándose finalmente en la columna vertebral. Transcurrieron dieciséis horas antes de que sobreviniera la muerte.

No quiero vivir enfermo -había escrito Berkman-, *depender de otros. Perdóname, Emmie querida, y tú también, Emma. Cariños a todos... Ayuda a Emmie. Sasha*.

Ninguna otra catástrofe de su vida signific6 tan tremendo golpe para Emma. Pese a su dolor, se dedicó a arreglar los asuntos de Berkman y a disponer todo lo necesario para que la histérica Emmy Eckstein no pasara dificultades[206].

Aparte de sus manuscritos, diarios íntimos y cartas, poco había dejado Berkman. Sus bienes ascendían a ochenta dólares. Pero Emma y unos pocos amigos sabían que su legado se medía en otra moneda.

En cuanto a mi buena fama, (¡Dios nos asista!) y su mala fama -le dijo en una oportunidad O'Neill a Berkman-, con mucho gusto cambiaría buena parte de la mía por una pizca de la suya. Fácil es decir por escrito lo que uno considera verdad, pero terriblemente difícil, vivir de acuerdo a ella[207].

[206] Emma se propuso enviarle 25 dólares mensuales y consiguió que otros amigos hicieran lo propio. También trató de que el doctor Michael Cohn la llevara a los Estados Unidos como institutriz, pero se presentaron problemas con el pasaporte, principalmente porque había sido la compañera de Berkman; por último, Cohn se cansó de la difícil joven, a quien ya no pudo soportar. *¿Cómo pudiste hacerme esto después de tantos años de amistad?*, le inquirió con enojo a Emma. Después de vender *Bon Esprit* en 1937, ésta le envió más dinero a Emmy Eckstein. Tras ser sometida a seis operaciones, la infortunada joven pasó casi un año internada en una clínica hasta que falleció, en 1939.

[207] O'Neill a AB, 29-1-1927, IIHS, AB.

Capítulo trigésimo segundo

España: la cima de la montaña

Durante años se había comentado que Emma Goldman estaba a punto de retirarse. *Goldman pertenece ya al pasado*, se había burlado en 1931 Laurence Stallings; ni siquiera fue capaz de admitir que le complacía *cebarse en un tigre sin dientes*[208].

Varios años después, también el director de Harper's señalaba el fin de la carrera de Emma:

Es extraño el efecto que tiene el tiempo sobre las causas políticas. Hace apenas una generación, muchos conservadores norteamericanos creían que las opiniones de Emma Goldman barrerían con todo. Ahora lucha casi sola por una causa aparentemente perdida; la gran mayoría de los radicales contemporáneos están contra ella...[209].

Pero Emma no deseaba en modo alguno quedar relegada al pasado e ignoró estas prematuras notas necrológicas:

Todavía me falta mucho ¡para retirarme -le informó adustamente a una joven pareja que en 1936 le inquirió al respecto-. En realidad, estoy ahora más decidida que nunca a hacer que mi vida termine tal y como comenzó, en la lucha.

Mas no contaba con el suicidio de Berkman, acaecido unos meses después.

Tras el tremendo golpe, sola como nunca lo había estado, se sintió hundir cada vez más en un estado de congoja y desesperación.

Fue entonces, el 19 de julio de 1936, cuando los obreros españoles ofrecieron la primera resistencia activa contra el fascismo europeo, al desbaratar una insurrección militar y poner los cimientos de una revolución social de gran magnitud. Guiados por su fe en el anarquismo, profundamente arraigado en España desde los tiempos de Bakunin, los revolucionarios formaron establecimientos agrarios e industriales colectivos, e iniciaron un serio esfuerzo tendiente a crear un futuro de libertad e igualdad.

[208] Sun de Nueva York, 20-11-1931.

[209] Harper's Magazine, CLXX (diciembre de 1934), 52.

Emma seguía las noticias de aquella hazaña con tan grande interés, que pronto sus problemas personales comenzaron a parecerle insignificantes.

Es de imaginar la inmensa alegría que le produjo la misiva de Agustine Souchy, secretario de la Comisión Anarcosindicalista, donde la llamaba a servir en la extraordinaria empresa.

Llena de júbilo, Emma le comunicó a su sobrina que la carta *contenía una invitación para que fuera a Barcelona. Créeme, mi corazón dio un salto y el terrible peso que me oprimía desde la muerte de Sasha, desapareció como por arte de magia*[210].

2

Cuando, en septiembre de 1936, Emma arribó a Barcelona, la aguardaban con los brazos abiertos los miembros de la poderosa Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Diez mil camaradas concurrieron a un gran acto en el cual Emma los proclamó *Maravilloso ejemplo para el resto del mundo*.

Por primera vez en su vida se encontraba en una ciudad donde dominaban los anarquistas y existían perspectivas enormemente gratas:

He venido hacia vosotros como hacia mi propia familia -declaró-, pues vuestro ideal ha sido el mío durante cuarenta y cinco años, y seguirá siéndolo mientras tenga aliento[211].

Dejando momentáneamente a un lado sus dudas en cuanto a la pureza idealista de los anarquistas españoles, se lanzó a la lucha con todo su antiguo vigor y ánimo. Tenían una gran obra por delante y la necesitaban.

Los obreros catalanes querían que Emma se ocupara del servicio de prensa y propaganda de la CNT-FAI en Inglaterra.

Trataron de que viera con sus propios ojos lo ya hecho y también los graves problemas que debían enfrentar para que así pudiera hablar de la revolución con conocimiento de causa.

[210] Souchy a EG. 18-8-1936, IIHS, EG; EG a Stella Cominsky, 22-8-1936, BPNY, DEG.

[211] Boletín de Información de la CNT-AIT-FAI, 25-9-1936. (La AIT era la filial española de la Asociación Internacional de Trabajadores -Association International des Travailleurs-; Emma estaba a cargo de una edición inglesa de este boletín).

Hasta la ayudaron a llegar al frente aragonés a fin de que comprobara personalmente si se había *militarizado* a las milicias anarquistas.

A los sesenta y siete años, Emma se encontró en las trincheras, al alcance de los tiradores franquistas, conversando con Buenaventura Durruti, el ya legendario militante y organizador anarquista, y con *obreros simples y cándidos que habían acudido en masa al frente para jugarse el todo por el todo en aras de la libertad de España*[212].

Volvió del frente tranquilizado por no haber encontrado allí una disciplina de cuartel y sí, en cambio, el ideal de la igualdad, sostenido por cada combatiente, desde el soldado raso hasta el oficial.

Lamentaba que esta revolución, lo mismo que todas en los tiempos modernos, tuviera que nacer de la guerra, pero le complacía saber que los anarquistas gozaban de la fama de ser los mejores en el campo de batalla.

Consciente de que el problema fundamental de España era su sistema agrario feudal, visitó cuantos establecimientos agrícolas colectivos pudo. La impresionó especialmente Albate de Cinca, una aldea colectivizada de la provincia de Huesca. La gran extensión de tierra que antaño perteneció a un solo hombre, siempre ausente, había sido repartida entre los cinco mil residentes del lugar, recibiendo cada familia una parte proporcional a la cantidad de personas que la integraban. Aunque aquellas tierras habían estado abandonadas durante años y los nuevos propietarios casi no contaban con maquinarias modernas, éstos lograron magníficos resultados en aquella aventura en común.

Naturalmente, estaban muy orgullosos de la trilladora que habían adquirido y de su capacidad para cultivar el suelo con buen éxito sin la dirección de una persona extraña al grupo o de algún representan\e del Estado.

Los camaradas de Cinca consideraban su deber demostrar la calidad superior del trabajo en común, observó Emma.

Su alegría fue mayor al comprobar que no existía nada semejante a la Cheka ni indicio alguno de maquinaria estatal[213].

[212] Visita al Frente de Batalla, manuscrito inédito, sin fecha, CL.

[213] Albate de Cinca, manuscrito inédito, sin fecha, CL.

La colectivización de las fábricas no había seguido un proceso tan extraordinario pues los obreros vieron obstruida su labor por la oposición del gobierno de Madrid, la huida de muchos técnicos y administradores, la creciente dificultad para obtener materias primas del exterior y la pérdida de los principales mercados nacionales y extranjeros.

No obstante, quedó *asombrada ante la capacidad de aquellos trabajadores a los que se suponía carentes de la preparación necesaria*. El Sindicato de los Metalúrgicos constituía un notable ejemplo. En sólo dos días había convertido una fábrica de automóviles en otra de armamentos *y cuando llegué, en septiembre de 1936, ya trabajaban en tres turnos y producían las únicas armas que durante aquel período crítico pudieron obtener los leales*[214].

Todo lo visto en España aumentó su convencimiento de que los anarquistas de ese país habían probado que el patrón revolucionario bolchevique podía evitarse, que era factible llevar adelante un movimiento constructivo sin ahogar la libertad.

Tras sus visitas a los establecimientos colectivos, informó durante una gran asamblea de la juventud de la FAI:

Vuestra revolución destruirá por siempre jamás (la idea) de que el anarquismo significa caos[215].

Era descabellado pretender que una revolución no tropezara con serios obstáculos, y eso es lo que sucedía con la española, que para peor debía hacer frente a un ataque armado.

Según el punto de vista de Emma, sólo existía una salida: *He sostenido y sigo sosteniendo -escribió--, que la defensa armada es la única respuesta al ataque fascista y contrarrevolucionario*[216].

Dada la situación, no se inclinaba a condenar de modo absoluto excesos tales como la destrucción de iglesias. Después de todo, ¿quién se atrevería a criticar a un pueblo que, pese a la situación difícil en los frentes de Madrid y Zaragoza, enviaba mil delegados a Barcelona para tratar sobre la enseñanza moderna y los peligros de la centralización?

---

[214] La Atracción del Pueblo Español, manuscrito inédito, sin fecha, CL.

[215] Boletín de Información de la CNT-AIT-FAI, 15-10-1936.

[216] EG a Tom Bell, 4-10-1936, BPNY, DEG.

Antes de partir para Inglaterra, la llevaron a los Pirineos, donde tuvo ocasión de conocer un experimento educativo libertario.

Debo confesar que, prácticamente, tuvieron que subirme por la montaña hasta una altura de cuatro mil pies sobre el nivel del mar. Y si pude llegar fue únicamente gracias a que de un lado me ayudaba el profesor Mawa y del otro, los hijos del camarada Prig Elías. Delante nuestro iba cantando alegremente un grupo de niños. Nos seguía otro, dirigido por un camarógrafo. Reconozco que fue una hazaña dificilísima, pero no me la habría perdido por nada del mundo. En la cima de la montaña encontramos una blanca casita de campesinos y un pedazo de tierra. Fuimos saludados por un gran banderín donde se leía en grandes letras el nombre de la colonia: Mon Nou (Mundo Nuevo). Su credo era: *Los niños son el mundo nuevo*. Y todos los soñadores son niños; aquéllos a quienes impulsa la bondad y la belleza[217].

La pena que experimentó al descender de aquella montaña de idealismo para bajar nuevamente al *mundo criminal* fue una suerte de presentimiento. Nunca más volvería a sentirse tan feliz.

3

Aunque casi habría preferido morir en España antes que vivir en Inglaterra, en diciembre se encaminó a Londres con el propósito de lograr apoyo económico y moral para sus camaradas españoles, que tanto lo necesitaban.

La reacción internacional ante la situación ibérica hizo virtualmente inútil su gestión desde el principio. El gobierno conservador de Gran Bretaña había convencido a Francia y a otros países para que se adhirieran a una política llamada *de no intervención*; temían provocar a Alemania e Italia, que apoyaban a los insurgentes, y al general Franco, quien dominaba territorio donde muchos ciudadanos británicos tenían importantes inversiones.

(Los Estados Unidos siguieron el ejemplo de los demás países en enero de 1937, cuando se promulgó un decreto auspiciado por Roosevelt. en el cual la nación se declaraba *neutral* y negaba toda ayuda a los leales).

[217] Atracción del Pueblo Español, CL.

En octubre de 1936, Rusia comenzó a intervenir no oficialmente en favor de los leales, pero, desde luego, lo hizo en su propio interés.

La Unión Soviética buscaba, entre otras cosas, detener la expansión alemana, mantener su alianza defensiva con Francia y fortalecer el hasta entonces insignificante partido comunista hispánico.

No era su propósito apoyar la revolución libertaria, pues ello habría significado el doble riesgo de debilitar su propia influencia autoritaria en España y de perder, en aquella época de frentes unidos, a sus aliados de Francia y otros países del mundo ansiosos de conservar sus bienes.

En resumen, una cosa unía a todas las grandes potencias: su oposición a la revolución española.

Cabía esperar que, por lo menos, los sindicalistas y socialistas extranjeros demostraran cierta solidaridad hacia los trabajadores españoles, pero, como Emma pronto descubrió, aceptaron sin pensarlo demasiado la idea de que primero había de ocuparse de la guerra contra Franco y sólo después, de la revolución.

En vano clamaba la CNT-FAI que la revolución y la guerra eran inseparables, que seguir adelante con la segunda dejando a un lado la primera significaba robarle al pueblo la voluntad de resistirse al fascismo y postergar la revolución por tiempo indefinido, quizá para siempre.

Más, en concepto de los prácticos laboristas, aquella posición sólo era un izquierdismo infantil, un izquierdismo que impedía la necesaria centralización de las actividades militares e industriales. Algunos llegaron a aceptar la idea stalinista de que los revolucionarios *apuñaleaban a la República por la espalda*, como parte de una pérfida confabulación fascista. Resultado de este *realismo* y de estas difamaciones fue la indiferencia de la clase obrera europea ante el decisivo conflicto español. A lo sumo, los trabajadores aportaban pequeñas contribuciones a los diversos fondos de ayuda.

Ningún individuo aislado podría haber logrado cambiar de dirección la corriente de opinión contraria a los anarquistas españoles, pero Emma hizo todo lo que estuvo a su alcance. Estableció en Londres una oficina de propaganda de la CNT-FAI y comenzó la publicación en inglés del boletín de ésta. Con el propósito de combatir

los sistemáticos ataques de la prensa contra la posición anarquista, inició campañas para que se enviaran cartas a los diarios y ella misma escribió algunas al Guardián de Manchester, al Daily Telegraph, al Evening Standard y a otros.

También publicó artículos en *Spain and the World*, periódico quincenal.

Se dedicó a organizar conciertos, muestras de arte catalán y exhibiciones cinematográficas con el fin de reunir fondos para sus camaradas.

Formó la *Comisión de Ayuda a Mujeres y Niños Españoles< Sin Hogar*, de la cual ella fue *honorable secretaria* y Stella Churchill, tesorera; la auspiciaban Sir Barry Jackson, Sibil Thorndike, Lady Playfair y otras personas notables.

Más tarde, convenció a Havelock Ellis, C. E. M. Joad, John Cowper Powys, Ferlher Brockway, Rebecca West, George Orwell y Herbert Read, para que prestaran su nombre y apoyo a otra comisión fundada por ella, la Solidaridad Internacional Antifascista, que constituía otro intento de *hacer revivir a los muertos ingleses*[218].

Pero los muertos se negaban porfiadamente a resucitar. Era tan difícil encontrar hombres de ideas honestas como intelectuales izquierdistas que pintaran con honradez y espíritu solidario la causa de los anarquistas españoles.

A amarga experiencia le enseñó lo mismo que más tarde descubriría George Orwell, a saber, que resultaba casi imposible conseguir que alguien publicara o dijera algo en su defensa. Y recién cuando salió a luz *Lomaje to Catatonia* [219] (1938) de Orwell, según expresó Emma en una carta a un amigo, se rompió la *conspiración de silencio contra nosotros... Por primera vez desde que se inició la lucha en 1936, alguien que no pertenece a nuestras filas se ha levantado para describir a los anarquistas españoles tal cual son en realidad*[220].

Exasperada hasta lo indecible por la conducta de los intelectuales ingleses, su enojo y desprecio por quienes ni siquiera querían oír a los anarquistas fueron en aumento, lo mismo que su determinación de obligarlos a conocer la verdad de los hechos.

Necesitó de toda su increíble tenacidad para pronunciar las incontables conferencias que formaron parte de su campaña en pro de la CNT-FAI.

---

[218] EG a Harry Kelly, 1-I-1938, BPNY, DEG.

[219] En castellano Cataluña 1937-Testimonio sobre la Revolución española-, Buenos Aires, Editorial Proyección, 1963 (Segunda edición, 1964).

[220] EG a Rudolf Rocker, 6-5-1938, BPNY, DEG.

En *Lover under Another Name* (1953.), Ethel Mannin, que en aquellos días se encontraba muy cerca de Emma, la describe en acción durante un acto más o menos típico. Pese a ser una obra de ficción escrita mucho tiempo después, el relato de la señorita Mannin tiene el sabor de lo auténtico: una *anciana baja, regordeta, de mirada ceñuda, cabellos grises y gruesos lentes*, Emma entró en la repleta sala y se sentó *mirando ferozmente al público*. Cuando se puso de pie para hablar, sus partidarios la aplaudieron, los fascistas dieron muestras de reprobación, mientras los comunistas la silbaban y cantaban L'Internationale. Se oyeron gritos que pedían la intervención de la policía.

Pero la *roja Emma* anunció rugiendo que ya hacia cincuenta años que enfrentaba tales tumultos, y que nadie podía hacerla callar con sus gritos. Y por Dios que tenía razón. Nadie pudo. Involuntariamente vinieron a mi memoria estos versos de *The Marriage of Heaven and Hell*:

Brama Rintah y lanza al cargado aire su fuego;
Hambrientas nubes cabecean en las profundidades.

Siempre me gustó la palabra *cabecear*. Y la voz de la *roja Emma* realmente parecía cabecear sobre las olas de la oposición.

Terminado su discurso y hecha la colecta, no dejó retirarse a la concurrencia sino que *comenzó a enrostrar al público su escaso número -aunque el local estaba atiborrado- y su mezquindad al donar sólo 300 libras para la causa por la cual el pueblo español -les recordó a gritos- estaba dando su sangre*.

Los asistentes quedaron *subyugados por el ataque, y cuando terminó, la aplaudieron con enorme entusiasmo*[221].

¡Vaya viejo tigre desdentado!

4

Pero comenzó a desalentarse, pues además de los insuperables o casi insuperables obstáculos que se le interponían en Inglaterra, se sentía profundamente preocupada por las componendas a las que se avenían sus camaradas españoles.

En 1936, estando todavía en Barcelona, escribió:

[221] Lover under Another Name, Londres, Jarrolds, Ltd., 1953, pp. 136-39.

Es evidente que los fines justifican los medios más imposibles... y lo más trágico es que no hay retorno a los principios primeros. Por el contrario, uno se hunde cada vez más en el *lodazal de las concesiones*[222].

El objetivo era la derrota de Franco y la supervivencia de la revolución. Pero, aparentemente, para vencer a Franco resultaba imprescindible participar en el moderado gobierno del frente popular de Madrid y fue así que, en noviembre de 1936, el mundo tuvo el gusto de ver el curioso espectáculo de los anarquistas convertidos en ministros de Estado.

Mucho más grave, en opinión de Emma, era el hecho de que aceptaran armas de la Unión Soviética (con las inevitables ataduras que ello implicaba) llevados por el deseo de contar con los medios para combatir a Franco y vencer las dificultades que les significaba la política de no intervención de los países capitalistas.

Desarmados por estas concesiones fundamentales, los anarquistas se encontraron integrando el gobierno, aunque odiaban y temían toda forma de autoridad; se hallaron hombro a hombro junto a los comunistas, aunque odiaban y temían su profundo autoritarismo y se percataban de que, al participar en el frente unido, traicionaban en cierto modo a los anarquistas que languidecían en las prisiones rusas; se encontraron luchando en ejércitos cada vez más centralizados y disciplinados, aunque odiaban y temían las consecuencias de la guerra y del militarismo.

Desde el principio, Emma criticó privadamente el camino elegido por los dirigentes de la CNT-FAI. Aún antes de la muerte de Berkman dijo, en una carta dirigida a su viejo amigo ¡que no era partidaria de que los anarquistas españoles participaran en las elecciones y rechazaba de plano toda idea de trabajar en común con los comunistas. Reconocía que esta negación de la filosofía anarquista era inútil a la par que peligrosa; además, afirmaba, aquello no dejaba de ser absurdo: los comunistas eran tan grandes enemigos de los anarquistas como los fascistas y, en la primera oportunidad, se volverían contra sus amigos para destruirlos[223].

[222] EG a Mark Mratchny, 3-11-1936, CL.
[223] EG a AB, 24-3-1936, IIHS, AB.

Ahora urgía a los dirigentes de la CNT-FAI a acelerar la revolución, a conservar las milicias populares, a recurrir a las huelgas y a otras medidas netamente revolucionarias.

Les advertía que, si aceptaban ser ministros, dejarían de ser hombres útiles a la causa y quedarían apartados de las filas anarquistas, que militarización se oponía totalmente al espíritu y a los principios del anarquismo y, sobre todo, que la colaboración con los comunistas era un paso fatal[224].

Lo mismo que en el juego de ajedrez, cada movimiento de los anarquistas españoles conducía a otro. Emma lo sabía muy bien y la angustiaba no poder convencer a sus camaradas de que cada concesión tornaba más inevitable el desastre final.

Sus cartas estaban llenas de tristes reflexiones acerca del inminente derrumbe:

(14 de noviembre de 1936) Las cosas no andan tan bien. Nuestra gente se las ve en figurillas... A propósito de Rusia, querido, lamento desilusionarte. Rusia nunca hace nada por generosidad.

(5 de enero de 1937) El así llamado frente unido pende de un hilo. Sólo conseguiríamos hacer las cosas más difíciles para la CNT-FAI si fuéramos a decir claramente lo que pensamos.

(4 de mayo de 1937) Bueno, he ocupado mi lugar junto a los camaradas españoles. No puedo aceptar todo lo que hacen, pero su valor, su fortaleza y, más aún, su apasionada devoción a la revolución me han decidido a permanecer a su lado hasta el triste final[225].

Cuando escribía esta última carta, los comunistas combatían contra los anarquistas en las calles de Barcelona.

Desde principios de 1937, el gobierno de Valencia, dominado por los comunistas, había ido estrangulando en forma paulatina la revolución por medio de impuestos y decretos cuidadosamente planeados para colocar a las cooperativas, a las colectividades y a las milicias de los trabajadores bajo un poder centralizado.

[224] EG a Mark Mratchny, 3-11-1936, CL; EG a Alexander Shapiro, 2-5-1937, IIHS. EG.

[225] EG a Stella Cominsky, 14-11-1936, BPNY, DEG; a Mark Mratchny, 5-1-1937, CL; a Rudolf Rocker, 4-5-1937, IIHS, EG.

El 3 de mayo de 1937, el gobierno trató de apoderarse de la central telefónica de Barcelona, que estaba en manos de los anarquistas, provocación a la cual opusieron resistencia los miembros de la CNT-FAI. Las fuerzas del gobierno se lanzaron contra los anarquistas y pronto se levantaron barricadas, dando principio a las infames *jornadas de mayo*. Pero los representantes anarquistas, temerosos de que las luchas intestinas debilitaran las fuerzas antifranquistas, no tardaron en hacer un llamamiento a los obreros para que abandonaran las barricadas. Entonces, los comunistas y sus aliados, incapaces de tales escrúpulos, iniciaron una larga serie de medidas represivas contra los *trotskistas* y los *ingobernables* anarquistas.

Siguiendo su ya conocida política, comenzaron a llenar las cárceles de presos políticos. Había llegado el triste fin predicho por Emma, con los comunistas a la cabeza de la contrarrevolución.

A despecho de todo, Emma seguía defendiendo públicamente a los dirigentes de la CNT-FAI y pedía comprensión para ellos, visto la terrible situación en que se encontraban.

Siempre reservó sus principales críticas a sus conversaciones y correspondencia privadas. Por primera vez en su vida, Emma expresaba ante el mundo ciertas opiniones y guardaba para su círculo íntimo otras que no deseaba dar a conocer.

Extremadamente difícil desde el principio, su posición se hacía cada vez más intolerable a medida que la tragedia se acercaba a su término.

A fines de 1937, Mariano Vázquez, secretario nacional de la CNT, le solicitó a Emma que actuara como delegada de la organización ante una reunión extraordinaria de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Durante la sesión, realizada en París, Emma se encontró entre dos fuegos. De la derecha la atacaban quienes, como Max Nettlau, consideraban que ya había criticado demasiado los actos de la CNT-FAI, y de la izquierda la censuraban aquellos que, como Alexander Shapiro, estimaban que se había erigido en defensora de los estupendos errores y concesiones de los dirigentes españoles.

Inclinada toda su vida a la extrema izquierda, Emma tuvo que hacer el esfuerzo de contener sus dudas interiores para aprovechar al máximo aquella nueva experiencia de defender una posición céntrica:

Si no supiera que los españoles tienen al gobierno como recurso provisional que pueden arrojar por la borda cuando deseen, si no supiera que el mito parlamentario jamás los ha engañado ni corrompido, tal vez me alarmaría más el futuro de la CNT-FAI. Pero con Franco a las puertas de Madrid, difícilmente podría vituperarlos por elegir el menor de los males, por preferir la participación en el gobierno antes que la dictadura, el peor de los males[226].

Aunque sus palabras estaban llenas de comprensión por el dilema en el cual se hallaban los anarquistas hispánicos, no denotaban pleno convencimiento de que las decisiones de éstos tuvieran justificativo. Quizá, entre todos los presentes, Emma era quien menos creía en su propio argumento de que el proceder de los españoles obedecía a una necesidad histórica y a la obligación de escoger el menor de los males.

Es indudable que Emma se dejaba llevar por sus sentimientos cuando defendía públicamente la línea de conducta de los anarquistas españoles. Como ella misma dijo en una de sus cartas, veía las contradicciones de la CNT-FAI *con los mismos ojos que una madre a su hijo condenado*.

A otro camarada le declaró:

En estos momentos corresponde tanto juzgar a nuestros compañeros como enjuiciar a un hombre condenado a muerte. Ahora debemos dejar a un lado todas las teorías y esforzarnos al máximo por ayudar a nuestros compañeros...[227].

Pese a que su solidaridad para con los camaradas peninsulares era digna de encomio, y su modo de encarar el problema español estaba indudablemente influido por la impresión que le produjo el rugir de los cañones en Barcelona, no podía pasar por alto las teorías sin cosechar las consecuencias. En aquella época sabía ya algo que otros aprenderían después: que hasta la victoria sobre Franco obtenida con ayuda soviética significaba, en última instancia, una derrota.

Cuando Emma no osó señalar pública y claramente esta verdad, dejó de cumplir su papel político más efectivo, el de la crítica honesta que no conoce términos medios.

[226] Discurso Pronunciado ante los Delegados al Congreso Extraordinario de la AIT, celebrado en París, sin fecha, BPNY, DEG.

[227] EG a W. S. Van Valkenberg, 4-4-1938, IIHS, EG.

La defensa de las concesiones fundamentales en las que se arriesgan los principios básicos es cosa que cuadra mejor a los políticos profesionales.

Pero, en último análisis, Emma siguió siendo esencialmente rebelde antes que revolucionaria. En una carta dirigida a una novelista amiga, que había puesto en duda el valor de las revoluciones cuando las mismas *ahogan el espíritu creador*, afirmó:

De algo puede estar segura: de que si la CNT-FAI llegara verdaderamente a vencer, llegara realmente a convertirse en la única fuerza económica y espiritual y, desde esta posición, tratara de ejercer represión, yo sería la primera en cortar con ellos[228].

En ese caso, se rebelaría contra la propia revolución. Su espíritu maternal, que la inclinaba a perdonar y la había hecho apartarse de su verdadera y habitual línea política, no llegaba al punto de admitir que se tocaran las libertades básicas.

Aunque hacía mucho tenía el presentimiento de la derrota, se sintió abrumada de dolor cuando, finalmente, sus compañeros españoles cayeron vencidos.

A pesar de todas las concesiones y frustraciones, España le había brindado una imagen verdadera del Nuevo Mundo por cuya concreción había trabajado durante décadas. En su primer viaje, en 1936, había visitado una comunidad donde los ideales estaban dando hermosos frutos. Era aquélla una comunidad que no buscaba el lucro ni se entregaba al terror organizado; en ella el vil sometimiento de los muchos a los pocos había sido reemplazado por una genuina relación fraternal de tú y yo; se fomentaba en hombres y mujeres el espíritu de libertad, y en los niños, la capacidad para soñar. La mujer con un niño muerto en los brazos, que aparece en el grandioso cuadro de Picasso Guernica (1937), expresa la misma terrible angustia espiritual que experimentó Emma cuando esa dichosa comunidad fue destruida.

Es como si uno hubiese deseado toda la vida un hijo -le confesaba a una amiga-, y por fin, ya abandonadas las esperanzas, recibiera la dicha de tenerlo sólo para que la muerte se lo arrebatara inmediatamente[229].

[228] EG a Evelyn Scott, 19-7-1938, IIHS, EG.

[229] Ethel Mannin, Women and the Revolution, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1939, p. 137.

Como último gesto de apoyo, Emma fue al Canadá a recoger dinero y expresiones de simpatía para la causa perdida.

El día 27 de junio de 1939, cuando celebraba su septuagésimo año de vida, recibió en Toronto un mensaje que la conmovió profundamente. Marino Vázquez, dirigente de la CNT refugiado en París, saludaba a la cansada anciana en nombre del movimiento libertario español. Su tributo, redactado con todo el floreo latino, era algo ampuloso:

Usted es la encarnación de la eterna llama del ideal del cual su vida es ejemplo vivo. Los militantes españoles la admiran y reverencian como todo anarquista debe admirar y valorar a los seres de gran corazón y perdurable humanidad para con todos los hombres... La declaramos nuestra madre espiritual[230].

[230] Vázquez a EG, 12-6-1939, CL.

Capítulo trigésimo tercero

Hasta el último aliento

Era lógico pensar que había llegado el momento en que Emma Goldman se sentaría por fin en una mecedora a descansar en alguna agradable casita de no importa dónde.

Pero en el otoño de 1939, poco después de estallar la guerra *imperialista* contra la cual había jurado luchar, cuatro de sus amigos italianos de Toronto fueron acusados de tener en su posesión literatura subversiva y detenidos en cumplimiento de un nuevo decreto de defensa nacional. Sin vacilar, retornó a la palestra, organizó una comisión, contrató los servicios de un verdadero *as* como abogado defensor y contribuyó a lograr que se retiraran las acusaciones contra tres de los muchachos.

¿Cómo podía quedarse tranquilamente cruzada de brazos frente a la *confabulación de la escuadra antirroja* y a la *maligna fuerza policial de este país*?[231]

¡Habían vuelto los viejos tiempos de los Estados Unidos!

El cuarto italiano, Arthur Bartoletti, debía responder al cargo de ser un extranjero en cuyo poder se habían encontrado armas ofensivas.

Anteriormente, Bartoletti, antifascista militante, había revelado la existencia de una escuela fascista en Winder. Emma estaba convencida de que ésta era la verdadera causa de la detención y temía que lo deportaran a Italia, lo cual significaría una muerte casi segura.

Organizó una comisión para salvar a Bartoletti y apeló a sus amigos de los Estados Unidos. Casi exhausta por esta última campaña, le escribió a una amiga, de modo bastante incoherente:

Estuve sentada ante mi máquina (de escribir) día (s) y hasta medianoche bombardeando a nuestros italianos y españoles de Nueva York y de otras ciudades, para pedirles dinero.

[231] EG a M. Eleanor Fitzgerald, 13-11-1939, BPNY, DEG.

Pocos días más tarde admitía, a otro amigo, que estaba *casi agotada por la lucha que he estado librando casi sin ayuda de nadie*[232].

Aunque sus esfuerzos fueron quizá decisivos para la salvación de los jóvenes italianos, se había exigido demasiado y había desgastado casi toda su maravillosa y aparentemente inagotable energía.

En enero de 1940, decía en una carta que uno de aquellos muchachos estaba enfermo y que ella iba *todos los días al lugar donde vive para tomarle la temperatura y proporcionarle los debidos cuidados*[233].

Su corazón, que ya había dado muestras inequívocas de debilitamiento, comenzó a provocarle serios trastornos. Pese a ello, subía las escaleras para llegar a la habitación de su camarada enfermo, y hasta iba caminando a tomar el tranvía que la llevaba a las reuniones.

Tal como lo deseó siempre, partió de esta vida luchando.

El 17 de febrero de 1940 sufrió un ataque y falleció el 14 de mayo del mismo año.

El 18 de ese mes se cumplió uno de sus mayores anhelos: retornar a la tierra de sus amores.

El Servicio de Inmigración y Naturalización permitió que llevaran sus restos a los Estados Unidos para ser enterrados en el *Cementerio Waldheim* de Chicago, donde descansan cerca de las tumbas de sus camaradas de Haymarket.

2

Emma Goldman, la mujer, no carecía de defectos. Tenía algo de *prima donna*: un modo imperioso que desarmonizaba lastimosamente con sus principios anarquistas y, en ocasiones, una increíble insensibilidad respecto de los sentimientos de los demás.

Bien había dicho Berkman que no era fácil vivir con ella.

Muy exacta fue la observación de Tom Bell, cuando señaló que un viejo amigo de Emma Goldman podría confeccionar una asombrosa lista de las cosas que ella no debería haber hecho:

[232] EG a M. Eleanor Fitzgerald, 13-11-1939, BPNY. DEG; a Harry Kelly, 17-11-1939, BPNY, DEG.

[233] EG a Liza Kadolsky, 26-1-1940, BPNY, DEG.

Este amigo podría hablar de las innumerables oportunidades en las que ella se había mostrado impaciente, irritable, irrazonable, injusta, totalmente equivocada; de las veces que había hecho notar bien que tenía sistema digestivo y órganos sexuales, que le molestaban el hígado o los oídos; de las incontables ocasiones en que atacó sin motivo, dijo lo que no debía y no quiso atender razones. Y así muchas otras cosas.

Al igual que la mayoría de los seres humanos, distaba mucho de ser un ángel. Pero también estaba en lo cierto Bell cuando añadió que ese mismo viejo amigo

Tampoco podría olvidar las veces que ella fue paciente y cariñosa con individuos pesados e insoportables a quienes sabía camaradas sinceros, las veces que fue generosa y amplia, que mantuvo su presencia de ánimo en medio del tumulto. Asimismo recordaría las oportunidades en que, pese a todo, se mostraba alegre y amistosa, y era capaz de compartir las bromas, aunque las mismas se refirieran a ella ... Jamás, ni una sola vez, nos falló en momentos de crisis, y era entonces cuando, infaltablemente, mostraba toda su estatura de gran mujer[234].

Quizá el hecho de que su carrera estuviese jalonada por una gran cantidad de crisis, sea la razón de que los estudios sobre Emma Goldman, su autobiografía inclusive, parezcan exagerar sus dimensiones: durante todos los períodos críticos alcanzó cimas extraordinarias.

El hecho de que Emma rayara siempre a gran altura en las crisis, explicaría su desusada capacidad para la amistad. Su correspondencia revela que mantenía contacto con gran variedad de personas, desde distinguidos escritores hasta parias sociales y presos. Imaginamos que todos ellos veían en Emma, además de una mujer valerosa y enérgica, un alma de ilimitada compasión. Tal como, lleno de asombro, observó Henry Alsberg:

Usted ha protegido a tantos indefensos y desamparados (física y espiritualmente), ha sido una madre para tantos fieles amigos sin preguntarles nada ni exigirles explicación alguna...[235].

[234] Bell a AB, 23-2-1933, IIHS, AB.

[235] Alsberg a EG, 18-6-1929, IIRS, EG.

Aunque su pensamiento político-social nunca fue original, sus ideas formaron parte integral de su vida y le dieron fuerzas para alcanzar la cumbre. Donde más se equivocó fue en su posición respecto de la violencia.

Aun después de reconocer que desde el punto de vista ético, son censurables los actos de violencia individual, en ningún momento, ni siquiera al final de su vida, abandonó la ilusión de que la violencia en gran escala -en este caso la acción defensiva de sus camaradas españoles- serviría para traer al mundo la paz, la libertad y la justicia con las que ella tanto había soñado.

Pese a todo, llegó más allá que la mayoría de sus contemporáneos cuando analizó y trató de solucionar honestamente el problema de la relación entre fines y medios; además, América y Europa se enriquecieron con su constante defensa de las verdades relegadas e impopulares.

Dondequiera los hallase, indefectiblemente combatió a los burócratas que no consideran al hombre como un fin en sí mismo, sino como un medio para alcanzar objetivos institucionales.

Se opuso a la conformidad sistematizada en los Estados Unidos y al terror organizado en Rusia. Diagnosticó, acertadamente, que los atenuantes, el determinismo y el historicismo desmayados que esgrimieron los liberales para excusar la opresión y las matanzas comunistas, eran una enfermedad moral. Criticó con justicia la ingenua fe de los liberales y socialistas en el Estado omnímodo, y su creencia de que las reformas económicas bastarían para arreglarlo todo.

Por cierto que sus intentos de espiritualizar la política, su menosprecio por quienes creían ciegamente en el mecanismo estatal, su enfática defensa de la necesidad de pequeños grupos como factor de equilibrio, contribuyeron a contrarrestar la ortodoxia prevaleciente en el campo político izquierdista.

Hasta su último aliento, libró una incansable batalla por la libertad individual. Los versos con que comienza el poema de Karl Shapiro, Muerte de Emma Goldman, por lo demás acertado y sensible, no dicen verdad: Emma murió triunfante. Hasta el final de sus días logró mantener una integridad única.

Apéndice

Main 7060 BOSTON SUNDAY AMERICAN—A Paper For People Who Think—SUNDAY, MARCH 18, 1934

y Made Anarchist of Me,' Emma Goldman Tells

'RED EMMA' HURLS A FEW VERBAL BOMBSHELLS

MRS. SAMUEL COMMINS MRS. WILLIAM B. CASHMAN EMMA GOLDMAN ROBERT A. TAFT

En esta ocasión nos hemos permitido añadir el presente apéndice conteniendo tres videos albergados en el sitio You tube, mismos que consideramos auténticos complementos a este excelente ensayo de Richard Drinnon, que ahora colocamos en los estantes de nuestra Biblioteca Virtual Antorcha.

El primer video, se refiere a la ejecución de León Czolgosz, victimario en septiembre de 1901 del presidente norteamericano William McKinley, acontecimiento que Richard Drinnon trata ampliamente en el *Capítulo noveno* de esta obra.

Si tomamos en cuenta que la ejecución de León Czolgosz realizóse el 29 de octubre de 1901, comprenderemos la importancia histórica del video.

Ciertamente el atentado realizado en contra del presidente McKinley marcó un antes y un después para con el desarrollo del movimiento libertario norteamericano. Sus consecuencias fueron determinantes para que se desatara en la Unión Americana un sentimiento anti-anarquista que no tardaría en reflejarse en una serie de leyes y medidas represivas, a la vez que en una auténtica persecusión y atosigamiento para todo indicio libertario. Emma Goldman y Alexander Berkman, dos figuras prominentes del movimiento anarquista norteamericano de aquel entonces, hubieron de sentir en carne propia la saña de aquella rabiosa manifestación anti-anarquista. El grado de odio, rencor e histeria llego a tal punto que, no contentos con la ejecución en la silla eléctrica del magnicida León Czolgosz, ordenóse que su cadáver fuese desintegrado en ácido sulfúrico, orden que fue meticulosamente cumplida, desintegrándose aquel cadáver al mantenerle sumergido en ácido sulfúrico por un tiempo de doce horas.

El segundo video, refiérese a una brevísima entrevista realizada por el noticiero de la compañía filmográfica Paramount, a Emma Goldman, cuando a ésta se le permitió el retorno a los Estados Unidos, en el año de 1934, otorgándole un permiso de estancia por noventa días. Richard Drinnon trata con detalle este acontecimiento en el *Capítulo trigésimo* de este ensayo.

Caben dos precisiones acerca de este video. La primera es que se encuentra hablado en inglés sin traducción al español, pero, por la brevedad de la entrevista, prácticamente cualquier persona puede, prestando un poco de atención, entender lo que se dice.

La segunda precisión se refiere al hecho de que quien o quienes editaron este video, unieron la entrevista realizada, como ya lo hemos señalado, en 1934, con un *corto* referente a una de las actividades que en apoyo de la revolución española, la Solidaridad Internacional Antifascista, organismo creado expresamente por Emma Goldman durante su estadía en Inglaterra con el objeto de apoyar la labor desarrollada por las organizaciones anarquistas ibéricas, la Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica, se realizó en el año de 1938. Esto es importante tenerlo en cuenta ya que entre la entrevista y el acto de apoyo median cuatro años de diferencia. Recuérdese que sobre la participación de apoyo de Emma Goldman a la gesta libertaria realizada en el seno de la revolución española, Richard Drinnon abunda sobre el particular en el *Capítulo XXXII* de este ensayo.

Finalmente la inclusión de un magnífico documental de larga duración en el que se aborda a *Emma Goldman: Una mujer sumamente peligrosa*, cierra, prácticamente con broche de oro, el presente apéndice que no dudamos enriquecerá enormemente a todo aquel interesado en la vida y obra de la gran anarquista rusa, defensora de la libertad de palabra y precursora del control de la natalidad, Emma Goldman.

Omar Cortés

IMPORTANTE

Para que puedas ver estos videos *sin interrupciones*, lo más conveniente es que accedas desde un equipo que cuente con conexión de banda ancha a Internet, de lo contrario podrías experimentar constantes cortes.

Ejecución de León Czolgosz:
https://youtu.be/UYSxfyIqrjs

Entrevista con Emma Goldman (1934):
https://youtu.be/hTCMcO4WTjE

Documental *Emma Goldman: Una mujer sumamente peligrosa*
https://youtu.be/pBHSDUMyghc